

IDAD A  
CCIÓN G



CONSULADO

Y

IMPERIO



DC201

T5

1846

v. 15

c. 1

9(44)



1080045909

E#7 C#162

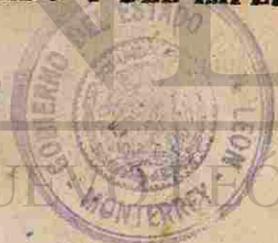


# HISTORIA

DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



BIBLIOTECA PÚBLICA DEL ESTADO

Biblioteca popular

T. XV. 4

### CONDICIONES DE SUSCRICION.

Todos los días se publican dos pliegos, uno de cada una de las dos secciones en que está dividida la *Biblioteca*, y cada pliego cuesta **dos cuartos** en Madrid y diez maravedises en provincia, siendo de cuenta de la empresa el porte hasta llegar los tomos á poder de sus corresponsales. Las remesas de provincias se hacen por tomos; en Madrid puede recibir el suscriptor las obras por pliegos ó por tomos, á su voluntad.—Para ser suscriptor en provincia basta tener depositados 12 rs. en poder del corresponsal por cuyo conducto se le remitirán las obras. Los suscritores de Madrid pagan de 17 en 17 pliegos por lo menos, que á razon de dos cuartos hacen una peseta.

#### EN MADRID.

En el Gabinete literario, calle del Principe, número 25.

SE SUSCRIBE.

#### EN PROVINCIAS.

En todas las librerías del reino y administraciones de correos, corresponsales del Señor Mellado, editor de esta publicacion.

Estab. Tipog. de MELLADO.

# HISTORIA DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO,

CONTINUACION

DE LA HISTORIA DE LA REVOLUCION FRANCESA.

POR M. A. THIERS.

Traducida al castellano

POR DON ANTONIO FERRER DEL RIO.

TOMO XV.



Capilla Alfonso  
Biblioteca Universitaria

MADRID, 1853.

ESTAB. TIPOG. DE D. F. DE P. MELLADO, EDITOR.

CALLE DE STA. TERESA, NUM. 8.

54690

17028

DC 201  
75  
1846  
V-15



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

## LIBRO CUARENTA Y SEIS.

### Washington y Salamanca.

Acontecimientos que sobrevienen en Europa durante la expedición de Rusia.—Difícil situación de Inglaterra, y apuros crecientes del comercio y de las clases jornaleras; deseo general de la paz.—Asesinato de Mr. Perceval, principal miembro del gabinete británico.—A no ser por la guerra de Rusia, esta muerte, aunque puramente accidental, hubiera podido ocasionar un cambio político.—A todos los males, que resultan para Inglaterra del bloqueo continental, se agrega el peligro de una guerra inminente con la Union americana.—Estado en que habían venido á parar las cuestiones de derecho marítimo entre Europa y América.—Renuncia por parte de los americanos al sistema del embargo en favor de las potencias que les restituyesen los legítimos derechos de la neutralidad.—Aprovechando esta coyuntura, promete Napoleon revocar los decretos de Berlín y de Milan, con tal de que América obtenga la retirada de las órdenes del Consejo ó haga respetar su pabellón en el caso contrario.—Acepta América esta proposición con ahinco.—Negociación que dura mas de un año para obtener de Inglaterra la revocacion de las órdenes del Consejo.—Pertinacia de Inglaterra en su sistema y negativa á las proposiciones americanas, fundada en que la revocacion de los decretos de Berlín y de Milan no es sincera.—Pueriles disputas de la diploma-

DC 201  
75  
1846  
V-15



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

## LIBRO CUARENTA Y SEIS.

### Washington y Salamanca.

Acontecimientos que sobrevienen en Europa durante la expedición de Rusia.—Difícil situación de Inglaterra, y apuros crecientes del comercio y de las clases jornaleras; deseo general de la paz.—Asesinato de Mr. Perceval, principal miembro del gabinete británico.—A no ser por la guerra de Rusia, esta muerte, aunque puramente accidental, hubiera podido ocasionar un cambio político.—A todos los males, que resultan para Inglaterra del bloqueo continental, se agrega el peligro de una guerra inminente con la Union americana.—Estado en que habían venido á parar las cuestiones de derecho marítimo entre Europa y América.—Renuncia por parte de los americanos al sistema del embargo en favor de las potencias que les restituyesen los legítimos derechos de la neutralidad.—Aprovechando esta coyuntura, promete Napoleon revocar los decretos de Berlín y de Milan, con tal de que América obtenga la retirada de las órdenes del Consejo ó haga respetar su pabellón en el caso contrario.—Acepta América esta proposición con ahinco.—Negociación que dura mas de un año para obtener de Inglaterra la revocacion de las órdenes del Consejo.—Pertinacia de Inglaterra en su sistema y negativa á las proposiciones americanas, fundada en que la revocacion de los decretos de Berlín y de Milan no es sincera.—Pueriles disputas de la diploma-

cia británica sobre este punto.—No limitándose ya Napoleón á la simple promesa de revocar los citados decretos, dicta la providencia de 28 de abril de 1811 por la cual respecto de América quedan lisa y llanamente revocados.—Poniendo todavía en cuestión la Inglaterra un hecho ya evidente, están á punto de declararle la guerra los americanos.—Últimas vacilaciones por su parte, debidas á la mala inteligencia de los procederes de Napoleón, y á las disposiciones de los diversos partidos en América.—Estado de estos partidos.—Federalistas y republicanos.—El presidente Maddison.—Resuelta la guerra de pronto para el año de 1811, es diferida para el de 1812.—Al cabo deciden al gobierno de la Union las duplicadas violencias de Inglaterra, y especialmente la presión ejercida sobre los marineros americanos.—El presidente Maddison propone una serie de medidas militares.—Viva agitación en el congreso, y declaración de guerra á Inglaterra.—Importancia de este acontecimiento y consecuencias que pudiera tener sin la guerra de Rusia y sin los sucesos de España.—Estado de la guerra en la Península.—Disgusto creciente de Napoleón hacia esta guerra.—Situación en que habia dejado las cosas al partir para Rusia, y resolución que habia tomado de conferir al rey José el mando en jefe.—Cómo fue recibido este mando en los diversos ejércitos que ocupaban la Península.—Estado de los ejércitos del Norte, de Portugal, del centro, de Andalucía y de Aragón.—Resistencia á la autoridad de José en todos los estados mayores, excepto en el del ejército de Portugal, que tenia necesidad de él.—Proyectos de lord Wellington evidentemente dirigidos contra el ejército de Portugal.—Ilustrado José por el mariscal Jourdan, su mayor general, distingue perfectamente el peligro que le amenaza, y lo revela á los dos ejércitos del Norte y de Andalucía, únicos que se hallan en aptitud de socorrer al ejército de Portugal con eficacia.—Negativa de los generales Dorsenne y Caffarelli, que son sucesivamente llamados á mandar el ejército del Norte.—Negativa del mariscal Soult, jefe en Andalucía, y sus largos altercados con el rey José.—Situación grave y difícil del ejército de Portugal, puesto bajo la autoridad del mariscal Marmont.—Operaciones preliminares de lord Wellington en la primavera de 1812.—Queriendo impedir á los ejércitos de Andalucía y de Portugal que se presten mutuo auxilio, ejecuta una sorpresa contra las obras del puente de Almaraz sobre el Tajo.—Toma y destrucción de estas obras por el general Hill en los días 18 y 19 de mayo.—Después de este golpe atrevido, pasa lord Wellington el Agueda en los primeros días de junio.—Su marcha hacia Salamanca.—Retirada del mariscal Marmont sobre el Tormes.—Ataque y toma de los fuertes de Salamanca.—Retirada del mariscal Marmont detrás del Duero.—Situación y fuerza de los dos ejércitos en frente uno de otro.—Después de incorporarse el mariscal Marmont la division de las Asturias, y de reunir cerca de cuarenta mil hombres, no aguardando ya socorro del ejército del Norte, ni del ejército de Andalucía, ni aun del ejército del centro, se determina á repa-

sar el Duero, con el fin de forzar á retroceder á los ingleses.—Con sus maniobras espera alejarlos, sin verse obligado á darles batalla.—Paso del Duero, marcha feliz sobre el Tormes, y retirada de los ingleses bajo Salamanca en la posición de los Arapiles.—Todavía el mariscal Marmont prueba á maniobrar en torno de la posición esta, para obligar á lord Wellington á que entre en Portugal de nuevo.—Enemigo de estos movimientos aventurados se encuentran ambas huestes y vienen á las manos.—Batalla de Salamanca, dada y perdida el 22 de julio.—Es herido el mariscal Marmont gravemente y reemplazado por el general Clausel en el mando.—Fuegas consecuencias de esta batalla.—Mientras se estaba dando, el rey José, que no habia podido decidir á ninguno de los ejércitos á socorrer al de Portugal, habia abrazado el partido de hacerlo en persona, aunque sin avisárselo á tiempo.—Inútil marcha de José sobre Salamanca al frente de una fuerza de trece ó catorce mil hombres.—Pasa algunos días al otro lado del Guadarrama, con el fin de atajar los progresos del lord Wellington, y de libertar al ejército de Portugal vivamente perseguido.—Merced á su presencia y al vigor del general Clausel, se salvan las reliquias del ejército de Portugal, recogiendo en los contornos de Valladolid.—Estado moral y material de este ejército, siempre desgraciado á pesar de su bizarría.—Profunda pena de José amenazado de tener pronto en su capital á los ingleses.—No quedándole otro recurso, providencia por consejo del mariscal Jourdan la evacuación de Andalucía.—Sus órdenes imperativas al mariscal Soult.—Después de perseguir lord Wellington algunos días al ejército de Portugal, no resistiendo al deseo de hacer una entrada triunfal en Madrid, abandona la persecución aquella y penetra en la capital el 12 de agosto.—Obligado José á evacuarla, se retira hacia la Mancha, y desesperado de que se le una á tiempo el ejército de Andalucía, se refugia en Valencia.—Horribles padecimientos del ejército del centro y de las familias fugitivas que lleva consigo.—Por fortuna, al lado del mariscal Suchet halla buena acogida y abundancia de todo.—Avisado el mariscal Soult por José de su retirada sobre Valencia, se determina al cabo á evacuar la Andalucía, y toma el camino de Murcia para dirigirse á Valencia.—Despachos que remite á Napoleón, con el fin de explicar su conducta.—Casualidad que hace caer en manos de José los tales despachos.—Irritación de este monarca.—Su entrevista con el mariscal Soult en Fuente la Higuera el 3 de octubre.—Conferencia con los tres mariscales Jourdan, Soult y Suchet sobre el plan de campaña que debia ser adoptado, para reconquistar á Madrid y repeler hacia Portugal á los ingleses.—Dictámenes de los tres mariscales.—Prudencia del plan propuesto por el mariscal Jourdan, el cual es adoptado.—Sobre Madrid marchan juntos los dos ejércitos del centro y de Andalucía á fines de octubre.—Tiempo perdido por lord Wellington en Madrid; su aparición tardía delante de Burgos.—Excelente resistencia de la tropa que la guarnece.—Reforzado el ejército de Portugal,

obliga á lord Wellington á levantar el sitio de Burgos.—Por consecuencia de la alarma á que le mueve la concentracion de fuerzas que le amenaza, se retira lord Wellington de nuevo bajo los muros de Salamanca y toma posicion en aquel punto.—Entretanto llega José con los dos ejércitos del centro y de Andalucía sobre el Tajo, arroja al general Hill por delante, le expulsa de Madrid, torna á entrar en esta capital el 2 de noviembre, y sin demora parte de ella, para lanzarse en persecucion de los ingleses.—Su llegada mas alla del Guadarrama el 6 de noviembre.—Se le incorpora el ejército de Portugal, que se habia detenido en las márgenes del Duero.—Reunion de mas de ochenta mil franceses, los mejores soldados de Europa, delante de lord Wellington en Salamanca.—Feliz ocasion de vengar nuestros descalabros.—Plan de ataque propuesto por el mariscal Jourdan, aprobado por todos los generales y rechazado por el mariscal Soult.—Temiendo José que se ejecutase mal, desaprobándolo el caudillo de la principal huera, renuncia á que se lleve á cabo, y deja al mariscal Soult la eleccion y la responsabilidad de la conducta que debe ser observada.—Pasa el mariscal Soult el Tormes por un punto distinto del que el mariscal Jourdan señalaba, y ve á los ingleses irseles de las manos.—No teniendo lord Wellington mas que cuarenta mil ingleses y veinte mil españoles y portugueses á lo sumo, consigue retirarse sano y salvo á Portugal, no obstante de haberle envuelto mas de ochenta mil franceses.—Justo descontento de los tres ejércitos franceses contra sus caudillos y su entrada en cantones.—Vuelta de José á Madrid.—Fatales consecuencias de esta campaña que, agregadas al desastre de Moscú, agravan la situacion de Francia.—Alborozo en Europa, especialmente en Alemania, y levantamiento inaudito de los animos ante las desgracias imprevistas de Napoleon.

Mientras la catástrofe sin ejemplo, que acabamos de bosquejar, se consumaba en el Norte de Europa, las riberas lejanas del Atlántico y las playas ardientes de España eran teatro de sucesos, menos extraordinarios sin duda, pero extremadamente graves, como todos los que se derivaban de la política exorbitante de Napoleon, y en testimonio evidentiísimo de que la tal política era loca. Allí se podia ver demostrada á las claras la verdad que ya hemos enunciado de que, si en vez de aspirar á vencer á Europa en el seno de Rusia, perseverara Napoleon en combatirla sobre el teatro difícil,

si bien de eleccion suya, de la Península y del Atlántico, llevando la guerra de España y el bloqueo continental á remate, probablemente obligara á ceder á Inglaterra, del mismo golpe desarmara á toda Europa, ya que no para siempre, al menos para muchos años, y así se proporcionara tiempo, llegando la razon á iluminarle, para hacer aun desde la cúspide de su grandeza, los sacrificios que pudieran prometerle una dominacion duradera, imprimiéndola el sello de soportable. Antes de explicar las consecuencias de la funesta expedicion á Rusia, conviene, pues, dar á conocer los sucesos de España y de América durante el año de 1812, unos funestos, otros estérilmente venturosos, todos efectos de la misma causa, de la voluntad versátil y desordenada de un genio inmenso, bien que sin freno.

Cuando hastiado Napoleon de la guerra de España, cabalmente en el momento en que la perseverancia pudiera corregir el vicio de que adolecia, determinó llevar sus fuerzas al Norte, se hallaba Inglaterra, segun se ha visto, en una de las situaciones mas dificultosas. Indudablemente los triunfos alcanzados por lord Wellington, merced á nuestras faltas, habian restituido alguna serenidad á los animos en Inglaterra, pero allí se sentian cada vez mas las crueles trabas impuestas al comercio, se entreveia con espanto el término de un poder rentístico harto escasamente contemplado, y se pensaba de continuo en el peligro que amenazaria al ejército británico, si Napoleon se llegaba á determinar á dirigir un esfuerzo decisivo en su contra. No habia mejorado la situacion comercial de ningun modo. Enormes porciones de

géneros coloniales en azúcares, cafés, algodones, acumuladas en los almacenes ó en las naves que obstruían el Támesis; porciones no menos considerables de manufacturas sin salida en las casas de los fabricantes, ó de los especuladores que se las habían comprado; dando unas y otras margen á una vasta emision de papel de comercio, que descontaba el Banco, suministrando su valor en papel-moneda, que perdía 20 ó 25 por 100; una baja continua en el cambio por resultas de semejante estado de cosas, y que no podia ser atajado mas que por medio de una exportacion ilegal y continua de numerario, hasta el extremo de que solo á las Gravelinas y á Dunquerque llevaban mensualmente los contrabandistas muchos millones de guineas en oro; tal era, segun hemos dicho, la situacion comercial de Inglaterra ya hacia algunos años. Su situacion rentística la constituían los gastos públicos que empezaban á ser de cien millones de libras esterlinas anuales, no llegando mas que á noventa millones los ingresos, entre los cuales figuraba un empréstito anual de veinte millones de la propia moneda. La carestía, que nos habia atormentado este año, no pesó menos sobre Inglaterra; y añadian el último rasgo á esta miseria, causada por una guerra prolija en medio de la riqueza mas prodigiosa que hubiese aun aparecido sobre nuestro globo, bandas de jornaleros haciendo pedazos los telares, asesinando á veces á los fabricantes, pidiendo pan con gritos que hicieran temblar á un gobierno menos acostumbrado á los clamores de un pueblo libre, si bien por necesidad habian de conmovier á todo gobierno prudente y humano.

Verdad es que indemnizaban á la gloriosa Inglaterra de sus padecimientos cien navios de guerra, doscientas fragatas, llevando un pabellon victorioso por todos los mares, un ejército de tierra poco numeroso, bien que hábilmente conducido y bizarro, y finalmente un gabinete que era el único que no habia sufrido las voluntades despóticas de Napoleon en Europa. Sin embargo, todas las personas sensatas reconocian que esta situacion ocultaba grandes peligros; y que si el genio formidable, con quien era forzoso medirse, se mostraba algo prudente y perseverante en sus designios, podia reducir á las últimas extremidades el comercio y la hacienda de Inglaterra, prolongando el bloqueo continental uno ó dos años, y hasta poner fin á la interminable guerra de España, lanzando al mar á lord Wellington y á su ejército valeroso. Cien mil hombres, de los seiscientos mil perdidos en Rusia, y la persona de Napoleon hicieran infalible en la Peninsula este resultado. Tal lo comprendian todos confusamente, y tal lo explicaba cada uno en el lenguaje que le era propio. Lo decian los miembros de la oposicion en el parlamento británico en el lenguaje de partido: lo vociferaba la muchedumbre por las calles de Londres con el estilo del populacho: hasta los ministros ilustrados expresaban en el seno del gabinete inglés igual idea; y participando del mismo dictamen el marqués de Wellesley, hermano del célebre lord Wellington, personaje tan perspicaz como elocuente, habia salido del ministerio por antipatía hacia el carácter de Mr. Perceval y hacia su política inflexible. Pero hay un carril de la guerra, carril tan hondo como el de la paz cuando las gen-

tes se han arrastrado allí largo tiempo, y de él no se sabia salir ni en Inglaterra, ni en Francia. Allí se estaba, allí se permanecía, por mas que se hubiera pensado en salir una vez y otra. De cierto el resultado debia justificar la razon de los que se obstinaban en permanecer en el carril este; pero con un poco de prudencia por parte de Napoleon, de otro modo se verificaran las cosas.

Fuerza es confesar que allí retenia á la masa de la nacion un sentimiento honroso al par que un sentimiento interesado, la simpatia concebida hacia los insurgentes españoles, y tambien el deseo de estorbar que Napoleon asentara en la Peninsula su influjo. Si en este punto hiciera Napoleon algun sacrificio, ó bien si por un decisivo esfuerzo desempeñara el honor de Inglaterra con relacion á los españoles, fuera aceptada la paz sin demora y con prodigiosos engrandecimientos para Francia. Solo dos hombres, Mr. Perceval y lord Wellington, manifestaban en Inglaterra una resolucion incontrastable. Abogado hábil el primero, de corazon honrado, si bien de espíritu indómito y estrecho, desagradable hasta á sus colegas por lo testarudo, y llegando á figurar por este defecto ó por esta dote como el verdadero gefe del gabinete, no queria ceder por obstinacion de caracter tan solo. Por interés de su gloria, que se acrecia en la Peninsula de continuo, y por su sagacidad profunda que le hacia descubrir un principio de sinrazon en la manera de conducir los asuntos de España, signo comun del término de las dominaciones exorbitantes, lord Wellington se inclinaba á la perseverancia, y decia que, sin estar seguro de mantenerse en la Peninsula siempre, creia entrever á

pesar de todo que el vasto imperio de Napoleon se aproximaba á su ruina. Ascendido ya hacia un año el príncipe regente á la gobernacion del Estado, vacilaba entre los gefes de la oposicion, sus amigos antiguos, y los ministros, antiguos depositarios de la confianza de su padre. A estos se habia acostumbrado poco á poco, y entibiándose respecto de aquellos; pero conocia el peligro de obslinarse en el sistema de una guerra sin término, y tambien el de entregar el poder de pronto en manos de hombres, que nunca habian dirigido y hasta condenaban esta guerra, en el momento en que, para llevarla á buen remate, quizá se necesitaba saber perseverar todavia algun tiempo. Enmedio de estas perplejidades, intentó á principios de 1812, segun ya hemos dicho, traer á los ministros y á los lores Grey y Grenville á una avenencia que deseaba mucho y que no pudo realizar de ningun modo. De repente un suceso imprevisto, que en cualesquiera otras circunstancias produjera de seguro un cambio de poder en Inglaterra, hizo desaparecer de la escena al principal ministro de resultados de un crimen extraño, al cual no se pudo atribuir otra causa que la demencia de un individuo. Un tal Bellingham, especie de maniaco, que creia haber prestado servicios á su pais en Rusia, que no cesaba de reclamar la recompensa ora cerca del embajador lord Gower, ora cerca de los miembros del gabinete, y que todos los dias se situaba en las avenidas del Parlamento para interesar por su causa á protectores poderosos, premeditó asesinar á uno de los personages, á quienes habia dirigido estérilmente sus pretensiones. A lord Gower hubiera querido inmolarse á su venganza.

za; pero encontró á Mr. Perceval y le mató de un pistoletazo. Por sí mismo se constituyó preso, declaróse culpable, y murió con la tranquilidad de un insensato. Por delito político se tuvo al pronto: muy luego adquirióse el convencimiento de lo contrario: sin embargo, algo de política apareció en este crimen, y fueron los gritos feroces de un populacho exasperado por el sufrimiento y dando testimonios de interés á favor del miserable que habia descargado el golpe mortal sobre un varón ilustre, justificable por la historia, mas no por el puñal de los asesinos.

Si tal acontecimiento se efectuara antes de la guerra de Rusia, probablemente produjera un cambio de sistema; pero Mr. Perceval fué herido el 14 de mayo, en el momento mismo en que Napoleón marchaba hácia el Niemen, y esta guerra, que abría á la antigua política de Mr. Pitt perspectivas nuevas del todo, no consentía que se variase de rumbo. Confiando á lord Castlereagh los negocios exteriores, puso de manifiesto el príncipe regente su resolución de perseverar en la política de Mrs. Pitt y Perceval.

Esta era la primera eventualidad venturosa que arrebatava á Napoleón la expedición á Rusia. Otra no menos sensible iba á ser desvanecida, y era la que podia nacer de la guerra inminente entre ingleses y americanos. Posible siempre y siempre probable ya hacia un año, esta guerra acababa de ser declarada.

Si para sujetar á los rigores del bloqueo continental á las potencias del continente, se veía condenado Napoleón á ajarlas de muy cruel manera, Inglaterra se veía condenada á ajar á las po-

tencias marítimas no menos cruelmente para ejercer su despotismo sobre los mares. Con efecto, para obligar á todas las naciones comerciales á ir á tocar en Lóndres ó en Malta, recibir allí licencia de navegar, pagar tributo y cargar de mercancías inglesas; para obligarlas á reconocer como puertos bloqueados los que no lo habian estado nunca ni aun por fuerzas ilusorias, se necesitaba poner en juego sobre el mar una tiranía insoportable y tan odiosa como la de Napoleón por tierra. Si bajo pretexto de cerrar al comercio británico una porción de playas, se apoderaba Napoleón de ellas según lo testificaban Holanda, Oldenburgo, las ciudades anseáticas, no pudiendo tomar posesion del Occéano la Inglaterra, se arrogaba derechos muy equivalentes á las usurpaciones de Napoleón y que tarde ó temprano debían sublevar á las naciones interesadas en la libertad de los mares.

Esta era una de las circunstancias de que Napoleón debiera aprovecharse, y que le proporcionara aliados, como se los proporcionaba con los rigores del bloqueo continental á Inglaterra, si supiera en algo esperar los beneficios del tiempo.

Absorbidas en su inmenso imperio habian desaparecido la mayor parte de las potencias marítimas del antiguo mundo. Pero allende el Atlántico existía una inaccesible á los ejércitos europeos prosperando á las calladas, adquiriendo cotidianamente fuerzas que se sospechaban sin que fuesen conocidas, y era la América, verdadero Hércules en la cuna, que tan luego como hiciera el primer ensayo de su vigor natural debía asombrar al universo. Sin duda se hace memoria de la actitud que respecto de ella y á propósito del derecho

marítimo habían tomado Inglaterra y Francia, sosteniéndola una, cuestionándola otra, y compitiendo ambas en cometer faltas sobre aquel teatro, donde tanto interés tenían en acreditar muy acertada conducta. Pero habiendo superado el gabinete británico á Napoleon en las faltas, se iba á inclinar finalmente la balanza en favor suyo, y la guerra se habia desviado de Francia para asaltar á Inglaterra, coyuntura algo venturosa, si algo venturoso podia haber todavía, cuando se acababa de tragar todos nuestros recursos el abismo del Norte.

Se ha visto mas arriba de qué modo, sublevada América por *las órdenes del Consejo*, que exigian que se tocara en Londres ó en Malta para obtener la licencia de navegar y vedaban de esta suerte que se frecuentasen vastas extensiones de playas sin la excusa del bloqueo efectivo, se habia visto casi al punto ajada por los decretos de Berlin y de Milan, que declaraban desnacionalizado todo barco que se hubiese sometido á las prescripciones del consejo británico, y de qué modo, indignada igualmente por las dos tiranías, de las cuales sin embargo una era secuela de la otra, habia respondido de la propia manera á ambas, oponiéndolas el acta de embargo. Se hace memoria de que la tal acta prohibia á los navegantes americanos frecuentar los mares de Europa, si bien muchos de ellos, quebrantando los reglamentos de su patria y con el cebo de un gran lucro, se habian sometido á las leyes, al pabellon y á la soberanía de Inglaterra, suministrando aquella raza de falsos neutrales, de que Napoleon habia hecho tan numerosas capturas y querido obligar á

que los miraran como botin suyo todos los Estados y hasta Rusia. Tambien se recuerda que al cabo de menos de dos años de este sistema, disgustada América de castigarse á si misma para castigar á los otros, habia cambiado finalmente de conducta y declarado que estaba pronta á volver á entrar en relaciones mercantiles con aquella de las dos potencias que renunciara á toda pretension tiránica sobre los mares.

De esta coyuntura se habia aprovechado Napoleon hábilmente, declarando que, á contar desde el 1.º de noviembre de 1810, los decretos de Berlin y de Milan serian revocados para América, si esta lograba relativamente á si propia la revocacion de *las órdenes del Consejo*, ó si no pudiendo lograrla, hacia respetar sus derechos. Esta era una declaracion condicional, incompleta en su forma, pues aun Napoleon no habia expedido decreto, incompleta en sus resultados, pues no restituia inmediatamente á los americanos todos los derechos de la neutralidad, pero muy sincera, estando resuelto á que fuera seguida de consecuencias formales, a condicion de que los americanos se portaran convenientemente respecto de nosotros y respecto de si mismos, esto es, si exigian la revocacion de *las órdenes del Consejo*, ó declaraban la guerra á Inglaterra. Con miramientos, que no siempre tenia Napoleon a la dignidad ajena, se habia abstenido de pronunciar la palabra de guerra á Inglaterra, por no dictar demasiado abiertamente á América la conducta á que debia atenerse, y se habia encerrado en la formula mas general, bien que bastantemente significativa de que acabamos de dar cuenta; formula que no imponia

á América otra obligacion que la de hacer respetar sus derechos.

Apresurándose América á acoger esta abertura, habia declarado por un acta del 2 de marzo de 1814 restablecidas las relaciones marítimas con Francia, y mantenida el acta de embargo respecto de Inglaterra, hasta que esta revocara sus órdenes del Consejo. Al saber el gabinete británico esta noticia, obstinándose por amor propio mas que por interés en sus órdenes del Consejo, las habia modificado en algunas de sus disposiciones, sin derogarlas en principio. De esta suerte habia cesado de imponer á los buques mercantes la escala en Londres ó en Malta; habia tambien restringido su sistema de bloqueo, y se habia limitado á declarar bloqueadas las costas del imperio francés, desde el Elba hasta San Sebastian en el Océano, desde Port-Vendre hasta Cattaro en el Mediterráneo y en el Adriático, manteniendo sin restriccion la pretension de confiscar la propiedad enemiga á bordo de los buques neutrales. Esto equivalia á sustentar casi toda la tiranía marítima que se habia arrogado Inglaterra, pues si bien cesaba la obligacion de ir á Londres y el bloqueo sobre el papel era algo menos extenso, en realidad la pretension de visitar á los neutrales de otro modo que para comprobar la sinceridad del pabellon, y de buscar la propiedad enemiga á bordo, la pretension de prohibirles ir á tal ó cual puerto que no estaba de ningun modo bloqueado, constituian cabalmente las usurpaciones que daban origen á las quejas y habian producido los decretos de Berlin y de Milan en represalias. Si las violaciones de principios en derecho eran tan notorias, no eran menos mo-

lestas de hecho, pues la visita ejercida contra el pabellon neutral no solo servia para apresar á los americanos las sedas, los vinos, y cuanto era objeto de su comercio con Francia, bajo pretexto de ser propiedad enemiga, sino que tambien daba ocasion á un vejámen inaguantable, el de la aprehension de los marineros. Efectivamente, el gobierno británico pretendia tener derecho para perseguir á los marineros ingleses desertores de su patria, donde quiera que fuesen habidos. Por consiguiente, despues de buscar á bordo de los buques americanos cuanto podia parecer mercancia francesa, se apoderaban de los marineros americanos, bajo pretexto de que hablaban inglés y eran ingleses. Esta última vejacion habia llegado á ser intolerable. Todo baneo que llevaba una mercancia francesa se hallaba despojado de ella: todo marinero que hablaba inglés era cogido como desertor, y muchas fragatas inglesas ejercian este derecho en las mismas playas americanas á vista de las indignadas poblaciones. Sin duda en América podia haber algunos marineros ingleses desertores, porque en todos los paises, que se hallan en estado de guerra, sucede que cierto número de marineros emigran para no ser arrancados del comercio, siempre mas lucrativo para ellos que la guerra; mas venturosamente para el honor de las naciones es la minoria la que obra de este modo. Ahora se calculaban en seis mil los marineros, cuya captura estaba legalmente probada, lo cual daba margen á creer que por lo menos se habia cogido á doble número á bordo de los buques americanos, suponiéndolos ingleses. Si al derecho de visita ejercido de tal manera, se añade el bloqueo

del imperio francés, que entonces comprendia la mejor parte de la Europa civilizada, se convendrá en que se imposibilitaba á los americanos el comercio de Europa, y en que dispensarla de ir por la licencia de navegar á Londres ó á Malta, y restringir algo el bloqueo general en favor suyo, equivalia á dejar subsistir entera la tiranía de los mares. Para un americano era igual sufrir una escala en Londres, pues mediante esta escala obtenia una licencia con la cual tenia seguidamente la facultad de ir adonde fuese de su agrado, y de hacer por lo menos el comercio británico á falta de otro.

De sobra comprendian los americanos el derecho marítimo y sus propios intereses para no reclamar al instante contra estas insufribles pretensiones, y para no demostrar cuanto habia de ilusorio en las supuestas modificaciones introducidas en *las órdenes del Consejo*. Sobre todo la captura de los marineros americanos, obstinadamente continuada en la embocadura del Chesapeak y del Delaware por fragatas inglesas, de las cuales se oian los cañonazos, cada vez que era ejercida daba ocasion á un grito unánime y asunto á las reclamaciones mas vehementes. Todo el año de 1814, empleado por Napoleon en hacer en la Península una campaña con hártó descuido, y en preparar una guerra fatal en Rusia, invirtieron los ingleses y los americanos en esta disputa, llegada muy en breve al último grado de violencia. Lord Castlereagh sostenia con arrogancia increíble y con sofisticada obstinacion poco digna de Inglaterra que eran considerables las modificaciones introducidas en *las órdenes del Consejo*, mas considerables

que las introducidas por Napoleon en los decretos de Berlin y de Milan; que en realidad estos decretos no habian sido revocados; que América no podia suministrar el testimonio de la revocacion esta; que todos los dias tenia la demostracion de lo contrario en la presa de muchos buques americanos por la marina francesa; que finalmente, solicitando para el pabellon neutral la libertad de llevar lo que le agradara, excepto el contrabando de guerra, se solicitaba lisa y llanamente la libre circulacion de los productos franceses en todo el mundo, vinos, sedas, etc., y que en cambio no habian obtenido los americanos la libre circulacion de los productos ingleses. En cuanto á la captura de los marineros mostrábase lord Castlereagh inflexible, y á ningun precio queria renunciar á ejercerla, diciendo que en materia de hombres de mar, los cuales constituian la propiedad británica mas preciosa, Inglaterra buscaba su provecho donde quiera que se le proporcionara.

Fundadamente respondian los americanos que las modificaciones introducidas en *las órdenes del Consejo* eran nulas, reservándose la facultad de buscar bajo el pabellon neutral la mercancia enemiga, y manteniendo ademas el bloqueo ficticio; que la revocacion de los decretos de Berlin y de Milan era un acto que les concernia exclusivamente, y de cuya sinceridad eran ellos los únicos jueces, puesto que se aplicaba á su comercio y no á otro; que á mayor abundamiento en las manos tenian la declaracion oficial del ministerio francés próxima á ser convertida en decreto así que América llenara la condicion exigida por Francia; que por parte de esta nacion habia aun que deplorar

sin duda algunos proceder arbitraríos, resultantes de una situación indeterminada y sobre todo de las violencias inglesas; que tocaba á América hacer que cesasen del todo y proveería á este objeto importante; que de todos modos la revocacion de los decretos de Napoleon atañía á los americanos; que creian en ella, y que esta circunstancia bastaba para que solicitasen del gobierno británico un acto semejante; que el cargo de no haber alcanzado de Francia la libre circulacion de las mercancías inglesas era pueril é indigno de toda formal controversia; que efectivamente al reclamar América la libertad para los neutrales de cargar á bordo lo que fuera de su gusto, no solicitaba por ejemplo introducir en Inglaterra ni vinos ni sedas de Francia, lo cual fuera una pretension impertinente, sino llevar por todos los mares vinos y sedas á los países á quienes conviniese recibir tales objetos; que á esto aspiraban todas las naciones neutrales por ser derecho incontrovertible suyo, pues no debían padecer de resultas de una guerra en que no tomaban ninguna parte; que este derecho reclamaba é iba á obtener de Francia con la revocacion de los decretos de Berlin y de Milan; que desde entonces podría llevar á bordo de todos sus buques y sobre todos los mares y á la saz del pabellon francés algodones ingleses por ejemplo, ofrecerlos á todos los países que desearan adquirirlos, bien que sin poder exigir de estos países y menos de Francia que los recibiesen como que la libertad del pabellon no significaba la libertad del comercio; y era la libertad de llevar lo que se quisiera á quien deseara recibirlo, y de ningun modo la facultad de introducir en la casa ajena lo que

no convenia admitir en lo casa propia; que lo de lamentarse de que no hubiera obtenido mas la diplomacia americana, de que no hubiese exigido á Francia la libre circulacion de los productos ingleses, carecia de razon hasta la puerilidad, y que pretender hallar aqui agravio, no era tratar formalmente los negocios.

Relativamente á la captura de los marineros añadian los americanos que, si la desercion era un delito que los ingleses tenían el indisputable derecho de perseguir y castigar sobre su territorio, no podian perseguirlo sobre el ajeno; que sobre los mares, que son de todos y de nadie, cubierto con el pabellon nacional un buque, representaba el nacional territorio, y este era un principio reconocido por todos los pueblos; que por tanto buscar un marinero, fuese inglés ó no lo fuese, á bordo de un buque americano era un hecho tan sublevador como lo seria el que un constable inglés quisiera prender en Washington á un delincuente inglés asimismo, y someterle á un juicio inglés ó á una ley inglesa; que esto era pura y simplemente una violacion de territorio; que finalmente todos los derechos de un gobierno al perseguir á un delincuente súbdito suyo en pais extranjero se limitaban á reclamar la extradicion, que no se podia obtener sino en virtud de estipulaciones especiales y mútuas, llamadas tratados de extradicion por todos.

Estos principios eran tan claros que lord Castlereagh y sus legislas quedaron reducidos al silencio, y que la guerra fuera declarada á Inglaterra por los Estados Unidos desde el año de 1814, circunstancia la mas feliz á la sazón para nosotros

si rigores menos graves sin duda, bien que todavía molestos, ejercidos por Francia no hubiesen suministrado á los parciales de la influencia británica en América y á los amigos exagerados de la paz argumentos especiosos contra la guerra.

Napoleon no quiso revocar inmediatamente sus decretos, y se redujo á una simple promesa formal de revocarlos tan luego como América hiciese algo significativo contra Inglaterra. Al ser conocida en Europa el acta americana de 2 de marzo de 1811, que restablecía las relaciones mercantiles con Francia y las dejaba suspendidas con Inglaterra, ya respondió Napoleon con el acta de 28 de abril de 1811, que revocaba los decretos de Berlin y de Milan relativamente á los americanos. Este acta oficial produjo viva sensación en los Estados Unidos, é hizo caer la principal asercion inglesa, hasta el extremo de no permitir reproducirla. Desgraciadamente Napoleon destruía en parte este buen efecto, manteniendo aun ciertas excepciones al derecho puro de los neutrales, é imponiendo al comercio americano ciertas trabas incómodas de todo punto.

Ante todo no quiso restituir los famosos cargamentos americanos apresados en Holanda, porque eran de valor sumo, y porque además pertenecian á aquella clase de americanos que se mostraron complacientes respecto del comercio de Inglaterra, á quienes miraba con mas aversion que á los mismos ingleses. En apoyo de este rigor alegaba dos buenas razones; primera, que estando estos americanos en Europa contra el acta de embargo, se hallaban infringiendo las leyes de su patria, por lo cual debía considerárseles como des-

nacionalizados; segunda, que por la época misma fueron apresados en América buques franceses, por violacion del acta de embargo, y que naturalmente la captura de los franceses autorizaba la de los americanos. Verdaderamente los franceses cogidos no pasaban de tres ó cuatro, al par que los americanos subian á muchos centenares. Pero Napoleon decia que en materias de honor no se contaba, y que mil americanos capturados no compensaban á sus ojos un solo francés maltratado en los puertos de los Estados Unidos. Sin embargo, consintió en restituir algunos americanos cogidos despues de la declaracion de 1.º noviembre de 1810, esto es, despues de la oferta hecha á América de revocar los decretos de Berlin y de Milan, si aceptaba las condiciones impuestas de resultas.

Relativamente al derecho de los neutrales, restableciéndolo Napoleon á favor de los americanos, dejó subsistir diversas excepciones. Completamente renunciaba á la facultad de buscar bajo el pabellon neutral la propiedad enemiga, y admitia que, cubriendo el pabellon la mercancia, los neutrales podian llevar á todas partes lo que fuera de su agrado. Renunciaba á investigar si un buque americano habia tocado en Lóndres ó en Malta: igualmente renunciaba á todos los bloqueos ficticios; pero aun pretendia apresar á un americano que se hallase bajo convoy inglés, considerándolo por virtud de esta asociacion como enemigo; además persistiendo los ingleses en bloquear las playas de Francia, pretendia prohibir á todo buque el arribo á las playas de Inglaterra, no dirigiéndose en esto, segun decia, á los americanos, sino á las playas de Inglaterra, en represalias de lo que

se hacia contra las playas de Francia. Por último, teniendo ejércitos delante de Cádiz y Lisboa, sostenía que llevar harinas á estos puntos, era violar un bloqueo efectivo, y habia prescripto estorbarlo. Estas restricciones al derecho puro de los neutrales eran muy sostenibles; pero su utilidad real no compensaba el mal efecto que debian producir en América.

Acerca del comercio, siempre cuidadoso Napoleon al admitir en Francia á los americanos de que no se introdujeran ni buques, ni productos ingleses, ideó precauciones extremadamente minuciosas. Desde luego no permitió mas que dos puntos de partida. Nueva York y Nueva Orleans, y tres de llegada, Burdeos, Nantes y el Havre. Exigió que antes de salir de América fuera todo cargamento revisado por sus cónsules é inventariado, con el fin de evitar una sustitucion de valor ó de calidad en el viage. Además designó las materias que podrian ser importadas en Francia, excluyó el azúcar y el café como de origen siempre dudoso, y en cambio de las mercancías introducidas quiso obligar á los americanos á que una tercera parte del valor de ellas la exportasen en vinos y dos en sedas. Finalmente, sujetó los géneros importados de América á la famosa tarifa del 5 de agosto de 1810, que consistia en sustituir el derecho del 50 por 100 á la prohibicion absoluta providenciada contra todos los productos exóticos.

Cuando los americanos admitidos en nuestros puertos encontraron allí estas trabas, relativamente á los puntos de partida y de entrada, relativamente á la naturaleza de las mercancías que podian ser introducidas, á la naturaleza y á la pro-

porcion de las que debian ser exportadas, se quejaron vivamente de un comercio cargado de trabas semejantes, y por desgracia sus quejas llevadas á los Estados Unidos produjeron allí un resentimiento importuno. Efectivamente, por una cortísima ventaja se privaba Napoleon de un resultado político de importancia suma, el de una declaracion de guerra de América á Inglaterra. Aun teniendo razon en no querer dejar que se infiltraran los productos ingleses en Francia por medio de los neutrales, muy seguro estaba de que, una vez declarada la guerra, no sacarian los americanos de los depósitos británicos la materia de sus importaciones. Además, exigiendo comprobaciones bien hechas por parte de cónsules de una probidad acrisolada, se pudiera dispensar de restringir á dos puertos en América y á tres en Francia los puntos de partida y de llegada, pues era facilitar mucho á los ingleses el bloqueo de nuestras costas reducirá tres los parages donde debian establecerlo. En cuanto á las mercancías, las mas de ellas, como las maderas, los tabacos, las harinas, eran tan peculiares de los Estados Unidos, y las otras, como los algodones, tenian señales tan inequívocas de su procedencia, que no habia que recelar que durante la travesía se sustituyeran los productos ingleses á los productos americanos. En cuanto á los azúcares y á los cafés, como absolutamente se necesitaba una porcion de unos y otros en Francia, y como Napoleon permitia irlos á buscar mediante permiso hasta á Inglaterra, mas sencillo fuera con mucho recibirlos de los americanos, aunque estos los hubiesen de tomar de las colonias inglesas. Finalmente, en cuanto á la obligacion de comprar

en determinada proporción así vinos como sedas en Francia, convenía no ocuparse tanto de Burdeos y de Lion, pues se perjudicaba así á estas poblaciones por exceso de celo, y fiar á los americanos el cuidado de elegir aquellos de nuestros productos que pudieran exportar con mayor ventaja.

El interés primordial, el que sobrepujaba á todos, aun poniendo en el bloqueo continental la mira, era el de suscitar las hostilidades entre América é Inglaterra. Aun cuando hubiese de resultar algun fraude, lo conveniente era promover esta guerra, pues en el instante perdieran los ingleses el comercio americano, que era todavía de doscientos millones, y nada podría resarcirles de una pérdida de tanta monta. Además la supresión del pabellon americano como intermedio les causaba un perjuicio de otro linage, que valia todos los sacrificios transitorios que en favor de América fueran hechos. Cuando obligábamos por ejemplo á los suecos, á los daneses, á los prusianos, á declarar la guerra á los ingleses, cedían á la violencia, y no se lanzaban mas que á fingidas hostilidades. Pero una vez disparado el primer cañonazo entre América é Inglaterra, había de estallar un ardiente odio nacional entre una y otra, cesaria de ser complaciente para con la marina británica el pabellon americano, y ya se concibe lo que fuera el bloqueo continental para Inglaterra, no ofreciéndose los americanos á prestar su pretendido pabellon neutral á los ingleses para eludir el tal bloqueo.

Por obtener semejante resultado, ningun sacrificio debía parecer costoso, y era evidente que para obtenerlo se necesitaba ante todo quitar á los

americanos todo motivo de queja fundada en nuestra contra, á fin de que su irritación recayera exclusivamente contra Inglaterra, y además, hacerlos esperar un amplio comercio con Francia, en resarcimiento del que iban á perder con Inglaterra. Desgraciadamente, por desconfianza, por orgullo, por pertinacia, se defendía Napoleon contra las concesiones que le eran pedidas, no las otorgaba sino una á una, y hasta destruyendo á veces su efecto con intempestivos rigores. Así, cuando los parciales de la guerra citaban en el congreso americano los buques detenidos por los ingleses, ó aquellos á cuyo bordo se había ejercido la captura de los marineros, en respuesta citaban los partidarios de la paz los buques americanos detenidos por la marina francesa en las bocas del Támesis ó del Tajo, y cuando se les quería poner delante de los ojos el vasto comercio del imperio francés en cambio del comercio británico, citaban los dos puertos desde los cuales se podía salir de América, y los tres puertos adonde se podía arribar en Francia, y las trabas, las tarifas excesivas á que allí quedaban expuestos.

Mas y mas complicaban tal situación grave de suyo el estado de los ánimos en los Estados Unidos y la division de los partidos en aquella comarca libre. Entonces, como antes y despues, se hallaba dividida en federalistas y demócratas la América del Norte.

Bien que en otros dias hubieran querido los primeros la guerra contra Inglaterra, para la emancipación del suelo americano, ya obtenida, retornaron á cierta especie de predilección por la antigua madre patria, y deseaban el comercio con ella, la

alianza con su política, no mostrando sonrojo ni molestia por su ingratitud respecto de Francia. Sus intereses y sus opiniones eran causa de inclinaciones semejantes. Establecidos en las costas del Nordeste de América los mas de ellos, en Filadelfia, en Nueva York, en Boston, eran antiguos negociantes ingleses, intermediarios naturales del comercio con Inglaterra, y querian que sobre todo consumiese America los productos británicos de que eran importadores y traficantes. No produciendo ni algodón, ni azúcar, ni tabaco, ni granos, ni maderas, como los colonos de tierra adentro, se cuidaban poco de buscar salidas á estos productos, y solo se desvelaban por el comercio británico de que eran agentes. Tales eran sus intereses; de un modo no menos sencillo se explicaban sus opiniones. Negociantes ricos, teniendo las costumbres, los gustos, las ideas del gran comercio inglés del cual traian la procedencia, profesaban las opiniones reservadas, severas, de una aristocracia mercantil, amaban la política prudente, mesurada, conservadora, de Washington, se inclinaban mucho á la de Mr. Pitt, y tenian singular semejanza con aquella poderosa ciudad de Londres, que habia formado la clientela del ilustre ministro inglés de continuo. En lo concerniente con especialidad á América, deseaban un órden de cosas regular, sostenian el gobierno federal de buen grado, y querian vivir en paz con todas las potencias. Apenas les convenia la Francia de Luis XVI, la de la Convencion nada, y la de Napoleon muy poco. Deploraban los rigores de Inglaterra contra su comercio; pero preferian sufrirlo á declararse en hostilidad con ella, y sobre todo no tenian confianza

alguna en el gobierno de Napoleon, al cual encontraban á la vez revolucionario, despótico, ambicioso y perturbador hasta el mas alto grado.

Los demócratas ó republicanos, segun se les denominaba en aquella época, todavía próxima á la proclamacion de la república, eran por sus intereses y sus opiniones diametralmente lo contrario que los federalistas. Colonos de lo interior casi todos, desparramados en la Virginia, la Carolina, el Ohio, Kentucky, territorios ricos en algodones, en tabacos, en azúcares, en cereales, en maderas de todas especies, tenian interés en comerciar con Francia, que necesitaba mucho de los productos de su agricultura. Aficionados á los gustos de nuestros colonos de las Antillas mas bien que á los de los negociantes ingleses, preferian nuestros productos á los de Inglaterra, al par de las costumbres profesaban las opiniones de los plantadores, y se inclinaban á las ideas inmoderadamente liberales. Ardientes en otro tiempo en provocar la rebelion contra Inglaterra, ardientes en desecharla, en pugnar por la independencia americana, á diferencia de los federalistas, continuaron aborreciendo á Inglaterra aun despues de arrancarla el triunfo, y querian llevar á remate la obra de su independencia, emancipándose del comercio, de los usos, de la alianza de la antigua metrópoli. Naturalmente dedicaban á Francia la benevolencia que negaban á la Gran Bretaña, le conservaban una viva gratitud por los beneficios recibidos de ella, le perdonaban fácilmente sus excesos revolucionarios, sublevándoles menos que á los federalistas, y aun cuando hubiera caido en un despotismo transitorio, siempre la miraban como á la nacion

activa, emprendedora, destinada en todos tiempos á precipitar los movimientos del espíritu humano. Irritados hasta el último extremo de los ultrajes hechos á su pabellon, se mostraban impacientes por vengarlos: ambiciosos, pretendian apoderarse del Canadá; por estos motivos impulsaban á las hostilidades contra Inglaterra, y anhelaban con toda su alma que Francia abriera ampliamente sus puertos al comercio americano, recibiera sus productos agrícolas del Sur y del Oeste, y suministrara así argumentos á su polémica vehemente y apasionada.

Tan luego como las noticias llegadas de Europa revelaban algun exceso cometido por los ingleses, triunfaban los demócratas, y por el contrario, cuando se sabía que los franceses habían aun detenido á algun buque americano, decian los federalistas que, para ser justos, convendría declarar la guerra á las dos potencias, y que no pudiendo sin locura hacerla á ambas, lo mejor era no hacerla á ninguna. Por su parte replicaban los demócratas que solo gentes sin decoro y sin patriotismo podian tolerar la captura de sus marincos, la violacion de su pabellon, y que, antiguos colonos de Inglaterra, lo querian volver á ser los federalistas; y estos injuriados respondian que eran bulliciosos avasallados á la influencia francesa.

A la sazón era jefe del poder ejecutivo Mr. Madison, amigo y discípulo de Jefferson, demócrata moderado, instruido, previsor, práctico en los negocios, hallando en sus luces personales un correctivo contra las opiniones harto vivas de su partido. Convencido de buena fé de que América tenia mayor interés en aliarse con Francia que

con Inglaterra, de que, aun deseando seguir en paz, á fin de recoger los inmensos beneficios de la neutralidad, se necesitaba por lo menos hacer respetar los derechos de la neutralidad misma, consideraba la guerra con Inglaterra como inevitable tarde ó temprano; pero queria ser forzado á ella por la opinion y apoyado por Francia, y recibir de ésta además en ventajas comerciales el precio del valor que dedicara á defender la causa del derecho marítimo. Prudente, pero amante del poder, tenia una ambicion, la única hasta ahora conocida en los presidentes de los Estados Unidos, la de alcanzar una segunda eleccion, de alargar así de cuatro á ocho años la duracion de su presidencia, lo cual ya habia sido recompensa y gloria de Washington y de Jefferson, y término de sus modestos y patrióticos deseos. Pero, si tenia ante los ojos el ejemplo de estos dos hombres ilustres, tambien tenia el de Mr. John Adams, que habiendo querido provocar una guerra con Francia el año de 1798, vió fracasar su reeleccion de resultas y concluir su autoridad á los cuatro años. Así guardaba muchos miramientos en su conducta y habia elegido por ministro de Negocios Estrangeros á Mr. Monroe, demócrata de su matiz, acostumbrado no menos que él á los negocios, alternativamente negociador en Francia y en Inglaterra, queriendo ser un dia continuador de Mr. Madison cual Madison lo era de Jefferson. Pero para llamar á Mr. Monroe á este puesto, Mr. Madison habia separado á Mr. Smith, demócrata distinguido y violento, perteneciente á una familia poderosa, y tenia que guardarse, no solo de los federalistas, sino de los demócratas extremos, desa-

zonados de su circunspeccion y de su lentitud calculada.

Para poner coto á la lucha de estas dos políticas que dividian á América, bastara que llegase de París un despacho con el cabal y definitivo reconocimiento del derecho de los neutrales, y la concesion de formales ventajas mercantiles. Por desgracia se estaba á fines de 1811; ya Napoleon estaba ocupado del todo en sus proyectos contra Rusia, y su cabeza ardorosa, aunque inmensamente vasta, no abarcaba á la vez dos proyectos. Apasionado en 1810 por el bloqueo continental, hallara en una guerra de América con Inglaterra la coyuntura de mil combinaciones favorables á sus planes, y nada descuidara por promoverla. Por el contrario, lleno á fines de 1811 de la idea de terminar en el Norte de Europa todas sus luchas de un solo golpe, no dedicaba á Mr. Barlow, ministro de América y amigo del presidente Madison, mas que una atencion distraida, y algunas veces le hacia aguardar semanas enteras una audiencia. Además de esta predisposicion á las ocupaciones exclusivas, comun en las almas apasionadas, Napoleon tenia otra no menos pronunciada, y era una especie de avaricia política, consistente en quererlo sacar todo de los otros, dándole lo menos posible, predisposicion que, por miedo de ser uno engañado, expone á veces á engañarse á sí propio, pues no conceder nada, ó conceder muy poco, es á menudo un medio de no alcanzar nada. Perseverante, aunque con menos pasion en su bloqueo continental, temeroso siempre de abrir salida á los ingleses, si lo cambiaba en algo, temeroso tambien de que le engañasen

los americanos, queria no concederles nada, interin no declarasen la guerra á Inglaterra. De continuo decia á Mr. Barlow.—Declaraos, salid de vuestras largas vacilaciones, y alcanzareis de mí cuantas ventajas podais desear.—Entretanto las fragatas francesas destruian todo buque americano que llevaba trigos á Cadiz ó á Lisboa, y nuestros corsarios daban caza á los que intentaban penetrar en las bocas del Tamesis.

De esta suerte no fué declarada la guerra en 1811 como pudo serlo, y todo este año se pasó en discusiones violentas entre los partidos que dividian á América. A la llegada de cada buque de Europa, se corria á casa de Mr. Serurier, ministro de Francia, para saber si habia recibido algunas noticias satisfactorias, y este diplomático, enviado por Napoleon despues de las cosas de Holanda á Washington, para impulsar á los americanos á la guerra, y que procedia con celo y mesura, repetia de continuo la leccion que se le enviaba formada de París del todo, y decia siempre á los americanos que, cuando abandonaran su política de tergiversaciones, recogerian el premio de su adhesion á la causa del derecho marítimo. Así el congreso americano fué prorogado para 1812 sin abrazar partido alguno, y fuerza es repetir que fué una gran desdicha, porque esta guerra era de indole propia á dar al bloqueo continental tanta eficacia y á causar tal emocion á los ingleses, que acaso la política del gabinete británico variara de repente. Con todo, imposible era que semejante situacion se prolongara, y así el año de 1812 debia acabar de otro modo que el antecedente. Si Francia hacia esperar sus concesiones comerciales y

apresaba de vez en cuando algunos buques americanos, Inglaterra persistia en la negativa absoluta del derecho de los neutrales, mantenía en todo su vigor las *órdenes del Consejo*, y continuaba sobre las costas de la Union la visita de los buques americanos y la captura de los marineros. Indignacion general produjo el número conocido y publicado de los marineros cogidos por los ingleses. Segun acabamos de manifestar pasaba de seis mil este guarismo, lo cual suponía una porcion mucho mayor de estos actos de violencia, pues se debian ignorar por lo menos otros tantos como los que eran conocidos. A la exasperacion pública puso colmo una postrera circunstancia, y fué la declaracion hecha por el gabinete británico en el mismo instante de recibir la plenitud del poder real el príncipe regente. Segun se ha visto, llamado á la regencia en 1811, vióse obligado á soportar ciertas restricciones á su prerogativa, restricciones de poca importancia, bien que parecian ser una especie de aplazamiento á su instalacion definitiva. Todo el mundo así en Inglaterra como en Europa semejaba remitir á la época en que fuera investido con el poder real la determinacion de su política verdadera. En Inglaterra no habia desesperado la oposicion de verle tornar á sus antiguos amigos, y dilijiendo la Union americana de continuo el momento de una guerra temible, se habia lisongeado de que tal vez templaria algun tanto aquel despotismo marítimo, que constituía uno de los caracteres de la política de Mr. Pitt y de sus continuadores. Mas, habiendo sido alzadas las restricciones puestas á la autoridad del príncipe de Gales á principios de 1812, y no habiendo re-

sultadó en la política británica ningun cambio, ya habia que desesperar de que se verificase, y la Union tomó al fin el partido de no aguantar por mas largo tiempo las vejaciones de Inglaterra, y de no aguardar tampoco mas los favores prometidos por Napoleon tantas y tantas veces. Singular espectáculo dado por dos gobiernos, el de Francia con todas las luces del genio, el de Inglaterra con todas las luces de la libertad, y ambos obcecados por las pasiones, entrando respecto de América en cierta especie de competencia de faltas, pues fuerza es reconocer que los países libres se apasionan y ciegan como los otros; solo que se puede decir que aun es la libertad entre todos los remedios el mas seguro y eficaz contra la ceguedad de las pasiones.

Descontento el gobierno americano de Francia, pero indignado contra Inglaterra, preparó una serie de medidas militares, que indicaban visiblemente la resolucion de hacer la guerra, y á la sazón se puso gran cuidado en abstenerse de toda relacion con la legacion francesa, á fin de que no se atribuyeran tales determinaciones á nuestro influjo. Aquel gobierno propuso elevar el ejército permanente á veinte mil hombres, admitir hasta cincuenta mil los alistamientos voluntarios, crear una flota de doce navíos y de diez y siete fragatas y negociar un empréstito de cincuenta y cinco millones de francos. Con ardor fueron discutidas estas providencias y desde el punto de vista peculiar de cada partido. Queriendo los federalistas aumentar cada vez mas el predominio de la autoridad central, y viéndose obligados á la guerra, se inclinaban al aumento del ejército permanente y de la marina,

y rechazaban los alistamientos voluntarios. Al contrario los demócratas, desconfiando del poder central por instinto, mostraban repugnancia á la creacion de un ejército permanente, y no comprendian mas que una clase de guerra, la que consistia en lanzar una nube de voluntarios sobre el Canadá para que sublevasen aquel territorio y lo agregasen á la federacion americana. Estas opiniones, que tan al vivo retrataban el genio de los dos partidos, acabaron por un voto comun en favor de los proyectos sometidos á la legislatura, algo modificados no obstante en el sentido de los federalistas, porque el senado, donde éstos ejercian mas influencia, hizo subir el aumento del ejército permanente de veinte á treinta y cinco mil hombres. A estas providencias se añadió otra, y fué la del *embargo*, consistente en prohibir durante dos meses la salida de los puertos de América á todos los buques americanos, á fin de que los ingleses pudieran hacer pocas capturas. Al cabo de estos dos meses debia ser declarada la guerra.

Entretanto diversos incidentes suministraron aun pretextos para sostener la paz ó la guerra á cada uno de los partidos. Habiendo hecho un intrigante revelaciones, de las cuales se podia inferir que ciertos federalistas habian tenido relaciones condenables con el gobierno inglés del Canadá, aunque acusados injustamente, se sintieron aterrados por un momento. Sin embargo, muy pronto vino otro incidente á reanimar sus espíritus abatidos, hasta tal extremo semejaba que, antes de adoptar su resolucion definitiva, debia luchar América largo tiempo entre las faltas de Francia y las de Inglaterra. Se supo que fragatas fran-

cesas, de crucero en las playas de Lisboa, habian echado á pique varios buques americanos, que llevaban harina al ejército de los ingleses. Al saberlo se alentaron los federalistas, sostuvieron que los decretos de Berlin y de Milan no estaban revocados, que el decreto de 28 de abril de 1811 era una mentira, y preguntaron cómo habia quien se atreviese á proponer la guerra contra Inglaterra por no haber revocado las *órdenes del Consejo*, no habiéndose revocado tampoco los decretos de Berlin y de Milan por Francia.

De todos modos ya era preciso llegar á una solución, pues el gobierno del presidente Maddison podia recelar ver su consideracion comprometida de resultados de estas continuas tergiversaciones. A vueltas de todo, el público acabó por comprender que no era maravilla que Francia tratase de impedir que los neutrales abasteciesen al ejército enemigo, y, sin penetrar en las dificultades de la cuestion de derecho, antes de mucho se calmó relativamente al suceso de Lisboa. Se leyeron despachos de Mr. Barlow, anunciando excelentes disposiciones por parte de Francia, disposiciones que, para ser manifiestas, solo aguardaban una resolucion enérgica de los Estados Unidos contra Inglaterra. Por último, á mediados de junio, en la misma época en que Napoleon se encaminaba desde el Niemen al Dwina, se sometió al congreso americano la cuestion solemne de la guerra á Inglaterra. Violento y largo fué el debate. Algunos federalistas exaltados clamaron que, puesto que se queria hacer respetar el pabellon y representar heroísmo, lo razonable era no representarlo á medias, y declarar la guerra á ambas nacio-

nes. De ridícula se resentía la proposición esta, pues en visperas de combatir á favor del derecho marítimo fuera extraño declararse hostil á aquella de las dos potencias que, aun violándolo algunas veces, sustentaba una lucha encarnizada por su triunfo. Además, se resentía de imprudente hasta el último extremo, porque ¿en qué puertos hallarían los corsarios de América refugio y mercado, si se les cerraran las costas de Francia? No se hizo caso de arranques de gentes descosas de desacreditar una opinión exagerándola, y el congreso americano votó la guerra por mayoría de 79 votos contra 37 en la cámara de los representantes, y de 49 contra 13 en el senado. Fechóse la declaración oficial el 19 de junio de 1812.

Mientras las faltas de Inglaterra producían este desenlace, que tan funesto pudiera serle, ilustrándose el gabinete británico cuando ya había pasado la coyuntura, revocó al fin las órdenes del Consejo, y Mr. Forster, al embarcarse en uno de los puertos de la Unión, acababa de recibir la tardía nueva, dejando el cuidado de comunicarla al presidente Maddison á un encargado de negocios.

Pero los demócratas se habían apresurado á comenzar las hostilidades, y ya entonces agitaban á la América dos hechos, llenándola el uno de alegría, y el otro de tristeza. Imprudentemente presuroso el general Hull en cruzar la frontera del Canadá por cerca del fuerte de *Detroit* á la cabeza de una tropa de tres mil hombres, y en distribuir proclamas insurreccionales á los canadienses, hallóse cogido entre los lagos Huron y Erié, envuelto por las tropas inglesas y obligado á rendir las armas. Vivamente conmovió á América este suce-

so, que en realidad distaba mucho de presagiar la suerte de la presente guerra. Pero al par el hermano del mismo general Hull, capitán de la fragata la *Constitucion*, acababa de alcanzar una victoria, que exaltó el genio americano hasta el último punto. Un año hacia que muchas fragatas inglesas insultaban las costas americanas, y ejercían aisladamente la captura de los marineros á la boca de sus puertos. Especialmente la fragata *Guerre*, francesa en otro tiempo, había hecho frente al comodoro americano Rogers, que la buscaba para castigarla. Montando el capitán Hull la fragata *Constitucion* halló á la *Guerre*, y en treinta minutos le echó abajo los masteleros, y la obligó á rendirse con trescientos hombres, después de herirla ó matarla unos cincuenta. Tanto las maniobras, como los disparos de la fragata americana, se hicieron con exactitud admirable. Sus oficiales y sus marineros acreditaron una intrepidez, que auguraba el advenimiento de una nueva raza de héroes sobre los mares. El entusiasmo excitado entre los americanos por uno de estos hechos y la confusión producida por el otro esterilizaban los esfuerzos que se pudieran intentar para promover una avenencia con los ingleses.

Tales habían sido los sucesos allende el Atlántico durante la trágica catástrofe de nuestro ejército en Rusia. ¡Calcúlese el efecto de semejante declaración de guerra un año antes, cuando, hallándose Inglaterra sin aliados en Europa, viera surgir un nuevo enemigo mas allá de los mares, cuando los americanos, únicos violadores del bloque continental, se transformaran en sus cooperadores ardientes, cuando ya fuera imposible re-

convenir á Rusia por sus complacencias respecto de ellos y hasta de pretexto careciera la guerra en su contra, cuando se pudiera enviar un nuevo Lafayette al frente de veinte mil hombres en una de las numerosas escuadras que dentro de nuestros puertos permanecian ociosas, cuando finalmente nuestras fuerzas intactas pudieran producir el término de la guerra marítima de resultas de un postrer golpe descargado en España! Pero ahora, despues del desastre de Moscou, la guerra de los americanos contra los ingleses no era mas que una inútil ventura!

En España habian ocurrido sucesos igualmente graves, derivados de las mismas causas, si bien no se podian calificar de ventura infructuosa, pues casi todos habian sido desgraciados. Se hace memoria de que el prudente capitán, que mandaba en la Peninsula á los ejércitos ingleses, y permaneciendo allí sustentaba la constancia de la insurreccion española, habia reconquistado sucesivamente las importantes plazas de Ciudad Rodrigo y Badajoz, y anulado así los únicos resultados de dos sangrientas campañas. Tambien se debe recordar de qué manera habia obrado para hacernos sufrir esta doble afrenta. Mientras, mandando Napoleon desde lejos, bruscamente, con atencion fija un instante y apartada luego, hacia avanzar todos nuestros cuerpos de ejército hacia Valencia, lord Wellington, siempre bien informado por los habitantes, se aprovechó de la coyuntura para apoderarse de Ciudad Rodrigo, á vista del ejército de Portugal, muy debilitado de resultas de sus destacamentos sobre Valencia. Cuando, ya tomada Valencia, atrajo Napoleon á toda prisa hacia el

Norte de la Peninsula á todas las fuerzas francesas para asegurar las comunicaciones con Francia y llevarse al Niemen los destacamentos que le eran necesarios, lord Wellington, siempre en acecho, trasladóse rápidamente hacia el Sur de Portugal, tomó á Badajoz á fuerza de hombres, y de este modo hizo sufrir al ejército de Andalucía una afrenta aun mas amarga que la sufrida por el ejército de Portugal con la pérdida de Ciudad Rodrigo. A continuacion de este doble descalabro partió Napoleon para Rusia, dejando á José el mando de todos los ejércitos franceses de España, y despues de quitarles los polacos, la Jóven Guardia, parte de los cuadros de dragones, y buen número de excelentes oficiales, como los generales Eblé, Montbrun y Haxo. Aun los veinte y cuatro millones de francos, prometidos por Napoleon para asalarar el año de 1811 á las tropas, no estaban satisfechos el año de 1812; y del millon mensual, señalado á José para ayudarle á crear una administracion, se debian dos millones y medio correspondientes á 1811, y seis á 1812. Por inútil instruccion, recomendó Napoleon á José que mantuviera cuidadosamente las comunicaciones con Francia, y velara á fin de que siempre estuvieran prontos á reunirse contra lord Wellington los ejércitos de Portugal y de Andalucía. Efectivamente, todo el éxito de la guerra dependia del esmero que estos dos ejércitos dedicaran á prestarse reciproca ayuda. ¿Pero como esperararlo? ¿Cómo asegurarlo? Lisongeándose habia Napoleon de que, con el mando general mas ó menos obedecido, con trescientos mil hombres de excelentes tropas, dando de sí doscientos treinta mil combatientes, si José no obraba

prodigios, al menos conseguiria mantenerse. Le bastaba con este simple resultado, sobre todo alimentando la esperanza de que en Rusia iba á poner término á todas las cosas del mundo. Aun creyendo poco en el genio militar de José, contaba con su cordura, con la grande experiencia del mariscal Jourdan, á quien hacia justicia en el fondo, sin embargo de no estimarle, y durmióse relativamente á este grave negocio, que le habia llegado á importunar de una manera imponderable. De seguro José y Jourdan, puntualmente obedecidos, ejecutarán cuanto Napoleon se prometia de sus personas, y mas todavia; pero se va á ver si las cosas estaban de manera que pudiesen obtener la mas minima obediencia. La situacion y la fuerza de los diversos ejércitos eran las siguientes.

Con cuarenta y seis mil hombres guardaba el general Dorsenne á Navarra, Guipúzcoa, Vizcaya, Alava y Castilla la Vieja hasta Burgos. En este número se comprendian las guarniciones de Bayona, San Sebastian, Pamplona, Bilbao, Tolosa, Vitoria, Burgos y otros pequeños puestos intermedios. No quedaban mas que veinte y cinco mil hombres de tropas activas contra Mina, que desolaba y dominaba á Navarra, contra Longa, Campillo, Porlier, Merino, que recorrian á Guipúzcoa, Vizcaya y Alava hasta Burgos, se comunicaban con los ingleses, y juntos ó separados, interceptaban los caminos de tal modo, que á menudo un despacho de Madrid á París, tardaba no menos de dos meses. Sin embargo, un gefe hábil al frente de veinte y cinco mil, y hasta de veinte mil hombres de tropas activas, pudiera, ya que no destruir á estas bandas, al menos consentirlas tan poco descanso como ellas

dejaban á las tropas francesas y aminorar mucho su importancia. Pero Dorsenne, antiguo general de la Guardia, valeroso como el que mas, idóneo á las órdenes de un buen gefe para la guerra en grande, no tenia la actividad ni la astucia que se necesitaran para correr detrás de tales enemigos, armarles emboscadas y hacerles caer en ellas, aspero y orgulloso, no sabia obedecer mas que á Napoleon. Por otra parte, provisto de sus antiguas instrucciones, que prescribian al gefe de las provincias del Norte ocuparse en su pacificacion de una manera exclusiva, á menos que los ingleses pusieran al ejército de Portugal en peligro, sabiendo que Napoleon pensaba en segregar estas provincias de la monarquía española, autorizado de resultas para administrarlas aparte, se complacia Dorsenne en la especialidad de su papel harto de sobra para que se sometiera á la supremacia de José fácilmente. Asi, cuando éste transmitió á sus lugartenientes las órdenes de Napoleon, que le instituian general en gefe de los ejércitos franceses de España, respondió el general Dorsenne que tales órdenes no le concernian de ningun modo, pues tenia un cuidado especial á su cargo, cuya extension y cuyo objeto se le habia trazado en la capital de Francia, y que era casi inconciliable con lo que desde Madrid le pudiera ser mandado.

Ocupados se hallaban por el ejército de Portugal el resto de Castilla la Vieja, el reino de Leon y el territorio de la provincia de Salamanca hasta las márgenes del Tajo. Muy vasta era su tarea, pues debia batirse desde Astorga hasta Badajoz si la necesidad lo requeria, en una linea por lo me-

nos de cincuenta leguas. Del papel de ejército de Portugal no le quedaba mas que el nombre, pues ya ni pretensiones abrigaba de entrar en aquel reino, y tenia por único objeto hacer cara á los ingleses, sobre todo si, trasladándose hacia el Norte, aspiraban á lanzarse á Castilla la Vieja y á cortar nuestra línea de comunicaciones, como el general Moore lo habia hecho ya antes, como lord Wellington podia aun intentarlo. Para este caso el mariscal Marmont, caudillo del ejército á que se alude, tenia encargo de oponerse con resolucion á la marcha de los ingleses. Le debia prestar el general Dorsenne ayuda, lo mismo José enviándole desde Madrid una porcion del ejército del centro, y órdenes tenia el mariscal Soult para remontarse de Andalucía á Extremadura y llevarle por el puente de Almaraz quince ó veinte mil hombres de refuerzo. Si, por el contrario, pretendia lord Wellington dirigirse hacia Madrid por el Tajo, segun ya lo habia querido cuando la batalla de Talavera, el mariscal Marmont debia cruzar el Guadarrama, descender por Avila sobre el Tajo y cubrir á Madrid. Si finalmente lord Wellington amenazaba de nuevo la Extremadura baja como ya se habia visto al tiempo del primer sitio de Badajoz y del segundo, el mariscal Marmont debia pasar por el puente de Almaraz el Tajo, y hasta aparecer delante de Badajoz, travesía inmensa de mas de cien leguas, ya ejecutada por él mismo al ir en socorro del mariscal Soult el año antecedente. Creyendo en esta última suposicion muy poco, recelando especialmente por nuestras comunicaciones en el instante en que se iba á alejar del centro de su imperio, habia trasladado Napoleon la residen-

cia ordinaria del mariscal Marmont del Tajo al Duero, de Plasencia á Salamanca, lo cual hizo que la toma de Badajoz fuera para lord Wellington fácil empresa. Fundadamente entendia Napoleon que la seguridad de nuestro establecimiento en España dependia exclusivamente del celo que los citados generales pusieran en prestarse reciproca ayuda, y asi se lo habia recomendado por extremo. No se podia dudar del celo que el mariscal Marmont emplearia en socorrer al mariscal Soult, pues ya lo habia efectuado el año anterior á pesar de las distancias. ¿Pero se podia racionalmente esperar ningun auxilio para el mariscal Marmont del mariscal Soult, que jamás quiso prestar servicio alguno al ejército de Portugal, del general Dorsenne, que, glorificándose de su papel especial, se consideraba soberano del Norte de España, del infortunado José, rey nominal de la España entera, que apenas tenia con qué guardar á Madrid y sus alrededores? No habia que lisonjearse de ello, y sin embargo, el mariscal Marmont, con menos eventualidades de ser socorrido que nadie, cabalmente lo necesitaba mas que todos, siendo evidente que, ya dueño lord Wellington de Ciudad Rodrigo y de Badajoz, verdaderas puertas de Portugal por España, pasaria por la primera y no por la segunda, como que ésta le llevara á Andalucía, donde nada tenia que hacer de provecho, donde además habia peligro en engolfarse, al par que la otra le encaminaba á Castilla, desde donde tomaba de revés á nuestras tropas y podia arrancarnos toda España de un solo golpe. Sin manifestar lord Wellington aquellas miras extensas, profundas, atrevidas, que constituyen el genio, habia acredi-

tado un juicio tan sano, tan entero, que no se podía dudar del camino que tomaria, y en todas sus instrucciones demostraba Napoleon haberlo adivinado perfectamente. Ahora bien, para hacer cara al ejército británico, elevado este año á cuarenta mil ingleses presentes bajo bandera, y á veinte mil portugueses ya buenos soldados, esto es, á sesenta mil combatientes, contaba el mariscal Marmont cerca de cincuenta mil hombres, de primera calidad sin duda, mandados por excelentes gefes de division, tales como los generales Bonnet, Foy, Clausel, Taupin, pero diseminados en una vasta extension de territorio. Siempre atento Napoleon á las provincias del Norte, quiso que el mariscal Marmont enviara al general Bonnet á Asturias, y que éste traspusiera las montañas para establecerse en Oviedo, lo cual arrebatara de pronto al ejército de Portugal tan buen gefe y siete mil soldados. Cuarenta y cinco mil le quedaban por consiguiente. De ellos se necesitaban mil quinientos en Astorga, quinientos en Zamora, quinientos en Leon, mil en Valladolid, mil en Salamanca, mil quinientos repartidos en puestos menores, como Benavente, Toro, Palencia, Avila, etc.; dos mil lo menos en los caminos, lo cual reducía al mariscal Marmont á treinta y siete mil combatientes á lo sumo, suponiendo que pudiese juntar bastante pronto las divisiones que se hallaban en Valladolid á las que estaban sobre el Tajo. No bastaban para resistir á sesenta mil anglo-portugueses. De consiguiente el mariscal Marmont envió cerca de Napoleon á su ayudante de campo el coronel Jardet, para presentarle esta cuenta de sus fuerzas, para decirle que, si se hallaba en peligro, muy

ocupado el general Dorsenne con las bandas del Norte, encontraría mil razones para no ir en su ayuda ó llegar demasiado tarde; que José no sería bastante activo, ni bastante osado para privarse á tiempo de diez mil hombres, ó de seis mil cuando menos, de los catorce mil que componían el ejército del centro; que en las distancias que le separaban del ejército de Portugal, tendría el mariscal Soult mas razones de las que necesitaba para no abandonar á Andalucía; que sucumbiría por lo tanto, y sucumbiendo, descubriría la frontera de Francia antes de ser socorrido, y que, no dándosele el mando superior de los dos ejércitos de Portugal y del Norte, no podía tomar á su cargo la difícil tarea de hacer cara á los ingleses, por lo cual pedía salir de España y hacer á los ojos del emperador la campaña de Rusia. Napoleon oyó al coronel Jardet, mostróse impresionado por lo que le expuso este oficial distinguido, le ofreció providenciar lo mas oportuno, bien que burlándose de la ambicion del mariscal Marmont al pretender un mando tan superior á sus talentos: mucho mas atento de seguida á lo que iba á hacer en persona que á lo que se le comunicaba, respondió al coronel Jardet:—Marmont se queja de las distancias, de la dificultad de las subsistencias... muchas mas distancias tendré que atravesar en Rusia, muchas mas dificultades habré de vencer para alimentar á mis soldados... Y bien, haremos lo que se pueda. —Acto continuo separóse Napoleon del coronel Jardet, prometiendo avisarle. Pero como se necesitara adoptar resoluciones muy graves, llamar á tal ó cual de sus lugartenientes, poco inclinado á trabajar en la obra comun con ardimiento, cambiar

la distribución de fuerzas, quizá evacuar territorios de importancia á fin de concentrarse, partió de París, ateniéndose á la disposición general que confería á José el mando supremo, y además lisonjeándose siempre de que en Rusia daría cabo á todo.

A pesar de sus justas aprensiones, quedó el mariscal Marmont al frente del ejército de Portugal, ocupándose con bastante solicitud en las necesidades de sus soldados, aplicándose á poner á Salamanca en estado de defensa por medio de vastos conventos transformados en ciudadelas, procurando remontar su caballería, reparar su artillería y proveerla de tiros, no negándose á reconocer la autoridad de José de ningún modo, antes bien enviándole sus estados de tropa y los partes, y aun mas de lo que José hubiera querido, pues cada uno de estos partes acababa por una demanda de socorros. Sin embargo, existía una dificultad entre el mariscal Marmont y el rey José acerca de los distritos reservados á los diversos ejércitos para la subsistencia. Aun cuando solo habia quedado una división del ejército de Portugal en el valle del Tago, trasladándose el resto hácia el Norte, queria el mariscal Marmont extender desde Talavera hasta Alcántara sus forrages, lo cual contrariaba mucho á José, reducido á alimentar á sus empleados civiles con raciones, y necesitado por consiguiente de sus recursos todos. Salvo esta dificultad, se mantenía el mariscal Marmont con el rey José en excelentes relaciones.

Trece ó catorce mil hombres útiles mandaba el rey José en el ejército del centro, entre los cuales se hallaban muchas reliquias de antiguos cuerpos como sucede siempre en los cuarteles gene-

rales, y además dos mil hombres del mariscal Soult, reclamados por éste de continuo. Con esta fuerza, aumentada por tres mil españoles, á quienes asalariaba de su propio bolsillo, y que permanecían fieles cuando andaba puntual la paga, tenia que guardar á Madrid, á la derecha la provincia de Toledo, á la izquierda la de Guadalajara, hácia atrás necesitaba mantener sus comunicaciones con el ejército del Norte, y hacia adelante y á través de la Mancha debia conservar algunas relaciones con el ejército de Andalucía. Tambien tenia que extender uno de sus brazos hasta Cuenca, para comunicarse con el ejército de Aragon establecido en Valencia. Si dejaba de ser bien guardado uno de estos puntos, de repente quedaba separado José de una importante porcion del reino, y perdía los escasos recursos con que vivia, recursos consistentes en algunos granos y forrages obtenidos en la época de la cosecha, y en los derechos de puertas de Madrid. Obligado especialmente ahora para satisfacer las apremiantes reclamaciones del mariscal Marmont, á enviar granos á la provincia de Toledo, que se los suministraba ordinariamente, de tal modo empobreció á Madrid de comestibles, que la libra de pan costaba á seis y siete reales. Asi la miseria era extremada; mal modo de atraer á los españoles á la nueva dinastía.

Prematuramente invadida la Andalucía, se hallaba en manos del mariscal Soult, que tenia la mejor parte del ejército francés bajo su mando. Con efecto, disponia de cincuenta y ocho mil hombres, descontados los no combatientes, segun se ha hecho respecto de los demás cuerpos, cuyas

fuerzas acaban de ser enumeradas. Estas tropas se hallaban distribuidas como sigue: doce mil hombres delante de Cádiz para continuar el simulacro de un asedio: diez mil en Granada, para defender esta provincia: cinco mil en Arcos, para hacer patrullas entre Sevilla, Cadiz y Tarifa: quince mil en Extremadura á las órdenes del conde de Erlon, para observar al general Hill establecido en Badajoz: por último, dos ó tres mil de caballería hacia Baeza, para tener despejados los desfiladeros de Sierra-Morena. Con el resto, que ascendería á unos trece ó catorce mil hombres, ocupaba el mariscal Soult á Sevilla, y guerreaaba contra Ballesteros, quien, teniendo á su disposición la marina inglesa, ora bajaba por la derecha al condado de Niebla, ora por la izquierda hacia Tarifa.

En este país rico el mariscal Soult se bastaba á sí propio, y tenía sobrado con que mantener á sus tropas. No obstante, y aun después de las últimas providencias, por las cuales había Napoleón prescrito á los diversos generales que reservaran al rey una parte del producto de las contribuciones de guerra, nada le había el mariscal Soult enviado, afirmando que á lo sumo podía cubrir las necesidades de su ejército y los gastos del sitio de Cádiz, que en efecto había exigido numerosas creaciones de material, del todo inútiles por desgracia hasta ahora. Las comunicaciones del mariscal Soult con el estado mayor general eran nulas. Levantado había todos los puentes que le hubieran permitido comunicarse con Madrid por la Mancha, pretendiendo que al ejército del centro incumbía guardar este territorio, y cuidándose además poco de relaciones que solo podían consistir en de-

mandas importantísimas de dinero y de ayuda. Aunque el rey José había llegado á ser su general en jefe, este mariscal se fundaba al decir que nada sabía, pues ni de París ni de Madrid había recibido ningún despacho.

Semejante estado de cosas ponía de manifiesto cuán enorme falta se había cometido al trasladarse á Andalucía. De extenderse prematuramente por el Mediodía de España, todo el mundo comprendiera que se efectuara hacia Valencia, pues, además de los recursos que allí debían encontrarse, Valencia garantizaba la posesión de Aragón y de Cataluña, esto es, de la mejor parte de la frontera de Francia, proporcionaba una comunicación con Madrid del todo independiente de los ingleses, y finalmente nos aseguraba la mitad de las costas de España y especialmente las bañadas por el Mediterráneo. Pero la conquista de Andalucía, á la cual Napoleón se había dejado arrastrar casi á pesar suyo, no arrojaba ninguno de los resultados prometidos. Napoleón había creído que se tomaría á Cádiz, y que seguidamente por Badajoz se alargaría la mano al ejército de Portugal en marcha sobre Lisboa. Pero el sitio de Cádiz se reducía á ocupar algunos reductos desde los cuales no se disparaba; á fundir á grande costa morteros de grueso calibre, que de vez en cuando lograban lanzar algunas bombas á la rada, y dentro de la ciudad casi nunca; y el socorro al ejército de Portugal se había limitado durante la marcha de Massena sobre el Tajo á tomar á Badajoz para perderlo casi al punto, y después á dejar al conde de Erlon en Llerena con quince mil hombres, distando del mariscal Marmont mas de cien leguas. Mas va-

liera emplear este cuerpo en el sitio de Cádiz para alcanzar siquiera uno de los fines propuestos, que dejarle en Extremadura, donde ni á salvar á Badajoz habia ayudado. Acerca de los socorros pecuniarios que se habia esperado sacar de Andalucía, una sola circunstancia basta para colegir su alcance; y es que el mariscal Soult reclamaba con instancia su parte de los veinte y cuatro millones, que Napoleon se habia decidido á enviar en metálico á España. Otra utilidad esperada de la expedicion á Andalucía, la de arrebatár su capital á la insurreccion española, apoderándose de Sevilla, se reducía á proporcionarle una en la ciudad de Cádiz, desde donde las Cortes españolas, imitando á nuestra Asamblea constituyente, proclamaban los grandes principios de 1789, la igualdad ante la ley, la libertad individual, la libertad de imprenta, la concurrencia de la nacion á su gobierno, la separacion de los poderes, etc., principios que, aun estando todavía poco preparada á oírlos proclamar la España, producian viva impresion sobre los pueblos.

Muchas veces se habia quejado Napoleon con amargura de que no se sacara otro partido de Andalucía y de los noventa mil hombres que ocupaban su territorio; pero á la distancia á que se encontraba se perdian en el vacío sus reconvencciones y sus consejos, y de plano resultaba con todas sus consecuencias la falta de haberse extendido inútil é intempestivamente hácia el Mediodía.

Finalmente, quedaba el reino de Valencia y el vasto establecimiento que el mariscal Suchet habia allí formado. Ya tomada la capital de aquel antiguo reino, se debia disolver la gran reunion

de fuerzas ordenada por Napoleon hácia este punto, para restituir á cada provincia su contingente indispensable. Vuelto habia el general Reille á Aragon con catorce mil hombres, para conservar á Zaragoza, Lérida y Tortosa, para alargar la mano al ejército del Norte contra Mina, para avudar al ejército del centro contra el infatigable Villacampa, contra Duran, contra el Empecinado, y finalmente, para socorrer en caso de necesidad al ejército de Cataluña. Bajo la autoridad superior del mariscal Suchet mandaba las tropas del Principado el general Decaen, tornado á Europa, despues de la pérdida de la Isla de Francia, con una reputacion ilesa. Allí habia veinte y siete mil hombres para guardar á Figueras, Hostalrich, Barcelona, y asomar de vez en cuando hácia Tarragona, conquista del mariscal Suchet la mas importante, pues impedia tomar tierra en el Nordeste de España á los ingleses. Sabedores estos de lo muy difícil que nos era abastecer las plazas, procuraban interceptar las comunicaciones por mar, al propio tiempo que el general Laci trataba de interceptarlas por tierra, y de esta suerte esperaban recuperar á Tarragona por medio del hambre. Si se nos escapaba de las manos esta plaza, establecido Laci con su ejército dentro de sus muros, reforzado y provisto de todo por los ingleses, vendria á ser muy peligroso contrario, amenazaria á Tortosa y al camino de Valencia, y hacia la evacuacion de esta última ciudad casi inevitable. Asi nada sobraba de la continua actividad del general Decaen, ni de la de su hábil lugarteniente el general Maurice-Mathieu, para desempeñar las diversas tareas con que estaba sobrecargado, y nada sobraba tam-

poco de la atención constante del mariscal Suchet, quien, guardando á Valencia, siempre tenia fijos los ojos á su espalda, para socorrer á los generales Reille y Decaen si la necesidad lo requeria. En las tres provincias de Cataluña, Aragon y Valencia, contaba el mariscal Suchet cincuenta y ocho mil hombres, sin incluir mas que los presentes sobre las armas. Quitando los catorce mil fiados al general Reille y los veinte y siete mil indispensables al general Decaen, le quedaban de diez y seis á diez y siete mil soldados, para vigilar el largo camino que siguió el Mediterráneo desde Tortosa hasta Valencia, para mantener un cuerpo de tropas en frente de Alicante, y para dar la mano á las de José en la misma Cuenca. Mucho sería si, despues de ocupar los puestos importantes, de cuya custodia no podia prescindirse, le quedaba una division movible de siete ú ocho mil hombres para acudir á los puntos amenazados.

Entre el número de los peligros que tenia que temer el ejército de Aragon, bajo cuyo nombre general se designaban las tropas esparcidas en Aragon, Cataluña y Valencia, debemos contar el de la aparicion del ejército anglo-siciliano. Este se acababa de formar por lord William Bentinck en Sicilia. Verdadero soberano de aquella isla habia llegado á ser este lord, uno de aquellos ingleses sencillos, generosos, liberales, que de súbito se muestran interesadissimos cuando se trata de su patria. Muy contrariado por los Borbones, quienes despues de verse privados de Nápoles por los franceses, se veian anulados por los ingleses en Sicilia, y naturalmente nada omitian por sacudir el yugo de sus protectores, se deshizo del rey y la

reina, forzándoles á transmitir el poder real á un jóven príncipe, investido con la regencia á una edad en que necesitara ser reemplazado por un regente, y llamó en su auxilio á la nacion siciliana, dándole una constitucion de forma inglesa. Libre así de la corte de Palermo, no temiendo ya las tentativas de Murat desde que éste se vió obligado á marchar á Rusia, lord William pudo disponer de una division inglesa, y ademas de otra buena division siciliana, muy semejante al ejército portugués en la organizacion, y que prometia parecerse pronto en el denuedo. Unos doce mil hombres formaban este cuerpo de tropas, y producian un efecto superior á su fuerza numérica, pudiéndose trasladar á todas partes, merced á las escuadras inglesas. Y no terminaba aqui todo. Echando de ver los ingleses la bizarría de los soldados españoles, que les servian de poco á causa de lo mal organizados, al paso que, sin valer mas los soldados portugueses les prestaban tantos servicios, idearon hacer respecto de los unos lo que habian hecho respecto de los otros, esto es, tomar á sueldo suyo cierto número de españoles y darles oficiales ingleses. Para esta creacion se valieron de las islas Baleares, de que eran señores, y de la playa de Murcia, que les pertenecia casi de igual modo. Dos legiones españolas, que muy luego les debian proporcionar otros doce mil buenos soldados, se organizaban por el general Wittingham en las Baleares y por el general Roche en el reino de Murcia.

A estas fuerzas se daba el nombre de ejército anglo-siciliano, que, pudiendo alternativamente trasladarse al lado del general Laci en Cataluña, ó

allado del general O'Donnell en el reino de Murcia, venia á ser un pe igro, no imaginario, sino efectivo, y propio á infundir gran zozobra.

Atentísimo el mariscal Suchet á las dificultades de su situacion, hizo el mas juicioso uso de los diez y seis mil hombres reservados al reino de Valencia. Habiendo situado pequeñas guarniciones ámpliamente provistas en Tortosa, en Peñíscola, en Sagunto, y conservando otra pequeña guarnicion en Valencia, que se podia duplicar en caso necesario con los depósitos de enfermos, dejó al general Harispe á la cabeza de cerca de cinco mil hombres en frente de Alicante, hácia la frontera de Murcia. Reservándose personalmente una division activa de seis á siete mil hombres, estaba pronto á correr sobre Tortosa, ó sobre Alicante, y aun sobre Cuenca, en direccion de la capital española. Muy sutil y muy poco crédulo, no se alarmaba de cualquier cosa, no exponia sus tropas á inútiles correrias, y cuando necesitaba andar veinte ó treinta leguas, no las hacia morir de necesidad ó de cansancio, pues donde quiera tenia almacenes bien provistos por su administracion acertada.

Esta administracion entraba lo menos por la mitad en sus triunfos. Al dia siguiente de la toma de Valencia, trémula esta ciudad por el recuerdo de la matanza de los franceses, temió ver entrar por sus muros á un vengador implacable; y lejos de esto, halló un vencedor apacible, reposado, recto, que se dedicaba á tranquilizar á los habitantes, y que les llamaba á intervenir en el gobierno del pais como en Zaragoza. Inspirando ya confianza por su conducta en Aragon, sucesiva-

mente atrajo al arzobispo y á los antiguos magistrados municipales de la provincia, formó una junta, acordó con ella el reparto de las contribuciones, llevó á cabo útiles reformas, y sin abrumar al pais, hizo gozar de toda la riqueza de aquel reino á sus soldados. Napoleon quiso que Valencia pagara en dinero la sangre francesa derramada el año de 1808, y exigió un rescate de cincuenta millones de francos. Excesiva parecia en medio de los desórdenes de la guerra una contribucion semejante para echada á una provincia rica, bien que poco extensa. Sin embargo, merced al sistema administrativo del mariscal Suchet, se podia esperar que se recaudara mucha parte, y de seguro el todo, si se permanecia en Valencia mas de un año. Ya habia vestido, pagado, armado hasta á su último soldado, ya habia llenado los almacenes, preparado una reserva, y hecho á José una primera remesa de tres millones, ofreciéndole mayor suma para dentro de poco. No habia otro ejército en España, cuya situacion se asemejase á la de este. Asi servian alli bien todos, y amaban á su gefe, y estaban prontos á los mas vigorosos esfuerzos.

Muy luego se conoció en Valencia la nueva autoridad conferida á José por consecuencia del buen mantenimiento de las comunicaciones, y no fué del agrado de Suchet, quien, á pesar de su dulzura, no hubiera querido que se llegara á perturbar su justo y apacible reinado. Dinero podia darle, y lo daba de buena gana, pero de sus soldados no podia distraer ni uno solo, pues las provincias fiadas á su custodia constituian el único recurso de los ejércitos franceses, si perdian sus comunicaciones con Bayona de resultas de una

desgracia acaecida en Castilla ó en Extremadura. Fundadamente se negaba, pues, á toda distraccion de sus fuerzas: á mayor abundamiento poseia un buen medio de evitarlas, por virtud de las instrucciones secretas, que, con la idea de reservarse las provincias del Ebro, le habia enviado Napoleon dos años antes y que le autorizaban para no tener respecto del estado mayor de Madrid mas que una deferencia de pura forma. Pero, moderado siempre en todo, no complicando con las dificultades de carácter las dificultades de situacion nunca, determinó salir adelante, segun ya lo habia hecho prestando á José cuantos servicios le fuera posible, y particularmente servicios en dinero, que á la sazón eran los mas apreciables y los mas apreciados, manifestar respecto de su autoridad la deferencia aparente mas completa, y no recurrir á sus instrucciones secretas sino en el caso de que se le exigiera alguna cosa perjudicial á las provincias, que tenia á su cargo conservar al imperio. Se va á ver cómo le condujo perfectamente á su objeto esta hábil conducta sin ruido y sin conflicto de autoridad.

Fuerza es decir que era muy singular mando en jefe el conferido al rey de España y al mariscal Jourdan, su mayor general. De los cinco ejércitos que ocupaban á España, el del Norte se negaba de plano á obedecerle, el de Portugal no se negaba de ningun modo, pero obedecia solamente para ser socorrido; el del centro, puesto bajo sus órdenes inmediatas, le obedecia directa y absolutamente, pero era casi nulo; el de Andalucía, el mas considerable y el menos afanado, se hallaba resuelto á no obedecerle; además, ignoraba la au-

toridad de José hasta ahora y aun podia fingir ignorarla por largo tiempo; finalmente, el de Aragón, guardando á José muchas contemplaciones, y prestándole servicios en dinero, no podia prestarle otro alguno; y sin embargo, solo en los auxilios con que se socorrieran estos diversos ejércitos unos á otros, especialmente el del Norte y el de Andalucía al ejército de Portugal, se podia cifrar la salvacion de nuestros asuntos en España. El mariscal Jourdan, que á un juicio seguro juntaba una grande experiencia de mando, y al cual para ser verdaderamente útil no le faltaba mas que juventud y afición á servir bajo un orden de cosas que le era antipático, conocia de sobra el vicio de esta situacion, y se lo hizo conocer á José, á quien presentó una memoria completa y notable. ¿Y cómo remediarlo? Despues de partir Napoleon de París, y careciendo de medios y de voluntad para ocuparse á la sazón en los asuntos de España, no quedaba otro arbitrio que el de escribir á Francia, para recibir al cabo de dos meses del duque de Feltre (Mr. Clarke), ministro laborioso, pero evasivo, una respuesta tan larga como insignificante. Con todo, el mariscal Jourdan envió al ministro de la Guerra la memoria circunstanciada de la situacion, ya presentada á José, á fin de reducir á lo justo la responsabilidad del estado mayor de Madrid, y despues dedicóse á adivinar y á hacer comprender á todos de dónde iba á venir el peligro.

Enemigo temible no habia mas que uno, el ejército de los ingleses. Habiendo tomado lord Wellington en el mes de enero á Ciudad Rodrigo, á Badajoz en el de marzo, y dado durante los de abril

y mayo descanso á sus tropas, debia operar en junio. No teniendo ya plazas que conquistar, forzosamente emprenderia una marcha ofensiva. ¿Adónde se encaminaria? ¿Acaso iria por Badajoz á Andalucía, ó por Ciudad Rodrigo á Castilla la Vieja? Tal era la cuestion, y era de resolucion fácil, según los informes adquiridos, sobre todo para un hombre de tanto discernimiento como el mariscal Jourdan.

Efectivamente, ya tomada Badajoz, trasladóse lord Wellington al Norte de Portugal con la masa de sus tropas, y se situó en Fuente-Aguinaldo, á algunas leguas de Almeida y de Ciudad Rodrigo, amenazando así á Castilla la Vieja y al ejército de Portugal que estaba encargado de defender esta provincia. Aun admitiendo siempre la posibilidad de un movimiento fingido, evidente era que no habria trasladado su ejército del Mediodía al Norte, para hacer que á las cuatro semanas volviera á bajar del Norte al Mediodía. No llegan los movimientos fingidos hasta el punto de agoviar á los soldados de cansancio, bajo un clima devorante, para infundir algunas dudas al enemigo. Ficción indudable era la presencia del general Hill en Badajoz con algunas tropas inglesas y portuguesas, que se esforzaba en engrosar aparentemente para inducir á engaño, y acreditar la suposicion de una empresa contra Andalucía. Además de la presencia de lord Wellington en Fuente-Aguinaldo, habia sobre su proyecto muchos indicios accesorios y muy dignos de ser tomados en cuenta, como los movimientos de tropas en la Beira, Tras-os-montes, Leon, inmensos almacenes en la Coruña, y numerosos equipages de malas en Galicia toda.

Estos aprestos de todas clases indicaban sin género alguno de duda, proyectos contra Castilla la Vieja. Aparte de estas razones de detalle, habia por último una razon general, decisiva para todo el que parara mientes, y es que, trasladándose al Norte, se apoderaba lord Wellington de nuestras comunicaciones en una marcha, y según hemos dicho, con un solo triunfo hacia caer todo nuestro establecimiento militar en España, al par que trasladándose al Mediodía, no lograba otro resultado que el de inquietar al ejército de Andalucía, y el de obligarle tal vez á abandonar la comedia del sitio de Cádiz, pero nada mas; cosas todas que lograba mas seguramente operando por el Norte, sin duda, pues tendríamos que evacuar la Andalucía, la Mancha, y aun quizá á Madrid, tan luego como nos viéramos amenazados en Castilla. Lección era para no olvidada nunca la campaña del general Moore, que tan poco habia costado á los ingleses, y que estuvo á punto de proporcionarles tan grandes ventajas, aun teniendo á Napoleon encima.

Así el mariscal Jourdan con su experiencia y el rey José con su razon sana no se engañaron, ni abrigaron la mas leve duda sobre esto; y en todo caso se la desvanecian completamente el mariscal Marmont, á quien el peligro tocaba mas de cerca y mantenia en vigilancia. Desde principios de mayo apresuróse á anunciarles que los ingleses le iban á acometer de seguro, á comenzar sus aprestos de concentracion al propio tiempo, y á pedir socorros á voz en grito. Al punto vieron el mariscal Jourdan y el rey José lo que habia que poner por obra, y lo vieron con una seguridad de juicio, natural en

el mariscal Jourdan, como dedicado á la carrera militar desde mozo, y grandemente mentoria en el rey José, extraño á la profesion de las armas. Si entonces fuera respetada la autoridad de ambos, nada mas fácil que esterilizar la tentativa de lord Wellington y hasta sacar de ella ocasion para una brillante victoria, que adelantara mucho nuestros asuntos en España y aun equilibrara en cierta medida nuestros infortunios de Rusia, pues un gran descalabro en la Peninsula influyera poderosamente sobre los ingleses, y en sustancia los ingleses se llevaban tras si la Europa.

Para conducirlos á tal descalabro, bastaba sencillamente hacer concurrir á la defensa comun todas las fuerzas que estaban á la mano, y bajo el doble aspecto del número y de la calidad eran mas que suficientes. Aunque disminuido el ejército del Norte, y no contando ya los cuarenta y seis mil soldados que al principio de la campaña, todavía presentaba unos veinte mil hombres de tropas activas. No era cosa de andar en vacilaciones, por mas que se necesitara hacerles mudar de direccion durante quince dias, y dejar á Mina, Longa, Porlier, y Merino por dueños de nuestras comunicaciones. Batidos los ingleses, nada significaban estos partidarios. De todos modos se pudiera destacar á diez mil hombres por espacio de dos semanas, y la prueba es que el ejército del Norte lo hizo mas tarde, bien que de una manera inoportuna: algo mas difíciles vinieran á ser nuestras comunicaciones, pero lo eran ya tanto que el mal no se acrecentara gran cosa. Otros diez mil hombres pudiera destacar José de los trece ó catorce mil de tropas activas, y de los tres mil españoles puestos

á sus órdenes directas, como que distrajo trece mil cuando le pareció llegada la hora, y de esta suerte se juntara un refuerzo total de veinte mil hombres. Finalmente, nada estorbaba al ejército de Andalucía enviar el cuerpo del conde de Erlon todo entero, ó á lo menos diez mil de los diez y seis mil hombres de que constaba. Cinco ó seis mil bastaran en Llerena para observar al general Hill, y si éste cometiera la imprudencia absolutamente inverosímil de marchar sobre Andalucía, con los seis mil hombres de Llerena y con los que pudiera allegar en Sevilla, se le opusiera el mariscal Soult al frente de veinte y cinco mil hombres, mientras que el caudillo inglés no contaba la mitad en su tropa. Sacando, pues, moderados contingentes y por tiempo corto de los ejércitos del Norte, del centro y de Andalucía, se proporcionara al mariscal Marmont un refuerzo de treinta mil hombres, que elevara á setenta mil su hueste, y se le suministrara el medio de abrumar á lord Wellington y de precipitarle muy cerca del abismo del Océano. Verdad es que se necesitara un caudillo para estos setenta mil hombres, y que Massena, denunciado á todo el ejército como cansado y gastado y envejecido, no se encontraba ya en España. Pero siempre existieran los setenta mil hombres: además, el mariscal Marmont no era incapaz de conducirlos, y en todo caso el mariscal Jourdan, el vencedor de Fleurus, bien obedecido, bastara con tales fuerzas para las circunstancias. A mayor abundamiento, en vista de reunion semejante, lord Wellington se retirara á Portugal de seguro, y al menos se le hubiera anulado así para la presente campaña.

Medios existían por tanto, y fuerza es reconocer que nada omitieron José y Jourdan á trueque de ponerlos en juego. Ya plenamente convencidos de que lord Wellington iba á marchar hácia Castilla la Vieja y á caer sobre el ejército de Portugal de consiguiente, escribieron á los dos únicos generales que estaban en aptitud de llevarle socorros, al general Caffarelli, sucesor del general Dorsenne en el ejército del Norte, y al mariscal Soult, gefe del ejército de Andalucía, con quien acababa de entrar en relaciones. A uno y otro señalaron el peligro evidente de que el mariscal Marmont estaba amenazado, y recomendaron al general Caffarelli que dirigiera un destacamento de diez mil hombres sobre Salamanca; al mariscal Soult que reforzara al conde de Erlon de una manera considerable, le aproximara al Tajo, le prescribiera que tuviera fijos los ojos en los movimientos del general Hill de continuo, y si éste se ocultaba por los caminos interiores que lord Wellington se había proporcionado, para venir á Castilla la Vieja en auxilio de su general en gefe, le mandara seguirle, pasar por el puente de Almaraz el Tajo, al par que el otro lo pasaria por el de Alcántara segun todas las probabilidades, y traer al mariscal Marmont un socorro igual al que el general Hill trajera á lord Wellington.

No era esta orden la mejor que cabía dar por desgracia, y sino se modificara mas tarde, para el ejército de Portugal pudiera considerarse como un servicio absolutamente nulo. Con efecto, se hallaba concebida bajo la suposición de que el general Hill tenia delante de Badajoz fuerzas considerables, de que estaba allí interinamente, y de que seria lla-

mado á Fuente-Aguinaldo tan luego como lord Wellington estuviere pronto á entrar en campaña. Nada de exactitud habia en suposición semejante. En vez de treinta mil hombres, solo eran quince mil los que el general Hill mandaba, no contándose apenas entre ellos una division de ingleses. Allí estaba y permanecia inmóvil para encubrir los designios de su gefe, y tambien para ocupar al mariscal Soult mientras lord Wellington marchaba sobre Salamanca á la cabeza de siete divisiones inglesas y muchas portuguesas, reunidas en Fuente-Aguinaldo. Reforzado el conde de Erlon cuanto se quisiera, si se le imponia la condicion de no perder de vista al general Hill, que no debía mudar de posición, dejara perecer al mariscal Marmont sin socorro. Por lo demás, en la guerra ya es algo entrever solamente los designios del enemigo: adivinarlos por completo y al instante, solo es peculiar de los genios superiores. Ahora bien, el mariscal Jourdan, hombre de talento sólido, aunque tarde, necesitaba tiempo para adquirir luces. Trastado al terreno, pronto desentrañara la verdad sin duda; pero enfermo, disgustado, agregado á un rey valeroso, si bien no le agradaba salir de su corte, permanecia dentro de palacio, y juzgando desde lejos, no juzgaba mas que aproximadamente el verdadero estado de las cosas. A mayor abundamiento, se desengañara muy en breve, y por otra parte, para el primer momento bastaban las ordenes expedidas, pues impelian á que se aprestaran todos los que debían concurrir á la próxima lucha. Al mariscal Suchet, que se hallaba demasiado lejos y harto desprovisto de tropas para enviar socorros, se le previno que prestara á la

causa comun un servicio que por su parte no debia ofrecer dificultad alguna, y era el de acercar mas las fuerzas del general Reille á Navarra, para que fuera mas fácil al ejército del Norte suministrar el destacamento que se le habia pedido, y relevar en Cuenca las tropas del ejército del centro, para que éste se hallase mas concentrado y disponible.

Sin esfuerzo se puede concebir cómo fueron recibidas estas órdenes de José, dadas con firmeza, pero sin aquel acento dominante peculiar de Napoleón. Probo, adicto, bizarro era el general Caffarelli, gefe del ejército del Norte, como todos los de su apellido, pero suavemente testarudo, tímido no de corazón, sino de mente, y muy inferior en inteligencia al ilustre oficial de pierna de palo que hizo la fortuna de su ilustre familia. De los cuarenta y seis mil hombres de que constaba su hueste, habia perdido cerca de diez mil de resultas de los diferentes destacamentos enviados al ejército de Rusia; además, le inspiraban continuas zozobras por los puestos de lo interior y del litoral los infatigables partidarios de las Provincias Vascongadas. Persistiendo á semejanza del general Dorsenne en considerarse independiente del general en gefe, no rehusó ayudar al mariscal Marmont de una manera terminante, pero no dijo cuando ni cómo, ni en qué número iria en su auxilio, y se redujo á promesas, de las cuales con alguna prevision debia desconfiarse, por mas que fuesen sinceras.

En Andalucía se recibieron las órdenes de José de un modo todavia menos satisfactorio. Siempre habia esperado el mariscal Soult llegar á ser mayor general de este monarca, despues de tranqui-

lizarse relativamente á las consecuencias de su campaña de Oporto. Habiendo fracasado en Portugal Massena, careciendo Marmont de la situacion necesaria para semejante destino, y yendo Napoleon á engolfarse personalmente en Rusia, creyó el mariscal Soult llegada al cabo la hora de que se realizaran sus esperanzas. Pero, poco satisfecho Napoleon de las operaciones en Andalucía, no queriendo tampoco imponer á su hermano un mayor general contra su gusto, eligió al mariscal Jourdan, quien, solo por amistad al rey José, decidióse á aceptar este cargo. Extremado era el descontento del mariscal Soult de resultas, y con tal disposicion de ánimo no era probable que diese oidos á las demandas de socorros para el ejército de Portugal, con el que no habia cesado de estar en disputa. Además, juzgaba de una manera completamente distinta que el estado mayor de Madrid los proyectos de lord Wellington, creyendo que, en vez de pensar en Castilla la Vieja, se fijaba exclusivamente en Andalucía. Por consecuencia respondió á José que el ejército de Portugal iba de nuevo á perderlo todo; que tanto él como su caudillo, padecian engaño; que lord Wellington no se aprestaba á ir contra Salamanca y el mariscal Marmont; que solo Andalucía era blanco de su anhelo; que por tanto al mariscal Soult convenia prestar ayuda; que el general Hill formaba la cabeza del ejército británico todo, pronto á lanzarse sobre Sevilla para libertar á Cádiz; que el lenguaje usado en esta ciudad por los periódicos de la insurreccion, no consentia la mas leve duda sobre este punto; que sin duda se necesitaba reforzar al conde de Erlon, si bien para socorrer á Andalucía, y no al

ejército de Portugal, no amenazado de ningún modo.

Verdaderamente se atribuían á lord Wellington ideas bien extrañas, con suponer por razón de operar en Andalucía el deseo de libertar á Cádiz, que se encontraba en peligro: también se citaban indicios muy singulares, con dar asenso á los periódicos de la insurrección española, para descubrir los proyectos del contrario. De seguro de nada distara éste tanto como de publicar sus resoluciones, y bastaba que las anunciase abiertamente para no hacer caso de la noticia. Pero, aun prescindiendo de todos los informes que pudieron ser recogidos, la verdadera razón para no creer en una tentativa contra Andalucía, estribaba en que lord Wellington no tenía que hacer allí cosa alguna, al par que un solo triunfo en Castilla la Vieja le proporcionara coger de revés á todas nuestras fuerzas. No participaba el mariscal Soult de este dictamen, y siguió persuadido de que el general Hill estaba al frente de treinta mil hombres, de que lord Wellington iba á llevar otros cuarenta mil consigo, y de que solo él necesitaba de socorros. Su respuesta fué á tenor de estas ideas.

Por lo que hace al mariscal Suchet, que no quería suscitar conflictos con la autoridad de Madrid, y á quien por otra parte nada se pedía que pudiera comprometer las provincias de su mando, hizo lo que se le había pedido. Aproximó una división italiana del general Reille, y dispuso relevar en Cuenca las tropas del ejército del centro, aun hallando inconveniente en extenderse á tanta distancia.

Entretanto el peligro se hacia cada vez mas

apremiante y mas visible, y no cabia dudar del punto adonde lord Wellington iba á dirigir sus ataques. Guiado siempre el rey José por el mariscal Jourdan, escribió al general Caffarelli, quien, aun blasonando de independiente del estado mayor de Madrid, no debia olvidar sus deberes militares que le obligaban á correr en ayuda de un camarada en peligro, ni sus instrucciones anteriores que le prescribían de una manera terminante socorrer al ejército de Portugal contra los ingleses; y le impuso el deber formal de prestar este socorro, anunciándole que lord Wellington marchaba sobre Salamanca y sobre el ejército de Portugal de positivo. Respecto del ejército de Portugal estuvo José á punto de dictar una providencia, que salvara á España, y con España quizá al Imperio. Su idea fué decretar la evacuación de Andalucía, provincia, cuya ocupación no proporcionaba grandes ventajas y absorbía noventa mil hombres, entre los cuales se contaban sesenta mil combatientes, muy bastantes para agoviar á los ingleses. Para ser obedecido en determinación semejante, necesitara destituir del mando al mariscal Soult, que se negara á la evacuación acaso, ó al menos la operara demasiado tarde para ser útil al ejército de Portugal. Pero el abandono de una vasta provincia, un movimiento retrógrado muy pronunciado, la destitución de un mariscal ilustre, eran resoluciones que José tenía talento para concebir, mas no carácter para ejecutar. A falta de estas resoluciones, dictó las que van á ser citadas. El mariscal Soult hacia entrever su dimisión tan luego como se le expidieran órdenes que no fueran de su gusto: José le envió al coronel Desprez, oficial de confian-

za, militar de mucho talento, con el encargo de observar cuanto pasaba en el ejército de Andalucía, de patentizar al mariscal su error acerca de los proyectos de los ingleses, de hacerle comprender que lord Wellington marchaba hacia Salamanca y no hacia Sevilla, de renovarle por consiguiente la orden imperativa de llevar al general Drouet de Erlon sobre el Tajo, sin aguardar á lo que el general Hill hiciera, y de declararle además que, á la mas leve amenaza de dimision, se le aceptaria sin demora. Al propio tiempo dirigió al ministro de la Guerra Clarke muy minuciosos despachos, para señalarle todos los peligros, toda la ridiculez diríamos sino se tratara de asunto tan grave, de la situacion de un rey general en jefe, desobecido por todos sus generales, y sin manera de atraerlos, ni en nombre del deber, ni en nombre de su interés bien entendido, ni en nombre de una autoridad desconocida por ellos, á socorrer al que se hallaba en peligro mas alarmante.

Mientras aguardaba el efecto de estos diversos pasos, José envió al mariscal Marmont un socorro. Despues que por orden del emperador abandonó este mariscal el valle del Tajo para trasladarse al valle del Duero, dejó una de sus divisiones, la del general Foy, en el puente de Almaraz sobre el Tajo. Así habia obrado el mariscal Marmont porque daba con fundamento grande importancia á este puente y á las numerosas obras de que estaba rodeado. Hallándose divididas por una disposicion viciosa nuestras fuerzas activas, destinadas á oponerse á los ingleses, en dos partes, una en Andalucía y otra en Castilla, no se podia obviar este inconveniente sino por virtud de una gran fa-

cilidad de comunicaciones, á fin de correr pronto de una á otra, segun lo hizo el mariscal Marmont despues de la batalla perdida de la Albuera. Siendo el principal obstáculo que habia que superar el Tajo, allí construyó Marmont un puente, obras fortificadas y almacenes. Lo que pasaba ante nosotros era una leccion asombrosa y de que fuera imperdonable no aprovecharnos. Efectivamente, se veia por parte de los ingleses un solo ejército, un solo caudillo, trasladándose alternativamente del Norte al Mediodia, y teniendo para ejecutarlo un camino espacioso, bien conservado, escalonado con puentes y almacenes, y sobre el cual eran tan rápidos como fáciles los movimientos.

A consecuencia de esta leccion tan instructiva, al trasladarse el mariscal Marmont del Tajo al Duero, no quiso abandonar las obras de Almaraz, y dejó allí á la division de Foy. Pero aun cuando todo lo tuviera dispuesto para atraérsela pronto por entre el Guadarrama, la travesia que necesitaba ejecutar exigia cinco ó seis dias, pérdida funesta, si se hallaba obligado á una concentracion rápida de resultas de una aparicion súbita del enemigo, por lo cual suplicó á José que le eximiera de la custodia del puente de Almaraz. Apresuróse el rey á prestarle este servicio, aunque de ello resultara una nueva dislocacion del débil ejército del centro, y envió allí á la division de Armagnac.

Apenas llegada á aquel punto, una tentativa temeraria y poco conforme al carácter del ejército inglés señaló los grandes proyectos de lord Wellington para esta campaña, y la importancia que atribuia á impedir que el ejército de Andalucía llevara socorros al ejército de Portugal.

Burlándose el general Hill á tenor de las órdenes de su gefe de la vigilancia de las tropas que el mariscal Soolt tenia para observarle en Extremadura, abandonó su puesto sin ser visto, se trasladó con una division á las márgenes del Tajo, remontólo á las calladas, y presentóse delante del puente de Almaraz el dia 18 de mayo. Este puente se encuentra á la misma falda de las montañas que separan el valle del Tajo del valle del Guadiana, y despues de cruzarlo, se eleva el camino real de Extremadura y atraviesa las montañas por el puerto de Mirabete. En lo alto del puerto habia hecho construir el mariscal Marmont una obra que cerraba la carretera, y que por tanto no permitia traer cañones á un enemigo procedente de Extremadura. Además, habia hecho esta obra bastante fuerte para exigir el uso de artillería de grueso calibre. Al pié de la altura y á orillas del rio, habia establecido dos obras de menos importancia, formando cabezas de puente, una á la márgen izquierda y otra á la márgen derecha. Un puente de barcas, no siempre armado, servia para cruzar el rio.

Habiendo llegado á alcance de la obra de Mirabete casi sin ser descubierto el general Hill, que ya habia sorprendido dos años antes al general Girard por aquellos contornos, en Arroyomolinos, y se hallaba acostumbrado á este género de expediciones, reconoció que era harto fuerte para probar á tomarla de rebato, é ideó hacer bajar por un camino de travesía una columna de infantería, que tratara de escalar las cabezas de puente, mientras el resto de las tropas inglesas fingia atacar la obra de Mirabete sobre la altura. Este plan atrevido le

salió á maravilla. Escaladas podian ser las dos obras, que formaban cabezas de puente á entrambas márgenes del rio. A las escarpas apenas tapiadas aplicaron sus escalas los ingleses, y penetraron en la cabeza de puente de la orilla izquierda. Espantáronse las tropas que estaban en su guarda, especie de mezcla de todas las naciones, á pesar de la brillante conducta de un oficial piamontés, que se hizo matar por rehacerlas; se dieron á la fuga los soldados, intentaron echar algunos barcos, y quedaron prisioneros los que no murieron ahogados. Tomada la obra de la orilla izquierda, rindióse la de la orilla derecha sin la menor tardanza. Asi los ingleses saquearon aquel pequeño establecimiento, destruyeron las obras, quemaron las barcas, y se retiraron orgullosos de una expedicion que les valia mas honra que provecho, pues en suma no hicieron mas que echar abajo temporalmente los medios de pasar el rio. Al recibir la noticia de este golpe temerario el general Foy, que se hallaba en marcha hácia Castilla la Vieja, retrocedió camino, y corrió detrás de los ingleses, sin conseguir darlos alcance. Desagradable era el suceso, pero no irreparable de ningun modo, pues un puente destruido sobre el Tajo, no ofrecia un obstáculo invencible, y un ejército que se remontara en tiempo oportuno por el camino de Extremadura debia siempre hallar medio de atravesarlo.

Este accidente causó viva emocion en la capital española, porque revelaba la próxima entrada de lord Wellington en campaña, y su designio de poner á los ejércitos de Portugal y de Andalucía en la imposibilidad de comunicarse uno con otro. Es-

ta indicacion hubiera debido influir sobre el llamado á socorrer al que se encontraba mas en peligro, y José renovó sus instancias, pero en vano, segun va á verse.

Recibido habia el mariscal Soult la visita del coronel Desprez, dando á entender su extremo desagrado por no ser mayor general de José, no reproduciendo la oferta de su dimision, por haberle significado que se la admitiria tan luego como la presentara, y obstinándose en sostener que el peligro amenazaba, no á Castilla la Vieja, sino á Andalucia. No habia medio de rectificar su opinion sobre este punto, y renunciando el coronel Desprez á tal empeño, le estrechó á explicarse acerca de la ejecucion de las órdenes relativas al cuerpo del conde de Erlon. Lo habia reforzado el mariscal, segun José le habia prescripto, pero en cuanto á las instrucciones dadas, expuso terminantemente su resolucio de no desprenderse de aquella tropa, y de no enviarla de ninguna manera en socorro del ejército de Portugal á Castilla. A cuantas instancias le hizo el coronel Desprez, respondió el mariscal Soult que, si le quitaban una porcion cualquiera de sus fuerzas, no podria guardar á Andalucia, y que no obedeceria mas orden que la de evacuar aquella provincia.

Estas idas y venidas, estas resistencias obstinadas, hacian perder un tiempo precioso, mientras lord Wellington se apresuraba á marchar sobre el ejército de Portugal. Con efecto, en los primeros dias de junio se supo que habia dejado sus cantones, y estaba en visperas de pasar el Agueda, para dirigirse á la provincia de Salamanca por el camino de Ciudad Rodrigo. Al saberlo el general

Caffarelli, á quien impedía obedecer la falta de presencia de ánimo en medio de los apuros de que se veia asaltado, mas bien que una mala voluntad decidida, envió á decir á los mariscales Marmont y Jourdan, sin discutir ya sobre la autoridad del monarca, que iba á ir en auxilio del ejército de Portugal con un destacamento de diez mil hombres. Por lo que hace al mariscal Soult despachó-le el rey José la verdadera orden que le debió enviar desde el principio, mandándole no ya que prescribiera al conde de Erlon seguir los movimientos del general Hill, sino que al punto hiciera marchar un destacamento de diez mil hombres, los encaminara sobre el Tajo, evacuara la parte de territorio que fuera menester para el cumplimiento de esta providencia, y por último, que si se negaba á obedecer, entregara su mando al conde de Erlon sin la menor demora.

Confiado en la ejecucion de una orden tan terminante, en las promesas del general Caffarelli, en la posibilidad que tenia persona mente de enviar al mariscal Marmont algunos miles de hombres, contando con que todas estas disposiciones podrian elevar el ejército de Portugal á muy cerca de setenta mil soldados, tranquilizose respecto del desenlace de los sucesos que se preparaban en Castilla, tranquilizose, porque, aun estando dotado de buen seso, de inteligencia militar y de bizarría, no tenia aquel ardor devorante, aquella vigilancia insomne del verdadero hombre de accion, que no cree lo propio que ha visto, que no descansa mas que sobre promesas ya realizadas, que no da una orden sin seguir su ejecucion por sí mismo, cualidad que Napoleon poseia en el mas alto grado,

y á la cual debia en parte sus prodigiosos triunfos. Mientras por nuestra parte se perdía el tiempo mas precioso en tristes tropezones, se puso lord Wellington en movimiento para intentar una marcha ofensiva hacia Castilla, único punto de España, donde, por las razones ya expuestas, podía operar útilmente. Aunque único jefe y perteneciente á la potencia mas rica de Europa, no estaba plenamente satisfecho de su situacion y bajo el aspecto material sobre todo. En su ejército se hallaban los sueldos muy atrasados: no le llegaba dinero sino con dificultad suma, porque necesitaba su gobierno convertir en metálico, y con una pérdida de 25 por 100 cuando menos, el papel moneda circulante por Inglaterra: además, los españoles, aun cuando muy adictos á su causa, le suministraban gratuitamente cuantas noticias le podian ser provechosas, pero no le daban sus géneros sino por dinero. Muchos meses hacia que no se pagaba á los bagageros, que acarreaban los viveres del ejército inglés en seis mil mulas, y se quejaban con vehemencia. Ahora bien, si se negaran á servir un solo dia, quedaba la hueste británica perdida del todo, pues faltando los comestibles reunidos todas las noches en los bivaques, el tiempo de condimentarlos y el de consumirlos, muy pronto se hallara lord Wellington sin un solo soldado en sus filas. Asi no cesaba de escribir á su gobierno que, si le daban aquellos admirables soldados franceses, segun los llamaba, que se pasaban sin provisiones, y corrian aqui y allí para proporcionarse alimento, y tornaban despues bajo su bandera, y de prisa hacian el rancho con lo que habian recogido, y se batian aunque no tuvieran tiempo de

acabarlo, podría sostener la guerra sin dinero; pero que si se sujetaba á los ingleses á prueba semejante, si se les exponia á dejar las fi as para ir al merodeo, al cabo de algunos dias no volveria ni uno solo. Tambien se quejaba por tanto de pasar sus trabajos y sus apuros. Su ejército, aunque excelente, no era tal como lo deseara. Mas numeroso lo quisiera, y especialmente de españoles. Estos, que le debian haber suministrado treinta ó cuarenta mil soldados, apenas le habian enviado una division de diez mil hombres, mal disciplinados, mal mandados, y sin prestar ninguno de los servicios que se debian de esperar del denuedo y de la sobriedad del soldado español. Con la division de las naciones portuguesa y española, con todo el poderio de Inglaterra, despues de muchas campañas felices, habia llegado a juntar á orillas del Agueda en los primeros dias de junio las fuerzas siguientes: siete divisiones de infanteria inglesa, sumando de treinta y cinco á treinta y seis mil hombres de una solidez á toda prueba, pues la octava se hallaba á las órdenes del general Hill en Extremadura; cinco ó seis mil hombres de excelente caballeria inglesa y alemana; dos brigadas de infanteria portuguesa, y además, finalmente, una division española á las órdenes del general don Carlos de España. Estos auxiliares, difíciles de contar, y especialmente los españoles, á causa de su organizacion imperfecta del todo, podian ascender á catorce ó quince mil hombres. A su número añadian una fuerza, imposible de calcular, si bien efectiva, los guerrilleros, muy idóneos para el servicio de tropas ligeras. Se vé, pues, que con algun concierto entre nuestros generales, con nues-

tros valerosos soldados, con trescientos mil hombres efectivos, que proporcionaban doscientos treinta mil combatientes, concentrándose en tiempo oportuno, fuera fácil oponer una fuerza abrumadora á aquel puñado de ingleses, sólidos y bien dirigidos sin duda, pero cuya fuerza estribaba enteramente en la cordura de su caudillo y en la desunión de nuestros generales.

Lord Wellington lo conocia muy á fondo, y así adelantábase á Castilla, temblando, si es lícito usar de esta palabra hablando de tal hombre. Consumadas las conquistas de Ciudad Rodrigo y de Badajoz, forzoso era que emprendiese algo, y según se ha hecho patente, solo podia intentar una marcha ofensiva á Castilla. Su razon firme no admitia ninguna duda sobre estos puntos, pero al pensar que iba á lanzarse á espaldas de los franceses, entre los ejércitos del Norte y de Portugal por un lado y los de Andalucía y del centro por otro, y que pudieran abrumarle sin mas que enviar un destacamento cada uno, sentiase acometido de temor verdadero, no del temor de las almas pusilánimes, sino del de las almas fuertes é ilustradas, que sin exagerarse el peligro, conocen su gravedad toda. Si se tranquilizaba hasta el punto de ir á hacer cara á tales peligros, consistia primeramente en la necesidad de emprender algo bajo pena de perder la favorabilísima coyuntura que la ausencia de Napoleon le ofrecia; y además, en que contaba con las miserables desazones de que de muy atrás se hallaba enterado, y que hasta entonces habian impedido á nuestros generales abrumarle con la reunion de sus fuerzas. Una sola vez habia visto operarse esta reunion á tiempo, el año

anterior, cuando el mariscal Marmont corrió á Extremadura, y este movimiento le hizo fracasar en el ataque á Badajoz con pérdida de seis mil hombres. Por el contrario, no habiéndose verificado esta concentracion durante los tres primeros meses del presente año, pudo tomar á Badajoz y á Ciudad Rodrigo. Ahora se lisongeaba aun de gozar de la misma fortuna, merced á las propias causas.

Sin embargo, de la resolucion de marchar adelante, escribió á su gobierno que no habia que prometerse grandes resultados, pues bastaba que los franceses se reunieran en su contra, para verse rechazado hácia Portugal muy en breve. Por tanto pidió de una manera expresa que el ejército anglo-siciliano tentase un desembarco en la provincia de Murcia ó de Cataluña, para impedir que el ejército de Aragon destacara tropas al ejército del centro; pidió á las escuadras inglesas, que cruzaban por el golfo de Vizcaya y se comunicaban con los gefes de las partidas, que fingiese un desembarco para impedir que llevara socorros al mariscal Marmont el general Caffarelli. Tomadas estas precauciones, pasó el Agueda en los primeros dias de junio, y dirigióse hácia Salamanca. Sabiendo, por noticias exactas, debidas al celo de los españoles, que el mariscal Marmont, para que vivieran sus divisiones, se habia visto obligado á dispersarlas, y que aun no le habia llegado refuerzo alguno, esperaba encontrar al ejército francés diseminado, y en todo caso fuerte de cuarenta mil hombres á lo sumo, y desprovisto de material verosímilmente. Por estos diversos motivos se lisongeaba cuando menos de obligarle á la evacuacion de Salamanca, y de repelerle mas allá del Duero,

lo cual era un principio feliz de campaña. Despues se proponia obrar á tenor de los sucesos, teniendo bastante sangre fria para esperarlos sin turbarse, y bastante presencia de ánimo para aprovecharlos á tiempo.

Aunque mal servido por sus espías el mariscal Marmont, que estaba alerta, conoció muy pronto la aproximacion de los ingleses, y se puso en apatitud de no ser sorprendido. Habiendo tenido espacio para juntar cuatro ó cinco divisiones, gracias á la vuelta de la division de Foy, pudo formar una reunion respetable y capaz de imponer extremada reserva al enemigo. Sino tenia bajo la mano á todo su ejército delante de Salamanca, efecto era de que necesitaba ocupar muchos puntos, y tambien de haberse visto obligado á esparcir sus tropas sobre un radio de mas de treinta leguas para vivir en un pais arruinado. Por lo demás, habiéndose aprovechado de las lecciones administrativas de Napoleon, de quien fué ayudante de campo, empleó el invierno en cuidar á sus hombres, en reparar su material de artillería, en recomponer cuanto pudo los tiros de caballos, y en dejar sus puestos en buen estado de defensa. A falta de grandes almacenes, y en la imposibilidad de crearlos, formó cerca de cada division un pequeño depósito de galleta, que le permitia maniobrar durante quince dias, sin que les inspirara zozobra la subsistencia de sus soldados. Transformado habia en ciudadelas tres conventos que dominaban á Salamanca á la par que el paso del Tormes. Allí habia puesto una guarnicion de mil hombres, y se podia alejar sin miedo de que se estableciera en la ciudad el enemigo. Por donde quiera escalo-

naban puestos bien ocupados la linea del Duero, que se extiende detrás de Salamanca, y que con el Esla, alluente suyo, cubria á la vez el remo de Leon y Castilla la Vieja. Toro, Zamora, Benavente, Astorga, prometian cierta resistencia, y ante un adversario circunspecto, operando prudentemente, cabia en lo posible mantener algun tiempo la campaña sin verse arrastrado á una accion decisiva.

Despues de tomar las citadas disposiciones, levantó el mariscal Marmont su campo de Salamanca, dejó entregada la ciudad á sí propia, y fué á acampar á alguna distancia, para tener espacio de juntar sus divisiones y de observar los movimientos del enemigo. Sino se apresuró á refugiarse detrás del Duero, fué porque tenia el Tormes para cubrirse, y porque además queria permanecer á la vista de Salamanca, para alentar á la corta guarnicion establecida en los tres conventos fortificados.

Lord Wellington apareció el 16 de junio delante de Salamanca. Recibido por los moradores con una alegría, que siempre estallaba despues de la partida de los franceses y antes de la llegada de los ingleses, dedicó un dia ó dos á la reflexion y al placer de haber asi adquirido los honores de la ofensiva sin correr sus peligros. Le pedian los habitantes que les libertara de los tres conventos fortificados que dominaban la ciudad y podian tornar á abrir sus puertas á los franceses. Examinados de cerca estos tres conventos, vióse que al parecer exigian un ataque en regla. Diez ó quince dias resolvió lord Wellington dedicar á su toma, sin pensarle, pues no estaba dispuesto á precipitar sus movimientos en una comarca, donde cada paso ha-

cia adelante, podía ser dado hácia un abismo. Algunas piezas de artillería había llevado consigo mal municionadas. Con estos medios comenzó el ataque de los tres conventos, y envió á buscar á Ciudad Rodrigo el material de que carecía.

Véase la posición de los tres conventos, de cuya toma se trataba. Enorme edificio cuadrado, semejante á una fortaleza, el principal, el mas vasto, el de San Vicente, había sido almenado, horadado con troneras, y circuido de escombros en forma de glasis. Por un lado dominaba al Tormes, que corre al pie de Salamanca, y por otro á la ciudad misma. Situados algo mas abajo y hácia la poblacion los otros dos conventos de la Merced y de San Cayetano, ofrecían un segundo piso de fuegos en su contra y aseguraban su posesion del todo.

Por fuera de la ciudad abrió lord Wellington la trinchera delante del convento de San Vicente. De rebato quiso apoderarse de los conventos de San Cayetano y de la Merced, y ordenó el asalto. Pero auxiliadas por el fuego dominante de San Vicente las tropas que guardaban estos dos puestos, rechazaron briosamente á los ingleses y les mataron muchos centenares de hombres. Entonces lord Wellington tomó el partido de esperar el material de grueso calibre, que debía venir de Ciudad Rodrigo. La vista del ejército francés, reunido á algunas leguas de distancia y en una posición excelente, sostenía el valor de nuestras cortas guarniciones y prolongaba su resistencia.

Finalmente, habiendo llegado la artillería de grueso calibre en los dias 26 y 27 de junio, lord Wellington hizo batir en brecha. Valerosamente se defendieron los tres conventos y lanzaron un fue-

go violento contra el enemigo. Pero, habiendo sido incendiado por las bombas el principal, el de San Vicente, ya fué imposible mantenerse allí por mas tiempo, y el 28 hubo necesidad de rendir aquellas ciudadelas improvisadas, por cuyo medio creyóse poder conservar á Salamanca, ó asegurarse cuando menos el recurso de volver á penetrar en su recinto. Allí perdimos unos mil hombres fuera de combate ó prisioneros; mas casi igual número perdieron los ingleses, y ganamos doce dias, retardo precioso para nosotros, y de consiguiente funesto para nuestros contrarios. Sin duda conviene reflexionar antes de esparcir sus fuerzas en cortas guarniciones destinadas á rendirse una tras otra; pero no hay por qué apesadumbrarse cuando tanta gente cuestan al enemigo y hacen ganar algun tiempo.

Hasta ahora las operaciones del mariscal Marmont eran todo lo que podían ser en suma, bien que, tomada ya Salamanca, no era cuerdo que se mantuviera tan cerca de los ingleses, así pasó el Duero por Tordesillas, determinado á defender aquella línea con pertinacia. Por lo demás la circunspeccion de los ingleses no infundía temores de que se arrojaran á una ofensiva muy impetuosa. Lord Wellington siguió al ejército de Portugal y fué á bordear el curso del Duero, que, aun no presentándose en la estacion aquella muy caudaloso, solo era vadeable por corto número de puntos. Segun hemos expresado, á las márgenes de este rio se hallaban establecidos buenos puestos, tales como en Tordesillas, Toro, Zamora, y hasta en Benavente y Astorga, considerando el Esla y el Orbigo como una prolongacion de la línea del Due-

ro. Especialmente Astorga, además de tener buenas obras, que habian resistido ora á los franceses, ora á los españoles, abrigaba una guarnicion de mil quinientos soldados resueltísimos á defenderse, y que, dando un fuerte apoyo á nuestra derecha, debia de molestar mucho á la izquierda de los contrarios. Llegado lord Wellington el 1.º de julio al Duero, se detuvo allí para dar lugar á que el ejército español de Galicia se apoderase de Astorga. En su concepto empleaba así quince ó veinte dias mas provechosamente, sin empeñarse demasiado pronto en esta atrevida campaña emprendida á espaldas de los franceses; pero tambien hay que reconocer que les proporcionaba tiempo de reunirse para abrumarle. Efectivamente, ciegos tenian que estar por extrañas pasiones para no invertir este plazo en juntar setenta mil hombres contra los ingleses. Por tanto, manteniéndose lord Wellington á lo largo del Duero, no cesaba de dirigir las mas vivas instancias, de un lado al ejército anglo-siciliano, para que ocupase al mariscal Suchet, del todo, y de otro á las fuerzas navales inglesas de crucero en el golfo de Vizcaya, para que hicieran temer al general Caffarelli un gran desembarco en las costas de Asturias.

Entretanto el mariscal Marmont, establecido detrás del Duero, se habia ocupado en concentrar las ocho divisiones de que el ejército de Portugal constaba. Despues de haber recuperado la primera de estas divisiones, la del general Foy, le faltaba recuperar la octava, la del general Bonnet, compuesta de buenas y numerosas tropas, superiormente mandada, y confinada á espaldas de Asturias, para batallar allí contra las bandas de Porlier

y contra los ingleses. Sin duda las Asturias valian la pena de ser conservadas, segun las órdenes de Napoleon antes de partir hácia Rusia, pero nada eran en comparacion del objeto que ocupaba enteramente al mariscal Marmont en este instante. Así no vaciló en expedir á la octava division la orden de evacuar las Asturias; orden que halló al general Bonnet en camino, porque, alcanzándosele á este oficial, tan inteligente como intrépido, lo que no se les alcanzaba á tantos otros de graduacion mas elevada, juzgó accesorio todo interés ante la necesidad de rechazar á los ingleses. Descontando cuanto se pierde ó se deja atrás en una rápida retirada, llevaba el general Bonnet seis mil hombres, excelentes por su valor propio, excelentes por tener á su cabeza á tal caudillo. Esta incorporacion inspiró al mariscal Marmont mucha confianza, pues elevaba á treinta y seis ó treinta y siete mil hombres su infanteria. Caballerta era lo que le faltaba, habiéndose agotado en correr los caminos para purgarlos de guerrilleros. Estrechado el mariscal Marmont á remontarla, dispuso echar mano de cuantos caballos de silla hubiese en la comarca, y juntó unos mil de calidad muy buena, con lo que hizo subir el total de su caballería á tres mil ginetes bien montados y vigorosos. Con su artilleria bien servida y compuesta de unas cien bocas de fuego, contaba cerca de cuarenta y dos mil soldados, que, reforzados solo por diez mil hombres, vinieran á ser muy superiores á los ingleses, y tales como eran sin este refuerzo, les pudieran hacer cara, si les guiaba con un poco de prudencia y de fortuna.

Por el mariscal Marmont no estaban mal man-

dadas, pero no lo estaban de un modo seguro. Este caudillo, dotado de suficiencia, de instruccion, de bravura y del talento de mantener bien sus tropas, se hallaba adornado de algunas de las cualidades del general en jefe, aunque distaba de poseerlas todas. A pesar de ser disipado en sus gustos, pensaba en lo que habia que hacer con determinimento, combinaba mucho, quizá demasiado, pues en materias de accion vale mas la exactitud de las ideas que su abundancia. Efectivamente, la abundancia de ideas deslumbra en vez de ilustrar, cuando no la acompaña un juicio firme y expedito. Además, a este mariscal no se le reputaba por afortunado. ¿Es vana supersticion de los hombres ó realidad, esa cualidad incalificable, denominada fortuna? ¿Es un favor de la suerte caprichosa, dando a uno para negar á otro esas circunstancias de frio, de calor, de lluvia, de sol, de llegadas imprevistas, que á menudo hacen que salgan bien combinaciones mediocres ó que se frustren combinaciones hábiles hasta lo sumo? ¿O acaso no es mas que un conjunto bien proporcionado de cualidades que, aun sin facultades superiores inspira aquellas determinaciones sencillas y fuertes, que salvan los ejércitos y los imperios? Sea lo que fuere, el mariscal Marmont en su carrera no pasó por afortunado, y es lo singular que nadie le excedia en confianza, ora porque en su persona supliese el valor á la fortuna, ora porque ignorase su destino, que á la sazón no se habia revelado del todo. Tal era el general del ejército francés en este momento, y si se pudiera penetrar lo futuro, se experimentara honda zozobra al verle delante de un general reposado, sólido, de consumada pru-

dencia, y cuya fortuna, ora fuese capricho de la suerte, ora talento, jamás se habia desmentido.

¿Debía de permanecer inmóvil el mariscal Marmont abrigado detrás del Duero? Sin duda valiera mas aguardar la iniciativa del contrario, disputarle el paso del Duero todo lo posible, y luego replegarse metódicamente sobre el ejército del Norte, que, de grado ó por fuerza, acabara por unirsele al ver al enemigo dentro de su casa. Pero jóven y vanidoso, ignoraba las miras de la suerte, se hallaba á la cabeza de un ejército de bizarría experimentada, sobre el cual no habian adquirido ascendiente alguno los ingleses, y que retrocedía á despecho, y acababa de recibir noticias que reducian á la nada las esperanzas de socorro. Por una parte el general Caffarelli, despues de anunciarle un refuerzo de diez mil hombres, le enviaba á decir que entre Santander y San Sebastian habian aparecido las escuadras inglesas, amenazando con un próximo desembarco, y en definitiva nada le hablaba del refuerzo prometido. Ahora bien, si conviene esperar con reserva del que promete, mas razon hay para no esperar del que no se halla en este caso, ó del que, despues de haber prometido, ya cesa de hacerlo. Al par, escribiéndole con fecha de 30 de junio el rey José una carta, llegada al cuartel general del ejército de Portugal el 12 de julio, le participaba sus esfuerzos por atraer á los ejércitos del Norte y de Andalucía en su auxilio, sin que le disimulase la poca probabilidad de salir airoso. Para colmo de desventura, ora por no estar prevenido, ora por no creer llegado el instante, no le decia el monarca, si podria privarse en su favor de un destacamento del ejército del centro. Asi e

mariscal Marmont se podia considerar como totalmente abandonado. De seguro, si contara con diez ó doce mil hombres del ejército del centro, aguardara este socorro antes de emprender cosa alguna, pues se prefiere compartir el honor de una victoria á exponerse á cargar solo con el peso de un descalabro. Relativamente al ejército de Andalucía, que pudiera y debiera venir en su ayuda, aun cuando no fuera mas que á título de agradecimiento, nada esperaba absolutamente, y las últimas cartas de José llegaron á completar una conviccion que de muy atras habia formado. De que no se engañaban testimonio los hechos ulteriores.

Reducido á sus solas fuerzas, comparando su ejército al de lord Wellington, que no le excedia en número si solo se contaban los ingleses, haciendo memoria de que las batallas ganadas por estos emanaron del error de atacarles en posiciones, donde la manera de combatir les hacia invencibles, discurrió que con tropas muy aguerridas, podria maniobrar en torno de ellos sin comprometerse, hacerles abandonar la línea del Duero, y llevarles á la frontera de Portugal sin dar batalla; y que tambien acaso, mientras se aspiraba á situarse sobre su línea de comunicaciones para obligarles á desandar camino, se podria ocupar una de aquellas posiciones defensivas, donde las ventajas, que siempre se les habian dejado, se hallaran ahora de nuestra parte. Muy de otro modo terribles serian los franceses, que tan perfectamente escalaban posiciones casi inaccesibles, como las de Talavera y Busaco. Si en lugar de tener que tomarlas, se les fiaba el cuidado de defenderlas, y mucho menos venturosos los ingleses, si en lugar

de tener que defenderlas, se veian obligados á atacarlas. Entonces fuera casi segura la victoria. No era, pues, temerario el designio de maniobrar en torno de los ingleses, ni de pensar en disputarles el terreno, en el caso de hallar una buena posicion defensiva. A todas las razones para operar de este modo se agregaba otra de gran peso. Los españoles del ejército de Galicia asediaban á Astorga, que solo tenia viveres para dos semanas. ¿Habia posibilidad de alejarse del ejército inglés para ir á abastecer esta plaza? Si esto no se podia ejecutar sin peligro, ¿no iban á ser cogidos los franceses por la derecha de resultas de la pérdida de Astorga, y condenado de consiguiente á una retirada indefinida?

Tales fueron las ideas con que el mariscal Marmont salió del asilo que habia hallado detrás del Duero. Ante todo trató de repararlo delante de los ingleses, y lo hizo con bastante arte y fortuna. De tal manera estaban configuradas las márgenes del Duero, que se descubrian los movimientos de los dos ejércitos de una á otra. Por su derecha simuló el mariscal Marmont que hacia bajar columnas de tropas hácia Toro, y mientras daba á esta demostracion la mayor verosimilitud posible, preparaba sobre su izquierda en las inmediaciones de Tordesillas los medios de cruzar de veras el Duero sobre muchos puentes de caballetes. Con efecto, en la noche del 16 al 17 de julio, al par que su derecha prolongada simulaba el proyecto de paso del rio hácia Toro, lo operaba positivo su izquierda mas arriba de Tordesillas, y detrás ejecutábalo tambien su centro. Aprovechándose á otro dia de la sorpresa y confusion de los ingleses, atraia á

su derecha, y se hallaba con sus cuarenta y dos mil hombres intactos del todo, confiados y provistos de viveres, mas allá del Duero, y con todas las apariencias de designios alarmantes para el ejército británico.

Lord Wellington no tenia mas deseos que el mariscal Marmont de venir á batalla, pero estaba resueltísimo á no dejarse cortar de Ciudad Rodrigo, donde tenia sus municiones de boca y guerra, y una buena puerta para entrar en Portugal de nuevo. De consiguiente apresuróse á levantar su campo y á retroceder hacia Salamanca, por el camino que habia traído, y así el mariscal Marmont realizó su proyecto de obligarle á que retrogradara.

Yendo hacia Salamanca, se encuentran diversos afluentes del Duero, ante todo el Guarena y despues el Tormes, sobre el cual se halla aquella ciudad asentada. Todos estos escalones habia que disputar al retirarse. Con prudencia y lentitud replegóse lord Wellington de uno á otro. A orillas del Guarena, el general Clausel, joven lugarteniente, que ya revelaba insignes talentos militares, se apresuró demasiado á cruzarlo, y se expuso á ser repelido; pero fué una pérdida sin importancia, y el 19 pernoctóse á lo largo de este riachuelo arrojando los unos la artillería de los otros por ir á saciar la sed en las aguas, á causa de ser el calor sofocante.

Remontando el Guarena durante la noche el mariscal Marmont por su izquierda, cruzólo por un punto donde no era mas que un torrente insignificante, y se halló de súbito delante de los ingleses, sorprendidos de no separarles ningun obstaculo de nosotros. A lo largo de una meseta

bastante extensa, marchaban en columna cerrada á buen paso, con aplomo y cubiertos por su caballería y su artillería ligeras. Nuestro ejército se mantenía á su altura, avanzando por otra meseta paralela á la de ellos, acreditando no menos aplomo, mucho mas desembarazo, y una confianza de que se dejaba embriagar el mismo general en jefe. Yendo á lo largo del borde de nuestra meseta al galope la artillería ligera, se paraba de vez en cuando para cañonear á los ingleses, y acto continuo se volvía á poner en movimiento para seguirlos. Ambas posiciones desembocaban en una aldea, adonde naturalmente cada hueste se esforzaba en ganar por la mano á la otra. Nuestras tropas llegaron allí antes, expulsaron á algunos exploradores, y tuvieron el placer de cañonear desde aquel punto al ejército enemigo, que desfilaba bajo nuestro fuego y á buen alcance. A nadie perdimos y matamos á algunos ingleses. Desde el paso del Duero habíamos cogido unos mil hombres entre heridos y rezagados. En la tarde del 20 repasaron los ingleses el Tormes, y nosotros pernoctamos á sus orillas.

A legua y media mas arriba de Salamanca cruzamos este rio el 21, y fuimos á establecernos en frente de las alturas denominadas los Arapiles, sobre las cuales habian tomado posicion los ingleses, y donde no era fácil acometerlos. Sin duda el mariscal Marmont estaba envanecido algo de sobra de sus primeras ventajas y de las marchas que en presencia de lord Wellington habia ejecutado: no obstante, se hallaba resuelto á no cometer imprudencias y á no renovar las faltas de sus antecesores, yendo á atacar inoportunamente á los in-

ingleses en lugares donde ninguna probabilidad habia de arrancarles el triunfo. Acampó en frente de ellos, despues de ocupar tambien por su parte una posicion bastante ventajosa, separada por un valle de la del enemigo, apoyándose á la derecha en la aldea de Calvarosa de Arriba y á la izquierda en bosques de que tuvo cuidado de apoderarse. Nada tenia que temer de consiguiente y dormia tranquilo con sus soldados, sin otro pensamiento que el de continuar un sistema de maniobras que tan á maravilla le habia salido hasta entonces.

Muy de mañana montó el mariscal Marmont á caballo el 22 de julio para juzgar de los designios del enemigo y ajustar á ellos los suyos. Todo estaba en reposo por ambos lados, y nada anunciaba por el de Wellington ningun proyecto, á no ser quizá el de rectificar su posicion y enlazarse algo mas estrechamente á Salamanca y al camino de Ciudad Rodrigo. Nos separaba de los ingleses y hácia la posicion de los dos ejércitos igualmente segura, un valle poco hondo y bastante extendido, que iba á desembocar en el Tormes cerca de Salamanca. De quicio servia á nuestra derecha la aldea de Calvarosa de Arriba, ocupada por la division de Foy. Nuestro centro y nuestra izquierda se apoyaban en bosques. De esta suerte se podia aguardar de una parte y de otra, sin causarse el daño mas leve, no queriendo combatir ninguno de los dos adversarios mas que á golpe seguro. Con todo, fiando el mariscal Marmont relativamente á maniobras en la habilidad de su ejército y en la suya, ideó un movimiento por su izquierda, cuyo objeto se reducía á rebasar algo la derecha de los ingleses, amenazar de resultas sus comunicaciones con

Ciudad Rodrigo, y cuando levantaran el campo, ora para aproximarse á Salamanca, ora para volver á ganar el camino de Ciudad Rodrigo, atacar su retaguardia y cogerle una porcion de ella. Esto era hacedero, bien que harto ambicioso, y con las disposiciones de lord Wellington, que era fácil conjeturar sin conocerlas, y consistian en volver á Ciudad Rodrigo lo mas pronto posible, mas valiera que le pusiera puente de plata que arriesgar movimientos que, sin desearlo, pudieran comprometer á una batalla.

Por lo demás, con mucha prudencia en la ejecucion, cabia en lo posible operar estos movimientos sin consecuencias demasiado fatales. Dejando, pues, su derecha á las órdenes del general Foy en la aldea de Calvarosa de Arriba, y añadiéndole la division del general Ferey, para que fuese todavia mas fuerte, hizo el mariscal Marmont desfilarse detrás de este apoyo á su centro y su izquierda á lo largo de los bosques á que estaba adherido, y siguiendo siempre el borde de las alturas que habia ocupado. Entre los ingleses y nosotros, hácia nuestra derecha, se elevaban dos cumbres tristemente famosas, denominadas los Arapiles. De ellas, la mas próxima á nosotros, era tambien la de mayor altura, y desde su cima se podia cañonear con ventaja la mas pequeña, sobre la cual habian tomado posicion los ingleses. Creyóse, pues, útil apoderarse del gran Arapil, como perteneciente á nuestra posicion y adecuado á consolidar el establecimiento de nuestra derecha. Encargada de esta operacion la bizarra division de Bonnet expulsó de alli á algunas tropas ligeras enemigas sin mucho esfuerzo, y asentó una fuerte

batería. Era una especie de quicio perfectamente sólido, en cuyo rededor se puso á girar para efectuar la maniobra proyectada. Al par avanzó el mariscal Marmont con sus otras divisiones llevando la izquierda á la cabeza, desfilando por delante de los ingleses, y dejando siempre entre ellos y nosotros el valle que nos separaba. La division de Thomières, que formaba su extrema izquierda, se adelantó un poco en flecha para amenazar la derecha de los ingleses; las divisiones de Sarrut y de Maucune se situaron en el centro, la division de Clausel de reserva, y detrás la de Brenier hácia los bagages y el parque de artillería. Con orden se ejecutaron estos movimientos y á bastante distancia del enemigo, excepto el que nos puso en posesion del gran Arapil, y por de pronto pareció que no debian arrastrarnos á ninguna consecuencia seria.

Mientras el mariscal Marmont operaba de este modo, lord Wellington, que presenciaba esta maniobra, dirigida evidentemente contra sus comunicaciones, al punto abrazó su partido y dispuso una maniobra semejante del todo y reducida á avanzar su derecha tanto como avanzáramos nuestra izquierda, y á estar siempre en aptitud de levantar el campo cuando quisiera, sin hallarnos en su camino. Así, dejando inmóvil su izquierda delante de nuestra derecha tambien inmóvil, y reforzándola mucho, pues la compuso de la division ligera á las órdenes del general Carlos Alton, de la primera division bajo el mando del general Campbell y de una gruesa masa de caballería, llevó su centro en frente del nuestro, entre el pequeño Arapil y la aldea llamada los Arapiles,

siempre al borde de las alturas opuestas á las ocupadas por nosotros. Este centro se formaba de cuatro divisiones inglesas, es, decir, de mas de veinte mil hombres de excelente infantería. En primera linea, y hácia el pequeño Arapil, estaban la cuarta division á las órdenes del general Cole, la quinta á las del general Leith; en segunda la sexta á las del general Clinton, y la sétima á las del general Hope. Lord Wellington llevó su derecha á la aldea de las Torres en frente de nuestra izquierda, y la compuso de la brigada portuguesa de Bradford y de la division española á las órdenes de don Carlos España. Le agregó la tercera division, mandada por Picton antes, retirada de las orillas del Tormes, y el resto de sus tropas de á caballo, porque declinando hácia aquel punto rápidamente el terreno se prestaba del todo á las maniobras de la caballería.

Con estas providencias apercibióse el caudillo inglés de sobra contra las disposiciones de su adversario, sin comprometerse á una batalla, pues persistia en no quererla. Ya era medio dia, y se empleara hasta la noche en maniobras semejantes, sin grandes pérdidas de una parte ni de otra, y verosimilmente emprendiera lord Wellington la retirada en direccion de Ciudad Rodrigo, entregandonos á Salamanca sin combate, cuando el mariscal Marmont á impulsos de una fatal impaciencia, no de combatir, sino de maniobrar, quiso coger la retaguardia de su enemigo, creyéndole próximo á levantar el campo. Con este fin llevó su izquierda todavia mas adelante, componiéndola la division de Thomières, segun se ha dicho, y tan adelante, que empezó á bajar las alturas por frente

de la tercera division inglesa, destinada con una gran masa de caballería á obstruirla el paso. Su centro, compuesto de las divisiones de Sarrut y de Maucune, llevólo todavia mas cerca del linde del valle que nos separaba de los ingleses, hizo que el general Clausel apoyara á estas dos divisiones, aproximó la de Brenier, sin prescribir á ninguna que acometiera á los ingleses, pues, como ya se ha dicho, su intencion no era otra que caer sobre su retaguardia cuando emprendieran la retirada. Pero para ejecutar semejantes movimientos tan cerca del enemigo, se necesitan á la vez una destreza y una autoridad que aseguren la ejecucion puntual de cuanto se ordena. Por desgracia el mariscal Marmont no poseia estas dos ventajas en grado suficiente para mostrarse tan atrevido delante de un adversario como lord Wellington. El general Maucune, gefe de la division del centro mas avanzada hácia la izquierda, era un militar de experimentada bravura y de extrema osadia sobre el campo de batalla. Creyendo en plena retirada á los ingleses, discurrió que habia llegado la hora de echárseles encima. En consecuencia hizo pedir la órden de ataque, y sin aguardarla, se llevó por delante á los tiradores enemigos, obligólos á replegarse, bajó al espacio que separaba las dos huestes, y empeñóse contra las divisiones de Cole y de Leith, que formaban el centro de los ingleses. Al ver esto lord Wellington, decidido á la retirada, mas de ningun modo á la fuga, admitió la batalla que se le presentaba segun to las apariencias, y dispuso que su centro recibiera y rechazara el ataque del nuestro.

Mientras el general Maucune incurria en teme-

ridad semejante, á la izquierda el general Thomières, siguiendo el avance en punta, bajaba tambien al llano sin apoyo de ninguna especie, y se exponia á encontrar de frente á la division de infantería de Picton, y sobre los flancos á una espesa nube de caballería. De esta suerte mezcláronse por todas partes, y sobre el frente entero de los dos ejércitos se vino á las manos, sin quererlo ninguno de los dos generales en gefe.

Por desdicha la division del general Clausel, numerosa y superiormente mandada, se hallaba muy atrás aun y no en aptitud de suministrar el apoyo que necesitaban nuestras dos divisiones imprudentemente comprometidas.

Al echar de ver con su anteojo el mariscal Marmont desde el grande Arapil donde se habia quedado para dirigir estos diversos movimientos, las faltas cometidas, volvió á montar precipitadamente á caballo, para ir en persona á contener la impaciencia de sus lugartenientes. Mas apenas estaba sobre la silla, recibió una bomba, que leextropeó el brazo y le abrió el costado. ¡Aquí si que se podia creer en la fortuna, y sobre todo en la fortuna adversa! Anegado cayó el infeliz general en su sangre, y solo tuvo tiempo de designar al general Bonnet, como el mas antiguo entre los gefes de sus divisiones, para que le reemplazara en el mando. Su herida era tan grave, que no se sabia si su muerte estaria cercana. Mientras se iba en busca del general Bonnet á la derecha, hácia los Arapiles, la batalla comenzada proseguia furiosa sin general en gefe por nuestra parte. Vivamente empujó el general Maucune á los ingleses y arrinconólos en la aldea de los Arapiles, soste-

niéndole el general Sarrut. Pero tenían enfrente cuatro divisiones enemigas, que, además de ser cuatro contra dos, eran individualmente mas fuertes que las nuestras. Despues de avanzar victoriosamente al principio, vióse obligado el general Maucune á replegarse, acerbillado por los formidables fuegos de los ingleses. Otra vez los forzó á cjar el general Clausel, ocupando el puesto que el general Maucune habia evacuado. Presente el mariscal Beresford en este punto del campo de batalla, ordenó entonces á su segunda linea formarse en horea sobre la primera, de modo de coger á la division de Clausel de flanco. Al mismo tiempo lord Wellington hizo atacar hácia su izquierda el grande Arapil á los portugueses del general Pakenhan, y hácia su derecha lanzó sobre la division de Thomières, bajada imprudentemente á la llanura, además de la infantería de la division de Picton, toda la masa de su caballería. A pesar de estos redoblados esfuerzos del enemigo, nuestro ejército se mantuvo y conservó su terreno. Aun estando privada la division de Bonnet de su general, por haber ido hácia el centro á tomar el mando, contuvo á los portugueses del general Pakenhan. Ochocientos hombres les mató el regimiento 420.º y quedó dueño del grande Arapil. Con vigor sostuvo el general Clausel el ataque de frente de la division de Clinton, pero sufrió cruelmente por consecuencia de los fuegos de flanco de la division de Leith. Tan de cerca se combatia por una parte y otra, que fueron heridos los generales. De los nuestros se contaron los generales Bonnet y Clausel de gravedad suma. De los ingleses el mariscal Beresford y los generales Cole y Leith recibieron

heridas mas ó menos peligrosas. No era menos violento el combate á nuestra izquierda y á la derecha de los ingleses. Asaltada fué la division de Thomières en medio de la llanura por la caballería enemiga, perdió á su gefe, muerto sobre el campo de batalla, y replegóse desordenadamente. En su ayuda fué la division de Brenier, si bien fué arrastrada por el movimiento retrógrado, y salió muy maltratado el valeroso regimiento 22.º por su empeño de mantenerse firme. El general Clausel, que acaba de reemplazar al general Bonnet en el mando, y que tambien herido no abandonó el campo de batalla, juzgó conveniente salir de aquella refriega y no aventurarlo todo por quererse obstinar mas tiempo. Asi ordenó la retirada y dirigióla con gran presencia de ánimo hácia la meseta que no debiéramos abandonar nunca. Allí atrajo á la division de Ferey, dejada detrás de la de Foy á la extrema derecha, y á la de Sarrut, menos empeñada que las otras divisiones del centro. Detrás de este sólido apoyo se juntaron sucesivamente las divisiones de Thomières y de Brenier, comprometidas á distancia hácia nuestra izquierda, y las de Maucune y Clausel, violentamente empeñadas hácia el centro. La division de Bonnet, que, situada en el grande Arapil, habia cubierto la falda de aquella altura de cadáveres enemigos, se replegó asimismo con un orden imponente. Entonces los ingleses probaron á trepar á su turno las cumbres, sobre las cuales acabábamos de replegarnos; pero todos sus esfuerzos se estrellaron ante las divisiones de Sarrut y Ferey. Por desgracia éste, gefe de la tercera division, fué herido de muerte. Habiendo cesado al cabo de insistir los ingleses, nuestras divisio-

nes desfilaron una tras otra á espaldas de las de Sarrut y Ferey, de seguida pasaron detrás de la de Foy, siempre situada en la aldea de Calvarosa de Arriba, y desandaron el camino que siguieron por la mañana, con intenciones bien distintas de las de una batalla, y con esperanza de otro resultado muy diverso. Toda la caballería inglesa se precipitó entonces sobre la division de Foy, que, no habiendo aun combatido, tenia el cargo de cubrir la retirada. Formada esta division en cuadro, recibió las masas de la caballería inglesa, les mató mucha gente, y retiróse en buen orden. Asi ya de noche se ganaron las orillas del Tormes y lo volvieron á pasar las tropas francesas sin ser perseguidas.

Tal fué esta funesta é involuntaria batalla, denominada de Salamanca ó de los Arapiles, que tuvo para el ejército inglés consecuencias muy imprevistas, pues le proporcionó una victoria inesperada en lugar de una retirada inevitable, y dió principio, según va á verse, á la ruina de nuestros asuntos en España. Ciertamente, sin negar el mérito de lord Wellington ni las faltas del mariscal Marmont, este era el caso de creer en la fortuna, pues el resultado era desproporcionadísimo al mérito del caudillo de los ingleses y á las faltas del capitán de los franceses. ¡Una pelea inesperada, tres generales en jefe heridos uno tras otro, una confusion ioaudita tras muchos dias de la marcha mas firme y venturosa, golpes eran harto terribles y aun puede decirse inmerecidos! Esta batalla suministraba una prueba mas de que el efecto moral en los sucesos de guerra es muy superior al efecto material las mas de las veces. Si de nues-

tro lado los generales Thomières y Ferey fueron muertos, y el mariscal Marmont, y los generales Bonnet, Clausel y Maucune heridos, del lado de los ingleses contóse el general Marchant entre los muertos, y el mariscal Beresford y los generales Cole, Leith y Cotton recibieron heridas no leves. Cinco ó seis mil hombres tuvimos fuera de combate, y se aproximaron á este número los que tuvieron los ingleses. Verdad es que además abandonamos nueve piezas de artillería, que bajadas de las cumbres á la llanura y habiendo perdido sus caballos, no pudieron ser retiradas. No era, pues, de monta la diferencia de los resultados materiales; pero las situaciones habian cambiado del todo. Ya no teníamos probabilidad ninguna de obligar á retroceder á los ingleses; por tanto necesitábamos retrogradar nosotros, con un ejército no abatido, aunque si profundamente irritado por sus prolijas desventuras, al cual no sirvieron ni su incomparable denuedo, ni su resignacion á los padecimientos mas crueles, y que ya por una causa, ya por otra, y casi siempre por falta de armonía entre los generales, fué constantemente sacrificado. Necesario, era llevarle detrás del Duero, y quizá mas allá si se queria volverle á infundir confianza, y la resolucion de mostrarse nuevamente adicto á una guerra que en su buen juicio consideraba detestable, y á generales á quienes acusaba de todos sus infortunios. Al revés, ya lord Wellington era dueño de sostener la campaña en Castilla y á espaldas de los franceses, pues en ninguna parte habia fuerza capaz de hacerle cara. Delante de su ejército se iba á ver obligado el de Portugal á replegarse hasta que encontrara al ejército del Norte,

esto es, á larga distancia: débil en demasia era el ejército del centro para que osara acercársele; se hallaba fuera de alcance el ejército de Andalucía; por todo lo cual á eleccion del caudillo inglés quedaba perseguir al general Clausel para tratar de destruirle, ó lanzarse sobre Madrid, para entrar allí en triunfo. Tales eran las crueles consecuencias de la mala voluntad de los que no socorrieron al ejército de Portugal en tiempo oportuno, y de la imprudencia de los que le comprometieron á una batalla inútil.

Por fortuna de este ejército le llegaba, aunque tarde sin duda, un gefe digno de mandarle, y todavía con provecho. El general Clausel era joven, vigoroso de cuerpo y alma, poco instruido á la verdad y negligente con frecuencia, pero de imperturbable sangre fria, alternativamente impetuoso ó contenido, dotado de un golpe de vista superior sobre el terreno, y soportando, mitad por indolencia, mitad por energia de su mente, á pesar de no haber mandado nunca en gefe, las ansiedades del mando ni mas ni menos que los mas insignes capitanes. Estimado de los soldados por su denuedo, amado por su hombría de bien, figuraba como el único que aun pudiera alcanzar alguna sumision de ellos y hacerles sufrir, sin que se sublevaran, ejemplos de severidad.

Tomando, herido como estaba y de manos de generales tambien heridos, el mando en gefe, y tomándolo en medio de una derrota, apareció tan poco turbado, que en los espíritus volvió á reinar la calma y con la calma el orden. Sobre el Duero retrocedió el 23 de julio lo mas rápidamente que le fué posible. Habiendo intentado los ingleses

perseguirle con su caballería, les recibió en cuadro y maltratóles. Desgraciadamente un cuadro del 6.º de ligeros experimentó algun daño, por no formarse á tiempo, único accidente que sobrevino de esta clase. Pronto hallóse detrás del Duero, desembarazado de los ingleses, pero asaltado por una nube de guerrilleros, que, sin hacernos correr ningun peligro grave, degollaban á nuestros heridos, á nuestros rezagados y á nuestros forrageadores. Nuestros víveres estaban agotados, por haber consumido las tropas durante algunos dias de maniobras los recursos que el mariscal Marmont les habia proporcionado. Irritados los soldados por las crueldades de que eran victimas sus camaradas ante sus ojos, saqueaban, no solo con codicia, sino con barbarie, cuidándose poco de aniquilar un pais inhospitalario, que no podian guardar, y adonde esperaban no volver nunca. Mucho trabajo costó al general Clausel reprimir tales excesos, y repetidas veces sintió expirar la autoridad en sus manos. Sin embargo, gracias á su conducta, no cesó el ejército de presentar un conjunto que lord Wellington, en su laudable prudencia, no quiso acometer de nuevo.

A la sazón llegaba al cabo una parte de los socorros pedidos tan reiteradamente, tan sin fruto aguardados, y cuya inverosimilitud, despues de tan larga espera, habia contribuido á arrastrar al mariscal Marmont á operaciones temerarias. Ya el primer dia de la retirada encontró el general Clausel unos mil hombres enviados al fin por el general Caffarelli, y que consistian en dos regimientos de caballería y un destacamento de artillería montada. Grande irrisión era sin duda, y mereciera una

reprehension severa, si el general Caffarelli no tuviese por excusa su buena fé y la turbacion que le habia producido la aparicion de las escuadras inglesas en las costas de Vizcaya. Valeroso, pero falto de presencia de ánimo, creyó en un desembarco formidable, y envió no más que mil hombres, en lugar de los diez mil prometidos. Otro socorro, decisivo si llegara á tiempo, fué, no hallado, sino anunciado por un despacho de José en el instante en que el ejército repasaba el Duero. Este socorro se aproximaba á trece mil hombres, y lo componia casi todo el ejército del centro, que desesperando de su causa, se habia resuelto José á llevar á Salamanca en persona, gastando mas lentitud aun en anunciarlo que en conducirlo. Salido habia de Madrid el 21 de julio, y aunque tarde, no lo fuera del todo, si con tres ó cuatro dias de anticipacion participara al mariscal Marmont este movimiento. Desgraciadamente no escribió hasta el 21, día de su salida de Madrid, y era imposible que el mariscal Marmont tuviese noticias del socorro el 22 en Salamanca. Prevenido á tiempo, este mariscal esperara sin duda, y aunque el número no sea un recurso seguro en una batalla tan mal comprometida como la de Salamanca, probablemente semejante refuerzo determinara á lord Wellington á levantar el campo á toda prisa, ó provocara combinaciones diferentes. De todos modos, gran desdicha fuera menester para que cincuenta y cinco mil franceses, tales como hubieran compuesto el ejército de Portugal despues de recibir este socorro, quedasen batidos por cuarenta mil ingleses, aumentados con quince mil españoles y portugueses.

¿Cómo llegaba asi este socorro? ¿Cómo llegaba tan tarde? ¿Cómo llegaba en suma? Es lo que hay que conocer ahora. Segun se ha visto, José habia expedido al mariscal Soult, no la orden de situar al conde de Erlon en frente del general Hill, para seguirle adonde fuera, sino la mas adecuada á las circunstancias de destacar inmediatamente diez mil hombres sobre el Tajo, para enviarlos al ejército de Portugal, y de desprenderse de estos diez mil hombres ó de su mando. Además José habia autorizado al mariscal Soult para restringir la ocupacion del territorio de Andalucía, si se consideraba debilitado para guardarla toda. Al parecer semejante orden no admitia tergiversacion ni réplica alguna, y ciertamente no la hallara, si procediera de un poder capaz de infundir respeto, esto es, de Napoleon en persona. Pero no fué asi, pues, valiéndose el mariscal Soult de un argumento ya usado, declaró que estaba pronto á la obediencia, bien que bajo una condicion que debia revelar á las claras, la de la evacuacion inmediata y completa de Andalucía, siéndole imposible mantenerse alli con diez mil hombres de menos. Este aserto era muy cuestionable. Contando el ejército de Andalucía muy cerca de sesenta mil combatientes, entre los noventa mil hombres de su electivo, con cincuenta mil podia guardar por algun tiempo aquel territorio. Doce mil hombres bastaban en Granada, doce mil delante de Cádiz, y con veinte y cinco mil en los alrededores de Sevilla, se podia hacer frente á todos los sucesos durante algunas semanas, y especialmente contener al general Hill, no mandando mas de quince mil hombres, y no pensando por otra parte en abandonar á Badajoz.

No habia el mariscal Soult dejado tantos ni con mucho, cuando se trasladó á Extremadura, ora para sitiar á Badajoz, ora para dar la batalla de la Albuera. A esta nueva especie de negativa disfrazada, añadía el mariscal Soult consejos sobre el mejor plan de campaña contra los ingleses. Decía que, si se anhelaba apartarlos del Norte de la Península, habia un medio seguro de lograrlo, y era el de reforzar el ejército de Andalucía, en vez de disminuirlo, llevarle todo el ejército del centro, quizá el de Portugal de igual modo, y entonces, temiendo lord Wellington por Lisboa, se veria forzado á trasladarse del Norte al Mediodía.

Desde luego esta conducta era formalmente opuesta á las instrucciones, por las cuales Napoleón habia prescripto sacrificarlo todo al mantenimiento de las comunicaciones con Francia por las provincias del Norte, con cuya idea hizo independiente al ejército del Norte del ejército de Portugal, y trajo á éste del Tajo al Duero, á riesgo de aislar mas unos de otros á estos ejércitos que tanta necesidad tenian de estar juntos. Pero, aparte de esta violacion de las órdenes de Napoleón ¿se concibe lo que viniéramos á ser en España, si hallándose entregados el Norte y el centro de la Península á los ingleses, y dominante lord Wellington desde Vitoria hasta Bailen é insurreccionando todas las poblaciones con su presencia, se encontráran nuestros ejércitos confinados en Andalucía?

Por lo demás el rey José no pedia al mariscal Soult consejos, sino refuerzos para el ejército de Portugal. Viendo que no podia conseguirlos, difirió para mas tarde el cuidado de explicarse con

el gefe del ejército de Andalucía, y noticioso hora por hora del peligro creciente del mariscal Marmont, abrazó al fin el partido de ir personalmente en su ayuda. Quizá pudo estar ya pronto el 17 de julio, y partiendo con esta fecha llegara á tiempo delante de Salamanca. Pero, habiendo puesto el mariscal Suchet á su disposicion la division italiana de Palombins, y pudiendo ser llevada á Madrid esta fuerza, prefirió José operar con doce ó trece mil hombres en vez de diez mil, y por este motivo esperó hasta el 21 de julio. Reforzado con tres mil italianos, tenia á sus órdenes diez y ocho mil hombres. Estaba resuelto á no dejar mas que cinco mil de Madrid á Toledo, y á marchar con los demás á la provincia de Salamanca. Aun era tiempo entonces, si se apresurara á comunicar al mariscal Marmont el aviso. Lo omitió por desgracia, y solo el 24 escribió José á Marmont su partida y el principio de su movimiento (1). Llegado el 23 á

(1) El mariscal Jourdan, siempre justo, siempre veraz en sus Memorias, impresas por completo, salvo algunos ligeros cortes, en las Memorias del rey José, no ha explicado esta singular omision, que fué una verdadera desgracia, pues de aqui tuvo origen el que el mariscal Marmont, no contando con el ejército del centro, no le aguardase. Por lo demás el mariscal Jourdan, completo en sus explicaciones todas, solo halla dificultad en justificarse relativamente á la lentitud de las resoluciones, pues casi siempre, haciendo obrar á José con prudencia, le hacia obrar harto despacio. Efectivamente se necesitáran mas ardimiento y juventud que tenia el mariscal ilustre, para dar á José la vivacidad de impulso de que carecia, siéndole indispensable hasta lo sumo. Tal fué el juicio que Napoleón formó sobre todo este suceso, tan luego como se hubo aplacado acerca del desastre de Salamanca, de ma-

Villacastin, no supo hasta el 24 por vagos rumores la funesta batalla de Salamanca, y se mantuvo á distancia de los ingleses por no exponerse á una catastrophe en persona. Pero no quiso retroceder camino y volver á pasar inmediatamente las cumbres del Guadarrama, con la intencion de prestar algun servicio al ejército de Portugal si estaba á su alcance. Solo con su presencia prestóle uno verdadero, y fué el de ocupar la atencion de lord Wellington. Habiéndose comunicado con el general Clausel, y sabiendo que éste deseaba que el ejército del centro se mantuviese algun tiempo mas á la vista; á fin de que lord Wellington alojara el paso, permaneció en el respaldo del Guadarrama, hasta que el ejército de Portugal se hubo retirado tranquilamente sobre Burgos, y le obligaron á replegarse hacia Madrid sus propios peligros. A esta capital regresó hondamente afectado, y no esperando mas que desastres de la deplorable situacion en que le iba á poner el suceso de Salamanca. De vuelta estuvo el 9 de agosto de aquella excursion que pudo ser tan fructuosa, y lo fué tan poco.

Desgraciadamente el partido que habia que tomar estaba harto indicado por la indole de las cosas y por el rudo golpe que se acababa de sentir encima. Batidos por no reunirse á tiempo contra el enemigo de todos, se hacia aun mas evidente la

nera de mostrarse respecto de su hermano, y del mayor general mas justo. Aprobó sus determinaciones, pero las consideró tardías. En el primer momento de irritacion, se manifestó severo en demasia, porque ignoraba los hechos, que nunca supo del todo: algo mejor enterado mas tarde y un poco sosegado, se atuvo al cargo de lentitud en que persistió siempre.

necesidad de concentrarse cuanto antes, y de hacer expiar la jornada de Salamanca á los ingleses en una gran batalla, dada con todas las fuerzas de que los franceses disponian en España. Pero no se podia alcanzar esta concentracion de fuerzas sino por virtud de la evacuacion inmediata de Andalucía, evacuacion sensible, y que José deploraba sobremanera al decretarla, pues su efecto moral debia ser funesto, y el gobierno de Cádiz no podria menos de recibir aliento poderoso. Conviene añadir que iban á ser interrumpidas y probablemente abandonadas ciertas intrigas con los descontentos de Cádiz y cuyo objeto propendia á ganar para la causa de José á mas de un personaje. Efectivamente, al operar las córtes de Cádiz reformas apreciables, si bien prematuras ó excesivas á veces, produjeron hondas divisiones, y muchos hombres, cansados unos de guerra, temerosos otros de una revolucion en España parecida á la francesa, se inclinaban á adherirse al gobierno de José en la creencia de que sin revolucion les daria paz y reformas. A hombres que pensaban y se expresaban de este modo, debiamos en parte la sumision de Aragon, de Valencia y Andalucía. Tales indicios de sumision iban á desaparecer con la evacuacion de este último territorio, y no menos que el mariscal Soult lo repugnaba su monarca. Pero, como para dispensarse de tamaño sacrificio se necesitara batir á los ingleses, y como no habia manera de lograrlo, únicamente el abandono inmediato y completo de Andalucía podia evitar las mayores desgracias. De consiguiente José escribió al mariscal Soult una carta severa, ordenándole de un modo absoluto, con la intimacion de entregar el man-

do al conde de Erlon si rehusaba la obediencia, evacuar á Andalucia, esto es, las lineas de Cádiz, Granada y Sevilla, salvar cuanto pudiera y replegarse hácia la Mancha. Con la incorporacion al ejército del centro de los sesenta mil combatientes del mariscal Soult se podia conservar á Madrid, y la agregacion del ejército de Portugal suministraría el medio de ir en busca de lord Wellington adonde quiera que se encontrara, y de darle una batalla decisiva con fuerzas que no dejaran indecisa la victoria. A tales condiciones se ahorraria el contratiempo de abandonar á Madrid, cosa que importaba mucho más que la conservacion de Sevilla ó Granada. No obstante, lord Wellington se hallaba entre José y el ejército de Portugal, libre de elegir entre la persecucion del ejército vencido ó la entrada triunfal en la capital española, y verdaderamente se ignoraba á qué daria la preferencia. Si se decidia á marchar sobre la corte de Madrid, era evidente la necesidad de evacuarla pronto, pues no podia el mariscal Soult llegar á tiempo de salvarla.

Muy luego los movimientos de lord Wellington disiparon estas tristes dudas. Despues de perseguir algunos dias al ejército de Portugal y de ponerle fuera de juego, se detuvo en las inmediaciones de Valladolid, y retrocedió camino para marchar sobre la capital española. Sin embargo del efecto moral inmenso que debia producir al ocuparla, quizá pudiera adoptar mejor partido, pues, dedicándose á perseguir al ejército de Portugal sin tregua, en el estado de fatiga, de despecho, de rebeldia moral en que se hallaba, es muy dudoso que el general Clausel, á pesar de su vigor y de su

aplomo, alcanzara á preservarle de total ruina. No acudiera el ejército del Norte sino para sucumbir á su turno, y quedando destruida toda fuerza organizada entre Madrid y Bayona, el ilustre capitán inglés diera buena cuenta del resto, por ser poco presumible que encontrara en ninguna parte los ejércitos que ocupaban al Mediodía de la Peninsula reunidos en tiempo oportuno. Sin duda alguna, si Napoleon se hallara en situacion semejante, á la vuelta de dos meses librara de franceses á España. ¡Tal es la diferencia entre el genio y el simple buen sentido! Pero el buen sentido se compensa con tantas otras ventajas que conviene guardarse bien de buscarle errores. Tambien hay que perdonar las debilidades aun á los mas sólidos caracteres. Lord Wellington, juicioso como era en alto grado, ocultaba debajo de una reserva tranquila una vanidad poco ordinaria. A sus ojos tenia un atractivo irresistible entrar en Madrid triunfalmente, y resolvió causar á José el daño que mas habia de dolerle, aun cuando no fuera el mas grande. Ostensiblemente dirigióse lord Wellington hácia Madrid desde el 10 de agosto. Tan luego como esta marcha del ejército inglés fué conocida, afectose José profundamente y con fundamento, pues cuantos partidos quedaban á eleccion suya, se resentian de funestos y graves. Quizá conviniera replegarse sobre la Mancha, pudiéndose lisongear de encontrar allí al mariscal Soult de vuelta de Sevilla, como que, si el ejército del centro se juntara al de Andalucia, se estuviera en aptitud de dar á lord Wellington una batalla y de disputarle la capital española. No obstante, aun en este caso, extraña situacion fuera la de dar batalla á un ejército

victorioso, teniendo, si sufríamos una derrota, el Mediodía de España y el mar á la espalda, es decir, un abismo. De consiguiente este partido era muy peligroso, y tampoco habia para qué examinarlo formalmente, pues no se podia suponer al mariscal Soult en camino y en plena ejecucion de las órdenes comunicadas. Asi habia que optar entre ir á incorporarse al mariscal Soult en Sevilla ó al mariscal Suchet en Valencia. Entre estas dos determinaciones, la eleccion no era dudosa. Además de que Sevilla era la mas lejana de las provincias españolas, no estaba en comunicacion alguna con Francia, al par que Valencia se hallaba en facil y segura relacion con los Pirineos por Tortosa, Tarragona, Lérida y Zaragoza. A mayor abundamiento se tenia la evidencia de encontrar alli un pais rico, sumiso, perfectamente administrado, y una acogida amistosa, no habiendo cesado de ser excelentes las relaciones entre el mariscal Suchet y su monarca. Finalmente, existia otra razon decisiva del todo, y era la posibilidad de llevar el ejército de Andalucía á Valencia, á la par que pecara de insensata la pretension de conducir el ejército de Aragon á Sevilla, pues, aun prescindiendo de la pérdida de Aragon y de Cataluña, que daria por resultado, se separarian las fuerzas todas para siempre de Francia.

Con tan sesudo consejero como el mariscal Jourdan, mal podia titubear el rey José respecto de la conducta que debia seguir en semejantes circunstancias. De consiguiente se encaminó sobre el Tajo, tomando la direccion de Valencia, y variando las órdenes expedidas al mariscal Soult anteriormente, le prescribió que fuera á unirsele por

Murcia. Pero habia que abandonar á Madrid, y este era un partido extremadamente doloroso. En medio de esta España, sublevada entera en su contra, habia hallado José cierto número de españoles, y algunos de nota por el nacimiento y la fortuna, que ora por amor á su persona dulce y atractiva, ora por ahorrar á su pais una guerra espantosa, ora en fin por el convencimiento de que toda civilizacion habia venido á España con las dinastías extrangeras, se declararon parciales suyos. Muchos empleados de orden inferior habia igualmente, que, habituados á la obediencia, continuaron á su servicio. Estos, á quienes se conocia con el nombre de *afrancesados*, se hallaban en Madrid sobre todo, y no subian á menos de diez mil individuos de ambos sexos y de todas edades. ¿Cómo abandonar estos infelices á la ferocidad de los españoles, ferocidad que es fuerza decir que igualaba á su patriotismo, y que no haciendo gracia á nuestros heridos y enfermos, aun perdonaria menos á sus compatriotas acusados de traidores? Dejarlos, equivalia á condenarlos á muerte: llevarlos consigo en el mes de agosto por entre las llanuras de la Mancha y los estériles montes de Cuenca, tambien equivalia á condenarlos á morir de hambre. Cruel era la alternativa, y sin embargo, como siempre se aspira á evitar el peligro mas cercano, al primer rumor de evacuacion quisieron partir todos. Se reunieron cuantos carruages de todas especies fué posible, y lo menos dos mil empezaron á salir de la capital de esta suerte el 10 de agosto, escoltados por el ejército del centro. Juntos con las tropas formaban una masa de cerca de veinte y cuatro mil individuos, provistos la mitad de armas, y

muy pocos de comestibles. José ofrecióles el solo consuelo que estaba en su mano, colocándose en medio de ellos para compartir sus infortunios. Llegado á las márgenes del Tajo, hácia Aranjuez, quiso averiguar si marchaba sobre Madrid todo el ejército anglo-portugués ó un simple destacamento de una ó dos divisiones, pues en este último caso podía disputar la capital ó al menos no alejarse mucho, y esperar en el contorno la llegada del ejército de Andalucía. El general Treilhard, jefe de una excelente division de dragones, fué encargado de reconocer el ejército inglés, para asegurarse de la realidad de las cosas. Ejecutólo en las inmediaciones de Majadahonda, á orillas del torrente de Guadarrama, con tanta oportunidad y energía, que dispersó la vanguardia inglesa, cogiéndola cuatrocientos hombres y tres piezas de artillería. No dejando ninguna duda los informes de los oficiales ingleses acerca de la presencia de lord Wellington en las puertas de Madrid con todas sus tropas, adoptóse al fin el partido de marchar por el camino de Ocaña, de Albacete y de Chinchilla sobre Valencia. Aun se dejaban en Madrid muchos enfermos y heridos. Se les juntó en el Retiro, fortificado contra las guerrillas y el pueblo de Madrid ya hacia largo tiempo, bien que no contra los ataques de un ejército regular, y situóse allí una guarnicion de mil doscientos hombres á las órdenes del coronel Laffond. Mil doscientos hombres sacrificados eran estos, pues por descuido del estado mayor de José, ni aun se habia adquirido la certidumbre de que el pozo del Retiro tuviese agua. Con todo, estos mil doscientos hombres iban á prestar un servicio importante, el de salvar á al-

gunos miles de enfermos y heridos del hierro de los guerrilleros, para entregarlos á los ingleses, que, portándose como cumple á una nacion civilizada, respetaba y hacia respetar á los hombres desarmados.

Abandonado fué el Tajo hácia el 15 de agosto con un calor sofocante y con muy escasos recursos. Este viage debia ser y fué sumamente penoso. Centenares de familias, algunas acomodadas, si bien las mas de ellas viviendo en Madrid de sus sueldos, y de raciones cuando faltaban las pagas, no teniendo ya este recurso en el camino, lo obstruian en carruages mal tirados, y todas las noches tendian la mano á los soldados para alcanzar algunas sobras de su merodeo. Donde quiera se encontraban los moradores huidos, los graneros vacíos ó quemados sin verse á ninguna persona que trocara por dinero un poco de pan ó de carne. En vez de habitantes se hallaban espantosos guerrilleros, matando sin piedad á cuantos se alejaban de la columna fugitiva. Por la mañana, aun sintiéndose cansados, ó enfermos, ó moribundos de hambre, no habia mas remedio que partir del rincón donde se habia pasado la noche, sino querian morir degollados los que se detuviesen á la vista misma de la retaguardia. Véase lo que ya quedaba de la dignidad real de José que se habia creído tan fácil substituir á la de Carlos IV, y que ya habia costado el envío de seiscientos mil franceses, de los cuales apenas se contaban la mitad vivos!

Al cabo de algunos dias de tan penosa retirada, sucumbieron muchos de aquellos infelices. No pudiendo seguir cierto número de ellos, se enca-

minaron á las poblaciones, para implorar una piedad que no obtuvieron á menudo. Tambien desearon bastantes españoles de los que componian la guardia de José, y al llegar á Chinchilla habia disminuido mucho la gente que emprendió desde Madrid la fuga. Ocupado estaba el fuerte de aquel nombre por el enemigo y obstruia el paso. Forzoso fué girar en torno muy trabajosamente y volver al camino algunas leguas mas lejos. En los confines de Valencia se hallaron las avanzadas del mariscal Suchet, y los que tuvieron fuerzas para seguir tan difícil viage, lograron la satisfaccion de verse en un país quieto, poblado, opulento y amigo. Aun cuando esta visita producia al mariscal Suchet muy pesadas cargas, recibió con anhelo respetuoso al rey visitante, y con cierta especie de fraternidad á la tribu fugitiva que le seguia. Envanecerse podia el mariscal de enseñar á sus compatriotas aquel bosquejo de la guerra bien hecha y de la conquista bien administrada. Introdujo al rey José en Valencia, le proporcionó una acogida infinitamente mejor que la tuviera en Madrid nunca, y prodigó á cuantos le acompañaban la abundancia de sus almacenes. Ya habia enviado á Madrid mas de cinco millones en numerario: además pagó el sueldo á las tropas del ejército del centro, vistió á las que lo necesitaban, y proporcionó techo y víveres á todos los afrancesados. Estos se dieron por felices al ver al cabo en Valencia á compatriotas suyos sometidos á la nueva dinastía, pues en ellos encontraban tanta excusa por su adhesion á José, como simpatías de resultados de su miseria. Se habia entrado el 4.º de setiembre en Valencia, y resolvióse esperar allí con

descanso y cierta especie de bienestar la llegada del ejército de Andalucía.

Aunque al mariscal Soult repugnase mucho abandonar el territorio de su mando, ya no podia negarse á evacuarlo mas tiempo. No habiendo querido debilitarse en favor del ejército de Portugal durante algunas semanas, perdió la única manera de mantenerse en Andalucía. Permanecer allí fuera exponerse á la suerte del general Dupont. Retirarse sobre Valencia le convenia mas que retirarse sobre la Mancha, pues así evitaba al ejército de los ingleses, ignorando su marcha y su fuerza: además iba á tierra amiga, sosegada y provista de recursos de todas clases. Así espontáneamente pensaba en tomar este camino, cuando le llegaron órdenes recientes de José que se lo prescribian de igual modo, y por tanto esta vez fuéle fácil la obediencia. Con todo, no sin muchas zozobras se iba á hallar en presencia del rey de España, y de los dos mariscales, jueces y muy competentes de los últimos acontecimientos. Su parte en los infortunios que acabábamos de padecer no era la mas pequeña. Sin duda el general Caffarelli se habia alarmado fuera de sazón á la vista de algunas velas inglesas: despues de hacer cuanto pudo para obligar á los generales franceses á que se prestaran mútuo auxilio, cometió el rey José la falta de salir de Madrid ya tarde, y la mayor aun de avisar tardamente su salida: tambien el mariscal Marmont habia incurrido en el yerro de maniobrar imprudentemente ante un enemigo sagaz y resuelto, y con su ligereza comprometió al ejército de Portugal de una manera grave; pero, cuánta parte cabia al mariscal Soult en tales infortunios, siendo

asi que á pesar de reiterados anuncios y de indicios muy marcados, se habia obstinado en creer que lord Wellington marcharia sobre Andalucía y no sobre Castilla la Vieja, y rehusado todo socorro al ejército de Portugal, de quien habia recibido tantos servicios, y no solo rehusado socorrerle, sino desobedecido á José, que era su gefe militar, y desobedecido sin la excusa que en rarísimos casos puede justificar la desobediencia, la de tener razón contra un gefe que se engaña! Embarazoso era explicar tales actos á los ojos de José y de los dos mariscales, que lo habian visto y sabian todo. Sin embargo, habia un tribunal mas temible que el que el mariscal Soult iba á hallar en Valencia, y era el tribunal de Napoleon que, si guardó silencio sobre el asunto de Oporto, podia muy bien no guardarlo sobre los sucesos recién consumados en Castilla. ¿De qué modo juzgaria todo lo acontecido, con especialidad si se llegaba á perder España, como era probable, de resultas de la gran refriega de Salamanca? Una singular excusa habia discurrido el mariscal para explicar su desobediencia. Supuso que José no le expidió las órdenes, á cuya ejecucion se habia negado, mas que por virtud de una connivencia secreta con Bernadotte, de quien era pariente, con los ingleses y los rusos, de quienes figuraba como cómplice, de suerte que se habia hecho no menos que traidor á Francia y á su hermano. Para admitir suposicion semejante, se fundaba el mariscal Soult en que, al decir de los periódicos ingleses, Bernadotte habia tomado muchos centenares de españoles á su servicio; en que el embajador de José habia permanecido en Suiza, en que Moreau habia llegado de América á Sue-

cia, etc..... Agregando á todos estos hechos el parentesco de José, que era cuñado de Bernadotte, se creia autorizado para suponer que José habia entrado en una conspiracion contra Francia, que el primer acto de esta conspiracion era el abandono de España, y que el primer paso en esta via criminal era la orden de evacuar á Andalucía. Una vez posesionada del espíritu desconfiado del mariscal esta concepcion extravagante, le pareció deber suyo comunicarla al emperador, y consignóla en un despacho dirigido al ministro de la Guerra, que, para mayor seguridad, entregó al capitán de un buque mercante, encargándole que lo llevara á uno de los puertos franceses del Mediterráneo.

Expedido al emperador este despacho, respondió el mariscal Soult al rey José, y persistiendo en sostener ante el monarca que, en vez de concentrarse hácia las provincias del Norte, valiera mas que se metiesen todos en las del Mediodia, y atrajesen allí la guerra, y rehicieran de este modo la fortuna de la nueva dinastía, añadía no obstante, que deferentísimo á las órdenes reales, iba á juntar sus tropas desparramadas y á dirigirse por Murcia al reino de Valencia. Efectivamente, despues de destruir ó de arrojar al mar el inmenso material tan laboriosamente reunido en las líneas de Cádiz, despues de formar un gran convoy de municiones, de víveres y de bagages, llevando consigo cuantos enfermos y heridos podian ser trasladados, fiando los otros á la humanidad de los habitantes de Sevilla, empezó el mariscal su retirada el 25 de agosto y tomó el camino de Murcia. Naturalmente la porcion de sus tropas que estaba en Granada debia ser recogida al paso; la que, á las órdenes del

conde de Erlon, ocupaba inútilmente á Extremadura, hubo de bajar á las márgenes del Guadalquivir, de remontarlo por Córdoba hasta Baeza, y de incorporarse en Huescar á la principal columna. Aunque á esta evacuacion acompañasen menos miserias que á la de Madrid, por causa de la estacion, del país, de la muchedumbre de hombres y de efectos que arrastraba el ejército detrás de su huella, tambien fué triste y señalada por muchos padecimientos. Finalmente, á últimos de setiembre las avanzadas del mariscal Soult descubrieron á las del mariscal Suchet en las inmediaciones de Almansa, y experimentaron al verlas un verdadero gozo, pues, considerándose los franceses como destinados á perecer hasta el postrero en aquellos climas lejanos y terribles, no se encontraban ni aun los mas habituados á los padecimientos, sin estrecharse en los brazos y dar muestras de la emocion mas viva.

Durante este mes de setiembre recogió vagamente José el rumor de la llegada próxima del mariscal Soult, y aguardaba con impaciencia el pormenor de su marcha y la exposicion de sus proyectos. De repente supo que el capitán de un buque mercante, portador de pliegos franceses, acababa de tocar en el Grao de Valencia, y pedía que se le descargase del depósito recibido, á causa de perseguirle con ardor los ingleses. José apresuróse á tomar aquellos despachos y á abrirlos, para saber lo que revelaban sobre Andalucía, y sorprendióse lo indecible al leerlos y al verse denunciado por el mariscal Soult como traidor á su familia y á su patria. Ocioso fuera explicar el sentimiento que experimentó de resultas, pues se ha-

lla al alcance de todos. Por su resistencia, por su orgullo de mayor en edad, y sobre todo, por la libertad de lenguaje permitida á la corte de Madrid, habia desagradado á su hermano hasta el punto de ser condenado siempre, aun cuando la razon estuviera de su parte. Sin embargo, su adhesion á él no daba lugar á dudas, y abrigaba el convencimiento de que de todos modos á Napoleon debian sus hermanos la fortuna, y de que, si la pagaban á caro precio, la verdad era que no podian salvarla, sino ayudándole á salvar la suya propia. De manera que si la traicion debia tener cabida en algun individuo de la familia de Bonaparte, no era por cierto en el que se ceñia la corona de España. No disimuló éste su indignacion profunda, y sin demora hizo partir al coronel Desprez á Moscou, para que entregase á Napoleon aquel tejido de invenciones extrañas, y le pidiese que le desembarazara y le vengara al mismo tiempo del gefe del ejército de Andalucía. Ardua tenia que ser de consiguiendo la próxima entrevista con el mariscal Soult y hasta borrascosa.

Impaciente José de verle y sobre todo de tener bajo su mano al ejército de Andalucía, fué á su encuentro, y citóle para Fuente la Higuera en la frontera de Murcia. A los mariscales Jourdan y Suchet llevaba consigo. No obstante, accediendo á los deseos de éstos, que temian asistir á una penosa escena, determinóse á recibir al mariscal Soult á solas, y le sorprendió desagradablemente al demostrarle que habia leído los despachos dirigidos al emperador. Cuando menos este descubrimiento ofrecia una ventaja, la de que el mariscal, de quien José tenia motivos para quejarse, aspirara á redi-

mir sus errores con mas obediencia. A la sazón era lo único que deseaba alcanzar el monarca, y despues de una explicacion viva, trató de acordar en una conferencia con los tres mariscales un plan de campaña afinado, para hacer expiar á los ingleses su triunfo reciente con la reunion de todas las fuerzas francesas. Aunque, ya evacuada Andalucía, pareciese rota la cadena que tuvo avasallado al mariscal Soult á un objeto exclusivo, y debiese por tanto mostrar libre su juicio, no hubo posibilidad de hacerle emitir su dictámen inteligible y adaptado á la situacion presente. Por embarazo, ó por enojo, rehusaba explicarse á las claras sobre el plan que debía seguirse, y solo daba á entender que, lejos de incorporar su ejército á los otros, se debieran incorporar los otros al suyo, para dirigirlle adonde fuera de su agrado. Por su parte el mariscal Suchet parecia dominado por el deseo de conservar á Valencia. A impulsos de su buen seso y exento de miras particulares, se atenia Jourdan á un término medio. Queriendo salir José de este caos y que emitiera su opinion cada uno, dirigióse primero al mariscal Soult para saber lo que pensaba en definitiva. Este se limitó á pedirle órdenes por toda respuesta, manifestando que no se podia determinar á emitir su dictámen mas que por escrito. Adoptado este método, al dia siguiente presentó al rey cada uno de los mariscales una memoria sobre la manera de reparar el desastre de Salamanca.

El mariscal Soult proponia reunir al ejército de Andalucía todo el del centro y parte del de Aragon, y marchar con esta masa de fuerzas sobre el Tajo y Madrid por la Mancha. En su memoria

alegaba el mariscal Suchet contra este plan muy fuertes objeciones. No disponiendo mas que de trece ó catorce mil hombres de tropas activas, con los cuales debía hacer cara al ejército de Murcia, que estaba en Alicante, y al de los anglo-sicilianos que amenazaba desembarcar en Tarragona, le era imposible destinar menos de seis mil soldados á la custodia de Valencia y de los puestos principales de San Felipe de Játiva y de Sagunto. De consiguiendo para unirlos al ejército comun no le quedaban mas que ocho mil hombres, y todo inducia á creer, que partidos estos, no se podria conservar el reino de Valencia. Asi por tan débil refuerzo se arriesgaban la pérdida de aquel territorio, sus abundantes recursos, la ventaja de mantener alejados de Cataluña y de Aragon á los ejércitos de Murcia y de Sicilia, y finalmente, las únicas comunicaciones del todo seguras con Francia. Si á mas de esto, junto el ejército y en marcha sobre el Tajo, hallaba á lord Wellington detrás de este rio con todas sus fuerzas, si no era feliz en una nueva batalla, se hallaria en un verdadero callejon sin salida, cerrado el Tajo á su frente, cerrado el reino de Valencia á su espalda, situacion horrorosa y casi irremediable. Sin duda entre los caminos de Madrid y Valencia habia uno intermedio, desembocando en los Pirineos de igual modo, el que por Guadalajara iba á Calatayud y Zaragoza; pero para tomarlo, se necesitaba torzar el Tajo casi á la altura de Madrid. Si no se llegaba á este punto, para volver á ganar á Aragon, no habia mas que caminos espantosos, impracticables para la artilleria, llenos de bandas invencibles en sus desfileros, y no quedaba otro recurso que tornar á

descender á Valencia. Por tanto, ante todo era menester no exponerse á perder esta capital, y el mariscal Suchet no estaba seguro de mantenerse allí ni aun con la totalidad de sus tropas, pues se desconocía la fuerza del ejército anglo-siciliano, y se debia suponer muy numeroso, segun los rumores esparcidos por la comarca. Asi guardar catorce mil hombres contra este ejército y el de Cataluña no era una pretension muy exagerada, sobre todo si habia que llevarlos sucesivamente de San Felipe de Játiva á Tarragona, á una distancia de cien leguas. De esta suerte el mariscal Suchet presentaba un plan concebido del todo bajo el pensamiento de conservar á Valencia. Esta, segun su dicho, era una capital, fuente de pingües rentas, orilla del Mediterraneo, y por último, respaldo de los Pirineos. Guardando esta parte de la Peninsula, se tenia seguridad de conservar las comunicaciones, se continuaba en posesion de las provincias á que Napoleon mostraba mas apego, y siempre se podia partir á recuperar las otras. De consiguiente proponia llevar juntos los ejércitos de Andalucía y del centro á la provincia de Guadalajara, forzar allí el Tajo, logrado esto, separarse uno de otro, conducir el del centro á Cuenca, desde donde podria en todo tiempo alargar la mano al ejército de Aragon sobre la frontera del reino de Valencia, y establecer el de Andalucía en la provincia de Guadalajara, teniendo en Calatayud su base, en Madrid su cabeza, y su derecha en comunicacion constante con el ejército de Portugal por la provincia de Soria. Asi, apoyados unos en otros los cuatro ejércitos principales de Aragon, del centro, de Andalucía y de Portugal, enlazados

á los Pirineos, pudiendo hallarse dos juntos en menos dias que emplearan los contrarios en marchar sobre uno de ellos, conservando seguramente á Valencia, Tortosa, Tarragona, Barcelona, Lérida, Zaragoza, Burgos y Valladolid, provincias que bien administradas, les proporcionarían vivir con holgura, en su posicion no serian forzados nunca, ni privados de sus comunicaciones con Francia.

Excelente este plan para lo futuro, no dispensaba por de pronto de una operacion comun á todos los proyectos, la de encaminarse á Madrid y forzar allí la linea del Tajo. ¿Cómo se habia de proceder á esta operacion delicada, á la cual lord Wellington podia oponer obstáculos de monta, si maniobraba como tiempos antes el general Bonaparte en Italia? A superar esta dificultad habia que dedicarse, y el mariscal Jourdan procurólo en efecto. La exposicion de su dictámen, raro modelo de exactitud de miras y de puntualidad de aserciones y de alta prudencia, satisfacía á todo, y mereciera que el que aconsejaba con tanto tino pudiera tambien ejecutar personalmente sus propias concepciones, ó ser comprendido, respetado y obedido por los encargados de ejecutarlas.

En su concepto, se necesitaba ante todo remontrarse á Madrid por el alto Tajo, para ir á alargar la mano al ejército de Portugal, y con este, el del centro y el de Andalucía reunidos marchar sobre los ingleses, á la cabeza de ochenta ó noventa mil hombres y de ciento cincuenta bocas de fuego. Sin duda, de correrse verdaderamente el peligro de encontrar á lord Wellington establecido junto al Tajo con todas sus fuerzas, se inclinaba el mariscal Jourdan á que lejos de exponerse á tal peli-

gro, antes de estar el ejército de Portugal incorporado, se prefiriera pasar por Valencia, Teruel y Calatayud, esto es, remontarse á Aragon, mediante un gran rodeo á la espalda, ó ir luego de Calatayud á Aranda, donde sin aventurarse á riesgo alguno, se hallaria al ejército de Portugal incorporado, y se estaria en aptitud de oponer ochenta ó noventa mil hombres á los ingleses, quedando intacto el ejército de Valencia. Pero este camino era largo, y aunque bien abastecido, revelaria por nuestra parte una timidez extremada, cosa que ofrecia inconvenientes. Asi el mariscal Jourdan no proponia tomarlo, considerando que la eventualidad de encontrar á lord Wellington concentrado sobre el alto Tajo, no era bastante inminente para resignarse á tamaño rodeo. Lo probable á sus ojos era que se hallara al general británico guardando á Madrid con dos ó tres divisiones, y batallando con las restantes contra el general Clausel en Castilla. De consiguiente se forzaria sin dificultad suma la línea del Tajo, que no ofrecia obstáculo formal por aquel punto, se daria al ejército de Portugal la mano, cuidando mucho de anunciarle este movimiento, y se volveria á entrar en Madrid con una superioridad de fuerzas decisiva. Pero como era posible engañarse, y que el Tajo se hallara mejor guardado de lo que se suponía, se necesitaba poder retornar á Valencia, para volver á encontrar allí el asilo, donde se acababan de reponer de sus padecimientos y el nudo de todas las comunicaciones con Francia. Para esto importaba no quitar al mariscal Suchet ni un batallon solo. De modo que la opinion del mariscal Jourdan propendia á no debilitarle, y á limitarse á reunir los dos ejércitos

del centro y del Mediodía, con lo que se formaria próximamente una masa de cincuenta y seis mil hombres y de cien bocas de fuego bien municionadas, y habria bastante para forzar el Tajo. Descontando sus soldados enfermos y aspeados, y sus veteranos, que se debian quedar en Valencia, pretendia el mariscal Soult no tener mas de treinta y siete á treinta y ocho mil hombres, seis mil de ellos de caballería muy excelente. Mas tenia á pesar de todo. Despues de las pérdidas de la evacuación y de recuperar del ejército del centro algunos destacamentos que eran suyos, podia juntar de cuarenta y cinco á cuarenta y seis mil hombres de superior calidad y de todas armas (1). Algo reorgani-

(1) En Almansa el mariscal Soult, aun despues de haber tomado del débil ejército del centro los dos mil hombres, que reclamaba ya hacia mucho, no se atribuía mas de treinta y tres mil infantes y seis mil ginetes, sumando treinta y nueve mil entre todos, y treinta y siete mil antes de incorporarse los destacamentos tomados al marisca. Por no cuestionar sobre guarismos, teniendo que discutir sobre el plan de campaña, daba el mariscal Jourdan al mariscal Soult en su Memoria de treinta y nueve á cuarenta mil hombres, y partía de esta base para raciocinar sobre las operaciones que debian ejecutarse. Pero, estudiando los documentos, muy luego se reconoce que este guarismo no era exacto, ni podia serlo. En abril de 1812, la fuerza del mariscal Soult ascendia á cincuenta y seis ó cincuenta y siete mil hombres, descontados los no combatientes, y no hablo á tenor de las aseveraciones del ministro de la Guerra, que siempre supone guarismos superiores á los consignados por los generales, pues tendencia es del que paga aumentar el número de los soldados, y tendencia de disminuirlo es la del que ha de hacer uso de ellos: hablo á tenor del guarismo suministrado por el gefe de estado mayor del ejército de Andalucía en 4.º de abril de 1812, despues de la pérdida de Bada-

zado el ejército del centro, bien contaría diez ú once mil hombres, también de calidad excelente. En dos columnas propuso el mariscal Jourdan que marcharan estos cincuenta y seis mil soldados, una formada del ejército de Andalucía por el camino de la Mancha, que pasaba por Chinchilla, San Clemente, Ocaña y Aranjuez, otra formada del ejército del centro por el camino de Cuenca, que pasaba por Requena, la ciudad citada y Fuentidueña, pudiéndose ambos alargar la mano en su movimiento, y debiendo desembocar sobre el Tajo hácia el punto donde se quisiera cruzarlo. Juzgando harto débil la columna de la derecha, proponía Jourdan

joz y de la fuerza que guarnecía esta plaza. Ninguna acción formal hubo en Andalucía desde abril hasta agosto de 1812, y equivaldría á acusar demasiado la administración del mariscal Soult el admitir que hubiera perdido veinte y un mil hombres sin hacer nada, pues de cincuenta y ocho mil que se contaban entonces, suponía no tener mas que treinta y siete mil ahora. Evidentemente no puede ser exacto el guarismo de treinta y siete mil hombres en Almansa. No es dudoso que el mariscal Soult hubo de experimentar pérdidas en el camino; pero, aun concediendo que estas subiesen á cinco ó seis mil hombres, lo cual revelaría extraño desorden en la marcha, aun quedara por explicar la pérdida de quince mil soldados. Aunque al tiempo de la evacuación se dejaran enfermos y heridos en los hospitales, poco probable era que el número de los dejados atrás por esta causa fuese grande, pero recaía sobre los no combatientes, ya descontados en el cálculo de que se trata. Así el mariscal Soult contaba en Almansa mas de treinta y siete mil hombres, y lo indica el simple buen sentido. Mas leyendo ciertos documentos, no contenidos en las Memorias del rey José, muy luego se viene al cabo de la verdad. En la memoria, presentada por el mariscal Suchet al tiempo de presentarle los mariscales Jourdan y Soult las suyas, discute sobre la fuerza

agregarla seis ó siete mil hombres del ejército de Andalucía, lo cual debía elevar á diez y seis ó diez y siete mil hombres la una, y de reducir á treinta y nueve ó cuarenta mil la otra: además, proponía dar al ejército del centro un buen caudillo, el conde de Erlon, subordinar los dos generales en gefe al rey, que alternativamente marcharía con una ú otra columna, y encaminarse inmediatamente al deseadisimo objeto del alto Tajo. En este plan en-

de cada uno de los cuerpos segun los estados suministrados, y pidiéndosele provisiones, debía conocer mejor aquella fuerza que el mariscal Jourdan, quien bajo palabra admitía los guarismos citados en el debate. Ahora bien, en esta Memoria se descubre que, contando los dos mil hombres tomados al ejército del centro, tenía el mariscal Soult cuarenta y cinco mil hombres disponibles en Almansa, de donde resulta que fueron cuarenta y tres mil los que trajo de Andalucía, y este es el guarismo mas verosímil. Y aun para admitirlo, no explicándose la falta de catorce mil hombres segun los estados de abril, conviene saber que en el ejército de Andalucía había una infinidad de soldados de ingenieros y de gruesa artillería, de los empleados en el sitio de Cádiz, que no podían servir en línea, y se dejaron en Valencia con los enfermos y los heridos: también se debe saber que había veteranos poco aptos para una larga marcha. Pero, aun con este descuento, es difícil hallar los catorce mil hombres que se echan de menos, y hay que suponer la pérdida de mucha gente, aun sin persecución alguna durante la evacuación y bajo la influencia de los calores. Así cuarenta y cinco ó cuarenta y seis mil hombres son los menos que se pueden suponer al ejército de Andalucía. Añadiremos que las fuerzas reunidas en Madrid algo mas tarde, y en el segundo encuentro delante de Salamanca, hacen del todo verosímil la exactitud de este guarismo. Por eso lo hemos admitido, tras de muchas comparaciones, como todos los que adoptamos en nuestro relato.

traba que el mariscal Suchet sacase de sus provisiones, segun ya lo habia hecho, cuanto necesitasen las tropas que se iban á poner en marcha, y que guardara en Valencia cuanto les servia de embarazo, esto es, sus heridos, sus hombres cansados ó enfermos, servicio que estaba pronto á prestarles con el mayor anhelo.

Tan juiciosas y tan adecuadas á la situacion eran estas miras que José las adoptó sin demora, tanto por su fundamento como por habitual confianza en los dictámenes del mariscal Jourdan, ordenó al mariscal Soult que se aprestara á marchar desde Almansa, donde tenia su campo, sobre Chinchilla, San Clemente y Aranjuez, mientras el ejército del centro, saliendo de la Huerta de Valencia por el desfiladero de las Cabrillas, fuera á caer sobre el Tajo por Fuentidueña, bastante cerca de Aranjuez para apoyarse en el ejército de Andalucía. Además prescribió á Soult que cediera al ejército del centro el general de Erlon con seis mil hombres, é hizo que se le anunciara que el mariscal Suchet pondria á su disposición las raciones que necesitara de arroz, galleta y aguardiente.

Estas determinaciones desagradaron al mariscal Soult sobremanera, pues así volvía á entrar bajo las órdenes directas de su monarca, y perdía una porcion de sus fuerzas. De resultas suscitó nuevas objeciones, diciendo que José no tenia derecho para quitarle tropas que debia á la confianza del emperador. Pero, tomando al fin José el tono de soberano, y significándole que obedeciera ó resignara inmediatamente en manos del conde de Erlon su mando, sometiose, y despues de pedir seis dias al propio, se tomó doce para emprender la mar-

cha, lo cual se explica por la necesidad de juntar su hueste toda, y separar la gente que debia quedar en Valencia y la que debia marchar al enemigo.

De consiguiente se pusieron en marcha del 18 al 20 de octubre, bien provistos de municiones de boca y guerra, en dos columnas que se elevaban á cincuenta y seis mil hombres, y dejóse al mariscal Suchet todo lo embarazoso de las dos evacuaciones de Madrid y Sevilla, cuanto no podia servir activamente. No se pasaba ningun cuidado por dejar aquellos preciosos restos en Valencia, pues se sabia que allí quedaban en seguridad plena y al abrigo del hambre. El mariscal Suchet conservó todo su ejército á fin de poderse comunicar siempre con las tropas del monarca por el camino mas corto, el de Cuenca, é hizo trabajar en el trozo comprendido entre Buñoz y Requena. Por allí pasó el ejército del centro con su artillería.

De este modo avanzaron las dos columnas sobre el Tajo á la altura una de otra, sin tropezar con ningun obstáculo grave. A las órdenes del conde de Erlon tuvo que habérselas la del centro con las bandas de Villacampa, del Empecinado, de Duran, acudidas á Madrid y obstruyendo toda la region del alto Tajo, esto es, las dos provincias de Guadalajara y de Cuenca. Mas fueron dispersadas con poco trabajo, gracias á haberse elevado con prudencia el ejército del centro á muy cerca de diez y seis mil hombres. Ninguna dificultad tuvo que superar el ejército de Andalucía, habiéndole abierto el fuerte de Chinchilla sus puertas. Entre Fuentidueña y Aranjuez llegaron á las márgenes del Tajo del 27 al 28 de octubre, y con

la posibilidad de reunirse en masa sobre cualquiera de los dos puntos.

Lo importante de averiguar era si se iba á encontrar á lord Wellington delante de Madrid, resuelto á defender su conquista, lo cual era posible, pues su entrada en la capital española habia producido una viva sensacion en Europa, y nada mas natural que no quisiera salir de ella. Esta cuestion merecia ocupar al rey José y al mariscal Jourdan, su mayor general, y ocuparlos mucho; pero afortunadamente cuanto se iba sabiendo era tranquilizador del todo. Cuantos rumores fueron percibidos inducian á creer que se tenia delante al general Hill con dos ó tres divisiones. Con efecto, véase lo que habia pasado entre los ingleses y el ejército de Portugal desde la retirada de José á Valencia y su reunion con el ejército de Andalucía.

Lord Wellington habia entrado en Madrid el 12 de agosto, acompañándole todos los gefes españoles, como celosos de tomar parte en su triunfo. Cuando se reflexiona sobre la situacion en que se habian encontrado, no teniendo ya en el continente mas que á Cartagena, Cádiz y Lisboa, y reducidos á hacer allí hincapie con todas sus fuerzas para no ser lanzados al mar, se comprende un gozo que la sorpresa debia hacer rayar hasta en el delirio. La fatal empresa de Rusia, los descuidos de Napoleon respecto de la guerra de España, la falta de autoridad de José, las funestas divisiones de nuestros generales, proporcionaron á los españoles y sobre todo al caudillo inglés estos triunfos completamente inesperados. Envanecidísimo lord Wellington de resultas de su victoria, sintióse muy luego embarazado por sus auxiliares, por su con-

ducta indiscreta y bárbara, y á estas faltas añadió personalmente la ostentacion con que de su autoridad hizo uso. Ante todo se debió poner el esmero en tranquilizar á los habitantes de Madrid, muchos de los cuales se habian acostumbrado ó casi sometido á la dominacion de José, en respetar los hechos consumados, en olvidar ciertas cosas, en tolerar y hasta sancionar algunas. Hasta cierto punto vinieron á ser dueños de Madrid don Carlos de España y el Empecinado, y empezaron por hacer que se prestara juramento á la constitucion de Cádiz, que acababa de ser promulgada. Nada mas natural sin duda, aunque esta constitucion, llena á la vez de principios generosos y de disposiciones quiméricas, hiriese á una parte considerable de la nacion española, poco preparada á las nuevas instituciones. Pero sustancialmente, á la autoridad del gobierno *insurreccional* de Cádiz, y no á la constitucion, entendian ligar don Carlos de España y el Empecinado á los españoles. Hecho esto, habia que explicarse relativamente á los afrancesados, entre los cuales se contaban altos personajes, muchos empleados, y algunos miles de soldados excelentes. Mientras don Miguel Ricardo de Alava oficial del ejército español, á quien lord Wellington empleaba á menudo y que era de corazon muy noble (1), pronunciaba en la casa de ayuntamiento de Madrid un discurso tan humano como hábil, don Carlos de España y el Empecinado usaban un lenguaje insensato, de índole propia

(1) El mismo que hemos conocido como embajador en Paris despues de la muerte de Fernando VII y durante la regencia de la reina Cristina.

á no atraerse á nadie, sino por el contrario á herir á todas las personas de juicio. José había hecho acuñar muy hermosas monedas con su busto, mas hermosas que las españolas y tan puras, pues eran del todo semejantes en la forma y la ley á las francesas. En vez de proceder segun todos los gobiernos, pues hasta los menos moderados se transmiten las monedas unos á otros, sin ofuscarse por las imágenes que tienen grabadas, se desacuñaban las que tenían la elicie de José ó se las hacia perder en el cambio. Despues, en lugar de dedicarse en llevar á Madrid comestibles para poner término á la carestía, se perdía el tiempo en tomarse satisfacciones de partido no menos dementes que peligrosas. Asi la miseria era extremada como en los dias en que las bandas interceptaban la llegada de comestibles. Por último, lord Wellington agregaba los defectos del orgullo británico á estas extravagancias, que deben parecer muy naturales, si se consideran el carácter y la educacion de los vencedores. Se había alojado el caudillo inglés en el palacio de los reyes, lo cual ofendió la altivez de la nacion española, y al tomar el Retiro, que el coronel Laffond hubo de rendir por carecer de agua potable, destruyó un establecimiento muy estimado por los españoles, el de la *casa de la China*, equivalente á la fabrica de Sevres en Francia, y á la de Meissen en Sajonia. ¡Verdaderamente habia de que dolerse al malgastar veinte dias en futilidades ó en faltas!

Mientras lord Wellington se conducia de este modo, el general Clausel juntó de nuevo, rehizo y reanimó al ejército de Portugal, y aunque reducido á veinte y cinco mil hombres, llevólo atrevida-

mente sobre el Duero, delante del ejército de los ingleses, cuya masa principal se hallaba apostada á las márgenes de este rio. Donde quiera arrojó á las avanzadas enemigas, y tomóse espacio para enviar al general Foy con una division á recoger las guarniciones de Astorga, de Benavente, de Zamora, de Toro, diseminadas inútilmente sobre una línea que ya no era capaz de defensa. Demasiado tarde había llegado el general Foy para salvar á la guarnicion de Astorga, obligada á rendirse el dia antes al ejército español de Galicia, pero salvó á los enfermos, á los heridos, y recogió los otros pequeños puestos del Duero y del Esla, uniéndose al general Clausel de seguida.

Al verse lord Wellington retado de este modo, no tuvo otro arbitrio que dejar á Madrid é ir en busca del jóven adversario, que tan arrogantemente se le ponía cara á cara con las reliquias de un ejército recién batido. Despues de establecer al general Hill en la capital española, se volvió á Castilla la Vieja, y recogiendo al ejército de Galicia en la marcha, se encaminó á Burgos al frente de cincuenta mil hombrés.

Forzado el general Clausel á retroceder de nuevo, dejó las márgenes del Duero, sucesivamente se replegó á Valladolid, Burgos, Bribiesca, y se detuvo al fin junto al Ebro. Antes de perseguirle á mas distancia, lord Wellington entró en Burgos, y quiso tomar el castillo que dominaba á la ciudad y hacia su posesion casi nula. A fines de setiembre emprendió el asedio, poco mas ó menos por la época en que se aprestaba José á marchar sobre la capital de España.

El castillo de Burgos era un viejo edificio, que

se remontaba á la época de los moros, y coronaba una altura, á cuya falda tiene asiento la ciudad. En torno de este antiguo recinto de murallas góticas, se habian elevado dos lineas de trincheras empalizadas, armándolas con fuerte artillería. Se habia añadido una obra á cuerno sobre una altura denominada de San Miguel y que dominaba la posicion del castillo. Con dos mil hombres ocupaba el general Dubreton esta fortaleza improvisada: provisto se hallaba de víveres y municiones, y muy resuelto á la defensa.

Desdeñando lord Wellington atacar en regla á tal plaza, y pensando que, despues de tomar á Ciudad Rodrigo y á Badajoz por asalto, no recularian sus soldados delante de las fortificaciones imperfectas del castillo de Burgos, hizo asaltar la obra á cuerno de San Miguel á viva fuerza. Sus tropas arremetieron en derechura á la obra la noche del 19 al 20 de setiembre, pero fueron detenidas al pié de la trinchera por el fuego de fusilería de un batallon del regimiento 34.º de línea. Habiéndose deslizado por desdicha á favor de la oscuridad una columna inglesa en rededor de la obra atacada, se aprovechó de no estar empalizada la gola del todo para meterse dentro. Entonces los soldados del regimiento 34.º pasaron por encima de la columna victoriosa, y se retiraron al fuerte. A los ingleses habian muerto ó herido mas de cuatrocientos hombres, sin perder ellos ciento cincuenta.

Dueños de la posicion de San Miguel los ingleses procuraron construir allí una batería para arruinar las defensas del castillo, y desde allí hicieron el punto de partida de sus avances. La

fuerte resistencia de la obra á cuerno les habia enseñado que aquella triste bagatela no podia ser arrebatada de pronto. Despues de establecer una batería en San Miguel comenzaron á disparar sobre el castillo; pero en breve fué dominada por nuestra artillería la suya débil de calibre, y se la redujo al silencio. Efectivamente, la dificultad de los trasportes no les permitió llevar consigo gruesos cañones bajo los muros de Burgos, y tenian algunas piezas de á diez y seis tan solo, que los guerrilleros de Alava y Vizcaya habian recibido de la escuadra inglesa, y que arrastraron trabajosamente hasta Burgos.

Reconociendo lord Wellington la casi imposibilidad de abrir brecha por medio de aquellos cañones, recurrió á un nuevo asalto durante la noche del 22 al 23 de setiembre. Habiendo aplicado sus columnas las escalas al primer recinto, fueron rechazadas y perdieron mucha gente sin fruto. Una de ellas, compuesta de portugueses, quedó destruida en parte por el fuego de la fusilería, aun antes de llegar al pié del recinto.

Nuevamente hubo que apelar á los aproches regulares, y que emplear, á falta de artillería, las minas. Hallándose ya prevenidos dos hornillos, se puso fuego al primero en la noche del 29 al 30 de setiembre, y tras la explosion lanzóse una columna al asalto, bien que fué repelida como las anteriores. Fuego se puso el 4 de octubre al segundo hornillo. De esta nueva explosion resultó abrirse una gran brecha, mientras la artillería ensanchaba la abierta el 29. Sobre ambas se arrojaron los asaltadores con furia y se apoderaron de ellas; pero la guarnicion se les vino encima, y arrolló á

una de aquellas columnas, sin poder impedir que la otra se alojara en una de las dos brechas á pesar de todo. Tras de conseguir los ingleses establecerse así en el primer recinto, comenzaron los aproches hácia el segundo, con esperanza de señorearlo. Pero la guarnición lanzóse á una salida general el día 8, destruyó sus trabajos, los rechazó en desórden del primer recinto, y volviólos al punto donde se encontraban al principio del asedio. Inmediatamente cerró la brecha, construyendo detrás una trinchera, y tornó á recuperar cuanto había perdido, excepto la obra á cuerno de San Miguel. De este modo se habían sacrificado veinte días y dos mil quinientos hombres á los ojos de lord Wellington y sin adelantar un paso. Despechado el caudillo inglés quiso aventurar la última tentativa, y hacer previamente uso de todos los medios imaginables para abrirse aquel primer recinto, que, tomado un momento, volvióse á perder de seguida. Alguna artillería había ya recibido, y trató de abrir brecha en una de las extremidades y de minar la otra, todo hácia una iglesia llamada de San Roman.

Hallándose todo dispuesto la noche del 19 de octubre, los sitiadores prendieron fuego á la mina, que arrancaba del templo citado, punto por el cual no esperaban los franceses ser acometidos, y sin demora ingleses, españoles, portugueses, provistos de escalas, se arrojaron sobre el primer recinto. Esta vez consiguieron también tomarlo, y corrieron hácia el segundo. Pero, saliendo la guarnición valerosa de su camino cubierto en masa, los recibió á la bayoneta, los cargó impetuosamente, mató á gran número de ellos, y por tercera vez re-

pebiólos mas allá del recinto conquistado un instante. Lo mismo aconteció al otro extremo. Los sitiados cerraron la brecha practicada por la mina cerca del templo de San Roman, hasta derribaron éste que podia ser útil al enemigo, y de nuevo presentaron un frente formidable á los sitiadores.

Ya hacia mas de treinta días que dos mil hombres reducidos á mil quinientos por el fuego y por la fatiga, atrincherados detrás de algunas obras apenas tapiadas y protegidos por una simple hilera de empalizadas, detenian á cincuenta mil soldados con su heroica resistencia. ¡Honor eterno á aquellos valientes y al general Dubreton su caudillo! Probando estaban lo que en ciertas circunstancias críticas pueden las plazas bien defendidas, pues mientras se resistian de este modo, daban tiempo al ejército de Portugal de volver á entrar en línea, á los ejércitos del centro y de Andalucía de trasladarse junto al Tago, y á todos de reunirse para abrumar á lord Wellington.

Con efecto, el general Clausel, vuelto á las márgenes del Ebro, recibió los depósitos establecidos á lo largo de los Pirineos, las cortas guarniciones de la frontera, cerca de diez mil reclutas, caballos para su artillería y su caballería, lo cual le proporcionaba treinta y cinco mil combatientes. Al cabo el general Caffarelli, á quien se ha visto perturbado por el espantajo de las tropas inglesas, como lo estuvo el mariscal Soult por el del general Hill, hasta el extremo de descuidar el peligro principal por el accesorio, se corregia y prestaba al ejército de Portugal diez mil hombres, que enviados antes de la batalla de Salamanca, nos aborran muchos desastres. Por desgracia el general

Clausel, molestadísimo por su reciente herida, hubo de abandonar el ejército á la misma hora de marchar á la cabeza de sus cuarenta y cinco mil combatientes. Le reemplazó el general Souham, veterano oficial de la república, experimentado y valeroso, y se puso en camino para socorrer á la intrépida guarnición que hacia treinta y cuatro días sustentaba las mezquinas fortificaciones de Burgos.

Situado lord Wellington entre el ejército de Portugal que se adelantaba hacia el Norte, y los ejércitos del centro y de Andalucía que se adelantaban sobre el Mediodía, se hallaba en una de aquellas situaciones arduas, si bien grandes, de las cuales siempre habia salido en otro tiempo el general Bonaparte con inauditas victorias. Menos circunspecto y mas activo, concentrándose con la rapidez y la oportunidad del antiguo gefe del ejército de Italia, pudiera hacerse alternativamente mas fuerte que cada uno de los dos ejércitos que le amenazaba, batir al de Portugal, lanzarse luego sobre el de José, y quedar al cabo dueño de España. Pero cada cual tiene su genio, y es pueril pedir á un hombre lo que no es posible sin las cualidades de otro. Prudente y sólido lord Wellington, si bien lento, con soldados á quienes no se hacia andar de prisa, ni se exaltaba facilmente, no estaba cortado para conquistar á España en una campaña sola, aunque debia conquistarla en muchas. ¡Harto era para el triunfo de la política de su país y para desdicha de la nuestra!

Viendo aproximarse al ejército de Portugal reforzado, abandonó con despecho los muros de Burgos, que le habian costado tres mil hombres, y el

prestigio de la victoria, y que le iban á costar á Madrid segun todas las probabilidades. Muchos combates sostuvo de retaguardia, en los cuales el general Maucune, el mismo que con tanta temeridad empeñó la batalla de Salamanca, le mató mucha gente, y despues de cubrirse á su turno con el Duero, despachó al general Hill la orden de correr á juntársele en Salamanca, si Madrid no le parecia sostenible ante los ejércitos que marchaban en su contra.

Tales fueron los sucesos sabidos por el rey José y el mariscal Jourdan al llegar sobre el Tajo. De esta suerte la juiciosa prevision del mariscal Jourdan se hallaba justificada, y otra vez mas se iba á abrir Madrid á la nueva dinastia. Los ejércitos del centro y de Andalucía forzaron el 30 de octubre aquella linea del Tajo, sobre la cual temióse hallar juntos á sesenta mil españoles, portugueses é ingleses: atropellaron á las retaguardias del general Hill, y el 2 de noviembre penetraron en la capital española, asombrada de tales cambios de fortuna. José fué bien recibido, pues tras de lo que acababan de presenciar sus ojos, los habitantes de Madrid ofendidos por el orgullo de los ingleses, disgustados por la violencia de los guerrilleros, comenzaban á creer que aquella nueva autoridad real, ejercida por un principe dulce y de sano juicio, valia tanto para ellos como los Borbones degenerados y traídos por gefes de bandas. Acreditando ahora José una actividad que no tenia de costumbre, despues de permanecer en Madrid cuarenta y ocho horas, salió el 4 para operar su union con el ejército de Portugal y perseguir á lord Wellington á la cabeza de ochenta mil hombres. ¡Qué

de resultados no se podían esperar, y qué venganza del desastre de Salamanca no se podía obtener con tanta reunion de tropas!

Así lo discurría fundadamente, y esperaba que una batalla dada con las fuerzas que tenía bajo su mando, empujaría á Portugal á los ingleses, y le restablecería en su plena situación anterior, á pesar de la evacuación de Andalucía. Sin duda se empezaba á experimentar alguna zozobra con motivo de la expedición á Rusia, á interpretar infaustamente el silencio guardado por el *Monitor*, que ya no contenía boletines del grande ejército; pero mucho se distaba de imaginar la extensión de los desastres que nos habían caído encima, y á lo sumo se llegaba á augurar que habían surgido dificultades como las seguidas á la batalla de Eylau y resueltas por la batalla de Friedland triunfalmente. Ninguna siniestra nueva aguardaba José de París, y se lisongeaba de hallar compensación al infortunio sufrido en Salamanca alrededor de la ciudad misma.

Llegado el 6 de noviembre mas allá del Guadarrama con su fiel mayor general, cuyos consejos le habían sido tan provechosos, pudiera apoyarse hácia la izquierda en Peñaranda, lo cual le colocara sobre las huellas de lord Wellington, si bien prefirió apoyarse á la derecha en Arévalo, á fin de atraer al ejército de Portugal y de no atacar á los ingleses mas que con la totalidad de sus fuerzas.

No tardó en efectuarse lo que anhelaba, pues, con prisa lord Wellington de operar su retirada sobre Salamanca, ni aun pensó en estorbar la union de los dos ejércitos del Norte y del Mediodía. Muy pronto se encontraron las avanzadas en

las inmediaciones del Duero, y la incorporación de los tres ejércitos de Andalucía, del centro y de Portugal puso bajo la mano de José noventa mil hombres y cerca de ciento cincuenta bocas de fuego con buenos tiros de caballos. Aun tuviera mas considerable fuerza, si despues de prestar el general Caffarelli por espacio de algunos dias mil hombres, no se apresurara á llamarlos de nuevo, para seguir batallando contra las bandas de Mina, de Longa, de Merino, de Porlier. El ejército de Portugal, que tenía treinta y cinco mil hombres, suyos propios, había perdido algunos de ellos en la persecución de lord Wellington: los ejércitos del centro y de Andalucía, que al partir de Valencia contaban cerca de cincuenta y seis mil hombres, habían dejado algunos por el camino y suministrado un destacamento para la guarnición de Madrid; pero todos ellos comprendían ochenta y cinco mil combatientes de las mejores tropas del mundo, irritadas por las victorias que se había permitido alcanzar á lord Wellington, y alegres al fin de resultar de la ocasión que se ofrecía para hacerle que las expiara.

En los semblantes resplandecía el ardor de los corazones, y generales y soldados se prometían concurrir con igual celo á la comun venganza. Separado lord Wellington del ejército español de Galicia, bien que reforzado por el cuerpo de Hill, despues de las pérdidas de la campaña, no tenía mas que sesenta mil hombres, entre los cuales se contaban cuarenta mil ingleses mucho menos arrogantes que á otro dia de su victoria de los Arapiles. ¿Pero podían hacer cara á ochenta y cinco mil franceses medianamente mandados? Nadie lo

creía, y ellos eran de la misma opinion que nosotros.

Nuestros tres ejércitos se adelantaron, pues, sobre el Tormes cabalmente por el propio camino que habia seguido el mariscal Marmont para irse á batir á los Arapiles. Marchaban de manera de coger por la vuelta la posicion de Salamanca, y de tomar el desquite de lord Wellington, cortando su línea de comunicaciones. Formados se hallaron el 41 de noviembre á alguna distancia del Tormes, el ejército de Andalucía sobre la izquierda, el del centro sobre el centro, el de Portugal sobre la derecha. En compañía de José trasladóse el mariscal Jourdan á orillas del Tormes, y descubrió á lord Wellington en los Arapiles, aguardando con bastante tranquilidad á los franceses, porque creía poderse replegar á tiempo, confiando en una posicion ya experimentada, y teniendo siempre segura su retirada á Ciudad Rodrigo. Pero habia cometido una falta, que le pudo costar cara, y que con su ejercitado golpe de vista conoció el mariscal Jourdan al punto.

El tormes, que, bastante caudaloso en invierno, era aun vadeable por muchos parages, cotria delante de nosotros, por en medio de la pequeña ciudad de Alba de Tormes, situada á nuestra izquierda, y describiendo despues un semi-círculo, iba en derechura á meterse hacia Salamanca. Con poca prisa lord Wellington de ponerse á cubierto de nuestras empresas, dejó al general Hill en Alba de Tormes, y ocupó á Salamanca con el grueso de su huete. Entre los dos se hallaba la posicion de Calvarosa de Arriba, que no hizo ocupar mas que por un débil destacamento. Tres leguas separaban

al cuerpo del general Hill del de Wellington, y la idea que se ocurría naturalmente era la de colocarse entre ambos, y la de copar cuando menos al general Hill sus quince mil hombres.

Toda la dificultad estribaba en saber si se podría pasar de súbito el Tormes, y desplegarse al otro lado, antes de que lord Wellington llamara cerca de su persona á su ala derecha comprometida. No consentian duda alguna sobre este punto los reconocimientos que acababan de ser practicados. Entre Alba y Salamanca se podia vadear casi por todas partes el Tormes: al otro lado, para llegar á Calvarosa de Arriba, extendiase una vasta llanura, que se elevaba en pendiente hacia aquel puesto, y donde se hallaban los Arapiles. Enviando por delante á toda la caballería, que en los tres ejércitos ascendia á doce mil hombres, y cuyo despliegue cubriera el paso, nuestras columnas de infantería cruzaran los vados, invadieran la llanura, se posesionaran de Calvarosa, y declinando luego sobre Alba de Tormes, rebasaran y envolverian al general Hill de seguro. Expuesto sobre el mismo terreno á José este proyecto delante de sus generales, todos lo consideraron acordes de éxito infalible, y solicitaron ejecutarlo sin demora, antes de que perfeccionaran su posicion los ingleses. Pero el mariscal Soult no opinó de este modo, expresando que no convenia atacar de frente á los ingleses, lo cual era verdad cuando habian tomado su posicion de combate, cosa que no se verificaba en el presente caso, pues se trataba de sorprenderles en la marcha, y de coparles un cuerpo de tropas que habian dejado en el aislamiento. En su concepto valia mejor cruzar el Tormes por mas

arriba de Alba, á fin de rodear la posicion de Salamanca, y de obligar á los ingleses á que levantasen el campo. Se le respondió que cabalmente no convenia maniobrar asi de ningun modo, porque remontando á la izquierda el Tormes para cruzarlo por mas arriba de Alba, se iba á forzar al general Hill á evacuar este punto, á replegarse hácia Calvarosa de Arriba, y despues sobre Salamanca, de cuya manera se prestaria á los ingleses el servicio de ponerles su falta de manifiesto, y de reunirlos en las cercanias de Salamanca á todos; que si, trasladándose sobre sus comunicaciones con ochenta y cinco mil hombres, se les obligaba á levantar el campo, no seria de gran bulto el resultado de esta feliz pero costosa concentracion de fuerzas. En lugar de un triunfo, de que habia necesidad suma, se proporcionara á lord Wellington la gloria de salir sano y salvo de uno de los pasos mas dificiles en que un general se hallara nunca.

Modesto el mariscal Jourdan en demasia, no acostumbrando á ser afirmativo, pues aunque discernia lo verdadero, no lo procuraba sino con la moticie de un hombre desalentado, mostróse ahora mas vehemente que de costumbre, y afirmó que si se queria hacer pesar sobre su cabeza la responsabilidad de la operacion proyectada, estaba dispuesto á asumirla, respondiendo de no comprometer el ejército ni su propia gloria. Todos los generales presentes, Souham, Erlon y otros, participaban de su dictámen, y apoyábanlo con la vista y con la palabra; si bien por respeto á la situacion y al grado del mariscal Soult se pusieron otra vez á deliberar sobre esta cuestion despues de un nuevo reconocimiento del curso superior del Tormes.

Al dia siguiente reprodujo el mariscal Soult su proyecto de pasar el Tormes hácia la izquierda por mas arriba de Alba, pues tambien alli se habia encontrado vadeable, é insistió fuertemente para que su dictámen prevaleciera. José consultó al mariscal Jourdan, y éste con una condescendencia, hija de su edad y de su carácter, aconsejó al monarca acceder á lo que Soult queria. Por muy peligroso tuvo ejecutar el plan que habia indicado, con la mala voluntad del caudillo de la principal hueste; y parecióle menos aventurado hacer lo que el mariscal Soult deseaba, á pesar de no haber enmendado su posicion los ingleses, de poderles descargar aun el golpe decisivo, y de ser grande la tentacion de ensayarlo. Asi estalló en José y en Jourdan esta indecision malhadada, que á las veces en los espíritus rectos es tan funesta como la pertinacia del error en los espíritus falsos, y que, despues de los descuidos de Napoleon y de los detestables sentimientos de ciertos gefes, vino á ser la causa principal de nuestros reveses en España.

Para hacer pesar sobre el mariscal Soult la responsabilidad toda, y obligarle al menos á conducirse lo mejor posible en la ejecucion de su propia idea, se puso bajo sus órdenes el ejército del centro, y se dió el de Portugal al conde de Erlon. Cruzóse el Tormes el mismo dia 13 por mas arriba de Alba, y se siguió adelante hasta Nuestra Señora del Retiro. De Alba acababan de salir los ingleses, dejando alli un destacamento: se les veia retirarse y reunirse sobre los Arapiles; pero les faltaba levantar el campo delante de ochenta y cinco mil franceses, y aun cabia en lo posible cortar una porcion de su larga columna.

Ya tenia el mariscal Soult cincuenta mil hombres bajo su mano, con especialidad toda la caballeria, y al dia siguiente podia marchar adelante. Estrechóse á acelerar el movimiento al ejército de Portugal, á quien la necesidad de ocupar á Alba obligaba á desfilar hácia la izquierda para remontar el Tormes. A otro dia, que era el 14, estaba el tiempo horroroso, y como disgustada la fortuna de gentes, que tan mal sabian aprovecharse de sus favores no semejaba propicia á venir en su apoyo. Apenas se descubria por el frente á los enemigos: con todo, se les podia divisar por entre la niebla, desfilando de nuestra derecha á nuestra izquierda, para dejar á Salamanca y encaminarse á Ciudad Rodrigo. A la parte de Salamanca se oian muchas explosiones, demostrativas de la destruccion voluntaria de una porcion de municiones de los ingleses, y harto indicantes de un principio de retirada. José y Jourdan insistieron en que al menos se cayera con la caballeria sobre el ejército contrario, para quitarle alguna tropa. Circunspecto el mariscal Soult hasta el último grado, y alegando por excusa lo oscuro del tiempo, no quiso continuar el avance hasta que todo el ejército de Portugal se le incorporara, no hizo siquiera dar su caballeria, y cuando los ochenta y cinco mil franceses estuvieron juntos, ya halló á los ingleses fuera de alcance y en plena retirada por el camino de Ciudad Rodrigo.

Extremadas fueron en los tres ejércitos la confusion y la ira. Para excusar tan deplorable aborto, se idearon las razones del estado de la atmósfera y la lentitud del ejército de Portugal, que forzado á remontarse más arriba de Alba de Tormes,

no pudo llegar de ninguna manera mas de prisa. Uno ó dos dias mas siguióse á los ingleses, y por único resultado de esta formidable concentracion de fuerzas, se juntaron tres mil prisioneros, recogidos por los caminos á la cola de un contrario, reducido á marchar mas velozmente que de costumbre.

José tomó la vuelta de Madrid, y puso á sus tres ejércitos en cantones, al de Portugal en Castilla, al del centro en los alrededores de la capital española, al de Andalucía sobre el Tajo, entre Aranjuez y Talavera.

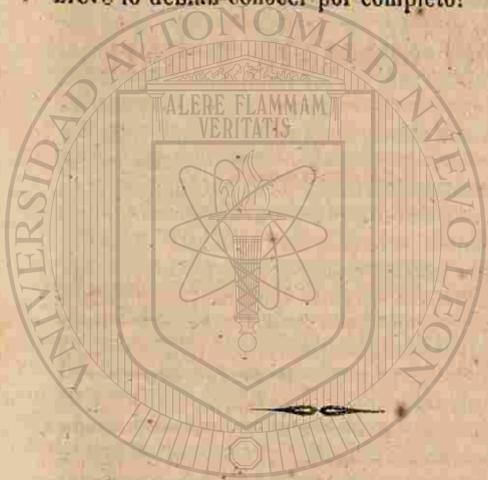
Tal fué en España esta triste campaña de 1812, que despues de comenzar con la perdida de las plazas de Ciudad Rodrigo y Badajoz dejadas imprudentemente al descubierto por nosotros, ya para tomar á Valencia, ya para encaminar parte de nuestras tropas hácia Rusia, se interrumpió un momento, tornó á ser proseguida, y señalóse por la pérdida de la batalla de Salamanca, de resultas del alejamiento de Napoleon, de la autoridad insuficiente de José, de la negativa de varios generales á aprontar socorros, de la lentitud de Jourdan, de la temeridad de Marmont; campaña que terminó por la salida de Madrid, por la evacuacion de Andalucía, por una reunion de fuerzas que, si bien tardia, pudiera hacer expiar á lord Wellington sus harto faciles victorias, si la condescendencia de José y de Jourdan, al discernir el buen partido que debia tomarse y no osar hacer que prevaleciese, no produjera la última desgracia de ver á un ejército de cuarenta mil ingleses escaparse de ochenta y cinco mil franceses, colocados sobre su linea de comunicaciones. Asi en este año de 1812,

los ingleses nos tomaron las dos plazas importantes de Ciudad Rodrigo y Badajoz, nos ganaron una batalla decisiva, nos quitaron á Madrid por un instante, nos obligaron á evacuar á Andalucía, nos desafiaron hasta Burgos, y volviendo sanos y salvos de tan atrevida punta, pusieron de manifiesto la debilidad de nuestra situación en España, debilidad debida á muchas causas deplorables, si bien referentes á una sola, al descuido de Napoleón, que grande como era, no poseía el don de ubicuidad, y no pudiendo mandar bien desde París, aun lo podía menos desde Moscov; que, resolviéndose al fin á fiar su autoridad á su hermano, no se la delegó plena por desconfianza, por prevención, por no se sabe qué enfado inoportuno. Querer emprenderlo todo a un tiempo, querer estar á la vez en todas partes, turbarse despues acerca de lo que se habia tenido que descuidar á la fuerza, tal habia sido, tal era aun el triste secreto de esta funesta guerra de España. ¡Tras del atentado con que se dió principio, nada peor se podía imaginar que la negligencia con que se estaba continuando!

Por lo demás, tantos sucesos á la par desastrosos en el Norte, fatales cuando menos en el Mediodía, debian producir y produjeron efectivamente una viva emocion en Europa. ¡Qué asombro y qué satisfacción entre los numerosos enemigos que nos habiamos conceitado en todas partes! A cierta especie de alegría delirante se entregaba Inglaterra, que, olvidando que su hueste habia tenido que salir de la capital española, solo pensaba en el honor de haber entrado, que despues de restituir al gobierno de Cadiz la ciudad de Sevilla, se lisonjeara de haber libertado casi á la Península de sus

invasores, que, tras de alentar mucho la resistencia del emperador Alejandro sin esperanza alguna, se hallaba poseida de asombro al saber que sobre el Niemen tornábamos vencidos. A pesar de toda la credulidad del odio, apenas osaba dar asenso á las noticias divulgadas por Europa, y publicando con las cien voces de sus periódicos nuestros infortunios, aun no los creía tan grandes como los suponía y los estaba propalando. Estupefacta Alemania del espectáculo que tenia ante los ojos, empezaba á creernos vencidos, aun no se atrevía á creernos arruinados, se abandonaba á la esperanza de que así fuera al ver desfilar uno tras otro á nuestros soldados extraviados, helados, hambrientos, siempre aguardaba á ver por fin asomar el esqueleto del grande ejército, y no viéndolo llegar nunca, empezaba á juzgar verdadero lo que publicaba el orgullo de los rusos, y que ni este esqueleto existía. Cada día de aquel triste mes de diciembre, sentía Alemania renacer en sus entrañas la esperanza, con la esperanza el valor, y con el valor una rabia furiosa. Fermentando estaban y aprestábanse á una sublevación general todas las sociedades secretas formadas en su seno. Pero aun fluctuaba entre la esperanza y el temor, no osaba abandonarse á todo el impetu de sus pasiones, y aguardaba los sucesos con curiosidad ardorosa. En medio de esta disposición de los ánimos se encaminaba Napoleón hácia París á las calladas, y allí le iban á acoger la criminal alegría de ciertos adversarios de su gobierno, el abatimiento de sus aduladores, el dolor no pensado de los hombres honrados, el dolor sin sorpresa de los hombres de luces. Y sin embargo, ni nuestros vencedores en

la exaltacion de su orgullo, ni nuestros enemigos en el arrebató de su odio, ni los buenos ciudadanos en la profundidad de su pena, podían llegar á imaginar toda la extension del daño. ¡Ah, qué en breve lo debían conocer por completo!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

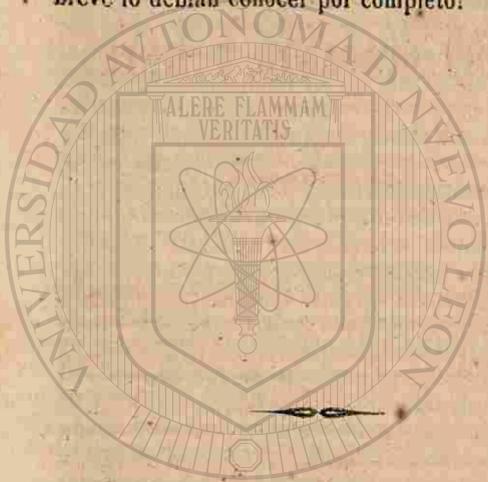
DIRECCIÓN GENERAL DE

## LIBRO CUARENTA Y SIETE.

### Las cohortes.

Rápido viage de Napoleon.—No se da á conocer mas que en Varsovia y en Dresde, y solo por los ministros de Francia.—Llegada súbita á Paris el 18 de diciembre á media noche.—Recepcion de los ministros y de los grandes dignatarios del Imperio al día siguiente.—Napoleon toma la aptitud de un soberano ofendido, que tiene que hacer cargos en lugar de merecerlos, y afecta atribuir á la conspiracion del general Malet una grande importancia.—Solemne recepcion del Senado y del Consejo de Estado.—Violenta invectiva contra la ideología.—A fin de atraer la atencion pública sobre el asunto de Malet y de apartarla de los sucesos de Rusia, es sometido al Consejo de Estado monsieur Froehot, prefecto del Sena, acusado de haber carecido de presencia de ánimo el día de la conjura.—Sale condenado este magistrado, y queda privado de sus funciones.—Bajo la impresion del peligro que corrió su dinastía, si llegaba á ser muerto, piensa Napoleon en instituir de antemano la regencia de Maria Luisa.—Al archicanciller Cambacères se le encarga preparar un senatus-consulta sobre esta materia.—Cuidados mas importantes que absorben á Napoleon.—Actividad y genio administrativo que acredita para reorganizar sus fuerzas militares.—Sus proyectos para levantar nuevas tropas y reorganizar los cuerpos casi enteramente destruidos en Rusia.—De las márgenes del Vistula recibe noticias que le desengañan sobre la situacion del grande ejército y le prueban que desde su partida el mal ha superado á todas las previsiones.—Alegria de los prusianos al adquirir cabal conocimiento de nuestros desastres.—A su alegria sucede una violencia de pasion inaudita contra nosotros.—Llegada del emperador Alejandro á Wilna, y su

la exaltacion de su orgullo, ni nuestros enemigos en el arrebató de su odio, ni los buenos ciudadanos en la profundidad de su pena, podían llegar á imaginar toda la extension del daño. ¡Ah, qué en breve lo debían conocer por completo!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DIRECCIÓN GENERAL DE

## LIBRO CUARENTA Y SIETE.

### Las cohortes.

Rápido viage de Napoleon.—No se da á conocer mas que en Varsovia y en Dresde, y solo por los ministros de Francia.—Llegada súbita á París el 18 de diciembre á media noche.—Recepcion de los ministros y de los grandes dignatarios del Imperio al día siguiente.—Napoleon toma la aptitud de un soberano ofendido, que tiene que hacer cargos en lugar de merecerlos, y afecta atribuir á la conspiracion del general Malet una grande importancia.—Solemne recepcion del Senado y del Consejo de Estado.—Violenta invectiva contra la ideología.—A fin de atraer la atencion pública sobre el asunto de Malet y de apartarla de los sucesos de Rusia, es sometido al Consejo de Estado monsieur Froehot, prefecto del Sena, acusado de haber carecido de presencia de ánimo el día de la conjura.—Sale condenado este magistrado, y queda privado de sus funciones.—Bajo la impresion del peligro que corrió su dinastía, si llegaba á ser muerto, piensa Napoleon en instituir de antemano la regencia de Maria Luisa.—Al archicanciller Cambacères se le encarga preparar un senatus-consulto sobre esta materia.—Cuidados mas importantes que absorben á Napoleon.—Actividad y genio administrativo que acredita para reorganizar sus fuerzas militares.—Sus proyectos para levantar nuevas tropas y reorganizar los cuerpos casi enteramente destruidos en Rusia.—De las márgenes del Vistula recibe noticias que le desengañan sobre la situacion del grande ejército y le prueban que desde su partida el mal ha superado á todas las previsiones.—Alegria de los prusianos al adquirir cabal conocimiento de nuestros desastres.—A su alegria sucede una violencia de pasion inaudita contra nosotros.—Llegada del emperador Alejandro á Wilna, y su

proyecto de presentarse como libertador de Alemania. — Activos manejos de los refugiados alemanes reunidos en torno de su persona. — Esfuerzos tentados cerca del general de York, caudillo del ejército auxiliar prusiano. — En retirada este cuerpo de Riga á Tilsit, abandona al mariscal Macdonald y se entrega á los rusos. — Peligros del mariscal Macdonald al quedar con algunos miles de polacos en medio de los ejércitos enemigos. — Sobre Tilsit y Labiau logra retirarse sano y salvo. — Evacua el cuartel general francés á Königsberg, y se repliega del Niemen al Vistula. — Macdonald y Ney, uno con la division polaca de Grandjean, otro con la division de Haudeflet, cubren como pueden esta evacuacion precipitada. — Oficiales, generales y cuadros varios corriendo sobre Danzick y Thorn. — No quedan en el cuartel general mas de nueve ó diez mil hombres de todas naciones y de todas armas para resistir á la persecucion de los rusos. — Desmoralizado Murat se retira á Posen, y acaba por abandonar al ejército, dejando el mando al príncipe Eugenio. — Efecto que la defeccion del general de York produce en toda Alemania. — Movimiento extraordinario de la opinion, apoyado por las sociedades secretas y voto unánime de juntarse á Rusia contra Francia. — Inmensa popularidad del emperador Alejandro. — Primeras impresiones del rey de Prusia, y su diligencia en desaprobando la conducta del general de York. — Su embarazo entre los compromisos contraidos respecto de Francia y la coaccion que sobre su ánimo ejerce la opinion pública de Alemania. — Se retira á Silesia y toma una especie de posicion intermedia, desde la cual propone á Napoleon ciertas condiciones. — Rechazo producido por el movimiento de los ánimos en Viena. — Situacion del emperador Francisco que ha casado con Napoleon á su hija, y de Mr. de Metternich que ha aconsejado este matrimonio. — Su recelo de ser engañados al adoptar demasiado tarde la política de alianza con Francia. — Deseo de modificar esta política y de mediar entre Francia y Rusia, á fin de venir á la paz y de aprovechar las circunstancias para establecer de una manera sólida la independencia de Alemania. — Prudentes consejos del emperador Francisco y de Mr. de Metternich á Napoleon, y oferta de la mediacion austriaca. — Como recibe Napoleon estas noticias que llegan á Paris una tras otra. — Nuevo desarrollo que da á sus planes con la reconstitucion de las fuerzas de Francia. — Empleo de las cohortes. — Alistamiento de quinientos mil hombres. — Napoleon convoca un consejo de negocios extrangeros, para someterle estas providencias y consultarle sobre la actitud que se debe tomar respecto de Europa. — Sin rechazar la paz, Napoleon quiere hablar y dejar que se hable de ella, aun cuando no concluíra hasta despues de alcanzar victorias que le restituyan la situacion que ha perdido. — Diversidad de opiniones que se suscitan en torno suyo. — Se declara la mayoría á favor de grandes armamentos y al mismo tiempo de inmediatas negociaciones por mediacion de Austria. — Napoleon, á quien conviene negociar mientras se apresta á combatir, acepta la mediacion de Aus-

tria, bien que indicando bases de pacificacion nada adecuadas á captarse la voluntad de esta potencia. — Respuesta poco alentadora dirigida á Prusia. — Inmensa actividad administrativa desplegada durante estas negociaciones. — Estado de la opinion pública en Francia. — Se deploran las faltas de Napoleon, pero prevalece el dictamen de hacer un vigoroso y último esfuerzo para repeler al enemigo y celebrar la paz de seguida. — A los alistamientos prescritos, se agregan donativos voluntarios. — Uso que hace Napoleon de los quinientos mil hombres puestos bajo su mano. — Reorganizacion de los cuerpos del antiguo ejército á las órdenes de los mariscales Davout y Victor. — Creacion, por medio de las cohortes y de los regimientos provisionales, de cuatro cuerpos nuevos, uno sobre el Elba á las órdenes del general Lauriston, dos junto al Rin á las de los mariscales Ney y Marmont, y otro en Italia á las del general Bertrand. — Reorganizacion de la artilleria y de la caballeria. — Medios rentísticos ideados para atender á tan vastos armamentos. — Mientras Napoleon se ocupa en estos preparativos, quiere hacer algo por atraer e los ánimos, y piensa terminar sus disputas con el papa. — Traslacion del Sumo Pontífice desde Savona á Fontainebleau. — Napoleon envia allí á los cardenales de Bayane y Maury, arzobispo el uno de Tours y obispo el otro de Nantes, para inducir á una transaccion á Pio VII. — De acuerdo ya Napoleon sobre la institucion canónica con el papa, se muestra éste propicio á aceptar un establecimiento en Aviñon, con tal de que no se le obligue á residir en Paris. — Cuando están próximos á entenderse, trasládase Napoleon á Fontainebleau, y con el ascendiente de su presencia y de sus entrevistas, decide al papa á firmar el concordato de Fontainebleau, que consagra el abandono de la potestad temporal por la Santa Sede. — Fiestas en Fontainebleau. — Gracias prodigadas al clero. — Llamamiento de los cardenales desterrados. — Vuelto los cardenales al lado del papa, le excitan á dolerse de lo que ha hecho, y le disponen á no ejecutar el concordato de Fontainebleau. — Napoleon fingió no echar de ver estas intrigas. — Satisfecho de lo que ha alcanzado convoca al Cuerpo legislativo y le anuncia sus resoluciones. — Curso de los sucesos en Alemania. — Entusiasmo creciente de los alemanes. — Dominado por sus súbditos el rey de Prusia, se muestra muy irritado de las negativas de Napoleon, y se aleja cada vez mas de nuestra alianza. — Aunque divididos los rusos acerca de la conveniencia militar de una marcha hácia adelante, se deciden á ella por el deseo de atraerse al rey de Prusia. — Se adelantan sobre el Oder, y obligan al príncipe Eugenio á evacuar sucesivamente á Posen y á Berlin. — Nuevo movimiento retrógrado de los ejércitos franceses, y su establecimiento definitivo sobre el Elba. — Separado el rey de Prusia de los franceses y rodeado de los rusos, se entrega á éstos y rompe su alianza con Francia. — Tratado de Kalisch. — Llegada de Alejandro á Breslau, y su entrevista con Federico Guillermo. — Efecto producido en Alemania por la defeccion del rey de Prusia. — Insurreccion de Hamburgo. — Semi-defeccion de la corte

de Sajonia y su retirada á Ratisbona.—Influencia de estas noticias en Viena.—Muy conmovió el pueblo austriaco empieza tambien á pedir la guerra contra Francia.—Firme la corte de Austria en su resolución de restablecer su situación y la de Alemania sin exponerle á la guerra, se esfuerza por resistir al empuje de los ánimos y por impulsar á una transacción á Francia.—Consejos de Mr. de Metternich.—Poco turbado Napoleón por tales sucesos, se aprovecha de la coyuntura para pedir mas soldados.—Su manera de contestar á las miras de Austria.—No haciendo caso alguno de los deseos de esta potencia, le propone destruir á Prusia, y apoderarse de sus despojos.—Elección de Mr. de Narbonne para reemplazar á Mr. Otto en Viena, y hacer tomar allí gusto á la política de Napoleón.—Antes de moverse este de París, se decide á confiar la regencia á María Luisa, y á delegarla el gobierno interior de Francia.—Sus entrevistas con el archicanciller sobre este asunto, y sus ideas acerca de su familia y del porvenir de su hijo.—Solemne ceremonia en que confiere á María Luisa el título de regente.—Antes de su salida tiene tiempo de ver al príncipe de Schwarzenberg, á cuyas comunicaciones apenas presta oídos.—Plena confianza de que se siente animado.—Pena de la emperatriz.—Partida para el ejército.

Mientras agitada la Europa á la vez por la esperanza, el temor y el ódio, discurría sobre el paradero de Napoleón, sobre si habia perecido ó se habia salvado, acompañado éste del duque de Vicencio, del gran mariscal Duroc, del conde Lobau, del general Lefebvre Desnouettes, cruzaba en un trineo las vastas llanuras de la Lithuania, de la Polonia, de la Sajonia, manteniéndose profundamente escondido bajo espesas pieles, pues pronunciado imprudentemente su nombre ó reconocido su rostro, se originara una trágica catástrofe al punto. El hombre que tanto habia excitado la admiración de los pueblos, que poco antes era objeto de su sumisión superciliosa, no se escapara á la sazon de su furia. Solo se dió á conocer en dos partes, en Varsovia y en Dresde. En Varsovia convenia aun dirigir una palabra á los polacos, para ar-

rancarles un supremo y último esfuerzo. Con su vestido de viage se trasladó el duque de Vicencio á casa del arzobispo de Malinas, que se hallaba por extremo alterado á causa de las noticias de Krasnoe y del Berezina, y poco apto para trasmitir á los polacos el valor que no sentia personalmente. Casi forzó las puertas del arzobispo, no queriendo darse á conocer á los criados de la embajada, se le apareció como una especie de espectro, y le llenó de sorpresa al nombrarse, diciéndole quien era, y llevándole á la modesta fonda, donde Napoleón se habia apeado secretamente. Mr. de Pradt corrió adonde Napoleón estaba, hallóle en un mal aposento, costándole trabajo conseguir que le encendieran lumbre, y disimulando bajo una alegría fingida los padecimientos de su orgullo. ¡Qué diferencia entre este momento y el de seis meses antes, cuando le daba en tono galano las mas extraordinarias instrucciones sobre la reconstitucion de la Polonia, y sobre el repartimiento del territorio europeo! Hallando Napoleón recursos en la fuerza de su voluntad para sobreponerse á situación semejante, afectó no experimentar conmocion, ni sorpresa, ni mudanza.—De lo sublime á lo ridiculo no hay mas que un paso, dijo al prelado embajador con sonrisa obligada, que probaba el exceso de su apuro, queriendo ocultarlo, al par que la energía de su carácter.—¿Quién no ha sufrido reveses? añadió de seguida. Verdad es que nadie los ha sufrido de tanta monta, pero debian ser proporcionados á mi fortuna, y además, serán reparados muy pronto.—Entonces ponderó su salud; su fuerza personal, dióse á repetir que estaba amoldado para las aventuras extraordinarias; que

el mundo trastornado era su elemento; que sabia vivir de esta suerte; que tenia medios de ordenarlo; que pronto se hallaria de vuelta sobre el Vistula con trescientos mil hombres y haria expiar á los rusos las victorias que no eran suyas, sino de la naturaleza. En todo esto, fácil era de ver que, si padecia, su prodigiosa inteligencia no se ballaba ni forzada, ni decaida. Hizo llamar á los principales ministros polacos, recomendándoles el mas absoluto secreto sobre su presencia en Varsovia, procuró alentar su ánimo abatido, les prometió no abandonar á la Polonia, tornar á aparecer muy pronto en su seno a la cabeza de un ejército poderoso, les afirmó que los rusos habian sido mas maltratados que los franceses; que no podrian reparar sus pérdidas, al par que él iba a reparar las suyas en un abrir y cerrar de ojos, y que la desproporcion fundamental entre el poderio de Francia y el de Rusia, se manifestaria al cabo de tres meses de una manera fulminante y adecuada á volver cada cosa á su puesto. Despues de intentar infundir alguna confianza á los ministros polacos, partió siempre de incógnito, y siempre corriendo sobre la nieve, llegó a Dresde, se apeó en casa de su ministro, Mr. de Serra, hizo llamar al pobre rey de Sajonia, aterrado de tan extraña mudanza de fortuna, le dijo que no habia por qué alarmarse de resultas de los últimos sucesos, no siendo mas que una de las movibles y variables apariencias que la guerra tomaba á veces; que dentro de algunas semanas volveria mas formidable que nunca, le conservaria aquella Polonia, quimera antigua y acariciada por los principes sajones, y dejó casi tranquilo á aquel hombre de bien

con corona, acostumbrado, no á comprenderle, sino á creerle. Recomendóle el secreto, de que todavía necesitaba por espacio de cuarenta y ocho horas, se tomó algunos instantes para escribir á su suegro, le anunció que regresaba sano y salvo, lleno de salud, de serenidad, de confianza; que las cosas habian pasado tal como constaba en su boletin 29.º; que iba á conducir á las márgenes del Vistula un ejército formidable; que siempre contaba con la alianza de Austria, con el pronto reclutamiento del cuerpo austriaco; y que deseaba que se le enviase á Paris un diplomático de nota, siendo necesaria la presencia del principe de Schwarzenberg en Galitzia, pues habia que tratar grandes negocios. Despues de probar á producir sobre su suegro con este escrito la impresion que procuraba excitar sobre todos aquellos á quienes encontraba, siguió para Weimar su camino. Ya por los puntos que iba á cruzar no le servia el trineo, por lo cual tomó el carruage de Mr. de Saint-Agnan, su ministro, y corrió hasta Paris en posta. Llegado al Rhin no tenia por qué ocultarse, pues si para Francia era un soberano absoluto, exigente y aun tirano, tambien era su caudillo, su defensor, y podia mostrarse con seguridad á ella. Para no sorprender demasiado, hizo que le precediera un oficial llevando algunas líneas que en el *Monitor* habian de ser publicadas. Estas líneas decian que el 5 de diciembre habia reunido á sus generales en Smorgoni, trasladado el mando al rey Murat solo mientras el frio paralizara las operaciones militares, cruzado á Varsovia y á Dresde, y que iba á llegar á Paris para poner la mano en los asuntos del Imperio.

Indispensable era dar esta noticia, pues si el boletín 29.º, por siempre famoso, dejaba entrever la verdad en parte, muy pronto debía ser cruelmente comentada por las correspondencias de los oficiales con sus familias, y se necesitaba obviar á este inconveniente, mostrando á Napoleon en la capital de Francia, medio único de mantener los ánimos en su estado ordinario de calma, de sumisión, de adhesión sincera ó fingida.

Muy de cerca siguió Napoleon al oficial encargado de anunciar su llegada. A las once y media de la noche del 18 de diciembre presentóse en las Tullerías, y fué á sorprender á su esposa, no entibiada de ningún modo por un cambio de situación semejante, bien que profundamente asombrada, pues, al unírsele en matrimonio, había creído casarse, no solo con un favorito de la fortuna, sino por decirlo así, con la fortuna misma, dispensando con mano inagotable todos los bienes de la tierra. Napoleon abrazó tiernamente á María Luisa; á su lado prosiguió la especie de comedia, que había representado con todos; y repitió que el frío solo el frío había causado tan tremenda desgracia, si bien la repararía sin duda, como se vería muy en breve. Así la tranquilizó lo mejor que pudo, sin revelarla en manera alguna los tormentos de su orgullo horriblemente maltratado.

A la mañana siguiente aguardaba á sus ministros y á los próceres de su corte. Penosa prueba era la primera entrevista con aquellos servidores tan sumisos, tan desdeñosamente tratados desde la cumbre de una prosperidad sin ejemplo; pero le quedaba un recurso facilitado por una casualidad triste, y de que le iba á proporcionar hacer

ámplio uso la bajeza de los mas de aquellos cortesanos, y era la conspiración de Malet. Singularmente fueron cogidos de sorpresa por este conspirador atrevido, hasta el punto de haberse dejado aprisionar muchos funcionarios, y con especialidad el ingenioso é intrépido ministro de Policía, duque de Rovigo: después se denunciaron unos á otros é hicieron fusilar á una docena de infelices, no habiendo mas que un culpable, sin estar muy seguros de haberse grangeado así la indulgencia de su ausente soberano. Por tanto se manifestaban inquietos sobre el modo con que serían recibidos, con menospreciativa compasión miraban al infeliz ministro de Policía, reputado como el mas condenable y el mas reo de todos; y no pensando apenas en los quinientos mil hombres que habían perdido, ni en la cambiada fortuna de Francia, solamente les ocupaba la idea de cómo serían tratados; de suerte que Napoleon, que hubiera tenido que dar tan deplorables cuentas, se presentaba por el contrario cual si no tuviera mas que pedir las. Sobremanera cómoda le fué esta servidumbre retratada en casi todos los rostros. Con extremada altivez recibió á los personajes de su corte y de su gobierno, conservando una actitud tranquila, si bien severa, en ademán de pedir explicaciones en vez de darlas, tratando los negocios de fuera como los de menos importancia, los de dentro como los mas graves, queriendo que sobre estos últimos se le dieran luces, é interrogando en suma para no ser interrogado. Indudablemente, decía mirando ora á unos, ora á otros, había habido mal y mucho en esta campaña: el ejército francés había sufrido, aunque no tanto como el ejército ruso. Azares eran

estos comunes de la guerra, no habia por qué movieran á asombro, y antes bien daban ocasion á que los hombres de buen temple acreditaran brillantemente la energia de su alma. Con este motivo dividia los hombres en dos clases, la de los que están al nivel de las pruebas ordinarias, y la de los que son superiores á todas las pruebas, cualesquiera que fuesen; afectaba no profesar estimacion mas que á estos: hacia un merecidísimo elogio del mariscal Ney, de manera, sin embargo, que parecia no tener que decir nada de los sucesos de esta guerra, ni con relacion á sí propio, nada, sino respecto de los hombres que no tenían el valor ni la salud del mariscal Ney. Descuidando despues como accesorio la expedicion de Rusia, preguntaba ¿cómo se habian podido dejar coger de improviso, cómo sobre todo, aun creyéndole muerto, no habian corrido allado de la emperatriz, al lado del rey de Roma, legítimos soberanos despues de su fallecimiento, y cómo habian podido suponer, tan fácilmente abolido el orden de cosas?—

A estas preguntas fundadas, si bien imprudentes, pues la verdad es que todos habian considerado su muerte como la mas natural noticia, y la caída de su trono despues de su muerte como la mas natural revolucion; á estas preguntas no sabia qué responder nadie, y cada cual procuraba salir del apuro con bajar la cabeza, aparentando reconocer que habia allí algo inexplicable. Nadie se atrevió á darle la respuesta verdadera, esto es, que su imperio no estaba cimentado; que sin duda con prudencia extremada le pudiera dar una apariencia de estabilidad que rara vez tienen las nuevas fundaciones; pero que, segun su manera de con-

ducirse, se daba por supuesto que su imperio duraría cabalmente lo que su vida, y que, si continuaba el mismo rumbo, hasta se dudaria de esto muy pronto; que por tanto no habia que maravillarse de que un osado, divulgando su muerte de un tiro y la destruccion de su gobierno, hubiese hallado en todas partes á gentes prontas á creerle y obedecerle. Esto se le debiera decir á las claras, y no se le dijo por no osarlo, y tambien por no comprenderlo. Pero insistiendo Napoleon y haciendo que se fijaran los espíritus por largo tiempo en este punto, cometia una falta, pues, si no inducia á nadie á decirlo, obligándoles á reflexionarlo, les excitaba á que lo pensarán así todos.

A estas apremiantes preguntas se contestaba señalando con los ojos al ministro de Policia, á quien parecia designarse como el verdadero delincuente, como el que lo debia expiar todo, y no solamente la conspiracion de Malet, sino tambien quizá la expedicion á Rusia. Allí estaba el duque de Rovigo aquella mañana en un aislamiento absoluto, no atreviéndose á hablarle nadie, conceptuándole todos próximo á una ruidosa desgracia. Pero despues de una recepcion general y de aparato, Napoleon habló en particular á cada uno. Al duque de Rovigo escuchó especialmente y largo rato, porque profesaba cierta especie de estimacion á su sinceridad, á su valor y á su talento. Audaz y familiar el duque de Rovigo, tenia algo de aquellos criados atrevidos, acostumbrados á no temer á un amo mas regañon que malo, y prontos siempre que la ocasion se ofrece á hacerle oír lo que no le gusta y es útil que sepa. Maltratadísimo por las comunicaciones malévolas del ministro de

la Guerra Clarke, quien, de miedo que se le culpara de una conspiracion en que figuraban muchos militares, lo habia cargado todo sobre la policia, teniendo ademas el desagradable incidente de su envio á la Consergeria en contra, no se turbó lo mas leve, y entrando en pormenores hizo comprender al emperador cómo habiendose fraguado todo en la cabeza de un audaz maniaco, que á nadie habia revelado su secreto, no lo pudo penetrar la policia: como usando este hombre de la muy admisible noticia de la muerte de Napoleon de resultas de un tiro, habia hallado una credulidad general, cambiada al punto en complicidad involuntaria: cómo oficiales inocentes, no suponiendo que hasta tal extremo se les indujera á engaño, habian hecho cooperar sus tropas á tan verosimil impostura, figurando como criminales sin saberlo: cómo finalmente, los que se habian empeñado en hacer que se creyera en una conspiracion vasta, para disculpar á la policia, habian inmolado á una docena de victimas inútilmente. Esta explicacion, que era la verdad exacta, excusaba mucho al duque de Rovigo, aunque de ningun modo le salvaba de la carcajada general que, al recordar su arresto, estallaba aun de cotidiano, porque la risa no reflexiona como la ira; pero le justificaba á los ojos de un soberano siempre justo respecto del superior talento, cuando por cólera ó por cálculo no degeneraba en injusto. Una grande acusacion resultaba contra los que habian mandado fusilar á doce infelices, de los cuales solo tres eran delincuentes, y aun, á decir verdad, uno solo, pues, habiendo creido los generales Lahorie y Guidal la noticia de la muerte de Napoleon, se

les podia considerar como obrando bajo el influjo de un error involuntario. Tal era el modo de pensar de Napoleon en Esmolensko, y fué lo todavia mas despues de oir al duque de Rovigo; mas no debia censurar á sus ministros y á sus grandes dignatarios por exceso de celo en ocurrencia semejante; y así se guardó muy bien de dirigirles cargo alguno. Convino con el duque de Rovigo en que solo él habia visto claro en este negocio, sin embargo añadió que ante un público burlo era una circunstancia importuna su arresto; por lo demás aseguróle de que no daria la razon á aquel público haciéndole caer en desgracia; y despues de terminada esta audiencia, asombró á todo el mundo con muestras muy visibles de favor respecto del duque de Rovigo, procurando de algun modo realzar á un ministro de difícil reemplazo ante sus ojos, y á quien no reemplazara con monsieur Fouché de seguro, en momentos en que la fidelidad iba á ser una de las cualidades más preciosas.

Quedando solo con Mr. de Cambacéres, y experimentando delante de este confidente de tan superior buen seso un embarazo que no sentia delante de otro alguno, preguntóle qué habia pensado sobre aquel extraño desastre de Rusia, y si le habia sorprendido mucho. El archicanciller confesó que le produjo sorpresa extremada; y efectivamente, aunque de muy atrás comenzara á creer que tantas guerras tendrian un funesto desenlace, y aunque muy tímidamente probara á indicárselo á Napoleon á veces, nunca su prevision habia llegado á concebir una catástrofe tan enorme. Napoleon atribuyó todo á los elementos, á un frio re-

pentino y extraordinario que le habia asaltado antes de tiempo, como si este accidente no debiera de ser previsto por un genio tal como el suyo, y como si, aun antes de este frio, no hallara su empresa dificultades insuperables en las distancias. Tambien achacó parte de esta trágica aventura á la bárbara demencia de Alejandro, quien, incendiando sus ciudades, se habia hecho mas daño que el que se queria hacerle; pues, segun Napoleon decia, no se pensaba en imponerle mas que condiciones de paz muy aceptables; como si Alejandro hubiera debido proporcionar la guerra á los cálculos de su adversario, hacerla fácil para que se le pudiera batir sin mucho esfuerzo, como si finalmente, habiendo derrocado con este sacrificio al gigante que dominaba la Europa, y ocupado su puesto, aunque realmente sin adquirir su gloria, hubiera de deplorar el incendio de algunas ciudades, y aun el de una capital de su imperio. Estas eran débiles excusas por Napoleon ideadas; pero, no pudiendo guardar silencio sobre el desastre de Rusia con un personaje como el archicanciller Cambacères, exponia estas miserias, cuyo valor se le alcanzaba á un hombre que lo sabia de igual modo. Dicho esto, dió Napoleon muy expresivas gracias al principe Cambacères por el celo que habia acreditado, y lejos de reconvenirle, como á magistrado ordinariamente cuerdo y humano, por la muerte inútil de tantas victimas, volvió al asunto de que se proponia hacer el gran acontecimiento del dia, á la conspiracion de Malet. Le repitió el tema, que de su boca habia de pasar á la de todos los funcionarios del Estado, que se necesitaba no solo de soldados valerosos, sino de magistrados

firmes, capaces de morir en defensa del trono como los soldados en defensa de la patria. Despues habló de los peligros personales que habia corrido, y de los que aun tendria que arrostrar para restablecer sus negocios, de la necesidad que habia de asegurar la transmision de su corona á su hijo en el caso de que llegara á perder la existencia, de los medios que habia de lograrlo, de la ventaja de coronar anticipadamente al presunto heredero, lo cual habia acontecido á menudo en el imperio de Occidente, y por último, de un gran espectáculo que habria que dar para herir las imaginaciones y hacer oír el lenguaje del deber á los magistrados civiles.

Estas consideraciones eran una amenaza para un magistrado integro y honrado, que por desgracia habia suministrado ámplio asunto á la maledicencia con su conducta durante el corto éxito de la conspiracion de Malet. Llegando del campo monsieur Frochet, prefecto del Sena, en el momento en que se posesionaban del *Hotel de Ville* los conspiradores, creyendo lo que decian, y no imaginando ni por un instante que pretendieran inducirle á engaño, habia obedecido lisa y llanamente el supuesto decreto del Senado, y mandado disponer el salon principal del *Hotel de Ville* para recibir al nuevo gobierno. Sin duda habia en esto una credulidad que daba que reir no menos que la prision del duque de Rovigo; pero que se explicaba como todo este asunto por la poca solidez de la fundacion imperial, y que, lo repetimos, conviniera olvidar en vez de forzar al público á ocuparse de ella. Por el contrario, Napoleon, aun cuando estimara á Mr. Frochet y no le moviera ningun senti-

miento de malevolencia hácia su persona, resolvió hacerle servir para el espectáculo que preparaba, y sobre el cual pretendía atraer la atención pública para estorbarla que se fijase en los acontecimientos de Rusia. Decidió que Mr. Frochot fuera sometido al consejo de Estado, y que todas las grandes corporaciones se presentaran en las Tullerías para dirigirle discursos solemnes, ora sobre su regreso, ora sobre los sucesos del instante. Esta costumbre, tan frecuente luego, no se hallaba establecida entonces. Los días de gran fiesta, se pasaba por delante de Napoleon, y se le dirigian algunas palabras no escritas, á las cuales contestaba del mismo modo, siendo de esta suerte simples visitas y no solemnidades. Advertido el archicanciller Cambacères, indicó á los gefes de todas las corporaciones la sustancia de sus discursos, y el domingo 20 de diciembre, á los dos días de su llegada, recibió Napoleon al Senado, al Consejo de Estado y á las grandes administraciones.

Mr. de Lacedéde, presidente del Senado, fué quien usó la palabra en nombre de este cuerpo. Era uno de aquellos sábios que de buen grado ponen la ejercitada pluma al servicio de un poder ámpliamente remunerador. Suministrando el príncipe Cambacères lo sustancial de las ideas, sabía revestirlas harto pronto con los afectados colores, de que habia aprendido á servirse en la escuela de los mediocres imitadores de Buffon. Empezó por felicitar á Napoleon de resultas de su feliz vuelta y por felicitar asimismo á Francia, pues era una desgracia nacional toda ausencia del emperador, como que amenguaba la influencia benéfica de su genio. Despues vino al asunto del día, no á la

campana de Rusia, sino á la conspiracion de Malet. Hombres, decia, á los cuales la clemencia del emperador habia perdonado sus pasados delitos, habian querido arrojar á la Francia en la anarquía, de que su genio tutelar la habia sacado; pero el desman habia sido corto, el castigo inmediato, y advertida Francia por esta tentativa loca, habia conocido nuevamente lo mucho que era deudora á la dinastía napoleoniana, le habia prometido una fidelidad invariable, y el Senado, instituido para conservarla, estaba resuelto á morir por ella.—

Por este lenguaje se conoce que no son nuevas las vaciedades que hemos oido tantas veces, y de las cuales no hay que hacer gran caso. Pero merecia atención suma un pasage de este discurso.—«En los principios de nuestras dinastías antiguas, añadía el presidente del Senado, vióse mas de una vez al monarca ordenar que un solemne juramento ligara de antemano á los franceses de todas las clases al heredero del trono; y en ocasiones euando la edad del jóven príncipe lo permitia, se le puso en la cabeza una corona, como prenda de su autoridad futura, y simbolo de la perpetuidad del gobierno»

Evidentemente habia una inspiracion superior en estas palabras, y era la primera indicacion del proyecto de que acabamos de dar noticia, el cual consistia en preparar de antemano, para el caso de una muerte repentina, la trasmision de la corona imperial al hijo de Napoleon. Terminaba el discurso del Senado con algunas palabras sobre la expedicion de Rusia, sobre los elementos, único origen de nuestras desdichas, sobre la barbarie de los rusos, que, en vez de entregarnos sus ciudades, las

habían quemado, sobre el sentimiento del emperador Napoleón, que no hubiera querido una guerra hecha de este modo, que no deseaba mas que una avenencia equitativa, y finalmente, sobre el denuedo de los franceses, prontos siempre á agruparse en rededor de las banderas, para conquistar á su emperador una paz gloriosa.

Sentado Napoleón sobre su trono, respondió con algunas palabras, que, aun cuando vaciadas en la misma turquesa que había suministrado, tenían otro carácter que las de sus tristes adula-  
dores.

—Muy en el corazón tenía la gloria y la grandeza de Francia, según decía; pero pensaba ante todo en asegurar su reposo y su felicidad interiores. Salvarla de los destrozos de la anarquía había sido y sería el objeto constante de sus esfuerzos; y así pedía al cielo magistrados animosos, no menos que heroicos soldados. Muerte la mas bella sería la de un soldado cayendo en el campo del honor, añadía, sino fuera aun mas gloriosa la de un magistrado, pereciendo en defensa del soberano, del trono y las leyes. Por grito de union tenían nuestros padres:—*¡El rey ha muerto, viva el rey!* Estas pocas palabras contienen las principales ventajas de la monarquía.... Aludiendo al voto expresado por el Senado, decía Napoleón lo siguiente: Creo haber estudiado el espíritu manifestado por mis pueblos en los diferentes siglos: he reflexionado en lo hecho durante las diversas épocas de nuestra historia, y lo seguiré meditando....

En cuanto á la expedición de Rusia, visiblemente el designio, muy sensato sin duda, de la respuesta imperial, fué no envenenar la querrela

con el emperador Alejandro.—Una guerra política, añadió Napoleón, es la que sostengo. Sin animosidad emprendila, y hubiera deseado ahorrar á Rusia los males que se ha hecho á sí propia. Parte de su población hubiera podido armar en su contra, proclamando la libertad de la de los campos... me lo han pedido gran número de aldeas; pero me he negado á una providencia que arrastrara á la muerte á miles de familias..... Mi ejército ha padecido, pero el rigor de las estaciones, etc... Dando despues gracias al Senado con bastante altivez, recibió Napoleón al Consejo de Estado. Este cuerpo no podía hacer mas que repetir las palabras prescriptas para la ceremonia, y no merecieran ser aqui reproducidas, á no ser por la respuesta de Napoleón. Tras de recalcar de la manera convenida lo de que algunos malvados habían querido sumergir á Francia en la anarquía; lo de que al crimen había seguido al punto un justo castigo; lo de que Francia en tal coyuntura había sentido duplicado su amor á la dinastía, á que debía tanta gloria y ventura; y lo de que, si llegase el caso, correría en masa á los pies del heredero del trono, para hacerle subir allí y sostenerle; tras de estas vulgares declaraciones, hablando el Consejo de Estado mas de la guerra que el Senado, pretendía descubrir en los últimos infortunios algo que le arrebatara de satisfacción y de asombro, y era el desarrollo prodigioso de un carácter augusto, que nunca había parecido mas grande que entre tamaños tropiezos, por los cuales semejaba que la fortuna hubiese querido probarle que podía ser inconstante.... Pero esta era una prueba pasajera: Francia se iba á agrupar alrededor de las bande-

ras en masa, el extranjero iba á contar sus fuerzas y las nuestras, y se iba á seguir una paz gloriosa.... Solo su admiracion, su amor, su fidelidad tenia que ofrecer el Consejo de Estado al emperador en cambio de todos los beneficios de que colmaba á Francia; pero Napoleon en su bondad se dignaria admitirlos, etc.—

Despues de la muchedumbre sublevada, ultrajando á principes vencidos, nada hay mas triste de ver que estas grandes corporaciones prosternadas á las plantas del poder, admirándole con una admiracion creciente al par de sus faltas, hablándole con calor de su fidelidad, ya próxima á desvanecerse, y jurándole en fin morir por su causa en visperas del dia en que han de ir á felicitar á otro poder por su advenimiento. ¡Dichosos los paises sólidamente constituidos y libres por tanto de espectáculos tan despreciables!

Por célebre es considerada la respuesta de Napoleon. Baja no podia serlo, mas se resentia de tan poco sensata como cuanto acababa de oirse. Conmovido decia que estaba por los sentimientos del Consejo de Estado. Si Francia manifestaba tanto amor á su hijo (asercion singular ante los esfuerzos que se hacian para obligar á aquella Francia á pensar en el heredero presunto) era por el convencimiento del beneficio de la monarquía... Despues añadia Napoleon estas palabras famosas.—A la *ideologia*, á esa metafisica tenebrosa, que, investigando sutilmente las primeras causas, quiere fundar sobre bases la legislacion de los pueblos, á la ideologia hay que atribuir todas las desventuras de Francia..... Ella fué la que trajo el régimen de los hombres de sangre, la que proclamó el

principio de insurreccion como un deber, la que aduló al pueblo, llamándole á una soberania, que era incapaz de ejercitar, la que destruyó la santidad y el respeto de las leyes, haciéndolas depender no de los sagrados principios de la justicia, sino solo de la voluntad de una asamblea compuesta de hombres ajenos al conocimiento de las leyes civiles, criminales administrativas, políticas y militares.... Cuando uno es llamado á regenerar un Estado, seguia Napoleon añadiendo, conviene seguir principios opuestos del todo.... y que siempre debe tener el Consejo de Estado á la vista.... A ello debe agregar un valor á toda prueba, y estar pronto á perecer á ejemplo de los presidentes Harlay y Molé en defensa del soberano, del trono y las leyes.—

¡Qué espectáculo el de esta cólera contra la filosofía, qué espectáculo dado á la nacion mas inteligente de Europa! ¡Cómo, se habia ido á comprometer locamente el ejército francés en Rusia, con el ejército francés el trono imperial, y lo que era peor, la grandeza de Francia, se habia engañado gravemente sobre la necesidad de esta guerra y sobre los medios de sustentarla, se tornaba vencido, humillado, y la filosofía tenia la culpa! ¿Era tambien la filosofía la que entonces tenia cautivo al infortunado Pio VII en Savona, y cotidianamente sumergia en los calabozos á centenares de sacerdotes? ¡Y un hombre de prodigioso talento osaba decir tales cosas á la faz de Francia y del mundo, y ante sucesos los mas propios á confundirle! ¡Tal es el efecto de las faltas, y sobre todo de las enormes! Aparte de todo el mal que traen consigo, ofrecen el resultado de hacer perder el seso al que

las ha cometido, hasta el extremo de que en la agitacion que dan por producto, aun el genio parece un niño montando en ira. Achaca las faltas á aquellos á quienes menos pueden ser imputadas y que á menudo sufren mas de resultas.

Pero no era formal nada de esto, sino vano ruido, para cubrir, si era posible, el ruido inmenso de la catástrofe de Rusia; era la inmolacion preparada de un magistrado honrado, mas sorprendido que débil, y cuyo sacrificio estaba destinado á distraer la atencion pública de otros acontecimientos mas graves. Con efecto, el Consejo de Estado fué convocado al dia siguiente de estas solemnidades pueriles, y encargado de examinar la conducta de Mr. Frochot. No podia ser dudoso el fallo, pues, fuera de la señal dada de arriba, había que dirigir á Mr. Frochot un cargo merecido, y era el de haberse atemperado tan fácilmente á una orden extraña. Fallando una tras otra las diversas secciones del Consejo de Estado, con fastidiosa monotonía de lenguaje y de ideas, todos declararon á Mr. Frochot convicto, no de traicion, pues se apresuraban á afirmar que era incapaz de ella, sino de falta de presencia de ánimo, y suplicóse á Napoleon que le privara de sus funciones. Sin duda se debía obrar de esta suerte, para escarmiento cuando menos, pues Mr. Frochot estuvo mal inspirado aquel dia; pero el gobierno en cualesquiera otras circunstancias, sin consultar al Consejo de Estado, dictara la destitucion por autoridad propia, no añadiendo la humillacion de un juicio solemne. Esta justicia fuera exenta de crueldad y muy bastante. Napoleon sintió mucho la crueldad esta; pero necesitaba ocupar los ojos de

la muchedumbre, y pintarle con muy resaltantes colores sobre un tosco lienzo á un magistrado débil, para que no viese á un Faraon insensato perdiendo su ejército y su corona en medio de los hielos de Rusia.

Dejemos estas tristes escenas, destinadas por Napoleon á apartar de sí miradas importunas, y sigámosle en otras ocupaciones mas dignas de su genio y mas propias á reparar sus faltas. Necesitaba recomponer su ejército destruido, consolidar su poder trastornado, y en esta ocasion iban sus grandes facultades á hallar un enérgico empleo y á despedir un último y prodigioso brillo. ¿Le salvarian despues de comprometerle por su mismo exceso? Era poco probable, si bien posible, con tal de que una inconsecuencia venturosa llegara á detenerle al mismo borde del abismo. Esta debia ser la última fase de su existencia, y sin duda una de las mas extraordinarias.

Mientras parecia ocupado en las cosas de que acabamos de dar noticia, realmente se ocupaba sin tregua en un trabajo mas noble, y nunca se habia mostrado administrador mas inteligente, mas creador y sobre todo mas activo. Por grande que hubiera juzgado el daño, no habia descubierto mas que parte al abandonar al ejército en Smorgoni. Muchos soldados y oficiales, muchos hombres y material creia haber perdido; pero á todas estas pérdidas hallaba remedio. De cinco batallones de guerra por regimiento, suponía que, verificada la reunion del ejército, se podrian formar tres, y que bastaria enviar á Francia dos de los cinco cuadros para llenarlos con conscriptos ya sorteados. Suponia que, si habia perdido casi toda su caballe-

ría, le debían quedar á pie veinte y cinco ó treinta mil ginetes probados que seria fácil montar comprando caballos en Polonia, en Alemania, en Francia, lo cual habia ya mandado, y que despues suministrarían los depósitos con qué completar en ginetes instruidos esta caballería remontada. Sabia que de su artillería habia perdido muchos hombres, y sobre todo su material casi por completo; pero sabia tambien que, perfectamente provistos los arsenales de Francia, podían lanzar por todos los caminos del Rhin y del Vistula mil cañones sobre cureñas nuevas. Francia proporcionaría con qué llevarlos, gracias á los excelentes caballos de tiro de que tenia tan grande abundancia. De esta suerte, si Napoleon habia padecido por efecto de su política desordenada, tambien recogia el fruto de su rara prevision en muchas cosas, porque, justa respecto de cada cual la Providencia, le paga siempre con el resultado. Antes de marchar sobre Moscou habia prescripto el sorteo de la conscripción de 1813, y connotable exactitud ingresaban los reclutas en los cuadros por octubre, y se llenaban los depósitos con ciento cuarenta mil hombres que ya tenían de instruccion tres meses, y estaban en aptitud de llenar los cuadros que entrarán en Francia. De un año atrás habia formado Napoleon cien cohortes de guardias nacionales, que, sacados en virtud de la institucion que abrazaba á todos los ciudadanos útiles, de las clases mas vigorosas de la población, presentaban cien hermosos batallones de hombres hechos y ya disciplinados. Verdad es que su institucion no les obligaba á servir fuera de las fronteras. Pero, haciendo solicitar el honor de reunirse al grande

ejército á algunos de estos batallones, sancionando este deseo con una resolucion del Senado, iba á añadirle cien mil hombres de veinte y dos á veinte y siete años, dotados de una fuerza fisica de qué carecian los individuos suministrados por el sorteo. Ya habia doscientos cuarenta mil hombres preparados del todo, y que podían encaminarse al Rhin dentro de un mes, dentro de dos al Oder, y dentro de tres al Vistula. Si, poniéndose en lo peor (como Napoleon creia hacerlo ahora), le quedaban ciento cincuenta mil franceses y cincuenta mil aliados de los seiscientos mil hombres del grande ejército, iba á tener aun cuatrocientos cincuenta mil en linea, y quinientos mil contados los contingentes debidos por los aliados, fuerza muy suficiente para abrumar á los rusos, casi tan maltratados como nosotros por el invierno y menos en estado de reparar sus pérdidas. Mientras pasaban los tres meses que exigían tales aprestos, gracias á la prevision de Napoleon igualmente, en los mismos lugares habia preparados recursos abundantes y capaces ahora de detener junto al Niemen al enemigo. Segun dijimos en lugar oportuno, al marchar de Esmolensko á Moscou, tuvo cuidado de hacer ir de Verona un hermoso cuerpo de quince ó diez y ocho mil hombres, sacados de los antiguos regimientos del ejército de Italia, y que antes de la mala estacion habian cruzado los Alpes. Este ejército se hallaba en Berlin á las órdenes del general Grenier, y perfectamente compuesto de todas armas. Además, Napoleon habia formado á las órdenes del mariscal Augereau otro cuerpo, el 41.º, encargado de custodiar la linea del Elba. De este cuerpo fué enviada la division de Durutte al ge-

neral Reynier sobre el Bug, y la mitad habia perecido: otra, á las órdenes del general Loison, fué enviada al encuentro del grande ejército á Wilna, y subsistia toda entera cuando Napoleon salió de Smorgoni. Dos mas quedaban intactas, la del general Heudelet y la de Lagrange, ya llegadas á Danzick. Juntas unas y otras á las fuerzas procedentes de Italia, presentaban por lo menos un total de cuarenta y cinco mil hombres enteramente frescos, y sobre los cuales se podia apoyar el ejército en retirada. Cuando Napoleon dejó á Smorgoni, contaba la Guardia todavía siete ú ocho mil hombres, no estaba destruido el cuerpo de Victor, ni comprometida la division de Loison, y volvian de Moscou unos cuarenta mil hombres, cuyo número se debia aumentar cotidianamente con la reunion de los soldados desbandados. Además, se hallaba el cuerpo de Macdonald á la izquierda, fuerte con siete ú ocho mil polacos y quince mil prusianos, todos los cuales habian servido bien y padecido poco: á la izquierda y á las órdenes del general Reynier se encontraban quince mil sajones y franceses, y á las de Schwarzenberg veinte y cinco mil austriacos, cuyos servicios tambien habian sido buenos, á pesar de la timidez de sus gefes. Finalmente, existia el cuerpo de Poniatowski, enviado muy temprano á rehacerse á sus cantones, y Mr. de Bassano, encargado á su regreso de Wilna de pasar á Varsovia y despues á Berlin, aseguraba que Polonia se iba á levantar en masa; que Prusia juraba permanecer fiel y hasta se inclinaba á aumentar su contingente, mediante algunos subsidios en dinero; que el príncipe de Schwarzenberg escribia cartas propias de un militar lleno de ho-

nor, y que tanto éste como todos los austriacos que habia visto, al formar votos porque la paz se hiciera en breve, ofrecian perfecta fidelidad á la alianza. Suponiendo, pues, que no retornasen á Wilna mas que cuarenta mil hombres de los que habian penetrado en el seno de Rusia, agregándoles los cuarenta y cinco mil hombres frescos, que á las órdenes de Augereau y Grenier guardaban el Elba, los veinte mil que á las de Macdonald tornaban de Riga, los cuarenta mil que á las de Reynier y Schwarzenberg regresaban de las inmediaciones de Minsk, se podia lisongear de reunir ciento cincuenta mil hombres por lo menos, que ascenderian á doscientos mil pronto por virtud del ingreso sucesivo de los rezagados y de oponerlos ventajosamente á los rusos, que de positivo no habian salvado mas de ciento cincuenta mil hombres de los rigores del invierno. Añadiendo á estos doscientos mil los doscientos cuarenta mil que debian ir de los depósitos del Rhin á la vuelta de dos ó tres meses, y además los nuevos contingentes, que á vista del peligro no dejaria de aprontar Francia, se fundaba Napoleon al creer que retendria á los prusianos y á los austriacos en su alianza; que arrollaria á los rusos mas allá del Niemen; que llegaria á recuperar la paz continental sin sacrificios harto grandes, y á completarla con la paz marítima acaso.

Estas esperanzas sostuvieron durante los primeros dias el ardimiento de Napoleon en el trabajo. Pero este era el cuadro de las cosas tal como al separarse de su ejército podia trazarlo. Por desgracia todo habia cambiado militar y políticamente del 5 de diciembre á principios de enero en el

Norte. Con efecto, por tan rápida pendiente habia precipitado Napoleon su fortuna, que cada vez que fijaba los ojos, la hallaba espantosamente descendida hacia el abismo.

Segun hemos expuesto anteriormente, desde su partida habia caido el ejército en una disolucion horrorosa. Desaparecido habia toda disciplina por consecuencia del frio llegado á una intensidad extraordinaria, y por falta de autoridad que inspirase respeto: entregado cada cual á su desesperacion personal, se escapó como pudo, y aquel puñado de hombres, ya muy reducido al forzar el paso del Berezina, dispersóse por completo. El cuerpo del mariscal Victor, que aun tenia siete ú ocho mil combatientes el dia de su heroica defensa de los puentes, se deshizo durante dos dias en que tuvo á su cargo el servicio de la retaguardia. La division de Loison, compuesta de diez mil hombres, jóvenes sin duda, pero bien organizados, se descompuso del todo por dejar á Wilna y querer ir al encuentro del grande ejército. Del frio murieron la mitad de ellos, y los demás se desparataron de modo que apenas quedaban dos mil hombres en las filas. Lo propio habia acontecido á los destacamentos que formaban la guarnicion de Wilna. De la suerte comun participaron los cuatro ó cinco mil bávaros del general de Wrede, que se mantuvieron á la izquierda de Wilna, despues de la evacuacion de Polotsk. Habiendo permanecido en las cercanias de Minsk los sajones de Reynier y los austriacos de Schwarzenberg por falta de órdenes expresas, Wilna quedó al descubierto, fué necesario evacuarla desordenadamente, sin tener siquiera tiempo de tomar el vestuario y los víveres

almacenados en esta ciudad con abundancia. No siendo Murat obedecido, ni capaz de mando, escapóse de Wilna á media noche, y se perdió el tesoro del ejército á la falda de la montaña que á la salida de esta ciudad se encuentra. Juntando un mariscal algunos oficiales y unos mil soldados en Kowno, ordenó á Ney y á Gerard disputar el Niemen un instante; pero estos dos hombres heroicos se vieron obligados á refugiarse en Koenigsberg, despues de quedar casi solos.

Tales eran los hechos acontecidos tras la partida de Napoleon y de que ya hemos dado cuenta, hechos desastrosos, debidos á las distancias, al frio, á la miseria, á la destruccion de toda autoridad, y sobre todo á aquella dispersion contagiosa, que, habiendo empezado por los ginetes desmontados, por los infantes sin fusiles, aumentóse sin cesar todos los dias, y acabó por cierta especie de enfermedad pestilencial, de la cual todo cuerpo enviado en socorro del grande ejército, era atacada al punto, y parecia sin manera de salvarse.

En Koenigsberg nos aguardaban otras desdichas. Los moradores de esta ciudad, á semejanza de todos los de Prusia, alimentaban en contra nuestra un violento odio, de que no se atrevian á hacer alarde, por no haber aun cesado de temernos. No pudieron disimular su satisfaccion al ver llegar nuestras tristes reliquias: sin embargo, supusieron que estas no eran mas que precursoras del cuerpo del grande ejército debilitado, si bien todavia subsistente; pero, viendo aparecer á Murat casi solo, á la Guardia no mas que con algunos centenares de hombres, y casi á nadie de los ex-

traviados sin ventura, perseguidos sobre el hielo del Niemen por los cosacos, no pudieron reprimir su alegría ni su arrogancia. En los lugares apartados despojaban los campesinos á los soldados franceses que habian conservado algun dinero y lo ofrecian por pan, y á veces los degollaban implacables. De seguro se insurreccionaran dentro de la misma Koenigsberg los vecinos, sino los contuviera una de las divisiones de Augereau, la de Heudelet, que afortunadamente no habia pasado de la Vieja Prusia. De siete ú ocho mil hombres se componia, muy capaces de hacerse respetar aunque mozos. Era la primera fuerza organizada que se habia encontrado desde Wilna. No habiendo salido como la del general Loison para ir al encuentro del grande ejército, ni habia perecido, ni experimentado padecimientos. Esta fuerza protegía á los doce mil enfermos ó heridos casi moribundos, que llenaban los hospitales, y á la muchedumbre de generales y de oficiales, que habian venido á morir á Koenigsberg de la fiebre de congelacion, como los generales Lariboisière y Eblé. No atreviéndose los habitantes de esta ciudad á lanzarse todavía sobre nosotros, se prometian hacerlo á la primera aproximacion de los rusos, y entretanto arrancaban á nuestros soldados infelices lo que les quedaba en dinero, por suministrarles comestibles ó vestidos de cualquiera clase. Con todo, entre estos habitantes de la Vieja Prusia hallábanse algunos muy humanos, que, a pesar de su sincero patriotismo, respetaban en nosotros el valor desafortunado, y aliviaban los males de sus opresores.—No miramos de mal ojo á vosotros los franceses, decian, sino á vuestro emperador, que os ha sacrifi-

cado, y que hace quince años oprime á todos, lo mismo á vosotros que á nosotros.

Muy luego agregóse á nuestros reveses un acontecimiento de suma importancia. Teniendo el mariscal Macdonald consigo la division polaca de Grandjean, compuesta de siete ú ocho mil hombres, soldados excelentes y fieles, seguido á alguna distancia por el cuerpo auxiliar prusiano, aguardó largo tiempo en Riga órdenes de retirada que no le habian llegado, ni mas ni menos que el principe de Schwarzenberg aguardó vanamente en Minsk las que debieran llevarle á Wilna. Viendo al cabo á los rusos avanzar por todas partes, señal cierta de nuestra retirada, se puso en marcha espontáneamente el mariscal Macdonald para aproximarse á Tilsit. Detrás se retiraban lentamente los prusianos, mandados por el respetable general Grawert, no mas que en la forma, y realmente por el general de York, oficial lleno de capacidad, de orgullo, de ambicion y de odio en nuestra contra. Les quiso hacer el mariscal Macdonald que acelerasen el paso, á fin de librarse del enemigo que les estrechaba mucho; pero ya bajo un pretexto, ya bajo otro, se negaron á obedecerle, hasta el punto de inspirarle desconfianza, y con harta razon, segun va á verse.

Después del paso del Berezina continuaron los rusos su movimiento. Con el ejército del Dwina trasladóse Wittgenstein á Koenigsberg, para probar á cortar al cuerpo de Macdonald, mientras Tchitchakoff con el ejército de Moldavia perseguía nuestros restos sobre Kowno, y Kutusof daba descanso al ejército principal en Wilna. Tanto como nosotros habian sufrido los rusos por efecto del

frio, aunque muy poco de resultas de la miseria, y sostenidos por la alegría que les causaban nuestras desventuras, por la esperanza de nuestra destrucción completa, retenidos en las filas merced á las distribuciones regulares, llegaban muy disminuidos en número, si bien compactos y llenos de ardimiento. Su masa total ascendía á cien mil hombres á lo sumo, en vez de los trescientos mil que tenían al principio de la campaña. Al recibir el emperador Alejandro la noticia de nuestros desastres, corrió á Wilna, colmó al mariscal Kutusof de merecidos galardones, pues su reconocida cordura triunfaba al cabo de las contradicciones todas, y tomó personalmente la dirección de los sucesos que iban á ser políticos, no menos que militares. Efectivamente, sabiendo Alejandro, por conjeturas fáciles de formar, y por algunas comunicaciones indirectas de Prusia y aun de Austria, que su mas vivo anhelo consistía en emanciparse de una alianza contraída mal de su grado, no dudaba de que, conduciéndose de una manera conveniente, lograría desprender de Francia, ya que no al Austria, por lo menos á Prusia. Así con la delicadeza de talento y la dulzura de carácter que le eran propios, adoptó al punto el lenguaje mas adecuado á las circunstancias. Por tanto dijo que no venía á hacer conquistas sobre Alemania, ni aun sobre Polonia, sino á tender la mano á los alemanes oprimidos, á pueblos y á reyes, á hombres del estado llano y nobles, á prusianos y austriacos, á bávaros y sajones, á ayudar á todos, quienes quiera que fuesen, á sacudir un yugo odioso, y, terminada esta obra, á restituir á cada cual lo que fuera suyo, no tomando para sí mas que lo que injusta-

mente se le había arrebatado. A tenor de esto divulgóse por todas partes en su nombre que, si los prusianos querían recuperar su parte de Polonia, se hallaba pronto á restituirla, y no la guardaría mas que interin fueran ellos mismos á entrar en posesion de lo que habia sido suyo. En Wilna, donde estaba en su casa, promulgó una amnistía general respecto de todos los actos cometidos contra la autoridad rusa, y aun hizo propalar que si, los polacos querían recuperar una patria, estaba enteramente dispuesto á otorgarlo, constituyendo aparte el reino de Polonia, del cual seria rey clemente, civilizador y liberal. Sobrado talento poseía Alejandro para comprender por sí solo la habilidad de política semejante, sobrada benevolencia natural para complacerse en ella, y además, si necesitara de ayuda, se la persuadirían idéntica los alemanes que habian corrido á su lado. El ministro prusiano Stein, refugiado en su corte, el célebre escritor Kotzebue, y otros muchos alemanes, hombres de letras ó de armas, usaban del lenguaje mas liberal y asediaban á Alejandro con sus instancias para que proclamase la independenciam de Alemania, y sobre todo para que marchara atrevidamente hácia adelante, para que, sin contar los franceses aun armados, se trasladase rápidamente á las márgenes del Vístula y del Oder, porque, segun su dicho, cada porcion de territorio libertada de los franceses, le valdria al punto aliados ardorosos y entusiastas. Solo se oponian á esta política el viejo Kutusof, cuya circunspeccion justificada por el éxito se habia hecho excesiva, y algunos rusos, fijos en consideraciones puramente militares, y que atentos al agotamiento de sus tropas,

temerosos de que se llegasen á disolver como las francesas, clamaban porque se hiciera alto, porque se dejara á los alemanes emanciparse como les fuera posible, porque se tratase con Francia, pudiéndolo hacer á la sazón de una manera ventajosa, y porque no se prolongase inútilmente una guerra que, feliz en lo interior de Rusia, sería peligrosísima fuera, sobre todo contra un caudillo como Napoleón; y realmente bajo el aspecto de la prudencia, era fundadísimo este lenguaje. Pero la imaginación de Alejandro se había inflamado de pronto. Honradamente ultrajado por los desdenes de Napoleón, envanecido hasta el delirio con el papel de vencedor suyo, aspiraba á otro aun más grande, el de su destructor y libertador de la oprimida Europa. Se decía que tratar con Napoleón, aun de igual á igual, era posible entonces sin duda; pero que si, dejaba pasar la ocasión de destruirle, se vería bien pronto en su persona al poderoso dominador de otros tiempos, y nuevamente habría que poner manos á la obra. Al revés, prosiguiendo los triunfos alcanzados, atrayéndose á los gobiernos y á los pueblos indignados del yugo que tenían encima, yendo más lejos todavía, haciendo un llamamiento directo á la misma Francia, cansada de su soberano, declarando que no se pensaba en disputarla su legítima grandeza, se podía conseguir que Napoleón desapareciese de la escena, y que Alejandro fuera á su turno el rey de reyes, el libertador de la Europa. Esta ambición, ayudada por el resentimiento, había invadido el corazón de Alejandro, y estaba resuelto á no pararse. De consiguiente autorizó al ministro Stein y á sus compatriotas para ir á las provincias prusianas reconquistadas y

ofrecer la próxima emancipación de Alemania.

Rodeado el general Diebitch, jefe de estado mayor de Wittgenstein, de oficiales alemanes, entre los cuales figuraba el general Clausewitz, acosado por sus instancias, sin necesitarlo, pues pensaba lo mismo que ellos, seguía al mariscal Macdonald paso á paso, con la esperanza de arrebatarse el cuerpo prusiano. Al mariscal Macdonald detestaba el general de York, en primer lugar como á jefe, pues se mostraba celoso y siempre descontento, y en segundo como á francés, pues abrigaba en el corazón todos los sentimientos de sus compatriotas: Continuos altercados tenía con el estado mayor del mariscal, sin cesar se quejaba de que era mal alimentado su cuerpo, de que no se le concedía la parte correspondiente de condecoraciones y dotaciones francesas, y este enojo, infundado de todo punto, aumentó sobremanera su aversión patriótica en nuestra contra. Avisado el general Diebitch por sus agentes secretos, fomentó estos sentimientos, y después de sobrevenir la catástrofe, acabó por proponer al general de York que se pasara á los rusos bajo el velo de una capitulación exigida por las circunstancias. Bastaba que este general prusiano marchase despacio, y se dejara separar del mariscal Macdonald, y rodear luego, para que apareciera que se rendía á pesar suyo. No se desarmaría á su cuerpo, se le declararía neutral, y serviría de núcleo al futuro ejército prusiano, encargado de coadyuvar con los rusos á la libertad de Alemania. Buen patriota el general de York, bien que pensando en sí propio, deliberó largo tiempo, temeroso de comprometerse con su corte, le transmitió secretamente las comunicacio-

nes recibidas, colocóla así en grande apuro, no tuvo mas que la callada por respuesta, vaciló todavía, pero alzó el paso, dejó que se le rodease, é impelido finalmente por el general Clausewitz, que le fué enviado, abrazó su partido, y el 30 de diciembre, cediendo, según su aserto, á circunstancias militares imperiosas, firmó un convenio de neutralidad relativamente á su cuerpo de tropas, á reserva no obstante de la ratificación de su monarca. Fácil de adivinar era el sentido de este convenio de neutralidad, pues se reducía á la incorporación lisa y llana del cuerpo prusiano al ejército ruso á la vuelta de algunos dias. Mas de cerca habia seguido un destacamento de este mismo cuerpo al mariscal Macdonald, y llegó hasta Tilsit, teniéndole el general Massenbach bajo su mando. Este, al saber la celebración del convenio, juntó á sus oficiales, y hallólos entusiastas por el acto del general de York y unánimes en el anhelo de imitarle. Durante la noche salió de Tilsit sin decir palabra, escribió al mariscal Macdonald una carta respetuosa, donde á pesar de todo resaltaban bajo vano disimulo cuantas pasiones habian arrastrado al general de York, y fué á unirse á este. Abrazáronse en el cuerpo prusiano unos á otros, prorumpieron en gritos de entusiasmo, llamáronse libertadores de Alemania, y es la verdad que iban á contribuir grandemente á tal empresa.

Al escribir tan tristes relaciones, francés como soy, y francés, me atrevo á decirlo, profundamente apasionado por la grandeza de mi país, declaro que, en nombre de los mismos sentimientos que abriga mi alma, no puedo expresar ninguna censura contra aquellos patriotas alemanes, que, sir-

viendo mal de su grado á una causa que conocian no ser la suya, se tornaban á la causa que creian ser la de su patria, y que desgraciadamente habia venido á serlo por culpa del gefe colocado entonces á nuestra cabeza. Forzoso es añadir que pudieran apoderarse del mariscal Macdonald sin trabajo, y que respetándole igualmente que á sus soldados como á recientes compañeros de armas, se separaron sin llevar nada á remate que agravara su posición.

Al caer el rayo sobre materias combustibles hacinadas con imprudencia, no obra mas velozmente que obró la defección del general de York en toda Alemania. Al instante voló la noticia de boca en boca. Desde el Vistula al Rhin fué saludado el general de York con el título de salvador de Alemania. A su lado corrieron el baron de Stein y sus colaboradores, le rodearon, le colmaron de parabienes, declararon que se le pondria al frente de todas las porciones del ejército prusiano que se pudieran ir atrayendo, le impulsaron á marchar sobre Tilsit, despues sobre Koenigsberg, á reunir allí todos los estados de la Vieja Prusia, á proclamar la independencia de su patria, á declarar al rey privado de su libertad por los franceses, de cuyas resultas no debia ser obedecido, á imitar en fin la conducta de los *insurgentes* de Cádiz, que obraban á favor del monarca, sin el monarca y á pesar del monarca. Juzgando el general de York haber hecho lo bastante, no quiso ir tan de prisa. Pero escoltado y circuido por los rusos, consintió en ir á Koenigsberg y en aguardar allí las órdenes de la corte de Prusia. Allí debia encontrar, no las órdenes de su rey, sino las de su país, alzado en masa

como un solo hombre, é imperando con voz mas fuerte que la de todos los gobiernos. De consiguiente adelantóse en union de los rusos, alabado, aplaudido, acariciado por Alejandro, cuya política hallaba una confirmacion brillante en este suceso.

Entretanto Murat se habia detenido en Koenigsberg con la muchedumbre de generales y oficiales sin tropas, unos moribundos, y otros usando un lenguaje casi sedicioso, exasperados por los padecimientos. Hasta el mismo mariscal Ney, á pesar de su heroismo, á pesar de los halagos que Napoleon le hizo, no pudiendo ya contenerse, hablaba en alta voz contra el gefe desatentado, que, según su aserto, habia precipitado al ejército francés á un abismo. Tambien Murat, como ya queda referido, se habia sublevado hasta cierto punto, bien que, por efecto de las observaciones del mariscal Davout guardó silencio, volvió á tomar el mando en el nombre, pero sin mandar nada, ignorando qué hacerse. Berthier, enfermo á la par de resultas de un ataque de gota, y de la ausencia de Napoleon, reducido á guardar cama, no sabia qué aconsejar en aquella situacion sin ejemplo. Entonces fué cuando se supo la defeccion del cuerpo prusiano, y viendo las manifestaciones de sentimientos que en los habitantes de Koenigsberg provocaba la tal noticia, no se vaciló ya en abandonar la ciudad, en renunciar á la linea del Niemen que habia cesado de serlo despues de helado este rio, y que por todas partes pasaban los rusos. Disputar el terreno solo sirviera para hacer que fueran degollados nuestros diez ó doce mil enfermos, número que la muerte disminuia de continuo, pero

que aumentaba tambien sin cesar la llegada de nuestros rezagados. Con la retirada se podian confiar estos preciosos restos, ya que no á la benevolencia, al honor de la nacion prusiana. Enfermeros y médicos se dejaron á nuestros enfermos para cuidarlos, fondos para proporcionarles comestibles, pues ya nada se podia esperar de la buena voluntad de los prusianos, y habia que darse por felices de que el furioso pueblo de Koenigsberg no se lanzara al degüello. De seguida evacuóse esta capital de la Vieja Prusia.

Otra vez tuvo el mariscal Ney el cargo de formar la retaguardia con la division de Heudelet y con los dos mil hombres que habian quedado de la division de Loison. Se puso en marcha sobre Braunsberg, Elbing y Thorn. Como el frio se habia atenuado, como se hallaban comestibles, como poco á poco habia pasado delante la muchedumbre de nuestros rezagados, como ya no habia que temer el contagio de la desbandada, se pudo caminar ordenadamente, yendo á la cabeza los estados mayores sin tropas y con prisa de volver á ganar el Vistula.

Tan precipitada fué la evacuacion de Koenigsberg, que nadie hizo caso del mariscal Macdonald, dejado en Tilsit, á veinte leguas de Koenigsberg, sin tener mas que siete ú ocho mil polacos, fieles pero extenuados. A voz en grito pedia que se le esperase, pues juntos formaran quince ó diez y seis mil hombres, capaces de imponer respeto. Sus cartas, que debian ir á buscar á Murat, ya trasladado á Thorn, no produjeron fruto. Asi se anduvo hasta el 15 de enero, no pensando cada cual mas que en si propio, retirándose las reliquias del

grande ejército por destacamentos de cincuenta ó cien hombres, obligando á los habitantes á suministrarles víveres cuando eran los mas fuertes, muriendo de hambre ó de frío cuando para hacerse oír no tenían fuerza ni dinero, y distando quince leguas una de otra la division de Grandjean á las órdenes de Macdonald, y la division de Heudelet á las de Ney, únicas tropas organizadas aun subsistentes.

Por fortuna los prusianos, á quienes con el abandono de Koenigsberg se habia dejado una presa muy capaz de ocuparlos, y los rusos, muy extenuados, y á quienes Macdonald y Ney trataron mas de una vez con dureza, no nos persiguieron bastante de prisa para envolvernos. A mediados de enero llegóse al Vistula y lanzáronse todos á las plazas provistas por Napoleon ampliamente. El general Rapp se habia adelantado al ejército en Danzick. Allí habia un conjunto de cinco ó seis mil hombres de varias naciones y todas armas. Además envió Murat la division polaca de Grandjean, la del general Heudelet, y los restos de la de Loison. De este modo tuvo Rapp cerca de veinte y cinco mil hombres útiles bajo su mano. Granos y bebidas espirituosas poseia en abundancia. Con su caballería hizo una batida á la isla de Nogath, cogió muchos rebaños y forrages, y después metióse dentro de las vastas obras de Danzick para defenderse hasta el último extremo.

A tenor del consejo perseverante del mariscal Davout, se señalaron junto al Vistula puntos de reunion á los diversos cuerpos del antiguo ejército. A Danzick debieron dirigirse los cuadros de los unos, y á Thorn, á Marienwerder y á Marienburgo

los de los otros. Todo soldado que llegara, pidiendo pan y equipo, debia ser enviado á su depósito en estas plazas. Al cabo de algunos dias habia mil quinientos hombres en el primer cuerpo, de Davout, y un número proporcionado en el 2.º de Oudinot, en el 3.º de Ney, y en el 4.º de Eugenio.

Establecido se hallaba el cuartel general en Thorn. Después de permanecer dos ó tres dias, ni allí creyó Murat que podia hacer alto. Efectivamente, habiendo sido lanzadas á la plaza de Danzick las divisiones de Heudelet, de Loison y de Grandjean, no quedaban mas que diez mil hombres sin cohesion ni concierto, para acompañar al cuartel general y para custodiar la inmensa cantidad de banderas allí reunidas con el objeto de salvarlas. Estos diez mil hombres se componian de mil ochocientos reclutas hallados en el camino y destinados al cuerpo de Davout, de mil doscientos napolitanos selectos, de cuatro mil bavaros partidos recientemente de sus hogares para cubrir las bajas del ejército de sus compatriotas, y por último, de tres mil hombres de la Guardia Imperial, que desde Koenigsberg se habian reunido poco á poco, y entre los cuales se contaban mil ginetes y doce piezas de artillería. Sintiendo demasiado apretado en las inmediaciones de Thorn el general Gerard, que mandaba este conjunto, se precipitó sobre el enemigo con su habitual energía, y le quitó la gana de estrecharnos tan de cerca. ®

Algo eran aquellos diez mil hombres bajo tal mano, pero no podian defender el Vistula, helado como todos los rios de Polonia y de Prusia, y no ofreciendo de consiguiente una barrera contra el enemigo. Sobre todo no podia preservar á Murat

y á cuanto le rodeaba de una afrenta, si unidos los rusos de Tchitchakoff á los de Wittgenstein trataban de envolverle. No quiso, pues, Murat permanecer junto al Vístula y trasladóse á Posseu, que promediaba la distancia entre el Vístula y el Oder. Así hallábanse evacuadas toda la Vieja Prusia y la Polonia, y ocupadas las plazas, teníamos en línea diez mil hombres, mezclados de napolitanos y de bávaros, y entre los cuales se contaban cuatro mil franceses á lo sumo. Para contener á la agitada Alemania quedaban en Berlin los diez y ocho mil hombres del general Grenier, y la division de Lagrange, única de las cuatro de Augereau que este mariscal mantuvo á su lado.

Otro suceso vino á fomentar aun la efervescencia de las poblaciones germánicas. Se había incurrido en el yerro de dejar una guarnicion alemana la mayor parte en Pillau, pequeña plaza marítima que cerraba la entrada del Frische-Haff. Se había hecho así contra el dictámen del mariscal Macdonald, quien fundadamente no queria privarse de tropas activas mas que en favor de plazas capaces de defensa y con guarnicion donde predominaran los franceses. No llenando Pillau estas condiciones se había rendido efectivamente con grande aplauso de los prusianos y viva satisfaccion de los ingleses, que se apresuraron á penetrar en el Frische-Haff con sus buques de guerra. Muy pronto introdujeron allí sus convoyes mercantes, lo cual proporcionó á los moradores de la Vieja Prusia, además de la satisfaccion patriótica de verse libres de sus vencedores, la satisfaccion material de ver comenzar nuevamente el comercio de géneros coloniales, de que estaban privados hacia largo tiempo.

Siendo tan funestas las noticias de nuestra izquierda, no eran mejores las de nuestra derecha sobre el alto Vístula. No encontrando nada que hacer el general Reynier y el principe de Schwarzenberg en Minsk, se encaminaron á Varsovia. Batirse hubiera deseado el general Reynier, teniendo buenos soldados en los sajones, cuya estimacion supo grangearse, y además cinco ó seis mil franceses de la division de Durutte para contenerlos; pero el principe de Schwarzenberg le disuadia sobremanera, diciéndole que se debilitaria inútilmente guerreando durante el invierno, y que era menester retirarse á Varsovia, cubrir esta capital, proporcionarse allí cuarteles tranquilos, y aguardar la llegada de las fuerzas que Napoleon no dejaría de traer para la primavera. Al par que el principe de Schwarzenberg daba estos consejos, se iba retirando, obligaba al general Reynier á imitarle, recibia en su cuartel general á los oficiales rusos, aceptaba sus cortesías bajo pretexto de que no se podía eximir de ellas, dejaba que le hablasen de armisticio, también hablaba por su parte, no vendia precisamente á Napoleon, cuyo matrimonio había negociado, y á quien debía el baston de mariscal, pero se dedicaba ante todo á cuidar de su hueste, y despues anhelaba estar en franquía para los diversos cambios de política que preveía por parte de la corte de Viena. Al mismo tiempo aconsejaba al general Reynier, á Mr. de Basauo y á todos la paz, que era su mas ardiente voto como austriaco y como personage favorecido por la corte de Francia.

Así mientras se iba á pasar el Vístula por nuestra izquierda, sin embargo de las plazas de

que éramos señores, tambien debía esperarse verlo pasar por la derecha, junto á la misma Varsovia, sin embargo de la presencia del príncipe de Schwarzenberg. y para hacer cara al enemigo habia en Posen diez mil hombres, entre napolitanos, bávaros y franceses, no osando atraer á los veinte y ocho mil hombres de Grenier y de Augereau, que eran indispensables en Berlín para contener á la Prusia. Por valeroso que fuera el corazón de Murat, su débil cabeza no podia resistir largo tiempo á situacion semejante. No temia el cañon, que jamás le habia intimidado, pero la pasión de reinar le devoraba ardientemente. Mil siniestras visiones asediaban su imaginacion exaltada. Ya veia á los pueblos de Italia excitados por los eclesiásticos y por los ingleses, sublevándose desde los Alpes hasta el estrecho de Mesina, y derrocando en aquel país los tronos de Bonaparte; ya se creia abandonado por Napoleon mismo, que le amaba escasamente y que, obligado para obtener la paz á sacrificios, los haria de mejor grado en la Baja que en la Alta Italia, y todavia mas en la una y en la otra que en Francia. Cuando estas imágenes se apoderaban de su cerebro, perdía su sangre fria, y queria partir para salvar aquella corona, objeto de tan largos deseos y galardón de tanto heroísmo. Tanta vino á ser su desconfianza, que, no contando ya ni con su esposa, llegó á temer que se plegase á la política de Napoleon, y esto le daba nuevo motivo para tornar á Nápoles cuanto antes. Atormentado por tales zozobras, por las infaustas noticias que sobre la retirada del ejército le llegaban de continuo, llamó de pronto al príncipe Berthier que seguia de mayor general, aunque

medio muerto, y á Mr. Daru, que solo estaba encargado del material del ejército, si bien era consejero siempre consultado en las circunstancias importantes por su carácter entero y prudencia consumada. Les comunicó su proyecto de abandonar el ejército, alegó su salud por pretexto, y resistió á todas las instancias del príncipe Berthier y de Mr. Daru, que procuraron alternativamente hacer influir en su ánimo el interés del ejército, el interés de su propia gloria, la ira de Napoleon, la dificultad de encontrar quien le sucediese. A esta última objecion respondió Murat designando al príncipe Eugenio, y anunció que le iba á enviar á llamar de Posen. Con efecto, le despachó un correo desde Thorn sin decirle por qué le llamaba al cuartel general. Llegado este príncipe, le declaró su resolucion de partir y de designarle para general en jefe del grande ejército, interin las órdenes de Napoleon eran conocidas. Asustado, por modestia ó por apatía, de esta distincion el príncipe Eugenio, era á pesar de todo el único que podia ser eligido, pues se habia ganado mucha honra en la campaña de Rusia, acreditando rara bizarría, algunos conocimientos militares y verdaderas virtudes. Por último, era príncipe, lo cual se debía considerar mucho en aquel sistema, llegado en poco tiempo á tan mohárquico como el de Luis XIV. Estrechó á Murat para que se quedase, no pudo conseguirlo y acabó por aceptar resignadamente un cargo, que miraba como superior á sus fuerzas. Se mantuvo en Posen con los diez mil hombres de todas las naciones ya enumerados, suplicando al general Reynier y al príncipe de Schwarzenberg que se sostuvieran en Varsovia

lo cual le cubria hácia su derecha, contando con que al menos delante de Thorn y de Danzick se detendrian por su izquierda algun tiempo los rusos, y ordenando al general Grenier con sus diez y ocho mil hombres, y Augereau con los nueve ó diez mil de la division de Lagrange, que estuvieran prontos á venir en su ayuda, si la necesidad lo requeria.

¡Véase lo que del grande ejército quedaba! ¡Veinte y cinco mil hombres en Danzick, diez mil en las plazas de segundo orden del Vístula, otros diez mil de todas las naciones en el cuartel general de Posen, algunos franceses y sajones, dominados en Varsovia por los movimientos del príncipe de Schwarzenberg, y por último, veinte y ocho mil hombres en Berlin á las órdenes de Grenier y de Augereau, y sin atreverse á moverlos de este punto por temor de un levantamiento general de Alemania. Mucho distaba esta situacion de la que Napoleon se forjaba, creyendo establecidos todavía doscientos mil hombres junto al Niemen y empleados en disputar á los rusos las poblaciones de Koenigsberg, Kowno y Grodno, mientras fueran en su ayuda otros trescientos mil soldados. Llamado habia á Napoleon á Paris la necesidad de organizarlos, y su partida habia producido la pérdida de los doscientos mil hombres dejados junto al Niemen. Así fuera preciso que estuviera á la vez junto al Niemen para salvar á los unos, y en Paris para organizar á los otros. Al dejar el Niemen cometió una falta militar, y se hizo culpable del abandono de los compañeros de armas, á quienes habia precipitado á un abismo; permaneciendo en aquel punto, dejara entre su persona y Paris á

Alemania insurreccionada, no empuñara bastante de cerca las riendas de su administracion vasta, y cometiera á la vez una falta política y administrativa; de modo que, cualquiera que fuese su conducta, por alguna parte incurria en falta, cometia dos igualmente graves, y se exponia á deplorables interpretaciones. ¡Justo castigo de errores inmensos é irreparables!

Y ahora las consecuencias políticas de estos errores no eran de menos bulto que las consecuencias militares. El gefe de los desterrados alemanes, el baron de Stein, se hallaba en Koenigsberg juntamente con el general de York, allí convocaba á los Estados de la provincia, hacia decretar el armamento de la poblacion toda, y el empleo de los recursos pecuniarios del pais sin reserva alguna. A estas proposiciones respondia la adhesion universal, y miles de folletos, de proclamas, de cantos populares inflamaban en nuestra contra las imaginaciones alemanas. De algunos años atrás estaba cubierta Alemania de sociedades secretas, y la principal de ellas, la de la *Union de la virtud* (Tugend Bund), se habia esparcido universalmente. El entusiasmo por la patria alemana, el convencimiento de que, unida en un haz solo, figuraria como invencible, de que en lugar de ser alternativamente victima de los Estados del Norte ó de los del Mediodia, impondria la ley á todos y vendria á ser la primera nacion del mundo, la necesidad indispensable de unirse, de no considerarse ya como austriacos, bávaros, sajones, prusianos ó hamburgueses, como príncipes, nobles, de la clase media, ó plebeyos, como católicos ó luteranos, sino como alemanes prontos á dar la vida por su

pais hasta el postrero, la preferencia dada á todo lo de origen alemán en industria, en usos, en literatura; tales eran las ideas y los sentimientos que se habian dedicado á divulgar estas sociedades, y que propagaron con éxito inaudito, porque estas ideas y estos sentimientos cuadraban á todas las clases de la nacion germánica, y correspondian al amor de la igualdad de los unos, al espíritu monárquico de los otros, y al patriotismo de todos horriblemente ajado por la dominacion nuestra. Estas sociedades llevaron desde Koenigsberg hasta los últimos límites de Alemania, no solo la emocion natural é inmensa, y que no necesitaba de recursos artificiales para ser propagada, sino la voz de la conducta que debia seguirse. Segun ellas, en todas partes convenia correr á las armas, servir al Estado con vidas y haciendas, unirse al emperador Alejandro, libertar á los reyes avasallados á la alianza francesa, y destronar como indignos á los que pudiéndose emancipar de esta alianza, quisieran perseverar fieles. ¡Viva Alejandro! ¡Vivan los cosacos! eran los gritos que en el delirio general se hacian oír donde quiera. Hasta habia jóvenes alemanes que en su exaltacion patriótica se dejaban la barba á semejanza de los cosacos, y no es menos digno de nota que los mismos principes y nobles excitaban este movimiento, que, sin embargo de su matiz de fidelidad monárquico, era profundamente democrático al modo que en España, donde se manifestaba igual pasion por la libertad y por el rey cautivo. No solo se sublevaba el patriotismo nacional y la fidelidad á los principes destronados ó abatidos, sino el amor á la libertad, que Napoleon se habia jactado de conte-

ner en Francia y en el mundo. De esta suerte lo que Napoleon maltrataba en su casa bajo el nombre de ideología, salía en toda Europa de debajo de tierra para asaltarle. ¡Singular leccion que debiera servir á todos, y que no habia de aprovechar á nadie, pues aquellos principes, aquellos nobles, aquellos eclesiásticos, que en contra de Napoleon invocaban la libertad ahora, muy pronto, despues de Napoleon derrocado, se la iban á disputar y á negar á sus pueblos!

Este vigorosísimo empuje, solo comparable al que á la aparicion del duque de Brunswick el año de 1792 experimentamos nosotros, sintióse á la vez en Berlin, á pesar de la presencia de nuestros soldados, en Dresde, en Munich, en Viena, á pesar de nuestra alianza, en Hamburgo, en Brema, en Cassel, á pesar de nuestra dominacion directa. No atreviéndose los prusianos á dar suelta en Berlin, ante la excelente tropa de Grenier, ni con obras ni con gritos á sus resentimientos, á pesar de todo mostraban en sus rostros la alegría mas insultante á cada noticia infausta para nosotros, y ni por dinero querian dar cosa alguna á nuestros soldados. Sin embargo, como al lado de los sentimientos mas sinceros se abre paso á veces la codicia, aun se encontraban aqui y alli algunos comestibles, si bien á precios exorbitantes. Asi ya no eran posibles las requisiciones de que hicimos tanto uso, pagando en bonos liquidables ulteriormente, á menos de provocar un levantamiento inmediato.

Fácil es comprender la sorpresa, el apuro, la perplejidad del infortunado rey de Prusia y de Mr. de Hardenberg, su primer ministro. Desde el

principio de su reinado no habia cesado de hallarse este monarca probo y prudente en las posiciones mas falsas para un hombre honrado y de buen seso. Contra su gusto y contra su instinto secreto arrastrósele en 1806 á romper con Francia, y casi perdió su corona, pues á esto equivalia quedar privado de dos terceras partes de sus dominios, y respecto de la otra en una dependencia absoluta. Resuelto á no incurrir mas en semejante falta, adhirióse en 1812 á la alianza francesa, y aun solicitóla, porque abandonado por Austria y Rusia, despues de empujarle una y otra, tambien se creyó en el derecho de salvarse, pactando con el mas fuerte. Mientras obraba de este modo, por exceso de precaucion quiso hacer que el mismo emperador Alejandro aprobara su conducta, y le envió á Mr. de Knesebeck, quien, con autorizacion ó sin ella, se adelantó en las excusas hasta el punto de manifestar doblez respecto de Francia. Y véase ahora á este soberano, que, conceptuando mostrarse mas cuerdo que el año de 1806 en el de 1812, aun parecia haberse extraviado, pues hallábase condenado á violar su palabra respecto de Francia, lo cual constituia á la vez una mala accion y un peligro, ó á batirse en favor de Francia, su opresora, contra amigos que se brindaban á ser sus libertadores. No sabia qué pensar, ni qué hacer, ni por dónde salir este principe excelente. Acceso habia tenido en su corazon la alegria de ver cómo se disipaba la dominacion francesa, pero emponzoñaba esta satisfaccion suya la confusion de hallarse nuevamente engañado al figurar como aliado de Francia, y el miedo de pasar por traidor si abandonaba á esta potencia. Le podia suminis-

trar excusa el grito violento y hasta amenazante de sus súbditos, forzándole á seguir este rumbo. Pero si sus súbditos se equivocaban, como seis años antes, si Napoleon, á quien se daba por vencido, no lo estaba, si por la primavera remanecia junto al Elba, triunfante de sus contrarios, si daba al traste con aquella Prusia incorregible, si trataba al sobrino de Federico el Grande como á la casa de Hesse. ¿Se hubiera podido alegar una sola queja? Asi, ora por miedo á Napoleon, ora por amor propio de no ser engañado, Federico Guillermo se inclinaba á creer que Francia no estaba vencida mas que por el momento, y siguiendo las fluctuaciones propias de un alma agitada, tras de creerlo algunas horas, ya no lo creia, despues tornaba á su opinion de nuevo, y en el desórden de su mente, cedia al hecho actual, es decir, á la presencia de treinta mil franceses en la capital de su reino.

Mr. de Hardenberg, que respecto de Francia habia pasado igualmente de la hostilidad á la alianza, era víctima de todas las perplejidades que mortificaban á su soberano, y además de las que nacia de su situacion personal. Si los sucesos condenaban la politica de la alianza con Francia, para el rey habia una excusa muy obvia, la de la debilidad; pero para Mr. de Hardenberg no existia ninguna, se imputaria su conducta á ambicion, y á la mas vil de las ambiciones, á la que pacta con los enemigos de la patria.

Al saber la defeccion del general de York, el primer movimiento de Federico Guillermo fué reprimir semejante acto. Al par temió verse comprometido con Francia, á la cual temia mucho, y

pasar por desleal, lo cual le costaba no poco, pues era verdaderamente honrado, y tenia empeño en que por tal se le reputase. Apresuróse á enviar en busca del ministro de Francia, Mr. de Saint-Marsan, y á desaprobar la conducta del general de York con energía, jurando que en semejante defeccion no habia entrado por nada. Mr. de Saint-Marsan, que se dejaba persuadir fácilmente por el acento de hombría de bien de Federico Guillermo, le afirmó que dudaria de la palabra de todo el mundo antes que dudar de la suya, y entonces este príncipe quedó consolado, encantado y seducido por la lisonja que le llegaba mas al alma, la confianza en su lealtad. En el primer arranque prometió desaprobar públicamente la conducta del general de York y someterle á una comision militar. Mr. de Saint-Marsan llevóse esta promesa como una especie de trofeo, que creyó útil oponer á las declaraciones de los enemigos de Francia.

Cuando esta declaracion fué conocida, se irritaron mucho los patriotas alemanes, se arrebataron contra el monarca, contra Mr. de Hardenberg, contra la política del gabinete prusiano, y como nuestros emigrados tiempos antes, se dieron á repetir donde quiera que el rey no estaba libre. Sus ministros le dijeron que tal vez habia ido mas allá de lo razonable, y despues de desaprobar la conducta del general de York, negóse á que esta desaprobacion se publicara.

Mientras en Berlin era la exaltacion de los ánimos estremada, los franceses, que guardaban la capital de Prusia y tenian tan bien puesto el corazón como antes, respondian á las manifestaciones del patriotismo aleman con especies tan provoca-

tivas como imprudentes en alto grado. Aunque Augereau, gefe en Berlin, se mostraba ahora mas reservado que de costumbre, jóvenes oficiales declararon que los franceses no se dejarían engañar de nuevo por Prusia, que estaban alerta, que al primer acto de traicion se desarmaria á las tropas prusianas, que en el mismo Postdam se arrebataria á la corte, y que se acabaria con una potencia desleal de continuo. Estas especies, emanadas simplemente del lenguaje irritante de los prusianos, repetidas al rey en mal hora, le inspiraron terror al pronto, y despues un principio de cálculo sagaz en demasia. Hasta entonces ni por asomo le habia ocurrido la idea de abandonar á Francia; pero la de ser mas independiente de su dominio por virtud de los sucesos, de tomar posicion entre ella y sus enemigos, y de contribuir quizá de este modo á una paz ventajosa, se apoderó de pronto del espíritu de Federico Guillermo, como nacida de las circunstancias y tambien sugerida por la corte de Viena, segun va á verse. Para el rey el único medio de llevarla á cabo consistia en salir de la capital de Prusia, hácia donde se encaminaban ya los rusos como perseguidores y los franceses en su retirada, ir á establecer su corte en Silesia, en Breslau por ejemplo, plan no nuevo, pues se habia propuesto el año antecedente, estipular con rusos y franceses la neutralidad de aquella provincia, y aguardar allí el curso de los sucesos. Además, convenia aprovechar la coyuntura para armarse en grandes proporciones. Esta última providencia debia agradar á los patriotas alemanes que se lisongearian de volver estos armamentos contra Francia, al par que no suscitaria objecion

alguna por parte de los franceses, como que acababan de pedir á Prusia que duplicara su contingente.

Para atender á estos armamentos sin aumentar las contribuciones, se proponia el rey de Prusia exigir de Napoleon el pago de los suministros hechos á las tropas francesas. Efectivamente, por el último tratado de alianza se convino en que la cuenta de estos suministros se solventaria dentro de breve plazo, en que el pago recaeria sobre los cuarenta y ocho millones que aun debía Prusia, y en que si lo suministrado subiese de esta suma, se pagara el exceso al contado. Ahora bien, los administradores reales calculaban el valor de los comestibles y de los géneros de todas clases suministrados al ejército francés en noventa y cuatro millones. De esta suerte cuarenta y seis debian ser los recuperados, y con ellos bastaba para triplicar el ejército de Prusia, elevarle de cuarenta y dos mil á ciento veinte mil hombres, unirse al Austria, y hacer oír palabras razonables de paz tanto á los unos como á los otros. Convirtiéndose Francia de acreedora en deudora, por virtud de los tratados anteriores, tenia que entregar las plazas de Stettin, Custrin y Glogau al punto, y así podria hallarse el rey establecido en Silesia al frente de ciento veinte mil hombres, que se levantarían sin costar al pais sacrificio alguno, apoyado en todas las plazas del Oder, aplaudido por los patriotas que clamaban por armamentos, exento de que le reconociese Francia, á la cual prometia fidelidad inalterable, siempre que perseverara en satisfacer los compromisos contraidos y en restituir á Prusia una situacion decorosa. Así el monarca, en medio

de sus perplejidades, creyendo todavía á Napoleon el mas fuerte; no pensaba en venderle, sino que pretendia ser mejor tratado que antes, entendia exigirlo, obtenerlo y contribuir de este modo á una pacificacion general de la cual saliera independiente y engrandecido.

Anunciado habia el envio á Paris de Mr. de Hatzfeldt, uno de los raros amigos que, segun hemos insinuado, quedaban en Prusia á Francia, para alejar toda sospecha de complicidad con el general de York. A su cargo tuvo, pues, Mr. de Hatzfeldt presentar al gobierno francés las proposiciones siguientes: traslacion de la corte de Prusia á Breslau, para estar allí fuera del teatro de las hostilidades: extension de los armamentos prusianos para servir mejor á la alianza: reembolso del dinero debido para costear estos armamentos: por último, restitucion de las plazas del Oder para cumplir los tratados y calmar el espíritu público. Acaso Mr. de Hatzfeldt tendria que explicarse en Paris acerca de una proposicion singular dirigida indirectamente por Napoleon á la corte prusiana á su vuelta de Rusia, y era la de unirse estrechamente á Francia por un vínculo de familia, segun ya lo habia hecho Austria, casando al heredero del trono con una princesa francesa, la cual faltaba hallar todavía. Napoleon habia insinuado que, en consideracion á este vínculo, restituiria á Prusia una parte de la extension y de la independencia que habia perdido. Pero á la sazón no era tiempo de que, en consideracion al poderio de Napoleon, se pudiesen resolver las cortes de Europa á alianzas con su familia. Por tanto, Mr. de Hatzfeldt debía eludir esmeradamente el tratar de este asunto,

y declarar bastante al descubierto que, si las proposiciones de que era portador no se admitian de plano, Prusia se consideraria libre de todo compromiso con Francia.

La corte de Austria se hallaba en idénticas perplejidades, si bien para salir de ellas tenia la ventaja de un público menos apasionado, escrúpulos menos molestos, y una habilidad mas consumada. Despues de sostener contra Francia cuatro guerras tenaces y de acreditar una rarísima perseverancia en el odio, su emperador acabó por creer que se habia engañado, y que mas valia pactar con Francia que encarnizarse en combatirla. Adecuada era la conducta de las diversas cortes de Europa á quitarle todo escrúpulo sobre este punto, pues Rusia habia aceptado en Tilsit la alianza de Francia, sin disgustarse de ella despues de los sucesos de Bayona, y Prusia no habia tenido otro sentimiento que el de no ser comprendida en ella. Un gran ministro, Mr. de Metternich, habia ido de París despues de la batalla de Wagram á aconsejar á su soberano que adoptara la política de la alianza francesa por la única buena, y diese además como en prenda su hija. Tras de consultar el emperador Francisco á esta princesa, siendo incapaz de coartar su gusto, se avino á ponerlo por obra, y así se hizo suegro y despues aliado de su enemigo. ¿Se habia engañado tambien ahora y su ministro juntamente? ¿Luego de conocer las desventajas de la política hostil uno y otro, no la habian abandonado sino cuando cabalmente venia á ser buena, mostrando así cordura solo fuera de tiempo? Con razon podian preguntárselo á semejanza del rey de Prusia y de Mr. de Hardenberg,

su ministro, á la vista de lo que estaba aconteciendo, pero no eran gentes para atormentarse tanto, á causa de su suficiencia para salir mejor del apuro. Háyase dicho lo que quiera, el emperador Francisco, espíritu fino, reposado, burlon de sobra, y además suegro, no vió en la catástrofe de Moscou mas que una ocasion de hacer que Francia avalorara mejor la alianza de Austria, de ponerla en el caso de que le costase mas cara, y si no queria dar el precio conveniente, de llevarla á otro punto, sin avanzar mas á pesar de todo que á imponer una paz esencialmente germánica á las partes beligerantes. Aun siendo algo menos poderosa su hija, lo seria mucho, y viniendo á figurar Austria como mas fuerte y como mas independiente Alemania, habria llenado todos sus deberes de soberano, sin faltar á sus sentimientos de padre. De consiguiente en los últimos acontecimientos no veia motivo para alligirse, y aun de resultas concibió una secreta alegría, que nada turbara, á no hallarse expuesto á los sarcasmos de los que censuraban un matrimonio contraido tan inoportunamente. A Mr. de Metternich le desvelaban otros cuidados. ¿Habia de perecer por ser consecuente consigo propio, obstinándose en un error, dado que su política lo fuera? Esta manera de proceder es peculiar de los países libres, donde todo pasa á la faz de las naciones, y donde uno está obligado á no desmentirse á si mismo. Al revés en los gobiernos absolutos, donde todo pasa á escondidas y se juzga por el resultado, se obra de distinta manera. Mr. de Metternich que en 1810 no hizo punto de honra de pelear hasta la extincion contra Francia, tampoco pensaba hacerlo de apoyarla en

1813 á todo trance. Cifrado habia su grandeza en una politica al juzgarla buena, y la cifraria en otra cuando le pareciera mejor á su turno. Además tenia una razon muy bastante para obrar de este modo, y era el interés de su patria. Cambiando en tiempo oportuno, veia el medio, no solo de conservar su posicion personal, sino tambien de restituir al Austria una situacion mas elevada, y á Alemania una situacion mas independiente; no tenia por qué andar en vacilaciones. A menudo se ha cambiado de politica por razones menos grandes y honrosas. Solo que era necesario no pecar de imprudencia, pues aunque, segun las últimas noticias de Polonia, apareciese Napoleon mas vencido de lo que se creyó al pronto, no estaba destruido ni con mucho: aun podia descargar muy terribles golpes, recuperar tal vez toda su pujanza, y castigar cruelmente á aliados desleales. De consiguiente habia que pasar por una transicion hábil, que salvara á la vez la seguridad de Austria, la dignidad del emperador Francisco, y el decoro de su ministro. Conducta perfectamente natural, muy explicable, y honrada en realidad y en apariencia era la de hablar de paz de seguida, primero á favor propio, luego de todo el mundo, y en particular á favor de Francia, todo sin renegar de la alianza. Mientras se hablara ostensiblemente de esta paz al emperador de los franceses, se podian estipular en secreto sus condiciones, ante todo con Prusia, y despues con Sajonia, Baviera, Wurtemberg y todos los Estados alemanes oprimidos. Tras de concertarla asi con Alemania, á la cual se procuraria restituir su independencia, sin cuestionar á Francia una grandeza que nadie pensaba entonces dis-

putarle, se vendria á los armamentos con actividad suma, cosa que asi en Prusia como en Austria aplaudirian los patriotas alemanes y toleraria la misma Francia, que habia pedido aumento de contingente á todos sus aliados: hecho esto, se ofreceria aquella paz á Rusia, á Inglaterra, á Francia, y no se vacilaria en imponerla á la potencia recalcitrante. Cien mil prusianos, doscientos mil austriacos, cien mil sajones, bávaros, wurtembergueses, hesseses, etc., debian decidir la lucha en provecho de Francia, si admitia las condiciones desechadas por Rusia é Inglaterra, ó en su contra, si la negativa emanaba de parte suya. Con tal de no andar muy de prisa, de tomar espacio para los armamentos antes de declararse, de dejar que los beligerantes estuviesen mas agotados, si se desvivian por degollarse nuevamente, se llegaria mas á tiempo cuanto mas tarde se llegara; y no solo habia asi manera de alcanzar un resultado patriótico para Alemania, sino tambien de obrar con decoro, pues, perseverando en la fidelidad á la alianza, se podia proponer una paz que, realzando á Alemania, no abatiera verdaderamente á Francia, ni le cercenara de su estado actual mas que algunos excesos de grandeza intolerables á sus vecinos; y se le podia proponer con mayor fundamento en razon de que seguramente se necesitaria amenazar con todas las fuerzas de las potencias germánicas á Rusia é Inglaterra, para lograr una paz de esta clase. Si al cabo, despues de obrar tan moderadamente, se negaba Napoleon á todo razonable ajuste, ya no habia que guardarle contemplaciones, y se le podria enseñar la espada de Austria, sin sonrojarse de la conducta seguida.

Al punto, y con raro genio político, descubrió Mr. de Metternich el partido que se podia sacar de situacion semejante, y salvando su fortuna personal de un paso falso, determinó rehacer la de Austria y la de Alemania, sin saltar á Francia, de la cual era aliado actual y decidido. De acuerdo en todo con el emperador Francisco, que en esta conducta veia satisfechos á la vez sus intereses de soberano, sus deberes de padre y su honor de príncipe y de hombre, desde el primer dia obró con la prontitud, el concierto y la firmeza, que exige una resolucion bien reflexionada y tomada. Acto continuo hizo empezar los armamentos de Austria, luego dedicóse á anudar vinculos secretos con Prusia, con Baviera, con Sajonia, á hablar á todas de una paz concebida en interés de Alemania, á hablar al mismo tiempo á Francia de paz cercana, de paz bastante gloriosa; pero urgente, indispensable á ella como á todas las demás comarcas de Europa. En respuesta á la carta dirigida por Napoleon de Dresde al emperador de Austria, Mr. de Metternich hizo que el suegro escribiera al yerno otra amistosa, paternal, aconsejando la paz sin rodeos, aconsejándola como suegro, como amigo, como aliado. Mr. de Bubna, enviado á Paris por consecuencia de indicar Napoleon que hubiera á su lado un varon de nota para representar al emperador Francisco, tuvo encargo de protestar de la fidelidad de Austria á la alianza francesa, al par que de recomendar fuertemente la paz, en nombre de Europa que tenia necesidad de ella, en nombre de Francia á quien tambien urgia mucho, de decir que, sino se acudia á tiempo, quizá muy en breve se sublevaria contra Napoleon el mundo to-

do, y que entonces la lucha vendria á ser terrible, de decirlo muy amistosamente y sin apariencias de que se daba una leccion, si bien con un acento que anunciara conviccion profunda, y que mas tarde autorizara á considerarse como libre respecto de un aliado, sordo á todos los sanes consejos. Positivo encargo tuvo Mr. de Bubna de ofrecer la intervencion de Austria, no avanzando á llamarla mediacion todavia, cerca de las potencias beligerantes.

Tales fueron las comunicaciones que á la vez asaltaron al genio de Napoleon en los primeros dias de enero de 1813. En lugar de reliquias imponentes del grande ejército reunidas junto al Niemen, y haciendo cara desde Grodno hasta Koenigsberg á los rusos, mientras fueran á unirseles trescientos mil jóvenes soldados, Napoleon veia aquellos restos casi destruidos del todo, replegándose hácia el Oder y sin posibilidad de hacer alto en parte alguna, muy amenazados á la espalda por los alemanes; oia los entusiastas gritos de Alemania, pronta á sublevarse toda entera, y se hallaba rodeado de aliados, que, hablando de fidelidad por pura fórmula, daban consejos, significaban condiciones, y no solo hacian dudar de su adhesion, sino que tambien semejava que ellos ponian en duda la de Francia, agotada de sangre y cansada de despotismo.

Aunque Napoleon hubiera adquirido corazon de soldado, que sin abatirse pasa de la próspera á la adversa fortuna, afectóse profundamente; y determinó arrugar el ceño y no dejar que se descubriesen las agitaciones de su alma, donde alternativamente se sucedian los mas siniestros presentimientos y las mas ciegas ilusiones

Después del primer arranque de ira contra Murat, á quien achacaba sin fundamento las desventuras de la retirada, arranque llevado hasta el punto de pensar un instante en que se le prendiera (1), calmóse, confirmó el nombramiento del príncipe Eugenio, á quien á mayor abundamiento eligiera si se hallara sobre los lugares, é hizo que en un artículo del *Monitor* se anunciara este cambio. Aquel artículo mortificante para Murat se hallaba concebido en los términos siguientes. «Hallándose el rey de Nápoles indispuesto, ha tenido que dejar el mando del ejército, y lo ha entregado en manos del virey. Este se halla mas habituado á una administración vasta, y posee toda la confianza del emperador.» De seguida y con la seguridad de juicio que le era propia, dictó Napoleon las providencias exigidas por las circunstancias. Testimonio de confianza dió al príncipe Eugenio con el fin de animarle; se esforzó por tranquilizarle relativamente á los peligros de que se hallaba amenazado; le hizo conocer que no osarian avanzar los rusos, al ver cuarenta mil franceses en las plazas del Vístula á su derecha, y á su izquierda y en rededor de Varsovia á cuarenta mil austriacos

(1) Véase la prueba de este hecho, que sería difícil de creer sin el documento que citamos.

«Al virey.

«Recibo vuestra carta del 16. Ya os he dado á entender que veo con gusto el mando del ejército en vuestras manos. Extravagante parece la conducta del rey (de Nápoles), y tanto que nada me falta para mandar que se le prenda por vía de escarmiento, etc.»

Fontainebleau, 23 de enero de 1813.

y sajones, fieles aun por mas que se mostrasen poco activos. Sin embargo de no inclinarse á fatigar y á comprometer á las tropas reunidas dentro de Berlin en movimientos prematuros, autorizó al príncipe Eugenio para que atrajera, á sí á la division de Lagrange como á la division del general Grenier á su lado; y con fundamento le dijo que, teniendo de resultas cerca de cuarenta mil hombres, incluso los diez mil que seguian al cuartel general, de cierto no sería atacado por los rusos, si tomaba una actitud firme y resuelta. Por otra parte, cuando mas había que vivir un mes de aquel modo, pues no habiendo perdido Napoleon durante los veinte dias que llevaba en Paris ni un minuto, se iba á hallar en disposicion de enviar sobre el Elba sesenta mil hombres de refuerzo, con los cuales ascenderian á cien mil los que el príncipe Eugenio juntara bajo su mando, haciéndole inatacable por todo enemigo. Obligados además los rusos á dejar lo menos sesenta mil hombres delante de las plazas del Vístula, y cuarenta mil bajo Varsovia, aun no tenian con que enviar hacia delante una masa ofensiva de alguna importancia. Asi Posen y el Oder debian figurar segun las apariencias como término extremo de nuestra retirada.

Lo que mas apremiaba era la caballería, pues tanto regular como irregular la tenian inmensa los rusos, y donde quiera sembraban el terror echando por delante á los cosacos, que inspiraban miedo porque no se les conocia, y porque se ignoraba que con algunos infantes había de sobra para ponerlos en fuga. Sin demora se necesitara de muchos miles de ginetes, y entre los restos de la Guardia y

la caballería procedente con el general Grenier de Italia, no reunía el príncipe Eugenio ni tres mil hombres de á caballo. Napoleon ordenó al general Bourcier, encargado en Polonia y en Alemania de asegurar las remontas, que comprara caballos al contado y á cualquier precio, que los tomara á la fuerza cuando no los pudiera adquirir comprados, que montara así á todos los ginetes vueltos á pié de Rusia, y que despachara al príncipe Eugenio cuantos pudiera equipar sin tardanza. Además invitó Napoleon á todos los príncipes de la Confederación del Rhin, en interés de sus propios Estados, expuestos á las correrías de los cosacos, á enviarle cuantas fuerzas tuvieran disponibles de caballería, aun cuando solo fuera un escuadrón de cien hombres, con tal de que estuviera pronto á ponerse en camino. Dos regimientos de coraceros y dos de húsares y cazadores había conservado el rey de Sajonia, formando un cuerpo de unos dos mil cuatrocientos hombres de calidad excelente. Para encaminarlos á Posen pidióselos Napoleon con instancia. Todo esto debia proporcionar dentro de algunos dias al príncipe Eugenio de tres á cuatro mil ginetes, con los cuales juntaria de seis á siete mil entre todos, y podria contener la audacia de los corredores enemigos.

Napoleon recomendó al príncipe Eugenio que, despues de proveer las dos principales plazas del Vístula, Thorn y Danzick, de fuertes guarniciones, hiciera refluir sobre las plazas del Oder los restos de los antiguos cuerpos, á quienes se habia señalado el Vístula como punto de reunion por de pronto; que abasteciera inmediatamente á Stutetin, Custrin, Glogau, Spandau; que empleara allí el

dinero, y no bastando el dinero la fuerza, en recoger por diez ó quince leguas á la redonda granos, ganados, y sobre todo madera, cortando para proporcionársela hasta los árboles de los pascos públicos; que no se cuidara de las autoridades prusianas, con las cuales habria que entenderse mas tarde; que atendiera á las plazas de Torgau, Wittenberg, Magdeburgo, Hamburgo, destinadas á formar una tercera linea sobre el Elba; que las armara y provisionara, y recogiera allí el material y las arcas públicas, de las cuales se habia dejado robar la principal en Wilna, contratiempo que nos costó diez millones de francos; que en ningun punto se reservara mas que los fondos indispensables; que encaminara hácia el Rhin á casi todos los cuadros del grande ejército, puesto que habia que renunciar á la esperanza de formar con los soldados vueltos de Rusia, no ya tres, ni dos batallones por regimiento, sino que ni uno solo; que conservara un cuadro de batallón por cada seiscientos hombres; que enviara el resto, y sobre todo, aquella masa de generales sin tropas, que usaban en el cuartel general el lenguaje mas inoportuno; que no guardara á su lado mas que al mariscal Ney, para lanzarle sobre los primeros rusos que asomaran; que avivara en fin la reorganización de las tropas polacas, les suministrara el dinero que hiciera falta, y les tranquilizase acerca de su suerte, anunciando que cualquiera que fuese el destino de Polonia, siempre los polacos estarian á sueldo de Francia, y serian franceses, si no podian ser polacos.

Tomadas estas primeras disposiciones urgentes, ocupóse al punto en las providencias funda-

mentales. Estas, resueltas en su mente desde el primer día, aun le originaban á pesar de todo alguna duda, bajo el aspecto de su extension, pues, antes de anunciarlas, queria que las circunstancias tomaran todo su desarrollo. El triste estado en que llegaban las reliquias del grande ejército, un movimiento retrógrado, que, en vez de detenerse en Koenigsberg, en Grodno, en Kowno, aun no se habia detenido en Posen, la defeccion del general de York, el movimiento popular de que fué señal en Alemania, sucesos eran tan graves, que hacian conveniente y hasta forzoso hablar á la nacion francesa, pedirle grandes esfuerzos, y convocarla sobre todo á manifestar sus sentimientos patrióticos, en respuesta á la exaltacion nacional que se aspiraba á excitar en su contra.

Segun se ha dicho, Napoleon tenia bajo su mano cerca de ciento cuarenta mil conscritos de 1813, llamados en setiembre y que llenaban ya los depósitos. Además, tenia los cien batallones de cohortes, perfectamente instruidos, formados de hombres hechos, bien que provisionalmente organizados bajo el aspecto de los oficiales. Este era un primer recurso de doscientos cuarenta á doscientos cincuenta mil hombres, muy importante y casi disponible. Duplicarlo resolvió Napoleon de seguida, elevándolo á quinientos mil soldados.

Merced á las facilidades que ofrecia la institucion de la guardia nacional, dividida en tres alistamientos, uno de los ciudadanos de veinte á veinte y seis años, otro de los de veinte y seis á cuarenta, y otro de los de cuarenta á sesenta, con el primer alistamiento se habian formado las cohortes de hombres solteros, menos necesarios á sus familias,

y ya dotados de la fuerza viril toda. Otros cien mil hombres determinó proporcionarse Napoleon de la misma calidad, llamando á los jóvenes ya sorteados en los años de 1809, 1810, 1811 y 1812, para sujetarlos á un nuevo sorteo. Hoy no se toma en Francia mas que la cuarta ó la quinta parte de cada clase, para no agotar la poblacion, y toda clase ya sorteada queda definitivamente libre. Entonces se tomaba la tercera parte, y despues se volvía á las clases que ya habian suministrado su contingente, operándose así otro sorteo, para elegir los hombres que á los veinte y dos, veinte y tres y veinte y cuatro años, hubieran adquirido las condiciones de talla y de fuerza física que no reunian á los veinte y uno. Por un llamamiento de esta especie sobre las clases ya libres, discurrió Napoleon proporcionarse los otros cien mil hombres de que necesitaba, y con los cuales queria recomponer los cuerpos especiales. Pero habiendo ya suministrado, por virtud de las leyes sobre la guardia nacional, su contingente á las cohortes las seis últimas clases, solo se dirigió á las cuatro de 1809, 1810, 1811 y 1812. Finalmente, determinó exigir de seguida la conscripcion de 1814, que debia reemplazar en los depósitos á la de 1813, de modo que estos se encontrasen llenos, aun despues de completados los ejércitos activos. Así de los quinientos mil hombres, que iba á tener bajo su mano, trescientos cincuenta mil irian al punto á formar con los que aun quedaban sobre el Vistula y el Oder una masa de cuatrocientos cincuenta mil combatientes, y se conservarian ciento cincuenta mil en los depósitos, para guardar lo interior y las fronteras, sin que perdieran nada de su

efectivo los ejércitos de España. También pensaba Napoleón en que se le ofrecieran donativos voluntarios, los cuales, además de cierto valor material, tendrían la ventaja de una gran manifestación nacional.

De los quinientos mil hombres que acaban de ser citados, solo para trescientos cincuenta mil había que decretar medidas legislativas. Con efecto, la conscripción de 1813 ya había sido votada y hecha: juntos estaban los cien mil hombres de las cohortes, pero se requería que un voto del Senado autorizase para emplearlos mas allá de las fronteras; y faltaba pedir los cien mil hombres que se habían de sacar de las cuatro últimas clases y la conscripción de 1814. Se preparó un senatus-consulto, que abarcaba todas estas providencias, acompañándolo una memoria de Mr. de Basano, en que la defección del general de York se refería á la larga y con vehemencia, en que se presentaban los movimientos de Alemania como agitaciones anárquicas, excitadas por los soberanos á instigación de Inglaterra, en que se comparaba el orden regular mantenido en Francia, al desorden imprudentemente favorecido en Europa por principes de antigua raza, en que se aspiraba en suma á despertar, además del odio al extranjero, un grande horror á las turbulencias revolucionarias, horror que ya la conspiración del general Malet había hecho nuevamente bastante comun en Francia.

Antes de enviar este senatus-consulto al Senado, quiso Napoleón convocar un consejo extraordinario, donde platicara con algunos personajes eminentes sobre la situación de Europa y sobre las providencias que deberían adoptarse para poner

término á la gran lucha en que se hallaba comprometido. Poco habituado á consultar ni aun á sus ministros, no teniendo con ellos mas que consejos particulares sobre asuntos especiales, reservándose exclusivamente el conjunto del gobierno, se había hecho algo mas comunicativo á contar desde sus desventuras, y sin inclinarse mas que de costumbre á seguir el dictamen ageno, se hallaba pronto á aparentarlo, con el fin de asociar á su acción mas gente. Además, estaba resuelto á conducirse como soldado, á despojarse del fausto de soberano, de que había hecho harto alarde en la campaña de 1812, á ser verdaderamente el general Bonaparte, y á tornar á aquellos tiempos en que, trabajando día y noche, viviendo casi á caballo, solo á costa de desvelos infinitos alcanzaba los favores que la fortuna parecía dispensarle á manos llenas. Decidido se encontraba de consiguiente á expiar sus faltas, á expiarlas con prodigios de aplicación y de energía, desgraciadamente no por la mesura, pues para salvarse, y aun era tiempo, se necesitaba desarmar al mundo por dos medios, la fuerza y la mesura. Ahora bien, de estos dos medios solo admitía el de la fuerza, no porque no pensase en la paz, antes bien conocia serle necesaria, y la deseaba sinceramente; pero queria vencer primero y recuperar su ascendiente, y despues dictar una paz á su conveniencia, ligeramente acomodada á las circunstancias, si bien no correspondiendo al estado actual de los ánimos, ni al cambio que se había operado en las disposiciones de Europa.

Desde su vuelta, entre los que andaban en torno suyo no había mas que un concierto de votos públicos ó secretos por la paz mas pronta. El ar-

chicanciller con su gravedad y su reserva habituales, Mr. de Talleyrand con su indolencia, ora afectada, ora efectiva, el duque de Rovigo con la osadía de un familiar acostumbrado á decirlo todo, Mr. Mollien con la pesadumbre de un hacendista lleno de apuros, finalmente, entre los altos oficiales de la corte, el gran mariscal Duroc con su discreta cordura, Mr. de Caulaincourt con la firmeza de un buen ciudadano, insinuaban ó declaraban en alta voz que se necesitaba la paz mas ó menos ventajosa, pero se necesitaba cualquiera que fuese bajo pena de ruina. En pedirla mostró mas atrevimiento y mas razon que nadie Mr. de Caulaincourt, el cual se condujo en estas circunstancias de una manra propia á grangearse por siempre la estimacion de los hombres honrados. A todas las instancias respondía Napoleon que tambien él la queria y conocia ser necesaria; pero que habia que ganarla con un supremo y último esfuerzo, lo cual era verdad del todo. A mas añadía que, deseándola y estando determinado á hacerla, convenia no revelarlo demasiado, porque todo se perdería, si se llegaba á creer en Europa quebrantado el valor de Francia, lo cual era verdad asimismo, bien que á condicion de que, al mostrarse resueltos al combate, no se desesperanzara á los que, mediante algunas concesiones, estaban dispuestos como Austria á unirse á nosotros, para imponer la moderacion á todo el mundo.

Entre los personajes de viso que en torno de Napoleon se atrevian ya á emitir opiniones envalentonados por el peligro ó quizá tambien por la disminucion del prestigio, uno solo, siempre seguro, llevando siempre alto y con aire de satisfac-

cion el semblante, Mr. de Basano, se manifestaba tan confiado como si no se hubieran consumado los sucesos de Rusia. Segun su manera de ver las cosas, invencible Napoleon, aunque vencido; repararia muy en breve una desgracia, que al cabo no consistia mas que en un mal invierno, volveria á poner la Europa á sus plantas, y dictaria las condiciones de la pacificacion general. Estas vanas palabras, cuyo valor conocia Napoleon en la esencia, le agradaban á pesar de todo, y aun sin creerlo satisfaciale oír propalar que era tan pujante como en otros dias. No obstante, se le pudiera proporcionar un gusto menos peligroso y quizá mas dulce, el de patentizarle de continuo la urgente, la absoluta necesidad de los sacrificios, preparando de este modo una excusa para ceder á su mortificado orgullo.

Por lo demás, repetimos que Napoleon no rechazaba la idea de las negociaciones, solo disputaba sobre las formas que habia que emplear para abrirlas. Con efecto, habia una cuestion politica del todo, de importancia suma, y debatida vehementemente por los personages que Napoleon tenia al lado, á pesar del silencio á que se atemperaban por costumbre. Admitido el principio de las negociaciones, tratábase de averiguar cómo serian iniciadas, si habria que prestarse á las miras de Austria, consintiéndola tomar el papel oficioso, que al parecer anhelaba desempeñar con tanta premura, ó si, prescindiendo de mediadores mas ó menos sinceros y desinteresados, se iria en derecha á la parte contraria, esto es, á Rusia, para entenderse francamente con ella y acabar una lucha inútil y desastrosa. Muy acostumbrado Mr. de

Caulaincourt á tratar con la corte de Rusia, en la plenitud de sus recuerdos de 1810 y 1811, impresionado aun por los esfuerzos del emperador Alejandro para evitar la guerra, abrigaba la esperanza de hacerle admitir una paz honrosa para entrambas partes, si se volvía á hallar en su presencia; y no le inspiraba este lenguaje el deseo de entrar de nuevo en posesion de un alto empleo diplomático, al cual habia renunciado voluntariamente, sino el amor á una dinastía, á cuyo servicio se habia consagrado, y á la Francia á la cual creía en peligro. Mr. de Basano opinaba de una manera diametralmente contraria. Teniendo muchas relaciones particulares desde el matrimonio de Napoleon con la corte de Viena, queria negociar por conducto de Austria, hacerse así autor de una paz deseada por todos y por él mismo, si bien al modo de Napoleon, es decir, con exigencias que debian imposibilitarla. Mr. de Talleyrand, que empleaba en reirse de Mr. de Basano el tiempo que no dedicaba ya al servicio del Estado, y que Napoleon hiciera mejor en utilizar para ventaja propia llamándole al ministerio, contra su costumbre, por razones muy plausibles y por aversion á monsieur de Basano, se mostraba contrario al Austria y á la importancia que se trataba de dar á esta potencia.

Indudablemente, al ver los pasos de la corte de Viena, podia temerse que, brindándose por mediadora, pasase muy luego de un papel oficioso á un papel dominante, y que, despues de aconsejar la paz en tono modesto, acabara por imponerla con las armas en la mano. Sobre todo en sus relaciones con Francia, la mediacion, que empezaba por

el mas amistoso y hasta paternal lenguaje, ofrecia un modo grandemente cómodo de pasar del papel de la alianza al del arbitraje, y si este no era admitido, al de las hostilidades. Bajo este aspecto lo mas prudente y mas hábil parecia hacerla entrar lo menos posible en los grandes negocios del momento, renunciar á los servicios militares y políticos que se podian obtener de ella, sino se queria pagarlos, y no hacerla caso para tratar directamente con Rusia. Pero para seguir esta conducta se atravesaba una dificultad casi indispensable, y consistia en las nuevas disposiciones del emperador Alejandro. Mr. de Caulaincourt le habia dejado tímido y trémulo ante la idea de volverse á encontrar con Napoleon sobre el campo de batalla, y dispuesto á los mayores sacrificios á trueque de evitar este trance. Pero llegado de súbito al papel de vencedor de Napoleon de resultados de sucesos extraordinarios, envanecido hasta el último punto por situacion tan nueva, hinchado con la esperanza de figurar como libertador de Europa, embriagado con los aplausos de los alemanes, se habia hecho inaccesible, y verosimilmente Mr. de Caulaincourt, al encontrar á su lado muchos miramientos personales y ninguna condescendencia, soportara menos que otro alguno esta mudanza tan radical como reciente, y rompiera de pronto. Casi era, pues, impracticable lo de abocarse con Alejandro, y así no quedaba otro arbitrio para recurrir á las negociaciones que la mediacion de Austria. Mr. de Basano tenia razon bajo este aspecto, si bien erraba en el modo de emplear los buenos oficios de la corte de Viena, y sobre todo en el de pagarlos. Sustancialmente esta corte no abrigaba

el desigmo de arruinar, ni de abatir é Francia, en primer lugar por miedo, pues Napoleon seguia espantándola siempre, y en segundo por decoro, pues el matrimonio estaba demasiado reciente para que no se tomara en cuenta. Pero anhelaba aprovecharse de la coyuntura para rehacer la situacion de Alemania y la de Austria, lo cual era muy natural y muy legitimo sin duda. Por necesidad habia que reconocerlo y que resignarse, aun cuando no fuera nada grato, pues á esto se habia dado lugar con faltas enormes, y realmente el amor propio de Napoleon salia mas comprometido en el fondo que en el interés positivo de Francia; ya resignados, habia que comunicarse con la córte de Viena para entenderse, dejarla obrar de seguida, ínterin se ganaran todavia algunas grandes batallas, que en sus manos serian un medio de hacer á los coaligados razonables, y en las nuestras un medio de pagarla sus servicios algo mas baratos.

Sino se queria obrar á tenor de las circunstancias lo cual fuera muy triste desvario despues de la expedicion de Rusia, aun habia otra conducta á que atenerse, afectando buenas relaciones con Austria y hasta escuchando con deferencia aparente sus consejos, y manteniéndose al par á distancia de ella, no tratando de emplearla, no reclamándola servicios diplomaticos ni militares de ninguna especie, pues cuanto se le pidiera bajo el aspecto diplomático la autorizaria á mezclarse en las condiciones de la paz, lo cual equivaldria á ponerla en camino de dictarlas, y cuanto se le pidiera bajo el aspecto militar, la autorizaria á armarse, lo cual equivaldria á ponerla en camino de hacernos la guerra.

Se necesitaba, pues, dirigirse en derechura y sin demora á Rusia, si cabia en lo posible; ó de no, dirigirse franca y cordialmente al Austria en la inteligencia de pagarla sus servicios; ó finalmente, sino se tenia esta cordura, emplearla lo menos posible, y no agrandar nosotros su importancia y sus fuerzas que antes de mucho se habian de emplear en nuestra contra. Cualesquiera otras miras carecian á la sazón de fundamento.

Estas diversas cuestiones sobre la paz, sobre el modo de entablar las negociaciones, sobre la extension de los armamentos, eran las que Napoleon queria tratar en un consejo especial, reunido á principios de enero en las Tullerías, y compuesto de personas de competencia suma. En un país, donde los ministros fueran responsables, esto es, autores de la direccion de los negocios, solo debiera admitir allí á ellos; en un país, donde él era único autor de todas las determinaciones, eligió entre los hombres, que estaban cerca de su persona, los mas experimentados en las materias que iban á ser ventiladas. De este consejo deseaba sacar algunas luces, si podia, pero sobre todo anhelaba acreditar sus disposiciones politicas y obtener en torno suyo una completa armonia de voluntades y de lenguaje, luego que se adoptase un sistema.

Los personajes llamados, y designados en su mayoría por Mr. de Basano, fueron, además de éste, el archicanciller Cambacéres, el principe de Talleyrand, Mr. de Caulaincourt, el duque de Cadore (Mr. de Champagny) antiguo embajador y antiguo ministro de Negocios Extranjeros, y finalmente, los dos oficiales mayores de esta secre-

taría. Mrs. de la Bernardière y de Hauterive. De seguro fuera difícil reunir mas sabiduría, ni mas verdadero deseo de salvar á Napoleon y al Estado.

Tranquilo y grave expuso Napoleon la situacion en breves palabras, ordenó la lectura de los decretos que se debian presentar al Senado, y luego puntualizó del modo que sigue la cuestion que apetecia ver profundizaba.—Deseo la paz, aunque no temo la guerra. A pesar de las pérdidas causadas por el rigor del clima, todavía nos quedan grandes recursos. Dentro impera el reposo. La nacion no quiere renunciar á su gloria ni á su poderio. Fuera dan las mas firmes seguridades de su fidelidad el Austria, Prusia y Dinamarca. Austria no piensa en romper una alianza, de la cual espera grandes ventajas. El rey de Prusia ofrecereforzar su contingente, y acaba de someter á un consejo de guerra al general de York, Rusia necesita la paz. Aunque trabajada por las intrigas de Inglaterra, no juzgo que se proponga porfiar en una lucha, que acabará por serle funesta.

»He providenciado un alistamiento de trescientos cincuenta mil hombres (sumando, segun hemos dicho, quinientos mil en la conscripcion de 1813); redactado está el proyecto de senatus-consulta, y os va á ser presentado. Otro decreto está dispuesto para la convocatoria del Cuerpo legislativo, al que no habrá que pedir nuevas contribuciones, si bien su presencia puede ser provechosa en las actuales circunstancias, y al cual pudiera ocurrir proponer algunas providencias legislativas.

»Tras de regular así el desarrollo de nuestras

fuerzas, ¿conviene aguardar proposiciones de paz ó presentarlas? ¿Si tomamos la iniciativa, conviene tratar directamente con Rusia, ó es preferible dirigirse á Austria y pedirle su intervencion? Tales son las cuestiones sobre las cuales aguardo y solicito vuestras luces.»

Despues de esta exposicion lacónica y firme, cada cual habló á tenor de su dictámen propio.

Como hombre convencido y buen ciudadano, sostuvo Mr. de Caulaincourt la necesidad de la paz y la conveniencia de tratar directamente con Rusia. Esta opinion fundóla sobre consideraciones que debian tener gran peso en su boca, habiendo vivido tantos años y con tanto honor en San Petersburgo. A impulsos de su habitual instinto de prudencia, inclinándose el juicioso Cambacères á tratar de seguida con el mas fuerte, con aquel que dependia todo, es decir, con el emperador de Rusia, y á amistarse lo mejor que fuera posible, desconfiando especialmente del Austria, que no ofrecia sus buenos oficios mas que para tasarlos en muy alto precio, opinó lo propio que Mr. de Caulaincourt, y apoyó vigorosamente su propuesta. Mr. de Talleyrand, en algunas palabras breves y sentenciosas, expuso el dictámen de dirigirse inmediatamente á Rusia, para obtener la paz sin largos rodeos, y en su concepto no mas cara que pasando por las manos de Austria.

Tras de estos señores mantuvo Mr. de Basano á la larga el parecer contrario, y apoyándose en cuanto recogia cotidianamente, habló con mucho fundamento de la dificultad de abocarse con Rusia, cerca de la cual estaban cerradas todas las avenidas, al par que de la facilidad de pasar por Aus-

tria, donde se habian abierto espontáneamente los caminos todos. Mezclando á una opinion verdadera las ilusiones de un espíritu crédulo, manifestó la mas entera confianza en el desinterés de la corte de Viena, en su adhesion á la alianza, finalmente en el amor del suegro al yerno, y afirmó que todo sería obvio por este lado, sin indicar á qué precio se obtendrian los servicios de Austria, cosa que debiera complementar su dictámen y de hacerle perfectamente juicioso.

Modesto y sensato Mr. de Champagny, viendo grandes dificultades en tratar con Rusia, y grandes facilidades en tratar con Austria, predispuesto á la confianza respecto de esta última corte, cerca de la cual habia residido, resignado á pagarla sus servicios al precio que los tasara, opinó lo mismo que Mr. de Basano. Mr. de Hauterive, teniendo que pensar en determinado sentido, y Mr. de la Bernadiere, espíritu fino y cáustico, sometido por interés á Mr. de Basano, bien que se burlara de su política muy á gusto, se adhirieron al parecer del ministro, jefe de su departamento. De consiguiente se declararon cuatro votos contra tres en favor de la intervencion austriaca.

Para que tal consejo fuera provechoso, aceptando la mediacion de Austria como única admisible, se debiera ir mas lejos, osar discutir bajo qué condiciones se obtendrian los buenos oficios de esta corte, exponer con franqueza estas condiciones, hacer que fueran aceptadas, pues eran muy aceptables, segun se vera muy pronto, ó si no se queria esto, demostrar que entonces habia que conducirse con suficiente arte para eludir la intervencion de Austria en vez de requerirla, para reducir su pa-

pel en vez de agrandarlo, para retardar especialmente sus determinaciones, y tener así tiempo de vencer á los coaligados antes que ella se pusiera de su parte.

Pero Napoleon no pedia que se avanzara tanto, y obcecado por sus deseos, echó de ver la falta en que iba á incurrir ya muy tarde. Claro veia sin duda al juzgar que por de pronto no habia mas que un arbitrio para entablar las negociaciones, y era el de valerse de la corte de Viena. Pero no le agradaba fijar la consideracion en lo que habia de costarle, se lisonjeaba de influir por conducto de la emperatriz sobre el ánimo de su suegro, de obtener de este modo servicios militares al par que diplomáticos del Austria, y se persuadía de que, dándole la Iliria prometida tiempos antes en compensacion de la Galitzia, y dándosela ahora de balde, se tendria por bastantemente galardonada. Error funesto era este y que debia ser casi tan fatal como la expedicion de Rusia. A mayor abundamiento, deseando por satisfacer al espíritu público que se negociara ostensiblemente, decoroso y cómodo hallaba dejar que negociase su suegro sin aparentar que intervenia por sí propio.

Al modo que lo acostumbraba en sus consejos políticos raros y solemnes, donde nunca emitia su dictámen, al par que los expresaba viva é imperiosamente en sus consejos administrativos, dió gracias sin explicarse á los miembros de esta junta, bien que inclinándose, segun las apariencias, á la opinion que obtuvo mayoría, á la de tratar de paz por conducto de Austria, operar al mismo tiempo un gran despliegue de fuerzas, presentar al Senado el *senatus-consulto* proyectado para el

alistamiento de los trescientos cincuenta mil hombres, y retardar algunas semanas la convocatoria del Cuerpo legislativo, que á la sazón podría reflejar la agitación del espíritu público con vivacidad demasiada.

Efectivamente, siguióse esta conducta sin demora, si bien con las faltas que el carácter de Napoleón debía introducir en ella, y que no era idóneo para atenuar el carácter de Mr. de Basano. Después de escuchar mucho Napoleón á Mr. de Bubna, á quien por lo demás halagó diestramente y atrajo del todo á sus intereses, escribió á su suegro en un lenguaje, que, aun siendo afectuoso y de amigo, no era adecuado á ganarle ni por la sustancia, ni por la forma. Refirióle su campaña de 1812, que, según su aserto, se había desfigurado mucho en Viena con relaciones malignas; quejose de que tanto se hubiera dado oídos á estas relaciones en la corte de su suegro; añadió, y así era la verdad, que ni una sola vez le habían vencido los rusos; que donde quiera salieron batidos, y que sobre todo, quedaron anonadados junto al Berezina; que nunca le temaron prisioneros ni cañones sobre el campo de batalla, lo cual era verdad de igual modo, sino que, habiendo muerto de frío los caballos, se les hubo de abandonar mucho material de artillería; que, desmontada la caballería, no pudo proteger á nuestros soldados que se alejaban en busca de comestibles, y así perdió hombres y bocas de fuego; y que por consiguiente el frío era la sola causa de lo que se debía llamar un error de cálculo y no un desastre. Seguidamente Napoleón hacia inmensa ostentación de sus armamentos, amenazando no solo á sus enemigos, sino á los

aliados que trataran de abandonarle, lo cual aludía directamente á Prusia é indirectamente á Austria, bien que luego acababa por decir que, á pesar de la certidumbre de arrojar para la primavera á los rusos sobre el Vístula y del Vístula sobre el Niemen, deseaba la paz y la hubiera ofrecido si terminara esta campaña sobre el territorio de los contrarios; pero que en el estado actual de las cosas no le parecía propio de su decoro ofrecerla, por lo cual aceptaba la mediación de Austria, y consentía en el envío de plenipotenciarios austriacos cerca de las cortes beligerantes. Añadía que, sin determinar á la sazón las condiciones de esta paz, desde luego podía indicar ciertas bases resuelto como estaba á no permitir que se asentaran otras. Jamás consentiría en desmembrar del Imperio lo que se había declarado territorio constitucional por senatus-consultos. De esta suerte Roma, el Piamonte, Toscana, Holanda, los departamentos anseáticos eran cosas inviolables é inseparables del Imperio. ¡De esta suerte, sucediera lo que sucediera, Roma y Hamburgo debían tener prefectos franceses! Napoleón no se explicaba en punto al ducado de Varsovia, no decía lo que deseaba hacer de aquel territorio, y por tanto no excluía la idea de conceder algún engrandecimiento á Prusia, cosa esencial para los que ponían el empeño en la reconstitución de Alemania; pero declaraba que no consentiría en ningún ensanche territorial á favor de Rusia, y no le concedería mas que relevarla de las obligaciones del tratado del Tilsit, esto es, de los lazos del bloqueo continental. Respecto de Inglaterra, con la cual no solo era apetecible, sino indispensable entrar en tra-

tos, pues Rusia no se podia separar de ella, se ajustaba Napoleon á la carta escrita á lord Castle-reagh en el momento de partir para Rusia, y en la cual habia establecido como principio fundamental el *uti possidetis*. Segun este principio, España debia pertenecer á José, que la poseia entonces, y el Portugal, que no poseia, á la casa de Braganza. Nápoles, que habia conquistado, á Murat. Sicilia, que jamás habia ocupado, á los Borbones de Nápoles; resultado deplorable de cierto, pues alcanzando territorios sobre el continente, de los cuales no teniamos necesidad alguna, allende el mar perdiamos nuestras colonias, caídas á la sazón en manos de Inglaterra. A la verdad era imposible discurrir nada mas imprudente que declaración semejante. Para mostrarse arrogantes respecto de Europa, á fin de que no abusase de nuestro abatimiento, habia que limitarse á serlo en el lenguaje y en el tono, sin enunciar condiciones que debian hacer impracticable todo trato, y que, arrebatando al Austria toda esperanza de atraernos á su plan de pacificación, la debian decidir en el fondo del corazon á abrazar su partido al punto, y por tanto á precipitar su cambio de alianza, lo cual se debia retardar el mas largo tiempo que fuera posible, aun previéndolo y resignándose á ello.

Positivamente lo esencial á la sazón fuera adivinar los deseos de Austria y satisfacerla hasta cierto punto, con lo cual nos la ganáramos del todo, ya que se aspiraba á atraerla á la liza en vez de apartarla de ella. Poco le importaba en el fondo que se hiciera hincapie respecto de España, de Holanda y hasta de Nápoles, si se lograba decidir

á Inglaterra á ceder sobre estos diversos puntos. Que no se concediera á Rusia ensanche alguno ni en Turquía, ni en Polonia, cosa era muy de su agrado, y por ello nunca se lanzara á las hostilidades. Pero lo que le interesaba mas que todo era emancipar á Alemania del yugo que hacíamos pesar sobre ella, yugo insostenible, cuando, además del notorio protectorado de la Confederación del Rin, teníamos prefectos en Hamburgo y en Lubeck, un monarca francés en Cassel, y especialmente á Prusia casi reducida á la nada. De seguro Austria no experimentaba sensibilidad de corazon hácia Prusia; pero dejar á esta potencia tan debilitada como se hallaba ahora, equivalía en su concepto á renunciar á una de las fuerzas esenciales de la Confederación germánica. No queria volver á tomar la corona imperial, carga todavía mas pesada que gloriosa, pero anhelaba tornar á hallar su independencia en la independencia de Alemania, ejercer el mayor influjo sobre Alemania reconstituida, y en cuanto á lo que le concernia personalmente, recuperar la Iliria, obtener á la parte del Inn mejor frontera, verse en fin, libre del gran ducado de Varsovia, pues no creia en el restablecimiento de Polonia, y en todo caso no pensaba pagarlo con la Galitzia. Ninguno de estos deseos habia expresado hasta el presente, pero bastaba el mas leve conocimiento de la situación suya para preveerlos, y se necesitaba haber perdido á fuerza de ambición el verdadero sentido de las cosas para quitarla hasta la esperanza sobre puntos tan importantes, y mas teniendo á su lado por competidores á Rusia y á Inglaterra, las cuales además de un cambio completo en Alemania, la

iban á ofrecer la restitucion de cuanto apeteciera en Italia, en Baviera, en Suabia, en el Tirol, de cuanto habia constituido en otro tiempo su poder y su gloria, de cuanto aun originaba, cuando pensaba en ello, sus sentimientos y sus dolores.

Si despues de la destruccion del grande ejército y con la mitad de nuestras fuerzas comprometida en España, se creia poder triunfar de la Europa entera, incluyendo el Austria, al menos, en interés de la próxima campaña, convenia dejar á esta potencia en la duda, y no darle un poderoso motivo de acelerar sus armamentos y de apresurar sus determinaciones en nuestra contra. De consiguiente la mas elemental de todas las políticas era entretener sus esperanzas, para no lanzarla demasiado pronto á los brazos de nuestros enemigos.

A la funesta carta que Napoleon acababa de escribir á su suegro, añadió Mr. de Basano otra para Mr. de Metternich, expresando tres ó cuatro veces mas á la larga y con mas orgullo lo que Napoleon significaba con el tono altanero que le era propio. Allí estaban expuestos con una exageracion casi ridícula los armamentos de Francia. A su decir de resultas de haber inspirado recientemente Prusia algunas desconfianzas, se armaban otros cien mil soldados y se preparaban otros cien millones. Si acababa por declararse en nuestra contra, ascenderian á doscientos mil los soldados y á doscientos los millones añadidos á nuestros recursos. Si se presentaba un nuevo enemigo, se agregarían otros doscientos mil soldados y otros doscientos millones, cuyo empleo no daba lugar á la incertidumbre, ya que, despues de Prusia, solo Austria podia provocar este nuevo despliegue de

fuerzas. Segun escribia el ministro de Negocios Extrangeros, para mantener lo que se denominaba el territorio constitucional del Imperio y la gloria de Napoleon, se llegaria hasta el punto de juntar un millon y doscientos mil soldados. Sobre los rumores de sublevacion de los ánimos en Francia manifestaba Mr. de Basano, que al revés habia que irse con tiento y no hostigar á una nacion tan pundonorosa como la Francia, pronta siempre á levantarse en masa contra los que miran de mal ojo su grandeza, y á lanzarse violentamente sobre Europa, si fuese necesario. Entonces se verian muy otras catástrofes que las presenciadas. Alguien existia aun por la generosidad y espíritu tolerante de Francia que dejaria de figurar en el mapa de Europa.—Al parecer Mr. de Metternich habia dado consejos, y segun se vé, se le devolvian de modo de quitarle la gana de darlos en lo futuro. Esta extraña diplomacia terminaba por testimonios personalmente lisonjeros para el ministro austriaco, bien que muy semejantes á la cortesia de un superior hácia un inferior. A mayor abundamiento Napoleon y su ministro decian que aceptaban la intervencion de Austria, pero bajo las condiciones enunciadas, esto es, las condiciones arrancadas á Rusia despues de Friedland, al Austria despues de Wagram, y se trataba despues de Moscou por desdicha. Para halagar á Austria se habia ideado un medio tan singular como todo lo demás, y consistia en anunciarle con aparato, como noticias de familia propias á interesarla, la próxima coronacion del rey de Roma, nieto del emperador Francisco, y el advenimiento de su hija Maria Luisa á la regencia de Francia, dos proyec-

tos que ocupaban á Napoleon y sobre los cuales habia platicado con el príncipe Cambacéres. Sin duda estas noticias no carecian absolutamente de interés para el emperador Francisco, y eran adecuadas á producirle algun agrado, porque amaba á su hija, y no podia ser insensible á la ventaja de verla gobernar á Francia en ciertos casos. Pero creer que semejante satisfaccion le haria olvidar el estado de Alemania y de Austria, y veinte años de infortunios, que estaba en su mano reparar en un solo instante, equivalia á formarse muy singular idea de Europa y del modo de salir del peligrosísimo paso en que tan temerariamente se habia metido.

Tambien tenia que explicarse Napoleon con Prusia, y que responder á las excusas que le enviaba por la defeccion del general de York, á las pretensiones que insinuaba de establecerse en Silesia, de crear allí un ejército con nuestro dinero, y de aprovecharse de aquel asilo para transformarse poco á poco, á semejanza de Austria, de aliada en mediadora y de mediadora en enemiga.

Aun cuando Mr. de Saint-Marsan no desesperase al parecer de la corte de Prusia, á tal de que se la otorgaran oportunamente concesiones, evidente era que de ella habia que esperar muy poco, dominada como estaba por pasiones nacionales irresistibles, y que respecto de ella no habia que contenerse mucho, sin que resultase para la situacion un grande perjuicio. Y á la verdad, consentir en armamentos que se habian de volver contra nosotros, darla un dinero quizá debido, pero que iba á servir para pagar sus próximas hostilidades, dinero que no se poseia tampoco, fuerza es reconocer que fuera la mayor de las insensate-

ces. Y consentir en que se retirara á Silesia para tratar allí con Rusia, equivalia á entregarla nosotros á esta potencia, hacia la cual ya estaba impelida de sobra. No eran, pues, muy de temer las faltas respecto de la corte de Berlin, pues con ella se resentia el mal de irremediable. Napoleon recibió á Mr. de Krusemark, representante ordinario de Prusia, y á Mr. de Hatzfeld, enviado para esta circunstancia, les trató bien sin abandonar lo mas mínimo su habitual altanería, les expuso á su manera su última campaña, cuidado suyo cotidiano cerca de todos aquellos á quienes veía, luego se extendió sobre sus vastos armamentos, sobre el desquite que iba á tomar sin demora, y afirmoles que antes de tres meses serian rechazados, no solo mas allá del Vistula, sino tambien del Niemen y del Dnieper los rusos. Tocante al proyecto de retirarse la corte de Prusia á Silesia, declaró que no opondria obstáculo alguno, pareciéndole muy natural, segun decia, que no la agradara vivir en medio de los ejércitos beligerantes, pero no admitia que entrara en negociaciones directas con Rusia para alcanzar la neutralizacion de Silesia, y veía un acto positivo de defeccion en esto, pues la primera condicion exigida por Rusia seria el abandono de la alianza de Francia. Relativamente á las demandas que se hacian de dinero, convino Napoleon en que, por el último tratado de alianza, estaba obligado á contar y á pagar al punto los suministros hechos á sus tropas; si bien puso de manifiesto que al primer examen le parecian no solo inferiores á los noventa y cuatro millones reclamados por la administracion de Prusia, sino tambien á los cuarenta y ocho millones debidos á

Francia; que sin embargo, con antelación á todo exámen, consentia en restituir á Prusia los cuarenta y ocho millones de sus empeños; pero que se debía comprender que antes de dar dinero á una potencia colocada tan cerca de sus enemigos, se necesitaba saber el uso á que pensaba dedicar lo que recibiera. Tocante á las plazas del Vístula y del Oder encerró á los dos diplomáticos prusianos en un dilema de difícil salida; pues expresaba que si Prusia era su sincera aliada, no la debía pesar ver estas plazas en sus manos, que, si no lo era, no debía restituírselas á ningun precio, y que además, en visperas de emprenderse á las márgenes del Vístula y del Oder una guerra muy activa no parecía hora oportuna de desprenderse de los puntos que dominaban á entrambos rios. Elevándose de seguida á consideraciones mas generales sobre la situacion de Prusia, dijo Napoleon que sucesos anteriores, independientes de su albedrío, le desviaron de hacer por la casa de Brandeburgo lo que deseara; que lo sentía ahora, si bien todavía era tiempo de efectuar lo no efectuado, y que, no siendo ya verosímil la reconstitucion de Polonia, en la misma Alemania convenia procurar la creacion de una potencia intermedia, capaz de resistir á Rusia, y que esta potencia no podía ser otra que Prusia; que así lo pensaba y se hallaba pronto á cooperar á la consumacion de tal pensamiento; que, si se proponia una paz razonable, se prestaria á reforzar á Prusia por el lado de Polonia y aun por el de Westfalia, si, en vez de ser la pacificacion simplemente continental, era marítima al propio tiempo. A estas insinuaciones añadió Napoleon testimonios de estimacion hácia el mo-

narca, miramientos halagüenos y dignos hácia sus representantes, bien que nada plenamente satisfactorio acerca de lo sustancial de las cosas.

En cualquier otro tiempo estas semi-aberturas sobre la suerte venidera que cabia en lo posible deparar á Prusia, fueran de consuelo muy grande para el rey Federico Guillermo; pero ahora, bajo el predominio de una opinion publica impetuosa, contra el influjo de las promesas magnificas que la hacian llegar Rusia é Inglaterra, tan vagas esperanzas constituian muy flojos lazos para ligarla á nosotros, sobre todo al negarla el dinero y las plazas del Vístula y del Oder, cosas ambas en que tenia esencial empeño. Al modo que prudente en puntos de politica, era económico en materias de hacienda el monarca. A la sazón queria armarse, para estar al nivel de las circunstancias, y deseaba que estos armamentos no le costasen cosa alguna. Además pugnaba por ser amo de su casa, y no creia serlo mientras los franceses ocuparan á la vez á Spandau, Glogau, Custrin, Stettin, Thorn y Danzick. Por tanto estas dos negativas debian afectarle sensiblemente, y precipitar el movimiento ya harto rápido que le empujaba hácia nuestros enemigos.

Mientras Napoleon se explicaba de esta suerte con las potencias alemanas reputadas por aliadas, nada omitia para colocarse en aptitud de prescindir de ellas. Al Senado habia remitido los decretos mencionados, y que á la conscripcion de 1813, ya decretada é ingresada en las filas, añadian la disponibilidad de las cohortes, el alistamiento de cien mil hombres de las cuatro últimas clases, y finalmente, el sorteo inmediato de la conscripcion de

1814. Imposible era no admitir estas disposiciones. Votadas fueron sumisamente por el Senado: con ardor las votara tambien una asamblea libre, y con manifestaciones de sentimientos que ejercieran sobre el espíritu del país el mas venturoso influjo. Para nadie podia ofrecer duda que el gobierno habia errado y comprometido locamente una grandeza comprada á costa de tanta sangre. Pero tampoco ninguna persona de luces y de patriotismo podia cuestionar en punto á que habiendo sido atraído el enemigo sobre Francia, se necesitaba hacerle frente, y rechazarle, sin perjuicio de entrar de seguida en tratos y aun á costa de grandes concesiones, á las cuales se podia prestar Francia sin debilitarse. Convenia que estas concesiones se otorgaran despues de victorias, que restituyesen á nuestros ejércitos, no su gloria, ya imperecedera, sino el timbre de invictos recientemente perdido. Así la opinion de los hombres ilustrados era hacer el último esfuerzo y alcanzar la paz sin demora. Pero la suerte de los hombres ilustrados es que les oigan raras veces, ora los principes, ora los pueblos. Sumisa poco antes la masa de la nacion á Napoleon y sumisa de sobra, se hallaba ahora dispuesta á la censura, á la murmuracion, y á la mala acogida en suma de las nuevas cargas de que se veia amenazada. Los padres de aquellos hijos que iban á convertirse en héroes sobre el campo de batalla, se lamentaban amargamente, y clamaban en los sitios públicos á voz en grito contra las conscripciones repetidas, contra las guerras incesantes, y contra las conquistas de tal modo lejanas, que apenas podian interesar al patriotismo. Cuanto mas se descendia en las clases inferiores, mas pro-

nunciado se encontraba este sentimiento, pues ellas padecian mas de resultas, y siendo su inteligencia mas limitada, no comprendian tanto la necesidad de un último é inmenso esfuerzo. En las calles de París vino á ser la osadía extremada y verdaderamente pasmosa bajo sistema semejante. Colocándose un jóven de veinte y dos años, el cual acababa de caer soldado, detrás de Napoleon, que iba á visitar el arrabal de San Antonio, dirigióle el lenguaje mas ofensivo, á pesar del prestigio que rodeaba siempre su persona, y queriéndole prender la policia, se lo impidió la muchedumbre. Por el pueblo fueron libertados muchas veces jóvenes cogidos por la policia y que gritaban que eran conscriptos llevados á la fuerza, aunque á menudo no fuesen mas que simples malhechores. Uno de ellos obtuvo este favor de las mugeres del mercado, que desarmaron por sí solas á los agentes de la fuerza pública, poco numerosos aquel día en el sitio donde pasaba la escena. Los soldados enfermos, que tenian que ir desde sus cuarteles al hospital militar situado en una de las extremidades de París, necesitaban cruzar toda la ciudad para dirigirse á aquel punto; y en mas de una ocasion vióse á las mugeres del pueblo rodearlos, compadecerse de ellos, prodigarles cuidados, y gritar que aquellas eran nuevas victimas de *Bonaparte*, pues así se le llamaba en son de descontento (1). De este modo se le volvía de emperador á general, y se le quitaba un cetro de que hacia tan cruel uso.

(1) No trazo cuadros de capricho, solo refiero lo que he leído en los boletines de la policia imperial dirigidos á Napoleon.

Aun se notaban mas estas disposiciones en los campos, bien que se manifestaran de una manera menos ruidosa, y con especialidad en los campos donde la conscripcion habia encontrado mas resistencia, como los del Oeste y los del Mediodía. Se comprende cuanta aversion habian de añadir al servicio militar las relaciones de Moscou, aversion insólita en Francia, pero que habian comenzado á hacer general la continuidad de las guerras y las espantosas efusiones de sangre. Traslados nuestros jóvenes conscriptos á las filas, se hacian pronto los mas alegres é intrépidos soldados, pero murmuraban antes de llegar á ellas, y sus familias prorumpian en altos gritos. Sobre todo á orillas del Rhin producian el efecto mas funesto las relaciones de los militares vueltos de Rusia. A hombres, pertenecientes á los antiguos cuadros y que tornaban por Maguncia, oyóse decir á los conscriptos encaminados á sus cuerpos. — «¿A donde vais? — ¿Al ejército?.. — Aguardad á que el emperador os lleve en persona, y mientras tanto volveos á vuestras casas (1)...» Alusion ofensiva á la partida de Smorgoni, que muchos soldados del grande ejército no habian perdonado á Napoleon todavía.

A este descontento de las masas juntábanse preocupaciones sombrías y terrores singulares. Se propalaban alarmantes rumores, traídos de eco en eco desde Moscou á Estrasburgo y Maguncia: se suponía que de los mariscales, unos habian sido prisioneros ó rematados sobre el campo de batalla, y otros estaban locos, moribundos ó muertos: se

(1) Tomo estos pormenores de relaciones militares presentadas á Napoleon.

referia que entre la Guardia y el ejército habia habido un sangriento combate: se anunciaba la llegada de bárbaros feroces, prontos á caer sobre Francia. Por ejemplo, en Italia, donde lo maravilloso se unia al miedo, se divulgaba entre el pueblo el vaticinio de una sumersion total de la península italiana, y que iba á ser invadida por el Mediterráneo y el Adriático salidos de su lecho. Indecible turbacion originaba rumor tan absurdo en un pueblo supersticioso (1). No contribuian poco los sacerdotes italianos, siempre enemigos aunque sumisos en apariencia, á propagar estas locas especias, y á irritar de todas maneras el espíritu de las poblaciones, con especialidad en los campos.

En los departamentos de la antigua Francia no llegaban hasta la sedicion estas muestras de descontento y estas alarmas, porque, si el gobierno era opresivo, tenia el carácter de nacional, y si se le aborrecia, no era como á extranjero. Pero entre el Rhin y el Elba, en Holanda, en Westfalia, en Brema, en Hamburgo, la vista de las escuadras inglesas y la aproximacion de las tropas rusas producian tumultos, y hacian temer un movimiento general á cada instante. En el gran ducado de Berg, departamento industrial, donde nuestro régimen mercantil molestaba mucho, se eligió el moment del sorteo para arrojarse sobre los funcionarios que presidian las operaciones de la conscripcion ó quinta, y batir á los gendarmes y ahuyentarlos. Después corrióse á las casas de los aduaneros y recaudadores y fueron devastadas ó demolidas. En

(1) Hablo por testimonio de las autoridades francesas en Italia.

Hamburgo, donde se odiaba á la autoridad francesa por extranjera y por representante del bloqueo continental, se aprovechó la ocasion de la salida de una cohorte, para amotinarse en torno de ella, impedirle que marchara, correr de seguida sobre los aduaneros y los recaudadores franceses, maltratarlos y expulsarlos á los gritos de ¡Viva Alejandro! ¡Vivan los cosacos! De igual modo fueron expulsadas las autoridades francesas al punto, sin un socorro de caballería enviado por los daneses, nuestros aliados y nuestros vecinos. En Amsterdam, en Rotterdam, se mostraba menos osadía, pero en toda Holanda se oía á menudo el grito de *viva Orange*, y era probable hasta el último extremo una insurreccion cuando se acercara el enemigo.

Sin embargo, cuando la clase ilustrada de un país aprueba tales ó cuales providencias, presta un apoyo de suma eficacia. En Francia, conociendo esta clase entera que habia que defenderse contra los enemigos exteriores, por mas que el gobierno hubiese errado cien veces, se ejecutaban los alistamientos y los altos empleados eran sostenidos por un asentimiento moral que no habian logrado siempre, y cumplian su obligacion aunque en el fondo del alma estuviesen melancólicos y llenos de presentimientos siniestros. A las manifestaciones dichas daba Napoleon el nombre de *movimientos de la canalla*, que habia que reprimir implacablemente, y que no se reproducian cuando se sabia castigarlos á tiempo. En Paris dispuso que se ejecutaran varias prisiones, cuyo efecto momentáneo fué hacer algo mas cautos á los gritadores en los corrillos. Pero en el gran ducado de Berg hizo pasar

por las armas á algunos sublevados, y movilizó diversas columnas para que recorrieran el país y sembraran donde quiera el espanto. En Hamburgo mandó que fueran fusiladas seis personas por el ultraje hecho á las autoridades francesas.

Por lo demás estas circunstancias no le abatian de ánimo ni le quitaban la esperanza de obtener de Francia una manifestacion nacional que correspondiera al ímpetu patriótico de Alemania, y que pudiera hasta cierto punto destruir el aserto, divulgadísimo por Europa, de que tan cansada estaba Francia de su despotismo como de su dominacion las naciones extranjeras. Ideó procurar que por las ciudades y los cantones se le ofrecieran ginetes montados y equipados, para reparar las pérdidas de la caballería, inmensas en la última campaña. Con que se lo dijera á un solo prefecto, y éste lo trasladara á un consejero municipal de la capital de su distrito, bastaba para que se hiciese en una gran ciudad una oferta de esta clase, y se imitara al punto en todo el Imperio. La mejor situada de todas las ciudades de Francia para tomar la iniciativa, la mas populosa, la mas rica, la mas atenta á los sucesos públicos, la de Paris, puesta en movimiento antes que otra alguna, estrenóse con una oferta brillante. Un miembro del consejo municipal dijo que la ciudad de Paris, situada mas á inmediacion del gobierno, mejor instruida por tanto de sus necesidades, debia dar el ejemplo, y que, fundando nuestros enemigos sus principales esperanzas en la destruccion de nuestra caballería, se necesitaba reemplazar con cuarenta mil ginetes bien montados y bien armados los veinte mil que un invierno extraordinario ha-

bia destruido; que, si los reyes coaligados se lisonjeaban de tener á su favor la opinion pública de sus respectivos paises, menester era demostrarles que el héroe que habia salvado á Francia de la anarquía, tambien tenia á la nacion de su parte, y era objeto de su admiracion, de su afecto, de su adhesion ilimitada, y que ninguna coalicion prevalecia en su contra. Al mismo tiempo propuso este consejero municipal que se ofreciera al emperador un regimiento de quinientos ginetes montados y equipados. Inmediatamente de presentada, fué esta proposicion admitida, votada por aclamacion y llevada á las Tullerías por una diputacion del Consejo. Con insertar en el *Monitor* la relacion de esta escena, habia suficiente para despertar el patriotismo de los unos, el celo interesado de los otros, y para estimular vivamente á todo prefecto á quien no se anticipasen sus administrados. En ciertos puntos, situados fuera de la antigua Francia, se suscitaron algunas objeciones, bien que tímidas de sobra y reprimidas al instante hasta por los prefectos, quienes no vacilaban en *internar* á los contradictores, esto es, en desterrarlos á lo interior del Imperio. Pero en la totalidad de los departamentos, comprendidos entre el Rhin, los Alpes y los Pirineos, no encontraron dificultad alguna estas ofertas. Si habia excitacion por parte de los prefectos ó de las personas de su confianza, tambien por parte del pais habia pleno asentimiento, pues no se contaba un solo ciudadano sensato y patriota que pudiera presentar ningun argumento en contra de tales proposiciones. Unánime era la opinion de que, aun siendo Napoleon el autor de todas nuestras desventuras, habia que

sostenerle, porque solo él era capaz de rechazar á la formidable masa de enemigos que acababa de atraer sobre Francia. A Paris sucedieron las grandes ciudades, luego las menores, despues los cantones, dando cada cual mas ó menos á tenor de sus recursos y de su celo. Lyon ofreció ciento veinte ginetes; Bordeos, ochenta; Estrasburgo, ciento; Rouen, Lila, Nantes, cincuenta; Angers, cuarenta y cinco; Amiens, Marsella, Tolosa, treinta; Metz, Rennes, veinte y cinco; Pau, Tolon, Bayona, Besanzon, Caen, Tours, Versailles, Ginebra, veinte; Nancy, Clermont, Duokerque, Nimes, Aix, quince. Las ciudades de San Quintin, Orleans, Mans, la Rochela, el Havre, Dijon, Cherburgo, Brest, Maccón, Angulema, Verdun, Poitiers, Perpiñan, ofrecieron unas doce ginetes, otras diez y otras ocho: las de Saint-Denis, Laon, Fontainebleau, Blois, Ivetot, Dieppe, Vandoma, Moulins, Perigueux, Niort, Meaux, Elbeuf, Quimper, Vannes, Abbeville, Langres, Libourne, Luneville, Lisieux, Sens, Tarascon, Orange, Arlés, Narbona, Nevers, ofrecieron seis las unas, y cinco, cuatro ó tres las otras. Despues vino la serie de las pequeñas ciudades y de los cantones, cuyas deliberaciones llenaban muchas columnas del *Monitor* todos los dias. Es digno de notar que las ciudades extrangeras, agregadas violentamente al Imperio, y muy mal dispuestas por tanto, emitieron casi todas votos de una importancia muy superior á su celo, evidentemente bajo el impulso de prefectos que las intimidaban ó de personas juiciosas que aspiraban á conseguir que por este medio se olvidasen algunos actos imprudentes de sus conciudadanos. Asi Roma votó doscientos cuarenta ginetes; Génova, ochenta; Ham-

burgo, ciento; Amsterdam, ciento; Rotterdam, cincuenta; el Haya cuarenta; Leide, veinte y cuatro; Utrech, veinte; Dusseldorf, doce.

Hechas las ofertas, para llevarlas á cabo, habia que buscar el hombre, el caballo y el equipo. Para hallar los hombres acudióse á soldados licenciados, á postillones, á guardas forestales, y por último, á sustitutos. Mucha mayor dificultad habia en proporcionarse los hombres que los caballos, pues nada podía el dinero. Pronto comunicóse un aviso del ministerio de lo Interior á las prefecturas, manifestando que sobre todo se necesitaba de caballos y equipo. Así este ya era solo asunto de dinero. Para adquirirlo hicieron los prefectos entre los mayores contribuyentes el reparto de las sumas necesarias, y enviaron á cada uno de ellos su cuota, que en varios departamentos ricos ascendia á mil, á ochocientos y á seiscientos francos por cabeza, y que fué puntualmente pagada á pesar de algunas raras reclamaciones contra un método de impuesto ilegal del todo. Acto continuo se dedicaron los prefectos á buscar caballos, y los encontraron á fuerza de pagarlos á buen precio. Ninguna dificultad ofrecia el equipo en un país tan industrial como Francia.

A los pocos días subian las ofertas á veinte y dos mil caballos, á veinte y dos mil equipos y á diez y seis mil ginetes. Recurso positivo era el de los veinte mil caballos, sobre todo mediante la dificultad que para proporcionárselos habia entonces. Además, no dejaba de ser grande el efecto moral de estas ofertas, pues, aunque la mano de la autoridad fuera visible, se conocia á pesar de todo y no se negaba el asentimiento real del país, posei-

do todo de la idea de una resistencia enérgica, á la cual siguiera una paz inmediata y honrosa. Sin duda este impetu no se parecia al de Alemania, pues esta se mostraba entusiasta, entusiasta por conquistar su libertad, por recuperar su independencia nacional, y nosotros estábamos friamente convencidos de la necesidad de defendernos contra un enemigo imprudentemente atraído sobre Francia. Pero lo que al menos debia igualarnos al empuje de Alemania era la energia de nuestros soldados, que, separándose con pena del seno de sus familias desconsoladas, y no oyendo ya mas que la voz del honor ante el enemigo, iban á ser émulos en la bizarría, ya que no en la experiencia, de los mas valerosos soldados del ejército antiguo.

Ya en posesion de estos vastos recursos de reclutamiento, empleólos Napoleon con el prodigioso genio de organizacion de que habia dado tantas pruebas. Realizados estaban dos de los cuatro principales recursos que debia tener á la mano y de elevarse juntos á quinientos mil soldados, el de la conscripcion de 1813 y el de las cohortes. En febrero podia tener el tercero, el de los cien mil hombres sacados de las cuatro últimas clases. Le bastaba conseguir en el curso del año el cuarto, el de la conscripcion de 1814, puesto que solo se hallaba destinado á reemplazar en los depósitos á la conscripcion de 1813, que iba á ser distribuida del todo en los batallones de guerra. Véase cómo recompuso Napoleon su ejército con estos recursos.

Después de forjarse ilusiones sobre las fuerzas que le quedaban entre el Vistula y el Oder durante un momento, ya estaba perfectamente ilustrado y sabia que solo podia contar con algunos restos,

consistentes en cuadros. De consiguiente ordenó que junto al Oder se conservaran solo un cuadro de compañía por cada cien hombres, y otro de batallon por cada seiscientos. Todos los demás debieron ser nuevamente enviados á Francia. Aun reduciéndose de este modo, no habia para formar un batallon por regimiento, á pesar de que al tiempo de la partida contaban los regimientos del grande ejército no menos de cinco batallones de guerra, presentes en las filas. Este primer batallon se hallaba destinado á componer exclusivamente la guarnicion de las plazas del Oder. Tocante á las del Vistula, como Danzick y Thorn, se encontraban ya bloqueados, y además habian recibido divisiones enteras, como las de Heudelet, Grandjean y Loison. Recogiendo cuantos soldados errantes se fueron presentando, é ingresando de nuevo en las filas unos tras otros, apenas se pudo completar un batallon por regimiento. Reforzado fué cada uno de ellos con las compañías de infanteria puestas de guarnicion á bordo de las naves. Sin duda se hace memoria de que de cada batallon de depósito habia sacado Napoleon una compañía de infanteria para situarla en todo navio de alto bordo. Generalmente se componian de soldados que llevaban tres ó cuatro años de servicio. Reducido á sacar recursos de todo, ordenó que bajaran á tierra estas compañías, y fueran encaminadas sin demora hácia el Oder las que estaban sobre el Texel y el Escalda, á fin de ser incorporadas á los primeros batallones, denominados de las plazas del Oder.

Apenas rehecho este primer batallon por cada regimiento, juntóse cuanto quedaba de los cuadros de los otros batallones, y llevóse parte á ori-

llas del Rhin, y parte á lo interior de Alemania. Treinta y seis eran los regimientos franceses del ejército de Rusia (4), diez y seis de ellos del primer cuerpo, el de Davout, seis del segundo, de Oudinot, seis del tercero, de Ney, ocho del cuarto, del príncipe Eugenio. Napoleon determinó que siguiera á las órdenes del mariscal Davout el primer cuerpo, y se reorganizara con los mismos diez y seis regimientos de antes: que los cuerpos segundo y tercero se refundieran en uno solo de doce regimientos, y se reorganizaran y confiaran al mariscal Victor, y que por último, el cuarto, del príncipe Eugenio, se reorganizara en Baviera. Por consiguiente los cuerpos de los mariscales Davout y Victor debian constar de veinte y ocho regimientos. Napoleon quiso que se retuvieran en Erfurt los cuadros de sus segundos batallones, y envió inmediatamente al general Doucet para mandarlos, y de los depósitos hizo partir á conscriptos de 1813 ya instruidos, para que cada uno de estos veinte y ocho batallones se compusiera de ochocientos soldados. Entonces la plaza de Erfurt era

(4) Quizá parezca escaso el número de treinta y seis regimientos de infanteria, comparado al total del grande ejército, que, segun hemos dicho, ascendia á seiscientos doce mil hombres, sin incluir los austriacos. Pero se explica facilmente si se considera que aquí sólo se trata de la porción del grande ejército que penetró en lo interior de Rusia, que el número de batallones de guerra era de cinco por cada regimiento, lo cual sumaba ciento ochenta batallones, esto es, ciento ochenta mil infantes á la partida, que fuera de estos treinta y seis regimientos quedaban la Guardia imperial y los aliados de todas clases, polacos, italianos, sajones, bávaros, westfalianos, wurtembergueses, prusianos, etc.

una posesion francesa, provista de un material inmenso, y empleando los cuadros en llegar á este punto el tiempo que los reclutas gastaran por su parte en lo propio, se efectuaba la reorganizacion á mitad de camino, por tanto la mitad mas pronto y la mitad mas cerca del teatro de la guerra. Caudales envió Napoleon para indemnizar á los oficiales que todo lo habian perdido en Rusia, para pagarles sus atrasos y proporcionarles asi algun consuelo. Inmediatamente que estos batallones se encontraran en buen estado, se debian incorporar los unos al mariscal Davout, y los otros al mariscal Victor junto al Elba. Al Rhin habian de venir á llenarse los cuadros de los terceros, cuartos y quintos batallones, con los hombres mas robustos, si bien todavia no instruidos de las cuatro clases anteriores. Por consiguiente estos últimos batallones no se podian hallar reorganizados antes de tres ó cuatro meses. Napoleon proyectaba enviar á los mariscales Davout y Victor por lo menos sus terceros y cuartos batallones tan luego como le fuera posible. Ya entonces tendrian estos mariscales tres batallones por regimiento, y como conocian perfectamente la guerra del Norte, se proponia Napoleon llevarlos de nuevo sobre el Vístula, donde se lisonjaba de estar para el mes de junio. Al pasar el Oder debian tomar sus primeros batallones, encerrados en las plazas, con lo que el mariscal Davout tendria un cuerpo de diez y seis regimientos de á cuatro batallones, y el mariscal Victor un cuerpo de doce regimientos de otros tantos, esto es, un total de ciento doce batallones, representando la infanteria de un ejército de ciento veinte mil hombres. Entretanto el mariscal Da-

vout, con los diez y seis segundos batallones reorganizados en Erfurt, iba á ocupar la ciudad de Hamburgo, acostumbrada á plegarse bajo su mando; y con los doce, que le estaban destinados, iba el mariscal Victor á ocupar la plaza de Magdeburgo, y establecidos asi uno y otro á orillas del Elba, estarían en aptitud de guardar al príncipe Eugenio las espaldas.

Siendo procedentes de Italia los cuadros del cuarto cuerpo, del príncipe Eugenio, fueron encaminados á Augsburgo, para recibir allí á los reclutas, que debian llegar de las márgenes del Pó por el Tirol y Baviera. Se vé que era imposible combinar los recursos con mas arte, atendidos los lugares y el tiempo de que podía disponerse.

Estando asi asegurada la reorganizacion de los cuerpos antiguos, aplicóse Napoleon á los nuevos, á cuya creacion estaba obligado á toda prisa, pues la necesidad de detener á los rusos en su marcha ofensiva pudiera llamarle junto al Elba desde el mes de marzo. Recurso el mas disponible lo proporcionaban las cohortes, compuestas de cien batallones, que merced á la prevision de Napoleon, se hallaban organizados ya hacia nueve meses, y á toda la consistencia apetecible, juntaban una instruccion casi completa. Sus soldados eran jóvenes de veinte y dos á veinte y siete años, tomados del primer alistamiento de la guardia nacional y entre los solteros, hombres robustos, y si bien algo razonadores, destinados á formar una infanteria sólida y denodada. Tanto sus amenas dotes, como sus defectos, se originaban de su edad, de algo de descontento y de sus oficiales. Generalmente estos habian sido reformados por razon de edad, de he-

ridas, ó de adhesion á la república, al instituirse el Imperio. Muchos habia que estaban enfermos y hablaban mucho y propendian á la oposicion á las claras; y asi hubo que mudar la mitad de ellos. A los útiles se les perdonó su espíritu discolor, porque hacian falta y porque no se dudaba de su bravura delante del enemigo. Reemplazados fueron los otros, habiendo servido solamente para instruir á sus tropas, y no pudiendo mandarlas en una guerra tan activa como la que se preveia. Con este fin se buscaron sugetos en la Guardia imperial, en los cuadros de vuelta, y sobre todo en el ejército de España, donde empezaban á contarse demasiados oficiales para los soldados que iban quedando, y donde además todos los oficiales eran buenos, como que no habia escuela mas excelente que aquella guerra horrorosa. Llamados con urgencia estos oficiales y llevados en posta debian reemplazar al punto á los excluidos de las cohortes.

Seguidamente distribuyólas Napoleon en veinte y dos regimientos de á cuatro batallones, teniendo una compañía de depósito cada uno de estos. Se les dieron buenos coroneles y encaminóseles sobre el Rhin hácia Wesel y Maguncia. Formados los doce primeros en cuatro divisiones de tres regimintos cada una compusieron el cuerpo denominado del Elba, y partieron inmediatamente para Hamburgo, á fin de incorporarse al príncipe Eugenio y de llevarle un refuerzo de cuarenta mil hombres de la mejor infanteria. Despues de recibirle podia el príncipe Eugenio oponerse con ochenta mil hombres á los rusos, y ya no tenia que temer nada, pues estos no se hallaban en aptitud de juntar igual masa de fuerzas en parte alguna.

La presencia de estos cuarenta mil hombres, yendo á lo largo de Holanda, cruzando el Hannover y las ciudades anseáticas, debia contener á estas provincias tan agitadas y tan mal dispuestas respecto de nosotros, interin los veinte y ocho batallones de los mariscales Davout y Victor llegaran á su destino. Napoleon dió al general Lauriston el mando de este cuerpo en gefe. Ya empezaban á no bastar todos los mariscales por cansados ó por estar fuera de combate. Digno era de este mando el general Lauriston, hombre sensato y firme que como embajador en Rusia habia procurado evitar la guerra, y que, ya encendida la lucha, se portó con mucho denuedo. Al punto le envió Napoleon para que fuera á dedicar todo el esmero á su cuerpo de tropas.

Acto continuo pensó Napoleon en formar junto al Rhin otros dos cuerpos. Le quedaban diez regimientos de cohortes, y además habia un número bastante considerable de cuadros, dejados unos en lo interior á la hora de partir para Rusia, sacados otros sucesivamente de España. Estos últimos habian distribuido sus soldados en los batallones que debian continuar sirviendo mas allá de los Pirineos, y tornaron á Francia reducidos á los oficiales, á los sargentos, y á algunos hombres escogidos. Con estos diferentes cuadros habia para formar algo mas de treinta regimientos de á dos ó tres batallones. Gran diligencia se puso en llenarlos con la conscripcion de 1813, que se hallaba medio instruida, y se pensaba en concluir su educacion militar durante las marchas. Desgraciadamente entre estos batallones, sacados de este punto y del otro, rara vez se encontraban dos de un

mismo regimiento. Tan luego como se hallaban en este caso, se cuidaba de juntarlos para figurar bajo el número del regimiento mismo, con sus oficiales y su bandera. Se dedicó la atención á sacar de las diversas partes del Imperio los batallones de los regimientos que estaban disponibles, á fin de hacer que sirvieran juntos. Ya hemos dicho que esta funesta dislocación de los cuerpos provenía de la política desarreglada, que desparramando por toda Europa las fuerzas de Francia, llevaba á veces los diversos batallones de un mismo regimiento á Iliria, á Portugal, á Polonia.

Tocante á los batallones aislados, se les juntó en el número de dos ó tres bajo la forma poco consistente de regimientos provisionales, con intención de poner término á esta organización interina.

Con ocho de las diez cohortes restantes, y con parte de los treinta y mas batallones, cuya formación acaba de ser expuesta, compuso Napoleon el primer cuerpo del Rhin, distribuyólo en cuatro hermosas divisiones, y lo fió al héroe de la retirada de Rusia, al mariscal Ney, que tambien se habia entregado á un movimiento transitorio de despecho, cuando vió el ejército abandonado por su gefe, pero que al saber junto al Oder la brillante y justa recompensa otorgada á sus servicios, pues acababa de ser nombrado príncipe de la Moskowa, recuperó su ardimiento, y nada anhelaba mas que encontrar á los rusos para hacerles expiar los triunfos de la última campaña. Una quinta division, compuesta de los alemanes de los príncipes aliados debía elevar su cuerpo á cincuenta mil hombres, y aun á sesenta mil con la caballería y la artillería. Este cuerpo se hallaba destinado á descargar los

primeros y mas rudos golpes. Ante todo se iba á formar en Maguncia, despues en Francfort, Hanau, Wurzburg, y se debia poner en marcha al mes de efectuarlo el cuerpo del Elba, esto es, el 15 de marzo. Vuelto á Paris el mariscal Ney hacia poco, menos para tomar descanso, de que no necesitaba su constitucion de hierro, que para recibir la investidura de su nuevo título, tuvo orden de volver á partir al punto y de encaminarse á orillas del Rhin, para vigilar la organización de las tropas que debia tener bajo su mando.

Se compuso el segundo cuerpo del Rhin de algunos de los regimientos provisionales, y de la infantería de marina, cuya creacion ya antigua se debia á aquella activa perspicacia de Napoleon, el cual, sabiendo muy bien que nunca tendria recursos sobrados para tantos negocios como se echaba encima, engendraba una organización nueva tan luego como hallaba ocasion, espacio y medios. Efectivamente, cuando soñaba con vastas expediciones marítimas, llevadas á bordo de cien navíos de línea y zarpando de los magníficos puertos del Imperio desde el Texel hasta Trieste, formó una tropa acostumbrada al doble servicio de la artillería y de la infantería, é idónea para combatir así por mar como por tierra. Cerca de veinte mil de estos artilleros infantiles contaba, y podian suministrar diez y seis mil hombres á las filas, soldados instruidos, vigorosos, y con el espíritu alto de la marina. Napoleon ordenó su partida inmediata hácia las márgenes del Rhin, lo cual debia serles mas grato que estar ociosos en nuestros arsenales, ó ser enviados á ultramar á los climas mortíferos de nuestras colonias.

En cuatro regimientos distribuyólos Napoleón de á cuatro batallones, y los hizo entrar en el segundo cuerpo del Rhin con algunos de los regimientos que acababa de reconstituir á toda prisa. Este cuerpo, que se iba á formar inmediatamente despues del primero, y á reemplazarle en Maguncia, podía estar listo el 15 de abril, esto es, un mes mas tarde. De cuatro divisiones debia constar y de muy cerca de cuarenta mil hombres de infantería. Lo reservaba Napoleón al mariscal Marmont, el vencido en Salamanca, condenado como general en gefe por la experiencia, aunque todavía capaz de ser un buen lugarteniente. Su herida, considerada mortal al pronto, hacia esperar un cabal restablecimiento. Igualmente recibió la órden de encaminarse á Maguncia, tan luego como su salud se lo permitiera.

Todavía determinó Napoleón sacar del personal y del material, acumulados de muy atrás en Italia, un cuerpo de cuarenta á cincuenta mil hombres, que, bajando á Baviera, mientras él desembocara personalmente en Sajonia, completara las fuerzas que se proponía reunir sobre el Elba. De este cuidado encargó al general Bertrand, gobernador de la Iliria, el cual, sin gran costumbre de manejar tropas, pues era oficial de ingenieros, entendia bien el detalle de su organizacion, era activo y celoso, y hombre en fin, de no perder instante en circunstancias tan graves como las en que se hallaba el Imperio.

Napoleón autorizóle para tomar cuantos recursos militares quedaban en Iliria, para no dejar alli mas que los depósitos y algunas milicias locales, y trasladar el resto al Friuli. Si se conservaba la

alianza con Austria debian volver indudablemente las provincias iliricas á esta potencia, y si por el contrario, se perdía esta alianza, no había posibilidad de disputarlas durante veinte y cuatro horas. Por consiguiente fuera una inútil dispersion de nuestras tropas dejar parte de ellas mas allá de los Alpes Julios. Con los cuadros sacados de estas provincias, con algunos regimientos dejados en Lombardia, con algunos otros residentes en el Piamonte y vueltos de España, con los dos restantes de las cohortes, había para componer tres buenas divisiones francesas de á doce batallones cada una. Estando llenos de conscriptos los depósitos de Italia, era fácil el reclutamiento de estas tres divisiones. Por último, el ejército propiamente italiano podía tambien suministrar una division excelente, lo cual elevaria á cuatro el cuerpo que el general Bertrand estaba encargado de llevar á Alemania. Usando Napoleón hasta de sutileza con este servidor adicto, le hizo esperar el mando del cuerpo todo, á fin de que se esmerase aun mas en organizarlo.

Estando reconstituida la infantería tan pronto como lo permitian las circunstancias, menesterera dedicar la aplicacion á las armas especiales, que habían sufrido todavía mas que la infantería. Sin duda se recuerda que, mientras Napoleón llamaba de Italia al cuerpo del general Grenier y formaba el del mariscal Augereau, sacó de Francia cuantas compañías de artilleros se encontraban disponibles, y prescribió que se creara una compañía de esta clase. Merced á tal precaucion, no podía faltar el personal de la artillería. Para recomponer la del ejército echó mano de los artilleros vueltos de Ru-

sia, de cuarenta y ocho compañías sacadas de los puertos y de los arsenales, y de las ochenta formadas en las cohortes. Con estas fuerzas habia para prestar el servicio de mil bocas de fuego. Tocante al material todo habia quedado hundido bajo las nieves de Rusia; mas por fortuna estaban llenos nuestros arsenales de mar y tierra. Solo faltaban cureñas de campaña, y Napoleon hizolas construir en todas partes, y hasta en Tolon, en Brest y en Cherburgo. Sin duda debian llegar tarde las que se construyeran en estos pantos, pero á orillas del Rhin habia para montar seiscientas bocas de fuego, lo cual era suficiente para el principio de la campaña.

Respecto de los caballos aun habia sido mayor la pérdida que la de los hombres y los carros. Nuestra retirada sobre el Oder habia reducido mucho nuestros medios de remonta, si bien mas para caballos de silla que de tiro. Napoleon esperaba que el general Bourcier, encargado de todas las compras y estimulado por una correspondencia cotidiana, llegaria á juntar alrededor de diez mil caballos de tiro en la Baja Alemania. Quince mil ordenó que se sacasen de Francia por requisicion y pagándolos al contado. Rigoroso procedimiento es el de las requisiciones y manchado hasta de despojo, como que se quita el objeto requerido á quien no quisiera venderlo; pero su rigor estaba muy justificado por la urgencia, al par que muy suavizado por el pago al contado. Con estos diversos medios y con inmensa fabricacion de arneses, no dudaba Napoleon reunir seiscientas bocas de fuego, y los correspondientes tiros de caballos para el principio de las hostilidades, esto es, pa-

ra abril ó mayo, y mil para dos meses mas tarde.

Se puede decir que la caballeria era mas importante que la misma artilleria, á causa de la prodigiosa cantidad de tropas de á caballo con que contaba el enemigo; y estaba destruida no solo en lo que habia existido, sino en los medios que pudieran servir para reorganizarla. Todos sus caballos habian perecido como los de la artilleria, y nuestro grande ejército que pasó el Niemen con sesenta mil caballos, dejando veinte mil de reserva, trajo tres mil tan solo, dejados en Danzick los unos, y reunidos los otros en torno del principe Eugenio. Casi era de igual consideracion la pérdida de hombres. Napoleon calculó tener de veinte y cinco á treinta mil ginetes, y en su concepto bastaba montarlos y equiparlos para que fuesen tan buenos como antes. Pero ya rectificadas los primeros datos, no esperaba librar mas que once ó doce mil del abismo donde nuestro ejército se habia sepultado. Mucho disminuyeron los recursos para remontarlos desde que se perdieron la Polonia, la Vieja Prusia, la Silesia y el Mecklemburgo. Aun quedaban Hannover y Westfalia. De dos á tres mil caballos se habian sacado de los países evacuados, y se presumia que aun se sacaria de nueve á diez mil del territorio comprendido entre el Rhin y el Elba. Con los diez mil de tiro, de que acabamos de hablar para la artilleria, se aproximaban á veinte mil los que habia que sacar de estas comarcas. Ocupábase el general Bourcier en comprar caballos, en apresurar la fabricacion de las sillas, en recoger los hombres que volvian extenuados, en vestirlos, en hacer que descansaran de sus fatigas para que ingresaran de nuevo en

las filas. No sin trabajo llevó su tarea adelante á pesar de la fuerza y del dinero, por consecuencia de la mala disposicion en que se hallaban aquellas provincias. Aunque Napoleon habia abierto al general Bourcier créditos ilimitados, costaba mucho hallar contratas, por lo muy turbadas que en tales momentos de crisis se encontraban las relaciones comerciales. Lisongeándose de que el general Bourcier se proporcionaria con que montar de trece á catorce mil ginetes, y recelando que no tornara un número igual de Rusia, le envió de dos á tres mil desmontados de los depósitos del Rhin. Inmediatamente hizo salir de París á los generales Latour-Maubourg y Sebastiani para que fuesen á Hannover á ponerse á la cabeza de la caballería remontada. Les ordenó que formasen dos cuerpos, parte de coraceros, parte de húsares y cazadores, y que tan luego como juntaran seis mil ginetes capaces de ponerse en marcha, se los llevarán al príncipe Eugenio.

Además calculaba Napoleon que habiendo recibido los depósitos de caballería la parte correspondiente de las conscripciones de 1812 y de 1813 le proporcionarían otros diez mil ginetes instruidos. Encargado estaba el duque de Placencia de juntarlos en escuadrones correspondientes á los antiguos regimientos del grande ejército, y de conducirlos, cuando ya estuvieran formados, á los cuerpos de los generales Latour-Maubourg y Sebastiani, y de refundir cada destacamento en el regimiento á que pertenecía, para que de esta suerte los regimientos se completaran del todo. Agregados estos diez mil ginetes á los trece ó catorce mil que se remontaban en Alemania, se jun-

tarian de veinte y tres á veinte y cuatro mil hombres de á caballo, fuerzas que constituía una buena base de caballería.

No faltaban caballos en Francia para los diez mil ginetes, cuya pronta organizacion estaba confiada al duque de Placencia: tres mil quedaban de la remonta de 1812: no ascendían á menos de siete ú ocho mil los que se podían sacar de los ajustes hechos. Napoleon ordenó una requisicion de quince mil caballos de gruesa caballería: pagándolos al contado como los caballos de tiro, medida rigurosa, según acabamos de reconocerlo, bien que justificada por las circunstancias. Veinte y dos mil caballos habian proporcionado los donativos voluntarios, generalmente de caballería ligera. Así en Francia debia tener para montar cuarenta y cinco mil hombres, que, unidos á los que se esperaba sacar de Alemania, sumarian cerca de sesenta mil ó cincuenta mil cuando menos para la caballería disponible en la próxima campaña. Obtenidos los caballos, debiendo salir los hombres de las conscripciones de 1812 y de 1813, no faltaba mas que buscar los cuadros. Excelentes los habia en España, y así dispuso Napoleon sacar de allí un cuadro de escuadron por cada regimiento de á caballo, tomando los oficiales, los sargentos y algunos soldados selectos, según hizo con la infantería. También prescribió enviarlos al Rhin á toda prisa. Llenos estos cuadros con los ginetes que en los depósitos se hallaran formados y montados, iban á componer una segunda reunion de fuerzas que, á las órdenes del duque de Padua, se debia juntar á la llevada antes por el duque de Placencia.

De pronto Napoleón debía tener en Alemania, ante todo trece ó catorce mil ginetes, después veinte y cuatro mil cuando el duque de Placencia llegara allí con su cuerpo de tropas, y cuarenta mil cuando el duque de Padua se presentara con el suyo. Mas tarde estaban destinadas á llegar las otras fuerzas. Recursos ofrecía Italia para seis mil ginetes, listos la mitad de ellos para la abertura de la campaña, lo cual debía proporcionar al cuerpo del general Bertrand como unos tres mil hombres de á caballo.

A todas estas fuerzas quería añadir Napoleón la Guardia imperial, constituida bajo proporciones nuevas del todo. Cruelmente había sufrido en Rusia, sin embargo, aun tenía cuadros bastante numerosos en Alemania, en Francia y en España. Aquí especialmente había una división entera de la Joven Guardia. De todos estos elementos determinó servirse Napoleón para recomponer su tropa de preferencia. Mucho estimaba por su fidelidad á la Vieja Guardia, cualidad que los sucesos podían hacer preciosa: también estimaba á la Joven Guardia, porque merced al espíritu de cuerpo, no introduciendo en sus filas mas que hombres escogidos, dentro de poco podía adquirir el valor de las mejores tropas. De consiguiente hizo pedir á todos los cuerpos que en el desastre de Moscú no habían sufrido, y especialmente á los de España, cierto número de veteranos para completar la Vieja Guardia. Para reconstituir la Joven de igual modo, tomó de la conscripción de las cuatro últimas clases hombres jóvenes y robustos, distribuyéndolos en los cuadros existentes de tiradores, fusileros y cazadores. A cincuenta y tres elevó el

número de batallones, y á treinta y tres el de escuadrones de la Vieja y la Joven Guardia. Igualmente aumentó la reserva de artillería, de la cual se servía siempre con tanto provecho en las grandes jornadas, y dióle unas trescientas bocas de fuego. Para esta última organización le proporcionó individuos excelentes la artillería de marina. Así la Guardia imperial debía presentar un ejército de reserva de cincuenta mil hombres inscriptos en las listas, y de cerca de cuarenta mil combatientes en línea de batalla.

Aunque menos necesarios los trasportes en Alemania que en Rusia, siempre tenían á los ojos de Napoleón una ventaja, la de hacer posibles las concentraciones repentinas, llevando víveres para ocho ó diez días. Así reorganizó los batallones de los trenes, y compuso cinco de ellos en Alemania con las reliquias de los quince que hicieron la campaña de Rusia. Seis organizó con los cuadros dejados en Francia. Estos once batallones podían llevar los víveres que en diez días necesitaran doscientos mil hombres, lo cual era suficiente para preparar y dar una de aquellas sangrientas batallas, con las cuales decidía comunmente la suerte de las grandes guerras. Respecto de carros hubo de renunciar á los que se hundieron en los lodazales de Polonia, ó en los arenales de Prusia, y se redujo al cajón antiguo algo modificado y al carro de violín que por su ligereza había prestado verdaderos servicios.

Mediante estas vastas creaciones proponíase atajar á la coalición junto al Elba, sino la atajaba junto al Oder, y hacer que se desvaneciesen las esperanzas de que parecía embriagada. Teniendo

de guarnicion en las plazas del Vistula y del Oder alrededor de cincuenta mil hombres, cuarenta mil de tropas activas á las órdenes del príncipe Eugenio, iba á reforzar á éste con los cuarenta mil hombres del general Lauriston, á juntar de este modo ochenta mil hombres junto al Elba, á contener allí alenemigo, y á prevenir allí toda invasion en la Baja Alemania. Luego, con los dos cuerpos del Rhin, con el cuerpo de Italia llegando por Baviera, y finalmente, con la Guardia imperial, debia contar Napoleon cerca de doscientos mil hombres en Sajonia, para el mes de abril ó mayo, y alargar la mano al príncipe Eugenio, y agobiar á los rusos con trescientos mil combatientes, aunque se les agregasen muchos aliados. Como de reserva quedaban los antiguos cuerpos, que se iban á reorganizar á las órdenes de los mariscales Davout y Victor, los cuadros procedentes de España, los ciento cincuenta batallones de depósito destinados á recibir la conscripcion de 1814, pudiendo suministrar aun de ciento á ciento cincuenta mil soldados. Jóvenes eran las nuevas tropas allegadas por Napoleon é inexpertas, pero los hombres eran vigorosos, á causa de la edad en que se hallaban los mas de ellos, los cuadros los mas aguerridos del mundo, y estaban impacientes por restablecer el prestigio de nuestras armas. La principal dificultad consistia en el tiempo, harto corto para tan vastas creaciones. Pero, tanto en administracion, como en guerra, poseia Napoleon el arte maravilloso de servirse bien del tiempo con que contaba. Al modo que sabia hacer doblar á sus tropas las etapas, sabia hacer doblar el trabajo á las administraciones, trazandolas su marcha, resolvien-

do por sí mismo las cuestiones dudosas, ante las cuales se paraban á menudo, haciendo ejecutar simultáneamente operaciones que por lo comun no se llevaban á cabo sino una tras otra, vigilando especialmente cada cosa con sus propios ojos, no perdiendo de vista la ejecucion de sus mandatos, enviando á todas partes, como en las épocas en que desplegaba mas ardimiento y juventud, una multitud de oficiales, que todas las noches le daban cuentas antes de acostarse de lo que habian visto, no haciéndoles leer su correspondencia, sino leyéndola por sí mismo, y pidiendo cuenta á los agentes morosos de la mas mínima de sus órdenes no cumplidas, para reconvénirles, si la omision era suya, ó para remover el obstáculo, si nacia de la naturaleza de las cosas.

Nunca se le habia visto mas jóven, mas activo, mas paciente, menos emperador en suma, y mas general ó ministro. Para estas circunstancias restableció un uso, que le fué muy provechoso en otro tiempo, y consistió en colocar en Maguncia al anciano Kellermann, duque de Valmy, con una autoridad superior sobre todas las divisiones militares de las orillas del Rhin desde Wesel hasta Strasburgo. Teniendo todavia el mariscal Kellermann, aunque de edad bastante avanzada, mucha actividad y gran costumbre en la organizacion de tropas, disponiendo ademas de inmensos almacenes y de créditos de que daba cuenta al emperador todos los dias, inspeccionaba los destacamentos enviados desde su depósito respectivo á los puntos de reunion ya designados, casi todos los cuales pasaban por Maguncia, se aseguraba por sus propios ojos de si les faltaban oficiales, calza-

do, vestuario ó armamento, al punto lo suplía todo, y sino le era posible, se lo comunicaba al emperador, quien se encargaba de proveer á todas las necesidades. A costa de tan incesantes esfuerzos, lograba Napoleon realizar estas creaciones repentinas, insuficientes sin duda, por grandes que fuesen, para reparar las consecuencias de una política inmoderada, pero bastantes para asombrar al mundo, para añadir una nueva gloria á la que ya nos condecoraba, y para obligar á Europa á derramar toda su sangre por vencernos. Aridos pueden parecer de seguro estos pormenores, si bien solo á aquellos que no saben ó no tienen gusto de aprender cómo se consuman las cosas grandes.

No había suficiente con reunir de prisa estas fuerzas, se necesitaba pagarlas. Mientras Napoleon trabajaba en la recomposicion de su ejército día y noche, no se ocupaba menos asidua y activamente en poner la hacienda del Imperio en disposicion de cubrir los gastos de tales armamentos, lo cuál no era fácil á continuacion del descrédito rentístico emanado de estar ya el descrédito político en sus principios.

Ya en otro lugar expusimos como los presupuestos del Imperio limitados durante muchos años á la suma de setecientos ochenta millones de francos (novecientos con los gastos de recaudacion) fueron elevados á doscientos millones mas el año de 1811 de pronto, esto es, á un total de mil y cien millones. A dos causas atribuimos este súbito aumento; primera á la agregacion de Roma, de Iliria, de Holanda y de los departamentos anseáticos á Francia; segunda á los armamentos contra Rusia. Naturalmente las agregaciones de territo-

rios hicieron subir los gastos, si bien mucho mas los ingresos, pues proporcionaron á los presupuestos un aumento de productos de noventa millones, al par que las cargas no crecieron tanto ni con mucho. Solo ocasionaron aumentos de gastos los armamentos contra Rusia. A estos proveyóse con los productos ordinarios y extraordinarios de las aduanas. Mucho habian subido los productos ordinarios á consecuencia del modo de entender el bloqueo continental, que consistia en cerrar los ojos, segun se ha visto, respecto del origen de los géneros coloniales, haciendo que de su valor pagaran un cincuenta por ciento. A ciento cincuenta millones se elevaron los productos extraordinarios resultantes de las presas hechas en Bélgica, en los departamentos anseáticos y en Holanda.

De este modo se pudo hacer frente á las necesidades de 1810, 1811 y 1812. Sin embargo, algun déficit habia que era menester cubrir con urgencia. A cuarenta y seis millones ascendia el correspondiente al presupuesto de 1811, fijado con los gastos de recaudacion en mil doscientos millones al principio, consistiendo en que la carestía costó veinte millones al Tesoro, y en que tuvo no escasa disminucion el producto de las maderas. Calculado el presupuesto de 1812 en mil ciento y cincuenta millones, daba tambien por resultado un déficit de treinta y siete millones y medio. De consiguiente habia que buscar ochenta y tres millones para cubrir estos dos presupuestos, si bien afortunadamente no toda esta suma exigia un pago inmediato, á causa de no estar liquidados los gastos del todo. Tocante al presupuesto de 1813, haciéndose la guerra casi junto á nuestras fronteras,

ó en países aliados, á los cuales habia que guardar contemplaciones, no quedaba otro arbitrio que mantener las tropas á expensas de Francia. Se calculaba, pues, que el presupuesto no ascenderia á menos de mil doscientos y setenta millones, y que el déficit seria por tanto de ciento cuarenta y nueve millones el año de 1813. Agregándolo al de 1811 y al de 1812, se llegaba á la suma total de doscientos treinta y dos millones que faltaban al Tesoro, y que no se sabia como proporcionarse, pues jamás se habia pensado en recurrir al crédito desde la antigua bancarrota.

Ya hemos dicho que el déficit de 1811 y de 1812 no se hacian sentir mucho, por no estar aun liquidadas las cuentas del todo; pero siendo inmensos los gastos para principios del año de 1813 y ascendiendo á mucho mas que los ingresos recaudados, se resentia de extremado el apuro. Mr. Mollien, ministro del Tesoro, talento ingenioso aunque circunspecto, temeroso con fundamento de que su consideracion personal padeciera, si recurria á medios irregulares, se hallaba muy desconcertado, y con sus escrúpulos figuraba ante Napoleon como una de las dificultades del momento. Al límite de las facilidades que podia ofrecer habia llegado la caja de servicio, cuya creacion honraba la administracion de Mr. Mollien y fué de gran socorro. Sin duda se hace memoria de que antes del establecimiento de esta caja, siempre que habia necesidades apremiantes, enviaba el Tesoro á descontar las obligaciones de los recaudadores generales, y casi por lo comun á estos mismos, quienes las descontaban con los fondos del Tesoro ya entrados en sus manos. Como desde la creacion

de esta caja de servicio debian ingresar al punto en ella los fondos de los recaudadores generales, y ya no eran descontadas sus obligaciones, habia desaparecido esta especie de agiotage. En su lugar se hallaba la caja de servicio, continuamente alimentada por el derramé de fondos de los recaudadores generales, y emitiendo para sus necesidades cotidianas billetes, que ganaban interés y estaban muy acreditados en el comercio. Tales eran los bonos del Tesoro de entonces.

Esta caja habia suministrado hasta ciento doce millones de recursos corrientes á principios de 1813, y no le era posible llevar mas allá los medios de crédito de que disponia. No poseyendo Mr. Mollien el secreto de Napoleon mas que los otros ministros, creyendo con el público en la inmensidad del tesoro acumulado en las Tullerías, quisiera que Napoleon derramara sin demora ciento ó doscientos millones en las arcas del erario, y, en su profundo sentimiento, le acusaba á menudo de una avaricia extraña y aun casi de cierta especie de codicia. Pero en esto, como en la guerra, se mostraba Napoleon admirable por la perspicacia, el orden, la destreza, y para corregir su politica por medio de su administracion, operaba milagros. Justo es tambien añadir que era admirable por el desinterés, y que no tenia otra codicia que la de la ambicion.

Véase el secreto del tesoro acumulado en las Tullerías, y que Napoleon hacia muy bien en no revelar ni aun á sus ministros, una vez admitido aquel sistema de gobierno. Consistia en los residuos del tesoro extraordinario y en las economías de la lista civil.

Muy mermados se hallaban los residuos del tes-

soro extraordinario por consecuencia de las donaciones prodigadas á los militares que habian servido gloriosamente, y tambien de los socorros suministrados al presupuesto de la guerra. Con efecto, no se debe echar en olvido, que para equilibrar los gastos y los ingresos del Estado, habia cargado Napoleon muchas veces al tesoro extraordinario una porción de los dispendios que la guerra traía consigo. Así el tesoro extraordinario, cuyo importe habia variado desde trescientos veinte hasta trescientos cuarenta millones, solo era á la sazón de trescientos veinte y cinco, bien que no en valores líquidos. De esta suma se contaban ochenta y cuatro millones prestados de antiguo al departamento de hacienda, nueve ó diez empleados en acciones del Banco, compradas por Napoleon de vez en cuando á fin de mantener su curso, otros quinientos millones en diferentes valores del Tesoro, que, para sostenerlos, tomaba Napoleón igualmente bajo su mano, como los honos de la caja de amortización por ejemplo. Además se contaban doce millones prestados á las ciudades de París y Burdeos y á muchos comerciantes, siete millones suscritos secretamente en el empréstito de Sajonia, cuatro millones empleados en azogue dejados en las minas de Idria, y finalmente, ciento treinta y cinco millones debidos por Prusia, Austria, Westfalia, Sajonia y Baviera. Esta última suma era de recuperación imposible, porque Prusia no solo pretendía no deber nada, sino que se presentaba como acreedora. Tanto el matrimonio imperial como las circunstancias eximian de estas obligaciones á Austria, y lejos de poder suministrar dinero los demás Estados alemanes, tenían necesidad de que

se les prestara. En totalidad eran doscientos sesenta y siete los millones empleados ó debidos al Tesoro y no realizables ahora, pero ganaban interés y su producto constituía la renta anual del dominio extraordinario. Esta renta ascendía á trece ó catorce millones, con los cuales Napoleon hacia larguezas, limosnas, y hermooseaba á veces la capital de su Imperio. No quedaban, pues, mas que cincuenta y ocho ó sesenta millones disponibles, suma de consideración escasa, bien que, empleada oportunamente, podia ser de gran socorro.

Tras del tesoro este venia el de la lista civil, fortuna particular de Napoleon, acumulada á fuerza de prodigios de economía. Napoleon disfrutaba cuarenta millones de lista civil poco mas ó menos, veinte y cinco de ellos por Francia, cuatro por el producto de los bosques de la corona, cerca de once por las listas civiles de Roma, del Piamonte, de Holanda, de Lombardia, de Toscana. Pero tenia que sostener los palacios de Francia, del Haya, de Amsterdam, de Turin, de Milan, de Florencia, de Roma, y hacíalo con una magnificencia digna de su grandeza. A veces compró hasta seis millones de diamantes antiguos ó modernos en un año para reponer el tesoro de la corona en pedrería. Una casa militar mantenía de brillo excesivo. Consecuente consigo propio, gastaba en favor de las letras, de las artes, de las ciencias, á menudo añadía actos de beneficencia de la delicadeza mas noble, y llevaba tanto orden en sus cuentas, que todo estaba allí apuntado con el esmero mas escrupuloso, hasta el punto de que, por ejemplo, la primera partida de ingresos que figuraba en sus libros, despues de los veinte y cinco millones de la lista

civil francesa, era la siguiente: *Honorarios de S. M. Imperial y Real como miembro del Instituto*, 1,200 francos (1).

Durante largo tiempo no tuvo Napoleon de lista civil mas que veinte y nueve millones, y solo hacia tres ó cuatro años que disfrutaba los cuarenta. Desde su elevacion al trono habia economizado ciento treinta y cinco millones, de los cuales empleó algunas porciones en buenos valores del Tesoro ó de la industria, para sostener su curso, como los bonos del Monte de Napoleon en Milan, la caja de Amortizacion en Paris, los canales de Loing y del Mediodía, etc. Pero de este tesoro habia guardado cerca de cien millones en metálico dentro de los sótanos de las Tullerías, pensando que en circunstancias árdas ningun recurso equivalia al del dinero contante. Le quedaban, pues, cerca de sesenta millones del dominio extraordinario, y ciento de los ciento cincuenta y cinco millones economizados de la lista civil, sumando cerca de ciento sesenta millones en oro y plata, ya en las Tullerías, ya en las areas del dominio extraordinario.

Tales eran los valores metálicos que hacian decir á unos que tenia trescientos, á otros cuatrocientos y hasta seiscientos millones en metales preciosos, dentro de un subterráneo de su palacio. No explicándose Napoleon á las claras, no imponiendo jamás á un cajero en el secreto de otro, resumiendo por sí solo en su vasta cabeza el estado de su ejército y de su hacienda, dejaba que cada

(1) Damos estos pormenores con las cuentas de Napoleon á la vista.

cual creyera lo que le agradara, y á veces decia cuanto bastaba para acreditar el susurro de un tesoro prodigioso. Despues de su ejército, este era su principal recurso. Uno solo valiera mas, la prudencia política: excepto esta poseia todos los otros. ¡Por desgracia ninguno podia reemplazarla!

Si rindiéndose Napoleon á las instancias de su ministro, derramara estos ciento sesenta millones en las arcas del erario al primer apuro, y aun al segundo, viéralos desaparecer de seguida, y se hallara sin dinero de pronto, como un general sin tropas sobre el campo de batalla. Por tanto estaba cuerdamente resuelto á no desprenderse de esta suma, á no mediar una necesidad imperiosa, reservándose parte de ella para sostener los valores que el ministro de Hacienda se viera obligado á crear tarde ó temprano, y queriendo ahorrar una porcion considerable para los casos urgentes. Al propio tiempo se guardaba muy bien de justificar su resistencia declarando el extremo á que se habian reducido sus recursos extraordinarios, conservaba así su secreto para sí solo, aguantaba las insinuaciones de Mr. Mollien harto acres á veces, y dejaba que hablasen este ministro y otros, no entregándose á su natural impaciencia mas que cuando iba bien todo, haciéndose por el contrario, cuando todo iba mal, dulce y tranquilo, para no añadir los defectos de su carácter á los trabajos que pesaban sobre sus servidores. De este modo, sin que se explicara, desvelábase por tener los doscientos treinta millones que faltaban para los presupuestos de 1811 y de 1812, y por cubrir del todo el de 1813.

A ningun precio queria Napoleon subir los tri-

butos, por mas que un aumento de las contribuciones directas, muy fácil de soportar, bastara para producir los ciento cincuenta millones de más que en el año de 1813 hacian falta. Bajo el aspecto rentístico saliero bien las contribuciones indirectas por él restablecidas, bien que bajo el aspecto político no lograron mejor éxito que de costumbre. Pero las contribuciones indirectas no se aumentan como se quiere, y subiendo su tarifa, no siempre se está seguro de aumentar sus rendimientos. Despues de aliviar á la propiedad territorial bajo su reinado, le repugnaba gravarla nuevamente. Se complacia en decir que en medio de las mayores guerras la condicion material de Francia no habia cambiado; que solo el ejército se resentia de tales guerras, y que para este combatir era su papel ordinario y apetecido de continuo, pues así ganaba gloria, honores, grados y riquezas. Estas eran apreciaciones como las que se suelen hacer cuando se habla sin que nadie contradiga. Aquel ejército, á quien Napoleon suponía tan satisfecho, comenzaba á quejarse mucho, y todos los militares vueltos de las orillas del Niemen usaban de tal lenguaje, que habia que vigilarlos y que separarlos de los nuevos soldados, para evitar que cundiera el contagio del descontento. Además, el ejército no se formaba sino sacándolo del seno de la poblacion, imponiendo al pais esta famosa contribucion de sangre, reputada entonces la mas cruel de todas. Verdad es que ya bajo las banderas, se hacian militares de muy buen humor los hijos de Francia; pero los padres no abrazaban tan cómodamente su partido, y poco á poco se fomentaba en su corazon un odio espantoso,

cuya explosion debia ser tremenda. Se forjaba, pues, Napoleon simples ilusiones al creer que, no aumentándose los tributos en dinero, no debia ejercer la guerra ninguna influencia importuna sobre el espíritu de las poblaciones; pero al cabo le agradaba persuadirse de este modo, y por tanto se negaba á todo aumento de tributos. Por el contrario, Mr. de Mollien, deseando tener llenas sus arcas, y llenas por medios regulares, preferia lo mas seguro y mas pronto, y anhelara aumentar las contribuciones públicas de consiguiente. No pudiéndose hablar á Napoleon de semejante cosa, habia que echar mano de otro recurso.

A la sazón era imposible ó al menos dificilísima una emision de rentas, que acaso saliera á medida del deseo, si antes se intentara acostumbrar al público á esta clase de operaciones; y efectivamente, fuera singular que, no habiendo ensayado el crédito en 1807 ni en 1808, se comenzara á usarlo en 1813. Agotados estaban los productos de las aduanas, que, juntamente con los anticipos del tesoro extraordinario, proporcionaron recursos para cubrir el déficit de los años anteriores, y especialmente los gastos del grande ejército de 1812, y ya no habia inmensas presas que coger como en 1810 y en 1811. Sin embargo, se habian aumentado mucho los productos ordinarios de las aduanas, subiendo de treinta á ochenta millones, merced á la famosa tarifa del cincuenta por ciento, que vino á ser principal instrumento del bloqueo continental. No pudiendo ya esperar la paz de los apuros mercantiles de Inglaterra, no teniendo que prometerse la mas que de las batallas que se iban á dar en Alemania, y queriendo, por otra parte, restituir

alguna actividad comercial á las ciudades de Burdeos, Nantes, el Havre y Marsella, habia concedido Napoleon tal cantidad de *licencias* para este año, que casi se podia considerar como restablecido el comercio con Inglaterra, y cabia calcular en cien millones el producto ordinario de las aduanas. De esta suerte se habian trocado los papeles, y así como dos años antes torturaba Napoleon á la Europa á fin de estorbar las relaciones con Inglaterra, ahora, echando Inglaterra de ver las ventajas que proporcionaban á su enemigo las comunicaciones por *licencias*, se esforzaba en hacerlas imposibles.

No queriendo aumentar las contribuciones directas ni las indirectas, no estando el crédito en uso, no produciendo ya las presas mercantiles casi nada, quedaba el antiguo medio de las enagenaciones de bienes nacionales, empleado con harto perjuicio por nuestras primeras asambleas revolucionarias, y por Napoleon con bastante provecho, á causa de recurrir al conducto de la caja de amortizacion y de ponerlo en juego muy despacio. Pero este mismo arbitrio no podia dar de sí mas que productos demasidamente cortos. A las familias emigradas habia restituido Napoleon una cantidad bastante notable de sus bienes. Respecto de los no enagenados, no queria cargar con la odiosidad de sacarlos á la venta, pues esto equivaliera á proseguir las confiscaciones, á las cuales tuvo el honor de poner término su gobierno. Así las únicas enagenaciones, que Napoleon se permitió sin escrúpulo alguno, fueron las de los dominios de la Iglesia. Estas no le repugnaban, ni al público tampoco, pues respecto de ellas habia que alegar la razon formalísima de la abolición de las manos muertas.

Los inmensos beneficios resultantes de dar valor á los bienes eclesiásticos facilitaban una respuesta cotidiana y viva á las contradicciones de que aun podia ser objeto esta clase de enagenaciones. Pero de tales tierras casi nada quedaba tampoco. Materia habian suministrado para algunas ventas realizadas por la caja de amortizacion con ventaja los países religiosos agregados al Imperio, como las provincias del Rhin, ciertas porciones de Italia, y sobre todo los Estados Pontificios; pero se habia llegado al cabo de todo, excepto en el territorio últimamente citado, y allí hubo que suspender las enagenaciones por causa que daremos á conocer muy pronto. Algunos años antes Napoleon habia tomado la dotacion de la Universidad y del Senado, constituidas una y otra en propiedades territoriales, reemplazándolas con una renta sobre el gran libro, y vendido las propiedades de igual procedencia, por conducto de la caja de amortizacion segun costumbre.

¿Por ventura quedaba alguna operacion que ejecutar de esta clase, habia algunos bienes que tomar de manos muertas, indemnizando á los propietarios con rentas sobre el gran libro? Tal era la cuestion, y conducia en derechura á hallar el recurso tan deseado.

Con efecto, quedaba un propietario de los de manos muertas á quien despojar todavia y á quien indemnizar con rentas, y lo constituian las municipalidades. En todos los departamentos, y particularmente en algunos, poseian las municipalidades bienes de importancia y mal administrados. Si se necesitara echar indistintamente mano de todos estos bienes, fuera cosa, no solo inicua, sino im-

practicable y por extremo peligrosa, como ocasionada á sediciones. Pero se podía distinguir entre las propiedades comunales, y tal era el propósito fijo. Entre el número de estas propiedades se contaban los edificios destinados á los usos comunales, por ejemplo, los consistorios, las escuelas, los hospitales, los templos, las plazas públicas, los paseos, y ni siquiera se podía pensar en apoderarse de ninguna de estas cosas. Tal excepcion se hacia de suyo, y casi estaba de mas enunciarla. Otros bienes habia, cuya excepcion, menos indicada, era aun mas precisa, y como tales figuraban aquellos que, disfrutados en comun, constituian uno de los principales recursos del pueblo de los campos, como por ejemplo, los prados donde los vecinos envian á pastar sus ganados, los montes donde hacen teña, y los sitios cenagosos de los cuales consumen ó venden la turba. Arrebatarse estos bienes en el momento en que la conscripcion empezaba á impulsar á la desesperacion á las gentes de los campos, equivaliera á exponerse á una nueva Vendée en ciertas provincias. Respecto de estos la excepcion era todavía mas inevitable, porque la desposesion no solo se resintiera de bárbara sino de imprudente en el mas alto grado.

Aun quedaba otra clase de bienes, única que podía ser objeto de una medida rentística, aludimos á aquellos arrendados por las municipalidades, no representando para ellas mas que una renta en dinero, cuyos productos aplicaban á sus gastos. Como en suma solo se trataba para las municipalidades de una renta en dinero, que les servia para aliviar el peso de sus contribuciones, poco les importaba percibir la renta de un arrendatario ó

del Estado, siendo por lo menos igual la exactitud en la paga. Ni aun habian de echar de ver las municipalidades el cambio, y el Estado ganaba en hacerlo, además del recurso actual de que necesitaba mucho, el valor dado á fincas muy considerables y tan mal administradas como todas las propiedades de manos muertas. Acerca del valor de estos bienes se calculaba que de la venta se podrían sacar trescientos sesenta y ocho millones de francos, al par que no producian anualmente mas de ocho á nueve millones á las municipalidades. Suponiendo efectivamente que no se vendieran mas que en trescientos setenta millones, cálculo que no parecia exagerado, y tomando el Estado los doscientos treinta y dos millones que le hacian falta, aun debian quedar alrededor de ciento treinta y ocho millones, que segun el precio de los fondos públicos por entonces, pues se vendia el cinco por ciento á sesenta y cinco francos, producirian los nueve millones de renta de que se necesitaba para indemnizar á las municipalidades. De este modo el Estado iba á encontrar el recurso de que tenia tanta urgencia sin que le costara cosa alguna.

Presentada así la providencia, no ofrecia mas que ventajas, y no habia por qué vacilar en adoptarla; bien que bajo otro aspecto suscitaba obstáculos de gravedad suma. Primeramente atacaba el derecho de propiedad en cierto modo, aun cuando aqui se trata de propiedades colectivas, sobre las cuales ejerce una accion el Estado, que no le es licita sobre ninguna otra. Así puede suprimir un convento, una asociacion, un ayuntamiento, en cuyo caso es conducido á disponer de sus propiedades, al paso que á un particular no puede su-

primirle, y hasta cuando le quita la vida en nombre de las leyes, no hace más que abrir su sucesion sin tener derecho para apoderarse de su hacienda. Además se irrogaba á las municipalidades un daño pecuniario muy efectivo, aunque remoto, pues, si en el momento recibian una renta mas cierta y mas obvia, se les daba una propiedad, que debia perder cotidianamente de resultas del solo cambio de valores, por otra propiedad, la de la tierra, que al revés aumenta de continuo por la misma causa. A mayor abundamiento se ofendia á las administraciones municipales, que, acostumbradas á tener bajo su mano los dominios comunales, mirábanlos como su propia fortuna. Por otra parte finalmente la enagenacion, aun ejecutándola con gran prudencia, no podia menos de ser árdua y lenta, pues se necesitaba inventariar estos bienes, tasarlos, transferirlos al Estado, sustituirlos con una renta equivalente, venderlos y retirar el importe, lo cual exigia mucho tiempo, y como las urgencias del Tesoro, eran perentorias, se hacia forzoso anticiparlo mediante la emision de un papel sobre el producto de la venta.

Estas objeciones bien presentadas hicieran vacilar á una asamblea de luces, y aun á costa de hacer bajar el cinco por ciento de setenta y cinco francos á sesenta y aun á cincuenta, mas valiera en suma una emision de rentas, capaz de proporcionar recursos menos costosos y mas inmediatos que una enagenacion repentina y considerable de propiedades territoriales. Pero entonces estas cuestiones eran menos conocidas que lo son ahora. No se sabia como en nuestros dias lo que se pierde en perturbar la propiedad, lo que se gana en pagar

caros los capitales, con tal de que se obtengan de un modo regular y de que se cubran los servicios públicos exactamente. Con especialidad fué debatida la cuestion entre Mr. de Basano, á quien su complacencia por las ideas de Napoleon hacia entonces admitir al exámen sobre casi todos los negocios, y Mr. Mollien, que acaso discutia algo sutilmente verdades incuestionables, se irritaba profundamente contra su antagonista sin atreverse á manifestarlo, y se retiraba con disgusto y sin rendirse. Cotidianamente empezaba de nuevo la lucha. Mr. de Basano juzgaba maravilloso proporcionarse de seguida trescientos setenta millones de francos, de los cuales se aplicarian al servicio público doscientos treinta y dos, guarismo exacto de las necesidades del Tesoro, y ciento treinta y ocho á indemnizar al propietario despojado, sin que costara nada á nadie, ni aun al Estado que iba á recibir tan gruesa suma. Sobre el derecho de propiedad sustentaba Mr. Mollien teorías verdaderas, pero abstractas y que hacian poco efecto á su adversario, presentaba la extension dada á los bonos de la caja de amortizacion como la creacion de un verdadero papel-moneda, señalaba las dificultades que de esto resultarian en todos los servicios, y señalábalas con pesadumbre, con enojo mas bien que con firmeza. Interminable fuera esta lucha entre un espíritu fácil y disertó, aunque poco afectado por las objeciones á causa de no comprenderlas, y un espíritu convencido al par que incapaz de producir el convencimiento, si Napoleon impaciente, descubriendo á las claras lo que habia de verdadero y de falso por una parte y otra, pero anhelante de un resultado, no dijera á Mr. Mo-

llien.—Todo eso es muy bueno, comprendo vuestras objeciones y las avaloro, si bien antes de criticar un proyecto, conviene sustituirle con algo.—Efectivamente, el argumento tenia mucho de embarazoso: era el grito de la necesidad lanzado por aquel ante cuyos ojos estaban mas presentes las urgencias del Estado, que ante las de otro alguno, como tenia que vestir, que armar, y que sostener á un millon de soldados, y su existencia, su pujanza, su gloria, se cifraban en la solucion del problema. Si Mr. Mollien fuera espiritu mas resuelto contestara á Napoleon de seguida.—Emitid rentas del cinco por ciento á sesenta francos, y aun á cincuenta si es preciso; pagad intereses de ocho ó diez por ciento, y aun mas altos, y esta operacion os costará menos cara, os creará menos enemistades, alimentará mejor y mas pronto á vuestros soldados, que un papel-moneda mal acogido y rehusado en todos los pagos.—Pero Mr. Mollien no osará decirlo, ni aun siquiera acaso pensarlo en aquel tiempo, y Napoleon, estrechado á proporcionarse dinero, no considerando posible una emision de rentas, queriendo absolutamente tener bienes que enagenar, pues este era el único recurso del momento, cogialos donde aun los hallaba. Mas tranquilo el archicanciller Cambacères, estaba no obstante dominado por el sentimiento de la necesidad, y con el mismo fundamento que Napoleon, vino á parar á la adopcion del proyecto debatido tan á la larga.

Consiguientemente se convino en apropiarse los bienes de las municipalidades de que se ha dado noticia, esto es, las fincas arrendadas, que se tasarían mediante un procedimiento administrati-

vo sumario, que se sustituirían por una renta cuya anticipacion era fácil al Estado como que iba á crearla, y que serían transferidos á la caja de amortizacion acto continuo. Esta caja habia adquirido la costumbre de las enagenaciones territoriales y las ejecutaba perfectamente, haciéndolas despacio y en cortas porciones. Aguardando á recibir el pago exigido generalmente en plazos largos y sucesivos, emitia papel que ganaba intereses y que entregaba al Estado por precio de los bienes declarados en venta, retirándolo despues poco á poco, á medida que vencían los plazos de las enagenaciones, y sosteniéndolo en la circulacion de valores, por ser de escasa monta y puntualísimamente reembolsado en capital y en intereses. Este mecanismo se trató de desarrollar y desarrollóse en efecto, estableciendo que la caja de amortizacion sacaría las nuevas fincas á pública subasta, bajo condicion para los compradores de satisfacer el importe de las que adquirieran en tres plazos, el primero al contado, el segundo en 1814, y el último en 1815, y además de pagar el interés de las sumas diferidas al tipo de cinco por ciento. Entretanto la caja de amortizacion debia crear inmediatamente y de entregar al Tesoro doscientos treinta y dos millones en bonos, ganando intereses, y reembolsables á medida que se realizara el pago de los bienes que se iban á sacar á subasta. Al Tesoro incumbia despues servirse de estos bonos del modo que estuviera á su alcance, forzando, por ejemplo, ó induciendo á los acreedores del Estado á admitirlos. Aquí empezaba el justo sentimiento de monsieur Mollien, sentimiento que Mr. de Basano no comprendia mas que las iras de Europa prontas á

desencadenarse sobre nosotros. — ¿Pero á quién he de hacer que admita el papel este? — Preguntaba el ministro del Tesoro. — A todos aquellos á quienes debeis fondos, respondia Napolon. A los proveedores de guerra y de marina, á los acreedores de todas clases debeis cuarenta y seis millones de 1811, treinta y siete de 1811; pagad estas sumas con los bonos de las cajas de amortizacion, y asi los introducireis en las provincias. Al pronto se manifestará repugnancia, pero, viendo que ganan un interés puntualmente satisfecho, que sirven para comprar fincas excelentes, y de ningun modo con la tacha de reprobacion que los antiguos bienes de los emigrados, se solicitarán á la postre. Se venderán en la plaza, se sostendrá su curso, y vuestro papel acabará por valer casi lo mismo que el dinero. — Si V. M. se encargara de ello, replicaba timidamente Mr. Mollien, esto es, si se prestara á comprar de seguida los doscientos treinta y dos millones con los vastos recursos acumulados por su genio, todo sería facil entonces. — Si, indudablemente, reponia de seguida Napoleon, todo sería facil entonces... y se guardaba muy bien de decir por qué no lo hacia. A la verdad solo tenia cuando mas las dos terceras partes de esta suma en sus dos tesoros, y con fundamento no queria desprenderse de todo su dinero contante. Pero prometia á Mr. Mollien sostener el curso de estos nuevos valores, tomando por su cuenta una cantidad considerable de los bonos que iba á emitir la caja.

Con efecto, resolvió tomar sucesivamente sesenta ó setenta millones, empleo excelente, pues ganaba un interés seguro, y tambien de seguro

vencimiento, aunque disminuía notablemente los ciento sesenta millones contantes de que estaba provisto. Sin embargo, en el estado de apuro en que se hallaba, no habia que andar en vacilaciones, y lisongeóse de que haciendo comprar una porcion de este papel en el momento en que fuera emitido, sostendria casi á la par su precio. Asi se lo ofreció á Mr. Mollien, con el fin de animarle algo.

Tales eran los recursos rentisticos con que se aprestaba Napoleon á sostener sus últimas y mas terribles guerras, recursos rentisticos proporcionados por el residuo de las enagenaciones de bienes raices de que habia echado mano la revolucion francesa para resistir á los ataques de Europa. No teniendo ya nobles á quienes proscribir y no queriéndolo tampoco, no teniendo ya iglesias á quienes desposeer de sus fincas, tomaba Napoleon las de los ayuntamientos, últimas propiedades de manos muertas, y las enagenaba mediante una especie de papel de crédito, mucho mas sólido, y sobre todo mucho mejor reducido que los asignados, si bien trayendo á la memoria el funesto recuerdo del papel-moneda, y haciéndolo circular entre el público en momento muy poco favorable.

Aun al poner por obra cuanto era humanamente posible para hallarse en situacion de repeler á los enemigos que habia traído sobre Francia, se le alcanzaba á Napoleon la necesidad de intentar tambien algo para atraer los ánimos que veia alejarse cada vez mas de su gobierno. Solo una paz muy próxima se los podia volver á ganar del todo; pero, por mucho que esta se deseara, no era posible sino tras enérgicos esfuerzos que nos restitu-

yesen, no nuestra exorbitante dominacion sobre Europa, sino el prestigio de la superioridad de nuestras armas, y para alcanzar tal resultado, aun habia que verter mucha sangre. A falta de la paz que por muy prudente que se mostrara, no podia Napoleon dar de golpe, buscaba una satisfaccion moral para los ánimos de los franceses, é ideó una que produjera grande efecto, si se otorgara en tiempo oportuno y sin reserva.

Despues de la guerra, la causa mas eficaz que indisponia á la opinion pública contra Napoleon era la disputa con Roma y el cautiverio del Papa. Para los parciales de la dinastia de los Borbones, á quienes los últimos sucesos acababan de restituir esperanzas de muy atrás desvanecidas, habia aqui un pretexto y de los de mas empuje para excitar la animadversion contra un gobierno tiránico, que, segun su dicho, oprimia las conciencias. Para las gentes piadosas del pais, desinteresadas bajo el aspecto político y vueltas á la religion por los horrosos infortunios de entonces, habia aqui un motivo formal y sincero de censura y hasta de aversion. Generalmente los hombres y las mugeres, que manifiestan mas inclinacion á las prácticas religiosas, son almas vivas, que experimentan la necesidad de contribuir activamente al triunfo de sus creencias, y figuran como enemigos formidables de un gobierno, cuando respecto de la religion ha incurrido en verdaderos errores. La autoridad de sus costumbres, su celo en propalar un agravio, un susurro, una esperanza, les hacen infinitamente peligrosos. Napoleon quisiera desarmar á esta clase respetable, y al mismo tiempo quitar á los realistas el pretexto de los negocios

del culto, de que se servian para dañarle y para hacer esperar la paz de la Europa con la paz de la Iglesia.

De consiguiente estaba resuelto á terminar sus diferencias con el Papa, concediendo lo menos posible, si bien cuanto fuera necesario para llegar á un acomodo. Detenido largo tiempo el Papa en Savona, se hallaba en Fontainebleau por aquellos dias, cautivo aunque libre en apariencia y rodeado de las mayores atenciones y honras. Temeroso Napoleon de que, mientras se metia en las profundidades de Rusia, se aprovecharan los ingleses de la coyuntura, para arrebatár á Pio VII de Savona, habia ordenado su traslacion á Fontainebleau en el verano de 1812. Se le dieron las habitaciones que habia ocupado en la época feliz y brillante de la coronacion (época para el pontífice y el emperador ya harto lejána! Se le colmó de homenajes, y enviósele parte de la servidumbre civil y militar de Napoleon, á fin de que viviera como soberano. Un destacamento de granaderos de á pié y de cazadores de á caballo de la Guardia Imperial hacia el servicio cerca de su persona, y se tuvo la atencion de dar la investidura de chambelan al oficial de la gendarmeria de preferencia encargado de custodiarle, el capitán Lagorsse, quien, á fuerza de talento y de tacto, acabó por agradar al Papa, hasta el extremo de serle indispensable. Asi la vigilancia estaba oculta bajo las contemplaciones mas respetuosas. Además de su médico y de su capellan se dejaron al Sumo Pontífice algunos antiguos criados que inspiraban confianza, y de vez en cuando era visitado por los cardenales de Bayane y Maury, por el arzobispo

de Tours y por el obispo de Nantes. Estos eminentes personajes, á quienes se habia trazado la conducta á que debian atenerse, sin entrar con el Papa en pláticas sobre negocios, le hablaban á veces de los males de la Iglesia, y de los medios y de la esperanza de que cesaran por completo, sobre todo cuando la vuelta de Napoleon á París pusiera á dos príncipes que se amaban uno delante de otro, y abocándose directamente se entendieran mejor que haciéndose representar por los mas hábiles negociadores. Esta sociedad era la única que se permitia al Papa, y tambien la única de su gusto. Facultado estaba para celebrar misa los domingos en la gran capilla del palacio, y para dar desde allí la bendicion á los fieles. Pero tan escaso ruido se habia hecho con la traslacion del Papa, tan fija se hallaba entonces la atencion pública en Moscou, y tan desviada de los asuntos religiosos, y tanto se temian las emboscadas de la policia imperial por otra parte, que apenas iban algunos curiosos á Fontainebleau los domingos. De consiguiente vivia el Papa en profundo retiro, y cabe decir que fuera dulce, á no ser forzado. Aunque se puso á su disposicion el parque, jamás salia de sus aposentos, por indolencia ó por cálculo, todos los dias daba algunos pasos en la gran galeria llamada de Enrique II, despues volvia á caer en su inmovilidad, no leia, aun teniendo á su alcance la biblioteca del palacio, y parecia completamente adormecido en su cautiverio.

No se podia imaginar un tratamiento físico y moral mas adecuado á vencer su resistencia, sobre todo si, apareciendo Napoleon de repente, llegara á ensayar sobre su persona el doble prestigio de

su pujanza y de su conversacion atractiva. Al volver vencido de Moscou por la naturaleza, ya que no por los hombres, debia tener menos influencia, pero aun le quedaba suficiente, si obraba con tino, para determinar á Pio VII á un ajuste. Además, disponiendo de todos los conductos, no se habia dejado que llegaran á oídos del Papa mas que los hechos, cuya ocultacion era imposible, y explicándoselos de la manera menos triste para nuestras armas. Así, aun habiendo sufrido un mal invierno, seguia siendo Napoleon á los ojos de Pio VII el potentado mas formidable, potentado contra quien nadie tenia bastante fuerza para arrancar de sus manos la Italia y ceder parte de ella al sucesor de San Pedro.

Al dia siguiente de su llegada á París, apresuróse Napoleon á escribir al Papa, testificándole la satisfaccion de poseerle tan cerca, el deseo de ir á verle y de terminar pronto las diferencias que turbaban la Iglesia. Despues á esta carta añadió idas y venidas de Mrs. de Bayane, de Barral, Duvoisin, para atraerle á un ajuste mediante concesiones casi inesperadas. Con efecto, los puntos en cuestion no presentaban dificultades de tanto bulto como antes. Ya estaba convenido el método de la institucion canónica desde que la Iglesia, tan fácil entonces respecto de su prerogativa esencial; otorgó que al cabo de seis meses fuera instituido todo prelado por el Papa, ó en su defecto, por el metropolitano de la diócesis. Lo mas difícil de fijar era el establecimiento temporal del Padre Santo. No entrando la caída de Napoleon en los cálculos de Pio VII, y no viendo de consiguiente ningun medio de obligarle á restituir los Estados romanos,

era de considerar el establecimiento del papado en Aviñon con una dotacion conveniente, como una especie de menor mal aceptable, que tenia en lo pasado un precedente, una excusa y un consuelo. Pero lo que sublevaba y le parecia peor que el cautiverio mismo era el proyecto atribuido á Napoleon, y que efectivamente tuvo un instante, de establecer el papado en Paris bajo la mano de los emperadores franceses. Si tal cosa se llevara á remate, Pío VII no fuera á sus propios ojos mas que el patriarca de Constantinopla, y se rebajara la Iglesia de Occidente al nivel de la moderna Iglesia de Oriente.

Esta disposicion de ánimo facilitaba un medio de negociacion precioso, porque desistiendo del establecimiento en Paris y fijando el establecimiento de Aviñon, se podia sin duda atraer al Papa á la solucion de la cuestion reputada por la mas espinosa. Aun quedaban los arreglos relativos á los bienes de la Iglesia romana, vendidos ó en venta, y las sedes llamadas suburbicarias, por estar en torno de Roma y rodeadas de magestad antigua. Mucho empeño tenia el Papa en conservar estas sedes, y en poder nombrar obispos de Velletri, de Albano, de Frascati, de Palestrina, etc., porque, faltar de medios para galardonar servicios, le fuera imposible sostener su gobierno. A estos puntos se agregaban todavia otros, sobre los cuales, con la voluntad de acabar del todo y con el poder de Napoleon, era fácil llegar á un ajuste.

Cuando estaban próximos á entenderse, decidió Napoleon ir á Fontainebleau en persona, para terminar con su presencia las vacilaciones ordinarias del Papa, y obtener de él un acto formal, que

puñera ofrecer al público como prenda de la paz religiosa, y quizá como presagio de la paz europea.

De consiguiente el 19 de enero, fingiendo una partida de caza á Glosbois, mudó de direccion de pronto y encaminóse á Fontainebleau, donde habia enviado secretamente su servidumbre. A la sazón se hallaba el Papa en conferencia con muchos obispos y cardenales. Ya conmovido por los grandes negocios de que se le hablaba de algunos dias á aquella parte, sintióse aun mas al saber la llegada repentina de Napoleon, á quien no habia visto desde la coronacion, á quien deseaba y tenia al par aprension de encontrar; pues, si se lisongeaba de ejercer alguna influencia sobre el autor del concordato, temia aun más sufrir la suya. Sin dejarle tiempo de que reflexionara, corrió Napoleon á verle, y le estrechó en sus brazos, llamándole padre. Sus abrazos recibió el Papa, llamándole hijo, y sin entrar aquel dia en el fondo de los negocios, estos dos principes tan singularmente asociados por el destino para agradarse y mortificarse toda su vida, aparecieron del todo felices al verse de nuevo. En sus semblantes resplandecia la esperanza de una reconciliacion pronta y completa. Poseidos y encantados de espectáculo semejante parecian los servidores del Papa, mas apesarados de costumbre.

Al dia siguiente Pío VII, rodeado de los cardenales y de los prelados á quienes se habia dejado penetrar cerca de su persona para esta circunstancia, fué en gran ceremonia á pagar la visita á Napoleon en sus aposentos. De ellos trasladóse á los de la emperatriz, á la cual no conocia, por no ser ella á quien habia consagrado, pues sobre aquel

trono, donde todo se sucedía tan de prisa, ya estaba cambiada la soberana. A semejanza de todos, hallóla buena, dulce, feliz con su grandeza; mostróse respecto de ella lo que era siempre, digno, afectuoso, lleno de las gracias de la ancianidad; despues de hacerla su visita, recibió la de ella, y enmedio de todo este movimiento pareció hallar algo de vida, de satisfaccion y de esperanza.

Sin embargo, sobre lo que iba á acontecer no se podía forjar ilusiones. Harto se le alcanzaba que Napoleón no se habia puesto en camino para hacer en Fontainebleau una simple visita. Segun su costumbre, este hombre tan activo, tan dominante, aspiraba á algun gran resultado, iba á arrancar al gefe de la Iglesia un consentimiento, y, lo que le era aun mas costoso, á imponerle una resolucion. ¡Y qué resolucion! ¡Obligarle á renunciar al poder temporal, á abandonar á Roma por Aviñon, á aceptar una hospitalidad magnífica, una esclavitud dorada, á figurar por tanto como patriarca de Constantinopla en Occidente con algunas riquezas más y algunas otras apariencias soberanas! Y no obstante, de no asentir á esta condicion el Papa ¿no iba á encontrar un Enrique VIII, que no por amor, pues no era este el flaco del emperador de los franceses, sino por ambicion, descargara sobre la Iglesia golpes mas terribles que el despojo de sus bienes materiales? Respecto de este punto hallábase Pio VII vencido en el fondo de su alma; pero, antes de resolverse, antes de enlazar tal recuerdo histórico á su pontificado, antes de resignarse á ser el Augústulo de la Roma cristiana, ó de arrostrar cuanto pudiera sobrevenir á la religion de una prolija lucha, necesitaba de un esfuerzo muy su-

perior á su energia, que era grande cuando se trataba de oponer á la persecucion una resistencia pasiva, y casi nula. Cuando convenia abrazar un partido pronto y arduo. Por lo demás, nunca, por mucho tiempo que se le otorgara, se resolviera por sí propio; de suerte que, si Napoleón anhelaba un resultado, habia hecho muy bien de ir en persona á reducirle, á deslumbrarle, á cogerle casi la mano para obligarle á estampar su firma.

Terminadas las visitas de aparato, comenzaron las entrevistas serias. Napoleón estaba determinado á desplegar todo el donaire y vigor de su talento, todo su poder fascinador en suma, para embelesar al Papa, y convencerle al propio tiempo de que no habia cosa preferible á lo que le pedia. Ante todo, y sin que al parecer lo diera grande importancia, cuando se le ofreció la coyuntura, expuso cuanto se proponia consumir en la próxima campaña, y mostróse muy seguro de abrumar á sus enemigos desde la apertura de las hostilidades. Aun cuando no se hubieran dejado penetrar hasta Fontainebleau las funestas impresiones que sobre la situacion de Napoleón habian cundido ya por Europa, sin embargo, sabia el Papa que por primera vez no habia vuelto triunfante de la guerra. Pero, á verle tan confiado, tan seguro de pulverizar en breve la jactancia de los rusos y de los alemanes, no podia menos de experimentar la misma confianza; y á pesar de los cambios operados en su persona, pues, en vez de ser Napoleón derecho y delgado, ya era algo cargado de espaldas y bastante abultado de vientre, creyó el Papa ver de nuevo al joven y radiante emperador de 1804. Con efecto, bajo un extremado abultamiento de facciones, se

le notaba el mismo fuego, la misma nobleza, la misma belleza de rostro.

Después de persuadir á Pio VII de que era mas poderoso que nunca, de que contra su voluntad no prevaleceria ninguna otra mas que antes, quitóle Napoleon toda esperanza de recuperar á Roma, y le manifestó la resolucion irrevocable de no abandonar jamás á una influencia extranjerá la mas mínima porcion de Italia. De consiguiente solo entre Aviñon y Paris le quedaba que elegir al gefe de la Iglesia. Mejor le estaba optar por Paris, segun Napoleon afirmaba. Allí estaria venerado, rodeado de toda especie de homenages, y veria al emperador de los franceses dispuesto del todo á tenerle el estribo, como lo ejecutaban los emperadores germánicos en otro tiempo. Además lograria la certidumbre de que ya no se renovarían los altercados, pues, apenas asomaran dificultades, un momento de explicaciones cordiales entre los dos soberanos atajaría en su origen cualquier conflicto. Pero al cabo, ya que esto no le agradaba, no habia mas que preferir á Aviñon, lugar ya consagrado por una larga residencia de los Papas. Se iban á expedir las órdenes sin demora, y muy luego se hallaria todo dispuesto para que allí encontrara la existencia mas suntuosa. En Aviñon recibiria libremente á los embajadores de todas las potencias, quienes gozarian de los privilegios y de la independencia de la diplomacia, aun cuando perteneciesen á naciones que estuvieran con Francia en guerra, y los cuales se podrian dirigir á la nueva córte pontificia por el mar y el Ródano, casi sin tocar en el territorio del Imperio. Se le señalarian dos millones de francos de renta, para indemnizarle

de los bienes vendidos en los Estados romanos. Se le devolverian todos los bienes, cuya venta no estaba aun consumada, hallándose la mayor parte en este caso, y serian administrados por sus agentes. Por complacerle se restablecerian las sedes suburbicarias, y nombraria sus obispos. Además, tendria á su eleccion sobre diez diócesis el derecho de nombramiento en Francia ó en Italia, para tener asi con que recompensar á los servidores de su gobierno, sin contar el nombramiento de los cardenales, que no cesaria de corresponderle. Los que aun vivian de los prelados de los Estados romanos, cuyas sedes fueron suprimidas, y que originaban uno de los mas graves desvelos del Papa, tendrian la calidad, el título y la situacion de obispos *in partibus*, y durante su vida recibirian del tesoro francés una asignacion igual á las rentas de sus diócesis antiguas. Estos formarian una nueva legion de dignatarios eclesiásticos que darian á la córte de Aviñon todavía mas brillo. Al hermoso pais de Vaucluse y cerca del Papa se trasladarian los archivos romanos, las grandes administraciones de la penitenciaria, de la dataria, de la propaganda, etc., y se establecerian convenientemente en la nueva Roma pontificia, que se iba á consagrar toda entera á su glorioso destino.

Nada, pues, tendria que echar de menos el Papa, ni riquezas, ni brillo soberano, ni independencia, ni poder, pues arreglaria todas las materias religiosas á su agrado, segun lo hacia antes en Roma y tan libremente. Nada mas perderia que el poder temporal, vana ambicion de los pontifices, grave peligro para la religion que siempre ha pa-

Decido por efecto de las disidencias entre los soberanos temporales de Roma y los principes cristianos. Tratando de este asunto desplegó Napoleon toda su sutileza y toda su lógica apremiante para convencer á Pio VII. Aplicóse particularmente á persuadirle que el deslinde de las dos potestades, espiritual y temporal y la abolicion de la postrera, constituian una revolucion inevitable del tiempo, la cual en nada interesaba á la religion, ni á su influencia, ni á su perpetuidad. Efectivamente, ¡cuántas cosas de veinte años á aquella parte que no se habian visto nunca, y que nunca se imaginaran siquiera, y que á pesar de todo habia necesidad de admitir puesto que estaban consumadas! Luis XVI y Maria Antonieta sobre el cadalso; Napoleon, un simple oficial de artilleros, en el palacio de las Tullerías, esposo de Maria Luisa, empuñando el centro de Occidente; los emperadores alemanes reducidos al imperio de Austria; la casa de los Borbones excluida de todos los tronos; el descendiente de Federico el Grande reducido al estado de un elector de Brandeburgo; borradas las antiguas clases, exigentes los pueblos, casi mandando á sus soberanos, excepto á Napoleon, el solo que los contenia en el mundo; finalmente, la faz del universo cambiada, ¿no era todo esto bien extraordinario, y no hablaba todo un lenguaje tan claro como irresistible? ¿No figuraba evidentemente el poder temporal de los Papas como una de las cosas destinadas á desaparecer al modo que tantas otras? ¿Y no habia hasta que dar gracias al cielo de haber elegido por instrumento de estas revoluciones á un hombre como Napoleon, nacido en la religion católica, poseyendo todos sus recuerdos, amándola

como su religion material, sabiendo cuanto precio tenia para los hombres, y resuelto á defenderla y á hacer que floreciese?—Con especialidad en este punto, mostróse Napoleon felizmente inspirado y produjo sobre el Pontífice una impresion muy viva.—¡Suprimid, le decia, entre nosotros, esta vana dificultad de la soberania temporal, suprimidla, y vereis lo que por la religion hacemos vos y yo libres de estas molestias!—Y entonces le señalaba la Iglesia germánica destruida, privada de sus bienes por la codicia habitual de los principes alemanes, y no esperando ni pudiendo alcanzar su restablecimiento mas que de él solo; la iglesia de Holanda, la iglesia de las provincias anseáticas pudiendo ser, no mantenidas, pues no existian ya hacia dos siglos, sino restauradas; por ejemplo, una sede católica próxima á ser restablecida en Hamburgo: la iglesia española, la iglesia italiana, actualmente destruidas y necesitando de quien las salvase: por fin, todo este universo cristiano, dependiente del emperador de los franceses, de su voluntad pujante, y cercano á renacer ó á extinguirse á una palabra que saliera de su boca. Pues bien, añadia, reconciliado con el Papa, vuelto al reposo por la paz europea, que no podia tardar mucho, no teniendo ya que discutir con el Pontífice acerca de vulgares intereses de territorio, dignos apenas de ocupar á principes de cuarto orden, pero de ningun modo al gefe de la Iglesia universal y al gefe del Imperio francés, se aplicaria á hacer á la religion mayores beneficios que la hizo Carlo-Magno. ¡Ante un porvenir de esta especie, cómo andar en debates y en vacilaciones! Elegido habia la Providencia á un Pontífice dulce,

virtuoso, modesto, para restituir á la religion la fuerza, el desinterés de los apóstoles, y con su desinterés su influencia sobre las almas, y á él, hombre de guerra, acostumbrado á superar todas las dificultades del mundo, para operar esta revolucion sin que la religion se debilitara de resultas, y por el contrario de modo que ganase en poder moral lo que en poder material perdiese.

Seducido y vencido el excelente Papa, á quien se habian escrito ó dicho especies análogas á menudo, si bien nunca oyó expresarlas á nadie con el calor, la elocuencia y el aire de persuasion que Napoleon las daba, se decia que efectivamente habian cambiado muchas cosas; que muchas cambiarian aun sin duda; que verosimilmente una de las destinadas á acabar del todo era el poder temporal de los papas, si bien, dando Napoleon su ayuda, no arrastraria consigo ninguno de los apoyos de la religion, ninguno de sus medios de influencia. Asi era un sacrificio material por esencia el que habia que hacer en obsequio de la religion misma, y por tanto figuraba como acto de desinterés y no de flaqueza, acto honroso y no infame, el de asentir á los ajustes propuestos. De este modo abogaba con Napoleon en el fondo de su alma, y luego, cuando necesitaba decidirse, caia en invencibles perplejidades.

Al cabo de tres ó cuatro dias de estas entrevistas reiteradas, hizo Napoleon comprender al Sumo Pontifice que era forzoso resolverse, y como la redaccion tocaba al Papa no menos que lo sustancial de las cosas, prometióle hallar una fórmula que no despertara sus escrúpulos en lo mas leve, ni cargara su memoria con ningun peso insoportable.

Napoleon envió á buscar de seguida á uno de sus secretarios y puso manos á la obra. Lo que mas costaba á Pio VII era reconocer la toma de posesion del patrimonio de San Pedro por una potestad cualquiera, y abandonarlo formalmente con la aceptacion de un establecimiento fuera de Italia. Zanjada fué por Napoleon esta dificultad, conviniendo en que no se hablara ni del abandono de Roma, ni del establecimiento en Aviñon, sino de la existencia independiente del Padre Santo, y del libre ejercicio de su potestad pontificia en el seno del Imperio francés, como si se hallara en sus propios estados. Por tanto, adoptóse el texto siguiente: *Su Santidad ejercerá el pontificado en Francia y en el reino de Italia del mismo modo y con las mismas formas que sus predecesores.* Solamente se entendió que seria en Aviñon y no en otra parte. Añadióse de seguida en términos formales que el Papa recibiria cerca de sí á los embajadores de las potencias cristianas, revestidos con la plenitud de los privilegios diplomáticos; que volveria á entrar en el disfrute y en la administracion de los bienes no vendidos en los Estados romanos; que se le darian dos millones de francos de renta por compensacion de los bienes ya enagenados; que haria los nombramientos para las sedes suburbicarias y para diez diócesis que se designarian mas tarde ya en Francia, ya en Italia; que los antiguos obispos titulares de los Estados romanos conservarían su título bajo la forma de obispos *in partibus*, y gozarian una asignacion igual á la renta de sus sedes; que el Papa tendria en torno suyo todas las administraciones de la cancilleria romana; que el Papa y el emperador se pondrian de acuerdo para la crea-

cion de nuevas sedes católicas, ya en Holanda, ya en los departamentos anseáticos, cláusula en que el Papa tenía particular empeño, para que resaltase lo que ganaba la religion en este último concordato; y finalmente, que el emperador restituiría á su gracia á los cardenales, prelados, eclesiásticos y legos, comprometidos á consecuencia de los últimos disturbios religiosos. Estipulóse que la institucion canónica se daría á los obispos nombrados por la corona en las formas y los plazos determinados por el último breve del Papa, esto es, dentro de seis meses á contar desde el nombramiento por la autoridad temporal, y que si la corte pontificia no fallaba al cabo de este plazo, pudiera conferir la institucion negada ó diferida el prelado mas antiguo de la provincia. A estas cláusulas quiso el Papa con insistencia que se añadiera otra, la cual nada tenía de disposicion de ley ó de tratado, si bien era á sus ojos una excusa, como que se hallaba concebida en los términos siguientes: *Se presta el Papa á las disposiciones susodichas en consideracion al estado actual de la Iglesia, y en la confianza que le ha inspirado S. M. de que otorgará su proteccion poderosa á las numerosisimas necesidades que la religion tiene en los tiempos en que vivimos.*

Aun teniendo la fuerza obligatoria de un tratado, se convino por último en que el concordato actual no se publicara, hasta que fuera comunicado á los cardenales, quienes tenían derecho de conocerlo como consejeros naturales y necesarios de la Iglesia.

Napoleon hizo quanto fué del gusto del Padre Santo, admitió sin reserva los cambios de reduc-

cion que propuso, ejecutándolos al instante sobre la minuta del tratado el secretario que llevaba la pluma; luego, cuando ya estuvo convenido todo, así el texto francés como el texto italiano, se enviaron uno y otro á los escribientes encargados de sacar las copias, y estando reunidas las dos córtes pontificia é imperial la misma noche del 25 de enero, el Papa y el emperador firmaron este acto extraordinario, que aniquilaba el poder temporal del papado, para siempre en concepto de Napoleon y del Papa, para muy corto tiempo segun los recónditos designios de la Providencia. Prodigando Napoleon testimonios de veneracion á Pio VII, haciendo que se le colmara de todo linage de felicitaciones, no le dejó un instante para reflexionar sobre lo que habia ejecutado, y le embriagó hasta cierto punto, colocándole en medio de una nube de incienso. Para probarle su alegría, y la vuelta de su buena voluntad completa, sin demora expidió órdenes para que fueran puestos en libertad y llevados á Paris los cardenales encarcelados y conocidos con los nombres de *cardenales negros*. No tuvo tasa en las mercedes y en los favores: llamó al Consejo de Estado al obispo de Nantes, á quien dió ademas la cruz de oficial de la Legion de Honor y el gran cordon de la órden de la Reunion; nombró consejero de Estado y oficial de la Legion de Honor al obispo de Tréveris; dió el gran cordon de la Reunion al cardenal Maury y al arzobispo de Tours, la cruz de la Legion de Honor á los cardenales Doria y Ruffo, la condecoracion de la Corona de Hierro al arzobispo de Edesa, las sillas de senadores al cardenal de Bayane y al obispo de Evreux, una pension de seis mil francos al médico

del Papa y regalos magníficos á cuantos contribuyeron al acto importante recién consumado.

Después de pasar aun dos dias mas en Fontainebleau, durante los cuales esforzóse por acreditar su viva satisfaccion al Papa, tomó la vuelta de París el 27 de enero, con el convencimiento de haber dado cima á un acto que tal vez no seria definitivo, si bien por de pronto produciria gran efecto sin duda. Apresuróse á publicar en los periódicos oficiales, que por un concordato se acababan de ajustar las diferencias suscitadas entre el Imperio y la Iglesia, é hizo propalar de viva voz, aunque no imprimir, que el Papa se iba á establecer en Aviñon. Escribió á Holanda, á Turin, á Milan, á Florencia, á Roma, á todos los representantes de su autoridad, para anunciarles tan trascendental ajuste, para imponerles en sus pormenores y autorizándoles á divulgar su sentido, no su texto, y á hacer cuanto fuera necesario para restituir la calma á las conciencias perturbadas.

Esta calma no debia ser duradera, pues era fácil de prever que, tan luego como los consejeros naturales del Papa volvieron á su lado, tratarian de poner su espíritu en tortura, reconviniéndole por el acto á cuyo pié habia estampado su firma, poniéndole de manifiesto lo grave de las consecuencias, y la inoportunidad sobre todo, en visperas de una guerra, que para Napoleon podia no ser ventajosa. Efectivamente, apenas fueron admitidos en Fontainebleau los cardenales negros, vióse tornar otra vez triste y sombrío el espíritu del Papa, tan alegre y satisfecho durante algunos dias. Los cardenales di Pietro y otros le demostraron que habia abolido imprudentisimamente el poder

temporal del papado, y operado de consiguiente por autoridad propia una inmensa revolucion en la Iglesia, y abandonado el patrimonio de San Pedro que no le pertenecia, y todo sin necesidad alguna, hallándose Napoleon en visperas de ruina; que se le habia engañado tocante á la situacion de Europa, y que no le debia ligar acto semejante, obtenido por sorpresa, ya que no arrancado. En suma trataron de inspirarle mil terrores, mil remordimientos, y le trazaron un cuadro del estado de las cosas como solo podia sugerirle la pasion mas violenta, cuadro que desgraciadamente, por culpa de Napoleon, debia resultar verdadero muy pronto, pero que á la sazón todo hombre cuerdo juzgara falso ó exageradísimo al menos, pues, á pesar de hallarse quebrantado el imperio francés en la opinion del mundo, todavia llenaba de hondo terror á sus enemigos.

Estos consejos sumieron al infortunado Pio VII en aquel estado de agitacion y de desesperacion, en que tantas veces le hemos visto, y en que perdía la atractiva dignidad de su carácter. ¿Pero cómo salir del apuro? ¿Cómo negar ó revocar una firma todavia fresca? ¿Quién osara aconsejárselo? Nadie, ni aun los cardenales que, gracias al último concordato acababan de recuperar su libertad, su admision al lado del Papa, y la facultad de restituirle el espíritu y el corazón. Temido hubieran ver cerrarse nuevamente detrás de ellos las puertas de las prisiones de Estado. Se convino, pues, entre ellos y el Sumo Pontífice que se disimularia, y no se aparentaria ningun cambio de disposiciones, aguardando los sucesos que no podian menos de estar cercanos. Efectivamente, antes de uno ó dos

años no estaría Aviñon dispuesto para corte pontificia: hasta entonces no se podia exigir del Papa ningun acto oficial derivado de sus nuevos compromisos: además no debia publicarse el concordato: no habia mas que guardar silencio, resignarse algun tiempo mas á la vida reclusa que se pasaba en Fontainebleau, rehusar dulcemente bajo diversos pretextos la pompa con que Napoleon aspirara á rodear al papado hecho francés, y encerrarse, como se habia hecho siempre, tocante á las bulas de institucion canónica reclamadas de tanto tiempo hacia por los nuevos prelados, en una simple abstension sin negativa.

Adoptado el plan este, se necesitara mas imperio sobre sí propio del que poseia el Padre Santo, para ocultar completamente lo que pasaba en su alma. Muy luego echó de ver su turbacion el hábil capitan Lagorsse, que bajo la investidura de chambelan le custodiaba, y adivinó la causa de ella, al notar que las agitaciones del infortunado Pontífice coincidian siempre con las visitas de los cardenales mas marcados por su malevolencia. Lo puso en noticia de Napoleon por conducto del ministro de Cultos, causándole no poca sorpresa con la relacion de lo que acontecia, y haciéndole exclamation á la vista del uso que hacian de su libertad aquellos á quienes acababa de devolverla.—Creo que hemos obrado harto de prisa.—Pronto tuvo un indicio bastante cierto, aunque muy disimulado, de las secretas resoluciones de Pio VII. Detenido el agosto cautivo desde 1809 ya en Savona, ya en Fontainebleau, jamás se tuvo que ocupar en las rentas de su casa, pues se satisfacian todos sus gastos sin que se mezclara en ello. No obstante,

cómo podia ocurrirle hacer algunas limosnas ó liberalidades, se aprovecharon diversas ocasiones de ofrecerle dinero, que rehusó de continuo, aun brindándosele de la manera mas delicada. Ahora, vuelto á la soberanía, teniendo además derecho á muchos servicios, y teniendo además derecho á hacerlo con rentas que le estaban regularmente asignadas, podia aceptar sin desdoro. Napoleon envióle agentes del tesoro imperial para poner á su disposicion las sumas que necesitara. Con dulzura y sin afectacion rehusó estas últimas ofertas, como si aun no hubiera llegado la hora de entrar ostensiblemente en el ejercicio de su nueva soberanía.

No se necesitaba mas para adivinar las resoluciones y los cálculos de los hombres que dirigian al Papa. Pero Napoleon era tan astuto como el que mas de ellos. Notaban que no querian meter ruido, y él no lo queria tampoco. Lo que le importaba no era que los asuntos de la Iglesia estuviesen ajustados, sino que lo pareciesen, y por algun tiempo lo pareceria cuando menos á los ojos de las masas. En todas partes, hasta en las provincias mas remotas del Imperio, publicóse que entre el Papa y el emperador se habia firmado un concordato; que el Papa estaba libre y se iba á dirigir á la sede, desde donde ejerceria la potestad pontificia; que en suma estaban terminadas todas las dificultades religiosas. Algunos individuos, mas al cabo de la intriga romana, procuraron responder que esto era mentira, y que el Papa no habia consentido en cosa alguna. Hasta hubo quienes se atrevieron á divulgar que Napoleon habia querido violentar á Pio VII sin conseguir nada, lo cual ha suministrado posteriormente á ciertos escritores la

ocasion de avanzar que Napoleon habia arrastrado por el suelo al anciano venerable, tirandole de sus cabellos blancos (escena apenas creible en la edad media). Pero la muchedumbre piadosa é inocente, ignorando estos supuestos arcanos, corrió al pié de los altares á dar á Dios acciones de gracias por el nuevo concordato, y se puso á esperar, como Napoleon lo deseaba, que esta paz del cielo le vadiese quizá la de la tierra.

Dos meses hacia que Napoleon se hallaba en Paris de vuelta, y ya se ve cuán vigorosamente habia puesto la mano en todo, diplomacia, guerra, hacienda, culto. Llegado era el momento de abrir el Cuerpo legislativo, formalidad ya tan insignificante bajo su reinado que nunca se sabia el dia fijo en que empezaba sus trabajos, ni el dia en que los daba remate. Por el contrario, ahora se dedicaba un vivo interés á la sesion de apertura, y era un sintoma sorprendente del cambio operado en los ánimos. Sin pensar todavia la nacion en volverse á apoderar de los negocios, imprudentemente abandonados á un genio prodigioso, bien que sin freno alguno, queria al menos conocerlos, y deseaba leer el discurso que el emperador pronunciara, si, como se daba por supuesto, abria el Cuerpo legislativo en persona.

Así intentaba Napoleon hacerlo efectivamente, para hablar por sí mismo á Francia y á Europa desde lo alto de su trono, quebrantado sin duda, pero todavia el mas elevado del universo. Contando todos los dias sus recursos, viendo nuevamente afluir los medios bajo su mano poderosa, combinando sus vastos planes militares, habia recobrado una entera confianza en sí propio, y queria que, por la

altivez de su lenguaje, conociera el mundo el estado de su alma y la indole de sus resoluciones.

De consiguiente el domingo 14 de febrero dirigióse al Cuerpo legislativo, para hacerle el honor, que no le concedia á menudo, de abrir su legislatura en persona, y darle noticia del Estado de los asuntos del Imperio. Rodeado de una comitiva magnífica leyó el siguiente discurso, cuya imprudencia igualaba por desgracia á su brillantez y energía.

«Señores diputados de los departamentos en el Cuerpo legislativo.

»La guerra encendida en el Norte de Europa ofrecia una ocasion favorable á los proyectos de los ingleses en la Peninsula. Han hecho grandes esfuerzos. Todas sus esperanzas han salido fallidas... Su ejército ha fracasado delante de la ciudadela de Burgos, y despues de experimentar pérdidas enormes, ha debido evacuar el territorio de todas las Españas.

»Personalmente he penetrado en Rusia. De continuo han quedado victoriosos los ejércitos franceses en los campos de Ostrowno, de Polotsk, de Mohilew, de Esmolensko, del Moskowa, de Malo-Jaroslawetz. Delante de nuestras águilas no se han podido mantener firmes en ninguna parte los ejércitos rusos. Moscú ha caído en nuestras manos.

»Forzadas las barreras de Rusia y reconocida la impotencia de sus tropas, un enjambre de tártaros ha vuelto sus manos parricidas contra las mas hermosas provincias de este vasto imperio, á cuya defensa estaban llamados. En pocas semanas, á pesar de las lágrimas y de la desesperacion de los infelices moscovitas, han incendiado mas de cua-

tro mil aldeas suyas de los mejores, mas de cincuenta ciudades excelentes, saciando asi su antiguo odio, bajo pretexto de retardar nuestra marcha, rodeándonos de un desierto. De todos estos obstáculos hemos triunfado. Ni aun el mismo incendio de Moscou, donde en cuatro dias han aniquilado el fruto de los trabajos y de los ahorros de cuarenta generaciones, habia alterado en nada el estado próspero de mis negocios.... Pero el rigor excesivo y prematuro del invierno ha hecho pesar sobre mi ejército una calamidad horrorosa. En pocas noches lo he visto cambiar todo. He experimentado pérdidas grandes. Destrozado hubieran mi alma, si en circunstancias tan graves debiera ser accesible á otros sentimientos que al interés, á la gloria y al porvenir de mis pueblos.

»A la vista de los males que han pesado sobre nosotros ha sido grande el júbilo de Inglaterra, y no han hallado límites sus esperanzas. Para recompensar la traicion ofrecia nuestras mas bellas provincias. Por condicion de la paz establecia el destroz de este hermoso imperio; lo cual equivalia en otros términos á proclamar *la guerra perpétua*.

»La energía de mis pueblos en estas solemnes circunstancias, su adhesion á la integridad del imperio, su acreditado amor á mi persona, han disipado todas estas quimeras, y traído á nuestros enemigos á un sentimiento mas justo de las cosas.

»Las desgracias producidas por el rigor de las escarchas han hecho resaltar en toda su extension la grandeza y la solidez de este imperio, fundado sobre los esfuerzos y el amor de cincuenta millones de ciudadanos, y sobre los recursos territoriales de las mas hermosas comarcas del mundo.

»Con viva satisfaccion hemos visto á nuestros pueblos del reino de Italia, á los de la antigua Holanda, y á los de los departamentos reunidos, competir con los antiguos franceses, y conocer que para ellos no hay esperanza, ni porvenir, ni bien alguno, sino en la consolidacion y el triunfo del grande Imperio.

»En todos los paises vecinos propagan los ingleses el espíritu de rebelion contra los soberanos. Inglaterra desearia ver presa á todo el continente de la guerra civil y de los furoros de la anarquía; pero la Providencia la ha designado para primera víctima de la anarquía y de la guerra civil.

»Directamente he firmado con el Papa un concordato, que por fortuna pone término á todas las diferencias que se habian suscitado en la Iglesia. La dinastía francesa reina y reinará en España. Estoy satisfecho de la conducta de todos mis aliados. No abandonaré á ninguno; mantendré la integridad de sus Estados. Los rusos volverán á entrar en su espantoso clima.

»Deseo la paz: es necesaria al mundo. Despues de la ruptura seguida al tratado de Amiens, la he propuesto cuatro veces mediante solemnisimos pasos. Nunca haré mas que una paz honrosa y conforme á los intereses y á la grandeza de mi imperio. Mi política no es misteriosa; he dado á conocer los sacrificios, cuya realizacion me es posible.

»Mientras la guerra marítima dure, mis pueblos deben estar dispuestos á toda clase de sacrificios; porque una mala paz nos lo haria perder todo, hasta la esperanza, y todo lo comprometeria, hasta la prosperidad de nuestros nietos.

»Para hacer respetar la soberanía de su pabe-

Alon ha recurrido América á las armas. La acompañan los votos del mundo en tan gloriosa lucha. Si la termina obligando á los enemigos del continente á reconocer el principio de que el pabellon cubre la mercancía y la tripulacion, y de que los neutrales no deben estar sujetos al bloqueo sobre el papel, todo con arreglo á las estipulaciones del tratado de Utrech, América merecerá bien de todos los pueblos.

» Mi ministro de lo Interior os hará conocer en la exposicion de la situacion del Imperio el estado próspero de la agricultura, de la industria y de nuestro comercio interior, así como el aumento siempre constante de nuestra poblacion. En ningun siglo han rayado en mas alto grado de prosperidad la agricultura y la industria de Francia.

» Necesito de grandes recursos para hacer frente á todos los gastos que exigen las circunstancias; pero, mediante diversas medidas que os propondrá mi ministro de Hacienda, no tendré que imponer ninguna nueva carga á mis pueblos.»

Este discurso, de indole propia á conmover los ánimos hasta lo sumo, fué recibido con las aclamaciones que acogen casi siempre al príncipe vulgar ó grande, sólidamente establecido ó amenazado, que se presenta á los ojos de la muchedumbre. Si fuera lícito olvidar un instante que la prudencia constituye la primera cualidad en el gobierno de los Estados, se admiraría de buen grado esta indomable altivez á la cabeza de un vasto imperio, estas condiciones de paz tan atrevida como imprudentemente trazadas al mundo. Sin embargo, al pensar en la situacion de Europa, al resonar de un extremo á otro del continente los gritos del

patriotismo rebelado, se deplora que tan bello lenguaje introdujese tantas dificultades en las negociaciones, únicas que podian conducir á la paz y atajar el derramamiento de sangre humana. ¿Qué iba á decir con efecto la Inglaterra de la declaracion de que la *dinastía francesa reinaba y reinaria en España*? ¿Qué iban á decir los grandes estados interesados en la distribucion del gran ducado de Varsovia de la declaracion de que *Francia mantendria la integridad del territorio de todos sus aliados*? ¿Qué iba á decir, y sobre todo, qué iba á hacer el Austria, encargada de avenir á las potencias, si se le imposibilitaba llevarlo á cabo?

Tales eran las preguntas desconsoladoras que suscitaba este discurso; pero no se las podia dirigir el público, ignorante de los secretos de los gabinetes. Adecuada era la firmeza del lenguaje imperial para tranquilizarle, al menos hasta cierto punto, y para imponer á la Europa. Esto habia de político en tan impolitico discurso. Por lo demás, los mismos sucesos harán juzgar de sus resultas.

Difícilmente se formaría idea del cambio que en el trascurso de algunos dias se operó en Alemania ya tan alterada. Por no ser dueño de sus determinaciones habia acabado el rey de Prusia, despues de retirarse á Breslau, para ser más independiente de los franceses y de sus súbditos al propio tiempo. Siempre convencido de que el único medio de salir sano y salvo del caos de los sucesos actuales, consistia en tener muchos soldados sobre las armas, no aguardó las respuestas á las cuestiones planteadas en Paris para ordenar nuevos alistamientos. Varios edictos publicó y dos especialmente, uno para comprometer á los jóvenes

de familias ilustres en calidad de voluntarios en los cazadores de á caballo, otro para comprometer á los jóvenes de todas clases á servir de cazadores de á pié en los regimientos de infantería. Con efecto, la opinion pública se sublevó de que se hiciera distincion que abriera las filas del ejército á unos y las cerrara á otros, solicitando todas las clases contribuir á lo que llamaban la emancipacion de Alemania. De un vértigo general se sintieron acometidas las cabezas ya en fermentacion antes, al ser público este doble alistamiento. De todas partes acudieron á Mr. de Goltz, único ministro prusiano que se habia quedado en Berlin, y preguntáronle violentamente, como en los dias de revolucion se hace, á favor y en contra de quien pedía el monarca la ayuda de sus súbditos, añadiendo que en un caso estaban prontos á levantarse todos como un solo hombre, y ninguna dificultad ofrecia adivinar que este caso era aquel en que el rey quisiera emplear su adhesion contra el opresor de Alemania, contra Napoleon. Mr. de Goltz, que conocia la situacion perfectamente, y no ignoraba cómo debía hablar y conducirse, les respondió exhortándolos á confiar en la prudencia y el patriotismo del rey, á poner á su cuidado los intereses de la patria, y darle sus brazos dejándole en libertad de disponer de ellos segun le pareciese mas provechoso. Mientras Mr. de Goltz guardaba esta reserva, sus ojos y su semblante expresaban lo que no se atrevia á decir su boca, y le abandonaron los de la muchedumbre para alistarse. Además, donde quiera habian divulgado los agitadores de las sociedades secretas que era necesario armarse; que el rey, indeciso entonces,

no lo estaria largo tiempo; que mas tarde ó mas temprano le arrastraria la corriente y cuanto mas fuerte se sintiera y rodeado de sus súbditos armados mas se decidiria á seguir las inclinaciones de su corazon que le empujaba á consagrarse á la emancipacion de Alemania. Bajo estos vigorosos impulsos se alistó la jóven nobleza en los cazadores de á caballo, y apresuróse á sentar plaza en los cazadores de á pié la juventud del estado llano, de las escuelas y del comercio. Al cabo de poco se hallaron vacias las universidades y las tiendas, y hubo necesidad de suspender los cursos públicos. Por sí misma se equipaba la nobleza: donativos voluntarios, convertidos en obligatorios por las tarifas enviadas á los principales comerciantes, servian para equipar á los jóvenes faltos de recursos. Armas les suministraban los arsenales del Estado. Para completar la semejanza con los primeros dias de nuestra revolucion, todos los hombres se pusieron una escarapela, que era negra y blanca. Ninguno osara á descuidarse de poner este simbolo de union en su sombrero, pues se le tuviera por ciudadano tibio ó enemigo de su patria.

Sabiendo el rey de Prusia este entusiasmo de sus súbditos en Breslau, y presenciándolo además en la Silesia, sentíase á la par alegre y alarmado, alegre con la idea de hallarse pronto á la cabeza de una fuerza considerable, alarmado de estar prensado entre los suyos y los franceses, constreñido á declararse por los unos ó por los otros, sin saber de que lado se encontrarían la restauracion y la independencia de Prusia. En esto llegaron las respuestas de Paris y halláronle pésimamente dispuesto á oirlas con paciencia. Este príncipe excelente, á

semejanza de todos los caracteres inertes y contenidos de ordinario, tenia momentos en que se emancipaba de sí propio y parecia otro hombre. Indignose de que se le disputara la suma de noventa y cuatro millones gastada para las tropas francesas, de que se le negara un dinero que le hacia tanta falta, de que se le retuvieran sus plazas del Oder y del Vistula, que le fueran tan provechosas para decidirse con mas seguridad entre los franceses y los rusos, y sobre todo, de que se le rehusara hasta la facultad de entrar en relaciones ostensibles con el emperador Alejandro. Mucho empeño tenia efectivamente en abocarse sin demora con este monarca; en primer lugar, porque autorizados á entremeterse los austriacos, ya habian enviado agentes diplomáticos á Wilna y á Londres, en segundo, porque anhelaba desviar á los ejércitos beligerantes de la Silesia, y finalmente, en tercero, porque veia en Koenigsberg al baron de Kein, al general de York y á los agentes rusos gobernar la provincia, convocar los estados, obrar sin intervencion suya y eventualmente en su contra, prescindir en suma del soberano, y conducirse como si estuvieran prontos á segregarse de la monarquia prusiana en el caso en que él no se adhiriera á los coaligados. Aturdido Federico Guillermo queria pedir cuenta á Alejandro de estos procederres respecto de un amigo, respecto de un aliado, cuyos infortunios habia causado en otro tiempo, y cuyos crueles apuros debia comprender ahora. Al lado de Alejandro quisiera enviar á Mr. de Knesebeck, el mismo á quien encargó el año anterior que fuera á explicar y justificar en San Petersburgo su tratado de alianza con Napoleon, y que, autorizado ó no

autorizado, se habia excedido con mucho de los límites á que debiera circunscribirse para permanecer leal respecto de Francia. Sin duda Federico Guillermo pudiera despachar á Mr. de Knesebeck en secreto, bien que se descubriera muy en breve, pues en la expansion de su júbilo no dejaban los agitadores de Koenigsberg de publicarlo, y se cogiera al rey en infraccion de su alianza con Napoleon, y de consiguiente en un mal paso, si se abria la campaña con una nueva victoria de Jena. Asi Federico Guillermo hubiera querido alcanzar, además de la restitucion de su dinero y de sus plazas, la facultad de enviar un agente ostensible cerca de Alejandro.

A la sazón el monarca de Prusia ofrecia el espectáculo de un rey honrado, colocado entre su conciencia y el interés de su corona, y se hallaba cruelmente atormentado por la una y el otro. Aunque poco demostrativo de costumbre, esta vez hizo alarde de mas ira aun que la que realmente sentia, manifestando que ya no podia aguantar mas tiempo; que se le oprimia; que se le rehusaba lo que se le debia indisputablemente, al negarle los noventa y cuatro millones reclamados; que se habia contraido respecto de su persona el compromiso de pagarle dentro de tres meses, y eran pasados mas de seis desde que se hicieron los suministros; que, reteniendo sus plazas, dadas en prendas hasta que se desempeñase de sus deudas, se violaban los tratados y su territorio, puesto que ya no debia nada; que el disputarle la facultad, propia de toda potencia independiente, de negociar con un estado vecino, se le trataba como á un príncipe dependiente y falto de libertad para sus determinacio-

nes; que, si aun se pudiera protegerle, si se conservara el Niemen ó el Vistula, habria pretexto para estorbar toda conferencia con Rusia; pero que, habiendo perdido el Niemen, despues del Niemen el Vistula, y estando en visperas de perder el Oder, se resentia de injusto y de fuera de razon el impedirle que negociara, al menos por la neutralidad de su real residencia.

Despues de meter gran ruido con estas razones, de manera de preparar una excusa á todo evento, sin publicarlo ni ocultarlo, despachó el rey á monsieur de Knessebeck para el cuartel general ruso, y desde este dia se puede decir que cambiaba una alianza por otra. Aun no se habia fijado en el mérito de su resolucíon, no sabia si acertaba ó erraba, si renovaria la falta de 1806, si el movimiento á que asistia se asemejaba al que habia precedido á la batalla de Jena, y si le seguirian los mismos reveses. ¡Con efecto, es tan árduo distinguir entre lo presente y un pasado que se le parece bajo muchos aspectos, y penetrar en este presente lo que de nuevo ha ocultado la Providencial! Pero Federico Guillermo veia á los franceses retirarse paso á paso del Niemen al Vistula, del Vistula al Oder, á los rusos avanzar en su seguimiento, á sus súbditos llamarle á grandes voces, próxima la cuestíon á resolverse de hora en hora sin intervencíon suya, y no esperando ya de su razon las luces que no podia darle, se puso á aguardar toda luz y toda determinacion de los mismos sucesos. Además, su corazon de ciudadano y de rey estaba con aquellos alemanes, que prorumpian en mil gritos y levantaban mil brazos por la independencía de Alemania, y si aun le retenia algo, solo era el temor de

agrar la esclavitud de esta Alemania que le era tan querida.

Todos los prusianos conocian el secreto de este corazon real y se lo significaban á los rusos. Monsieur de Knessebeck no podia menos de repetírselo á Alejandro. Se necesitaba marchar adelante, y obligar al cuartel general francés á retrogradar de Posen á Francfort junto al Oder. Se necesitaba tambien marchar sobre Varsovia, de Varsovia sobre Cracovia, y envuelta asi la Silesia por sus dos extremidades, caeria con su rey en manos del emperador de Rusia. Se necesitaba mas todavia, se necesitaba avanzar no solo sobre el Oder, sino tambien sobre el Elba, librar á la derecha á Berlin y á Hamburgo, á la izquierda á Dresde, y asi, además de la Prusia, que se levantaria como un solo hombre, se lograria la libertad de las provincias anseáticas, de Hannover, de Westfalia, que nada mas esperaban que una ocasion para insurreccionarse; de Sajonia, que no pedia otra cosa que ser arrancada de la carrera azarosa á que Napoleon la habia precipitado, y quizá asimismo de Wurtemberg y de Baviera, y lo que era mil veces mas importante, se eximiria á Austria de los vínculos con que la política y un parentesco mal entendido la tenian aun atada.

Los militares reflexivos, y el príncipe Kutusoff á su cabeza, desaprobaban una marcha tan atrevida, porque era imposible dejar á la espalda á Danzick y Thorn, guarnecidos por treinta mil hombres, á Stettin, Custrin, Glogau, Spandau, custodiadas por otros tantos, sin bloquear al menos estas plazas, en cuyo caso no se podia proseguir la campaña mas que con una parte débil de fuerzas.

Efectivamente habia que dejar delante de las plazas del bajo Vistula cuarenta mil hombres á la derecha, de veinte á treinta mil á la izquierda delante de Varsovia y de los austriacos, y de consiguiente solo quedarian cincuenta mil para las operaciones ofensivas contra los franceses, á quienes, empujándolos hácia el Elba, se les prestaria el servicio de obligarlos á reconcentrarse, de manera que se debilitarian los coaligados al par que se reforzaran sus enemigos. Invencibles aquellos detrás del Niemen, mucho menos junto al Vistula, nada junto al Oder, serian incapaces de vencer junto al Elba. Demencia era por tanto irse á exponer de tal suerte al primer salto de este leon irresistible, contra el cual solo se habian alcanzado, triunfos evitando sus embestidas.

Estas razones, nada políticas, si bien militares hasta lo sumo, no hallaban mas que oídos rebeldes entre los alemanes entusiastas y entre los rusos entusiasmados á su turno; y verdaderamente hay días, muy raros sin duda, en que la pasión tiene mas razon que la razon misma. En efecto se respondia que los franceses se hallaban encerrados dentro de las plazas y no saldrian de ellas; que los prusianos y veinte mil rusos cuando mas bastarian para contenerlos; que á la izquierda estaban los polacos consternados, prontos á aceptar de Alejandro una restauracion de su patria, que ya no esperaban de Francia; que los soldados austriacos bebian cotidianamente con los soldados rusos; que se retiraban muy gustosos delante del cuerpo mas insignificante encargado de seguirlos; que por tanto se tendrian lo menos ochenta mil hombres para marchar adelante; que no contaba

ni veinte mil el príncipe Eugenio; que los veinte y cinco ó treinta mil franceses reunidos en Berlin se encontraban amenazados por todas partes, y se sostenian á costa de mil trabajos; que la mas simple demostracion obligaria al cuartel general francés á retrogradar de Posen á Francfort, de Francfort á Berlin, de Berlin á Magdeburgo, y que allí se levantarian millares de alemanes para obligarles á continuar retrogradando; pero que, aun sin pretender ir tan lejos, de positivo libertando á Posen y á Varsovia, dando un paso mas para libertar á Berlin y á Dresde, se tendrian al punto cien mil prusianos, doscientos mil al cabo de algunas semanas, y que esta alianza arrancada á Napoleon, asegurada á Rusia é Inglaterra, acabaria de cambiar la faz de las cosas en Europa, y pondria en camino de la revolucion política postrera, de la mas decisiva, de la que desprendiera por fin á Austria de Francia para volverla á unir á la coalicion europea.

Todas estas aserciones eran mas verdaderas que las creian los entusiastas que las hacian cundir de boca en boca, mas verdaderas aun que las podia creer Alejandro, á quien se le repetian cotidianamente. Pero no se necesitaba que lo fueran tanto para arrastrarle: de sobra habia con el ruido, con el movimiento que se alzaba en torno de su persona, con las humaredas tan nuevas de la gloria en que se le embriagaba, con el título de rey de reyes que vibraba en sus oídos por todas partes, y sin otros motivos habia resuelto que se avanzara. No tuvo que andar Mr. de Knesbeck mucho camino para encontrarle, y le halló en marcha sobre el Vistula. ¿Qué habia de decirle? Nada que no supiera Ale-

jandro y ya no se le hubiera dicho; que, dando algunos pasos más, se le unirían Prusia y su monarca.

Alejandro empleó todo el mes de enero en dirigirse por Suwalki, Willenberg, Mlawa, Plock sobre el Vistula, caminando entre Polonia y la Vieja Prusia. Establecido en Plock del 5 al 9 de febrero, salió para Kalisch, no teniendo que atravesar mas que una distancia corta para hallarse en Breslau al lado de Federico Guillermo. Le habian seguido los guardias rusos y la reserva en número de unos diez y ocho mil hombres. Durante este tiempo, Wittgenstein á la derecha con el antiguo ejército del Dwina, precedido por algunos miles de cosacos, adelantóse sobre Custrin y Berlin á la cabeza de treinta y cuatro mil hombres, dejando detrás en observacion de Danzick y Thorn con diez y seis mil soldados al ejército de Moldavia. Disponiendo á la izquierda Miloradowitch, Doctoroff y Sacken de cuarenta mil hombres, encamináronse hácia Varsovia, y seguían lentamente al cuerpo austriaco, del cual sabian que estaba poco dispuesto á batirse, y muy impaciente por volver á entrar en Galitzia. A las dos columnas de la derecha y de la izquierda les estaba dada la orden de hacer punta de continuo hácia adelante, mientras, guiando el emperador Alejandro el centro, aguardaba la hora de entrar en Breslau para echarse á los brazos del rey de Prusia, y mientras el antiguo ejército de Moldavia, á cuyo frente habia reemplazado Barclai de Tolly al almirante Tchitchakoff, mantenía en respeto á las guarniciones del Vistula.

Rebasado el príncipe Eugenio á la izquierda por Thorn, á la derecha por Varsovia, no osando des-

guarnecer á Berlin para llamar á las tropas de Grenier á su lado, no tenia probabilidad alguna de mantenerse en Posen. Medio tuviera de ejecutarlo, si el príncipe de Schwarzenberg hubiera querido retirarse con Reynier y Poniatowski sobre Kalisch. Recibiendo así un refuerzo de cincuenta mil hombres, no temiendo en este caso debilitar un poco el cuerpo que guardaba á Berlin, para obrar en Posen algo de importancia, con setenta mil hombres pudiera hacer frente al centro ruso, y deteniendo el centro, detener á la par las alas. Pero el príncipe de Schwarzenberg, que tenia órdenes para no comprometerse, desde que su córte adoptó la política de mediacion á las claras, exponía al general Reynier y al príncipe Poniatowski la impotencia en que se hallaba para batirse, y además la inutilidad de ejecutarlo ahora en interés de las operaciones futuras, y les estrechaba á estar preparados á retrogradar mas todavía, pues ya no podía permanecer en Varsovia. Invitado á dirigirse á Kalisch, respondió que, teniendo sobre Cracovia, esto es hácia la Galitzia, sus depósitos, sus reclusas, sus almacenes, le era imposible tomar el camino de aquel punto, si bien cubriría á aquellos de sus compañeros de armas que creyeran conveniente maniobrar hácia tal lado. Noticioso de esto Reynier salió para Kalisch acto continuo, por fortuna anticipóse allí á los rusos, y se pudo librar de sus manos á fuerza de sostener muchos combates de retaguardia. Juntando Poniatowski á toda prisa cerca de quince mil polacos y dejando una guarnicion en Modlin, no pudo ganar el camino de Kalisch á tiempo, y vióse obligado á seguir al príncipe de Schwarzenberg sobre Cracovia, adonde se

habia retirado con los restos fugitivos del gobierno polaco.

Informado el principe Eugenio de todos estos movimientos, abrazó el partido de abandonar á Posen, y de dirigirse á Francfort sobre el Oder por el camino real de Meseritz. Al mismo tiempo ordenó á la antigua division de Lagrange, formando parte de las tropas destinados á la custodia de Berlin, que fuera á Francfort á su encuentro. Juntóse á ella con los diez mil hombres que le quedaban de todas clases, aumentados por la incorporacion de cierto número de soldados de la Guardia. No considerando mucho mas sostenible la posicion de Francfort que la de Posen, determinó trasladarse á Berlin, donde podia reunir con las tropas de Grenier cuarenta mil hombres, y mostrar mejor continente que aquel á que se hallaba reducido un mes habia. Mientras estaba en marcha, los corredores del ejército ruso á las órdenes de Tettenborn y de Czernicheff pasaron el Oder por Wrietzen, muy cerca de Berlin, asaltaron de improviso á un regimiento de caballería italiana del cuerpo del Grenier, lo destruyeron casi del todo, é hicieron estallar en Berlin una alegría desmesurada.

Saliendo entonces el general Grenier de Berlin con sus dos divisiones de infantería, rechazó á los corredores sobrado temerarios del ejército de Wittgenstein, y volvió á entrar en la capital de Prusia, despues de aminorar algun tanto la alegría de sus moradores. Si tomara delante de Berlin una posicion fuerte, y atrajera el cuerpo del general Lauriston á su lado, mucho mas hallándose ya una de sus divisiones en Magdeburgo, y mostrara la firme resolucion de venir á las manos, probable-

mente detuviera el principe Eugenio á los rusos; pero temeroso de provocar sucesos decisivos antes de que Napoleon llegara, viéndose rodeado de enemigos, no teniendo mas que dos mil y quinientos ginetes, expuesto frecuentemente á no poderse comunicar con Magdeburgo, por falta de tropas de á caballo, tomó el partido de venir á asentarse definitivamente junto al Elba, adonde además ya se habia visto obligado á replegarse el general Reynier de resulta del movimiento del centro de los rusos. De Berlin salió el 4 de marzo, despues de hacer que sus heridos, sus enfermos y su material evacuaran á Magdeburgo. Ya colocado á la cabeza de cuarenta mil hombres no tenia que temer que su prudencia y sus águilas llegaran á ser insultadas.

Al dia siguiente se hallaba sobre el Elba, y terminaba esta larga retirada, comenzada en Moscou el 20 de octubre y señalada por tan extraños y prodigiosos desastres. Nada tenia de que acusarse el principe Eugenio desde que tomó el mando, á no ser de circunspeccion hartó excesiva, y por otra parte habia prestado indisputables servicios. Todos los mariscales y los generales sin tropas, excepto Davout y Victor le habian abandonado. Envió al mariscal Davout á Dresde con la division de Lagrange, para recoger al general Reynier que volvia de Kalisch, y para defender los importantes puntos de Torgau y de la capital de Sajonia. Personalmente establecióse en Wittemberg con los diez mil hombres que fueron largo tiempo su único recurso, con las tropas del cuerpo de Grenier, y atrajo sobre Magdeburgo á las tropas del cuerpo de Lauriston, prontas á entrar en línea. Iba pues á tener ochenta mil hombres junto al Elba, muchas

grandes plazas en buen estado de defensa, y en esta línea ya no podía ser forzado.

Sin necesidad de decirlo se comprende la tumultuosa alegría que, al saber la evacuación definitiva de Berlín estalló en toda Prusia. Mucho antes de la evacuación esta, se enviaron al rey Federico Guillermo emisarios tras emisarios, primero al fogoso barón de Stein, después á un alsaciano de mucha sutileza, el barón de Anstett, cuyo suelo nativo era francés ya hacia largo tiempo, luego á un oficial de crédito sumo entre los patriotas alemanes, el general Scharnhout y demostrósele de todas maneras, por las razones morales, políticas y militares, que era menester echarse en brazos de Rusia. Se le dijo que Napoleón estaba vencido; que no podría volver á empezar la larga serie de sus victorias; que, cansada Europa de su yugo, se iba á alzar en masa; que Austria, para declararse, no aguardaba más que la señal de Prusia; que Napoleón no resistiría á semejante muchedumbre de enemigos; que además, agotada y disgustada Francia no le proporcionaría recursos para efectuarlo; que de esta suerte se desembarazaría de su odiosa dominación al mundo; que, no queriendo Rusia para sí propia, más que lo que había poseído antes, iba á restituir la porción del ducado de Varsovia perteneciente á Prusia; que además la restituiría todas las partes de su territorio que reconquistara, y aun prometía no deponer las armas hasta que ayudara á Prusia á reconstituirse del todo. Esto era especialmente lo que podía decidir al rey Federico Guillermo, porque temía que viniese el desaliento después de la pérdida de una batalla, y se le abandonara de nuevo á la venganza de Na-

poleón, como en Tilsit se le había ya abandonado. Contrayendo el compromiso de no abandonarle, y de sostener una lucha á muerte, se efectuaba lo que debía ejercer más influjo sobre sus resoluciones.

Ante todas estas razones, y todas estas promesas, y el entusiasmo de sus súbditos, rindióse al cabo, diciendo no obstante á cuantos le rodeaban que esto no debía ser cosa de arranque seguido de súbito desaliento como siete años antes, sino que, puesto que se deseaba la guerra, exigía que se hiciese hasta la extinción absoluta, prodigando por sustentarla el último escudo y el último hombre. De consiguiente autorizó á Mr. de Hardenberg para firmar el 28 de febrero un tratado, por el cual se comprometían Rusia á juntar ciento cincuenta mil hombres y ochenta mil Prusia, proponiéndose ambas potencias reunir mayor número muy en breve, á emplearlos contra Francia hasta que Prusia recibiese una constitución más conforme á su antigua existencia y al equilibrio de Europa, á no soltar las armas interin este objeto no se lograra, á hacer todos sus esfuerzos por atraer á la causa común al Austria, á entrar concordes en tratos, y nunca la una sin la otra. Rusia se comprometía particularmente á emplear sus buenos oficios cerca de Inglaterra, para que concluyera un tratado de subsidios con Prusia.

Mientras contraían estos empeños, ni el rey ni Mr. de Hardenberg se habían atrevido á explicarse francamente con Mr. de Saint-Marsan, y era visible su embarazo ante este ministro de Francia. En el momento en que andaban en tratos, ya había evacuado el ejército francés á Posen y á Francfort junto al Oder, y se aprestaba á salir de Berlín.

No inspiraba ya pues temores, y ofreciera poco peligro declarar ingenuamente que se aprovechaba la ocasion para rehacer la fortuna del pais propio, imprudentemente comprometida en otro tiempo. Pero por un lado Mr. de Hardenberg tenia talento de sobra para comprender que iba á jugar una partida muy azarosa para su patria, y por otro el rey tenia bastante memoria para abrigar igual convencimiento, y mientras el ejército francés no repasara el Elba, casi no osaban confesar lo que acababan de llevar á remate. Por su parte Mr. de Hardenberg sentíase tan conmovido que aun decia á Mr. de Saint-Marsan el dia 27, vispera de la firma del tratado con Rusia.—Pero haced algo por la Prusia, y nos salvareis de un cruel extremo.—Sinceridad acreditaba al expresarse de este modo, y en el instante de abrazar un partido, que podia ser extremadamente feliz ó extremadamente funesto para su patria, experimentaba las ansiedades de un buen ciudadano. El rey, cuyo carácter honrado no querriamos tachar lo mas leve, mostróse todavia menos ingénuo que su ministro, y valiéndose de una astucia poco digna de su persona, fingió irritacion suma con motivo de algunos actos recientes de que se acusaba á las tropas francesas. Véase cuáles eran estos actos. Napoleon habia prevenido que se pagase todo; pero, abusando de la situacion los prusianos, exigieron al general Mathieu Dumas, intendente del ejército, precios tales que no habia posibilidad de admitirlos. Para que se nos negaran viveres autorizaba el patriotismo, si bien no para que sobre su valor se nos hiciera pagar triple ó cuádruple suma. De consiguiente Napoleon anuló los ajustes, y dispuso que las plazas del Oder se

provisionaran como estuviera á su alcance, cogiendo en torno de ellas lo que fuera imposible adquirir comprado. No dejaron los gobernadores franceses de Metz, de Custring, de Glogau, de cumplirlo á la letra, y se apoderaron á algunas leguas á la redonda de ganados, granos, leñas, y de cuanto les hacia falta. Finalmente el principe Eugenio, alli donde dominaban sus tropas, impidió los alistamientos en masa, como evidente infraccion de los tratados que ligaban á Prusia respecto de Francia y limitaban la extension de sus armamentos. Verdaderamente, al lado de lo que estaba pasando durante veinte años de guerras encarnizadas, guerras provocadas en 1792 bien gratuitamente por Prusia, lo cual debia tener muy en la memoria, no constituian los tres hechos que acaban de ser citados un motivo formal que pudiera alegarse para la ruptura de una alianza. Mas sencillo y mas decoroso fuera decir que, vencidos y oprimidos por largo tiempo, se hallaba la ocasion de triunfar y de sacudir la coyunda, y se aprovechaba anhelosamente. Pero seamos justos á nuestro turno, y convengamos en que el oprimido tiene contra el opresor el derecho de la astucia. Pierde su dignidad al usarlo, pero no falta á nadie. Afectando Federico Guillermo el 28 de febrero, dia de la firma del tratado con Rusia, una irritacion que, si era sincera, provenia del miedo que experimentaba al abrazar un partido tan grave, exigió que se dirigiera á Mr. de Saint-Marsan una nota, donde perentoriamente y con intimacion de responder acto continuo, se nos pedia cuenta de los últimos actos imputados á los franceses. No pudiendo Mr. de Saint-Marsan responder por sí mismo, envió

la nota á Paris con un correo extraordinario.

Pero ya no se procedia á las calladas, ni habia posibilidad de hacerlo, y la alegría de los patriotas azolpados en Breslau, rodeando al monarca y felicitándole publicamente por su conducta, no dejaban la duda mas leve sobre la resolucion adoptada. Además una serie de providencias significativas del todo, vinieron á hacer casi oficial la ruptura con Francia. Dióse curso forzado de moneda al papel del Estado correspondiente á nuestros honos del Tesoro; se decretó la formacion de un grande ejército prusiano en Silesia, confiando el mando en gefe al ilustre general Blucher, que siempre habia manifestado el mas noble pesar de resultas de la servidumbre de su patria, y nombrando por gefe de estado mayor al general Scharnhorst, que habia contribuido mas que otro alguno á estimular al monarca: finalmente se dió por terminado en ventaja del general de York el proceso que se supuso formarle y que en realidad no empezó nunca, declarandosele inocente y reintegrándole en el mando de las tropas, cuya defeccion habia efectuado: llamados fueron los oficiales prusianos que, despues de la alianza con Francia, llevaron su patriotismo indignado á Rusia, como los generales Goeisenau y Clausewitz, y halagóseles con grados y se les colmó de recompensas.

Tras de tales manifestaciones no habia ya para que imponerse coaccion alguna, y asi la entrevista de los dos soberanos recientemente aliados tuvo lugar el 15 de marzo. Acompañado Alejandro de Mr. de Nesselrode y de una multitud de generales entró en la capital de la Silesia, y entre los aplausos del pueblo y las aclamaciones de las tropas,

arrojóse á los brazos del amigo sacrificado en Tilsit tiempos antes, y vuelto á hallar últimamente en el desastre de Moscou. Retenido en su cama por horribles dolores el fogoso y generoso baron de Stein, no se encontraba allí para presenciar un suceso que era obra suya. Tres dias fué la ciudad iluminada, y por lo demás cuidó el rey de que rodeara la casa de Mr. de Saint Marsan su propia guardia, á fin de preservarle de toda ofensa. Durante la permanencia de Alejandro en Breslau, Mr. de Hardenberg, que no habia cesado de guardar con Mr. de Saint-Marsan un silencio triste, pero tan expresivo que ya no era silencio, rompiólo el 17 de marzo, enviándole la declaracion de guerra á Francia, y despues de prodigarle toda clase de cumplimientos personales, dejó á su eleccion que partiera cuando fuese de su agrado.

Ocioso es afirmar que este suceso, aunque previsto, produjo inmenso efecto sobre Alemania y sobre Europa. Mas que nunca manifestaron los patriotas alemanes su júbilo y sus esperanzas. Segun ellos, Sajonia, Baviera, Wurtemberg, todos los principes, á quienes se llamaba esclavos nuestros, debian imitar la conducta de Prusia y tomar parte en la coaliccion general sin demora. Con el deseo de acelerar este resultado, los coroneles Czernicheff y Tettenborn, dejando al cuerpo de Wittgenstein el cuidado de seguir la retaguardia del principe Eugenio sobre Magdeburgo y Wittemberg, bajaron el Elba con sus cosacos, para ir á remanecer á la parte de Hamburgo, y procurar de acuerdo con las flotillas inglesas el levantamiento de aquellos franceses anséatas, que eran franceses á pesar suyo, y solo anhelaban la ocasion de dejar

de serlo. Al propio tiempo las vanguardias del ejército ruso del centro, que habían pasado el Oder, fueron encaminadas hacia Torgau y Dresde, para tratar de hacer que se decidiera Sajonia, y para influir sobre ella por los medios que tan perfectamente habían probado respecto de Prusia.

Inquieto el príncipe Eugenio por Dresde al retirarse sobre el Elba, se apoyó á la derecha en vez de apoyarse á la izquierda, y llevó su centro á Wittemberg en vez de llevarlo á Magdeburgo. De resultas de este movimiento hallóse Hamburgo al descubierto, pues ya se sabe la distancia que hay desde Magdeburgo, situado de algun modo en medio de la línea del Elba, hasta Hamburgo, situado muy cerca de la embocadura de este río, tomando como tomamos la línea del Elba desde el mar hasta las montañas de Bohemia. De consiguiente los coroneles Tettenborn y Czernicheff corrieron con nueve ó diez mil cosacos, apoyados por alguna infantería ligera, hacia Lubeck y Hamburgo. Por su parte los ingleses habían rehecho en la isla de Heligoland un establecimiento, y acumulado allí armas, municiones y material de guerra de todas clases. Llenas estaban con sus flotillas las bocas del Elba. No se necesitaba tanto para poner en fermentación las cabezas ya muy inflamadas de los habitantes de Hamburgo. A la sazón retirábase con dos mil hombres á esta ciudad desde la Pomerania el general Morand, no el célebre Morand del cuerpo de Davout, sino un veterano gefe del mismo apellido, valeroso, si bien enfermo por desgracia. Asaltado fué de pronto, mortalmente herido, y apresado con parte de su escasa tropa. De otro lado el general Lauriston, enviado por Osnabruck,

Hannover y Brunswick sobre Magdeburgo, estaba aun á cuarenta leguas de distancia. En Hannover se hallaba el general Bourcier en medio de los depósitos de su caballería. Ni para atajar á los cosacos, ni para contener á la población eran suficientes las tropas residentes en Hamburgo. Las autoridades francesas que el 21 de febrero anterior fueron muy maltratadas, y vieron á los aduaneros, á los recaudadores de las contribuciones indirectas, á los agentes de policía apaleados, saqueados, expulsados, con el temor de sufrir ahora tratamientos aun mas funestos, evacuaron á Hamburgo, entregando la ciudad á las autoridades municipales y retirándose hacia Brema. Al punto acudieron los cosacos de Tettenborn en medio del general alborozo, y recibieron las llaves de la ciudad para presentarla al emperador Alejandro. De sus cargos hicieron dimision las autoridades municipales formadas por los franceses, y fueron reemplazadas por el senado antiguo. Inmediatamente creóse una legion llamada de Hamburgo, componiéndola todos los hombres de buena voluntad y dispuestos á armarse por la causa alemana. Equipada fué á expensas de los ricos hamburgueses, quienes en pocas horas cubrieron una fuerte suscripción abierta para subvenir á este gasto. Se hizo señal para que se acercaran los ingleses, y llegaron efectivamente muy pronto con buques cargados de azúcares, cafés y algodones. Esto era duplicar el júbilo que su aparición producía, pues á la satisfacción de ver alejarse una autoridad extranjera detestada, se añadía la de ver el bloqueo continental abolido y abiertas nuevamente las vías del comercio. No sabían los infelices hamburgueses

á cuán repentino cambio de fortuna se exponian con esta manifestacion imprudente.

Sobre el alto Elba, en Sajonia, en Dresde, notóse el mismo movimiento á la aproximacion de las tropas rusas y prusianas.

El infortunado Federico Augusto, rey de Sajonia, muy adicto hasta entonces á Napoleón, pues le habia colmado de favores, y restituídole la Polonia, empezaba á conocer que no estaba cortado para ambicion tanta, bastándole verdadera y únicamente el reposo, el amor de sus súbditos y las prácticas religiosas. Así, aun doliéndole mucho, estaba pronto á renunciar á Polonia, con tal de que se le conservase su Sajonia amada, segun la poseia antes de las grandezas con que Napoleón le habia abrumado. Sin mostrar menos adhesion á Francia despues de los últimos sucesos, habia elegido no obstante un consejero que guiara su debilidad por aquel laberinto de circunstancias prodigiosas, y creyó hacer la mejor eleccion posible, dirigiéndose al emperador de Austria, esto es, al suegro, al aliado de Napoleón. Desde luego esforzóse Mr. de Metternich por atraerle á aquel partido de principes alemanes, á cuya formacion se aplicaba, y cuyo objeto era pacificar á Europa, colocándose entre Rusia, Inglaterra y Francia, y obligándolas á aceptar una paz germánica del todo. Con razon se dijo á Federico Augusto que no era hacer traicion á Francia, sino por el contrario, prestarle un servicio y llenar los deberes de buen aleman al propio tiempo, el trabajar por restablecer la paz sobre la base de una Alemania independiente, fuerte y respetada. No vaciló en seguir este rumbo, por cuyo motivo solo respondió de una

manera evasiva á las reclamaciones del ministro de Francia, que ya le pedia provisiones, ya reclutas, ya caballería. Para sustraerse á tales instancias, hizo valer sus apuros, las malévolas disposiciones de sus súbditos, y finalmente, la imposibilidad de ejecutar lo que se le exigia en el término señalado. Habiendo vuelto su cuerpo de tropas á las órdenes del general Reynier sobre el Elba, acantonóse en Torgau, y allí, bajo pretexto de llenar sus bajas, le puso aparte en una plaza fuerte, para esperar en una especie de neutralidad semejante á la del principe de Schwarzenberg, las direcciones de la política austriaca. Por lo que hace á su caballería compuesta de mil doscientos soberbios coraceros y de otros tantos excelentes húsares y cazadores, cuyo envio requirió Napoleón imperiosamente, nególa de una manera rotunda. Para inspirarle el valor de lanzarse á tal negativa, necesitóse de un miedo todavía mas enorme que el que Napoleón le infundia, y este miedo fué el de los cosacos, cuya presencia en todas partes hacia temblar hasta á los aliados de los rusos. Aguardando á cada instante ver asomar á aquellos cosacos, tan espantables desde lejos, determinó colocarse en medio de sus ginetes, é ir con su familia á lugar seguro, dejando su infanteria en Torgau, y sus Estados á quienes quisieran ocuparlos alternativamente. Con semejantes disposiciones, bastaban la defeccion de Prusia y la aproximacion de la vanguardia de los rusos para que este principe se decidiera á realizar el proyecto de fuga preparado tan de antemano. A pesar de las representaciones del ministro de Francia, Mr. de Serra, que se esforzaba por demostrarle la inconveniencia de

su partida y el peligro de abandonar á sus súbditos, que se iban á entregar inevitablemente á las pasiones reinantes y á inferir agravios á Francia de que serian castigados muy pronto, y de cuyas resultas sufriria tambien su persona, se puso en marcha, dejando á Dresde en manos del mariscal Davout, dejando sus objetos mas preciosos y menos trasportables en la fortaleza de Koenigstein, llevando finalmente consigo su tesoro y su numerosa familia en medio de tres mil hombres entre ginetes y artilleros. Retirarse hubiera podido á Bohemia, donde llegará en algunas horas, á un territorio neutral é inviolable á la sazón para todas las potencias beligerantes. No se atrevió á ello, ni lo hubiera querido la corte de Austria, á fin de no descubrir la secreta liga que aspiraba á formar en ocasion harto prematura. Por Plauen y Hoff dirigióse á Ratisbona, á territorio del rey de Baviera, á quien asediaban iguales apuros. Su designio era permanecer en Baviera ó lanzarse á Austria, segun dieran de sí los sucesos. Mr. de Serra invitóle á ir á Francia, pero un paso de esta especie le perdera á los ojos de los alemanes, y además fuera contrario á la idea de la mediacion de Austria, y así no aceptó el convite.

Apenas partió de Dresde asomaron en las cercanías de esta ciudad los rusos. En Torgau se habia encerrado la infanteria sajona, declarando que no queria salir de allí para cooperar á la defensa del Elba. Para defender el curso superior de este río tenia el mariscal Davout la division francesa de Durutte, único resto del cuerpo de Reynier desde que lo habian abandonado los sajones, y además algunas tropas que le habia enviado el príncipe

Eugenio, y finalmente, los segundos batallones del cuerpo suyo recién organizado en Erfurt. Apresuróse á ir á Dresde en persona, y adoptó las providencias que exigian las circunstancias, como militar probo, si bien inexorable, no haciendo ningun daño inútil, pero mandando sin compasion todo el mal necesario. Recorrió las márgenes del Elba, dispuso la destruccion de los molinos, de los bateles y barcas, á pesar de los gritos de los aldeanos sajones, y llegado al magnífico puente de piedra que une en Dresde las dos ciudades, la nueva y la vieja, hizo minar y saltar dos arcos, sin hacer caso de los grupos de los habitantes, ni de sus amenazas y sus clamores. De seguida se puso á la cabeza de sus tropas con el fin de recibir á los rusos, si trataban de forzar el paso.

Estas medidas de defensa vinieron á ser uno de los agravios mas violentamente alegados en todo Alemania. Se compusieron grabados groseros, representando el puente de Dresde destruido por aquel á quien se llamaba el feroz Davout en el Norte, y se esparcieron á miles por las ciudades y los campos.—Véase, se decia, cómo tratan los franceses á sus mas fieles aliados, los sajones, que acaban de batirse denodadamente por su causa, mientras que, arrojando sus armas, se daban los franceses á la fuga.

Esta nueva excitacion, producida por la defecion de Prusia, se hizo sentir naturalmente en Viena, á pesar de la distancia y de la habitual quietud de esta capital. Aunque penetrada por algunos espíritus perspicaces la profunda política de Mr. de Metternich y del emperador Francisco, se escapaba á las gentes apasionadas de la corte, del ejér-

cito y del pueblo. Solo veían una culpable lentitud en segregarse de Francia y en sacudir los funestos empeños contraidos al celebrarse el matrimonio de Napoleón y María Luisa. Extremado era el desencadenamiento de esta parte del público austriaco. Entre quienes mas animacion se notaba había que contar á la emperatriz misma, princesa de Módena, y lo que todavía es mas sorprendente, al archiduque Carlos, comunmente tan cuerdo, y sobre todo tan mesurado al tratarse de Francia. Pero sintiendo este príncipe fermentar en el fondo del corazón su patriotismo alemán, resentido profundamente por otro lado de que su hermano el emperador Francisco le hubiera excluido de toda participacion en los negocios, aprovechaba de muy buen grado todas las ocasiones de censurar al gobierno, y sin duda procedía con sinceridad ahora, pues era de los que desearan una conducta mas clara y mas ingenua. Se avanzaba hasta el punto de atribuirle una especie extraña por lo atrevida, asegurándose haber expresado que, si el emperador Francisco había contratado un matrimonio que á su política pusiera trabas, y que si las afecciones de padre le impedían cumplir sus deberes de soberano, menester era que abdicase y cediese la corona á un miembro de la familia mas libre en sus acciones.

Tan grande era la exaltacion que Mr. de Metternich hubo de concebir algunos temores respecto de su persona, y que el gobierno se vió obligado á decretar algunos arrestos, aun entre los personajes de viso, tales como Mr. de Hormayer, uno de los mas altos empleados de la cancillería austriaca, aquel por cuyo conducto se entablaron con el Ti-

rol comunicaciones secretas. Efectivamente, no era del gusto del emperador ni de Mr. de Metternich lo acontecido en Alemania. Ante todo no les convenía excitar el espíritu público tan vivamente como se estaba haciendo, ni aceptar el yugo de las masas populares para sacudir el de Napoleón. Alejandro les parecía un príncipe imprudente, embriagado por triunfos á que no estaba acostumbrado, y Federico Guillermo un príncipe débil, manejado ahora por sus súbditos como seis años antes por su esposa. Ni el emperador ni Mr. de Metternich se recataban de emitir este juicio. Además, esta manera impetuosa é irreflexiva de obrar no era la suya. De las manos de Napoleón querían salir sin ponerse en las de Alejandro, y de todos modos no exponerse á tornar á caer mas duramente que nunca, por consecuencia de una guerra locamente emprendida é insensatamente hecha. Lejos estaban de considerar á Napoleón destruido, y como en 1806, esperaban verle desembocar de una manera fulminante de los desfiladeros de Turingia, y castigar á los imprudentes que tan de cerca se acababan de exponer á sus golpes. Ya que no cierto, este resultado era posible al menos, y á sus ojos esta razon bastaba para que no se debiera andar tan de prisa, sobre todo para no comprometerse antes de que se hallase reconstituido el ejército austriaco, y aun para que se prefiriera el recurso de una mediacion, á beneficio de la cual se rehiciera la situacion de Alemania, sin correr el peligro de una guerra con Francia.

Desde este punto juzgaba el gabinete austriaco hartamente aventurada la conducta de Prusia y muy temerarias las demostraciones alemanas; y tam-

bien desde este punto de vista no cesaba de darnos consejos de prudencia y de moderacion, y admitiendo que hiciéramos aun una campaña vigorosa, nos suplicaba que de nuestros triunfos futuros no aspiráramos á sacar otro resultado que una paz inmediata, equitativa y aceptable para toda Europa.

Así desconsolose al vernos, tanto en la memoria dirigida al Senado para hacer nuevos alistamientos como en el discurso imperial pronunciado el 14 de febrero, anunciar voluntades absolutas, ya respecto de España, ya respecto de los departamentos anseáticos, ya respecto del gran ducado de Varsovia, pues esto era imposibilitar la mediacion de que se habia encargado. Repetidamente y á la larga explicose sobre ello con Mr. Otto, nuestro ministro en Viena. Hablándole del discurso imperial, le dijo:—Mucho admiro el orgullo de lenguaje de vuestro emperador, y de nuevo hallo ahí todo su genio; pero fuerza es pensar en las consecuencias de lo que se hace, y aquí las consecuencias no pueden menos de ser lastimosas. ¿Cómo quereis que yo negocie con Inglaterra, cuando decís que la dinastía francesa reina y reinará en España? ¿Cómo queréis que yo negocie con Rusia y Prusia, cuando decís que los territorios constitucionales ó pertenecientes á aliados, esto es, las ciudades anseáticas y el gran ducado de Varsovia continuarán siendo cosa sagrada é inviolable? Nunca podré conseguir que tales condiciones se acepten por Europa. Ahora bien, la paz nos hace falta á nosotros, os hace falta á vosotros, porque, aun ganando victorias, y necesitariais alcanzar muchas para que Europa se manifestase moderada

respecto de vosotros, aun ganando victorias, no siempre se resiste al levantamiento universal de los ánimos y muy pronto se siente el rechazo en la casa propia... Con este motivo, sin decirnos la paz que deseaba y se entreveía fácilmente, trató Mr. de Metternich de arrancar á Mr. Otto el secreto de la que deseábamos nosotros; pero intentólo en vano, porque Mr. Otto no sabia nada. No logrando que hablase, determinose Mr. de Metternich á hablar por su parte, para prepararnos á las condiciones que podia aceptar Europa, aun suponiéndola vencida por nosotros, lo cual en su argumentacion no se negaba á admitir nunca.—España, dijo con formas alternativamente insinuantes ó francas del todo, no os será concedida probablemente por Inglaterra, y sobre todo despues de la última campaña. A nosotros los alemanes, esta condicion nos importa poco, no nos toca mas que desde el punto de vista de Inglaterra, de la cual no se querrán separar ni Rusia ni Prusia en las negociaciones. Todo lo mas que podriais hacer soportar á Inglaterra, seria la agregacion de Holanda á Francia, si bien despues de ganar todavía mas de una victoria, y esta condicion tampoco nos toca mas que á causa de los intereses británicos al modo que la precedente. Pero no hareis aceptar á Inglaterra, ni á Rusia, ni á Prusia, y menos á Alemania, la incorporacion definitiva de los departamentos anseáticos á vuestro imperio. ¿A qué, pues, mostrarse tan afirmativos y tan absolutos sobre este punto? ¿Qué os importan paises situados tan lejos de vuestra verdadera frontera, tan poco útiles á vuestra defensa, tan extraños á vuestros intereses comerciales, tan poco simpáticos á vuestra nacion,

tan necesarios á la constitucion de una Alemania independiente? Cuando dabais tanta importancia al bloqueo continental podiais tener empeño en la posesion de los territorios anseáticos, pero hoy este bloqueo se viene abajo por todas partes, Rusia y Prusia lo han abandonado: vosotros mismos lo infringís de continuo. Manteniéndolo hariais la fortuna de vuestros enemigos rusos y prusianos, pues todo pasaria por su casa: además, la suposicion de la paz general hace que deje de ser provechoso: renunciad desde ahora á este bloqueo, y consentid por tanto en restituir territorios que solo desde semejante punto de vista podian ofreceros ventajas. Por lo que hace á Prusia, es necesario que os resigneis á hacerla mas fuerte, mas extensa y tal que figure como el verdadero Estado intermedio entre Rusia y el Mediodía de Europa, Estado intermedio que hoy seria absurdo buscar en Polonia, puesto que no habeis logrado restablecerla, y cuya reconstitucion nos compete promover á los alemanes mas que á vosotros, puesto que somos y vosotros no sois vecinos de Rusia. ¿A qué pues, mostraros tan afirmativos sobre el gran ducado de Varsovia, que es ya insostenible, que nunca tolerará Rusia en su frontera, y que por otra parte, es la única materia que se puede aplicar á recomponer la Prusia sin destruir vuestro reino de Westfalia? ¿A qué crearnos dificultades insolubles, expresando acerca de este punto voluntades irrevocables?... Pasando á la Confederacion del Rhin, Mr. de Metternich añadió lo siguiente:—¿Para qué esa creacion singular, que os impone gravámenes sin ventaja alguna, que es incompatible con la independencia de Alemania, y

que ya se halla irrevocablemente destruida en el espíritu de los alemanes? ¡Qué! ¿Os obstinariais por un vano título de *protector*, que inconcebible sobre la cabeza de vuestro glorioso y prepotente soberano, seria ridículo sobre la cabeza de un niño? ¿Por ventura vuestro emperador, poseedor de la frontera que se dilata desde Basilea hasta el Tixel, perteneciéndole Maguncia, Estrasburgo, Coblenza, Colonia, Wesel, Groninga, como puntos de apoyo de esta frontera, no tiene bastante para influir sobre Alemania y ser bastante inquietante á sus ojos? ¿Qué mas quiere? No necesita parecer el primer potentado del continente hasta el extremo que lo procura; conténtese con serlo, y le vale mas que la ostentacion el disimulo. ¿Acaso imagináis que aspiramos á restablecer la antigua Confederacion germánica para tomar la corona imperial de nuevo? Os engañais: no pensamos ya en ese título tan vano como ominoso; y de nuestra eleccion depende, porque se nos ofrece todo, todo, entendido (y al decir estas palabras Mr. de Metternich dejaba traslucir numerosas y secretas comunicaciones de parte de los coaligados); pero no queremos mas que las cosas que no nos pueden ser negadas, las que vosotros mismos estais prontos á concedernos: sobre todo queremos una Alemania independiente y la paz, porque tenemos sed de paz. Nos la piden todos los pueblos, y desaprobarian nuestra conducta, y nos abandonarían si les impusiéramos sacrificios con otro objeto que el de la paz. Sin duda nos direis que sois fuertes y que vais aun á vencer á vuestros enemigos. Lo sabemos, contamos con ello y hasta lo necesitamos para obtener la paz, algunas de cuyas condiciones

os hemos indicado; pero hacedla posible, y por tanto no os mostreis tan absolutos, y no seais causa de que antes de que se entablen las negociaciones se hallen rotas.

Estos admirables consejos, dados sinceramente, fueron acompañados con las mas suaves y menos amenazadoras formas, y enunciados no de una vez y dogmáticamente, sino ya un día, ya otro, segun las ocasiones. Harto á las claras permitian ver la paz que se hallaba dispuesta á admitir Austria, y aun quizá á apoyar con sus fuerzas; paz que se podía resumir en los términos siguientes: España restituida á los Borbones, las ciudades anseáticas devueltas á Alemania, la Confederacion del Rhin suprimida, el gran ducado de Varsovia repartido entre Rusia, Prusia y Anstria, y por lo concerniente en particular á esta última potencia, una frontera mejor sobre el Inn y la restitution de la Iliria. Ciertamente, conservando la linea del Rhin y además la Holanda, conservando la Westfalia como reino aliado, es decir tributario, el Piamonte, Toscana y Roma como departamentos franceses, la Lombardia y Nápoles como reinos de familia, Francia era el imperio mas poderoso que pudiera imaginarse, mas vasto aun que conviniera desearlo, por ser dudoso que alcanzasen á conservar la integridad de este imperio los sucesores del grande hombre que lo fundara. Razon tenia Austria en afirmar que aun era menester batirse, y batirse con fortuna, para obtener todos estos territorios, sobre todo el de Holanda; pero el abandono de la España hubiera decidido probablemente en favor de esta paz á Inglaterra; y respecto de Italia se resignaran todos á dejarla á los franceses, resignándose el

Austria; y finalmente estaba probada la disposicion de ceder sobre el punto de Westfalia por el hecho de haberse negado el emperador Alejandro y el rey de Prusia en Breslau á contraer empeños con el elector de Hesse-Casel, á pesar de ofrecerse á la coalicion con las manos llenas de millones, habiéndole conservado secretamente su fortuna la adhesion de una poderosa casa rentistica, que á la sazón se empezaba á elevar en Europa, la de los hermanos Rotschild.

Por lo demás, cualquiera que fuese la paz que se estuviera pronto á admitir ó á rehusar, no convenia, segun manifestaba Mr. de Metternich con suma prudencia, anunciar voluntades absolutas, que debian imposibilitar la abertura de las negociaciones y hasta el primer ensayo de la mediacion austriaca, y que por tanto iban á obligar al gabinete de Viena á declararse de seguida á nuestro favor ó en nuestra contra, y probablemente en nuestra contra, lo cual no habia confesado todavía, si bien era fácil adivinarlo por poco que se conservase la libertad del juicio propio.—Dejad, añadió Mr. de Metternich en sus frecuentes entrevistas con Mr. Otto, dejad que se reunan los negociadores, é irán mas lejos de lo que se cree, por que el mundo desea la paz, y se la pedirá tan fuertemente al primer congreso que se junte, que este no se la podrá negar de ningun modo.

Entonces mismo se hallaba comprobada la perfecta exactitud de sus consejos. Efectivamente, en virtud de autorizacion que desde París le fué dirigida, habia enviado el gabinete de Viena á Mr. de Wessenberg á Londres y á Mr. de Lebzeltern á Kalisch, á fin de ofrecer, no su mediacion, palabra

reservada modestamente para mas tarde, sino su introduccion en las dos principales córtes beligerantes, sin otro objeto que el de promover un avenimiento con Francia, y una paz de que tenia apremiante necesidad todo el mundo. Despues de tomar Mr. de Wessenberg el camino de Hamburgo, donde la policia francesa le habia molestado bastante, lo cual propalaron las gacetas alemanas como un nuevo agravio, dirigióse á Lóndres, y allí le recibió lord Castelreagh con extremado cortesania, bien que secretamente para no conmovier la opinion pública sin fruto. Manifestándole su viva satisfaccion lord Castelreagh de ver un agente austriaco en Lóndres y grande anhelo en aceptar lo que proponia el emperador Francisco, le dijo que probablemente debia saber que ya su mision carecia de objeto, porque el discurso del emperador Napoleon, conocido en toda la Europa, no dejaba la mas leve duda en punto á su resolucion de no admitir ninguna condicion razonable; que si á Mr. de Wessenberg no se le habia vuelto á llamar á Viena despues de tal discurso, solo podia consistir en la dificultad de las comunicaciones; pero que se le llamaria de positivo, pues ya no habia manera de entrar en negociaciones; que á mayor abundamiento podia permanecer en Lóndres si era de su agrado; porque Inglaterra siempre se hallaba pronta á tratar sobre bases equitativas, y ni ella ni sus aliados pretendian disputar á Francia la justa grandeza debida á sus esfuerzos y largas lides, pero que nunca seria entregada á la usurpacion de Napoleon la generosa España. En suma Mr. de Wessenberg fué acogido de un modo que confirmaba la completa verdad de cuanto Mr. de

Metternich aconsejaba como base de la paz futura.

En Kalisch, donde estaba el campo de los rusos, dirigióse ya bajo un pretexto ya bajo otro el recibimiento de Mr. de Lebzeltern, y al fin se acabó por admitir, despues de tomarse tiempo bastante para obrar de acuerdo con la córte de Lóndres, y entonces acogiósele con infinitas contemplaciones y hasta con caricias, y se le dijo que se deseaba la paz, que se negociaria de buen grado con la intervencion de Austria; pero que esta córte debia conocer la imposibilidad de tratar con el emperador Napoleon despues de las declaraciones que acababa de hacer, que ella misma conoceria la imposibilidad de entenderse con este ambicioso insaciable, y entonces vendria á su union natural y necesaria con Europa y se tendria á fortuna contarla por aliada, en cuyo dia se la haria árbitra de la paz, de la guerra, y en una palabra de todo. Despues de estas declaraciones se insinuó á Mr. de Lebzeltern que se le conservaria en Kalisch de muy buena gana, si bien con la esperanza que no se le disimulaba de tenerle como representante no de una córte enemiga ó mediadora, sino aliada y beligerante.

Tan luego como estos despachos llegaron á Viena comunicolos Mr. de Metternich al mismo de Francia, invitándole á que los trasmitiese al emperador Napoleon, suplicando que fueron tomados en gran consideracion por éste, y pidiéndole con instancia que indicara al gabinete austriaco la conducta que debia seguir en circunstancias semejantes. Mr. de Metternich manifestó además que habia concedido al principe de Schwarzenberg una licencia momentánea, habiendo vuelto á entrar

su cuerpo en la frontera de la Galitzia, y que se iba á dirigir á Paris este personage, para provocar de parte del emperador Napoleon explicaciones mas francas, mas satisfactorias que las obtenidas por Mr. de Bubna; que sin duda Napoleon se dignaria hablar á un hombre que habia figurado como negociador de su matrimonio, como su lugarteniente sumiso durante la última guerra, y que aun figuraba como su admirador sincero y su mas parcial amigo.

Esta defeccion de Prusia, estas agitaciones de Alemania, estas comunicaciones de la córte de Viena, selladas con un carácter de verdad tan sorprendente, no conmovieron á Napoleon ni poco ni mucho. Trabajando dia y noche en reorganizar sus fuerzas, viendo la facilidad que habia en sacar recursos de esta Francia tan fecunda en poblacion y en riquezas, al cabo de veinte años de mortíferas luchas, descubriendo sobre toda la ineptia militar de sus enemigos, que venian benévolaemente á ofrecerse á sus golpes junto al Elba, y cometian en materia de guerra tantas faltas como en materia de politica seguia él cometiendo, habia recobrado inmensa confianza en sí propio, y no hacia caso alguno de lo que pasaba sobre el gran teatro de Europa, que habia llenado de escenas tan trágicas é iba á llenar de escenas aun mas trágicas que todas aquellas á las cuales se habia asistido. No le cogia de nuevas la defeccion de Prusia; antes bien habia considerado este suceso como inevitable, desde que vió á nuestro cuartel general retirarse sucesivamente sobre el Vistula, el Oder y el Elba. Por esto, aun dando alguna esperanza á la Prusia, no quiso hacer ningun sacrificio pecunia-

rio ni político para retenerla; solo que, poco acostumbrado á observar los grandes movimientos de la opinion pública, poco dispuesto á creer en ella y especialmente á ceder á su influjo, sorprendióse de la audacia de Prusia al declararse en su contra, y la halló mas atrevida de lo que nunca imaginara. Sin embargo, estaba convencido de que, aun sosteniendo el entusiasmo nacional al rey de Prusia, temblaria con todos sus miembros á la idea de la futura campaña, y se disponia á realizar muy pronto sus temores. Haciendo interiormente la cuenta de las fuerzas prusianas, calculaba que, reducida como se hallaba esta potencia en poblacion y territorio, no podria llevar á la coalicion mas de cien mil hombres, cincuenta mil de ellos inmediatamente disponibles; que Rusia en su estado actual no podia presentar en línea mas de otros cien mil soldados, y era verdad lo uno y lo otro: al ver á los prusianos y á los rusos adelantarse sobre el alto Elba y la Turingia con tales fuerzas, calculaba que al cabo de tres ó cuatro semanas los haria volver á Polonia mas de prisa que habian venido. Ya sentia el júbilo de la victoria, tan seguro se creia de ella, y estaba persuadido que lograria que volvieran á entrar en razon las cabezas despues de una ó dos batallas, y tornaria á la situacion de que se le suponía derribado, y concluiría la paz, porque la deseaba á su modo, y la dictaria no precisamente conforme á su discurso, en el cual le habia parecido buena politica manifestarse mas inflexible que pensaba serlo, pero si bastante aproximada al tal discurso, excepto relativamente á la España, donde finalmente estaba resignado, aunque tarde, á grandes sacrificios.

Lejos de moverle la defección de Prusia, le dió margen á pedir á Francia nuevas fuerzas. Satisfechísimo estaba del alistamiento de cien mil hombres entre las cuatro clases anteriores; le habia proporcionado para la Guardia imperial, para la reorganizacion de los antiguos cuerpos del grande ejército, una excelente especie de hombres, á la que ya no estaba acostumbrado desde que pedía con un año de anticipacion los conscritos, bajo pretexto de tener espacio para que su instruccion se perfeccionara. Estos individuos de las clases anteriores, algo mas descontentos que los demás el día de la partida, ya en las filas se les iba el enojo, y les quedaban la talla, los músculos que se tienen á los veinte y cinco años y el valor natural de la nacion francesa. Asi hizo preparar un nuevo senatus-consulta para pedir otros ochenta mil hombres, no solo de las cuatro, sino de las seis últimas conscripciones. Por tanto su poderosa facultad de organizacion se iba á ejercitar sobre muy cerca de seiscientos mil hombres, y para sacarlos proporcionaba un argumento la defección de Prusia, no respecto del Senado, que no necesitaba de tal cosa, sino del público ilustrado, que, aun giñiendo de resultas de tamaños sacrificios, no podía escatimarlos á la vista de los peligros que amenazaban á Francia.

Aun le servia la Prusia de argumento para otra exigencia de distinta especie. En Alemania se habia llamado á todas las clases, bien que empezando por la jóven nobleza. Generalmente no se llamaba en Francia mas que á las clases medias ó inferiores. Se libraban las clases elevadas de la conscripcion por medio de sustitutos, á quienes pa-

gaban precios excesivos, desde que la guerra se habia hecho tan horriblemente sanguinaria. Tampoco habian contribuido á los donativos voluntarios mas que con su fortuna. Ahora queria Napoleon que sirvieran personalmente en las filas. Lo pensaba hacia largo tiempo, y le pareció la ocasion por extremo oportuna. Como un deber consideraba en Alemania la jóven nobleza correr á las armas á la cabeza de todas las clases de la nacion. ¿Por qué no lo habia de hacer igualmente en Francia? Tiempos hubo en que la nobleza francesa no consintió que le tomara nadie la delantera en los campos de batalla; las armas constituian su profesion, su gloria, su pasion más ardiente. ¿Por qué no habia de ser la misma ahora? Sin duda habia una explicacion á su alejamiento del servicio, la de que amaba á la dinastia antigua, y nada á la nueva. Esta razon hacia poca fuerza á Napoleon, ó mas bien le hacia mucha. Admisible se le figuraba para los padres que envejecian en el imbécil retiro de sus castillos, y no lo era ó no lo seria para los jóvenes largo tiempo, teniendo sangre en las venas, y debiendo sentirla fermentar, y no pudiendo creer que la caza fuera bastante, para su edad, su nombre y su porvenir. No habia mas que tomarlos de grado ó por fuerza, reunirlos en un cuerpo que halagara su vanidad por el título, la frivolidad de su edad por la brillantez del uniforme, y una vez trasladados al ejército se les inflamaria, puesto que no se les honrara suponiéndoles menos inflamables al estampido del cañon y á la voz de un gran capitan que el resto de los franceses. Se lograria la ventaja de tenerlos juntos y á la vista, y sobre todo de no dejarlos á la espalda, ociosos y hostiles

dentro de sus respectivas provincias, y en visperas de acontecimientos quizá graves.

Como no se podia proceder respecto de ellos por via de la conscripcion en que habian ya entrado, y entrarían aun por sustitutos, y no habia otro medio que el de coger arbitrariamente, á unos por la fortuna, á otros por el nombre, discurrió Napoleón que convenia investir á los prefectos con facultades para designarlos discrecionalmente, dando por excusa de un modo de proceder tan irregular á todas luces la razon de la igualdad, muy singularmente alegada ahora, pues la igualdad era la conscripcion ni más ni menos. Al pais se le debia decir que, desviviéndose esta clase de antiguos nobles por librarse á fuerza de dinero del servicio militar, el mas penoso de todos, convenia obligarla á que lo prestase como las otras, y usar de los medios necesarios, cualesquiera que fuesen, á fin de conseguirlo.

Por estos medios, cuya naturaleza importaba poco á sus ojos, lisonjeóse de obtener aun diez mil soberbios ginetes, distinguidos por el nacimiento y la fortuna y probabilisimamente por el denuedo. Resolvió formarlos en cuatro regimientos de dos mil quinientos hombres cada uno, con el título de regimientos de Guardias de honor, y destinados á servir al lado del emperador y á vestir un brillante uniforme. Aquellos que compusieran estos regimientos debian recibir de sus padres por lo menos mil francos de asistencias y salir con el grado de subtenientes cuando pasaran á otros cuerpos. De consiguiente era un verdadero cuerpo de nobleza, y superada la dificultad de los primeros dias se obtuviera una legion brillante, de la cual se al-

canzaran tantos servicios como de la casa del rey bajo la antigua monarquía. Al punto eligió Napoleón las ciudades de Versailles, Metz, Lyon y Tours para que allí se formaran estos cuatro regimientos, y nombró por sus coroneles á personas notables por su nombre, su graduacion y sus servicios, como el conde de Pully, general de division, el baron Lepin, general de los granaderos de á caballo de la Guardia, el conde Felipe de Segur, general de brigada, y el conde de San Sulpicio, general de los coraceros.

En cuanto al método del alistamiento se dijo en el senatus-consulta que los prefectos se pondrian de acuerdo con las autoridades departamentales, para la formacion de la nueva legion de caballería. Teniendo esta comision á cargo, no se debian imponer los prefectos gran violencia, convocando los consejos de departamento, y procurando promover por parte de los funcionarios ó de las familias adictas al gobierno la oferta de algunos de sus hijos, bajo la promesa de que no se prodigaría su sangre, y autorizandose con estas manifestaciones para designar por si mismos un número suficiente de jóvenes entre los hijos de los propietarios acaudalados, que pasaban el verano en sus tierras, y el invierno en los barrios aristocráticos de las grandes ciudades. Se contaba con el amor propio, con la actividad de los jóvenes para inducirles á consentir en tales designaciones, y de no con los medios coactivos, silenciosos pero eficaces, que á la sazón tenian ámpliamente los prefectos á la mano.

Napoleon se hallaba, pues, compensado de la aparicion de un nuevo enemigo con este aumento

de recursos, y tan animado parecia para la guerra como en sus años juveniles. Sin embargo, habiendo atendido con esta extension de sus armamentos á lo que acababa de acontecer en Rusia, le convenia fijarse de igual modo en Austria, que, aun conservando el titulo de aliada, ya tomaba poco á poco el papel de mediadora, y muy luego podia ser conducida á otro papel todavia menos amistoso. Con efecto, desde la defeccion de Prusia, mostrábase apremiante, queria que se le dieran medios de entrar en tratos, de promover la paz que tenia por indispensable, y muy luego iba á ser árduo negarse á darla explicaciones, sobre todo hallándose el príncipe de Schwarzenberg en camino para la capital de Francia, y teniendo tal acceso en la corte de las Tullerías que casi serian imposibles las reticencias respecto de su persona. Observando Napoleon los pasos del Austria, preguntóse si seria capaz de declararse en contra suya; pero se detuvo poco en esta idea por las siguientes razones. En su concepto no era el público tan exigente en Viena como en Berlin, y su corte no era tan débil tampoco. Además, Austria habia contraído con nosotros vínculos de parentesco y de alianza, que constituian, ya que no una cadena indestructible, á lo menos un embarazo, pues el pudor es un yugo que no carece de fuerza. De un golpe no podria el Austria olvidar tanto el matrimonio de María Luisa como el tratado de alianza de 14 de marzo de 1812. Por otra parte, gobernábanla hombres que habian aprendido á temer á los ejércitos franceses. Finalmente, Austria era una potencia interesada, que ante todo y en toda coyuntura procuraria agenciar bien sus cosas, y á

la cual se dominaria por el interés de seguro, estos, por la donacion de algun rico territorio. Asi Napoleon reducía entonces toda la politica del Austria al temor de la guerra con Francia, y al deseo de ganar algo en este vasto tumulto de Europa, y se engañaba por su desgracia y por la nuestra. No veía que el Austria, interesada sin duda, bien que todavia mas prudente, sobre la ventaja material de una extension de territorio, estimaba con mucho la ventaja politica de reconquistar la independencia de Alemania, y de establecer asi mejor equilibrio en Europa; y que finalmente, preferia un puesto algo menor en un orden de cosas estable y bien contrapesado que otro mas eminente en un orden de cosas mal equilibrado, odioso á todo el mundo y que no podia ser duradero, como que sobre el odio universal no hay manera de que se funde nada. Además en punto á adquisiciones territoriales, nada habia que no se le ofreciese por parte de la coaliccion europea, y que no hubiera predisposicion á darle, de suerte que, declarándose en nuestra contra, ganaria, sobre los ensanches de territorio, una constitucion mejor de Europa, ventaja que apetecia mas que otra alguna. Solo una razon le detenía, el temor de meterse en guerra con nosotros, temor que debia atenuar cada vez mas el aumento incesante del número de nuestros enemigos.

No viendo asi mas que temor é interés en el gabinete austriaco, buscó Napoleon los medios de atraérsele en la misma defeccion de Prusia, é ideó brindarle con los incitativos siguientes. Austria queria y hasta anhelaba la paz, siempre á su modo por supuesto. A su ver esta potencia tenia

manera de promover dentro de breve plazo esta paz tan suspirada y celebrarla á su gusto como tambien al gusto de Francia. Sabia que estaba haciendo armamentos y la empujaba á acelerarlos. Asi completaba el cuerpo auxiliar del principe de Schwarzenberg retirado á Cracovia, y el cuerpo de observacion de la Galitzia, formando además otro de reserva en Bohemia. Ya en totalidad sumaban cerca de cien mil combatientes. Desde el principio de la campaña podia emplear estos cien mil hombres de una manera decisiva, y se le iba á proporcionar la mas natural coyuntura. Con efecto, se habian acogido bastante mal sus aberturas de paz, y con fundamento debia sentir notable disgusto. Por tanto, de seguida se podia constituir en mediadora, intimar á las potencias beligerantes la estipulacion de un armisticio á fin de negociar con descanso, y desembocar despues, si su intimacion no era oida, con sus cien mil hombres de Bohemia en Silesia, coger de flanco á los coaligados, á quienes los franceses iban á acometer de frente, con la seguridad de que, obrando de esta manera, al mes no quedaria entre el Elba y el Niemen ni un ruso, ni un prusiano. Entonces Europa se hallaria á merced de Francia y de Austria vencedoras, y seria fácil hacer la distribucion de los despojos. Para si tomaria el emperador Francisco la Silesia, la Silesia, perenne asunto de sentimiento para la casa de Austria, una buena porcion del gran ducado de Varsovia, y por último, la Iliria, prometida en todos los casos. Se indemnizaria á Sajonia por la pérdida del gran ducado de Varsovia con Berlin y el Brandeburgo, y se repeleria á Prusia mas allá del Oder, se le dejaria la Vieja Prusia, se

le añadiría la parte principal del ducado de Varsovia, y se constituiria así una especie de Polonia, medio alemana y medio polaca, y teniendo por capitales á Koenigsberg y á Varsovia.

De seguro, lanzando el Austria á Silesia los cien mil hombres que ya estaban prontos, y en caso de necesidad los otros cien mil que lo iban á estar dentro de tres meses, debia asegurar la completa derrota de Europa, y forzarla á entrar en tratos sin tardanza. ¿Pero qué resultado le ofrecia Napoleon para determinarla á que hiciera semejante uso de sus fuerzas? Le ofrecia trasladar á Prusia mas allá del Vistula, no dejarla de sus antiguos Estados mas que la Vieja Prusia desde Danzick á Koenigsberg, y agregarle el gran ducado de Varsovia, esto es, formar de ella una Polonia, y establecer en su lugar entre el Oder y el Elba á la casa de Sajonia. Por tanto, le ofrecia pura y simplemente destruir á la Prusia, porque, transferida á Koenigsberg ó á Varsovia esta potencia, ya no seria una Polonia, como tampoco extendida de Dresde á Berlin seria Sajonia una Prusia. No consiste solamente la fuerza de una nacion en su territorio, sino en su historia, en su pasado, en sus recuerdos. Ya no se podian dar á la casa de Brandeburgo los recuerdos de Sobieski por mas que se le cediera Varsovia, como tampoco á la casa de Sajonia los recuerdos de Federico el Grande por mas que se le cediera Berlin. No los habria ya de Prusia, esto es, de Alemania, y buscando Austria su propia independenciam en la de Alemania reconstituida, no lograria su propósito aunque se añadiera una provincia á su territorio, y aunque esta provincia fuese la Silesia. Austria no seria mas que

una esclava enriquecida, y esto se lo alcanzaba muy de sobra, y cuando no se le alcanzara, se lo hicieran cemprender invenciblemente los alemanes indignados. Y si se pregunta cómo á un hombre del eminentísimo genio de Napoleon se le podian ocultar verdades tan palmarias, toda la respuesta se reduce á decir que el talento mas poderoso, cuando se encierra en su mente propia y rehusa penetrar en la ajena, cuando se niega á hacer caso de las miras de los otros para pensar solo en las suyas, se llega á forjar las mas extrañas ilusiones, creyendo poder amoldar el mundo á su antojo. De esta suerte llegaba Napoleon á concebir una Europa de capricho, y á imaginar que con cien mil hombres mas introducidos en sus cuadros, y una batalla mas añadida á su gloriosa historia, compondria la Europa que ideaba en su mente. Sin duda Austria habia odiado de muy atrás á Prusia y echado de menos por largo tiempo la Silesia, y de aquí sacaba que para determinarla á obrar segun sus designios, no habia mas que lanzar como presa á su pasion la Prusia anonadada y la Silesia restituida. No comprendia que un nieto de María Teresa pudiera resistir á tal cebo, ni que un ministro profundamente calculador como Mr. de Metternich se preocupara de los clamores del patriotismo de los alemanes. No comprendia que llega una hora en que todos están obligados á ser hombres de bien y desinteresados, aquella en que una opresion intolerable ha forzado á todos á unirse para echarla abajo; y desgraciadamente produjo esta hora, la produjo para nuestra ruina, haciendo que nosotros, sus primeros oprimidos, fuéramos involuntarios opresores de Euro-

pa. Tampoco descubria, ni aun desde el punto de vista del interés mezquino, que aquellos proyectos de recomponer la Europa á cada triunfo, á cada tratado, con su imaginacion y con su espada, á todos les parecian arena, simple arena, y que ninguna importancia se daba á poseer una porcion de tal arena movediza, cuyas fugitivas ondulaciones podia alterar el viento mas leve. No comprendia que pudiera preferir Austria menos territorio en un orden de cosas estable y natural que mayor ensanche en un orden de cosas ficticio arbitrariamente imaginado y mas arbitrariamente establecido, y esto sin contar que en materia de territorio, segun ya hemos dicho, no se limitaba la coalicion á dirigir ofertas al Austria, sino que se mostraba dispuesta á dárselo todo.

Tales eran las ilusiones de Napoleon y las tristes causas de estas ilusiones. Con todo, él mismo conocia en parte el vicio de sus planes, pues se negaba á revelar de seguida al Austria la especie de Europa que tenia en proyecto, de miedo que retrocediera delante de tan extrañas proposiciones. Su idea era decir simplemente.—Presentad vuestros cien mil hombres en Silesia, sobre el flanco de los coaligados, presentadlos hasta sin que traben pelea, yo me batiré por todos, y repeleré mas allá del Niemen á los prusianos y á los rusos, y en galardon de este servicio os daré la Silesia, y además un millon de polacos sin perjuicio de la Iliria. <sup>®</sup>

Esto queria hacer presente y aun esperaba ser oido. Pero, además del inconveniente de engañarse acerca de lo que deseaba el Austria, habia otro grave por extremo en esta conducta, ya señalado por nosotros, el de introducirla mucho antes de lo

que fuera oportuno en los sucesos, el de darle una importancia peligrosa, el de suministrarle un pretexto para armarse, un medio de cambiar su papel de aliada en el de mediadora, y pronto quizá en el de enemiga, si á las condiciones de su mediacion rehusabamos someternos; y allanarle así por nuestra propia mano el camino por donde podia pasar sin deshonra, casi sin embarazo, del estado de estrecha alianza al de guerra con nosotros. De lleno entraba, pues, Napoleon en esta falta, y mas todavía por la eleccion del personaje encargado de procurar que prevaleciesen sus ideas en Viena. Nuestro embajador en esta corte era Mr. Otto, que tiempos antes lo habia sido en la de Prusia, hombre sensato, modesto, nunca afanoso por agrandar el papel que tenia á cargo, y verdaderamente cortado para residir cerca de la corte de Austria, si se tratara de vivir en buena armonia con ella, sin dejarle tomar en la política del momento mas parte que la conveniente. No juzgándole Napoleon con bastante influjo, ni con bastante perspicacia, se ocupó en elegir quien le sucediera, y fijóse en Mr. de Narbonne, de cuya tardía, si bien calorosa adhesion al Imperio, se ha dado noticia. Patriota de 1789, antiguo ministro de Luis XVI, no desmintiendo nada de cuanto habia sido, gran señor, militar instruido, hombre de talento brillante y variado, agudo y de sumo donaire, Mr. de Narbonne era maravillosamente idóneo para quedar airoso en una corte aristocrática, elegante y amaestrada en unir el talento de mundo al de los negocios. Pero no estaba cortado para quedarse mas acá del papel que tenia á cargo, y antes bien se inclinaba á ir mas lejos. Mr. de Metternich, á pesar de su

habilidad, se veria muy apurado para eludir su penetracion y sus vivas instancias, y para un papel activo no se podia desear mejor agente. Siempre quedaba por averiguarsi convenia agitarse en Viena del modo que se iba á efectuarlo (1).

Napoleon eligió, pues, á Mr. de Narbonne por embajador suyo, y tanta prisa tenia de despacharle, que ni aguardó al principe de Schwarzenberg, encargado de revelar en Paris los designios del Austria. Harto poco le importaba en efecto conocer las miras de esta corte, pues, no tomándolas en cuenta para nada, le queria inculcar las suyas, y además nunca llegaria Mr. de Narbonne demasiado pronto, debiéndose abrir nuevamente la campaña dentro de pocos dias. Napoleon, no le dijo de buenas á primeras qué clase de Europa se estableceria cuando la paz fuese celebrada, y limitóse á manifestarle no mas que la primera parte de su secreto, esto es, que convenia que el Austria llevara sus cien mil hombres á las vertientes de Silesia, que intimara á los coaligados hacer alto, cosa á que no se avendrian segun todas las probabilidades; que los

(1) Napoleon en Santa Elena ha deplorado la eleccion de Mr. de Narbonne, y haciendo justicia á sus raros talentos y á su buen celo, ha dicho que se resintió de fufesta por las mismas cualidades del individuo, pues empujó al Austria á que se quitara la máscara demasiado pronto. Verdad es que Mr. de Narbonne quizá fué perspicaz y emprendedor de sobra en Viena; pero se va á ver que era mucho menos culpable que sus instrucciones, y que la falta positiva, que Napoleon, exento en Santa Elena de todas sus preocupaciones, descubria ya tarde, estaba en el gobierno francés y no en Mr. de Narbonne. Bien pronto la continuacion de nuestro relato va á esclarecer este punto de historia tan curioso y tan triste.

cogiera entonces por el flanco, mientras personalmente los cogia de cara, y que aceptara en premio de la victoria comun la Silesia y una porcion de la Polonia con la Iliria. Provisto de estas proposiciones se puso Mr. de Narbonne en camino.

Habiendo logrado Napoleon cuantos alistamientos deseaba, y dirigido su diplomacia segun se ha visto, ya se aprestaba á entrar en campaña. A la sazón corrían los últimos dias de marzo de 1813: rápidamente adelantaban sus diversas creaciones militares, merced á su actividad irresistible: solo le detenia la caballeria, no organizada tan pronto como quisiera. Sin embargo, preparóse á emprender la marcha para mediados de abril, impaciente como estaba por realizar el magnífico plan de campaña que habia concebido. Para esto dictó sus últimas providencias. Algunas reconvencciones dirigió al príncipe Eugenio por haber retrocedido tan pronto y á tanta distancia, no porque sintiera los pasos que se hacían dar á los coaligados, pues al revés deseaba que se vinieran á colocar lo mas cerca posible de sus golpes. Pero le dolía el tiempo de que le privaban estos rapidísimos progresos del enemigo, y juzgaba que se vería obligado á anticipar lo menos veinte dias la época de las hostilidades, cosa que le contrariaba sobremanera, pues durante veinte dias perfeccionara mucho sus armamentos. Mas que nada sentía los caballos que le hacia perder el abandono de los territorios alemanes, y no calculaba en menos de doce á quince mil esta pérdida enorme. También censuró al príncipe Eugenio por haberse apoyado de sobra á la derecha, y por haber descubierto á Hamburgo, que convenia poner al abrigo del con-

tagio de las pasiones germánicas, y solo por cubrir á Dresde, lo cual importaba poco, segun se vera antes de mucho. Por lo demás censuróle paternalmente como solia, no usando respecto de su persona de aquellos sarcasmos punzantes con que abrumaba á sus hermanos, únicamente porque abrigaban pretensiones: Trazóle su conducta, y le indicó en términos generales el plan de operaciones que sigue.

Recomendóle que no se cuidara del camino de Dresde á Erfurt, Fulda y Maguncia, pues importaba poco que el enemigo penetrara é hiciera allí progresos; y por el contrario le previno que conservara á toda costa el de Magdeburgo, Hannover, Osnabruck, Wesel, que pasaba por la baja Alemania, y le encargó que tan solo dedicara á este sus desvelos. Estableciéndose fuertemente sobre esta línea, guardaba el príncipe Eugenio la mayor parte del curso del Elba, cubria á Hamburgo que iba á ser recuperado, á Brema, á Holanda, á Westfalia, y en suma á la parte de Alemania que se habia querido hacer francesa. Si, aprovechándose de esta disposicion los coaligados, penetraban por Dresde y avanzaban hasta las montañas de Turingia, hasta los famosos campos de Jena, no habia que concebir susto, sino solo cambiar de frente por una conversion que se ejecutaria con la izquierda adelante y la derecha á retaguardia, esto es la izquierda en Eisenach y la derecha en Wilttemberg, vuelta la espalda, á las montañas de Hartz. Una vez tomada esta posicion por el príncipe Eugenio, iria Napoleon por Hesse ó Turingia con ciento ochenta mil hombres á alargarle la mano y á unirsele junto al Elba; juntando entonces doscientos cincuenta

mil hombres, cortaría á los coaligados de Berlin y del mar, los arrollaría y acorralaría contra las montañas de Bohemia, despues de un segundo paso tomaría á la capital de Prusia, levantaría el bloqueo de las guarniciones francesas de Stettin, Custrin, Glogau, Thorn, Danzick, y al cabo de un mes se volvería á ver triunfante á orillas del Vistula.

No se podía lanzar sobre el campo de batalla, que iba á ilustrar con tal altos hechos de genio, de heroismo y de infortunio, una mirada que mas mereciese la calificación de mirada de águila, pues cabalmente sus resultados previstos tan á maravilla eran los que se iba á cargar encima la imprudencia de los coaligados muy pronto. Segun su costumbre añadió Napoleon á estas miras generales la indicacion puntual de los pormenores. Censura al príncipe á consecuencia de haber llevado al temible y temido mariscal Davout á Dresde, donde convenia sosegar y suavizar á los buenos sajones, en vez de reservarle para Hamburgo y la baja Alemania, donde se necesitaba un hombre terrible. Con efecto bastaba el nombre de este mariscal para hacer temblar á las comarcas del bajo Elba, donde ya habia hecho sentir la doble dureza de su carácter y del sistema imperial; nunca en su provecho, fuerza es repetirlo, y siempre para la ejecución de las órdenes de su soberano. Napoleon quiso que se le volviera á enviar á aquel punto, para suplir con el temor que infundía su nombre lo que pudiera faltar bajo el aspecto de los recursos militares. Acababa de recibir el mariscal Davout sus segundos batallones en número de diez y seis, reorganizados recientemente en Erfurt por el encuentro de los cuadros procedentes de Rusia con

los reclutas que á las márgenes del Rhin iban llegando. Igualmente habia recibido el mariscal Victor los suyos que se elevaban á doce. Napoleon dispuso que se dejara al mariscal Victor junto al bajo Elba, para servir de punto de enlace entre el príncipe Eugenio y el grande ejército que iba á desembocar de Silesia, y que el mariscal Davout bajara á Hamburgo, para recuperar esta plaza. A la sazón se llenaban los cuadros de los terceros y cuartos batallones de los mariscales Davout y Victor junto al Rhin con hombres procedentes de las antiguas clases. Treinta y dos batallones eran destinados al mariscal Davout y veinte y cuatro al mariscal Victor, y añadidos á los segundos batallones ya mandados por ellos, debian hacer subir á cuarenta y ocho los del uno, á treinta y seis los del otro, y á ochenta y cuatro los de ambos. Asi se tendria al cabo de dos meses otro hermoso ejército sobre el Elba. Napoleon halló un nuevo medio de aumentarlo con veinte y ocho batallones. Se ha dicho que en las plazas del Oder se habia guardado el cuadro de los primeros batallones de estos antiguos cuerpos. Pero aconteció que los cuadros de dos compañías bastaron para recibir los soldados vueltos de Rusia. Como habian existido treinta y seis regimientos, resultaba un total de setenta y dos compañías, que, aumentado con las de los buques y con las numerosas tropas de artillería y de ingenieros, dejadas junto al Vistula y el Oder, suministró las guarniciones de Stettin, Custrin, Glogau y Spandau. Tocante á las guarniciones de Danzick y de Thorn, se debe hacer memoria de que se sacaron de las divisiones de Heudelet, Grandjean, Loison, etc., agregándolas un resto de tropas bá-

varas. Así los cuadros de los primeros batallones, con excepcion de dos compañías de cada uno, tornaron hacia el Rhin del todo disponibles, y supliendo Napoleon dichas compañías, organizólos con las de depósito por completo. Todos estos cuadros se debian llenar por los hombres ya hechos de las antiguas clases. De esta suerte dentro de pocas semanas los mariscales Davout y Victor, ya provistos de sus segundos batallones, recibirian además los primeros, terceros y cuartos, que formarían ciento doce de ochocientos hombres cada uno, y les proporcionarian hasta noventa mil infantes. Se les preparaban trescientas bocas de fuego en las plazas de Westfalia, de Holanda y de Hannover. Y les debian suministrar muy bastante caballeria los cuadros de dragones y de cazadores procedentes de España, de modo que, aparte de los trescientos mil hombres, con que Napoleon iba á abrir la campaña, se proporcionaba otro ejército de ciento diez mil soldados junto al bajo Elba. Sin embargo, como la insurreccion de Lubeck y de Hamburgo hacia urgentes los socorros, Napoleon hizo partir desde luego cierto número de estos batallones que ya estaban listos, y los envió á los departamentos anseáticos á las órdenes del general Vandamme. Hallándose á lo largo de la ribera del Rhin todos estos batallones, embarcados fueron sobre sus aguas, tan luego como se les vistió un uniforme, y tomando tierra en Wesel, se les puso en camino de Brema. Con solo el nombre del general Vandamme bastaba para producir una impresion fuerte sobre estas poblaciones rebeladas. Añádase que el régimen constitucional fué suspendido en toda la trigésima segunda demarcacion

militar comprensiva de los países del bajo Rhin al bajo Elba, estableciéndose allí el régimen de las comisiones militares.

En Maguncia, aparte de la Guardia, y de los dos cuerpos del Rhin, á cuya organizacion se acababa de dar remate, y ya distribuidos entre Francfort, Wurzburg y Fulda, proyectaba Napoleon una nueva creacion con el resto de los cuadros llamados de España. Se despachó mas allá de los Pirineos la orden terminante de no dejar allí mas que los cuadros necesarios para el número de hombres existentes, cosa que quitaba algunos soldados de preferencia, si bien poca fuerza numérica á España. Estos cuerpos llegaban sucesivamente en posta, y Napoleon previno que se llenaran con los ochenta mil hombres de las seis antiguas clases, cuyo alistamiento acababa de ser decretado. Segun hemos dicho, los cuadros sacados de España eran inmejorables. Hecho habian la guerra en que mejor se forman los oficiales, la guerra de sorpresa, para la cual se requiere que obren casi como generales. Acostumbrados estaban á la fatiga, no habian servido á las órdenes de Napoleon ya hácia largo tiempo, ambicionaban el honor de estar bajo su inmediato mando, y llegaban poseidos de ardimiento, al par que los cuadros procedentes de Rusia, aun no dejando nada que desear bajo el aspecto de las cualidades militares, se encontraban extenuados y animados de un resentimiento que estallaba en frases peligrosas (1). Estos últimos ne-

(1) La correspondencia del príncipe Eugenio, del duque de Valmy, del general Lauriston, del mariscal Mar-mont y de los ministros franceses en el extranjero, comprueban el hecho de una manera positiva.

cesitaban descanso, indemnizaciones de lo que habían perdido y ser llenos con buena tropa antes de que pudieran entrar en línea. Ningun trabajo había que tomarse respecto de los cuadros de España, pues el día de su arribo á Maguncia, comenzaban á ejercer sus funciones y servian con ardimiento. Con estos cuadros preparaba Napoleon sobre el Rhin un ejército de reserva, al modo que sobre el Elba había creado otro con los cuerpos antiguos.

Por último resolvió preparar igualmente un ejército de reserva para Italia. Se ha visto que fué dirigido allí el general Bertrand, á fin de organizar un cuerpo de cuarenta á cincuenta mil hombres con los numerosos elementos militares que desde 1796 había acumulado Francia allende los Alpes, y que los cuadros del cuerpo del príncipe Eugenio, destruido en Rusia, vinieron á reorganizarse á mitad de camino, esto es á Augsburgo. Después de cumplir el general Bertrand su tarea, ya estaba en marcha al frente de muy cerca de cuarenta y cinco mil hombres, caminado había con fortuna, salvo que un regimiento italiano, encontrando un destacamento de la misma nación de vuelta de Rusia y oyendo sus relaciones, desertó casi todo. Aparte este incidente, el general Bertrand llegaba en buen orden y con tropas animadas de las mejores disposiciones. Pareciéndole á Napoleon muy distante Augsburgo de Italia, para reorganizar allí el antiguo cuerpo del príncipe Eugenio, mudó de dictámen, dirigió definitivamente á Verona los cuadros procedentes de Rusia, y destino al cuerpo del general Bertrand los tres mil reclutas ya reunidos en Augsburgo, debiéndolos re-

coger al paso. Ochenta batallones podian suministrar los cuadros enviados á Verona, reorganizándose durante la primavera y el verano. Seguridad había de completarlos, hallándose llenos los depósitos de Italia de conscritos provenzales, languedocenses, saboyanos, piamonteses, corsos, todos excelentes, y reunidos ya hacia un año ó dos entonces. De cuarenta y ocho batallones se componia el ejército propiamente italiano, de los cuales había en España siete ú ocho, y como veinte en Alemania. Otros veinte había en Italia poco mas ó menos, ya completados sobre los mismos lugares, y que, unidos á los veinte y cuatro cuadros franceses procedentes de Rusia, debian presentar un total de cuarenta y ocho batallones. Medio había de elevarlos hasta sesenta, agregándoles asimismo algunos cuadros franceses llamados de España y ya en camino del Piamonte, donde tenian sus depósitos. Con estos había para proveer de un segundo ejército á Italia. Agregando el ejército napolitano, que Murat organizaba con esmero, y que le servia de consuelo contra los pesares que la severidad de Napoleon le causaba, se podian juntar ochenta mil hombres en Italia, para el caso en que Austria infundiese recelos.

Asi en Alemania y en Italia, además de los ejércitos que iban á entrar en línea, tenia Napoleon otros ejércitos apercebidos á servir de reserva y á reparar las pérdidas de la lucha. Verdad es que estaban compuestos de tropas muy jóvenes, si bien encerrados en cuadros admirables, y los cuadros forman el nervio de los ejércitos como es sabido. Además no eran menos jóvenes las tropas alemanas que la coalicion iba á oponernos, y si tenian

el entusiasmo patriótico en su abono, nosotros teníamos el sentimiento del honor militar exaltado hasta el último punto, á Napoleon á nuestra cabeza, y la fortuna con el deber de conservarla. De consiguiente las ventajas se hallaban muy en equilibrio. Solo nos faltaba aun caballería, segun se ha dicho. El general Bourcier, establecido en la baja Alemania, vió derrocados sus cantones, restringido por extremo de resultas de la insurreccion de las provincias anseaticas el campo de sus remontas, interrumpida toda la fabricacion de monturas á causa de la mala voluntad de los artifices alemanes, y casi anulados en sus manos los créditos con que estaba provisto por la imposibilidad de proporcionarse metálico ni aun con el papel de los mejores negociantes. Apenas se hallaba en disposicion de juntar la mitad de los treinta mil caballos de silla, ó de tiro con que habia contado. Sin embargo, tenia con que remontar doce mil ginetes, de los cuales seis mil estaban ya á caballo, repuestos de sus fatigas, y prontos á figurar en los cuerpos de los generales Latour-Maubourg y Sebastiani. De los depósitos del Rhin se podia sacar poco mas á menos igual número de ginetes montados, que se iban á juntar al ejército á las órdenes del duque de Placencia, siguiéndoles pronto otro contingente de parecida fuerza. Finalmente llegaban á la sazón los cuadros de la caballería de España y debían proporcionar nuevos recursos. Siempre se contaba con cincuenta mil ginetes para mediados de año, si bien era posible que hubiera diez mil á lo sumo á la apertura de la campaña. A Napoleon le daba esto muy poco cuidado, pues decía.—Darémos batallas de Egipto, y las ganaremos

como la de las Pirámides con cuadros.—Por si mismo habia trazado el plan de educacion de su jóven infantería, y prescribió que se le hiciera ejecutar la formacion en cuadro mas á menudo (1). Por tanto, si se exceptúa el retraso de la caballería, todo habia marchado con celeridad maravillosa, pues hacia lo mas tres meses que se trabajaba, y ya se podia caer con trescientos mil infantes y ochocientas bocas de fuego sobre sus enemigos avanzados hasta el Saale imprudentemente.

Se acaba de ver cómo España le habia proporcionado un plantel de oficiales y subalternos excelentes. Al menos sacaba este recurso, despues de consumirse para sostener tan deplorable guerra. Sin embargo, no habia querido debilitar mucho sus ejércitos de la Peninsula por la causa siguiente. En el fondo de su corazon habia renunciado á España sin decirlo, reservándose esta concesion, única á que se hallaba resignado, para decidir á última hora á Inglaterra á entrar en tratos. Toda su política estribaba en suma en desarmar al continente con sus victorias, y someterle á los arreglos territoriales de su agrado, y en desarmar á Inglaterra mediante un sacrificio en España; y fuera buena, si los arreglos territoriales que pretendia imponer al continente parecieran mas aceptables.

(1) Sobre este asunto existen cartas dictadas por Napoleon y curiosas y detalladas hasta lo sumo. Dos cosas y las mismas siempre deseaba que se enseñen á los conscritos; la formacion de cuadros, y luego el despliegue en línea de batalla, ó el repliegue en columnas de ataque al amparo del fuego de la division del centro. Estas manobras se debían ejecutar en el camino, de modo de utilizar el tiempo de las marchas.

De ser libre en sus determinaciones, el mejor partido bajo tal disposición de ánimo se redujera á evacuar la España para restituirla á Fernando, y á sacar de seguida los doscientos mil admirables soldados que aun habia en esta comarca. Pero obrando de este modo, muy luego hubiera de combatir en el Mediodia de Francia á los ingleses, á quienes no hostilizara ya en España, lo cual se resentia de mucho mas peligroso, y soltara una prenda, que constituia su principal medio de negociar en el futuro congreso de Europa. Como por castigo de haber entrado en España habia que permanecer dentro de ella hasta cuando ya no se deseaba. Por consiguiente se necesitaba defenderla á todo trance, es decir, tanto como en 1809 y 1810, y cual si se quisiera conservarla.

A mayor abundamiento aprobaba la situacion nueva que allí se habia tomado, aun censurando amargamente las faltas que habian conducido á ella. Aprobaba que no se retuviese mas que á Valencia, Cataluña, Aragón y las dos Castillas, mitad la mas importante de la Peninsula; pero queria que esta mitad se guardase de modo de rechazar lejos á los ingleses, si probaban á una nueva tentativa sobre Valladolid y Burgos, y aun que se les diera sobrada ocupacion para impedirles que emprendieran expediciones maritimas á las costas de Francia. No debilitado el mariscal Suchet le parecia bastante para defender el Ebro y la costa del Mediterraneo desde Barcelona hasta Valencia. Juntos los ejércitos del centro, de Andalucía y de Portugal, como lo estuvieron en la última campaña, le parecian bastantes para defender contra lord Wellington las dos Castillas. Solo daba importan-

cia suma á que estos ejércitos se acercasen mas unos á otros, y ordenóles que volvieran á pasar el Guadarrama, y no mantuvieran sobre el Tajo mas que la caballeria, y no conservaran en Madrid mas que una division de vanguardia, y se estableciera en Valladolid la corte. Delante de esta ciudad queria que se hallaran juntas las tres huestes, de modo que pudieran concentrarse y marchar sobre el ejército inglés en un abrir y cerrar de ojos. Tambien dispuso que se preparara un parque de sitio, que pudiera hacer recelar á lord Wellington una empresa sobre Ciudad Rodrigo, siempre con el objeto de fijarle en la Peninsula. Solo una medida prescribió en contradiccion al parecer con tan juiciosas disposiciones, y fué la de tomar parte de estos ejércitos en caso necesario, para destruir á toda costa á las bandas, que desolaban el Norte de España, é interceptaban las comunicaciones con Francia en Navarra, Guipúzcoa, Alava y Vizcaya. Como un fatal disturbio y como un inconveniente político de los mas graves consideraba esta interrupcion de comunicaciones. Efectivamente, proponiéndose antes de mucho hacer á España objeto de negociacion y de trueque, deseaba poder decir que poseia la mejor mitad de ella sin disputa, y partir de este dato para apropiarse la Cataluña, el Aragón, Navarra, las Provincias Vascongadas, esto es, lo que se denominaba orillas del Ebro, y restituir lo demás á Fernando. Este ajuste habia pensado imponer á José, y dispuesto se hallaba á celebrarlo con Fernando y con los ingleses; pero guardaba su secreto para no revelarlo sino lo mas tarde y lo mas eficazmente posible (1).

(1) Este arcano ha permanecido oculto; pero ninguna

Con este designio y para tener comunicaciones seguras, fió el ejército del Norte al general Clausel, cuyo mérito nuevo y subitamente revelado le habia sorprendido aunque desde lejos, y le facultó para atraer á sí una parte de los tres ejércitos concentrados en Castilla, á fin de que tuviese tiempo de destruir á las bandas antes de la época en que los ingleses acostumbraban á entrar en campaña; determinación importante de suyo, y que podia tener graves consecuencias, segun se vera mas tarde. Sus disposiciones eran excelentes, si se exceptua la tal determinacion defectuosa á juzgar por el resultado. No habia quitado de España mas que unos treinta mil hombres al echar mano de los cuadros, y de doscientos ochenta mil hombres de efectivo, le dejaba doscientos mil combatientes, los mejores que á la sazón poseia Francia. Llamado habia al mariscal Soult, ya incompatible con la corte de Madrid, dando á José, además del mariscal Jourdan para aconsejarle, los generales Reille, Erlon y Gazau, para mandar á sus órdenes los tres ejércitos de Andalucía, del centro y de Portugal.

Tranquilo así respecto de España, satisfecho de sus armamentos á la parte de Alemania, se aprestaba Napoleón á partir tan confiado como en época alguna sobre el resultado de sus vastas combinaciones. Pero antes queria organizar su gobierno, para precaver un accidente efectivo ó solo supuesto

duda nos ha dejado sobre su existencia la atenta lectura de los papeles de Napoleon, de sus cartas, de sus notas, de sus órdenes administrativas y militares, y por esto no vacilamos en presentar como una certidumbre histórica el hecho de que se trata.

como el de que se habia servido el general Malet para reducir á prision hasta á ministros.

Ya hemos dicho que, pensando en coronar al rey de Roma este mismo invierno, é investir á María Luisa con la regencia, habló de este punto al archicanciller Cambacéres, único hombre en quien respecto de la política interior tenia plena confianza. Despues de reflexionarlo algun tanto no pareció oportuno coronar al rey de Roma en momentos en que los ánimos estaban poseidos de honda tristeza, ni atraer á Paris á los personajes mas influyentes de los departamentos, cuando se les necesitaba para las manifestaciones patrióticas á que era menester dar impulso. Aun quedaba la regencia, con que era fácil investir á María Luisa sin mucho aparato, para que en el caso de que se le llevara á Napoleon una bala, se pudieran unir los ánimos en rededor de un gobierno ya constituido y en plenas funciones. Segun lo hemos dicho, Napoleon, que habia hecho como emperador la campaña de 1812, queria hacer la de 1813 como general y hasta como soldado. Conocia la necesidad de proceder de este modo, y además le agradaba volver á figurar simplemente como hombre de guerra, porque la guerra era su arte predilecto, y una vez tranquilo acerca de la suerte de su esposa y de su hijo, á quienes amaba de veras, casi tenia á dicha tornar de plano, y por decirlo así, sin zozobra, al oficio de su juventud, al oficio que habia hecho sus delicias y su gloria. De consiguiente resolvió conferir la regencia á María Luisa antes de su marcha. Esta resolucion tenia tambien una ventaja de tanto precio como la de lisonjear al emperador Francisco, muy amante de su hija, aun cuan-

do lo fuera mas de su casa. En efecto, de presumir era que, si moria Napoleon sobre un campo de batalla, y quedaba Maria Luisa por soberana de Francia, esta contase por amigo á su padre. Hasta parecia probable, que si se realizaba este caso, no hallándose Francia debilitada como lo estuvo en 1814, se contentara la coalicion con arrancarla ciertos sacrificios, dejandola los Alpes y el Rhin por frontera.

Harto se comprende que Napoleon no pensaba en confiar el gobierno de su vasto imperio á Maria Luisa, buena y bastante sensata, pero del todo ignorante de los negocios del Estado, sino á un hombre de sin par buen sentido, de experiencia consumada, y de carácter algo menos débil que generalmente se le supone. Se adivina que hablamos del archicanciller Cambacères. Napoleon queria que estuviese al lado de Maria Luisa, y que lo gobernase todo bajo el nombre de esta princesa. Hasta muriera sin zozobra si terminada la guerra estuviera seguro de dejar durante diez años mas la minoria de su hijo y la ignorancia de su esposa bajo la direccion de este personage, en quien concurrían la delicadeza, el tacto, la circunspeccion, la sabiduria, á formar un superior hombre de Estado, no firme, atrevido y hablando alto, como se ve en los países libres, sino maestro consumado en el arte de las contemplaciones, al modo que se necesita en un país cual Francia que no puede ser gobernada, ni cuando no es libre, sin infinitas precauciones. Para una tarea de esta especie temia Napoleon á sus hermanos, y desconfiaba de sus pretensiones y de su humor inquieto, sobre todo durante una minoria.

Su desconfianza se habia acrecentado á causa de la edad, de un principio de infortunio, del abatimiento de los caracteres bajo el poder absoluto y de las lecturas históricas que habian llenado su juventud y que recordaba en su edad madura. Confiadísimo respecto de las cosas que dirigia personalmente, no vislumbraba mas que siniestras perspectivas despues de su muerte, sobre todo para su esposa y para su hijo. Enojado contra sus hermanos y contra su cuñado, que le contrariaban con su conducta, y á quienes maltrataba por extremo, se hallaba convencidísimo de que se disputarian el poder si dejaba un hijo en la infancia, y de que turbarian su minoria. A la larga habló de estas inquietudes con el principe Cambacères, y mostróse resuelto á adoptar las precauciones mas ofensivas relativamente á sus hermanos. Las constituciones imperiales negaban la regencia á las hembras, y la conferian á los tíos del emperador durante su minoria. Napoleon dijo atrevidamente al principe Cambacères que no queria que sus hermanos fuesen investidos con la regencia, y que pensaba conferirle á Maria Luisa para que la ejerciera el mismo Cambacères bajo el nombre de la emperatriz. Su muerte en medio del fuego le parecia muy posible, y personalmente le asustaba poco, y aun podia no ser á sus ojos el peor de los fines. Asi queria dejar un gobierno constituido del todo y en actividad plena antes de marchar á Alemania. Estas miras llenaron de susto al anciano Cambacères á pesar de lo lisongeras. Siempre habia comprimido su ambicion la prudencia, y el peso de los años le hacia aun menos ambicioso que nunca. Algunos goces sensuales, poco dignos de su gravedad, dis-

traieron durante algun tiempo su alma pesada: ahora ¿quién pudiera creerlo? este espíritu, tan poco dominado por la imaginacion, propendia á la devocion extremada, y bien lejos de aspirar á gobernar un inmenso imperio, durante la ausencia ó á la muerte del gigante que le habia elevado, pensaba en abismarse en la piedad y en el retiro. Espantóse, pues, del papel que se le reservaba, y en presencia de Napoleon abogo por la causa de sus hermanos. Segun dijo, ante todo hubiera convenido excluirlos por una disposicion constitucional, y la historia enseñaba de sobra que las disposiciones de los soberanos difuntos, establecidas ó no constitucionalmente, no prevalecian contra las pasiones que su muerte desencadenaba casi siempre. Además José era bueno, adicto á Napoleon en el fondo, no tenia hijos varones, y probablemente pensaba en casar á una de sus hijas con el rey de Roma. Razones eran estas para no temerle y aun para considerarle digno de confianza. Gerónimo tambien era adicto á su hermano, y nada en proporcion por su edad para disputar la regencia. Luis habia desaparecido de la escena. A no ser como militar carecia Murat de importancia. De consiguiente no habia por qué infundiesen inquietudes, y convenia dejar la regencia á José, en cuyas manos seria poco disputada.—Ninguna de estas razones hizo á Napoleon fuerza, y apareció decidido á excluir á sus hermanos. No queria por regente mas que á su esposa, guiada por un varon hábil. Acto continuo habló el archicanciller á Napoleon del príncipe Eugenio, que jamás le habia dado disgustos, salvo por algo de indolencia, y que sin duda habia adquirido grande honor en la última cam-

paña. Al oír el nombre del príncipe Eugenio, sin embargo de lo afectuoso que se mostraba Napoleon al hablar de este personage, se detuvo de pronto con apariencias de una reflexion inquieta y sombría.—Eugenio, dijo, es un hombre excelente; pero es muy mozo, y conviene guardarse de encender una ambicion excesiva en ese corazon, tan poco hecho á las pasiones del mundo.... ¡Quién sabe lo que vendria con el tiempo!...

Descartados así todos los principes imperiales y porfiando Napoleon siempre en su idea, forzoso fué buscar las formas menos ofensivas para satisfacerle. En lo de hallar formas nadie aventajaba por lo hábil al príncipe Cambacéres. Para excluir á los mas de los principes de la familia imperial, tanto de la regencia como del consejo de la misma habia una razon de las mas obvias y de las menos ocasionadas á disputa, y era la de estar en posesion de un trono extranjero. Con efecto, los principes reinantes fuera del Imperio podian tener intereses tan contrarios á los de Francia, que su exclusion del gobierno, en caso de minoria, se caia de su peso, y no podia parecer una de aquellas precauciones de desconfianza, ni uno de aquellos rigores excesivos, que inmediatamente borra un reinado al suceder á otro. Se convino, pues, en que por un artículo del senatus-consulta proyectado, se excluiria de la regencia á los principes sentados en tronos extranjeros á menos que abdicaran su corona, lo cual no ofrecia verosimilitud alguna, para ir á Francia á ejercer sus derechos de principes y de grandes dignatarios del Imperio. Otra disposicion naturalísima de igual modo estribaba en la preferencia concedida á la madre para

governar el Estado durante la minoría de su hijo. Aquí la naturaleza era una razón que hablaba á todos los corazones. A mayor abundamiento la política exterior acababa de añadir otra razón á favor de María Luisa, y era la ventaja de conferir el poder á una hija de los Césares, amada por el emperador su padre, y teniendo así títulos sagrados á la protección de la principal corte europea. Excluidos los hermanos de Napoleon sin injusticia y sin ultraje, constituida regente la emperatriz de la manera mejor motivada, se necesitaba darla un consejo de regencia y fijar sus atribuciones. Napoleon determinó que se compusiera de los príncipes de la sangre, tíos del emperador, de los príncipes grandes dignatarios, siempre á condición de que no reinaran fuera, y en el orden siguiente; el archicanciller, el archicanciller de Estado, el gran elector, el condestable, el archi-tesorero, el gran almirante. Este orden daba el primer lugar al príncipe Cambacères, y le aseguraba la principal influencia sobre los negocios. Además Napoleon se encargaba de asegurársela por medio de sus instrucciones secretas á la emperatriz mas de plano. Sobre todos los grandes negocios del Estado debía ser oído el Consejo, bien que no teniendo mas que voto consultivo.

Arregladas así las cosas en un proyecto de senatus-consulta, Napoleon hizo que se presentara al Consejo de Estado antes de llevarlo al Senado. Allí expuso de viva voz y con precisión y autoridad sus razones. Todos quedaron silenciosos, y aprobando al parecer sin reserva. No obstante, un individuo preguntó si convendría reparar una omisión del futuro senatus-consulta, confirmando la re-

gencia á la madre del emperador menor, aun cuando no fuese emperatriz viuda. Este caso pudiera ocurrir si Napoleon adoptara por heredero á un hijo de su hermano Luis y de la reina Hortensia. Esta princesa, despues de abdicar el rey Luis la corona de Holanda, vivía en Francia separada de su marido, y amadisima por la sociedad parisiense. Presentada la reclamacion evidentemente en interés suyo, fué apoyada por un jóven consejero de Estado, que gozaba de todo el favor imperial, el conde Molé. Napoleon rechazóla de una manera dura y perentoria, y ya no se trató del asunto. Al salir del consejo, dijo á Cambacères.—Ya habeis visto agitarse á los amigos de Hortensia! ¡Qué sería si yo muriese!...—Y no pudo contener un suspiro ante la idea de cuanto pudiera acontecer si desaparecia de la escena del mundo.

Adoptado fué el senatus-consulta por el Senado tal como fué propuesto. Por sus cartas patentes confirió Napoleon á la regente la plenitud aparente de la autoridad soberana, salvo la interdiccion de presentar leyes al Cuerpo legislativo y senatus-consultos al Senado, pero en la práctica restringió el uso de esta autoridad con precauciones bien calculadas, estableciendo que nada hiciera la emperatriz sin la firma del príncipe Cambacères. Además dióla por secretario de regencia, al prudente duque de Cadore, Mr. de Champagni, que debía desempeñar cerca de ella las funciones de ministro de Estado. De seguro no la podia rodear de mejores consejeros.

Con su nueva dignidad invistió á la emperatriz el 30 de marzo. Rodeado de los grandes dignatarios del Imperio, la recibió en la sala del trono, y

alli prestó juramento de haberse como buena madre, como fiel esposa, como buena francesa, en las augustas funciones que le eran encomendadas. Cumplida esta formalidad, despidió á la asamblea, solo retuvo á los ministros, é hizo asistir á la emperatriz á un consejo, donde se trataron los mas graves negocios. Apareció atenta, curiosa, y no desprovista de entendimiento. En los dias sucesivos siguió llamándola á los consejos que eran celebrados, discutió delante de ella sobre todo, y cuidó de iniciarla personalmente en el gobierno. Durante este corto aprendizaje indicó á los encargados de dirigirla lo que convenia ponerla de manifesto ú ocultarla. Recorriendo los partes de la policia, segregó algunos y dijo al archicanciller Cambacères: —No conviene manchar el espíritu de una jóven con ciertos detalles. Os encargo que leais estos partes, y escojais entre ellos los que deban ser comunicados á la emperatriz (1).—Despues excluyó

(1) Véase una interesante carta al duque de Rovigo, donde se revela esta clase de cuidado.

*Al ministro de Policia.*

«Erfurt, 26 de abril de 1813.

«Mi intencion no es que entregueis directamente á la emperatriz los partes sobre cosas de policia. Esto no puede ofrecer ninguna ventaja, y si inconvenientes. La emperatriz es demasiado jóven para pervertir su espíritu ó inquietarla con detalles de policia. Asi solo entregareis al archicanciller copia de los partes que me enviéis; y el archicanciller solamente pondrá en su noticia lo que sea bueno que sepa, y tratando lo mas ligeramente posible de esta clase de asuntos.»

otra clase de asuntos, reservándosela personalmente, la del nombramiento de los oficiales superiores del ejército.—Ni vos, ni la emperatriz, dijo á Cambacères, conocéis el personal del ejército; solo el ministro de la Guerra lo conoce, y no me inspira confianza. Si le dejara holgura, llenaria el ejército de individuos, con cuya adhesion no podria contar en manera alguna, y tendria que acabar por destituirle. Asi cuidareis de enviarme á firmar todos los despachos.—Laborioso el ministro Clarke, duque de Feltre, asiduo á sus tareas, afectando adhesion, si bien empezando á dudar de la perpetuidad de la dinastia imperial, buscaba á cosa hecha futuros apoyos en todos los partidos. Violentamente habia roto con el ministro de Policia, y á Napoleon no le desagradaba hacer vigilar la fidelidad algo sospechosa del duque de Feltre, por el odio del duque de Rovigo, en cuya sinceridad tenia plena confianza.

Aspirando Napoleon en el momento de su partida á ganar amigos para su hijo y para su esposa, hubiera querido hacer una gran promocion de senadores, á fin de apuntalar con intereses satisfechos la quebrantada adhesion de considerable número de personages. Pero esta providencia ofrecia un peligro, que el penetrante archicanciller le puso de manifesto. No habia mas que trece plazas vacantes y trece dotaciones disponibles en el Senado. Hacer mas nombramientos que vacantes, equivalia á obligarse á dividir mas los recursos existentes, ó á aumentar las rentas de aquel alto cuerpo: no permitiendo la situacion de la hacienda adoptar este último arbitrio, y no queriendo usar del primero, por miedo de disgustar al Senado, so-

lo nombró Napoleon trece nuevos individuos, que no acrecentaron mucho la fidelidad de este cuerpo como se verá mas tarde. Además, prodigó las condecoraciones de la órden de la Reunion, y nombró duque al conde Decrès, á quien habia hecho esperar este título muy injustamente, pues este ministro no tenia la culpa de que durante la era imperial no hubiese alcanzado grandes triunfos la marina. Por sus ayudantes de campo eligió al general Corbineau, que milagrosamente habia hallado el paso del Berezina, y al ilustre Drouot que tan eminentes servicios prestaba en la artillería de la Guardia, con la cual se ganaban las batallas. No se limitó á ganar amigos á su esposa y á su hijo, sino que tambien aspiró á ahorrarles embarazos. Llamado habia al mariscal Soult de España, y permitido á Mr. Fouché que volviera á su senaduria. No quiso dejar ociosos en Paris á estos dos personajes y menos al segundo. Llevóse al mariscal Soult consigo, proponiéndose emplearle en su Guardia, y resolvió confiar á Mr. Fouché el gobierno de las provincias conquistadas, tan luego como volviera á entrar en los paises alemanes.

Tres ó cuatro semanas antes habia dado término á la sesion del Cuerpo legislativo, haciéndole votar la ley de hacienda asi como la relativa á la venta de los bienes municipales. Interin los nuevos bonos de la caja de amortizacion se acreditaban entre el público, por la lista civil y el tesoro extraordinario compró como unos setenta millones de francos, lo cual era para Mr. de Mollien un buen socorro, al par que una notable disminucion de los recursos metalicos en las Tullerías. Segun su costumbre, envió algunos millones á Magun-

cia, cuya caja desconocian sus ministros todos, á fin de que no contasen con ella, y de tener allí medios para proveer extraordinariamente á lo que necesitaran sus tropas.

Antes de su partida tomó aun algunas providencias relativas al concordato de Fontainebleau. Sin negar el Papa la autenticidad de este concordato, y sin desconocer su firma, adoptó el partido de no ejecutarlo, si bien guardando el mas absoluto silencio acerca de sus intenciones. No hablaba de su traslacion á Aviñon, para la cual tampoco habia dispuesto nada; no ejercia las funciones del pontificado; no habia elegido ministro alguno para comunicarse con el gobierno francés, ni menos participado á las diversas cortes católicas que á Aviñon le podian enviar representantes acreditados. Tocante á las famosas bulas destinadas á instituir á los prelados nombrados por Napoleon, tantas veces anunciadas y esperadas ya hacia mucho tiempo, nada decia, y asi el gobierno de la Iglesia continuaba siempre en suspenso. Sobre estos diversos objetos, retornando Pio VII á un sistema de sutileza, que no era suyo propio, sino de sus consejeros, distaba mucho de declarar que pretendia renunciar al concordato de Fontainebleau y retractar su firma, pero parecia dar á entender que en el estado actual de las cosas, nada tenia de urgente la ejecucion de este ajuste, y afectaba soñar mas que nunca con su apacible retiro. Ello si los personajes activos del partido de la Iglesia hacian á Fontainebleau muy frecuentes viages. Impetuoso como era Napoleon, estuvo á pique de echar á perder por medio de un escándalo toda la habilidad de la avenencia con el Padre Santo; pero me-

jor aconsejado limitóse á sacar provecho de sus ventajas. Habiendo firmado el Sumo Pontífice pública y libremente el concordato, Napoleon no tenía razon alguna para mantenerlo secreto. A la verdad habia prometido no publicarlo hasta que se comunicara á los cardenales; pero la mala fé de que se usaba respecto de su persona, el retraso que se notaba en dirigir la tal comunicacion á los purpurados, á pesar de hallarse todos juntos en París á aquella hora, y las denegaciones de muchas gentes de Iglesia, asegurando otras que no existia tal concordato, y otras que habia sido arrancado por la violencia, daban en fin á Napoleon el derecho de publicarlo. De consiguiente lo hizo insertar en el Boletín de las Leyes, como ley del Estado, y debiendo ser cumplida desde aquella fecha. En seguida tomó sus providencias, para que la institucion de los nuevos preladados, significada oficialmente al Papa, se hiciera por el metropolitano, si el Sumo Pontífice no la concedia en el término de seis meses. Además restringió el número de las visitas á Fontainebleau y designó los que podrian ser admitidos á presencia del Papa. Finalmente, decretó sin ruido el arresto y la traslacion á cuarenta leguas de París del cardenal de Pietro, á causa de haberse señalado por sus malos consejos en esta última coyuntura. No se dejó ignorar el motivo de este nuevo rigor en torno del Papa, si bien no lo hizo extensivo á ningun otro de sus consejeros. Se propuso hacer una advertencia y no dar un escándalo.

Pocos dias antes de su marcha á Maguncia, presentóse el príncipe de Schwarzenberg, anunciado como confidente de las resoluciones mas se-

cretas del gabinete austriaco. Ya Napoleon habia despedido para Viena á Mr. de Bubna, despues de gustar su talento, de halagar su amor propio, y de estimular lo mas posible sus buenas disposiciones á favor de Francia. Aplicóse á inculcarle la idea nada adecuada entonces á penetrar en una mente alemana, de que Austria debia aspirar á rehacer con Francia su deteriorada fortuna. Cerca del príncipe de Schwarzenberg intentó lo propio. Este, que no aborrecía á Napoleon de ninguna manera, y por el contrario, tenia motivos personales para mirarle de buen ojo, se empezaba á hallar en grande apuro, porque no queria desagradarle, y procuraba además contemplar las pasiones de su patria, aunque distase mucho de participar de ellas del todo. Mr. de Metternich le habia enviado para que preguntara mucho mas que hablara, encargándole especialmente indagar qué paz se hallaria dispuesto á celebrar Napoleon, é insinuarle que Austria no desenvainaria la espada mas que por la paz, y por una paz completamente alemana. Decir esto al impetuoso Napoleon, radiante de confianza y de ardimiento, no era cosa llana ni agradable. Así el príncipe de Schwarzenberg aceptó esta mision mal de su grado, y desempeñaba con cierto mal aire. Nada expuso claro, ni satisfactorio, solo habló de la necesidad de la paz, del desencadenamiento de los ánimos en Alemania, y no se atrevió á expresar mas que muy pequeña parte de lo que tenia cargo de hacer presente. Por lo demás, Napoleon no le dejó tiempo ni ocasion de explicarse, halagándole sobremanera, probó á atraerle á sus proyectos; le acreditó una confianza calculada y cogiendo los estados de tro-

pas que tenia sobre su mesa de despacho, se esforzó por persuadirle de que en Francia, Alemania, Italia y España, tenia un millon y ciento ó doscientos mil hombres sobre las armas, que valian bien por su calidad lo que los jóvenes alemanes que se le pusieran en contra, y se hallaban á las órdenes de muy diferentes oficiales, y sobre todo de muy otro caudillo. Afirmó que iba á aniquilar á los rusos y á los prusianos y á repelerlos mas allá del Vistula. Acto continuo trató de persuadir al príncipe de que esta era la ocasion para Austria de hacer la paz cierta y pronta declarándose á favor de Francia, y de hacerla al par mas ventajosa que otra alguna, aceptando la Silesia, un millon de polacos, y la Iliria, cosas todas que se hallaba dispuesto á darle. Aunque dotado el príncipe de Schwarzenberg de una razon firme, conmoviése ante los cálculos de Napoleon; y con todo procuró manifestarle que en la próxima campaña tendria que habérselas con tropas animadas de violento fanatismo; que no seria asunto de una ó dos batallas; que lo mas cuerdo era que pensara entrar en tratos; que Austria estaba determinada á ayudarle; pero que de ningun modo se podria batir contra Europa y á favor de un ajuste que no estuviera en armonia con los intereses y los deseos de Alemania. Napoleon era demasiado fogoso para que se tratara de atajarle en sus impetus con frias razones; y el príncipe de Schwarzenberg conoció á las claras que se queria batir á todo trance; que no le detendria nada; que probablemente ganaria victorias, y juzgó que convendria aguardarlas y conocer su trascendencia antes de asegurar ni de decidir cosa alguna. De consiguiente pronunció algunas

palabras sin energia y sin concierto, y despues callóse, no osando siquiera decir á Napoleon la verdad que sabia y que cumplia á su lealtad darle á conocer sobre un asunto de tanta importancia como el relativo al cuerpo auxiliar austriaco. Afectando Austria continuar fiel al tratado de alianza de 14 de marzo de 1812, siempre debia estar á disposicion de Napoleon el tal cuerpo de tropas, y además entonces su entrada en accion era muy apetecible. Asi Napoleon dijo al príncipe de Schwarzenberg que le iba á expedir órdenes para que avanzara con el príncipe Poniatowski hácia la alta Silesia, y que esperaba que estas órdenes fuesen cumplidas. Sin embargo de saber el príncipe de Schwarzenberg de seguro que su gobierno no queria disparar un tiro, temió confesárselo á Napoleon, y tuvo la debilidad de responderle que obedeceria el cuerpo austriaco.

Despues de probar á convertir al príncipe de Schwarzenberg sin fruto, dirigió Napoleon á sus aliados el gran duque de Baden, el príncipe primado, el duque de Wurzburg, y los reyes de Wurtemberg, de Baviera y de Sajonia, la recomendacion de preparar su contingente, y sobre todo de enviarle cuanta caballería organizada tuvieran disponible. Particularmente insistió cerca del rey de Sajonia, retirado á Ratishona, que tenia consigo los dos mil cuatrocientos hermosos ginetes de que hemos hablado hace poco, y con los cuales contaba Napoleon para agregarlos al cuerpo del mariscal Ney. Esta demanda la hizo como se dá una orden absoluta. Terminadas todas estas disposiciones, y despues de recibir los últimos abrazos de la emperatriz Maria Luisa, enternecida de

resultas de esta separacion, y desconsolada, partió el 15 de abril, tan ardoroso y confiado como á los principios de sus mas hermosas campañas. ¡Feliz y fatal confianza, que debia producir grandes cosas, y tambien nuevos é irreparables desastres por lo excesiva!



## LIBRO CUARENTA Y OCHO.

### Lutzen y Bautzen.

Continuacion de la mision del principe de Schwarzenberg.—Este abandona á Paris despues de procurar decir á la emperatriz y á Mr. de Basano lo que no habia osado exponer á Napoleon.—Lo acontecido en Viena desde la defeccion de Prusia.—Mas que nunca persevera la córte de Austria en el proyecto de mediacion armada, y quiere imponer á las potencias beligerantes una paz favorable á Alemania del todo.—Esfuerzos de esta córte por ganar adictos á su política.—Lo hecho cerca del rey de Sajonia, retirado á Ratisbona, para obtener la disposicion de las tropas sajonas y de las plazas fuertes del Elba, y la renuncia al gran ducado de Varsovia.—Habiendo obtenido Austria de Federico Augusto la facultad de disponer de sus fuerzas militares, se aprovecha de ella para desembarazarse de la presencia del cuerpo polaco en Cracovia.—No queriendo volver á entrar en lucha con los rusos, celebra un convenio secreto con ellos, por el cual debe retirar sin combatir el cuerpo auxiliar y de traer al principe Poniatowski á los Estados austriacos.—Negociaciones de Austria con Baviera.—Llegada de Mr. de Narbonne á Viena por entonces.—Afectuosa acogida que le hacen el emperador Francisco y Mr. de Metternich.—Este aspira á persuadirle de la necesidad de que la paz se lleve á cabo, y le da á entender que solo á este precio se podrá lograr el apoyo formal del Austria.—Le insinua de nuevo cuales podrán ser las condiciones de la paz propuesta.—Habiendo recibido mon-

resultas de esta separacion, y desconsolada, parti6 el 15 de abril, tan ardoroso y confiado como á los principios de sus mas hermosas campañas. ¡Feliz y fatal confianza, que debia producir grandes cosas, y tambien nuevos é irreparables desastres por lo excesiva!



## LIBRO CUARENTA Y OCHO.

### Lutzen y Bautzen.

Continuacion de la mision del principe de Schwarzenberg.—Este abandona á Paris despues de procurar decir á la emperatriz y á Mr. de Basano lo que no habia osado exponer á Napoleon.—Lo acontecido en Viena desde la defeccion de Prusia.—Mas que nunca persevera la córte de Austria en el proyecto de mediacion armada, y quiere imponer á las potencias beligerantes una paz favorable á Alemania del todo.—Esfuerzos de esta córte por ganar adictos á su política.—Lo hecho cerca del rey de Sajonia, retirado á Ratisbona, para obtener la disposicion de las tropas sajonas y de las plazas fuertes del Elba, y la renuncia al gran ducado de Varsovia.—Habiendo obtenido Austria de Federico Augusto la facultad de disponer de sus fuerzas militares, se aprovecha de ella para desembarazarse de la presencia del cuerpo polaco en Cracovia.—No queriendo volver á entrar en lucha con los rusos, celebra un convenio secreto con ellos, por el cual debe retirar sin combatir el cuerpo auxiliar y de traer al principe Poniatowski á los Estados austriacos.—Negociaciones de Austria con Baviera.—Llegada de Mr. de Narbonne á Viena por entonces.—Afectuosa acogida que le hacen el emperador Francisco y Mr. de Metternich.—Este aspira á persuadirle de la necesidad de que la paz se lleve á cabo, y le da á entender que solo á este precio se podrá lograr el apoyo formal del Austria.—Le insinua de nuevo cuales podrán ser las condiciones de la paz propuesta.—Habiendo recibido mon-

sieur de Narbonne de París sus últimas instrucciones, trasmite á la corte de Viena las importantes comunicaciones de que está encargado.—Segun ellas, el Austria debe intimar á Rusia, Prusia é Inglaterra que depongan las armas, ofrecerles despues la paz bajo las condiciones indicadas por Napoleon, y, si se negasen á admitirla, entrar con cien mil hombres en Silesia, á fin de operar por sí propia la conquista de aquel territorio.—Manera con que Mr. de Metternich oye estas proposiciones.—Parece como si las aceptase, declara que Austria tomará el papel activo que se le aconseja, ofrecerá la paz á las potencias beligerantes, bien que bajo condiciones fijadas por ella, y pesará con todo su peso sobre la potencia que se negare á suscribir.—Notando muy luego Mr. de Narbonne un subentendido, se quiere explicar con Mr. de Metternich, y le pregunta si en el caso de reusar Francia las condiciones austriacas, volveria el Austria las armas en su contra.—Mr. de Metternich, procura eludir al principio la cuestion, si bien luego expresa de plano que se obrará contra todo el que se negare á una paz equitativa, mostrando por lo demás toda parcialidad respecto de Francia.—Evidencia de la falta cometida al empujar al Austria de su situacion de aliada al papel de mediadora.—De repente se sabe que el cuerpo de ejército del príncipe de Schwarzenberg torna á entrar en Bohemia, en vez de prepararse á volver á las hostilidades; que el cuerpo polaco debe cruzar sin armas el territorio austriaco; que el rey de Sajonia se traslada de Ratisbona á Praga, para arrojarle definitivamente en los brazos del Austria.—Nuevas reclamaciones de Mr. de Narbonne.—Insiste en que, á tenor del tratado de alianza, permanezca el cuerpo austriaco á las órdenes de Francia, y pregunta formalmente, si aun existe dicho tratado.—Mr. de Metternich se niega á responder á esta pregunta.—Para insistir mas todavía, aguarda Mr. de Narbonne nuevas órdenes de su corte.—Sorpresa é irritacion de Napoleon, llegado á Maguncia, al saber la retirada del cuerpo austriaco y sobre todo el proyecto de desarmar el cuerpo polaco.—Ordena al príncipe Poniatowski que á ningun precio deponga las armas, é intima á Mr. de Narbonne que sin provocar un estallido, haga que se explique la corte de Austria, y procure penetrar el secreto del rey de Sajonia.—A mayor abundamiento se promete Napoleon poner fin muy luego á estas complicaciones con su próxima entrada en campaña.—Sus disposiciones militares en Maguncia.—Aun habiendo apostreado los elementos de un ejército activo de trescientos mil hombres, y de doscientos mil de reserva, no puede juntar mas que ciento noventa ó doscientos mil al principio de las hostilidades.—Su plan de campaña.—Situacion de los coaligados.—Fuerzas de que disponen para las primeras operaciones.—No queriendo el Austria unirse á ellos hasta agur todos los recursos de venir á negociaciones, se hallan reducidos á ciento ó ciento diez mil hombres para un dia de batalla.—Composicion de su estado mayor.—Muerte del príncipe Kutusoff el 28 de abril en Buzelau.—Marcha de los coaligados so-

bre el Elster y de Napoleon sobre el Saale.—Hábiles combinaciones de Napoleon para juntarse al príncipe Eugenio.—Llegada de Ney á Naumburgo, del príncipe Eugenio á Merseburgo.—Hermoso combate de Ney en Weissenfels el 23 de abril, é incorporacion de los dos ejércitos franceses.—Bizarro porte de nuestros reclutas ante las masas de la caballeria rusa y prusiana.—Llegada de Napoleon á Weissenfels y marcha sobre Lutzen el 1.º de mayo.—Muerte de Bessieres, duque de Istria.—Proyectos de Napoleon ante el enemigo.—Medita marchar sobre Leipsick, pasar el Elster por este punto, y echarse de seguida sobre el flanco de los coaligados.—Posicion señalada al mariscal Ney, cerca de la aldea de Kaja, para cubrir al ejército durante el movimiento sobre Leipsick.—Mientras Napoleon discurre coger la vuelta á los coaligados, estos piensan ejecutar en contra suya la misma manobra, y se aprestan á atacar á Kaja.—Plan de batalla propuesto por el general Diebitch y adoptado por los soberanos aliados.—Es acometido el cuerpo de Ney de repente.—Maravillosa presteza de Napoleon en cambiar sus disposiciones, y concentrar sobre Lutzen sus fuerzas.—Memorable batalla de Lutzen.—Importancia y consecuencias de esta batalla.—Napoleon persigue á los aliados hacia Dresde, y envia á Ney sobre Berlin.—Marcha sobre el Elba.—Entrada en Dresde.—Paso del Elba.—Ya dueño Napoleon de la capital de Sajonia, intima á Federico Augusto que se presente, bajo pena de ser destituido.—Lo acontecido en Viena, mientras Napoleon daba la batalla de Lutzen.—A tenor de la orden recibida, insiste Mr. de Narbonne en que Austria se explique relativamente al cuerpo auxiliar y al cuerpo polaco, y entrega á Mr. de Metternich una nota categórica sobre este punto.—Ruegos de monsieur de Metternich para apartar á Mr. de Narbonne de tal paso.—Habiendo persistido este, responde el gabinete de Viena que el tratado de alianza de 14 de marzo de 1812, no es aplicable á las circunstancias actuales.—Se reciben en Viena las noticias del teatro de la guerra.—Aunque los coaligados blasonan de vencedores, muy luego acreditan los resultados que son vencidos.—Satisfaccion aparente de Mr. de Metternich.—Diligencia de la corte de Viena en apoderarse á la sazón de su papel de mediadora, y envio de Mr. de Bubna á Dresde con el encargo de comunicar las condiciones que se creia poder lograr que fuesen aceptadas por las potencias beligerantes, ó al menos bajo las cuales estaria pronta Austria á unirse á Francia.—Al saber Napoleon lo ejecutado por Mr. de Narbonne, se duele de que se haya empujado al Austria tan vivamente, pero al adquirir cabal conocimiento de las condiciones de esta potencia, se irrita hasta el último grado.—Adopta la resolucion de aborrecerse directamente con Rusia é Inglaterra, de anular así el papel de Austria, despues de quererlo hacer demasiado considerable, y de llevar á cabo en su contra aprestos militares que la reduzcan á sufrir la ley, en lugar de imponerla.—Entretanto, manda á Mr. de Narbonne abstenerse de toda insistencia y encerrarse en la reserva mas absoluta.—Napoleon envia al

príncipe Eugenio á Milan, para organizar allí el ejército de Italia, y prepara nuevos armamentos bajo la suposición de una guerra con la Europa toda.—Recibimiento del rey de Sajonia en Dresde.—Napoleon se dispone á salir de esta capital, con el fin de empujar á los coaligados del Elba al Oder, dándoles una segunda batalla.—Siendo harto conocido su plan de hacer alto en Bautzen y de pelear allí á todo trance, en vez de enviar Napoleon al mariscal Ney á Berlin, le encamina sobre Bautzen.—Llegada de Mr. de Bubna á Dresde en el momento en que Napoleon iba á partir de este punto.—Habilidad de Mr. de Bubna en sufrir la primera irritación de Napoleon y en suavizarla.—Explicación que da sobre las condiciones de Austria.—Modificaciones con las cuales Napoleon las aceptaría acaso.—Napoleon fingió que se ablandaba, con el objeto de ganar tiempo, y de llevar todos sus armamentos á remate.—Consiente en la apertura de un congreso, adonde hasta los españoles sean llamados, y en la celebración de un armisticio, del cual se propone sacar provecho para abocarse directamente con Rusia.—Partida de Mr. de Bubna con la respuesta de Napoleon para su suegro.—Conforme á lo acordado, no bien partido Mr. de Bubna, envía Napoleon á Mr. de Caulaincourt al cuartel general ruso, bajo pretexto de negociar un armisticio.—Salida de Napoleon para Bautzen.—Distribución de sus cuerpos de ejército, y marcha del mariscal Ney á espaldas de Bautzen con sesenta mil hombres.—Descripción de la posición de este punto, adecuado para dar dos batallas.—Batalla del 20 de mayo.—Segunda batalla del 21, en la cual son tomadas las formidables posiciones de los prusianos y de los rusos, despues de defendidas con singular denuedo.—Al día siguiente 22, empuja Napoleon á los aliados hacia el Oder con la punta de la espada.—Combate de Reichenbach, y muerte de Duroc.—Llegada á orillas del Oder y ocupación de Breslau.—Apuros de los soberanos aliados, y necesidad que tienen de celebrar un armisticio.—Despues de negarse á recibir á Mr. de Caulaincourt, por miedo de inspirar desconfianza al Austria, envían comisionados á los puestos avanzados para negociar una suspensión de armas.—Estos comisionados se abocan con Mr. de Caulaincourt.—Sus pretensiones.—Negativa perentoria de Napoleon.—Mr. de Bubna se dirige á Viena durante los últimos sucesos.—Allí engendra cierta especie de alegría con la esperanza de vencer la resistencia de Napoleon á las condiciones de paz propuestas, mediante algunas modificaciones en las cuales se consiente, y torna al cuartel general francés.—Sintiéndose Napoleon estrechado muy de cerca por Austria, alega sus ocupaciones militares, para no recibir de seguida á Mr. de Bubna, y le insinúa que se entienda con Mr. de Basano.—Alcanzándosele á pesar de todo que habrá de pronunciarse dentro de poco, y que tendrá á los austriacos encima si rehusa sus condiciones, consiente en un armisticio, que salva á los aliados de su total ruina, y firma esta funesta suspensión de armas, no con el designio de venir á negociaciones, sino con el de ganar dos meses para concluir

sus armamentos.—Condiciones de este armisticio, y fin de la primera campaña de Sajonia, llamada campaña de la primavera.

Despues de la partida de Napoleon, quedó el príncipe de Schwarzenberg confuso de resultas de cuanto habia visto y oido, y disgustadísimo de no haber podido ni osado expresar ni una sola de las verdades que tenia encargo de decir á la corte de Francia. Mas franco trató de mostrarse con la emperatriz, cerca de la cual tenia acceso, pues, además de ser alemán y negociador de su padre, habia figurado como negociador de su matrimonio, y así tenia todos los títulos para ser escuchado. Desgraciadamente no podían ser de gran efecto sus discursos á esta princesa. Desvanecida Maria Luisa con el prestigio de que se hallaba rodeada, enamorada á la sazón del esposo que era de su gusto y la colmaba de atenciones, hacia ardientes votos por sus triunfos, pero no ejercía ascendiente alguno sobre su persona. Aun estaban rojos sus ojos de las lágrimas que habia derramado al despedirle, cuando recibió al embajador de su padre. Con pena oyó lo que la dijo el príncipe de Schwarzenberg sobre los peligros de la situación presente, sobre las pasiones sublevadas en Europa contra Francia, sobre la necesidad de celebrar la paz con los unos y de conservarla al menos con los otros. Por toda respuesta repitió la joven emperatriz lo que se le habia enseñado á decir sobre las fuerzas inmensas de Napoleon; pero, entendiendo poco lo concerniente á la guerra, limitóse con especialidad á pedir que se guardaran miramientos á su situación dentro de Francia, y que, tras de enviarla como

prenda de paz, no se la expusiera á ser una nueva víctima de las tempestades revolucionarias. Tal recuerdo habian dejado en los ánimos las desventuras de María Antonieta, que María Luisa se sentia asaltada de repentinos terrores, y se consideraba como en gran peligro si Austria volvía á estar en guerra con Francia. De sus temores habló al príncipe de Schwarzenberg, aunque sin conmoverle mucho, porque no los tomaba en serio, y porque, discurriendo como político y militar, si bien algo embarazado por los favores que habia recibido de la corte de Francia, ante todo pensaba en la fortuna de su país y en la suya propia. No podia resultar gran cosa de semejantes entrevistas. Las que el príncipe de Schwarzenberg tuvo con Mr. de Basano, que se quedó en París algunos días, pudieran ser de mas provecho; pero por desgracia no tuvieron ninguno.

Al tiempo del matrimonio de María Luisa, el príncipe de Schwarzenberg llevó la intimidación con Mr. de Basano casi hasta la intriga; se trataban pues familiarmente y podían hablarse con toda franqueza. Schwarzenberg procuró decir la verdad, sin proceder no obstante con todo el valor que debiera y le excusara mas tarde de faltar á Napoleón al agradecimiento, si no llegaba á ser escuchado. Algo hizo por refutar las aseveraciones de monsieur de Basano, por rebajar los inmensos armamentos de que este ministro hacia continuo alarde, por hablar de la inexperiencia de nuestra infantería, sobre todo de la destruccion de nuestra caballería, del furor patriótico que íbamos á hallar entre los coaligados, de las pasiones que arrastraban á la sazón á los pueblos de Europa y dominaban á

los mismos gobiernos, de la imposibilidad en que Austria se vería de batirse contra Alemania y á favor de Francia, á no ser que pareciese hacerlo por una paz alemana del todo. Mr. de Basano no manifestó comprender estas verdades, y con una sinceridad que honraba su buena fé, aunque de ninguna manera su juicio político, alegó á menudo la alianza y especialmente el matrimonio. Perdiendo el príncipe de Schwarzenberg la paciencia, soltó estas espresiones.—¡El matrimonio, el matrimonio!.... La política lo hizo, y la política podrá deshacerlo.—Ante este grito de ingenuidad salido de boca del príncipe de Schwarzenberg, sorprendido Mr. de Basano comenzó á entrever la situación; pero en vez de acudir en ayuda de la debilidad de su interlocutor, que no osaba declarar lo que sabía, esto es, que Austria no se batiría por nosotros en contra de los alemanes y que antes bien se uniría á ellos, si no aceptábamos la paz que habia ideado, fingió no haberle comprendido, para eximirse de dar respuesta, y prestóse á que terminara la entrevista con nuevas y falsas protestas de fidelidad á la alianza. Sin duda podia ser hábil aparentar no haber comprendido, para evitar un choque, pero á nuestros ojos fuera mucho mas hábil una explicación franca, amistosa y completa; pero si disimulaba ante el representante de Austria, á lo menos al dirigirse á Napoleón no debia andar con disimulos: convenia que le dijera lo que fingió no entender al otro, esto es que, si no hacia sacrificios, se le echaría encima el Austria y sucumbiría bajo una coalición de toda Europa. Mr. de Basano juzgó preferible no transmitir á Napoleón lo que habia recogido, por no irritarle contra el Austria.

Positivamente la intencion era honrada; pero, sirviendoles de este modo, se pierde á los señores no acostumbrados al lenguaje de la verdad. Si el mundo entero, si la naturaleza de las cosas les hubiera de contemplar al modo que les contemplan sus lados, pudiera suceder que, callando el mal, se conjurara; pero como solo sus lados le están sumisos, los hechos que les son ocultados, no hacen mas que agravarse, crecer y convertirse muy luego en desastres.

Muy descontento partió de París el principe Schwarzenberg á causa de lo que habia visto, y si fuera justo debiera tambien mostrarse descontento de sí propio, pues no supo hacer oír todas las verdades que le autorizó á revelar su gobierno, y debia poner en claro á los ojos de Napoleon, para eximirse de toda nota de ingratitud al admitir el nuevo papel que iba á representar muy pronto.

No iban mucho mejor las cosas en Viena, aunque mediando mas perspicacia y mas talento por parte de los representantes de Francia y Austria. Mientras Mr. de Narbonne estaba en camino hacia aquella corte, aun habia empeorado la situacion para nosotros, y prensados el emperador Francisco y el principe de Metternich entre la opinion universal de Alemania, que les impelia á unirse á la coalicion, y Francia, con la que estaban comprometidos, no sabian ya como salir del aprieto, y se hallaban condenados de dia en dia á mas trabajoso disimulo. Su objeto no habia cambiado, pues en la situacion de ellos no habia mas que uno prudente y decoroso. A los ojos del cuerdo emperador y del hábil ministro no se podia seguir otra conducta que la de pasar del estado de aliado de Fran-

cia al de aliado de Rusia, de Prusia, y de Inglaterra, por el estado intermedio del arbitraje, imponer tanto á unos como á otros una paz ventajosa á Alemania, atenerse á este papel intermedio el mas largo tiempo que fuera posible, y no reunirse á la coalicion sino en el último extremo. De esta suerte, segun hemos dicho, el emperador conciliaba sus intereses de soberano alemán con sus deberes de padre; y el ministro hallaba un modo conveniente de pasar de una politica á otra y de continuar decentemente á la cabeza de los negocios. Para ambos tenia el gran mérito de ahonar á Austria la guerra con Francia, que á sus ojos presentaba siempre eventualidades singularmente espantosas. Pero hacer aceptar á los coaligados, exaltados por el odio y por la esperanza, esta lenta transicion hacia ellos, y hacer aceptar á Napoleon consejos moderados, cosa era punto menos que imposible, y en la cual podia fracasar toda la destreza del mundo, sobretodo en medio de los incidentes continuos de una situacion extraordinaria. Sin duda alguna fuera mas cómodo explicarse desde luego lisa y llanamente con todos, decir á los coaligados y á Napoleon que se queria la paz y que se queria alemana, primero por Alemania, cuyos intereses se debian tomar mas á pechos, y despues por Europa, á cuyo equilibrio convenia que Alemania fuera independiente; que, pudiendo echar un peso decisivo en la balanza, se tenia resuelto echarlo contra quien no admitiera este sistema de pacificacion general completamente y sin demora. Pero hablar de este modo antes de tener doscientos mil hombres en Bohemia podia ser aventurado en presencia de un carácter tan impetuoso como el de Napo-

leon, y de una coalicion tan embriagada de triunfos inesperados como lo estaba la de Rusia, de Inglaterra y de Prusia. Asi era prudente ganar tiempo antes de explicarse. Nada descuidó el gabinete austriaco, pues tenia habilidad de sobra para salir airoso de tamaña tarea.

Ante todo quiso proporcionarse adictos á su política mediadora en la misma Alemania, y buscólos entre los principes comprometidos en la alianza francesa, á semejanza suya, por interés ó por prudencia. Empezó por dirigirse en secreto á Prusia, que con una movilidad inherente á su posicion y á las pasiones de su pueblo, se habia precipitado de un golpe de la mediacion á la guerra. No pudiendo ya valerse de Prusia, enderezó sus esfuerzos, siempre secretamente á Sajonia y Baviera, que nada anhelaban mas que la paz y sobre todo ventajosa para Alemania, y las enlazó á su política. Segun se ha visto, indujo al rey de Sajonia á abandonar á Dresde, y á negarnos su contingente de caballería, y á encerrar en Torgau su contingente de infantería. Pero esto no bastaba, y ahora queria llevarle de Ratisbona á Praga, para disponer alli mas completamente de su persona, y hacerle adoptar todas sus miras. Consistia la principal de ellas en alcanzar del anciano rey el sacrificio de la Polonia, regalo muy seductor de Napoleon, si bien regalo quimérico y peligroso, cuya nulidad y cuyo peligro acababa de poner de manifiesto la campaña de Moscou. Logrando del rey de Sajonia la supresion del gran ducado de Varsovia, esperaba el gabinete austriaco hallar menos dificultades por parte de Napoleon, quien ya no tendria el embarazo ni el disgusto de abandonar á un aliado, hácia el cual

habia ostentando el mayor favor de continuo. Entonces, con los territorios que se extienden desde el Bug al Wenta, habria para reconstituir la Prusia, se libraria á Rusia del gran ducado de Varsovia, que era para ella un fantasma acusador y amenazante, se le daria algo para el duque de Oldenburgo, y Austria tomaria para sí propia, lo cual á vueltas de muchas miras por el bien público no le era indiferente, la parte de la Galitzia, que despues de la batalla de Wagram habia perdido. Punto muy importante era el de alcanzar tamaño sacrificio del rey de Sajonia, y se iba en pos de este objeto cerca de su persona con secreto, destreza é insistencia. Por último se queria que Sajonia no empleara sus fuerzas mas que con las de Austria, al mismo tiempo y en la propia medida. Sus fuerzas consistian en la hermosa caballería que habia seguido á la corte, en los diez mil hombres de infantería acantonados en Torgau, en esta misma plaza, en la fortaleza de Koenigstein sobre el Elba, y ademas en el contingente polaco del principe Poniatowski, que detrás del principe de Schwarzenberg se habia retirado á Cracovia. Esta última parte de las fuerzas sajonas era la mas interesante á los ojos de Austria, no á causa de su importancia militar, sino de su posicion especial del todo. Con efecto se necesitaba impedir que á la próxima reapertura de las hostilidades, y por virtud de órdenes de Napoleon, se pusiera en movimiento el cuerpo polaco, y atrajera asi á los rusos hácia Bohemia. Añadase que al comenzar de nuevo las hostilidades no solo al cuerpo polaco expediria Napoleon órdenes de movimiento, sino al mismo cuerpo austriaco. Para desenlazar tantas complicaciones, con

su habitual fecundidad de talento habia discurrido Mr. de Metternich un recurso, diestro aunque peligroso si llegaba á descubrirse, y era el de continuar por convencion escrita lo que por convencion tácita se habia ya hecho, esto es, retirarse delante de los rusos, fingiendo verse obligados á ello por fuerzas superiores. De resultas, empleando en un doble uso á Mr. de Lebzeltern, enviado á Kalisch, para ofrecer la mediacion austriaca, se convino en los hechos siguientes por una nota, cangeada entre las partes y que se prometieron mantener perpetuamente secreta. El general ruso, baron de Sacken, denunciaria el armisticio por el cual habian suspendido los rusos las hostilidades contra los austriacos á fines de la última campaña y desplegaría sobre su flanco una fuerza considerable: estos por su parte fingirian retirarse por necesidad, repasarían el alto Vistula, abandonarían á Cracovia, volverían á entrar en Galitzia, y llevarían consigo el cuerpo polaco de Poniatowski, obligándole á sufrir esta necesidad supuesta. Una vez llegados allí los rusos harían alto y respetarían las fronteras austriacas. Pero para no mantener á los polacos tan cerca del gran ducado de Varsovia, y sobre todo para no guardarlos en medio de Galitzia, á la cual podrían poner fuego, quería el gabinete austriaco pactar con el rey de Sajonia su gran duque, llevarlos por los Estados de Austria sobre el Elba, donde Napoleon haría de ellos el uso que fuese de su agrado. De este modo se resolviera una de las cuestiones actuales de mas bullo.

Esta secreta convencion de que acabamos de hablar, fué aceptada por los rusos, y apresuróse á firmarla Mr. de Nesselrode, ministro ya director de

Alejandro, no en el nombre, sino de hecho. Aun faltaba conseguir que se acomodara á tales ajustes el rey de Sajonia.

Horriblemente atormentado este pobre monarca, no sabiendo ya á quien entregarse, pero siguiendo de buen grado al Austria, cuya posicion se parecia mucho á la suya, aceptó cuanto se le propuso. Respecto de su caballería, llevada á Ratisbona, respecto de su infantería, encerrada en Torgau, respecto de esta plaza y de la de Koenigsstein, estipuló no usar de unas ni de otras, sino de acuerdo con Austria, juntamente con ella, y á tenor de su plan de mediadora. Respecto de las tropas polacas consintió en que, vueltas á Galitzia, se les quitasen momentáneamente las armas, bajo promesa de restituírselas acto continuo, y de que se las condujera por los Estados austriacos, suministrándolas cuanto las hiciera falta, á un punto de Baviera ó de Sajonia, que se designaria posteriormente. Para esta combinacion habia el contratiempo de hallarse un batallon de cazadores franceses entre las tropas polacas, y de no ser asunto de poca monta desarmar á franceses, sobre todo pretendiendo perseverar aliados de Francia.

Alcanzado este punto, se necesitaba arrancar al rey de Sajonia el abandono definitivo del gran ducado de Varsovia, para quitar, segun se ha dicho, á Napoleon un embarazo y un argumento, y Austria queria proponer á Sajonia por via de compensacion de la Polonia el lindo principado de Erfurt, guardado hasta entonces en depósito por Francia, y ofrecido un momento en compensacion al duque de Oldenburgo. Pero, aun cediendo Sajonia á las miras de Austria, se habia defendido al

hablárselo del sacrificio del gran ducado de Varsovia, pues á pesar de ser Erfurt una preciosa porcion de territorio enclavada en sus Estados, no equivalia á aquella gloriosa corona de Polonia, que un siglo antes brillaba perfectamente en las sienas de los principes de Sajonia. Asi el gabinete austriaco deseaba llevar á este monarca de Baviera á Bohemia, para disponer mejor de su persona. Con el fin de atraerle á este punto hacia valer la circunstancia de ser Praga un pais inviolable y de distar pocas leguas de Dresde, y de estar allí por tanto en aptitud de hablar á sus súbditos todos los dias y de conservar su afecto.

No menos delicadas eran las negociaciones enabladas con Baviera, y ofrecian mayores dificultades. Además, de ser necesario inducirlo á asentir á un tratado de mediacion, que no entraba en la política de Napoleon y que por tanto no dejaba de ser peligroso, habia que inclinarla á un sacrificio estéril para la causa general de todo punto, bien que utilísimo para el Austria, y era el restablecimiento de la frontera del Inn, mermada á expensas de Austria y en beneficio de Baviera por el tratado de paz de 1809. Aquí no quedaba otro arbitrio que la amenaza, sin ofrecer compensacion alguna, pues en torno de Baviera no habia mas que los territorios de Baden, de Wurtemberg y de Sajonia, ignorándose el modo de desmembrarlos en provecho de un vecino. De árdua se resentia la tarea, y corríase el riesgo de que, en desquite del disgusto, pusiese Baviera á Napoleon al cabo de todo. Por lo que hace á nuestros aliados de Baden y de Wurtemberg, no pudo Austria acercárseles sino con muchos miramientos, haciéndoles su proximidad á

las orillas del Rhin dependientes de la vigilante dominacion de Napoleon por completo.

En medio de este trabajo sutil y misterioso, llegó Mr. de Narbonne á sorprender á Austria, y á darle cuenta de miras por desgracia muy diferentes de las suyas. En vez del proyecto de reconstituir la Prusia y de hacer á Alemania independiente, llevaba Mr. de Narbonne un trastorno de Alemania mayor todavía que aquel á que se aspiraba á poner remedio, esto es, la Prusia definitivamente destruida, la Sajonia sustituida á la Prusia, y el Austria pagada á la verdad con la Silesia, aunque mas dependiente que nunca. De cierto con tales proposiciones no habia manera de entenderse: añádase que Mr. de Narbonne, recientemente honrado con el favor de Napoleon, llegaba como es natural deseoso de distinguirse, y sobre todo con la pretension de no ser juguete de Mr. de Metternich al modo que su antecesor lo habia sido. Disposiciones peligrosas aunque muy concebibles, pues lo mejor fuera aparecer engañado sin serlo, ó serlo realmente mas bien que obligar á Austria á que se declarase, manifestándola que se habia adivinado su pensamiento.

La acogida que Mr. de Metternich hizo á monsieur de Narbonne, fué de las mas afectuosas y lisonjeras. No contentándose el ministro austriaco con ser un espíritu político profundo, tambien hacia gala de figurar como espíritu amable y sincero, y lo sabia ser en los casos necesarios. Así colmó á Mr. de Narbonne de obsequios, le recibió como á un amigo de quien no tenia que recatar cosa alguna, y con cuyo auxilio queria salvar á Francia, á Austria y á Europa de una catástrofe tremenda, ex-

plicándose ingenuamente y de seguida acerca de todo. Afanóse mucho por saber si el embajador de Francia llevaba al cabo algunas concesiones á la política europea, demostrativas de que Napoleon se inclinaba á la paz urgente. Pero todavía aguardaba Mr. de Narbonne de Paris sus últimas instrucciones, en las cuales se le debía trazar punto por punto la manera de hacer sucesivamente á Austria las importantes aberturas de que estaba encargado. Hasta ahora habia que decir muy poco, salvo que Napoleon no propendia á ceder nada, pero que si quería ser su cómplice la corte de Viena, se le daría buena paga en territorios tomados á quien quiera que fuese. Todo lo que Mr. de Narbonne podia hacer por mejor é hizo en situacion semejante, se reducía á callar, y á oír y adivinar mucho, interin podia romper el silencio. Como no hablaba, Mr. de Metternich hubo de hablar por su parte. Cosas dijo que se debieran adivinar sin que las dijese, y que se debieran comprender al menos, cuando se esmeraba en repetir las tan á menudo y con tan evidente buena voluntad de que fueran fructuosas. Con fundamento decia Mr. de Metternich que Viena se hallaba en la posicion mas árdua despues de la defeccion de Prusia. Toda Alemania pedia que se uniera á los rusos y á los ingleses contra los franceses. Todas las clases en Viena, aunque no tan atrevidas como en Berlin, sustancialmente usaban el propio lenguaje, y lo mas grave era que el ejército participaba de las mismas opiniones. Todos querian que se aprovechase la coyuntura de emancipar á Alemania del yugo de Francia, y de poner término á un estado de cosas intolerable. Sin duda Austria sabia cuánto habia de exagerado y de

imprudente en este lenguaje; que Napoleon era muy poderoso, muy temible, y no convenia declararsele temerariamente en contra; y al expresarse de este modo, añadía el ministro austriaco que por su parte no recaeria en las faltas de que habia querido desviar á la política de su patria con el matrimonio de Maria Luisa. De consiguiente no olvidaba el poderío de Napoleon, ni el matrimonio, ni el tratado de alianza del mes de marzo de 1812, y no se dejaria llevar ni por el pueblo de las capitales, ni por el de los salones y el de los estados mayores. Sin embargo, habia que reconocer verdades evidentes, para no caer uno propio en la ceguera de que se acusaba á los adversarios: forzoso era no ocultarse que habia en Europa una sublevacion universal de los ánimos contra Francia, ó á lo menos contra su gefe; y en la misma Francia una necesidad muy legitima de reposo; que se ganarian batallas sin duda, pero que las batallas no bastarian por mucho tiempo para resistir á movimiento semejante; que por tanto habia que venir á ajustes, por virtud de los cuales se conservara la justa grandeza propia, y no se quisiera oprimir la independencia agena, hasta el punto de crear una situacion intolerable.—Mr. de Metternich añadía que Austria solo abrigaba miras rectas, moderadas; que descaba seguir aliada de Francia; que á pesar de todo no se la podia obligar á que derramara la sangre de sus pueblos para hacer mas ominosa una cadena de que arrastraba pesada parte; que si se la pedia que apoyara con todas sus fuerzas un proyecto de pacificacion aceptable para Europa, quizá la perdonarian sus pueblos que permaneciera unida á Francia con este objeto, pero

que, en el caso contrario, excitaria un levantamiento general entre sus propios súbditos. Con este motivo citaba Mr. de Metternich las prisiones de algunos individuos de nota, especialmente la de Mr. de Hormayer, y además las numerosas destituciones que habia sido forzoso decretar para imponer silencio á los patriotas germánicos mas turbulentos. Pero hacia notar que ya se estaba al cabo de todo, y que el gabinete era un nadador que nadaba con bríos contra la corriente, bien que no podria remontarla, si Napoleon no le alargaba la mano. Despues, temiendo que hubiera visos de censura ó de amenaza en estas expresiones, se confundia en protexas de adhesion, de estima, de admiracion hacia Napoleon, y se manifestaba resuelto, segun su dicho, á separarse de cuantos quisieran propender á abatirle.—¡Abatirle, gran Dios, exclamaba agudamente Mr. de Metternich, cuando se trata de dejarle tres ó cuatro veces mas grande que Luis XIV! ¡Ah, si se quisiera contentar con ser grande de esta manera, cuán felices nos haria á todos, y cuánto aseguraria el porvenir de su hijo, porvenir que ha venido á ser el nuestro!—

No obteniendo Mr. de Metternich mas respuesta á estas generalidades tan verdaderas que generalidades vanas sobre la extension de nuestros armamentos, sobre nuestras próximas victorias, sobre la necesidad de contemplarnos, renovaba con destreza y con una mirada interrogadora, estos golpes de sonda ya dados en la profundidad de nuestra ambicion. Entonces repelia lo ya dicho muchas veces, sobre la imposibilidad de mantener la quimera del gran ducado de Varsovia, condenada por la campaña de 1812: sobre la necesidad de

rehacer á las potencias intermedias y con preferencia á todas á Prusia, única capaz de reemplazar á Polonia, destruida para siempre; sobre la necesidad de reconstituir la Alemania; sobre la imposibilidad de hacer durar la Confederacion del Rhin, institucion para siempre arruinada en el espíritu de los pueblos germánicos, y mas incómoda que útil para Napoleon mismo; sobre la imposibilidad de conseguir que las potencias beligerantes que asintieran á la agregacion definitiva al territorio francés de Lubeck, de Hamburgo, de Brema, sobre todos los puntos en fin que hemos indicado anteriormente, y respecto de los cuales ya se habia manifestado el pensamiento del gabinete austriaco á las claras.—Ya nos cuesta sobrado trabajo, añadia Mr. de Metternich, impedir que se hable de Holanda, de España, de Italia. Probablemente hablará Inglaterra, y si acerca de Holanda y de Italia cede, de positivo no cederá en punto á España. Pero nosotros nada diremos por no complicar los negocios, y si es preciso dejaremos á Inglaterra aparte, y trataremos sin ella. Quizá induzcamos á Rusia y á Prusia á que imiten nuestra conducta, si les podemos presentar condiciones aceptables, en cuyo caso Francia nos hallará fieles aliados. Pero espíquese por favor, dénos á conocer sus intenciones, y haga posible que continuemos aliados suyos proporcionándonos sostener una causa razonable, una causa que podamos revelar á nuestros pueblos.—En lo tocante con especialidad á los intereses austriacos manifestaba Mr. de Metternich no hacer caso alguno, demostrando harto bien que no tenia mas que escoger á la derecha ó á la izquierda entre los ofrecimientos que de todas par-

tes se hacian al Austria. — ¡Cuánto no se le brinda efectivamente, decia, por parte de los coaligados! — Pero no se daria oídos á sus locas proposiciones contentándose con lo que no se podia negar á la córte de Viena, con la porcion de la Galitzia, que se le tomó en 1809, para ensanchar el imposible ducado de Varsovia, con las provincias iliricas, cuya restitucion habia prometido Francia, y de esto hablaba como de cosa hecha, segura, irrevocable, cuando aun apenas se habian cruzado algunas palabras entre los gabinetes francés y austriaco.

Tal fué el lenguaje, á la verdad, poco nuevo de Mr. de Metternich. Mas mesurado y menos atrevido el emperador Francisco en sus entrevistas, al recibir personalmente á Mr. de Narbonne de la manera mas afectuosa, limitóse á decirle cuán satisfecho estaba de la felicidad que su hija habia hallado en Francia, cuanto apreciaba el genio de su yerno, cuanto empeño tenia en continuar aliado suyo; pero no le ocultó que no podia serlo sino en interés de la paz, porque sus pueblos no le perdonarian que lo fuese con otro objeto. Añadió que habria que comprar esta paz de dos modos, con victorias y con sacrificios; que su yerno haria bien en dedicar sus grandes talentos á crear inmensos recursos, pues la contienda seria mas tenaz de lo que imaginaba; pero que al cabo con triunfos sin duda traeria á sus adversarios á ideas mas moderadas, y que, si despues de vencerlos, queria conceder al reposo de las naciones algunos sacrificios necesarios, procurándolo tambien enérgicamente el Austria, se llegaria á una paz duradera, paz que su yerno debia anhelar despues de tantos trabajos

gloriosos, y que él deseaba con ardimiento, no solo como soberano, sino como padre, porque aseguraria la felicidad de su hija amada, y el porvenir de un nieto por quien se interesaba con la mayor ternura.

A todas estas manifestaciones respondió Mr. de Narbonne lo mejor que pudo, siempre ponderando la grandeza de su soberano, repitiendo que era menester guardarle miramientos, y valióse á maravilla del arte, aprendido en los salones, de encubrir con mucha verbosidad y mucho donaire la imposibilidad de decir cosa alguna que mereciese la pena. Por lo demás, aun poniendo buen semblante, habia adivinado el secreto de las intenciones austriacas. Evidentemente Austria no estaba dispuesta á disparar un cañonazo á favor de Francia y contra Alemania: sin embargo, no propendia, como Prusia, á pasar de pronto de la alianza á la guerra. El emperador no queria olvidar por completo su papel de padre: el ministro aspiraba á operar decorosamente la transicion de una política á otra, y pensaban en presentarse como mediadores, en ofrecer una paz aceptable, y en echar todo su peso sobre los unos y sobre los otros para inclinarlos á que fuese aceptada. Por todos partes resaltaba una prueba de este proyecto. Austria se armaba, ya que no con el genio de Napoleon, á lo menos con igual presteza, y aunque no lo negaba precisamente, no decia nada. De seguro nos lo dijera y hasta se jactara, si se armase á favor de nosotros.

Acto continuo juzgó Mr. de Narbonne que la neutralidad seria lo mejor que se pudiera obtener de esta córte, y que, con miramientos, hablándola poco, no pidiéndola nada, se la retendria en un pa-

pel inactivo todo el tiempo que debia sernos bastante. Algo mejor pudiera obtenerse, como ya hemos notado, y fuera, perdonándola su disimulo, su casi abandono, reconocer que en sustancia tenia razon para querer trabajar mas que por la paz, y por una paz germánica del todo, prestarse desde luego á que obrara en este sentido, entrar en sus miras, convertirla asi en mediadora enteramente nuestra, alcanzar la paz de este modo y segun trabajaba por concluir la, ya que Francia, sin el gran ducado de Varsovia, sin la Confederacion del Rhin, sin las ciudades anseáticas, sin España, pero con Holanda, Bélgica, las ciudades rhinianas, el Piamonte, Toscana, los Estados romanos, independientemente de los reinos tributarios de Westfalia, de Nápoles y de Lombardia, era aun mas grande que necesitaba para ser verdaderamente fuerte. De consiguiente lo mejor era entrar sin resentimiento alguno en las miras de la córte de Viena, y osar decirselo á Napoleon á las claras. Pero Mr. de Narbonne lo osara sin fruto, y ni siquiera pensó en hacer la prueba. De no seguir esta conducta, no habia otra preferible en mérito, en prudencia y en probabilidades de buen resultado, que la de propenderse la neutralidad de Austria y la de propender á paralizar á esta córte, en vez de aspirar á hacerla mas activa. Mr. de Narbonne lo comprendió perfectamente, y se disponia á aconsejar esta conducta á su gobierno, cuando recibió sus instrucciones tan esperadas, y que eran todo lo contrario de la neutralidad.

Expedidas el 29 de marzo, llegadas el 9 de abril proporcionaron á Mr. de Narbonne el medio de salir del lenguaje insignificante que habia tenido

hasta entonces, y llevando ahora la franqueza hasta el mayor grado posible, leyó á Mr. de Metternich el mismo texto de Mr. de Basano, texto adecuado para excitar la sonrisa del ministro austriaco por el tono de jactancia que el ministro francés habia añadido á la política impetuosa de Napoleon. Mr. de Narbonne leyó pues este proyecto, reducido á decir á Austria que era necesario que se apoderase del papel principal; que, ya que deseaba la paz, convenia que se pusiera en aptitud de dictarla, aprestando considerables fuerzas, é intimando á las potencias beligerantes que se detuviesen de seguida bajo la amenaza de lanzar sobre su flanco cien mil hombres, y finalmente lanzándolos hácia Silesia, si no hacian alto, y guardando para sí aquel territorio, mientras Napoleon arrollaba mas alla del Vistula á los prusianos, á los rusos, á los ingleses, á los suecos, etc...— Mr. de Metternich oyó este proyecto con impasibilidad aparente, hizo muchas preguntas para hacérselo explicar en todas sus partes, y despues tocó un punto no mencionado en el despacho y contenido en esta pregunta.—¿Qué bases de paz ofreceremos á las potencias beligerantes, si se detienen á la intimacion nuestra?—A esta pregunta no pudo Mr. de Narbonne responder nada, porque, limitándose por de pronto el despacho de Mr. de Basano á examinar el caso de la guerra, anunciaba ampliaciones ulteriores. Efectivamente, para el caso en que se entrara de seguida en negociaciones, aun no queria Napoleon decir cómo deseaba que se constituyese la Europa. Mr. de Metternich fingió tener paciencia respecto de este último punto, y reflexionar mucho sobre cuanto se le presentaba.

taba, como si todo lo que acababa de oír prestara materia á largas reflexiones, y prometió responder tan pronto como lo permitiera un negocio tan grave.

Si apuradisimo como á la sazón se encontraba entre los coaligados, impacientes por que se declarara aliado suyo, y Napoleon, que se proponia retenerle en sus cadenas, se le preguntara qué arbitrio queria para salir de tal aprieto, de seguro no eligiera otro que el que de París se le enviaba. ¿Y efectivamente en qué consistia su apuro? En primer lugar en atreverse á decir á Napoleon que Austria se hacia mediadora, lo cual implicaba el abandono del papel de aliada; en segundo en hallar un pretextó para armamentos, cuya extension no podia ya ser justificada; en tercero en entrar en explicaciones sobre el próximo empleo del cuerpo austriaco, que, en vez de batirse contra los rusos, iba á retornar á Galitzia. Sobre estos tres puntos, que ponian á Austria en singular embarazo respecto de Francia, se llegaba milagrosamente en su auxilio, y Mr. de Metternich era harto hábil para no asir al paso tan buena fortuna.

Dos dias se tomó para dar respuesta, no empleando verosimilmente en reflexionar mas de una hora. De consiguiente envió á buscar á Mr. de Narbonne, y anuncióle con aire de satisfaccion muy facil de concebir que, despues de consultar á su soberano, estaba pronto á explicarse, no admitiendo dilacion los graves asuntos de que se trataba.— Por muy feliz se daba, segun dijo, de hallarse con Napoleon sobre los puntos mas importantes de la comunicacion última en perfecto acuerdo. Asi desde luego el gabinete austriaco pensaba como el

emperador que no le era posible atenerse á un papel secundario, y limitar su accion á lo que en 1812, y que, para circunstancias tan distintas, se necesitaba una cooperacion diversa del todo. Austria lo habia previsto, y se preparaba á ello. No otra era la causa de los armamentos á que se estaba aplicando, y que, independientemente del cuerpo auxiliar vuelto de Polonia y del cuerpo de observacion dejado en Galitzia, le iban á proporcionar cien mil hombres muy pronto en Bohemia. Sobre el modo de presentarse Austria á las potencias belligerantes, discurría como Napoleon que lo debia hacer como mediadora armada, proponiéndoles que hicieran alto, y convinieran en un armisticio y nombraran plenipotenciarios. Si consentian en ello, seria legado el caso de enunciar condiciones y sobre cuyo punto se esperaban impacientemente las nuevas comunicaciones que el gabinete francés habia prometido. Si por el contrario rehusaban admitir toda proposicion de paz, llegado seria el caso de obrar, y de regular el modo de emplear las fuerzas de Austria juntamente con las de Francia. Este caso hacia evidentemente resaltar la insuficiencia del último tratado de alianza, y la necesidad de modificarlo á tenor de las circunstancias. De todo esto resultaba en fin que habia que adoptar nuevas disposiciones respecto del cuerpo auxiliar austriaco, que se hallaba en las fronteras de Polonia y en una posicion absolutamente falsa, y que se iba á tornar á traer al territorio austriaco con el cuerpo polaco, para impedir que se le empleara en contra de las miras de ambos gabinetes. Por lo demás, á esta declaracion añadió Mr. de Metternich una expresion de perfecta alegría, repitiendo que se tenia por feliz de

hallarse con el gabinete francés en tan completo acuerdo, y afirmando que haria cuanto estuviere de su parte por concordar su antiguo papel de aliado con el reciente de mediador con que se le habia convidado.

Nunca, en este temible y complicado juego de la diplomacia, se jugó mejor ni se ganó más que Mr. de Metternich en la presente coyuntura. Con efecto, de un solo golpe resolvió todos sus apuros: de aliado esclavo se hizo altamente mediador y mediador armado: atrevióse á declarar que el tratado de marzo de 1812 ya no era aplicable á las actuales circunstancias: motivó sus armamentos sin dejarnos que objetar una sola palabra: finalmente, resolvió de antemano una dificultad de bulto, que le amenazaba para muy pronto, la del empleo que se daría al cuerpo auxiliar austriaco. Totante á la oferta de entrar en las miras de Francia, de ayudarla á que acabara de trastornar la Alemania, de mudar de situacion á Prusia, esto es, de destruirla, de tomar la Silesia, etc., no hay necesidad de decir que Austria no lo queria á precio alguno, y no por amor á Prusia, sino por amor á la comun independencia. De consiguiente eludió la tal oferta, considerando este caso como caso de guerra y de que habia que ocuparse mas tarde, cuando todas las proposiciones de paz fueran desechadas por las potencias beligerantes, lo cual no parecia verosímil de ningun modo. Mr. de Metternich terminó esta declaracion, anunciando que un correo extraordinario iba á llevar copia de ella al príncipe de Schwarzenberg á la capital de Francia.

Solo el tono de la comunicacion hiciérala sospechosa, aunque su sentido no fuera claro. La so-

lemnidad con que Mr. de Metternich habia hecho hincapie sobre los puntos esenciales y la premura de informar al príncipe de Schwarzenberg en París, indicaban el deseo de que, de seguida y á la vez en ambas capitales, se tomara nota de la importante declaracion recién hecha; lo cual revelaba mas bien las precauciones de amigos prontos á abandonarse que la cordialidad de amigos prontos á confundir sus intereses y sus esfuerzos. Mr. de Narbonne era previsor de sobra para no echar de ver que bajo la afectacion de aparentar acuerdo sobre todos los puntos, existia el mas completo y temible disentimiento. ¿Con efecto qué habia pensado el gabinete francés con su comunicacion importante? Pensado habia que, con vez de la cooperacion parcial estipulada por el tratado de 1812, Austria estaria obligada á suministrar á Francia la totalidad de sus fuerzas, esto es, ciento ó ciento cincuenta mil hombres: que, para llegar á este punto, emplearia la forma mas obvia, á causa del espíritu de sus pueblos, y que de resultas de la negativa probable y hasta cierta de las potencias á aceptar las proposiciones que les fueran presentadas, Austria se lanzaria á la lucha con todas sus huestes, y se pagaria sus esfuerzos con los despojos de Prusia. Justamente lo contrario entendia Mr. de Metternich bajo palabras copiadas con afectacion de las nuestras. Efectivamente admitia que el tratado de 1812, reducido á un socorro de treinta mil hombres, no era ya aplicable á las circunstancias; que se necesitaba intervenir con su ejército de ciento cincuenta mil hombres, segun queria Francia, bajo la forma de la mediacion armada, intimar á las potencias beligerantes, proponerlas un

armisticio, y pesar despues sobre ellas para hacerlas aceptar las condiciones que se tuviesen por buenas. Ahora bien, aun quando se debieran esperar pretensiones harto poco moderadas por parte de Inglaterra, de Rusia y de Prusia, Austria estaba segura de atraerlas á ceder con la sola amenaza de unir sus fuerzas á las de Francia, y de consiguiente no habia el temor de hallarse en disidencia con ellas. Solo por parte de Napoleon debia temer las dificultades, pues no queria éste abandonar el gran ducado de Varsovia para rehacer la Prusia, ni dejar que la Confederacion fuese abolida, ni mucho menos soltar los departamentos anseáticos de su mano. Por tanto el peso de los ciento cincuenta mil hombres debia emplearse en cargar sobre Napoleon tan solo. Ensanchada así la alianza en su fin y en sus medios, si bien convertida en mediacion, no era mas que una coaccion que se le preparaba, sirviéndose de los propios términos de su propuesta.

Sin acritud ni arretrato, y antes bien con la zumba de un hombre de talento, que no quiere servir de juguete, aspiró Mr. de Narbonne á que Mr. de Metternich se explicara, y á arrancarle parte de su secreto, y dijo de este modo.—No será limitada la alianza, convenido: Austria representará en esta gran crisis el papel que corresponde á su importancia, estamos de acuerdo: intervendrá no con treinta mil hombres, sino con ciento cincuenta mil para hacer que las condiciones de paz sean aceptadas. ¿Y cuáles son estas condiciones?—Aquellas en que convengamos, respondió Mr. de Metternich, y sobre las cuales os estrechamos sin fruto á explicaros ya hace tres meses, aquellas cuya comu-

nicacion por vuestra parte esperamos ahora y que nos haceis aguardar todavia, lo cual hace incompleta nuestra declaracion en un punto esencial, el de las condiciones que hemos de presentar á las potencias beligerantes, intimándolas que acepten un armisticio ó la guerra.—Aqui se hallaba monsieur de Narbonne cogido en su fallo por el hábil jugador con quien se las habia, y que solo tenia la ventaja porque la razon estaba de su parte, no atreviéndose Francia á declarar proposiciones de paz no declarables en el estado actual de las cosas.—Pero si estas condiciones, añadió Mr. de Narbonne, que aun no conozco, no fuesen tales como las deseais... Aqui Mr. de Metternich apresuróse á interrumpir á Mr. de Narbonne, no queriendo consumir demasiadas cosas en un dia, y contentándose con el terreno conquistado, que ya de cierto era harto grande, pues Austria habia logrado convertir la alianza en mediacion armada. Así le dijo.—Estas condiciones no me inspiran zozobra... Vuestro soberano será razonable... no es posible que no lo sea... ¡Pues qué, lo arriesgaria todo, por esa ridícula quimera del gran ducado de Varsovia, por ese protectorado no menos ridiculo de la Confederacion del Rhin, por esas ciudades anseáticas que, celebrada la paz general, ya no tendrán para él valor alguno, renunciando al bloqueo continental!... No, no, eso no es posible.—Procurando Mr. de Narbonne no dejar escape á su adversario, le dijo todavia:—Pero suponed que mi soberano, pensara de otro modo, que cifrara su gloria en no ceder los territorios constitucionalmente incorporados al Imperio, en no renunciar á un título que solo se le disputa para humillarle, y que quisiera conservar

á Francia todo lo conquistado para ella. ¿Qué sucedería entonces?—Sucedería... sucedería, replicó Mr. de Metternich con cierta especie de embarazo y de impaciencia, sucedería que os vereis obligados á conceder lo que la misma Francia os pide, lo que tiene derecho para pedirlo al cabo de tantos esfuerzos gloriosos, esto es, la paz, la paz con esa justa grandeza que ha conquistado con tanta sangre, y que no entra en la mente de nadie, ni aun en la de Inglaterra poner en disputa.—Aquí monsieur de Narbonne, insistiendo de nuevo, dijo:—Pero en fin, suponed que mi soberano no es razonable, al menos segun la significacion que dais á esta palabra, suponed que rehusa vuestras condiciones por aceptables que sean en vuestro concepto. ¿Cómo comprenderiais el papel de mediador en este caso? ¿Pensais que debería convertir en nuestra contra esas fuerzas que hemos convenido en elevar de treinta mil á ciento cincuenta mil hombres?—Estrechado Mr. de Metternich á decir mas de lo que queria, y cada vez mas impaciente, acabó por exclamar de este modo.—¡Pues bien! si, el mediador es un árbitro imparcial, segun su título lo indica: el mediador armado, segun su título lo indica de igual manera, es un árbitro que tiene en las manos la fuerza necesaria para hacer respetar la justicia, de quese ha constituido ministro...—Después, como con disgusto de haber dicho demasiado, Mr. de Metternich añadió lo que sigue.—Bien entendido que todo el favor de este árbitro está de parte de Francia, y que cuanta parcialidad pueda conservar ha de ser en su abono.—Pero ello es que en cierto caso nos hareis la guerra, repuso Mr. de Narbonne.—No, no, respondió Mr. de Metternich,

no os la haremos porque sereis razonables.—Entonces Mr. de Narbonne, aspirando á hacer placentera una conversacion, que temia haber hecho harto grave, dijo á Mr. de Metternich:—Me complazco en creer que por virtud de la nueva situacion que habeis tomado, quereis ganar tiempo y proporcionárnoslo de alcanzar alguna victoria.... En este caso, permitidme que no abrigue duda de que el árbitro estará por nosotros, si es la victoria la que debe decidirle.—Cuento con vuestras victorias, respondió Mr. de Metternich, y lo necesito, porque hará falta mas de una para traer á la razon á nuestros contrarios. Pero no os engañeis, al dia siguiente de un triunfo, os hablaremos con mas firmeza que ahora.

Apretado Mr. de Metternich hasta el extremo, expresóse con una vivacidad harto demostrativa de lo muy resuelto que se hallaba su gabinete al sistema de paz á que se habia adherido, y aquí resaltaba del todo la gran falta, que temian con fundamento Mrs. de Caulaincourt, de Talleyrand, de Cambacéres, cuando aconsejaban no dirigirse al Austria. De obrar de este modo, conviniera hacerlo con la resolucion formada de aceptar sus condiciones, que por dicha nuestra eran muy aceptables; pero sino se querian estas condiciones, indicadas por ella harto á las claras para que se adivinase fácilmente, entonces convenia ganar tiempo, no impulsarla á aumentar sus armamentos, no pedirle mas de treinta mil hombres, no exigirla que nos los suministrara por completo, contentarse con lo que hiciera, fuese lo que fuese, aplazar las explicaciones y apresurarse entretanto á lanzar á los coaligados mas alla del Elba, del Oder, del

Vístula, á fin de separarlos del Austria de tal modo que esta se hallara en la imposibilidad de alargarles la mano. Por lo demás, la falta no era de Mr. de Narbonne, enviado para cometerla, elegido para cometerla mas pronto y mas completamente que otro alguno, la falta era de Napoleon, de su pretension de convertir en un instrumento á Austria, cuando no podia serlo, y de ponerla en las manos, al querer convertirla en instrumento, las armas que en breve habia de volver contra nosotros.

Inmediatas fueron las consecuencias de esta falta, y se puede decir que se atropellaron unas sobre otras. Apenas tomó Austria por su declaracion de 12 de abril la posicion de mediadora armada, se aprovechó del terreno ganado para avanzar por la via que acababa de abrirse. Siempre se hallaba en Ratisbona el rey de Sajonia, asaltado por los consejos, por las amenazas, por las solicitudes de todo el mundo. Prusia le habia intimado que se uniera á la coalicion de seguida, prometiéndole toda clase de resarcimientos para este caso, y dirigiéndole para el contrario todo linage de amenazas. Con muchas contemplaciones habia eludido las ofertas de Prusia, fundándose en los compromisos ya contraidos con Francia, y se habia adherido á las miras de Austria. No habian cesado las conferencias de esta para inducirle á renunciar el gran ducado de Varsovia, y ahora tenia que alegar un nuevo argumento.—Francia y Austria se acababan de poner acordes: Francia habia pedidola mediacion de Austria, y Austria habia consentido en figurar como mediadora. De consiguiente nada se hacia sino á tenor de las miras de

Napoleon, y á éste se le quitaría un gran embarazo, cuando se le llevara la renuncia de Sajonia al gran ducado de Varsovia. De esta suerte seria la paz no solo fácil, sino cierta. Por otra parte, convenia salvar lo sólido, esto es, la Sajonia, sacrificando lo quimérico, esto es, la Polonia, y renunciar á un sueño, que en el tiempo actual ya no era realizable.—Vencido por estas razones Federico Augusto y concedor al par de que las conquistas no eran vocacion suya, y de que, al asociarse á un conquistador salido del infierno de las revoluciones, habia entrado en una asociacion tan por encima de su genio como de su conciencia, asintió á la renuncia solicitada, y firmóla el 15 de abril, tres dias mas tarde de la declaracion de mediacion armada, hecha por Austria á consecuencia de nuestra provocacion imprudente.

Pero esto no era todo lo que Austria deseaba de Sajonia. Sabíase que Napoleon iba á llegar á Maguncia y luego á Erfurt para colocarse al frente de sus ejércitos, y con un movimiento de su mano se podria nuevamente apoderar del pobre monarca retirado á Baviera, y hacerle perder otra vez el espíritu, la memoria, el sentimiento de lo verdadero, prometiéndole que seria rey de Polonia. Este encantador, seductor al par que terrible, debía pasar muy cerca de Ratisbona, para dejar allí al débil Federico Augusto expuesto á su formidable influencia. De resultas se le instó de nuevo para que se trasladase á Praga. Se le dijo que los coaligados habian entrado en Dresde, y allí se aprestaban á gobernar bajo la inspiracion del baron de Stein su reino, poco mas ó menos que se habia gobernado á la Vieja Prusia, persuadiéndole que los

pueblos eran dueños de su suerte, y que podían entregarse á quien fuera de su agrado, cuando sus príncipes desertaban de los intereses de la comun patria. De consiguiente convenia que se apresurase á ir á Praga, lugar seguro y distante una jornada corta de Dresde, desde donde administraría su reino como si estuviera presente y sin ninguna clase de peligro, ni por parte de los coaligados, ni por parte de los franceses.

En el momento mismo en que pasaban estas cosas, recibia el rey de Sajonia la intimacion enviada de París y reproducida por Ney, de entregar á este mariscal su hermosa caballeria, por necesidad para abrir la campaña. Esto equivalia á pedir á este excelente rey casi la vida. Mas que nadie temia á los cosacos, los cuales imponian mas miedo á aquellos á quienes traian socorro que á aquellos contra quienes sustentaban la lucha. Tres mil ginetes y artilleros soberbios, escoltando un tesoro, con el cual se pagaba al contado su alimento diario, constituian una especie de guardia en cuyo seno este rey fugitivo dormia en reposo. Además, los gefes de sus tropas habian declarado que ya no querian servir con los franceses. Ante estas circunstancias, el conde de Marcolini, viejo lisongero, del mismo humor que su soberano, con algo mas talento y mucha menos honra, é influyente sobre el rey por costumbre, persuadióle que no habia otra resolucion que tomar, que la retirada á Praga. Como casi al propio tiempo insistiera el ministro de Francia en obtener una respuesta acerca de la caballeria, poseido Federico Augusto de espanto, y dolido de encontrarse en tales apuros por la quimera de sus ascendientes, decidióse á mar-

char de pronto. A su lado tenia un ministro de luces, Mr. de Senft, quien hasta entonces le mantuvo en la alianza de Francia, representando en Dresde el mismo papel que Mr. de Metternich en Viena, Mr. de Hardemberg en Berlin, y Mr. de Cetto en Munich. Vencido fué como todos estos parciales de la alianza francesa, y cedió al cabo. En la noche del 19 al 20 de abril, sin avisar al ministro de Francia, partió la corte de Sajonia para Praga en una larga serie de carruages, en medio de tres mil ginetes y artilleros que salieron de Ratisbona sable en mano y con la mecha encendida, por temor de encontrar á los franceses, y tomaron el camino de Lintz, para evitar su encuentro. A última hora Mr. de Serra recibió una carta para el emperador, en la cual le decia el buen Federico Augusto, que á invitacion de Austria, cuyo perfecto acuerdo con Francia le era conocido, se dirigia á Praga, bien que prosiguiendo siempre aliado fiel del gran monarca que de tantos beneficios le habia colmado.

Cuando esta noticia llegó á Viena, no ocultaron el emperador Francisco y su ministro Mr. de Metternich, la alegría por tener al cabo tan precioso instrumento de sus designios. En el mismo instante, creyendo que relativamente al cuerpo auxiliar, ya no tenian que disimular tanto, escribieron al príncipe Poniatowski que era menester evacuar á Cracovia y volver á entrar en los Estados austriacos, porque iban á empezar de nuevo las hostilidades, y no se queria atraer á los rusos á Bohemia, batiéndose en su contra. Se le advirtió además que durante la travesía fueran depositadas en carros las armas de los polacos, de los sajones y de los

franceses, para restituírselas despues de terminada. Este aviso fué dado al príncipe Poniatowski en el mismo instante en que recibia de París la órden de aprestarse á entrar nuevamente en campaña, y á cooperar con el cuerpo austriaco, que iba á recibir las instrucciones de Napoleon de igual manera. El príncipe Poniatowski se le comunicó á Mr. de Narbonne, para que éste embajador le explicara estos enigmas que no se hallaban á su alcance.

Al saber Mr. de Narbonne la repentina fuga del rey de Sajonia, la retirada forzada del cuerpo polaco, el proyecto de desarmarle, y la especie de defeccion del cuerpo auxiliar austriaco, reconoció en este conjunto de hechos el desarrollo de los designios de Austria, que menos embarazada desde que atrevidamente se habia constituido mediadora, por un lado atraía al rey de Sajonia á Praga, para añadir á su plan de pacificacion la importantísima adhesion de este soberano, por otro llamaba atrás á las tropas austriacas, para poner término á su papel de potencia beligerante, y finalmente, hacia desaparecer con el cuerpo polaco los restos del gobierno del gran ducado, retirado sobre la frontera de la Galizia. Efectivamente, despues de la evacuacion de Varsovia, se habian refugiado los ministros del gran ducado con el príncipe Poniatowski á Cracovia, donde presentaban la última fase del gobierno de Polonia.

Mr. de Narbonne, constituido en vigilante asiduo de la política austriaca, corrió de nuevo en busca de Mr. de Metternich á pedirle cuenta de tantas singularidades como acababan de ocurrir casi al mismo tiempo. Embarazado halló á Mr. de

Metternich de tener que dar respuesta á tantas preguntas, y casi dolido de que los resultados que deseaba se hubiesen consumado tan pronto. Empezando por el rey de Sajonia, apresuróse Mr. de Metternich á manifestar á Mr. de Narbonne que les habia caído en Bohemia como el rayo, y que á nadie habia causado mas asombro que al emperador y á él esta repentina llegada á Praga.—Como el rayo, sea en buen hora, replicó Mr. de Narbonne, pero os creo tan hábil como Franklin en dirigirlo.—Sin embargo, el embajador de Francia no insistió mas en un asunto sobre el cual no le quedaba mas arbitrio que desmentir al ministro de Austria, lo cual no era grato ni menos político, y de seguida vino al punto mas importante, á la pretension de traer el cuerpo polaco á Bohemia y de desarmarle, lo cual exigia una explicacion inmediata, porque podia sobrevenir en Cracovia un conflicto entre el príncipe Poniatowski y el conde de Firmont, encargado del desarme, y hasta un choque directo con Austria, si las órdenes de Napoleon al cuerpo auxiliar austriaco no hallaban mas que desobediencia. No queriendo confesar Mr. de Metternich el ajuste secreto firmado con los rusos, se excusó lo mas diestramente que le fué posible, diciendo que el aviso dado al príncipe Poniatowski era amistoso por esencia y no obligaba á nada; que habiendo cumplido lealmente los deberes de compañeros de armas respecto de los polacos durante la retirada que emprendieron juntos, se les prevenia de la imposibilidad en que se iban á hallar de sostenerlos; que los rusos se aproximaban fuertes, y no se les queria atraer sobre el territorio austriaco, hostilizándolos de nuevo, y poniéndose además

en contradicción con el papel de mediadora que la corte de Viena acababa de tomar por instigación de Francia, que los austriacos estaban resueltos á volver á entrar en Galitzia, donde esperaban no ser seguidos, si se abstendían de hostilidades; y que por consecuencia se habia ofrecido al príncipe Poniatowski que se retirara con los austriacos, para no caer prisionero, lo cual traía consigo la obligación de deponer momentáneamente las armas, por no ser costumbre atravesar un territorio neutral con ellas.

Tales fueron las explicaciones del primer ministro de Austria. Varias respuestas habia que oponerle, pues, si habia tomado una posición sencilla y verdadera su corte, aconsejándonos la paz á las claras, y encargándose por nuestra iniciativa del papel de mediadora para trabajar en ella, mucho distaba de haberse atrevido á tomar una posición igualmente franca respecto del tratado de alianza. A la verdad, aun considerándolo insuficiente en algunas de sus disposiciones, no cuestionaba sobre el principio de alianza, y por tanto el concurso de las fuerzas seguia siendo obligatorio, al menos para el cuerpo auxiliar austriaco. Muchos medios quedaban de responder á Mr. de Metternich de consiguiente, pero fuera sin comparación mas hábil dejarle en la idea de que á la vez podia llenar los dos papeles de mediador y de aliado, á fin de imponerle el mas largo tiempo que fuese posible las obligaciones inherentes al postero. Desgraciadamente Mr. de Narbonne no fué enviado con este designio, y así persistió en estrechar mas á su antagonista.—Le decia que aun estaba vigente el tratado de alianza. Mr. de Metter-

nich convenia en ello y hasta se esmeraba mucho en sustentarlo. Realmente no se consideraba este tratado aplicable del todo á las circunstancias, bien que bajo el único punto de vista de no parecer proporcionado á la gravedad de la situación un socorro de treinta mil hombres. De aqui no resultaba que se habia de negar este socorro. Unidos los treinta mil austriacos á los polacos, podian presentar una fuerza de cuarenta mil hombres, que, situada sobre el flanco izquierdo de los coaligados, les descargara golpes sensibles, ó al menos paralizara solo con su presencia á cincuenta mil soldados de ellos. Finalmente, al partir Napoleon para el grande ejército, habia anunciado que pronto daría órdenes al cuerpo austriaco, en virtud del tratado de 14 de marzo de 1812. ¿Se le iba á desobedecer, á declarar que el tratado ya no existia, á declararlo á Europa y á Napoleon mismo? ¿Y luego no se pensaba en el honor de las armas? ¿Se iba á emprender la retirada delante de algunos miles de rusos, dado que el cuerpo de Sacken no contaba mas de veinte mil hombres, y despues de volver á entrar de este modo tímidamente en sus fronteras, se iban á esconder allí los que habian retrocedido y á desarmar á sus propios aliados? ¿Era esta conducta digna de Austria? ¿Y consentirian estos aliados en deponer las armas, sobre todo, habiendo franceses entre ellos? ¿Y si rehusaban deponerlas, se les arrancarían á la fuerza, ó se les entregaría á los rusos?—

Nada habia que responder á estas observaciones, no habiendo tenido aun atrevimiento Mr. de Metternich mas que para declararse mediador, y no teniéndolo para despojarse enteramente de la

calidad de aliado. Asi, evitando cuestiones harto embarazosas, trasladóse Mr. de Metternich al terreno, donde le era mas fácil defenderse, al de la prudencia.—¿Qué importaban á Napoleon, cuando iba á empujar de frente con su formidable espada á los torpes aliados que se le plantaban delante, algunos miles de austriacos y polacos mas en Cracovia? Por una satisfaccion tan vana como la de comprometer á Austria, pues sustancialmente no se trataba de otra cosa, segun Mr. de Metternich decia, se le iba á colocar en una posicion falsa respecto de las potencias beligerantes, á las cuales se tenia que presentar como árbitra, y se le iba á imposibilitar el papel de mediadora, y á exponerla á una explosion de la opinion pública si disparaba un solo tiro contra los coaligados, á hacerla perder el timon de los asuntos alemanes, que ya empuñaba con mano trémula y atormentada. Si ahora negaba estos treinta mil hombres era para ofrecer ciento cincuenta mil mas tarde, cuando se conviniere en condiciones de paz aceptables, lo cual dependia solo de Francia, á cuyo alcance estaba que se efectuase al momento. Además, habia que ser razonable y no exigir que los austriacos se batieran contra los alemanes y á favor de los polacos. Segun el estado de la opinion en Viena, en Dresde y en Berlin, semejante situacion no era sostenible. En lo relativo al honor se habia pensado, y si se llevaba á cabo la retirada, consistia en saberse de seguro que se tendrian delante muy considerables fuerzas. Respecto de los polacos se ofrecia recibirlos y alimentarlos, no mas que por complacer á Francia, pues admitirlos en Galitzia ya era prestarse á la visita mas molesta, y seria

exponerse á la mas peligrosa, si se les mantenía allí armados. Además, el rey de Sajonia, su soberano, habia consentido en su momentáneo desarme. Un batallon francés quedaba sin duda, y se comprendia su punto de honra justificado por tantas proezas: asi se hacia á Napoleon el sacrificio de respetar en estos pocos centenares de hombres, su gloria y la del ejército francés, y se violarian los principios, autorizando á este batallon á permanecer sobre un territorio neutral con armas, pues efectivamente, con conocimiento de Napoleon, se habia declarado neutral el territorio de Bohemia, para impedir que penetraran allí los rusos.

Abandonando el terreno del derecho para trasladarse al de la prudencia, Mr. de Metternich volvia á ser mas fuerte, y solo se podia sentir que la situacion no le permitiera ser mas ingénuo y que Mr. de Narbonne no tuviera licencia para mostrarse mas moderado, pues sin tropiezo llegáramos á una mediacion equitativa y aceptada por toda Europa. Sea como quiera, Mr. de Narbonne reconoció de seguida que se padecia engaño al querer alcanzar de Austria una ayuda eficaz con nuestras condiciones subentendidas de paz, y que la neutralidad era todo lo que se podia esperar de ella, y esto al precio de victorias prontas y decisivas. Se lo comunicó asi á Mr. de Basano, solicitando nuevas instrucciones para la situacion difícil en que se hallaba colocado. Desde Munich le trasmitia nuestro embajador, Mr. Mercy de Argenteau, un nuevo hecho que revelaba todo el trabajo de Austria para ganar parciales á su sistema de neutralidad armada. De Baviera habia aspirado á hacer lo que de Sajonia, una aliada condicional de Fran-

cia, aliada, si Francia aceptaba una paz esencialmente alemana, enemiga si persistia en querer una paz opresiva para Alemania. Hambrienta Baviera de reposo, asaltada por los clamores del patriotismo germánico, habia prestado oídos á las proposiciones de Austria y casi las habia aceptado, hasta el momento en que, pensando ésta en sus propios intereses, le habia vuelto á demandar la linea del Inn, lo cual arrastraba para Baviera un sacrificio de territorio, sin compensacion posible. A la simple enunciacion de tal exigencia, tornó Baviera á mostrarse fiel hacia Francia, y muchas indiscreciones calculadas por su parte revelaron á nuestra legacion que Austria habia procurado seducir sin fruto á uno de nuestros aliados alemanes. Estos pormenores fueron enviados á Mr. de Narbonne á Viena, y á Mr. de Basano á París. De plano confirmaban las ideas que por fuerza se debian concebir al ver las obras y al oír las palabras de la córte de Viena, que aspiraba á crear un partido intermedio, para llegar á una paz á su gusto, á gusto de Alemania, y no á gusto de Napoleon. ¡Ah, por qué no aceptar aquella paz que nada mermaba de nuestra verdadera grandeza, y solo mermaba algo de aquella grandeza quimérica é imposible que Napoleon queria defender con porfía!

Del 4.º al 20 de abril pasaron estos sucesos tan importantes y multiplicados de la política europea, mientras Napoleon se aprestaba para la partida, y la verificaba en efecto, y llegaba á Maguncia, desde donde dictaba sus primeras disposiciones. Establecido desde el 47 de abril en Maguncia, dedicóse inmediatamente al trabajo, y mientras sobre todo ponia su mirada ardiente y su mano poderosa, de-

tuvo al paso á los correos diplomáticos de ida y vuelta, y supo, si bien no completamente, porque no todos los correos pasaban por Maguncia, pero si bastante de lo que acababa de ser referido, y se pudo formar una idea bastante aproximada. Lo que le causó mas sorpresa fué la subitánea partida del rey de Sajonia para Praga, en el momento en que el ejército francés llegaba á libertar sus Estados, y la complicadísima política de Austria, respecto de este soberano, y así supuso, no sabiéndolo todo, que Austria queria arrastrar al infortunado Federico Augusto á cometer faltas, para hacerle perder el afecto de Francia y quitar á esta todo motivo de conservar el gran ducado de Varsovia. Menos oscura le pareció la retirada del cuerpo austriaco, pues veía, que sin negar Austria la alianza, queria rechazar sus obligaciones. Pero indignóle el desarme de los polacos, y despachó un correo á Cracovia para intimar al principe Poniatowski que no se dejara desarmar de ninguna manera; que volviera á entrar, si era necesario, en Polonia; que hiciera allí á todo riesgo la guerra de partidas, y que pereciera antes de deponer las armas, añadiendo con una vehemencia y una grandeza de lenguaje, que solo podian nacer de su alma.—*Nada importa al emperador conservar hombres que hayan perdido la honra.*—Además, sostenía el aviso dado al conde Frimont, de estar pronto á obedecer sus primeras órdenes.

Sirviéndose de Mr. de Caulaincourt como ministro de Negocios extrangeros, por ausencia de Mr. de Basano, escribió á Mr. de Narbonne que no comprendia la conducta del Austria, ó mas bien empezaba á comprenderla de sobra; que respecto

de ella se habia abandonado demasadamente á la confianza, pero que echaba de ver el doble juego con que á la vez contemplaba á su persona y á sus enemigos: que la política de esta potencia tocante á Sajonia era singularmente oscura; que se necesitaba tratar de descubrir su secreto, y averiguar si la plaza de Torgau, adonde se habia retirado la infantería sajona, seria ó no fiel á Francia, lo cual importaba mucho conocer en el instante en que se aprestaba á operar sobre el Elba; que tambien se necesitaba hacer que se explicase Austria sobre lo que se debia esperar del cuerpo auxiliar suyo; obligarla á decir si prestaría ó no obediencia, y sobre todo persuadirla bien que tenia que renunciar al desarme de las tropas polacas. En suma Napoleón recomendaba á Mr. de Narbonne que penetrara todos los arcanos que le rodeaban, pero sin ruido, y tratando al padre de la emperatriz con muchos miramientos, dándole espacio para cortar en Dresde, adonde iba á emprender la marcha, el nudo gordiano, que no se podia desatar en Viena. Al mismo tiempo escribió á París á Mr. de Basano, para que participase al príncipe de Schwarzenberg las noticias recibidas, pidiéndole cuenta de la extraña contradicción existente entre sus palabras y los hechos sobrevenidos en Cracovia. Efectivamente el príncipe de Schwarzenberg habia dicho á Napoleón que el conde de Frimont ejecutaria sus órdenes al punto, y sin embargo, á la sazón todo anunciaba lo contrario.

Por lo demás asuntos eran para Napoleón de escasa monta. A todos estos embarazos, á todas estas astucias, se proponia poner término pronto, desembocando seguidamente en Sajonia á la cabe-

za de doscientos mil hombres por todas las avenidas de la Turingia. Apenas llegado á Maguncia, empleó allí su tiempo con aquella actividad y aquella inteligencia sin iguales, que le constituian el primer administrador del mundo. Aunque fuera el mas obedecido entre los hombres y el que mejor mandaba sin duda alguna, aunque no hubiese perdido un instante, se notaban en los resultados obtenidos numerosos engaños. A pesar de la órden terminante de no enviar de los depósitos mas que destacamentos bien organizados, bien vestidos, bien armados, á pesar de la presencia del duque de Valmy en Maguncia y de su infatigable zelo, aun carecian todos los cuerpos de mucho material y especialmente de oficiales. Pero diez ó quince dias de trabajo sobre el terreno bastaban á Napoleón para enmendarlo todo.

Hubo de empezar por el dinero, del cual se hallaba enteramente desprovisto. Con efecto, interpretando la tesorería con demasiada rigidez la órden de centralizar las arcas en Magdeburgo, para ponerlas á resguardo de las sorpresas de la guerra, no habia dejado fondos en Maguncia. Por esta sola circunstancia se hallaban pendientes muchas operaciones administrativas. Napoleón hizo que se remediara este yerro. Además llevaba consigo su caja particular, sin noticia de ninguno de sus cooperadores, y de allí sacó lo que necesitaba para las urgencias imprevistas, frecuentísimas siempre en la guerra. Aun aguardaban ser indemnizados los oficiales de línea ó de la Guardia, vueltos de Rusia tras de perderlo todo; se les satisfizo sin demora. Muchos destacamentos llegaban dia tras dia, unos con una simple levita, otros con todo su ves-

tuario, pero sin tener completo el armamento, por no hallarse aun fabricados los objetos que les hacian falta, ó por estar en camino detrás de los respectivos cuerpos. Especialmente los regimientos provisionales, compuestos segun se ha dicho, de los batallones desparramados, por falta de una administracion comun, se encontraban peor provistos que todos. No tenían banderas, ni música, ni á veces los objetos de equipo mas indispensables. De oficiales carecian estos regimientos, y particularmente los de las cohortes, mandados casi en totalidad por los oficiales sacados de la antigua reforma. Llegado habia el material de la artillería en cañones, mas no lo siguieron los arneses y otros muchos objetos. Insuficiente era el número de los caballos de tiro. Como era fácil preverlo, se hallaba la caballería mas atrasada que todas las armas. Independientemente de la que el general Bourcier organizaba en Hannover con caballos sacados de Alemania, y con hombres vueltos de Rusia, recogia el duque de Placencia en los depósitos del Rhin cuanto estuviera pronta para el servicio, y debia llevarla al grande ejército en regimientos provisionales; y aqui tambien constituian los caballos la dificultad de mas bulto.

A todo proveyó Napoleon con su actividad y su dinero contante. Oficiales enviados de todos lados iban á acelerar el paso de cuanto habia quedado por los caminos, pagando y requiriendo trasportes extraordinarios. Como el pais á las márgenes del Rhin y del Mein es rico en todo, Napoleon hizo llevar á costa de dinero operarios y materias, y anticipando además fondos á los regimientos, les encargó que se proveyeran por si mismos de lo que

les hiciese falta, y lo ejecutaron con diligencia y buen suceso. Abundando los caballos en aquella comarca, se corrió á comprarlos hasta Stutgard, y se hallaron muchos asi de tiro como de silla. Tocante á los oficiales llegaban en los carruages públicos no pocos de los llamados de España, y Napoleon empléabalos sin demora. Cuando los de este origen no eran bastantes, en las revistas que pasaba personalmente hacia que le designaran los sugetos capaces de llenar los grados vacantes, les entregaba los despachos sin aguardar el trabajo de las oficinas de la guerra, y los daba á reconocer el mismo dia en los regimientos. Dicho habia que ya no seria el emperador Napoleon, sino el general Bonaparte, y estaba cumpliendo su palabra. A lo mas estrictamente necesario redujo sus equipages, y exigió que los generales imitaran su ejemplo.—Menester es que seamos ligeros, decia, por que tenemos que batir á muchos enemigos, y no lo podremos llevar á remate sino multiplicándonos, esto es, andando de prisa.

Animándolo todo con su presencia de esta suerte, tan luego como tenia un regimiento bajo el doble aspecto del personal y del material cuanto le hacia falta, le enviaba á incorporarse al mariscal Ney en Wurzburg, ó al mariscal Marmont en Hanaú, ó á la Guardia imperial en Francfort. Esta requeria especialmente los mayores cuidados, pues la parte útil se hallaba con el príncipe Eugenio sobre el Elba, los restos que habia que reorganizar se encontraban entre Fulda y Francfort, y los mozos procedentes del nuevo alistamiento y destinados á ingresar en sus filas, cubrian los caminos desde Paris á Maguncia. Además del caballo mon-

tado por los ginetes, llevaban otros dos de la brida para aquellos de sus camaradas que volvieron desmontados de Rusia. Napoleón ocupóse en reunir tales elementos, y así la organización de estos diversos cuerpos de tropas fué acelerada hasta lo sumo. Ya se había incorporado al príncipe Eugenio sobre el Elba el cuerpo del general Lauriston, compuesto exclusivamente de cohortes. Prontos se hallaban los de los mariscales Ney y Marmont á entrar en campaña. Desembocaba el del general Bertrand sobre Augsburgo, y allí encontraba la artillería que Napoleón le había enviado, para ahorrarle el trabajo de arrastrarla por entre los Alpes, el dinero para comprar dos mil caballos de tiro en Baviera, y los tres mil reclutas destinados al principio á los cuadros vueltos de Rusia, y destinados definitivamente al cuerpo que llegaba de Italia. Todo se consumaba tan de prisa, hasta la instrucción de los soldados, que cotidianamente se detenía á las tropas en la marcha, para repetir las maniobras que Napoleón había recomendado especialmente, y consistían en formar el batallón en cuadro, en desplegarle en línea, y después en replegarle en columna de ataque.

De seguro no se forman los buenos ejércitos de este modo; pero cuando, por consecuencia de una política desmesurada, se halla uno condenado á hacerlo todo á escape, no es poca fortuna saber aplicar á la ejecución de las cosas una rapidez de tanta maravilla.

Justo es decir por otra parte que la nación francesa, por su carácter particular, se prestaba á las faltas cometidas por Napoleón de una manera prodigiosa, y hasta era una seducción para arras-

trarle á cometerlas. Esta nación impetuosa, inteligente y heroica, que desde los primeros tiempos de sus fastos, casi no ha cesado de estar en guerra con Europa, que durante veinte y dos años de revolución, de 1792 á 1815, no ha descansado un solo día, al par que las naciones, con quienes luchaba una tras otra, lograban alternativamente reposo, quizá es la única del mundo cuyos hijos se puedan convertir en soldados al cabo de tres meses. Esto era más fácil el año de 1813 que nunca. Napoleón tenía sargentos, oficiales y generales consumados, amaestrados por espacio de veinte años en la guerra, llenos de ilimitada confianza en sí propios y en su caudillo, que, aun guardando rencor á este, por consecuencia del desastre de Moscou, ansiaban repararlo, y poco tiempo les hacía falta para apoderarse de aquella juventud francesa é infundirla los sentimientos de que se hallaban animados. Con tales elementos aun se podían obrar prodigios. No faltaba más que formar un voto, el de que toda aquella sangre generosa no se derramara solo para añadir nuevo brillo á una gloria ya harto resplandeciente, y que también sirviera para salvar nuestra grandeza; no la loca grandeza que se jactaba de tener prefectos en Roma y en Hamburgo, sino la grandeza razonable, la que consistía en asentarnos definitivamente en los límites que la naturaleza nos ha trazado, la que gloriosamente nos había conquistado nuestra revolución de 1789, juntando el redondeamiento de nuestro territorio nacional á la promulgación de principios inmortales. Sigamos el curso de estos tristes sucesos, y se verá para que pruebas estábamos aun reservados.

Napoleon habia calculado que, dejando unos treinta mil hombres en Danzick y en Thorn, y otros treinta mil en Stetin, Custrin, Glogau, Spandau, sesenta mil en totalidad para las plazas del Vistula y del Oder, ya reforzado el príncipe Eugenio por el cuerpo del general Lauriston que le fué enviado en marzo, podria juntar ochenta mil combatientes sobre el Elba. Con ciento cincuenta mil se proponia desembarcar de la Turingia, coger al paso cincuenta mil procedentes de Italia, é ir de esta suerte con doscientos mil hombres á alargar la mano á los ochenta mil del príncipe Eugenio. Mas fuerzas eran estas de las que se necesitaban para abrumar á los ciento cincuenta mil soldados, que los rusos y los prusianos se lisongeaban de tener disponibles á la apertura de la campaña. Despues venian los tres ejércitos de reserva, uno formándose en Italia, otro en Maguncia, y el último en Westfalia, todos los cuales debian estar prontos en junio ó julio. Bien habia con que hacer cara, no solo á los enemigos presentes que íbamos á tener encima en la primavera, sino tambien á los enemigos futuros que el verano ó la política de Austria pudieran poner en línea algunos meses mas tarde.

Como acontece siempre aqui habia engaño, no precisamente respecto de las tropas reunidas, sino de la época en que podrian reunirse, lo cual debia privar á Napoleon de parte de las fuerzas con que contaba para el comienzo de las hostilidades. Asi, en lugar de doscientos ochenta mil hombres de tropas activas para últimos de abril ó principios de mayo, solo iba á tener bajo su mano doscientos mil hombres, bien que presentes en realidad alrededor de las banderas, y bastaban por lo

demás para llevar pronto sobre el Elba y el Oder, y aun quizá sobre el Vistula, á los enemigos imprudentes que habian llegado á desafiarnos tan de cerca. Véase el estado y la distribucion de las fuerzas á fines de abril y en el momento en que iban á empezar las hostilidades.

Despues de dejar veinte y ocho ó veinte y nueve mil hombres en Danzick, y treinta y dos ó treinta y tres mil en las otras plazas del Vistula y del Oder, sumando asi los sesenta mil hombres ya indicados, le quedaban al príncipe Eugenio cerca de ochenta mil hombres de tropas activas, bien que no todas bastante disponibles para llevarlas á que se incorporasen á Napoleon, cuando éste desembarcara en Sajonia. Asi el príncipe Poniatowski, rechazado sobre las fronteras de Bohemia, se hallaba separado del príncipe Eugenio por la masa entera de los coaligados, que habian pasado el Elba por muchos puntos. De cuantos polacos estaban á nuestro servicio, no se pudo recoger mas que la division de Dombrowski, fuerte de dos mil infantes y de mil quinientos ginetes, ocupados actualmente en reorganizarse en Cassel. Despues de la separacion de los sajones, del cuerpo de Reynier quedaba la division francesa de Durutte, que habia constado de quince mil hombres, y aun tenia cuatro mil despues de hacer la campaña de 1812, bien que en Polonia y no en Rusia. A veinte y cuatro mil estaban reducidos los veinte y ocho mil hombres de la division de Lagrange y del cuerpo de Grenier, por efecto de los combates cotidianos con los prusianos, y los rusos. Colocadas estas tres divisiones, pues el cuerpo de Grenier contaba dos tan solo, bajo el mando superior del mariscal Macdonald, y

confiadas directamente á los generales Fressinet, Gerard y Charpentier, presentaban una tropa excelente, despues de pasar el invierno ante el enemigo. Finalmente el cuerpo del general Lauriston que debiera ascender á cuarenta mil combatientes, solo constaba de treinta y dos mil por efecto de las enfermedades, y del retardo de muchas cohortes, si bien todos hombres hechos, y mandados por gefes de division de mérito reconocido, tales como el general Maison por ejemplo. De este cuerpo hubo además que destacar á la division de Puthod, á fin de cubrir el bajo Elba, interin los mariscales Davout y Victor con sus batallones reorganizados pudiesen volver á ganar á Hamburgo el uno, y ocupar á Magdeburgo el otro. No obstante, entre estos batallones reorganizados habia ocho, los del mariscal Victor, que hasta ahora se hallaron á disposicion del principe Eugenio, y que guardaban á Dessau, puesto muy importante, como que estaba situado á poca distancia de la confluencia del Elba y del Saale, y como que detrás de estas dos vias fluviales debian unirse Napoleon y el principe Eugenio. Este por último tenia la caballería remontada en Hannover, que llegaba despacio, y tres mil hombres de la Guardia imperial, que debía restituir al grande ejército muy pronto. Por consecuencia de estos destacamentos, de estos retardos, de estas reducciones, no podia el principe Eugenio llegar á unirse á Napoleon mas que con unos sesenta y dos mil hombres, en lugar de los ochenta mil que pudiera tener disponibles, si no estuviera separado del principe Poniatowski, si no estuviera obligado á enviar la division de Puthod al bajo Elba, y si durante el invierno no experimentaran algunas

pérdidas inevitables sus cuerpos de tropas. Pero estos sesenta y dos mil hombres estaban todos sobre las armas, animadísimos y muy bien mandados. Distribuidos se encontraban á orillas del Elba, desde Wiltemberg hasta Magdeburgo, y prontos á alargar la mano detrás del Saale, para unirse á Napoleon, á quien aguardaban con impaciencia. Todos habian recibido recientemente á los prusianos y á los rusos delante de Magdeburgo de tal modo que los hicieron muy circunspectos.

Napoleon habia esperado reunir á orillas del Mein ciento cincuenta mil hombres y doscientos mil despues que el general Bertrand se le incorporara. Supuso que el mariscal Ney podría tener sesenta mil hombres, el mariscal Marmont cuarenta, el general Bertrand cincuenta, y que la Guardia no contaría menos de otros cuarenta mil soldados. Agregando á estas fuerzas alrededor de diez mil hombres de los pequeños principes alemanes, debía sumar el guarismo de doscientos mil combatientes en el momento de su aparicion en Sajonia. Véase las reducciones á que todavía hubo de someterse, al pasar de lo esperado á lo efectivo.

En vez de sesenta mil hombres no tenia mas que cuarenta y ocho mil el mariscal Ney, porque le faltaban los bávaros y los wurtembergueses, y sobre todo porque no pudo atraer cerca de sí á la caballería sajona. Cuatro hermosas divisiones francesas de infantería, formadas de las cohortes y de los regimientos provisionales, tenia bajo su mando, con dos meses de instruccion mas que las otras, y ejercitadas durante mes y medio á su vista en torno de Wurzburg. De cerca de cuarenta y dos mil infantes constaban presentes bajo bandera, y

se aguardaba el ingreso de otros siete ú ocho mil en sus filas. Agrególes Napoleon á las órdenes del general Marchand y en número de cuatro mil hombres aquellos de sus aliados que le fueron mas obedientes, por estar mas próximos á nosotros, como los heseses, los badeses, los francforteses. Mil quinientos artilleros, y quinientos húsares, que componian toda su caballería, elevaban su cuerpo á los cuarenta y ocho mil hombres de que hemos hablado.

No subia á cuarenta mil hombres el segundo cuerpo del Rhin, que se organizaba en Hanau á las órdenes del mariscal Marmont, segun se habia supuesto, sino á treinta y dos mil tan solo, por retardarse muchos destacamentos. Teniendo bastantes hombres atrasados la tercera division de este cuerpo, mandada por el general Teste, se hubo de detener para esperarlos, antes de juntarse al grande ejército. Cuando estuviera completa, debia ir á Hesse, para velar allí por el trono del rey Gerónimo amenazado, recoger al paso á la division de Dombrowski, y reunirse en seguida sobre el Elba al cuerpo del cual estaba destinada á formar parte. Veinte y seis ó veinte y siete mil combatientes componian las tres divisiones restantes, contándose entre ellos el hermoso cuerpo de infantería de marina, y estaban mandados por gefes de division illustres, como los generales Compans y Bonnet. Este último era el que tanto se habia distinguido en España, lo cual patentiza que Napoleon sacaba de esta comarca lo mejor para oponerlo á la coalicion nueva.

Finalmente distaba mucho de estar pronta la Guardia imperial que debia ascender á mas de cua-

renta mil hombres, sin embargo, de la actividad desplegada por Napoleon para reorganizarla. En estado de partir se hallaban cerca de tres mil hombres de infantería de la Vieja Guardia, ocho ó nueve mil de la jóven, mas de tres mil ginetes, y cuantos artilleros se necesitaban para servir cien bocas de fuego. Estos quince ó diez y seis mil hombres debian recoger los tres mil que el príncipe Eugenio tenia á su lado, y dejaban detrás veinte y cinco mil hombres en camino, los cuales debian formarse muy pronto en Maguncia, en Hanau, en Wurzburg, cuando se les dejara puesto.

El general Bertrand era quien habia experimentado menós engaños en la formacion de su cuerpo de tropas. Cuatro divisiones llevaba de infantería, tres de ellas francesas y una italiana, constando de treinta y seis á treinta y siete mil infantes y de dos mil quinientos artilleros. En lugar de los seis mil ginetes que se lisonjeaba de tener bajo su mano, solo pudo reunir dos mil quinientos, por no estar prontos á tiempo el regimiento 19.º de cazadores, y otros dos regimientos de húsares que se formaban en Turin y en Florencia. Añadiendo á este efectivo tres mil conscritos, que acababa de recoger en Augsburgo, tenia cerca de cuarenta y cinco mil hombres, bien dispuestos y mejor instruidos que los demás de la nueva hueste, porque se componian de cuadros antiguos, ó de conscritos que contaban de instruccion uno ó dos años. No habiendo mandado nunca el general Bertrand tropas, dióle Napoleon para que le ayudara el general Morand, antiguo compañero de Friant y de Gudin en el primer cuerpo, y uno de los mejores del ejército. No podia Napoleon dejarle cuatro

divisiones, á causa de no tener mas que tres la mayor parte de los mariscales. Le conservó las divisiones de Morand y de Pegri, esta italiana, que se hallaban delante de las otras, y destinó al mariscal Oudinot las divisiones de Pacsod y de Lorencez, que se habian quedado á retaguardia. Cuando se pudiera atraer á los wurtembergueses y á los bávaros debian suministrar una tercera division, los primeros al general Bertrand y los segundos al mariscal Oudinot.

Teniendo en cuenta estas diversas reducciones, con los cuarenta y ocho mil hombres del mariscal Ney, con los veinte y siete mil del mariscal Marmont, con los quince mil de la Guardia, con los cuarenta y cinco mil del general Bertrand, podia Napoleon desembocar en Sajonia al frente de ciento treinta y cinco mil hombres, y de trescientas piezas de artilleria, dar la mano al principe Eugenio, que le aguardaba junto al Elba con sesenta y dos mil hombres y cien bocas de fuego, y oponer así al enemigo doscientos mil combatientes, presentes en realidad bajo bandera. Estos doscientos mil combatientes debian ser completados por otros cincuenta mil muy pronto, y seguidos por tres ejércitos de reserva, con los cuales se elevaria el total de nuestras fuerzas lo menos á cuatrocientos mil soldados. Resultado prodigioso era este, sobre todo cuando se considera que Napoleon solo tuvo tres meses para reunir estos elementos dispersos ó casi destruidos, y aun era resultado poco creible. Así los alemanes, cuyo odio se exhalaba tanto en burlas como en gritos de rabia, publicaban caricaturas, representando destacamentos de soldados, que salian de Maguncia por una puerta y entraban

por otra, con el objeto de simular que pasaba el Rhin una serie incesante de tropas. Ahora habia que dar crédito á este prodigio y que temer sus resultas, viendo los cuerpos franceses desfilar en largas columnas de Maguncia sobre Francfort, y de Francfort sobre Fulda ó sobre Wurzburgo. Verdad es que los tiros de la artilleria estaban compuestos de potros, casi todos con mataduras por efecto de su edad y de la inexperiencia de sus conductores: verdad es que la caballeria era casi nula, y que los mariscales Ney y Marmont solo tenían quinientos hombres de á caballo cada uno para las exploraciones y el general Bertrand dos mil y quinientos; verdad es que, para formar una reserva de gruesa caballeria capaz de cargar en linea, habia que contentarse con tres mil cazadores y granaderos de á caballo de la Guardia, con cuatro ó cinco mil húsares y coraceros llevados de Hannover por el general Latour-Maubourg, y casi todos montados en caballos que apenas tenían la edad del servicio; pero habia que contar con el espíritu que animaba al conjunto. Aquellos generales, aquellos oficiales, procedentes unos de España ó de Italia, salvados otros milagrosamente de Rusia y aplacados despues de un momento de ira, sentianse indignados al ver que se ponía en duda, no la gloria de Francia, sino su poderio; por restablecerlo estaban resueltos á esfuerzos extraordinarios, y aun censurando la politica del que les condenaba á estos desesperados esfuerzos, de tal modo habian comunicado su espíritu á sus jóvenes soldados, que estos, arrancados trabajosamente poco antes del seno de sus familias, mostraban singular ardimiento, y prorumpian en el grito de *viva el Em-*

perador! siempre que veían á Napoleon, á Napoleon autor de las sangrientas guerras en que iban á perecer todos, autor detestado por sus familias, poco antes detestado por ellos mismos, y censurado cotidianamente y sin recato en los bivaques y en los estados mayores. ¡Noble y conmovedora consecuencia de la desesperacion del patriotismo!

Después de dar la última mano á sus aprestos, dejó Napoleon el 26 de abril á Maguncia, visitó sucesivamente á Wurzburg y Fulda, y dirigióse á Weimar, donde le habia precedido el mariscal Ney á la cabeza de sus jóvenes y bizarras divisiones. Su plan, concebido con la rapidez y la seguridad habituales de su golpe de vista, consistia en dejar que los coaligados, ya mas allá del Elba, se adelantaran cuanto fuera de su gusto, aun hasta el alto Saale, luego en dirigirse personalmente sobre Erfurt y Weimar, en desfilar detrás del Saale como detrás de una cortina (frase de sus despachos), en incorporarse el príncipe Eugenio hacia Naumburgo ó Weissenfels, en pasar acto continuo este río en masa, y en coger así de flanco al enemigo hacia los alrededores de Leipsick á la cabeza de doscientos mil hombres. Si le ayudaba la fortuna, se podia prometer de este plan los resultados mas insignes. Después de vencer á los coaligados en una gran batalla, podia apoderarse de bastante número de ellos, arrollar mas allá del Elba y del Oder á los que no aprisionara, levantar el bloqueo de las guarniciones de las plazas de este último río, entrar en Berlin nuevamente victorioso, volverse á poner en comunicacion con Danzick, y presentar mas terrible que nunca el leon, á quien se creia abatido.

Con estas miras hizo que el mariscal Ney marchara á la cabeza, y dirigióle sobre Erfurt, Weimar y Naumburgo, para ocupar los pasos del Saale, antes que el enemigo tuviera tiempo de tomarlos. Hasta le previno que ocupara los conocidísimos pasos de Saalfeld, de Jena, de Domburgo, que no cruzara el Saale, sino que lo guardara tan solo, y empujó hácia él al general Bertrand, seguido á poca distancia del mariscal Oudinot por Bamberg y Coburgo sobre Saalfeld. Menos indecisos los reyes de Baviera y de Wurtemberg en su conducta, el primero después de abortadas las intrigas del Austria, el segundo por consecuencia del prodigioso desarrollo de nuestras fuerzas, pusieron al fin en movimiento cada uno seis ó siete mil hombres, de manera de suministrar dos divisiones más, una para el general Bertrand, otra para el mariscal Oudinot, lo cual debia elevar nuestras fuerzas concentradas á muy cerca de doscientos doce mil hombres. Al mismo tiempo mandó Napoleon al príncipe Eugenio que avanzara en masa en direccion de Dessau, bastante cerca del punto donde se confunden el Saale y el Elba, y que remontara hasta la altura de Weissenfels el primero de estos dos rios. Personalmente seguia al mariscal Ney y al general Bertrand con la Guardia y el cuerpo del mariscal Marmont.

Se hallaba el 26 de abril en Erfurt, el 28 en Eckartsberg cerca del célebre campo de batalla de Awerstaedt. Por donde quiera habia enviado inmensas provisiones, á Wurzburg, que pertenecia al hermano del emperador Francisco, á Erfurt, que pertenecia á Francia, á Weimar, á Naumburgo, que pertenecian á las casas de Sajonia. A

Tuerza de dinero habia vencido el patriotismo germánico, algo menos ardiente en estas comarcas que en las otras. De consiguiente podia esperar que vivieran sus soldados sin necesidad de cometer desórdenes barto grandes. Ahora su operacion delicada era el doble movimiento á lo largo del Saale, consistente para él en bajarlo, para el príncipe Eugenio en subirlo, y cuyo resultado debia ser reunir en una sola masa los doscientos doce mil hombres disponibles. Aunque muy próximos á él los coaligados no tenian bastantes informes, ni estaban bastante alerta, para adivinar su maniobra, y desbaratarla; pero se hallaban muy cerca, y con un solo paso podian interrumpirla y hacer que fracasase.

Hasta ahora habian trabajado lo posible por emplear útilmente su tiempo, si bien no salieron tan airosos como Napoleon de su tarea. Segun se ha visto, el ejército ruso habia padecido casi tanto como nosotros durante la retirada de Moscou, y no contaba mas que cien mil hombres, que apenas habia tenido espacio de reclutar y que se hallaban dispersos desde Cracovia hasta Danzick. Cerca de veinte mil rusos, á las órdenes de los generales Sacken y Doctoroff, se oponian á los polacos y á los austriacos en torno de Cracovia: veinte mil habian quedado delante de Thorn y Danzick: ocho ó nueve mil, á las órdenes de Tettenborn y de Czernicheff, hácia Hamburgo y Lubeck sobre el Bajo Elba: diez mil habian seguido á Wittgenstein mas allá de Berlin, y con el cuerpo prusiano de York observaban á Magdeburgo: doce mil, los mas de ellos de á caballo, habian pasado á las órdenes de Wintzingerode el Elba por Dresde: finalmente,

treinta mil, componiendo el cuerpo principal y consistentes en la Guardia, los granaderos y el resto del ejército de Kutusof, se habian quedado con el cuartel general junto al Oder.

Los prusianos habian reconstituido su ejército con una prontitud que revelaba una organizacion secreta y prolijamente preparada. Segun los tratados que les enlazaban á Napoleon, no podian tener sobre las armas sino cuarenta y dos mil hombres, de los cuales tuvieron que darnos veinte mil para hacer con nosotros la última campaña, y de cuyos veinte mil habian perecido mas de la tercera parte. Pero mantuvieron cuadros numerosos, y licenciaron temporalmente á las ciudades y los campos á soldados formados del todo, y que solo aguardaban una señal para volver á sus banderas. Por este medio y con los alistamientos espontáneos de la juventud prusiana pudieron juntar ciento veinte mil hombres, sesenta mil de ellos de tropas activas perfectamente instruidas, cerca de cuarenta mil de tropas que se estaban formando con destino á unirse á las primeras, y cerca de veinte mil en las plazas. Esperanza tenian de elevar este armamento á ciento cincuenta mil hombres, y de poner en línea á cien mil de ellos, si recibian pronto los subsidios ingleses. La juventud de las escuelas y del comercio llenaban los batallones de cazadores de á pié, agregados á los regimientos de infanteria; la juventud noble ó rica entraba en los cazadores de á caballo, agregados á cada regimiento de caballeria.

Por de pronto, descontando la gente que habian de dejar detrás, ó que emplear en el bloqueo de las plazas, ó que enviar á correrias distantes hácia

las extremidades de su línea, solo podían los coaligados presentar sobre el campo de batalla, á su derecha el cuerpo prusiano de York, que desde su defección no había abandonado al cuerpo ruso de Wittgenstein y que reunido á éste, formaba una masa de treinta mil hombres; en su centro el cuerpo de Wintzingerode de doce á quince mil hombres de caballería y de infantería ligeras, marchando de vanguardia; en segunda línea y siempre por el centro á Blücher con veinte y seis mil prusianos y á Kutusof con treinta mil rusos; finalmente, á su izquierda, bien que fuera de alcance, diez ó doce mil hombres á las órdenes del general Sacken, esto es, un total de ciento diez ó ciento doce mil combatientes. No eran muchos en proporción de tanta osadía, de tanta arrogancia y tantas galanas promesas divulgadas por toda Europa, á fin de sublevarla contra nosotros.

Con un socorro habían contado los coaligados, que se hacía esperar todavía, el del príncipe Bernadotte. En la entrevista de Abo convino el futuro rey de Suecia con Alejandro en concurrir á los esfuerzos de la coalición por medio de treinta mil suecos, á los cuales se juntarían quince ó veinte mil rusos, sobre quienes ejercería el mando. Para facilitar la organización de este ejército, otorgaron los ingleses un subsidio de veinte y cinco millones de francos. Según se ha visto, la Noruega debía ser el galardón de la guerra hecha á Francia. Para encadenar al príncipe Bernadotte con un pacto infernal por decirlo así, querían los ingleses añadir á la Noruega la isla de Guadalupe, uno de los despojos de Francia. Sin embargo, no se apresuraba á satisfacer sus compromisos, y ante todo discurria

enviar sus tropas á Noruega, para apoderarse del premio prometido á su defección. Se trataba de disuadirle, especialmente por miramiento á Dinamarca, á la cual se esperaba atraer á la coalición, ofreciéndola una compensación, ya en la Pomerania, ya en los territorios anseáticos. No daba oídos el príncipe real de Suecia á estas manifestaciones, y persistía en no ocuparse mas que de la Noruega. Así la coalición abundaba en desconfianzas respecto de su persona, desconfianzas harto concebibles, porque en el mismo instante, numerosos emisarios, que se sucedían en París unos á otros, afirmaban que el partido del antiguo mariscal Bernadotte no estaba aun tomado, y que, mediante algunas ventajas se le podría atraer á mejores sentimientos respecto de Francia.

Privados de este socorro, privados del de Austria, que aun no se había unido á ellos, por querer antes apurar todas las eventualidades de una solución pacífica, y además por no hallarse todavía pronto, habían resuelto los coaligados recibir el choque de Napoleón con sus ciento doce mil hombres, y hacer mas todavía, ir á chocar con su hueste. Al principio dudaron ó fingieron dudar de la extensión de sus fuerzas: luego, cuando ya no les fué posible ponerlas en duda, negaron la calidad de ellas, sosteniendo que eran niños llevados por viejos, y que no tenían por qué inquietarse de su número los mejores soldados de Rusia y Prusia, animados del patriotismo mas ardiente. Además, estaban en llanos, y sus jóvenes infantes no resistirían el choque de una caballería, la mas numerosa y excelente de Europa. Despues de tantas jactancias, repasar el Elba al aproximarse Napoleón fuera difi-

cil y aun peligroso. De este modo se desalentaron hondamente los espíritus en Alemania, despues de excitarlos de una manera tan prodigiosa; y sobre todo alejándose entonces, se restituyera á Napoleon el Austria. Fuerza era, pues, combatir en la posicion que se tenia, y sin embargo, en la impaciencia de seguir el avance para emancipar nuevos puntos de Alemania, fuese mas allá del Elba, pasado á la izquierda, esto es, por Dresde, no pudiéndolo pasar hácia la derecha por causa de Magdeburgo, y empeñándose de esta suerte en un verdadero mal paso. Efectivamente, entre el príncipe Eugenio por una parte, las montañas de Bohemia por otra, y Napoleon por delante, se corria el riesgo de recibir un fuerte ataque por el frente al par que se sufriera un golpe mortal por el flanco. El prudente Kutusof, convertido en una especie de oráculo despues de sus triunfos, no amando á los alemanes ni sus patrióticas demostraciones, persistia en decir que era forzoso atenerse á lo llevado ya á remate, guardar el gran ducado de Varsovia, concluir á este precio la paz con Francia, y retornar al pais propio. Alejandro, fijo en su papel de libertador de Alemania, que le seducia entonces tanto como despues de lo de Tilsit le sedujo el de conquistador de Constantinopla, sentíase contrariado singularmente por la oposicion esta, que no osaba desestimar hasta el punto de no contarla para nada. Asi mientras Wintzingerode, marchando con el ardiente Blucher, cruzó ya á principios de abril el Elba, permanecía detrás el cuerpo de batalla de los rusos, y no entró en Dresde hasta el 26, dia mismo de la llegada de Napoleon á Erfurt. Pero de repente, agotado Kutusof de fuer-

zas de resultas de la última campaña, y expirante en cierto modo en medio de sus triunfos, pasó en Bunzlau de esta vida. Desde entonces las consideraciones de prudencia perdian al único jefe bastante acreditado para hacerlas valer sobre el ánimo de Alejandro, y rodeado éste de alemanes entusiastas, ya no debia pensar mas que en tomar la ofensiva cuanto antes. No se ponía en cuestion lo de dar batalla, ni dónde, ni cómo, á tal de que fuera en las llanuras de Sajonia, donde la caballeria de los coaligados debia tener tanta ventaja contra los franceses, que solo presentaban una infanteria bisoña sin tropas de á caballo.

Continuóse, pues, avanzando los dias 27, 28 y 29 de abril, entre el príncipe Eugenio que se hallaba en la confluencia del Saale y el Elba, y Napoleon que venia de la selva de Turingia. Ciertamente hubiera un medio de conjurar el peligro de la posicion esta, y lo proporcionarán la rapida traslacion á Leipsick, Lutzen, Wissenfels y Naumburgo, con los cien mil hombres disponibles, descontando el cuerpo de Sacken dejado en Polonia, el córte de la linea del Saale, y la interposicion entre el príncipe Eugenio y Napoleon para impedir que se incorporaran uno á otro. Esta operacion naturalmente indicada era muy practicable, hallándose desde el 28 entre el Pleiss y el Elster á la altura de Leipsick. Pero para llevarla á cabo se necesitara que alguien mandase, y habiendo Kutusof muerto, quedando de única autoridad militar el emperador Alejandro oyendo éste los dictámenes todos sin adoptar ninguno, no se hacia mas que seguir el avance con el descao al par que el temor de encontrar á Napoleon. A causa de la importancia del

papel de los rusos, habíase convenido en que el mando seria de ellos, y vanamente se buscaba á quien fiarlo. Tormazoff era el mas antiguo de sus generales, si bien el de menos capacidad entre todos. Wittgenstein, singularmente alaba-lo por haber defendido el Dwina contra los franceses, que no querian cruzarlo, se hallaba muy en favor y encargado de mandar cuando se estuviera delante del enemigo. Pero sus exageradissimos triunfos tampoco eran obra suya; se debian á su gefe de estado mayor el general Diebitch, oficial emprendedor, hombre de mucho espíritu y de grandes talentos militares, dando su dictámen sin lograr que se siguiera. No podia, pues, ser el mando ni pronto, ni seguro, ni obedecido, y entretanto empujose por delante hasta la altura de Leipsick á Wittgenstein y York hácia la derecha en direccion de Halle; á Wintzingerode de vanguardia sobre Lutzen; á Blücher y al grueso del ejército ruso hácia el centro entre Rotta y Borna; á Miloradowitch hácia la izquierda sobre el camino de Chemnitz, que lame la falda de las montañas de Bohemia, para guarecerse por este lado, si Napoleon se presentaba allí casualmente. Se marchaba sabiendo que este se movia hácia adelante, pero no fijándose en una cosa facil de adivinar sin duda, cual era que, en lugar de seguir á lo largo de las montañas de Bohemia al salir de la selva de Turingia, tomaria la direccion opuesta y bajaria el Saale á fin de juntarse al principe Eugenio.

Conociendo Napoleon á sus enemigos, ya se le alcanzaba que no harian lo necesario para impedir que se uniera al virey de Italia, y sin embargo nada omitió para asegurar el éxito de su

empresa, como si se hallara en presencia del enemigo mas perspicaz y vigilante. Llegado, segun hemos dicho, el 28 de abril á Eckartsberg, llevó adelante á lo largo del Saale al mariscal Ney, al general Bertrand y al mariscal Oudinot, de manera de cerrar sucesivamente las avenidas todas. Al propio tiempo atrajo á su lado por un movimiento contrario al principe Eugenio, haciéndole remontar el Saale por Halle y Merseburgo. A Ney seguia con Marmont y la Guardia. Para operar la incorporacion proyectada, ya no quedaba el dia 28 mas que ocupar el espacio comprendido entre Merseburgo y Naumburgo, yendo al encuentro del principe Eugenio á Weissenfels, que se halla entre ambas poblaciones. Para hacer Napoleon infalible en cierto modo el éxito de su maniobra, no se satisfizo con disponer que Ney y Eugenio avanzaran uno hácia otro para juntarse hácia Weissenfels, sino que destacó del cuerpo de Marmont la division de Compans, la mejor mandada y la mas numerosa, y dirigióla hácia la izquierda sobre Freyburgo, con el fin de que, doblando las cabezas de columna de Ney y de Eugenio, fuese á formar entre uno y otro una especie de soldadura. Estos movimientos fueron ordenados desde Eskartsberg el 28 por la noche, para que se ejecutaran á otro dia. Ney debia bajar el Saale de Naumburgo á Weissenfels con sus dos primeras divisiones, pasar el rio á la altura de este punto, señorearlo, mientras le siguieran sus otras divisiones, y mientras Bertrand y Oudinot fueran á ocupar las avenidas por el abandonadas de Jena, de Dornburgo y de Naumburgo. Por su parte el principe Eugenio debia remontar el Saale, el cuerpo de Lauriston hasta la altura de

Halle, el de Macdonald hasta la altura de Merseburgo y mas arriba, á fin de dar á Ney la mano. Estas diversas instrucciones se hallaban trazadas con exactitud y prevision admirables. Por lo demás, no suponiendo Napoleon que el enemigo estuviere tan cerca con la masa de sus tropas, permaneció todavia en Eckartsberg personalmente, para poner orden en la cola de sus columnas.

Efectivamente, el mariscal Ney bajó el 29 el Saale, cruzólo algo mas arriba de Weissenfels, sobre puentes que ningun trabajo le costó echar encima, y adelantóse por las inmensas llanuras que se extienden mas allá de este rio. Lutzen se halla en el seno de estas llanuras, Lutzen hecho ya célebre por Gustavo Adolfo, y que Napoleon debia hacer todavia mas famoso algunos dias mas tarde.

Segun las instrucciones tácticas de Napoleon, marchaba Ney por la llanura de Weissenfels con la division de Souham formada en muchos cuadros. Por las avanzadas de caballeria supo sin ningun linage de duda que Wintzingerode se aproximaba con sus numerosos escuadrones. Este general alemán, gefe de la vanguardia rusa, tenia bajo sus órdenes la division de infanteria del principe Eugenio de Wurtemberg, y ocho ó nueve mil hombres de soberbia caballeria. Aquel mismo dia pasó mas acá de Weissenfels para averiguar junto al Saale noticias de los franceses. Ney presentóse á dárselas muy pronto.

Viendo nuestros conscritos á los enemigos por vez primera, si bien conducidos por oficiales que delante de ellos habian pasado su vida, y por un mariscal cuya sola actitud bastara para tranquilizarlos, se adelantaban con el estremecimiento de

una juvenil y bulliciosa bizzarria. Les era forzoso cruzar una ondulacion bastante marcada del terreno, y mas allá descubrian numerosos escuadrones, apoyados por infanteria ligera y por artilleria montada. Sin sorprenderse recibieron las primeras balas. Tiradores escogidos cruzaron el terreno ondulado, y obligaron á retroceder á los tiradores enemigos. Se les siguió luego, se bajó á lo hondo de la ondulacion aquella, se pasó al otro lado, y despues desembocóse en muchos cuadros por la llanura, y se hizo contra el enemigo un vivo fuego de artilleria. Tras de algunos cañonazos, arrojóse la division de caballeria de Landskoy sobre nuestros cuadros al galope. Critico era el instante. El anciano é intrépido Souham, el heróico Ney, los generales de brigada, se situaron cada uno dentro de un cuadro, para sostener á su infanteria, no acostumbrada á espectáculo semejante. Dada la señal, un fuego de fusileria ejecutado oportunamente acogió á la caballeria enemiga y atajola el empuje. Sorprendidos nuestros jóvenes soldados de que esto fuese tan poco, aguardaron un nuevo asalto, lo recibieron mejor todavia, y sembraron de ginetes de Landskoy la tierra. Deshaciendo Ney acto continuo los cuadros y formándolos en columnas, arrolló al enemigo por delante. De felicitaciones colmó á sus bravos conscritos, que llenaron los aires con repetidos gritos de *viva el emperador*. Desde este instante se podia esperar todo de ellos. Detrás de los rusos metiéronse en Weissenfels, los expulsaron de este punto decisivo, y lo señorearon á la caída de la tarde. Ney, que desde su juventud no habia peleado nunca al frente de soldados tan bisños, se apresuró á escribir á Napoleon y á expre-

sarle su alegría y su confianza en la forma siguiente. — Estos muchachos son héroes; con ellos haré cuanto querais.

Formando la cabeza de la columna del príncipe Eugenio había entrado el mariscal Macdonald en el mismo instante en Merseburgo, y mezclado sus vanguardias con las del mariscal Ney. Fuertemente ocupados por el general prusiano Kleist había encontrado los puentes de Halle el general Lauriston que le seguía. Según se debe hacer memoria con referencia á uno de los actos heroicos del infortunado general Dupont en la campaña de 1806, estos puentes se extienden sobre muchos brazos del Saale y son de imposible conquista á no hallarse en manos de una tropa desmoralizada. Ya no era este el estado del espíritu de los prusianos, á quienes inflamaba un noble patriotismo, una especie de desesperación nacional. Ellos ocupaban los puentes de Halle con infantería y una artillería numerosa; y el general Lauriston no insistió en forzar una posición que se iba á echar abajo al día siguiente con rebasarla.

Al leer Napoleón los partes de sus generales, participó de su alegría, y escribió á Munich, á Stuttgart, á Carlsruhe, á París, para contar las proezas de sus reclutas. Al día siguiente 30 salió de Eckartsberg y fué á pernoctar á Weissenfels.

Habiéndose efectuado su unión con el príncipe Eugenio junto al bajo Saale, pensó naturalmente en sacar la ventaja que de esta unión se había prometido, la de desembocar en masa en las famosas llanuras de Lutzen, correr hácia Leipsick en una fuerte columna, cruzar el Elster por este punto, y ejecutando después un movimiento de conversión

con la izquierda por delante, marchar sobre los coaligados y arrinconarlos sobre las montañas de Bohemia. No teniendo bastante caballería para las exploraciones, pues la que tenía á la mano se hallaba forzosamente enclavada en la infantería, de miedo de ser anonadada, no entrevia mas que incompletamente los proyectos del enemigo. Pero muchos reconocimientos, muchos informes interpretados con su facultad ordinaria de adivinación, le pusieron al corriente de que los prusianos y los rusos afluan sobre su derecha, y se hallaban por tanto entre su hueste y las montañas sobre el alto Elster, que era el curso de agua que debíamos encontrar después de cruzar el Saale. Así el plan de Napoleón ofrecía aun las mayores probabilidades de buen suceso, y resolvió avanzar desde Weissenfels á Lutzen, para dirigirse desde este punto á Leipsick en masa cerrada, y pasar por allí el Elster. Sin embargo, no pudiendo marchar por una sola vía con cerca de doscientos mil hombres, envió por el camino real de Lutzen á Leipsick al mariscal Ney, á la Guardia, y al mariscal Marmont. Para flanquear á la derecha esta columna, que era la principal, ordenó al general Bertrand y al mariscal Oudinot, dejados sobre el alto Saale, que desembocaran de Naumburgo sobre Stossen. Para flanquearla á la izquierda, ordenó al príncipe Eugenio que desembocara de Merseburgo, y se trasladara con todas sus fuerzas hácia Leipsick por el camino de Mackranstaedt. Arrancando así estos diversos cuerpos del Saale, á tres ó cuatro leguas unos de otros, convergían todos hácia el punto común de Leipsick. Prescriptas estas disposiciones, para que se ejecutaran al día siguiente 1.º de ma-

yo, se ocupó en la organizacion de sus tropas, y en particular de la Guardia imperial, cosa que le acontecia á menudo durante esta marcha. Cuatro batallones le llevaba el príncipe Eugenio de la Vieja Guardia, dos de la Jóven, y además cierta porcion de caballeria y artilleria, perteneciente á este cuerpo de preferencia. Es cuanto se pudo recoger de los restos de Moscou. Cuidado habia el príncipe Eugenio de su descanso y de su equipo. Napoleon juntó los cuatro batallones de la Vieja Guardia á los dos que tenia consigo, y tuvo seis por este medio. Agregó los dos de la Jóven Guardia á los catorce de la division de Dumontier, que llegó á contar diez y seis de este modo. De igual manera procedió respecto de las demás armas, y elevóse la Guardia de resultas á diez y siete ó diez y ocho mil hombres, sin contar las otras divisiones que se acababan de organizar á las espaldas. Dejó al príncipe Eugenio los cuatro mil ginetes remontados que el general Latour-Maubourg habia ido á recoger á Hannover, y que unidos á la caballeria de la Guardia, formaban la única tropa de á caballo capaz de ejecutar un ataque en línea.

Al dia siguiente 4.<sup>o</sup> de mayo montó á caballo desde muy temprano teniendo á su lado á los mariscales Ney, Mortier, Bessiéres, Soult, Duroc y á Mr. de Caulaincourt. Por sus propios ojos queria gozar del espectáculo que habia encantado al mariscal Ney dos dias antes, el de nuestros reclutas, aguantando alegre y sólidamente los asaltos de la caballeria enemiga.

Aunque muy unida esta llanura de Lutzen, presentaba como todas algunos accidentes de terreno. Al salir de Weissenfels se hallaba una corriente,

llamada el Rippach como una aldea por donde cruzaba, siendo su curso bastante largo y su lecho bastante hondo. Desde por la mañana marcharon allá las tropas de Ney con confianza, dispuestas en cuadros, entre los cuales estaba la artilleria, y precedidas de numerosos tiradores. Llegadas á orillas de la corriente rompieron los cuadros para pasarla, y superado el obstaculo volvieron á formar los cuadros, y avanzaron disparando cañonazos. Siempre era la division de Souham la que marchaba delante y en actitud excelente. En el momento en que operaba su despliegue, el mariscal Bessiéres, que por lo comun mandaba la caballeria de la Guardia, y que por esta razon no se debia hallar en aquel punto, si bien quiso seguir á Napoleon, se dirigió algo á la derecha, á fin de observar mejor el movimiento del enemigo. De pronto, rompiéndole una bala el puño con que tenia la brida del caballo, le atravesó el pecho y le derribó á tierra. En un instante habia pasado de la vida á la muerte. ¡Era la segunda vez que caia al lado de Napoleon este hombre bizarro! La primera fué en Wagram, donde le dió una bala, de la cual solamente quedó contuso; ahora habia muerto de golpe. ¿Acaso significaba esto que se disipaba nuestra dicha, ó que despues de avisarnos la fortuna en 1809, nos heria al cabo en 1813? A pesar de la general confianza, que inspiraba el impetu de las tropas, en mas de un corazon penetró este sentimiento doloroso. Bessiéres, gefe de la caballeria de la Guardia, elevado por Napoleon á mariscal y á duque de Istria, era un hombre denodado, vivo como los gascones sus compatriotas, y anhelante por hacerse valer como ellos; pero agudo, sensato, y con temple de alma

para decir á Napoleon verdades útiles á menudo, y no en forma de pasajeros arranques, sino con bastante seriedad y concierto. Napoleon le amaba, le estimaba, se le mostró sinceramente dolorido, y despues de pronunciar estas palabras: *La muerte se nos aproxima*, empujó su caballo adelante, para ver marchar á sus reclutas, mientras se llevaban á Bessiéres envuelto en una capa. Experimentó la misma satisfaccion que Ney dos dias antes. Vió á sus conscritos asaltados por reiteradas cargas de caballería, rechazándolas con un buen humor imperturbable, y derribando delante de sus filas á trescientos ó cuatrocientos ginetes enemigos. Acabóse esta jornada de Lutzen con gozo por lo que se vió hacer á nuestros soldados, y con tristeza mayor de lo que se decia por la muerte del mariscal Bessiéres, en que muchas personas se obstinaban en descubrir un presagio. No obstante, hacia magnífico tiempo, y estaban animadissimas las tropas: todo sonreía al parecer de nuevo, así la naturaleza como la fortuna. Napoleón fué á visitar el monumento de Gustavo Adolfo, herido en esta llanura, á semejanza de Epaminondas, en el seno de la victoria, y dispuso que tambien se erigiera otro monumento al duque de Istria, muerto en los mismos lugares. Le dedicó algunas hermosas palabras en el boletín del dia, y escribió á su viuda una carta propia á envanecer una familia, y á consolar la tanto como consuela la gloria.

Al dia siguiente 2 de mayo, dia memorable, uno de los últimos favores concedidos por la fortuna á nuestras armas, se levantó Napoleon á las tres de la madrugada para dictar sus órdenes y escribir una porcion de cartas. Solo tenia que

andar cuatro leguas para ir á Leipsick y cruzar el Elster. Por las revelaciones de los espías, mas explícitas que los dias anteriores, se sabia que los rusos y los prusianos continuaban su movimiento sobre nuestra derecha; que yendo por detrás del Elster, se habian remontado hasta Zwenkau y Pegau, aparentemente para buscarnos donde no estábamos, esto es, por el camino mas próximo á las montañas. Ante esta noticia confirmóse Napoleon en la idea de ir sobre Leipsick en masa, y de caer acto continuo sobre el flanco del enemigo, y con el fin de realizar la tal idea, arregló sus movimientos con una profundidad de prudencia, que, á vueltas de las incertidumbres en que se hallaba por falta de caballería, le proporcionó el mas brillante y merecido triunfo. Llegado el principe Eugenio á Mackranstaedt en el curso del dia, tenia el paso sobre el cuerpo de batalla, y se le dejó Napoleon para que se pudiera trasladar á Leipsick sin demora. Le previno que enviara el cuerpo de Lauriston directamente sobre Leipsick y que despues dirigiera á Macdonald hácia la derecha sobre Zwenkau, punto donde se debian encontrar los destacamentos mas avanzados del enemigo, y recomendó-le que personalmente se mantuviera entre Lauriston y Macdonald, con la division de Durutte, la caballería de Latour-Maubourg y una fuerte reserva de artillería, á fin de correr en socorro del que se hallara en mayor apuro. Napoleon se aprestó á seguirle con la Guardia, para ayudar al que mas lo necesitase. Pero recelando, con una prevision de que solo era capaz su mente, que durante este movimiento sobre Leipsick intentasen los coaligados reunirse en masa sobre su derecha, ca-

biendo en lo posible que hubieran remontado el Elster para cogerle de flanco, retuvo á Ney con sus cinco divisiones en las cercanias de Lutzen, y le estableció en un grupo de cinco aldeas, siendo la principal de ellas la que se denomina Kaja, y se halla situada una legua mas arriba de Lutzen á orillas del Floss-Graben, canal de riego que cruzaba toda la llanura entre el Saale y el Elster. Apostado Ney en este punto con sus cinco divisiones debia formar un sólido eje en torno del cual íbamos á ejecutar nuestro movimiento de conversion. Quedaban Marmont, Bertrand, Oudinot, marchando detrás del ejército, y hallándose Marmont á orillas del Rippach, Bertrand algo mas á la espalda, y Oudinot junto al Saale mismo. Napoleon ordenó á Marmont y á Oudinot que cruzaran sucesivamente el Rippach, y se alinearan á la derecha de Ney para socorrerle ó ser socorridos, si de pronto eran atacados por el contrario, y trasladarse de seguida todos juntos hácia el Elster, entre Zwenkau y Pegau, dado caso de que no encontraran á nadie. Ney se hallaba de consiguiente sobre el punto sólido en torno del cual iba á girar una mitad del ejército, interin avanzando la otra entraria en Leipsick, y operaria el movimiento de conversion que nos debia colocar sobre el flanco del enemigo. Con tales precauciones, cuya profunda sagacidad se verá en breve, casi no habia que temer formal peligro, ejecutando delante de un ejército de mas de cien mil hombres una operacion delicada por extremo, bien que necesaria si se querian alcanzar resultados de bulto. Entre amigos y enemigos nos presentábamos cerca de trescientos mil combatientes á cuatro ó cinco leguas unos de otros.

Dictadas estas providencias con indicacion precisa á cada gefe de cuerpo del fin á que se propendia y de la conducta que se debia seguir en todas las eventualidades, se puso Napoleon á dictar cartas de seguida, no queriendo montar á caballo hasta las nueve ó las diez de la mañana porque solo entonces era cuando cada cual debia estar en marcha hácia su destino. Escribió al anciano duque de Valmy sobre la composicion de ciertos batallones; al general Lemarois, enviado al gran ducado de Berg, sobre los depósitos de caballería que se encontraban en su distrito; al principe Poniatowski sobre la union de los dos ejércitos del Elba y del Main, y sobre su marcha ulterior; al mayor general sobre someter á juicio al gobernador de Spandau, que habia capitulado; á otros muchos personajes finalmente sobre una porcion de objetos, y con especialidad al duque de Rovigo sobre la manera de hablar de los sucesos militares, en un momento en que la opinion desconfiada acogia menos facilmente que nunca las aserciones del gobierno, y terminada con estas notables palabras.— *Verdad, sencillez*, he aqui lo que hoy se necesita.

Despues de dictar de este modo con perfecta libertad de espíritu una porcion de cartas, partió á las diez de la mañana, y seguido de un escuadron de la Guardia corrió hácia Leipsick, de donde distaba cuatro leguas tan solo. Entre el número de oficiales de alta graduacion que iban en su compañía se contaba el mariscal Ney, llegado allí para ver por qué lado descargaría la tempestad que, según las apariencias, se agrupaba en rededor de nosotros. Media hora bastaba al mariscal para volver al galope á su cuerpo, si la tempestad caia so-

bre las cinco aldeas, cuya custodia tenia á cargo. En este momento, cortando el mariscal Macdonald delante de nosotros el camino de Leipsick de izquierda á derecha, se adelantaba sobre Zwenkau, interin el general Lauriston avanzaba de Mackrantaedt á Leipsick por la izquierda. Con la reserva que Napoleon le habia formado, consistente, segun hemos dicho, en la division de Durutte y en la caballeria de Latour-Maubourg, se hallaba el principe Eugenio sobre el mismo camino de Leipsick, pronto á llevar socorros al mariscal Macdonald ó al general Lauriston. Toda la Guardia seguia en masa hacia Leipsick al principe Eugenio. Despues de cruzar estas numerosas columnas, que le saludaban con los repetidos gritos de ¡viva el emperador!, llegó Napoleon delante de Leipsick para ser testigo del espectáculo mas animado.

Con efecto allí eran muy vivos el fuego de fusileria y el cañoneo. El intrépido Maison, gefe de la primera division del cuerpo de Lauriston, atacaba tan resuelta é inteligentemente como solia á la ciudad de Leipsick, defendida por el general Kleist con la infanteria prusiana. Segun se sabe, yendo de Lutzen, preceden á la ciudad de Leipsick, terrenos pantanosos y llenos de matorrales y cercados por muchos brazos del Elster, y hay que cruzar la larga serie de puentes echados sobre estos diversos brazos para llegar á la ciudad misma. Llenos se encontraban los bosquecillos comarcanos de tiradores; una fuerte artilleria, apoyada por la infanteria prusiana, ocupaba la aldea de Lindenau, situada á la entrada de los puentes del Elster. Despues de forzar el general Maison á los tiradores enemigos á replegarse, y de poner parte de su ar-

tilleria en bateria, trasladóse á la aldea de Leutsch, á la izquierda de Lindenau, y con cañones y una columna de infanteria abrió sobre este punto un fuego de flanco. De seguida lanzó al primer brazo del Elster un batallon, que tras de vadearlo, debia coger de revés á los prusianos encargados de defender la cabeza de los puentes. Terminada esta operacion, formó una columna de ataque, y dirigiéndola personalmente, acometió á las tropas encargadas de la defensa de Lindenau á la bayoneta. Tras de una defensa denodada, viéndose los prusianos amenazados de ser cogidos de revés por la columna que habia entrado en las aguas del Elster, evacuaron el primer puente, no sin prenderle fuego, y siguiólos Maison á la cabeza de su infanteria. Napoleon contempló algunos instantes con su antejo este ataque tan perfectamente dirigido, vió penetrar á sus tropas dentro de Leipsick confundidas con los prusianos, y á los numerosos habitantes de esta ciudad subidos á los tejados de sus casas, para saber cuál seria su suerte.

Mientras con un tiempo delicioso de mayo contemplaba esta escena, semejante á tantas otras que habian llenado su vida, de pronto retumbó un cañoneo sobre su derecha, cabalmente á la parte de Kaja, donde habia dejado al cuerpo de Ney alerta. No podia ser sorprendido ni desconcertado su espíritu, que habia calculado todas las eventualidades de esta vasta manobra. Algunos instantes estuvo atento á este cañoneo, que se fué aumentando, y al poco tiempo vino á ser terrible.—Mientras ibamos á rebasarlos, dijo Napoleon, ellos aspiran á hacerlo con nosotros; nada importa, prevenidos nos hallarán donde quiera.—Inmediatamente despachó

á Ney al galope, le previno que se estableciera en las cinco aldeas, y se mantuviese allí como una roca, lo cual era posible pues tenia cuarenta y ocho mil hombres, é iba á ser socorrido por fuerzas considerables á derecha é izquierda y á la espalda. Luego, con la celeridad de un espíritu preparado á todo, dispuso el completo trastorno de su orden de marcha, cosa tan difícil de prescribir á tiempo y de ejecutar puntualmente, sobre todo cuando se opera con tan grandes masas. Ante todo recomendó al general Lauriston que no se desprendiera de la ciudad de Leipsick, sino que dejara allí una de sus tres divisiones, y escalonara las otras dos á la espalda, vuelta la cabeza hácia Zwenkau para remontar el Elster hasta este mismo punto y trasladarse á la izquierda de Ney. A Macdonald, cuyas instrucciones consistian en dirigirse á Zwenkau, le previno que desde aquí declinara sobre Eisdorf, pequeña aldea situada á la izquierda de Ney y muy cerca del *Floss-Graben*. Este *Floss-Graben*, era el canal de riego que, segun hemos dicho, cruzaba la llanura de Lutzen, y por donde nuestras tropas debian haber pasado para encaminarse á Leipsick, mientras el cuerpo de Ney, situado en Kaja, se quedaba de este lado, y tenia allí el apoyo de su izquierda. Macdonald debia remontar el *Floss-Graben* hasta Eisdorf y Kitzen, y de este modo se debia hallar en aptitud de flanquear la izquierda de Ney y aun de rebasar al enemigo procedente de Zwenkau. Dejando el príncipe Eugenio á Lauriston en Leipsick, debia sostener á Macdonald con el resto de sus tropas. Tales fueron las disposiciones á la izquierda de Ney. Habiéndose quedado Marmont á las orillas del Rippach, detrás de Lut-

zen, se encontraba á la sazón en marcha. Napoleon le ordenó que se situara á la derecha del cuerpo de Ney en Starsiedel, una de las cinco aldeas de cuya custodia se hallaba este encargado. El general Bertrand, que estaba todavía mas lejos, tuvo orden de desembocar sobre las mismas espaldas del enemigo, enlazándose con Marmont. Asi Ney iba á ser flanqueado á derecha é izquierda por cuerpos, que debian no solo darle apoyo, sino tambien doblarse hácia los dos flancos del enemigo. Finalmente, para que no se le rompiera por el centro, dispuso Napoleon que toda su Guardia retrocediera, y dirigióla por el camino de Lutzen á Kaja. Llevaba á Ney el socorro de diez y ocho mil hombres de infanteria, que á la sazón no debia ser una tropa de parada, sino una vigorosa tropa de combate, arrojando á semejanza de su emperador todos los peligros en una campaña, donde se trataba de restablecer á toda costa el prestigio de nuestras armas. Para llegar al fuego necesitaban dos horas los unos y tres los otros; pero, como no eran mas que las once de la mañana, todos tenian tiempo de concurrir á esta gran batalla, y al restablecimiento de nuestro poderio quebrantado. Concebido y prescripto tan prontamente este vasto trastorno de su orden de marcha, arrancó Napoleon al galope, cruzando por entre las columnas de su Guardia que retrocedian al campo de batalla, que habiamos esperado encontrar delante de nosotros, y que ibamos á buscar forzosamente sobre la derecha y á la espalda. No habia cesado de crecer en viveza y en extension el cañoneo. Llenaba los aires su estampido, y todo anunciaba una de las jornadas mas memorables de esta era de sangre y de heroismo.

Véase lo acontecido á la parte del contrario, y lo que produjo en Kaja el encuentro esperado por Napoleon mas allá de Leipsick. — A la noticia de los dos combates que el general Wintzingerode habia dado con su caballería, delante y detrás de Weisenfels, el 2.º de abril y el 4.º de mayo, acabaron de comprender los coaligados que, cesando Napoleon de bajar el Saale para unirse al virey, acababa de pasarlo con el fin de marchar del Saale al Elster, de cruzar este último rio de seguida, y de cogerlos de flanco. Puesto que se anhelaba la batalla, se iba á cumplir el deseo, y en la llanura de Lutzen, donde la hermosa caballería de los aliados debia gozar todas sus ventajas contra una joven infantería, que apenas contaba algunos escuadrones para servir de exploradores. Llamado fué el general Wittgenstein que reemplazaba á Kutusóf, á quien se suponía ausente y no muerto, por contemplaciones al espíritu supersticioso del soldado ruso, y su gefe de estado mayor Diebitch dió en su nombre el plan de la batalla. Propuesto habia que se aprovechara el movimiento de flanco que Napoleon ejecutaba á fin de cogerle del propio modo, y atacarle hácia Lutzen, esto es, hácia Kaja, donde no se descubrían mas que simples destacamentos, acometerle en masa, y ya tomadas estas posiciones, echarle encima los veinte y cinco mil hombres de la caballería aliada, y arrojar á la infantería francesa, si se desordenaba de resultas del repentino ataque, á los terrenos pantanosos, que se extienden desde Leipsick á Merseburgo, punto de union del Saale y el Elster: si se lograba el intento, se hacia sufrir á Napoleon un verdadero desastre. Lo que es el plan estaba ingeniosamente con-

cebido, y obtuvo el asentimiento de los dos soberanos, y el del fogoso Blucher, que á cualquiera precio pedia una próxima batalla. Pero no basta idear un plan, es menester ejecutarlo; y tiene pocas probabilidades de ejecucion venturosa un plan por excelente que sea, si viene de abajo en lugar de venir de arriba. Aqui se necesitaba que las órdenes subiesen de Diebitch á Wittgenstein, de Wittgenstein á Alejandro y á Federico Guillermo, para volver á bajar de seguida á sus generales, y estos eran muchos rodeos para hacer que obraran cien mil hombres entre las once de la mañana y las seis de la tarde. Sin embargo, como estaban muy cerca unos de otros, como se aplicaban á la obra comun por extremo, y cómo los sentimientos mezquinos, obstáculo habitual de las grandes cosas, tenian poca parte en las resoluciones de cada uno, fueron menores los tropiezos de lo que debia esperarse de semejante organizacion de mando, y el 4.º de mayo por la noche se puso todo en movimiento hácia el objeto indicado.

Se convino en que durante la noche del 4.º al 2 de mayo pasarian el Elster los que venian de Leipsick y de Rotha por Zwenkau y por Pegau los procedentes de Borna; en que de seguida se cruzaria el *Floss-Graben*, yendo á caer por un movimiento de conversion sobre las cinco aldeas situadas á la derecha de Lutzen, donde solo se habian descubierto algunos hivaques, y en que allí se precipitarian todos sobre el ejército francés en masa, estando pronta la caballería á cargar al galope, cuando la infantería se hubiese apoderado de las aldeas.

Toda la noche se pasó en estas maniobras, viniendo Wittgenstein y York de Leipsick con veinte

y cuatro mil hombres, cruzaron el Elster por Zwenkau, y encontraron allí á Blucher que lo atravesaba con sus veinte y cinco mil combatientes, lo cual produjo cierta confusion y algun retraso. Por Pegau cruzaron el Elster los diez y ocho mil hombres, de que constaban las guardias y las reservas llevadas por el emperador Alejandro, y todos juntos fueron á alinearse sobre el terreno reconocido por la caballería del general Wintzingerode, hácia el flanco del ejército francés, paralelamente al camino de Lutzen á Leipsick. Esta caballería era fuerte de doce á trece mil hombres. Con doce mil soldados estaba Miloradowitch mas allá del Elster y á lo largo de las montañas donde al principio se supuso que Napoleon podría presentarse. Una masa componian todos de cerca de noventa y dos mil hombres de superior calidad, animados los más de un ardoroso patriotismo, y especialmente los prusianos. Tiempo habían requerido los movimientos que se les habían ordenado. Aun desfilaban á las diez de la mañana, y se aplaudian al ver al ejército francés en marcha sobre Leipsick, con la esperanza de sorprenderle. Por lo que hace al cuerpo de Ney, sumido en las aldeas dichas, no dejaba descubrir mas que algunas hogueras, sin otra apariencia que la de destacamentos situados por precaucion en aquel punto. Abandonando Alejandro y Federico Guillermo el mando á Wittgenstein que apenas lo ejercía, dado que otro pensaba en su nombre, recorrian á caballo las filas de sus tropas, recibian sus aclamaciones, y de esta suerte contribuian á una pérdida de tiempo ya harto grande.

Despues de cruzar los coaligados el *Floss-Graben* por mas arriba de nosotros para trasladarse á

Lutzen, interin nosotros lo habiamos cruzado mas abajo y en sentido opuesto para trasladarnos á Leipsick, apoyaban su derecha en el *Floss-Graben*, su izquierda en la cuenca del Rippach, y tenian en frente las cinco aldeas, que iban á ser tan violentamente disputadas. Primeramente se presentaba la aldea de Gross-Gorschen ante sus ojos; despues venia la de Rahna sobre su izquierda, y la de Klein-Gorschen sobre su derecha. Aun siendo aquella una llanura, estas tres aldeas se hallaban en el fondo de una depresion de terreno muy poco sensible, donde se juntan varios arroyos con árboles á sus orillas, que forman balsas para uso del ganado, y llevan al *Floss-Graben* sus aguas. Desde el punto donde se hallaban los coaligados descubrian distintamente estas tres aldeas de Gross-Gorschen en primera linea, y de Rahna y de Klein-Gorschen en segunda: luego extendiendo la vista á mayor distancia divisaban cómo volvia á subir gradualmente el terreno, y cómo asomaba encima la aldea de Kaja á la derecha y contra el *Floss-Graben*, la aldea de Starsiedel á la izquierda y cerca del Rippach, y por último y mucho mas lejos el puntiagudo campanario de Lutzen y el camino de Leipsick.

Acordóse que desde luego atacara Blucher las tres primeras aldeas; que Wittgenstein y York le dieran apoyo; que Wintzingerode, situado á la izquierda con su caballería, estuviera pronto á caer sobre los franceses así que se les considerara trastornados; y finalmente que la Guardia y las reservas rusas de infantería y caballería, alineadas á la derecha, se hallaran apercebidas á ir en ayuda de los que flaquearan en el combate. No se desespere-

raba de ver llegar á Miloradowitch á tiempo de tomar parte en la batalla. Sin su concurrencia se contaban ochenta mil hombres bien concentrados y perfectamente resueltos.

Después de dar una hora de descanso á las tropas, los prusianos de Blucher atacaron antes que nadie, á la vista de los dos soberanos, que, situados á alguna distancia y sobre una ligera cumbre, podían presenciar los actos de adhesión de sus soldados. A eso de medio día Blucher, asistente á todos los ataques, á pesar de sus setenta y dos años, y digno adversario del mariscal Ney contra quien iba á pelear en esta jornada, avanzó á la cabeza de la división de Kleist sobre Gross-Gorschen. Advertida por estos largos preparativos la división de Souham del cuerpo de Ney, tuvo tiempo de ponerse sobre las armas. Con artillería se hallaban fuera de la aldea cuatro batallones. Precedido Blucher por tres baterías hizo sobre los cuatro batallones de la división de Souham un fuego violento y bien dirigido. Buen continente mostraron aquellos reclutas, pero desmontadas dos ó tres piezas suyas, y acometidos por la infantería de Kleist con vigor extremado, fueron repelidos á Gross-Gorschen, después desbordados á derecha é izquierda, y arrollados sobre Rahna y Klein-Gorschen, segunda posición de ellos. Vivó gozo sintióse encima de la cumbre, desde donde Alejandro y Federico Guillermo observaban la batalla, y en todos los corazones surgió la esperanza de una gran victoria. A la izquierda de esta calorosísima acción y en frente de Starsiedel, aproximóse Wintzingerode con sus tropas de á caballo á las aldeas atacadas, á fin de rebasarlas y de aprovechar la ocasión de una car-

ga decisiva. Pero apenas empezaba el combate, y durante el día podían alterar su faz muchas vicisitudes.

No era fácil desalojar á los soldados de Souham que se habían refugiado en Klein-Gorschen y Rahna. Numerosos medios de resistencia ofrecían los fosos, las tapias, las balsas, que se hallaban entre estas aldeas. Fuerte la división de Souham de doce mil hombres, y toda junta bajo su veterano general que unía á una rara intrepidez una experiencia de veinte años, se defendía con denuedo. Por desgracia la división de Girard, que estaba algo á la derecha en dirección de Starsiedel, no esperando tal acometida, aun se hallaba en el desorden del bivaque, y el envío de sus caballos al forrage condenaba á su artillería á una inmovilidad completa. Así Souham podía ser rebasado por esta parte. Pero, habiendo cruzado el mariscal Marmont el Rippach en este momento, desembocaba de Starsiedel enfrente de Wintzingerode. Marchando este mariscal con un brazo vendado á la cabeza de sus tropas, alineó á un lado á la división de Bonnet, á otro á la de Compans, y dispuso á ambas en muchos cuadros, de modo de cubrir la derecha de Souham, y de preteger la formación de la división de Girard. No atreviéndose Wintzingerode á acometer á estos infantes, que parecían sólidos á semejanza de murallas, acerbillosos á balazos sin comoverlos. Al abrigo de este apoyo se formó la división de Girard, y fué á establecerse á la derecha de Souham sobre la prolongación de Rahna y de Klein-Gorschen.

Ante espectáculo semejante Blucher y los dos soberanos echaron de ver que el ejército francés se

habia sorprendido menos de lo que se habia esperado, y que no seria tarea tan obvia quitarle estas aldeas en las que aparecia establecido tan fuertemente. No conociendo obstáculos, abrigando en el corazon además de su valor todas las pasiones germánicas, se apoderó Blucher de su division segunda, la de Ziethen, y llevóla con tanta energía sobre Klein-Gorschen y Rahna, adonde se habia transferido la lucha, que logró romper las divisiones de Souham y de Girard. Cuerpo á cuerpo se batieron en los jardines y las anchas plazas de ambas aldeas, y al cabo, animados los prusianos de cierta especie de rabia, expulsaron á nuestros reclutas y repeliéronlos hácia Kaja de un lado, y hácia Starsiedel de otro. Pero no era fácil de tomar la aldea de Kaja, y la de Starsiedel estaba cubierta por los cuadros de las divisiones de Bonnet y Compans. Sin embargo, arrebatado Blucher por su héroe ardimiento, avanzaba resuelto á superar los obstáculos todos, cuando sobrevinieron nuevas fuerzas de nuestro lado.

Este era el momento en que el mariscal Ney despachado por Napoleon llegaba de Leipsick al galope, trayendo á paso de carrera á aquellas de sus divisiones que estaban detrás de Kaja. Al cabo iba á encontrar Blucher una energía capaz de contener la suya. Al paso hizo Ney empuñar las armas á las divisiones aun no empeñadas en el lance. A la de Marchand, compuesta de alemanes de los pequeños principes, dirigióla mas allá del *Floss-Graben*, sobre Eisdorf, por el camino que Macdonald seguia para rebasar al enemigo. Ordenado habia á la division de Ricard, situada entre Lutzen y Kaja, que se le incorporara lo mas pronto posible,

y hallando á la de Brennier dentro de Kaja, se puso á su cabeza para marchar en apoyo de Souham y de Girard, rechazados de Klein-Gorschen y de Rahna.

Entonces la accion se sostenia con extremada violencia. A la vista de aquel rostro enérgico de Ney, de ardientes ojos y nariz proeminente, dominando un cuerpo cuadrado de fuerza atlética, recobran confianza nuestras reclutas. Ney los rehace detrás de la division de Brennier, y como invulnerable bajo un continuo fuego de artillería, toma todas sus disposiciones para reconquistar las abandonadas aldeas. Efectivamente se acomete á bayoneta calada, y se encuentra á los prusianos, que ya pasaban de ellas y no querian abandonar su conquista. No obstante, si para los prusianos se trata de restablecer la grandeza de su patria, para nuestros generales, para nuestros oficiales, es cuestion de conservar la grandeza de la nuestra, y transmitiendo á nuestros reclutas el fuego que les anima, los empujan adelante y vuelven á entrar en Klein-Gorschen á un lado y en Rahna á otro. Allí la pelea viene á ser furiosa. Cuerpo á cuerpo se lucha en medio de las ruinas de estas aldeas. Vueltos Souham y Girard á Klein-Gorschen y á Rahna detrás de Brennier, de nuevo establecen allí á sus soldados, que jamas habian visto el fuego, y que asistiendo por via de estreno á una de las mas crueles matanzas de entonces, estaban como embriagados por la pólvora y la novedad de espectáculo. Dueños quedan de ambas aldeas, y rechazaban á los prusianos sobre Gross-Gorschen, su primera conquista.

Napoleon llega en esto, recorriendo las filas de

los heridos, que, con los miembros mutilados, gritan ¡viva el emperador! y ve á Ney que se sostiene en el centro, á Eugenio que con Macdonald marcha á la izquierda mas allá del *Floss-Graben*, para rebasar al enemigo hácia Eisdorf, y á Marmont, que, formado sobre la derecha en muchos cuadros, se mantiene en Starsiedel. Aun no descubre á Bertrand que se halla lejos, pero cuenta con su llegada, y sabe que la Guardia, acude á toda prisa. Muéstrase tranquilo y deja que prosiga la batalla.

Pero todavía tiene Blucher la Guardia real y las reservas, y no necesitando del beneplácito de nadie para disponer de cuantos son prusianos, se apodera de ellos y los lleva adelante con cierta especie de patriótica furia. A la de rechalanza uno ó dos batallones mas allá del *Floss-Graben*, para mantener á Eisdorf, hácia donde ve marchar una columna de franceses: á la izquierda lanza la Guardia real de á caballo sobre las divisiones de Bonnet y de Compans, formadas en cuadro delante de Starsiedel, y envía á decir á Wintzingerode que apoye este ataque con toda la caballería rusa. Hácia el centro cae con la infantería de la Guardia real sobre Klein-Gorschen y Rahna. Este esfuerzo, intentado con la resolución de gentes que quieren vencer ó morir, se logró como las resoluciones del heroísmo desesperado. Blucher es herido en un brazo, pero no abandona el campo de batalla, se apodera de nuevo de las aldeas de Klein-Gorschen y de Rahna, y sin tomar aliento marcha sobre Kaja, que logra arrebatarnos por vez primera, mientras su caballería, lanzada sobre las divisiones de Bonnet y de Compans, procura romper sus cuadros. Pero, habituados los marinos de Bonnet á la

artillería de grueso calibre, reciben las balas, y luego los asaltos de caballería, sin manifestar el mas leve movimiento.

A pesar de todo, Rahna es forzada, abierto del todo queda nuestro centro, y si obrando concertadamente los coaligados, envían en apoyo de Blucher el ejército ruso, puede ser la línea de Ney rota, sin que nuestra Guardia imperial tenga tiempo de cerrar la brecha. Napoleón en medio del fuego junta á sus conscritos.—¡Jóvenes, les dice, habia contado con vosotros para salvar el Imperio, y os dais á la fuga!—Aun no tiene á la mano á la Guardia, que avanza á toda prisa; ya no posee aquellos ochenta escuadrones de Murat, que tiempos antes lanzaba tan oportunamente sobre los campos de Eylau ó del Moskowa. Pero le queda la division de Ricard, la quinta de Ney, y ordena al conde de Lobau que se ponga á su cabeza para recuperar á Kaja. Lobau conduce contra el enemigo á esta jóven infantería, mientras Souham, Girard y Brennier, se ocupan en juntar sus soldados. Marcha sobre Kaja, y encuentra allí á la Guardia prusiana; la acomete á la bayoneta y la repele. Se vuelve á entrar en esta aldea, y se empuja á los prusianos hácia el terreno ligeramente hundido, donde se hallan las dos aldeas de Rahna y de Klein-Gorschen. Al mismo tiempo á las órdenes de Ney tornan Souham y Girard á la carga con sus rehechas divisiones, y restablecido el combate prosigue con la misma violencia. Se fusilan y se ametrallan casi á quema-ropa. Como un héroe se porta Girard, aquel gefe que habia sufrido una desgraciada sorpresa en Extremadura; á pesar de recibir una herida, continúa en medio del fuego.

De una á otra ala y en el espacio de mas de dos leguas se extiende esta escena de carnicería. Después de arrebatarse con sus tres divisiones la aldea de Rapitz á las tropas avanzadas del enemigo, se acerca Macdonald á Eisdorf y á Kitzen, y hace resonar el estampido de sus cañones á nuestra izquierda mas allá del *Floss-Graben*. Hacia el lado opuesto desemboca Bertrand por mas allá de la posición de Marmont, y sobre nuestra derecha se descubre á lo lejos su division primera, la de Morand, aproximándose en muchos cuadros.

Para los coaligados esta es la hora de probar el último esfuerzo, antes de ser rebasados por todas partes. Hasta el presente solo Blucher y Wintzingerode se han empeñado en la lucha con cerca de cuarenta mil hombres. Detrás y á la izquierda quedan York y Wittgenstein con diez y ocho mil hombres, y además otros tantos de las guardias y las reservas rusas.

Blucher, todo ensangrentado, pide que se le sostenga, y que se descargue un gran golpe sobre el centro, porque solo por este punto se pueden alcanzar resultados decisivos, empezando á envolver una vasta creciente de fuegos de derecha á izquierda al ejército coaligado. No hay que andar en vacilaciones, y se ordena que la segunda línea, la de Wittgenstein y York, marche en apoyo de las tropas de Blucher ya tan maltratadas. Aun se pudiera obrar de mejor manera, lanzando además de York y Wittgenstein las guardias y las reservas rusas sobre el centro de los franceses, y enviando la caballería de Wintzingerode y todas las fuerzas disponibles sobre las divisiones de Marmont, sin mas apoyo que sus cuadros. Pero, afectando el

emperador Alejandro aparecer en todas partes, y no hallándose donde convendría que estuviera, no manda é impide que Wittgenstein lo ejecute, mientras el cuerdo rey de Prusia, que ni siquiera se cuida de parecer valiente, aun siéndolo, no se atreve á dar una orden. Sin embargo la resolución de probar el postrer esfuerzo, tomada bastante confusamente, se pone por obra. Son las seis de la tarde, y aun hay tiempo de romper el centro de los franceses, donde, haciéndose Blucher casi destruir, ha destruido casi á las dos divisiones de Ney. A sostener el cuerpo medio aniquilado de Blucher, llegan las tropas de Wittgenstein y de York; marchan sobre las inflamadas ruinas de Klein-Gorschen y de Rahna, pasando por entre los restos del ejército prusiano, y bajo una lluvia de fuego, se adelantán sobre Kaja, en tanto que Wintzingerode con la Guardia prusiana de a caballo y parte de la caballería rusa, se lanza sobre los cuadros de Marmont, situados en una posición algo á la espalda para apoyarse en Starsiedel. ¡Vanas acometidas! A semejanza de ciudadelas inflamadas, los cuadros de Bonnet y de Compans vomitan fuego desde sus muros en pie siempre; pero á la derecha los diez y ocho mil hombres de Wittgenstein y de York, guiados con el brio que exige esta circunstancia extremada, repelen á las divisiones de Ney tan maltratadas como las de Blucher, las arrollan hácia Kaja, entran en esta aldea, y al desembocar de allí se encuentran con la Guardia de Napoleon frente á frente. Mas allá del *Floss-Graben*, el principe de Wurtemberg disputa la aldea de Eisdorf á las tropas de Macdonald.

A su turno corresponde á Napoleon intentar un

esfuerzo decisivo, pues vanamente están prontas sus alas á replegarse sobre el enemigo, si su centro queda roto. Pero aun tiene los diez y ocho mil hombres y la poderosa reserva de artillería de la Guardia imperial á la mano. En medio de sus conscritos, algunos de los cuales huyen hasta su lado, en medio de las bombas y de las balas que caen en torno de su persona, hace avanzar á la Joven Guardia, y ordena que los diez y seis batallones de la division de Dumontier rompan sus cuadros, se formen en columnas de ataque, marchen con la izquierda hácia Kaja y la derecha hácia Starsiedel, embistan con empuje, destrocen las líneas enemigas, y venzan en suma, porque es absolutamente necesario. Entretanto, formada la Vieja Guardia en seis cuadros, se mantiene firme como otros tantos reductos destinados á cerrar el centro de nuestra línea. Al mismo tiempo Napoleon prescribe á Drouot que marche con ochenta bocas de fuego de la Guardia á situarse algo oblicuamente sobre nuestra derecha delante de Starsiedel, á fin de coger de frente á la caballería, que ataca sin interrupcion á las divisiones de Marmont, y de coger de flanco á la línea de infantería de Wittgenstein y de York.

Expedidas estas órdenes son ejecutadas casi al minuto. Guiados los diez y seis batallones de la Joven Guardia por el general Dumontier y por el mariscal Mortier, avanzan en columnas de ataque, se unen al paso las tropas de Ney que aun pueden seguir la pelea, y bajo una lluvia de fuego penetran en Kaja. Despues de recuperar esta aldea, pasan al otro lado y arrollan sobre Klein-Gorschen y Rahna á las tropas de Wittgenstein, de York, de Blucher, precipitados en confusion á la quebrada

donde se hallan situadas estas aldeas. De seguida hacen alto sobre el declive del terreno, y dejan á Drouot el espacio necesario para hacer que obre su artillería. Sirviéndose este con arte de la ventaja del terreno, dirige parte de sus ochenta piezas de artillería sobre la caballería contraria, y con el resto coge en declive á la infantería de Wittgenstein y de York, y hace llover metralla y balas sobre unos y otros. Abrumadas la infantería y la caballería enemigas por esta masa de fuegos, muy pronto se ven compelidas á emprender la retirada. En el mismo instante, hácia nuestra izquierda y mas allá del Floss-Graben, dos divisiones de Macdonald, las de Fressinet y de Charpentier, arremeten la una contra Kitzen y la otra contra Eisdorf, y se las arrebatan al príncipe Eugenio de Wurtemberg, á pesar de los socorros enviados por Alejandro. Al extremo opuesto, es decir á la derecha, Bonnet y Compans guiados por Marmont rompen al fin sus cuadros, y se lanzan en columnas sobre el flanco del enemigo, á cuyas espaldas ya hace oír Morand sus cañones.

Son cerca de las ocho, y la confusion de ideas empieza á invadir al estado mayor de los coaligados. Reunidos Alejandro y Federico Guillermo con sus generales sobre la cumbre desde la cual descubren la batalla, deliberan relativamente á lo que por hacer les falta. Blucher, mas vehemente que nunca, y vendado el brazo, quiere que se precipiten de nuevo sobre el centro de los franceses á la cabeza de la guardia rusa. A su vez Miloradowitch llegará durante la noche, para servir de reserva ó cubrir la retirada del ejército, si hay necesidad de emprenderla. Por tanto se pueden aventurar sin

recolo todas las tropas que aun no han venido á las manos. Fundadamente responden York y Wittgenstein que están rebasados por la derecha hácia Eisdorf, por la izquierda hácia Starsiedel, que, si insisten, se exponen á ser envueltos, y á dejar en manos de Napoleon por lo menos una parte del ejército aliado, y finalmente, que el gefe de la artillería no tiene municiones. Ante razones semejantes, no queda otro arbitrio que el de emprender la retirada. Con efecto, se da la orden para comenzarla. Pero Blucher indignado grita en medio de las sombras ya extendidas sobre las dos huestes; que no debe de ser derramada tanta sangre preciosa sin fruto; que no está perdida la jornada; que lo va á probar solo con su caballería, y que moverá á sonrojo á cuantos se manifiestan anhelosísimos por abandonar una victoria casi segura. Con efecto, aun se podian llevar cuatro ó cinco mil ginetes prusianos y principalmente de la Guardia real al combate: juntólos, se puso á su cabeza, y aunque empezaba á cerrar la noche, cae á semejanza de un furioso sobre las tropas francesas, que se hallan á la izquierda de los aliados delante de Starsiedel, y son las del cuerpo de Marmont. Cansados los soldados de este mariscal de tan largo combate, apenas se hallan en las filas, y se desbanda el primer regimiento, 37.º de ligeros, de formacion reciente, sorprendido por tan súbita irrupcion de la caballería prusiana. Acudiendo Marmont con su estado mayor entero, tambien es arrastrado en la derrota. Apeado de su caballo y marchando á pié con el brazo vendado, va entre los soldados fugitivos del regimiento 37.º Pero formadas á tiempo las divisiones de Bonnet y de Compans resisten á

todos los ímpetus de Blucher. Desgraciadamente, disparando en medio de la oscuridad contra cuantos avanzan hácia ellas, matan á algunos soldados del regimiento 37.º, y hasta á muchos oficiales de Marmont, en especial al coronel Jardet, el que fué enviado á Napoleon despues de la batalla de Salamanca.

Bien pronto se apacigua el pasajero disturbio, y al cabo dormimos sobre este campo de batalla, cubierto de ruinas, inundado de sangre, y que se ven los enemigos en la necesidad de abandonarnos, tras de disputarlo por largo tiempo. Mas no poseemos la hermosa caballería que otras veces para correr detrás de los vencidos, para coger á millares los prisioneros y los cañones. Además, delante de un enemigo, que se batia con tal saña, convenia ser circunspectos y renunciar á coger todos los trofeos de la victoria.

Napoleon quiso que se permaneciera á pié firme: sabia que desde Kaja, como desde una incontrastable roca, se habia contenido el ímpetu de los enemigos, embriagados con su triunfo, y que no darian un paso mas hácia adelante. Con efecto, á contar desde esta hora, se debia restablecer su fortuna, bien que á condicion de que su razon se restableciera asimismo. Sobre el campo de batalla pernoctó en espera de los trofeos de la victoria que pudiera coger á otro dia, aunque avalorando ya perfectamente su precio.

A otro dia, 3 de mayo, se encontraba á caballo desde el alba para recoger los heridos, ordenar sus tropas y perseguir al enemigo. Al galope cruzó aquella quebrada, donde aun ardian las aldeas de Rahna, de Klein-Gorschen y de Gross-Gors-

chen, trepó hacia la posición que los dos soberanos aliados ocuparon durante la batalla, y vió mas claramente lo que se había querido intentar en su contra, esto es, rebasarle, mientras personalmente se proponía rebasar á sus enemigos. Pero, proporcionándole su rara prevision un eje sólido en Kaja y en torno del cual podia maniobrar seguro, había desbaratado completamente los planes de los coaligados. Con la caballería perdida en Rusia los cogiera á millares. En el estado actual de las cosas nada mas pudo coger que heridos y cañones desmontados, juntando gran número de estos trofeos. De los noventa y dos mil hombres de los coaligados, unos sesenta y cinco mil entraron en lucha, si bien con encarnizamiento. No hubo muchos mas de nuestro lado, pues solo tomaron parte en la acción cuatro divisiones de Ney, dos de Marmont, otras dos de Macdonald y una, de la Guardia. En estos cuerpos fue grande la pérdida por ambas partes. Lo menos cayeron veinte mil prusianos y rusos, y nosotros perdimos de diez y siete á diez y ocho mil hombres. Mas llevábamos perdidos que el enemigo hasta el momento en que la formidable artillería de la Guardia inclinó á nuestro favor la balanza de la carnicería. Se portaron heroicamente los prusianos, con denuedo, aunque sin pasión los rusos. Unos y otros acreditaron la confusión de una coalición en sus consejos. Nuestra infantería secundó con el valor impetuoso de la juventud, y tuvo la ventaja de ser dirigida por Napoleon en persona. Nunca éste había expuesto mas su vida, ni acreditado mas su genio, ni manifestado en mas alto grado, no solamente los talentos de un general de grandes miras que prepara sabiamente sus opera-

ciones, sino tambien de un general de batalla que, sobre el terreno, y segun el giro de los sucesos, cambia sus planes, y trastorna sus concepciones, para adoptar las que exigen las circunstancias. Este era el caso de darse por satisfecho, aunque los resultados materiales no fuesen de tanto bulto como otras veces, cuando se hallaban en su estado de perfeccion todas las armas, y cuando peleábamos contra adversarios no impelidos por la resolución de la desesperacion todavia; repetimos que este era el caso de darse por satisfecho, y de mostrarse agradecido á esta nacion generosa que le habia prodigado de nuevo su sangre mas pura, y de ser prudente al menos por consideracion á ella. ¿Acaso iba Napoleon á recibir este favor del cielo con el espíritu que conviniera deseárselo y recibirle, con el espíritu en que la nacion lo habia esperado al precio de su sangre, ó á volver á los delirios de su ambicion desapoderada? Muy en breve lo debian decidir los sucesos.

Por de pronto no habia mas que aprovechar la victoria, y en esto no tenia igual Napoleon, como tampoco en el arte de prepararla. Despues de emplear sobre el campo de batalla el 3 de mayo en recoger heridos, en concertar sus cuerpos de tropas quebrantadas por tan rudo choque, y sobre todo en tomar lenguas acerca de la direccion del enemigo, prestamente reconoció hasta qué punto habia sido decisivo el golpe descargado á los coaligados, pues retrogradaban á toda prisa á pesar de sus fastuosas pretensiones. No se descubrian por el camino mas que columnas de tropas ó equipages en retirada, y se les veia sin poderles dar alcance por falta de caballería, pero evidente era

que ya no se detendrían mas que en el Elba y quizá en el Oder. Esta derrota positiva é indisputable no les impedia ostentar en su lenguaje la mayor arrogancia. Gozosisimo Alejandro de haberse portado perfectamente en el fuego, se atrevia á llamar á esta jornada una victoria, y fuerza es decir que era triste costumbre de los generales rusos la de alterar extrañamente la relacion de los sucesos militares, como si no les permitieran ser verídicos las grandes cosas que en el espacio de dos siglos han llevado á remate. Sin embargo, cabe concebir que de este modo se procediese respecto de los rusos, porque se miente á las naciones en proporcion de su ignorancia; pero acreedores eran los alemanes á que se propalaran menos mentiras sobre esta jornada. Y con todo, aturdidisimos al parecer los prusianos de haber hecho cara á Napoleon, tuvieron valor para escribir á todas partes, y especialmente á Viena, que habian alcanzado una verdadera victoria, y que si se retiraban, era por falta de municiones y por un simple cálculo militar. Pase lo del cálculo, pero entendiéndose el del vencido que va á buscar su seguridad lejos del enemigo, contra cuya aproximacion no puede sostenerse. Con efecto, los coaligados marcharon tan de prisa como les fué posible, para pasar el Elster, el Pleisse, el Mulda y el Elba, y poner cien leguas de pais entre ellos y los franceses.

Despues de convencerse Napoleon de la importancia de esta batalla de Lutzen por la presteza del enemigo en emprender la retirada, escribió á Munich, á Stuttgard, á Paris, cartas llenas de justo orgullo, y de admiracion bien merecida por sus reclusas. A Pegau fué á pernoctar el 3 de mayo, y

segun su costumbre, se levantó á media noche para ordenar sus disposiciones de marcha. Podia acontecer que los coaligados tomaran dos direcciones; que los prusianos ganaran por Torgau el camino de Berlin, á fin de ir á cubrir su capital, y que los rusos siguieran el camino de Dresde para volver á entrar en la Silesia. Por el contrario podia acontecer que, abandonando á Berlin á su suerte y al celo del príncipe real de Suecia, continuaran los coaligados juntos su marcha sobre Dresde, permaneciendo apoyados en las montañas de Bohemia y en el Austria, para decidir á ésta en favor suyo, afirmándola que estaban victoriosos, ó que si nó lo estaban ahora, lo estarían muy luego. Posibles eran una y otra conducta, pues habia poderosas razones que alegar en apoyo de ambas. Si importaba mucho permanecer unidos y mantenerse junto al Austria, igualmente importaba no abandonar Berlin y todos los recursos de la monarquía prusiana á los franceses. Para esta doble hipótesis, combinó Napoleon sus disposiciones. Si se dividian los coaligados, tambien podia dividirse, y enviar por una parte una columna de ochenta mil hombres detrás de los prusianos, y los perseguiria de muerte, y cruzaria el Elba detrás de ellos, y luego entraria victoriosa en la capital de Prusia, y por otra marchar detrás de los rusos en persona con ciento cuarenta mil soldados, pisarles sin tregua los talones, penetrar en Dresde con ellos y lanzarlos hácia Polonia. Si al revés, no se separaban los coaligados, convenia seguir su ejemplo, aplazar la satisfaccion de entrar en la capital de Prusia, y perseguir en masa á un enemigo que se retiraba del mismo modo. Con una profundidad de combi-

naciones, de que solo Napoleon era capaz, fijó su plan de manera de poderse plegar á una hipótesis ó á otra. Detrás dejó al cuerpo de Ney para que se repusiera de sus heridas, pues de diez y siete ó diez y ocho mil hombres muertos ó heridos de los nuestros, doce mil pertenecian á este cuerpo solo. Autorizóle para permanecer dos dias en Lutzen con el objeto de establecer allí un buen hospital, donde entraran sus heridos mas maltratados, y de preparar el transporte á Leipsick de los que estuvieran menos graves. Le previno que despues entrara en Leipsick con grande aparato. Esta ciudad habia hecho alarde de un espíritu harto hostil para que se le ahorrara el espectáculo de nuestros triunfos y el terror de nuestras armas. Desde Leipsick debia marchar el mariscal á Torgau, y allegar allí á los sajones, probablemente afirmados en su fidelidad de resultas de la victoria de Lutzen. Poniéndolos con la division de Durutte á las órdenes del general Reynier, formarian un cuerpo de catorce á quince mil hombres, con que el mariscal Ney se encontraria reforzado. Además le agregó Napoleon el mariscal Victor, no solo con los segundos batallones de este mariscal reorganizados en Erfurt, sino tambien con parte de los del mariscal Davout, que este debia prestar por algunos dias. De este modo el mariscal Victor podia reunir veinte y dos batallones, con fuerza de quince ó diez y seis mil hombres. Finalmente, quedaba la division de Puthod, la cuarta del cuerpo de Lauriston, dejada con el general Sebastiani á la izquierda del Elba, para castigar á los cosacos de Tettenborn, de Donnenberg y de Czernichef. Napoleon previno á esta division que se dirigiera á

Wittenberg á toda prisa, para unirse al mariscal Ney mas allá de Torgau. Tanto la seguridad del bajo Elba, como de los departamentos anseáticos, fiábala al general Voudamme, que ya estaba en Brema con parte de los batallones de los cuerpos antiguos rehechos, y en la misma victoria de Lutzen. De consiguiente el mariscal Ney, que de sus cuarenta y ocho mil hombres conservaba treinta y cinco ó treinta y seis mil todavia, iba á allegar á Reynier con quince ó diez y seis mil franceses y sajones, al duque de Bellune con quince mil franceses, con catorce mil al general Sebastiani, todos los cuales debian formar en el término de ocho dias un total de ochenta mil hombres. A Ney tocaba el honor de perseguir á Blucher, si éste echaba por el camino de Berlin y de entrar en su seguimiento en la capital prusiana. De esta suerte queria Napoleon oponer el impetu de Ney al impetu del héroe de Prusia. Si por el contrario, no dividiéndose el enemigo, pensaba en combatir una vez mas antes de volver á pasar el Elba, lo cual era poco probable, dos dias bastaban para traer los ochenta mil hombres de Ney sobre el flanco de los coaligados. Persiguiendo Napoleon en lugar de ser perseguido, podia á la sazón elegir el sitio donde le conviniera dar una segunda batalla.

Napoleon se reservaba el cuidado de marchar personalmente detrás de la masa principal de los coaligados con Bertrand y Oudinot, reforzados el uno por una division bávara y el otro por una division wurtemberguesa, con Marmont que no habia perdido mas que seiscientos ó setecientos hombres, con Macdonald, que habia perdido dos mil á lo sumo, con Lauriston que delante de Leipsick habia

dejado seiscientos ó setecientos, y finalmente, con la Guardia disminuida, como en mil hombres, esto es, con cerca de ciento cuarenta mil combatientes. Tomadas estas disposiciones, y despues de recomendar á Ney que repusiera bien sus tropas, y de exigir seis mil camas en Leipsick para sus heridos, y de proveerse en la misma ciudad de cuanto le hacia falta, Napoleon partió de Pegau en tres columnas. La principal, compuesta de Macdonald, de Marmont, de la Guardia, y dirigida por el príncipe Eugenio en persona, debia ganar por Borna el camino real de Dresde, el que pasa por Waldheim y Wilsdruff. La segunda, compuesta de Bertrand y de Oudinot, manteniéndose á cuatro ó cinco leguas sobre la derecha, debia seguir por Rochlitz, Mittwejda y Freyberg, la falda de las montañas de Bohemia. La tercera, formada del cuerpo de Lauriston tan solo, por Wurtzen debia correr sobre Meissen, uno de los puntos de paso del Elba, cuya ocupacion tenia mas importancia, y enlazar á Napoleon con el mariscal Ney. Sobrado evidentemente se hallaba el enemigo en retirada, para que se temiera hallarle en masa sobre ningun punto y columnas de cincuenta á sesenta mil hombres bastaban para todos los encuentros probables. Además, al cabo de algunas horas se podian juntar dos de estas columnas, cosa que permitia precaver todo accidente, y vivir con mas holgura, se facilitaban mas las exploraciones, siguiendo los tres caminos que conducian al Elba, y se tenia la probabilidad de envolver en esta especie de red á los destacamentos extraviados, que por falta de caballeria, no podian ser cogidos á la carrera.

Napoleon partió el 5 de mayo para Borna, á fin

de ir detrás de su principal columna. Le precedia el príncipe Eugenio, quien, llegado á Kolditz junto al Mulda, halló la retaguardia de los prusianos apostada á lo largo del rio, cuyos puentes estaban destruidos. Se remontó algo á la derecha, descubrió un paso para una columna y una parte de su artilleria, y se fué á establecer sobre una cumbre que dominaba el camino real de Dresde. Entonces se vieron obligados los prusianos á abandonar las márgenes del rio, y á retirarse á toda prisa, desfilando bajo el fuego de veinte cañones. Asi perdieron algunos centenares de hombres, y se retiraron hácia Leipsick, pasando por entre las líneas de un cuerpo ruso, que se hallaba en posicion en Seyfersdorf, delante de Hasta. Este cuerpo era el de Miloradowitch, á quien una falsa combinacion habia privado de asistir á la batalla de Lutzen. Miloradowitch era un hombre denodado, impaciente por distinguirse, como lo habia hecho ya tantas veces, y deseoso tambien de responder á los prusianos, quienes se quejaban mucho de que en Lutzen se hubiera dejado pesar sobre ellos solos todo el peso de la batalla, hablillas harto frecuentes entre aliados asociados á una obra tan árdua como la guerra. Despues de abrirse para que desfilaran los prusianos, rehizo Miloradowitch sus filas, y aprovechándose de su posicion ventajosa, se mantuvo firme. Vigorosamente le acometió el príncipe Eugenio, y solo rebasándole consiguió que evacuara aquel punto. De setecientos á ochocientos hombres se perdieron por ambas partes, si bien por falta de caballeria no pudimos coger prisioneros. Tras de sacrificar los rusos muchos centenares de hombres para contener nuestra marcha, nos tuvieron que en-

tregar una porcion de carros cargados de heridos, y que destruir otros muchos cargados de bagages.

Se les persiguió el 6 y el 7 de mayo sin tregua queriendo Napoleon llegar á Dresde el 8 lo mas tarde. Tomado habian los prusianos el camino de Meissen y los rusos el de la capital de Sajonia, sin que de esta doble direccion se pudiera inferir aun que se separaban los unos para cubrir á Berlin y los otros para cubrir á Breslau. Habiendo dirigido Napoleon el cuerpo de Lauriston por Wurtzen sobre Meissen, se estimuló á acelerar su marcha hácia el Elba, á fin de sorprender, si era posible, el paso de este rio, pues teniamos pontoneros y no pontones, hallándose atrás este material de conduccion muy pesada. Otra razon asistia á Napoleon para empujar vivamente al general Lauriston sobre Meissen á fin de cruzar por alli el Elba, y era el deseo de anular asi la resistencia que acaso se tratara de oponernos en la misma capital de Sajonia. Con efecto, no se podia intentar el paso á viva fuerza cerca de esta ciudad sin exponerse á destruirla, y ya era bastante haber hecho saltar dos arcos de su puente de piedra, accidente de guerra, á que fué por extremo sensible, aun sin dañar á los hermosos edificios con que sus electores lo habian decorado.

Trasladóse el 7 á Nossen y á Wilsdruff. Detenido encontró alli el virey á Miloradowitch en una buena posicion, á cuya defensa parecia resuelto. Se le arrebató bruscamente, y se le hizo pagar con algunos centenares de hombres esta inútil fanfaronada. Al dia siguiente 8 de mayo, asomóse por aquel anfiteatro de colinas, desde cuya cumbre se

divisa la hermosa ciudad de Dresde, asentada sobre las dos márgenes del Elba y á la falda de las montañas de Bohemia, como Florencia á las dos márgenes del Arno y á la falda del Apenino. Magnífico estaba el tiempo, esmaltada la campiña con las flores de la primavera, ofrecia el aspecto mas risueño, y con el corazon apenado se contemplaba aquel rico territorio expuesto á ser presa de las llamas dentro de algunas horas si el enemigo oponia resistencia. Se bajaron las gradas de aquel vasto anfiteatro en tantas columnas como caminos formaban los radios de Dresde, y con júbilo vióse á las negras columnas del ejército ruso renunciar á la pelea, meterse por las calles de la ciudad y volver á pasar el Elba, no sin prender fuego á sus puentes. Desde la ruptura del de piedra, se habian establecido tres pasos para el servicio de los ejércitos coaligados, uno de barcas mas arriba de la ciudad, otro mas abajo con balsas y otro en la ciudad misma, supliendo con dos arcos de madera los de piedra que habia hecho saltar el mariscal Davout. Se descubrieron todos estos puentes entregados á las llamas, lo cual anunciaba que los rusos buscaban asilo detrás del Elba. Entramos, pues, en la ciudad principal, esto es, en la ciudad vieja, situada á la izquierda del rio, y se quedaron los rusos en la ciudad nueva situada á la derecha.

No bien entradas nuestras columnas en Dresde, salió una diputacion municipal al encuentro del príncipe virey para implorar su clemencia. Con efecto, la ciudad estaba alarmada al recordar la conducta que durante un mes habia observado. Habia querido asaltar á los franceses, que solo á su buena actitud debieron la ventaja de verse en

salvo; habia recibido á los soberanos extrangeros debajo de arcos triunfales, y sembrado su camino de flores. Instancias y aun amenazas habian dirigido á su monarca, para que imitara la conducta del rey de Prusia, y fuerza es decir que lo que era muy legítimo por parte de los prusianos, no lo era tanto por la de los sajones; realzados y no abatidos por nosotros. De consiguiente los habitantes aguardaban con cierta especie de espanto la decision de Napoleon respecto de ellos. Con efecto, habia acorrido y llegado á las puertas de la ciudad poco alegres que el virey, quien con su habitual modestia envió la diputacion municipal á sus padres.

Napoleon recibió á caballo las llaves de Dresde, diciendo con altivez á los que se las presentaban que las admitia de buena gana, aunque para volverlas á entregar á su soberano; que les perdonaba sus malos tratamientos respecto de los franceses, no debiéndoselo agradecer mas que al rey Federico Augusto; que en consideracion á las virtudes, á los años y la lealtad de este príncipe, les eximia de la aplicacion de las leyes de la guerra; que por tanto se aprestaron á recibirle con el respeto de que le eran deudores, y á volver á levantar solo para su persona los arcostrunfales tan imprudentemente erigidos al emperador Alejandro; y que al verle de nuevo le tributaran gracias por la clemencia con que á la sazón eran tratados, pues á no ser por consideracion á Federico Augusto, les hubiera el ejército francés como á una ciudad conquistada; que á pesar de todo se guardasen bien de hacer cosa alguna por favorecer al enemigo, pues al mas leve acto de traicion seguirian los castigos mas inmediatos y terribles. Dicho esto, les mandó

Napoleon que aprontaran pan para sus columnas en marcha.

Se prescribió la mas estricta disciplina á las tropas, y observóse puntualmente. A todo esto Napoleon queria cruzar el Elba para hacer que la ciudad nueva fuese evacuada por los rusos y evitar los combates de orilla á orilla que no podian menos de ser perjudiciales á esta capital hermosa. Ni aun se determinaba á esperar á que el general Lauriston practicara por Meissen el paso, siendo esta operacion insegura y dependiente de los obstáculos y de los recursos que dicho general encontrara. Apenas dedicada una hora á las disposiciones que el establecimiento pacifico del ejército exigia, volvió á montar á caballo para practicar un reconocimiento á las márgenes del Elba. En el puente de piedra, situado en el centro de la ciudad, habian sido incendiados los arcos de madera, y aun siendo fácil restablecer el paso, no habia posibilidad de conseguirlo sin provocar un cañoneo y ganarlo, cosa que Napoleon queria evitar con empeño. Alojados los rusos en las casas alzadas en la orilla derecha del Elba, le dispararon algunos tiros de fusil de que no hizo el mas leve caso, y salió de la ciudad para reconocer los pasos hacia abajo y arriba. Mas arriba no era practicable el paso, porque la orilla derecha, que debia ser abordada, dominaba á la orilla izquierda, que era el punto de partida. Napoleon descendió al galope mas abajo de Dresde, y siguiendo el curso del Elba, que á una legua corta da un rodeo hacia el Mediodia, halló en Priesnitz terreno adecuado para un paso á viva fuerza. Por alli la orilla ocupada por nosotros dominaba á la ocupada por los rusos

y permitia establecer artillería con que proteger las operaciones de las tropas. Todo lo dispuso Napoleón para el día siguiente 9 de mayo. Reunidas fueron y puestas á cubierto de las empresas del enemigo algunas barcas sobrantes del puente establecido mas arriba de la ciudad y algunos bateles apresados por la caballería á lo largo del rio para emplearlos á otro día.

Efectivamente, desde la aurora montó Napoleón á caballo, y bajo á Priesnitz con una fuerte columna de infantería y toda la Guardia, é hizo comenzar el paso ante sus ojos. Alineados estaban á la orilla opuesta los rusos, y parecian dispuestos á defenderla. Napoleón dispuso el establecimiento de una fuerte batería sobre las alturas de Priesnitz para barrer la playa situada frente por frente, y previno que al punto pasaran los cazadores á bordo de las embarcaciones que se habia proporcionado. Trescientos pasaron á la vez y expulsaron á los tiradores rusos, mientras continuas idas y venidas de otros llegaron á reforzarlos. Sin demora comenzaron un foso para cubrirse, interin rompía el cañoneo por encima de su cabeza, Artillería trajeron los rusos y Napoleón llevó mas todavía, y muy luego se prosiguieron los trabajos del puente bajo el fuego de cincuenta piezas rusas y de ochenta francesas. Por todas partes caian balas, y dando una en un almacén de tablas cerca de donde Napoleón estaba situado, despidió una hastilla sobre su cabeza, que le tocó sin herirle. Algunos italianos alineados hácia aquel punto cedieron á un movimiento de miedo mas por su persona que por ellos mismos.—*Non fa male*, les dijo, calificándoles con algunas expresiones joviales; y provocándoles á

estrepitosas carcajadas, les hizo permanecer alegremente á ejemplo suyo bajo una granizada de proyectiles.

No siendo ya para los rusos sostenible el puesto ante las ochenta bocas de fuego de los franceses, se retiraron y cesaron de oponer obstáculos al trabajo del puente que no se debia concluir hasta el otro día 10 de mayo. Por dicha tambien evacuaron los rusos la ciudad nueva, y allí se podia restablecer el paso de seguida y sin cañoneo. Maderos se echaron sobre los pilares de piedra de los dos arcos destruidos, y entre las dos partes de la ciudad fueron posibles las comunicaciones. Nuestras tropas se dirigieron á ocupar el arrabal de Neustadt ó la ciudad nueva. Tanto el general Bertrand como el mariscal Oudinot llegaron este mismo día. Napoleón distribuyólos entre Dresde y Pirna. Entonces supo tambien que el general Lauriston habia encontrado en Meissen la cola de los prusianos, consiguiendo cruzar sin gran dificultad el Elba. Asi en todos los puntos éramos dueños del curso de este rio, y nos hallábamos en tranquila posesion de la capital de Sajonia. Cumplida estaba la promesa empeñada por Napoleón al decir que ahuyentaria á los coaligados mas pronto que habian venido, pues entrado en campaña el 4.º de mayo, poseedor era ya el día 10 de la Sajonia, y habia repelido á los enemigos mas allá del Elba.

Antes de seguirlos mas lejos decidió Napoleón hacer alto algunos dias en Dresde, para allegar sus tropas y darlas descanso, para recoger los diversos cuerpos de caballería que se aprestaban á unirsele, para volver á llamar al rey de Sajonia á sus Estados, y adaptar por último, sus combinaciones

militares á las de los enemigos. Aun no eran perfectamente claros los proyectos de los prusianos y los rusos, y sobre ellos se adquirian noticias contradictorias. Sin embargo, al parecer nos abandonaban la capital de Prusia, y al interés grande sin duda de conservar la capital esta anteponian el interés mayor aun de continuar juntos, y sobre todo de mantenerse siempre apoyados en el Austria, lo cual hacia la direccion de los negocios diplomáticos tan importante á la sazón como la de los asuntos militares. Despues de señalar Napoleon de nuevo al cuerpo de Ney el rumbo de Torgau, cosa que le dejaba en libertad de encaminarle á la capital de Prusia, ó de traerle á la de Sajonia, despues de renovar y de puntualizar mas las órdenes que debian elevar este cuerpo á ochenta mil hombres, se ocupó acto continuo en los negocios diplomáticos, que efectivamente reclamaban su atención toda.

No solo habia huido el rey de Sajonia de sus Estados, sino tambien de la Baviera, en el momento mismo de la llegada de Napoleon, y todo para ir á Praga á echarse en los brazos del Austria, cuya política habia adoptado con evidencia. Motivo existia para mirarle de mal ojo, pero destituir á este príncipe equivaliera á declarar una defección mas nosotros mismos, y dar la razón á los alemanes, quienes propalaban que nuestros aliados eran tratados como esclavos, y echarse además un enorme embarazo encima, pues de no restituírle la Sajonia ¿qué se habia de hacer de ella? Además, equivalia declarar harto crudamente al Austria cómo se consideraba y cómo se proponia tratar la política de mediación, que era la suya, y que por su instiga-

ción habia venido á ser la del rey de Sajonia. Napoleon no refrenaba su ambición nunca, aunque refrenaba su cólera á veces, y ahora dió un ejemplo de dominio sobre sí propio, harto raro en su vida. Fingió no haber comprendido la conducta del rey de Sajonia, atribuirle á falsos consejos, y no ver mas que un príncipe turbado, si bien leal, en este monarca. Así le envió uno de sus ayudantes de campo á Praga con la intimación formal de volver inmediatamente á Dresde, de llevar allí su caballería, su artillería y cuanto le habia seguido, de restituír al general Reynier á Torgau con los diez mil sajones que ocupaban esta plaza, y todo bajo pena de ser despojado de la soberanía. Mr. de Serra, nuestro ministro cerca de Sajonia, que habia acompañado á Praga al rey Federico Augusto, tenia órden de presentársele en el mismo instante, y de exigirle una respuesta inmediata.

Mas importaban aun las determinaciones respecto de Austria, y ya eran mas delicadas que antes por consecuencia de lo acontecido en Viena mientras Napoleon daba la batalla de Lutzen y marchaba sobre Dresde. Inquietísimo Mr. de Narbonne relativamente á lo que podia ocurrir en Cracovia entre los rusos, los austriacos y los polacos, al recibir las órdenes de Napoleon que intimaban á estos últimos no consentir en su desarme, no cesó de insistir cerca de Mr. de Metternich para que tomara sobre este asunto una resolución satisfactoria. Por su parte Mr. de Metternich comprometido en virtud del ajuste secreto de que se ha dado noticia, lo eludió siempre, y porfió en decir que le era imposible figurar á la vez como mediador y como beligerante. Finalmente, recibiendo Mr. de Narbonne

de Paris por conducto de Mr. de Basano, y de Maguncia por conducto de Mr. de Caulaincourt, instrucciones de Napoleon todavia mas formales, no queriendo que los polacos depusieran á ningun precio sus armas, y pretendiendo aun mandar al cuerpo auxiliar austriaco, creyó deber apelar á los grandes recursos para excitar á Mr. de Metternich á salir de las ambigüedades en que estaba encerrado. Mr. de Narbonne ignoraba que en los archivos de la embajada existia la prohibicion de presentar nota alguna escrita que no procediera del mismo gabinete. De consiguiente dirigióse á casa de Mr. de Metternich, y le anunció que le iba á entregar una nota con intimacion de explicarse categóricamente sobre el tratado de alianza, á cuya ejecucion literal se negaba en este momento.—Hasta ahora, dijo, he tenido paciencia y escuchado como aceptables todas las excusas por medio de las cuales aspirais á eludir vuestros compromisos y á disimular la extension de vuestros aprestos, que declararíais si fuesen hechos para nosotros. Pero los sucesos de Galitzia me fuerzan á provocar una explicacion categórica, y á preguntaros si sois ó no sois nuestros aliados, y finalmente, si entendeis faltar al tratado de 14 de marzo de 1812. Si no quereis quebrantarlo, se necesita absolutamente hacer que opere el cuerpo auxiliar austriaco, ateniéndoos á las órdenes del emperador Napoleon, y sobre todo que no se piense en desarmar á nuestros aliados.—No cabia en lo posible colocar á Mr. de Metternich en posición mas apurada, ni colocarse respecto de su córte en posición mas peligrosa. Si fuera libre, acaso cediera y ordenara algunas hostilidades simuladas, de las cuales se ex-

cusara luego por conducto de Mr. de Lebzelsern con los rusos. Desgraciadamente habia prometido no renovar las hostilidades por un compromiso formal y escrito aunque secreto, y los rusos estuvieran autorizados á publicarlo si lo violara. No habia, pues, medio de plegarse á las exigencias de Mr. de Narbonne, y obligado se vió Mr. de Metternich á resistirle, muy suavemente en la forma, si bien con tenacidad suma en la instancia.—Si, soy vuestro aliado, respondió á Mr. de Narbonne; lo soy, y quiero continuar siéndolo; pero tambien soy mediador, y mientras no apure este papel de resultados de la negativa á razonables condiciones, no puedo figurar como beligerante.—Acto continuo reprodujo Mr. de Metternich todo el sistema de argumentacion diestra y hábil que ya se conoce, y del cual no teníamos interés en hacer que saliera, interin no quisiéramos llegar á un gran ruido con Austria y hasta á la guerra. Abandonando luego las sutilezas, y entrando en las consideraciones de buen seso, Mr. de Metternich suplicó á Mr. de Narbonne que no insistiera mas; que no le colocara en una posición falsa, pidiendo lo que no podia conceder, esto es, la vuelta á las hostilidades contra los rusos.—Estas palabras por extremo juiciosas traian á la sola, á la gran cuestion del momento, á la de las condiciones de la paz, sobre la cual andábamos completamente errados, y que debia originar nuestra ruina. Volviendo todavia Mr. de Narbonne á la carga, le llegó á decir Mr. de Metternich que era una falta insistir sobre este punto, pues creia saber que Napoleon no queria que se empujara hasta el último extremo á la córte de Austria. Efectivamente, al volver de Paris Mr. de

Bubna muy conmovido por las atenciones que se le habian prodigado, afirmaba que Napoleon deseaba marchar acorde con su suegro, y que si se obraba con tino, muy pronto se llegaria á un ajuste razonable de los asuntos europeos. Mr. de Bubna corrió en efecto á casa de Mr. de Narbonne, estrechóle á no perturbar la intimidad renaciente entre el yerno y el suegro, le rogó que tuviera paciencia, expresándole que, con mostrarse un poco razonable, tan fuera de razon se pondrian los coaligados, que la córte de Austria se habria de volver á Napoleon de grado ó por fuerza, y entonces le llevaria no treinta mil, sino doscientos mil austriacos.

Este lenguaje era por extremo sensato, pero imbuído Mr. de Narbonne en las ideas de sus despachos; alarmado de lo que podia acontecer si llegando las órdenes de Napoleon á Cracovia, no hallaban en Mr. de Frimont mas que desobediencia, y si negándose el príncipe Poniatowski al desarme, venian á las manos los polacos y los austriacos; á impulsos asimismo de su papel, que se empeñaba en interpretar de distinta manera que su antecesor Mr. Otto, juzgó obrar con acierto entregando una nota formal, donde, invocando el tratado de alianza de 14 de marzo de 1812, recordando que los austriacos lo habian confirmado muchas veces, intimó á la córte de Viena que ejecutara dicho tratado ó que lo declarara no existente. Con todo, temeroso despues de este paso de la respuesta que le podria ser dirigida y anhelante por precaverla, pidió una audiencia al emperador Francisco, y recibido de seguida por este monarca, le instó á no lanzar á Austria y Francia á un estado de hostilidad de una contra otra, que hasta el presente no

habia producido mas que desventuras, y que aun las podria traer mayores. El emperador acogió á Mr. de Narbonne con suma cortesía y calma, repitióle cuanto Mr. de Metternich le habia dicho, y aun le añadió finamente que, si era su intencion asegurarse del acuerdo que existia entre el soberano y el ministro que dirigia los negocios, se iba á retirar edificado; que por su parte anhelaba seguir aliado de su yerno, bien que sin abandonar el papel de mediador, único que el pueblo austriaco le veia adoptar gustoso, y que persistiria en desempeñarlo hasta el último extremo, no abandonándolo hasta que perdiera toda esperanza de conducir á una avenencia á las potencias beligerantes. A semejanza de Mr. de Metternich acabó por decir que se inclinaba á creer que Mr. de Narbonne, por salvar su responsabilidad sin duda, hacia demasiado é iba mas allá de las verdaderas intenciones de su soberano.

De nuevo insistió Mr. de Narbonne en las graves consecuencias que podria traer un escándalo público en Cracovia y en la necesidad de precaverlo, y se negó á retirar su nota.

Al cabo Mr. de Metternich vióse obligado á contestarla, hallando un medio sencillo de salir del apuro sin mas que apelar á la declaracion que el 12 de abril habia hecho, cuando se le propuso introducirse en los sucesos por una accion de las mas vivas. Entonces tomó nota de lo que se le proponia para declarar el papel de mediador armado, para anunciar en apoyo de la mediacion armamentos de monta, y para establecer que, permaneciendo vigente como principio de alianza el tratado, ya en cuanto á los medios de accion no era aplicable á

las circunstancias. Refiriéndose á la declaracion esta, contestó Mr. de Metternich que la córte de Viena no podía asentir á que el cuerpo auxiliar operara, porque ante todo, figurando esta córte como mediadora por instigacion misma de Francia, ya no tenia manera hábil de ser hostil respecto de una de las potencias beligerantes, y porque además, no siendo el cuerpo auxiliar mas que uno de los medios estipulados por el tratado de alianza, y reconociéndose insuficientes estos medios para las circunstancias actuales, se debía aplazar su uso.

Hábil era la respuesta y sobre todo fatal para nosotros, pues nos condenaba á oír de nuevo, que, aun permaneciendo virtualmente en vigor el tratado de alianza, ya no podia ser practicable, lo cual le quitaba toda eficacia. No obstante, á tal de que al menos mantuviese neutral al Austria, lo mejor era contentarnos, y no romper lo que aun quedaba nosotros mismos, suministrando de continuo la ocasion de repetir que ya no era aplicable á las circunstancias. Seguramente Mr. de Narbonne habia ido demasiado lejos, bien que lejos por el camino adonde se le habia dirigido y empujádole constantemente á que anduviera mas de prisa.

Mr. de Metternich, que no deseaba una ruptura con Francia, conoció que en los temores de Mr. de Narbonne habia algun fundamento, siendo posible un rompimiento entre el principe Poniatowski y el general conde de Frimont, si se persistia en desarmar al cuerpo polaco. Por fortuna el remedio era fácil y no dejó de aplicarlo. Ya habia concedido que al batallon francés incluido en el ejército polaco no se le desarmara á su entrada en el territorio de Austria. Asimismo se avino á que el

ejército polaco, libre siempre de no retirarse detrás de la frontera austriaca, si preferia pelear solo contra los rusos, en el caso de querer cruzar la Bohemia para dirigirse á Sajonia, tendria la facultad de conservar sus armas durante la travesia. Finalmente prometió que en cada parada ballaria el alojamiento y los víveres necesarios.—Al emperador Francisco, dijo Mr. de Metternich, le ha bastado saber que, á impulsos de una susceptibilidad justificada por su gloria, no aprueba Napoleon respecto del cuerpo polaco la ejecucion de una formalidad, que está plenamente dentro del derecho de gentes, para renuociar á ella de voluntad propia. Sin embargo, añadió Mr. de Metternich, el emperador Francisco pide con instancia que la permanencia de un cuerpo armado sobre el territorio neutral sea lo mas corta posible.

No consistia solo el inconveniente de estas disputas en facilitar al Austria las declaraciones de que tan funesto uso debia hacer mas tarde para nosotros, sino en impulsarla á desesperar de nuestra razon, al vernos tan imperiosos, tan poco propicios á un ajuste, y en madurar asi mas pronto la fatal resolucion que todo le convidaba á tomar en rededor suyo. Efectivamente, despues de cada escena de esta clase, echábase de ver que Mr. de Metternich se encontraba mas embrazado y mas constreñido respecto de nosotros, esto es, mas comprometido con nuestros adversarios. De día en día se les oía en Viena jactarse mas sin rebozo de haberle conquistado, de tal manera que el eco de tales especies llegaba á Mr. de Narbonne por todos los ecos de la córte y de los salones.

Entretanto el ruido de los últimos sucesos mili-

tares llegó por fortuna á interrumpir estas tristes disputas. De repente se supo que habia tenido lugar una gran batalla, corriendo torrentes de sangre, y que estábamos batidos, á dar crédito á los noticieros, enemigos nuestros la mayor parte. Por donde quiera se afirmaba nuestra derrota con inaudito aplomo. Para divulgar estas noticias se apoyaban en cartas del mismo emperador Alejandro, no á la verdad del rey de Prusia harto prudente para escribir semejantes cosas, pero si tambien en muchas cartas de los generales prusianos. Tan contento estaba el emperador Alejandro de sí propio, tan convencidos se hallaban los generales prusianos de haberse batido á maravilla, que casi no se sentían batidos, aun estándolo hasta el extremo de no poderse mantener en parte alguna. Lord Cathcart, embajador de Inglaterra, militar experimentado y testigo de la batalla, halló tan ridiculas tales mentiras que dijo que, si no se alcanzaban mas que victorias de esta clase, muy pronto habria necesidad de entrar en tratos á toda costa. Mr. de Metternich tenia sobrado talento para dar fé á semejantes fanfarronadas. Sin embargo, tan positivas eran las aserciones que se mostraba sorprendido, no creyendo que se pudiera mentir hasta este punto, y expresó á Mr. de Narbonne su asombro. En posiciones de tal especie se revelaba el gran señor, militar, agudo, altivo en Mr. de Narbonne con todas sus ventajas.—Estamos vencidos, dijo á todo el mundo, corriente... Ya veremos al cabo de algunos dias en qué camino se hallan los vencidos y los vencedores.—Con efecto, cuatro dias mas tarde se supo que los supuestos vencidos estaban á las puertas de Dresde, y los supuestos vencedores

mas allá del Elba. De resultas la confusion subió de punto. En los salones de Viena se desencadenaron las lenguas contra la incapacidad militar de los dos soberanos aliados; pero en lugar de inclinarse mas hácia nosotros, persistióse mas en la necesidad de que Austria corriera en su ayuda y se juntara á ellos para libertar de un yugo intolerable á la Europa.

Acto continuo trasladóse Mr. de Metternich á casa de Mr. de Narbonne, y con un aplomo que no carecia de sinceridad, le dijo que las victorias de Napoleon no le asombraban, pues todos sus cálculos pacíficos los habia fundado sobre estas victorias; que, para hacer la paz aceptable, cuando menos habia que echar por tierra las dos terceras partes de las proposiciones rusas, inglesas y prusianas; que la victoria de Lutzen serviria para esto; que con ella habia contado, y que le engañarían sus esperanzas si aconteciera de otro modo; aserto verdadero por muy singular que parezca; pero que aun quedaba otra tercera parte de estas proposiciones, cuya razon, cuya justicia y cuya prudencia no podian ser desconocidas, habiendo necesidad de aceptarlas; que para la córte de Viena era llegado el instante de entrar en posesion de su papel de mediadora, admitido á instigacion de Francia y con asentimiento de las otras potencias beligerantes: que, segun el sesgo que tomaban los negocios, muy en breve seria ya tarde para desempeñar este papel de una manera provechosa: que de consiguiente iba á despachar al punto dos plenipotenciarios, uno al cuartel general francés y otro al ruso; que para ser escuchados convenia elegir portadores de palabras agradables á aquellos á

quienes habia que dirigirse; que habiendo gustado á Napoleon el general conde de Bubna (ya hemos dicho que era militar y hombre de talento) se enviaba á su lado; que Mr. de Stadion, ya antes célebre en el partido anti-francés, tenia mas probabilidades que nadie de ser bien recibido en el cuartel general ruso, adonde se le enviaria: que, lejos de ser un enemigo peligroso para Francia, le sería de mas utilidad que un amigo, pues tanto mayor atrevimiento emplearia en decir á los prusianos y á los rusos las verdades que importaba hacer llegar á su noticia; que de acuerdo ahora con el emperador y Mr. de Metternich sobre las condiciones de la mediacion y de la paz, y apoyándose en las victorias de Napoleon, figuraba como el único idóneo para lograr que estas condiciones fueran admitidas por las potencias beligerantes.—Mr. de Metternich tenia razon en todas estas cosas, y era doblemente hábil, pues además de que en Mr. de Stadion elegia un negociador que, precisamente por sernos hostil, alcanzaria mas crédito entre los coaligados, ocupaba y comprometia á un rival, á un antagonista, al jefe del partido anti-francés en suma, del partido que anhelaba lo mas pronto posible la guerra contra nosotros. Tanto para el gabinete de Viena como para los franceses no habia conducta mejor que la de privar de tal jefe á tal partido.

De consiguiente anunciáse que iban á ser desechados Mr. de Bubna y de Stadion para proponer un armisticio y provocar una explicacion primera sobre las condiciones de la paz futura. Sin pretender imponérselas á Napoleon de ningun modo, declaráse que se usaria la libertad de indicar-

le aquellas que se consideraran admisibles por todas las partes beligerantes, y no queriendo que para Mr. de Narbonne fuesen un misterio, Mr. de Metternich, que se las habia insinuado ya claramente en mas de una coyuntura, se las enunció á la sazón una tras otra y con la puntualidad mas extremada. Segun hemos asentado muy á menudo, estas condiciones eran la supresion del gran ducado de Varsovia y su retrocesion á la Prusia, salvo algunas porciones que tocaban de derecho á Rusia y al Austria; la reconstitucion de Prusia por medio del gran ducado y de territorios que se designarian en Alemania; el abandono de la Confederacion del Rhin, y por último la renuncia á los departamentos anseáticos, esto es á las ciudades de Brema, de Lubeck y de Hamburgo. Nada se debia decir de Italia, de Holanda ni de España, para no suscitar dificultades insolubles, y se aplazaria la paz marítima en caso necesario, si no habia medio de entenderse con Inglaterra, á fin de celebrar de seguida la paz continental, que era la mas urgente. Tales eran, aparte de la restitucion de las provincias ilíricas que casi habiamos prometido al Austria, estas condiciones que nos dejaban la Westfalia, la Lombardia y Nápoles como reinos tributarios, la Holanda, la Bélgica, las provincias rinianas, el Piamonte, la Toscana y los Estados romanos como departamentos franceses. Tal era la Francia que se nos ofrecia, y cuya oferta consideráramos como un ultraje. Seguro era que habria que hacer el sacrificio de España para celebrar la paz con Inglaterra; pero que este sacrificio seria bastante. Al decir de Mr. de Metternich habia tenido mas de una ocasion de cerciorarse de ello. Por

nuestras relaciones anteriores se ha visto que, á lo menos bajo este aspecto, no se opondria por Napoleon ninguna dificultad insuperable.

Mr. de Narbonne repitió muchas veces que Napoleon victorioso no aceptaria estas condiciones; pero Mr. de Metternich repitió á su turno que Napoleon era mas razonable de lo que se le suponía; que á mayor abundamiento estas condiciones eran inevitables, y que aun seria menester luchar fuertemente para conseguir que las aceptasen las potencias coaligadas.

Aun quedaba el rey de Sajonia, á quien se veía reducido á optar entre su destitucion ó su vuelta á Dresde, y para Austria no habia mas que dos partidos que abrazar sobre este asunto. Algunos insensatos, sin pararse en los medios, al menos de palabra, decian en Viena que era menester apoderarse de la persona de este monarca, é impedirle asi que volviera á caer bajo el yugo de Napoleon al tomar á Dresde. No habia que pensar en semejante cosa, y ni un momento se pensó en retener á Federico Augusto. Además no se tuviera tiempo de ponerlo por obra, pues vióse obligado á responder acto continuo á nuestras intimaciones y á consentir en la invitacion que Napoleon le habia dirigido, si bien con las lágrimas en los ojos. Efectivamente aprestóse á partir de Praga con sus tropas y con su corte, solicitando con premura el secreto, y prometiéndolo por su parte, acerca de las negociaciones habidas entre las cortes de Dresde y de Viena. No era el secreto ni muy profundo ni muy negro. Se reducía á la adhesion á la política mediadora, que pudo muy bien no considerar traicion el pobre rey de Sajonia, al verla seguida y preco-

nizada por el suegro de Napoleon sin que produjere ruptura entre ellos. Su llegada á Dresde hizo anunciar para dentro de dos dias, tiempo rigorosamente necesario á una corte poquisimo expeditiva de suyo para hacer los preparativos de viage. Con efecto se componia de muchos príncipes y princesas, algunos ya muy entrados en años, y todos tan gentes de bien y tan pacatos como el monarca.

Cuando Napoleon supo sucesivamente lo que acaba de ser referido, se puso en aptitud de recibir convenientemente á su aliado, fiel de nuevo, si bien antes dió sus instrucciones á su representante en Viena. Al cabo comprendió la falta que habia cometido, empujando al Austria á entrar muy de antemano en los sucesos, y provocándola á constituirse mediadora armada, esto es, arbitra, cuando no se quería sufrir su arbitraje. Tambien echó de ver el error en que habia incurrido, al creer que podria comprometer á esta potencia en sus proyectos á beneficio de la oferta de los despojos de Prusia, y no viendo que Austria ansiaba ante todo reconstituir la Alemania para ser independiente, y que no hallaba ensanche de territorio equivalente á la independencia. Pero, segun suelen hacer los príncipes que presumen no equivocarse nunca, atribuyó toda la culpa á su representante, esto es á Mr. de Narbonne, quien con el encargo que habia recibido, y con las instrucciones que habia llevado, no podia obrar de otro modo. No obstante, como Napoleon estimaba á personaje tan distinguido, desaprobóle sin ninguna severidad de lenguaje que hubiera llevado las cosas tan lejos, y entregado una nota á pesar de las prescripciones

del gabinete, que prohibian ejecutarlo sin orden expresa, é inducido á Mr. de Metternich á declarar por dos veces que el tratado de alianza ya no era aplicable á las circunstancias.—Se dolia, segun su dicho, de que se hubiera colocado al emperador su suegro en una posicion, cuya falsedad conoceria muy luego este monarca, pues los franceses aun no estaban mas que en su primera victoria, é iban á alcanzar otras dentro de pocos dias. Sea como quiera, obligada á retroceder muy luego el Austria, lo haria para confusion de sus falsos pasos; pero por de pronto convenia que Mr. de Narbonne se mostrase tranquilo, reservado sin frialdad, y que ya no preguntara ni respondiera nada á la corte de Viena, á fin de que reconociera que ya no se la tenia por aliada, aceptándola por mediadora, aunque no por mediadora armada.

A pesar de este lenguaje moderado en la apariencia, Napoleon en el fondo del corazon estaba exasperado contra el Austria y contra su suegro. No obstante su sagacidad prodigiosa, la inclinacion á lisonjearse, inclinacion á que ceden todos los hombres por mucha que sea su perspicacia, cuando se han colocado en posicion donde necesitan engañarse á sí propios, le habia inducido á creer que de Austria lo alcanzaria todo con tal de que lo pagase á buen precio, y le irritaba hasta lo sumo el convencimiento de que sus cálculos le salian completisimamente fallidos. Por odiosas tenia las condiciones enviadas, y que no le debian coger de nuevas. En su mente habia renunciado al gran ducado de Varsovia, y sobre todo despues de tocar las dificultades de esta creacion de cerca; pero encontrarse al dia siguiente de aquella guerra de 1812,

emprendida para humillar á la Rusia, para reconstituir la Polonia, para hacer pesar mas que nunca su yugo sobre Europa, con la Rusia engrandecida, con la Polonia, no rehecha, sino irrevocablemente destruida, y aguantar la defeccion de Prusia y hasta galardonarla por ella, renunciar al protectorado de la Confederacion del Rin, abandonar las ciudades anseaticas, origen principal de la incomodidad con Rusia, constituir una multiplicidad de deberes, ninguno de los cuales debilitaba su verdadero poderio, si bien todos eran un cruel contratiempo para su orgullo. Ninguno de estos sacrificios debia doler bajo el punto de vista de los verdaderos intereses de Francia. No pasaba de un ensayo quimérico el gran ducado de Varsovia, interin Prusia y Austria no pensasen en reconstituir la Polonia, pues al cabo Polonia debia cubrirlas, y no queriendo ellas se resentia de pueril la obstinacion de hacerles un beneficio á pesar suyo. Tocante á Prusia ningun interés teniamos en debilitarla tanto ni con relacion á Rusia, ni con relacion al Austria. Respecto del protectorado del Rin era un titulo vano, odioso á los alemanes, únicamente capaz de atraernos su odio, sin darnos influencia alguna positiva sobre ellos. Finalmente lo de obstinarse en conservar las ciudades anseaticas equivalia á extender nuestra frontera militar y mercantil mas allá de toda razon. Con efecto, apenas podiamos defender el Zuyderzeo y el Texel, pues al otro lado del Wahal ya no existia frontera sólida para nosotros; y aun se habia necesitado de todo el espíritu ingenioso de Napoleon para hacer entrar á Holanda en un buen sistema de defensa, y no lo habia logrado mas que muy imperfecta-

mente. Sin embargo, tan grandes ventajas marítimas ofrecía la posesion de Holanda que por lo magnífica podia ser codiciada por una ambicion á lo Carlo-Magno. Pero las ciudades anseáticas nos imponian un gravámen sin compensacion alguna, pues su defensa era imposible á no extender la Francia hasta el Elba, y comercialmente eran indispensables para la alimentacion de Alemania é inútiles para la nuestra. Relativamente al bloqueo continental, su importancia caía con este bloqueo y con la paz. Hasta si blasonáramos de prudentes, al punto debiéramos renunciar al reino de Westfalia, indemnizando al rey Gerónimo de cualquier manera; pero al cabo no se nos pedia, puesto que el emperador Alejandro se negó á contraer con el gran duque de Hesse el empeño de restituírle sus estados, y así no habia que parar mientes en tal cosa. Por tanto solo el orgullo, el implacable orgullo podia retraer á Napoleon de asentir á las condiciones imaginadas por el Austria.—Segun su dicho, Napoleon no queria aguantar que se le humillase.—Ser humillado llamaba á no poder realizar todos los ensueños de su ambicion inmensa, aun quedando ilesa su prepotencia efectiva. ¡Ah, el castigo del orgulloso que ha emprendido demasiado contra otros consiste cabalmente en que no puede ceder ni aun cuando lo considera justo y necesario! ¡Clavado se encuentra en sus locas pretensiones como Prometeo en su roca! ¡Ejemplo terrible para los que, no dando oídos mas que á sus deseos, juegan con los derechos y con la dignidad de los hombres!

Al adquirir la certidumbre de las intenciones del Austria, que no debieran coger á Napoleon de

nuevas, puesto que ya hacia cuatro meses que frecuentes indicaciones se las revelaban á las claras, irritóse hondamente contra esta potencia. Aquí vió una doble traicion de alianza y de parentesco, y se dijo lo que ya otras veces y muy á menudo, hasta el día en que un movimiento de enojo contra Rusia le determinó á un matrimonio austriaco, que nunca habia que contar con la corte de Viena; que siempre habia en ella un abismo de disimulo, de astucia, de egoismo; que se debia procurar entenderse con todo el mundo menos con esta corte, y sacrificios por sacrificios, hacerlos, si era forzoso, á Rusia y aun á Inglaterra, mas bien que al Austria ó á Prusia. Una casualidad llevó esta irritacion hasta el último grado. En Dresde se detuvo un correo procedente de Viena y portador de despachos de Mr. de Stackelberg, representante de Rusia cerca del Austria, desde que con motivo de la mediacion se restablecieron las relaciones entre estas dos potencias; y en estos despachos de Mr. de Stackelberg á Mr. de Nesselrode se hallaron muy singulares pormenores, pudiéndose ver de resultas que, condenado Mr. de Metternich por la difícil posicion suya á un extremado disimulo, prodigaba las atenciones á unos y á otros, y todavía mas á los rusos y á los prusianos que á los franceses. Con efecto, para hacerse perdonar Mr. de Metternich de no llevar inmediatamente á nuestros enemigos todas las fuerzas del Austria y de no adoptar todas sus condiciones de paz, cuando se hallaba mano á mano con ellos, no vacilaba en darse por compelido en su conducta á causa del tratado de alianza de 14 de marzo de 1812, del matrimonio de Maria Luisa, del peligro de guerra con Francia, de estar por

concluir los aprestos del Austria, y mostraba preferencias de corazón á los coaligados siempre que lo podia hacer seguro. Convenimiento debia existir de suceder esto y más acaso, sin leer un solo despacho de la diplomacia extranjería; y no habia por qué sorprenderse, ni alterarse, debiéndose admitir como positivo cuanto de Mr. de Metternich se decia, pues verazmente hablaba al expresar que bajo ciertas condiciones se pondria de nuestro lado. Convenia comprender que Mr. de Metternich era alemán, que no podia ni debia amarnos, y que si nos contemplaba era por política, y tan solo por no comprometer atolondradamente á su pais con nosotros; convenia aprovecharse hasta de su cordura, para sacar todo el partido posible de ella, pero nada mas que todo el partido posible. A la verdad razonamos aqui del modo que razona la política, cuyo arte estriba en comprender todas las situaciones, en contemplarlas y en servirse de ellas, y Napoleon razonaba como razonan el orgullo, la victoria y el despotismo. Le irritaron estas súbitas revelaciones cual si no las debiera prever en su mente, que era toda luz en la calma de las pasiones, y nada mas que llama y humo en el arrebato de estas pasiones funestas. Un pormenor exasperóle mas que nada. Cuando en Viena se esperaban impacientemente noticias sobre la batalla prevista, mas no conocida, del 2 de mayo, en sus efusiones á favor de los rusos habia escrito Mr. de Metternich á Mr. de Stackelberg que, si recibia despachos, aun cuando fuera á deshora de la noche, le hiciera despertar para comunicárselos. Muy señaladas atenciones eran estas respecto de Rusia, y sobre todo por parte de un ministro que

se decia aliado perseverante de Francia. Tambien se halló una carta del rey de Sajonia al general Thielmann, donde, suponiendo como verosímil la llegada de los franceses victoriosos junto al Elba, le recomendaba que, manteniendo cerrada la plaza de Torgau para los rusos, aun la mantuviera mas cerrada para los franceses. Napoleon no quiso ver en tan previsoras instrucciones al bueno é improvisor rey de Sajonia, sino al zorro de Viena á quien pretendia reconocer por su astucia. Expuesto, exagerado y avalorado por la cólera todo esto, se tuvo por una traicion completa, no siendo mas que la elaboracion de una prudencia embarazada y deseosa de pasar por entre mil escollos. Aun convenia aprovecharse una vez mas de los consejos que Mr. de Metternich nos daba, y del temor que no habiamos cesado de inspirarle, para salir de esta situacion á costa de los menores sacrificios que fuera posible; y como solo se trataba de sacrificar lo que tocaba á la vanidad, y nada de lo que pertenecia al poder efectivo, fuerza era someterse de buen ó mal grado, pero someterse de todos modos. ¡Algo convenia pagar en suma por el desastre de Moscou! ¡Hasta fortuna era no pagarlo con la misma existencia! Perdonémos la repeticion de estas inútiles reflexiones, que nos inspira el espectáculo directo y continuo de las resoluciones fatales, que perdieron no solo á Napoleon, pues importa poco la suerte de un hombre, sino la grandeza de nuestra patria.

Sea como quiera, Napoleon volvióse de pronto á la política propuesta durante el mes de enero anterior en el consejo celebrado en las Tullerías, muy apoyada por Mrs. de Caulaincourt, de Talleyrand

y de Cambacéres, y consistente en prescindir del Austria, sin tropezarla á pesar de todo, para aspirar á entenderse directamente con Rusia. Esta política prudente, segun hemos dicho, en cuanto propendia á no mezclar demasiado al Austria en los sucesos actuales, en no atribuirle un papel de que pudiera abusar contra nosotros, tenia sin embargo, un inconveniente práctico grave por extremo, la dificultad de abocarse con el emperador Alejandro. Semejante dificultad, ya grande en enero, debía haber subido de punto de resultas de los últimos sucesos militares, y de la esperanza con que los alemanes halagaban á Alejandro de hacerle libertador de Europa y el primero entre los monarcas reinantes. Verdad es que la batalla de Lutzen, y despues de esta batalla una nueva victoria de que era licito abrigar la esperanza, podian disipar los humos que embriagaban á Alejandro y facilitar lo de entenderse con su persona en derecho. Napoleon esperólo con la fuerza de esperanza peculiar de los espíritus poderosos, y que se transforma en fuerza de accion en ellos, y tomó todas sus disposiciones enderezadas á este designio.

Sin descanso resolvió proseguir esta campaña; descargar un golpe decisivo lo mas pronto posible; aprovecharlo para celebrar la paz, bien que entendiéndose con Rusia y aun con Inglaterra mejor que con las potencias alemanas; conceder á Inglaterra el sacrificio del todo ó de parte de aquella España de que estaba disgustado, de que sobre todo no debía extrañar el mundo que lo estuviese, cuyo abandono pareceria por su parte mas bien un alivio de carga que un sacrificio, y no seria una declaracion costosa por lo humillante, pues su falta en haberse

querido apoderar de ella figuraba á la sazón como el secreto á voces. Cediendo en totalidad ó en parte la Polonia á Rusia, en totalidad ó en parte la España á los Borbones, le parecia que todo seria acomodable, y que no sufriria el yugo de Prusia, que á su vez le habia vendido ostensiblemente, ni del Austria, que le vendia á la callada, y que de este modo se emanciparia de aliados infieles á costa de sacrificios ya inevitables, y sobre los cuales ya el destino habia pronunciado dos fallos propios á acallar su orgullo, Moscou respecto de Polonia, y el invencible rencor de los españoles respecto de España. Si la guerra no conducia próximamente un resultado decisivo y una negociacion, deseaba prolongar la situacion esta hasta que la segunda serie de sus armamentos se hallara concluida y tuviera doscientos mil hombres mas en batalla, que, unidos á los primeros trescientos mil que se completaban de hora en hora, sumarian un total de quinientos mil combatientes, y le permitiria no andar ya en disimulaciones con el Austria, y aun aceptarla entre el número de sus enemigos; y entonces, colocado junto al Elba como en otro tiempo junto al Adige, dentro de Dresde como en otro tiempo dentro de Verona, á la falda de las montañas de Bohemia como en otro tiempo á la falda de los Alpes, intentaria en proporciones mucho mas vastas, no solo contra una potencia, sino contra toda la Europa, una nueva campaña de Italia, en la que, transformado el general Bonaparte en el emperador Napoleon, continuando tan jóven de carácter, y siendo mas grande en concepciones, y aleccionado por sin par experiencia, renovaria en su edad madura los prodigios de su juventud, pro-

digios agrandados con todo lo que habia añadido á su posicion el tiempo, daria hoy cima como otras veces á triunfos brillantes, y descansaria á la postre, dejando descansar al mundo. ¡Ah, que á este magnífico ensueño no le faltaba mas que una cosa, que la humanidad fuese tan infatigable como Napoleón, y quisiera perecer toda entera por satisfacer la ambición de un conquistador, que al génio de un géometra añadía la imaginación de un poeta épico!

Adoptadas estas resoluciones hizo Napoleón lo que siempre, pasando á las disposiciones prácticas, pues por un contraste maravilloso, se mostraba tan quimérico en sus concepciones como exacto y positivo al ponerlas en planta. Ante todo dirigió á Mr. de Narbonne una serie de despachos, contándose hasta tres en un día sobre el mismo asunto, en los cuales se descubría todo el cambio operado en su mente. Ya, según su dicho, nada habia que pedir al Austria, no tratándola mal de palabra tampoco, y sobre todo no haciéndola intimaciones, y mostrándose respecto de ella reservado y tranquilo, sin engañarla á pesar de todo, pues la mentira á nada bueno conduce. Se necesitaba que echara de ver que ya no se contaba con ella, y que se habia comprendido la máxima que de tan buen grado encajaba en todas ocasiones, de que el tratado de 14 de marzo de 1812 no era ya aplicable á las circunstancias. Despues, cuando Austria supiera que tan rápidos y vastos armamentos se hacian en Italia, en Baviera, en Francia, no habia necesidad de negarlos, y hasta convenia declarar su verdadero guarismo, si se ponía en duda, no atribuyéndoles otro origen que el de la gravedad de los su-

cesos. Napoleón escribió además á Mr. de Narbonne que Austria comprendería esta nueva actitud de seguro, y que seria de desear que la comprendiese; que de resultas calcularia que su intervencion no era indispensable para que Francia se abocara con las otras potencias; que entre el emperador Alejandro y el emperador Napoleón existia un altercado político, y de ningun modo un altercado personal, y que entre los dos soberanos jamás habia dejado de haber una inclinacion mútua, que á la primera demostracion amistosa de Napoleón renacera por si propia. *Una mision directa al cuartel general ruso*, añadía Napoleón, *dividiria al mundo en dos parcialidades*. Esta frase revelaba toda su idea, significando que, enviado allí Mr. de Caulaincourt, cuya antigua intimidad con el emperador Alejandro no se ocultaba á nadie, haria cambiar la faz de las cosas, colocando en un campo á Francia y á Rusia, y al resto del mundo en otro. Pero no era así por desgracia desde que tan profundamente se habia herido el orgullo del emperador Alejandro; y en todo caso pecaba de muy imprudente el decirlo, pues bastaba indicar tal idea, para hacer que Austria sin perder un día ni una hora se echase en los brazos de Rusia, y para que se redujesen á unos pocos días los dos meses de tiempo que se necesitaban para elevar á quinientos mil soldados los doscientos mil de que se disponia entonces. Afortunadamente Mr. de Narbonne tenia sobrado talento para cometer la falta de que Mr. de Metternich trasluciera la eventualidad esta. Aquí podia hallar motivos de confianza, pero de ningun modo de jactancia tan peligrosa como sin fruto.

Despues de expresar Napoleón su verdadera  
Biblioteca popular.

idea á Mr. de Narbonne por conducto de Mr. Caulaincourt, que reemplazaba en Dresde á Mr. de Basano, retenido en Paris todavía, hizo llamar al príncipe Eugenio. Aun cuando tuviera las faltas propias de su origen medio eriollo, esto es, de algo de apatía y de desuideo de los pormenores, y aun cuando á menudo hubiera merecido la censura de Napoleon por ellas, se habia conquistado el virrey toda su estimacion á causa de su rara bravura, del vivo sentimiento del honor y de la resignacion ejemplar con que habia sufrido una situacion horrorosa durante la retirada. Napoleon manifestóle su satisfaccion, le anunció que constituia en favor de su hija un pingüe dote, el del ducado de Galliera, y que esta recompensa iba á ser publicada por el *Monitor* como premio de los servicios que habia prestado en la campaña de 1812. Luego le dijo que se necesitaba que partiera para Milan sin tardanza alguna, donde tornaria á ver á su familia, de la cual estaba separado ya hacia mas de un año, y estaria en aptitud de desempeñar una mision tan importante. Napoleon le expuso lo que debia poner por obra (1). Ante todo tomaria el mando no solo del reino de Lombardia, sino tambien del Piamonte y de la Toscana, bajo el aspecto militar por supuesto, y emplearia todo el invierno en organizar un excelente ejército de Italia. Sobre el terreno se hallaban los elementos necesarios ora

(1) Aquí tampoco me fio de conjeturas. Refiero los hechos á tenor de documentos auténticos, de cartas de Napoleon al príncipe Eugenio, cartas en que todos estos hechos están recordados ó consignados, y motivados siempre á la larga.

en cuadros, ora en conseritos ya instruidos. En Italia acababan de entrar los cuadros del cuarto cuerpo, con el cual habia hecho el príncipe Eugenio la campaña de Rusia, y podian suministrar veinte y cuatro batallones. Otros veinte y cuatro podia facilitar el ejército italiano. A ochenta quiza permitirian elevar el ejército del alta Italia los regimientos del Piamonte, que habian recuperado los batallones enviados á España, y vueltos varios si bien mas aguerridos que nunca. La artillería abundaba en esta comarca, y sin dificultad se podian tener para el mes de julio ciento cincuenta bocas de fuego con sus tiros correspondientes. Pronta estaria para el príncipe Eugenio la caballería, que para el general Bertrand no pudo estarlo. De consiguiente era fácil tener allí un ejército de ochenta mil hombres al cabo de dos ó tres meses, y mucho mejor organizado que el ejército con que se acababa de vencer á los coaligados en Sajonia, habiendo tiempo y reposo para proveerle del material necesario. Finalmente, Napoleon destinaba lugartenientes de mérito superior al príncipe Eugenio, como el general Grenier, que recientemente habia recibido una herida é iba á tornar á Italia para curarse, y el ilustre Miollis, sabio, hombre de talento, espartano y soldado heróico al mismo tiempo.

Aun quedaba Murat, príncipe sin ventura, que casi perdía la cabeza bajo la corona que Napoleon le habia ceñido. Profundamente herido en su orgullo por las palabras insertas en el *Monitor* despues de su partida del ejército; receloso de haber incurrido en la desgracia de Napoleon para siempre, de estar reservado con su reino de Nápoles de resultas á una compensacion, á un ajuste de paz,

prestando oídos á las aberturas que el Austria dirigia á todos los que deseaban abandonar á Francia sin osarlo, con miedo á cada paso de hacer mucho ó demasiado poco, se hallaba en el estado del rey de Baviera, del rey de Sajonia, y en suma, de todos los aliados que, honrados de sobra para no vendernos, no lo eran tanto que no pensaran en ponerlo por obra, y con mas razon de remordimiento que ellos, pues todo se lo debía á Napoleon, con cuya hermana se habia casado, hermana de la cual tambien tenia desconfianza, aun no codiciando ella menos conservar este reino tan amado, este reino causa de sus faltas y desventuras. Bajo situacion semejante habia momentos en que parecia delirante. Su salud se alteraba á vista de ojo, y este héroe tan admirable sobre el campo de batalla del Moskowa, convertido en débil monarca, atormentado por desvelos, perdía á la vez su hermosura, su serenidad y su arrojo. Poseído de lástima estaba su pueblo, al cual habia sabido ser grato, y cuando le veía le colmaba de aplausos como para consolarle. A veces pensaba este pobre Murat en irse á echar á los pies de Napoleon y á ofrecerle tomar el mando de los restos de su caballería; á veces queria entregarse al Austria, y hasta envió á su corte un principe Cariati, cuya conducta produjo tal escándalo en Viena, que Mr. de Narbonne vióse obligado á escribir á Napoleon sobre este punto.

Todo esto excitaba á Napoleon á la compasion, bien que á una compasion sin benevolencia, y estaba determinado á ponerlo remate. No dudaba que una orden formal suya, apoyada con una amenaza positiva, amenaza mas facil de realizar respecto

de Nápoles que respecto de Suecia, llevaria á Murat á sus plantas, y resolvió llamarle al ejército ante todo, y exigir despues sus tropas con objeto de anirlas á las del principe Eugenio. Desde 1808 habia empleado Murat el tiempo en crear un ejército napolitano, y era el único hombre capaz de conseguirlo, pues además de su fama, tenia para encantar á los napolitanos su hermosa y agradable figura. Cerca de diez mil hombres de este ejército habian sido ya desparramados en la inmensidad de las tropas enviadas á Rusia, y se habian salvado de tres á cuatro mil de ellos. Pero aun tenia Murat sobre las armas cerca de cuarenta mil hombres perfectamente organizados, y Napoleon ideó tomárle veinte mil para incorporarlos á Eugenio.—Cuando el Austria vea estos cien mil combatientes sobre el Adige, dijo al virey, conocerá que tiene que contar con nosotros, y que nosotros no tenemos que contar con ella.—Dadas estas instrucciones al principe Eugenio y consignadas despues en muchos despachos por eserito, le alargó la mano con un afecto nunca disminuido hacia su persona, aunque le inspirara desconfianza á veces, como todos aquellos á quienes mas estimaba, y despidióle el mismo dia.

Vistas son las disposiciones que habia tomado para juntar un ejército en Maguncia con los cuadros procedentes de España. Permittiendo comprender lo que el consumo de hombres, incesante en la Peninsula, dejaba en cuadros cada vez menos numerosos, contaba Napoleon reunir los de sesenta batallones en Maguncia, y llenarlos con los conscritos que llegaban de continuo de los pertenecientes á las antiguas clases. Allí esperaba tam-

bien juntar los cuadros de sesenta escuadrones de caballería, llenándolos con los ginetes formados en los depósitos y montados gracias á los caballos sacados de Francia. Segun se ha visto, la reorganización de los cuerpos del mariscal Davout y del duque de Belluné en Westfalia debia proporcionar ciento doce batallones, esto es, noventa mil hombres de infantería cuando menos. Ya los veinte y ocho segundos batallones reorganizados en Erfurt se hallaban juntos á las órdenes del duque de Belluné, teniendo además de los doce suyos, los diez y seis pertenecientes al mariscal Davout. Veinte y ocho acababan de llegar á las órdenes del general Vandammé á Brema. Otros les debian seguir muy pronto. Ya hemos dicho que, cuando estuvieran formados todos, se proponia juntar los cuatro batallones de cada regimiento, recomponer asi los regimientos antiguos, dar diez y seis al mariscal Davout, doce al mariscal Victor y crear un ejército de ciento veinte mil hombres, con una numerosa artillería sacada de Holanda y de los departamentos anseáticos, y con el resto de la caballería remontada por el general Boucier. Si, como era de esperar, se volvía á nosotros la Dinamarca, objeto á la sazón de las caricias de Inglaterra y de Rusia, que, mediante indemnización, procuraban arrancarle la Noruega, se podia contar con doce ó quince mil daneses, excelentes soldados, cosa que debia elevar lo menos á ciento treinta mil hombres el ejército del bajo Elba. Tres preparaba Napoleon de consiguiente, uno en Milan, otro en Maguncia, y otro en Hamburgo, aparte del que ya tenia á la mano, y cuya organización avanzaba de hora en hora, y más desde que estaba en Dresde. Con unos

cien mil hombres contaba en Italia, con setenta mil en Maguncia, con ciento treinta mil en Magdeburgo y Hamburgo, esto es, con seiscientos mil combatientes, incluyendo los que tenia en Sajonia, fuerza enorme, y preciso es reconocer que muy propia á alterar la rectitud de su juicio, inspirándole ilimitada confianza.

Al mariscal Davout dirigió las instrucciones mas terminantes para las diversas organizaciones, parte de las cuales se debia ejecutar bajo la robusta y habil mano de este caudillo. Se le anunció que pronto se le devolverian los batallones suyos prestados al duque de Belluné; se le previno que tornara lo mas brevemente posible á Hamburgo, que para esto se aprovechara del movimiento proyectado sobre la capital de Prusia, que en todas partes y especialmente en Hamburgo ejecutara una justicia rigurosa. Napoleon estaba exasperado contra las ciudades anseáticas que acababan de expulsar á los aduaneros, á los recaudadores de contribuciones, á los oficiales de policía franceses, y de asesinarlos en muchas partes, que habian recibido con júbilo á los cosacos, y que parecian blanco de los esfuerzos militares y diplomáticos de la coalición. Bajo su autoridad queria tornar á poseer estas ciudades por la fuerza y por el terror, y si habia que restituirlas á la postre, restituírselas arruinadas á Alemania. Al mariscal Davout le ordenó que hiciera fusilar á los miembros del antiguo senado, que habian tomado nuevamente posesion de sus puestos, á los principales agitadores de la rebeldía, á algunos oficiales de la legion anseática alzados en nuestra contra; le ordenó que prendiera y privara de sus bienes á los quinientos principales

negociantes reputados por enemigos de Francia; finalmente, que sin exámen y donde quiera, apresara los géneros coloniales y las mercancías inglesas, que en abundancia habían penetrado por el Elba desde la insurrección de Hamburgo. Con esto decía que habría para pagar la guerra, causada en parte por los negociantes de estos países. No escondiéndose jamás cobardemente detrás de sus agentes cuando dictaba providencias rigurosas, quiso que el mariscal Davout, al ejecutar estas formidables instrucciones, declarara que obraba á tenor de las ordenes formales de Napoleon, y añadía que contaba con su inflexibilidad reconocida, para que estas ordenes fuesen ejecutadas en todas sus partes. Por fortuna, sin decirlo, contaba también con la hombría de bien y la cordura de este mariscal, que, riguroso y todo, sabría esperar antes de cumplir lo que se le prescribía á que la cólera de su soberano se evaporara en palabras tremendas. De todas estas ordenes la parte principal no se debía llevar á cabo, resultando no mas que cuantiosas contribuciones, con las cuales viviría el ejército durante seis meses desde Hamburgo hasta la capital de Sajonia.

Pasando Napoleon á caballo el tiempo que no dedicaba á trabajar en su gabinete, recorrió las margenes del Elba, reconoció a Koenigstein y Pirna, así como el país todo mas arriba y mas abajo de Dresde, dispuso el establecimiento de dos puentes, uno en Dresde mismo y con tablonés para enjazar las partes subsistentes del de piedra, y otro de armadía en Priesnitz, por donde el ejército había operado el paso á viva fuerza. También hizo construir robustas cabezas de puente, abarcando

una y otra orilla para el caso en que se viera obligado á replegarse á la línea del Elba despues de perdida una batalla, y vigiló personalmente la creación de vastos hospitales y de vastos almacenes de viveres á la orilla izquierda, para que nada quedase expuesto á las empresas del enemigo. Todos estos trabajos los hacía ejecutar á dinero constante y sacado de su tesoro secreto, con el fin de atraerse al pueblo de Dresde, á quien quería intimidar y satisfacer al propio tiempo. Habiéndose incorporado los destacamentos de caballería llevados de los depósitos por el duque de Placencia, embebiólos en el cuerpo del general Latour-Maubourg, de manera de juntar los escuadrones de cada regimiento. De este modo había ascendido el tal cuerpo á ocho mil hermosos ginetes, y con tres mil ginetes sajones que debían tornar de nuevo, con mil ó dos mil ginetes bávaros y wurtembergueses, á quienes se esperaba, dentro de algunos dias debía subir á doce mil hombres de á caballo. Cuatro mil de la Guardia elevarían á diez y seis mil soldados el total de nuestra caballería, fuerza ya respetable, é independiente de las tropas ligeras de esta arma que tenía cada cuerpo para las exploraciones. De los destacamentos procedentes de los depósitos á las ordenes del duque de Placencia, por lo menos quedaban tres mil ginetes destinados al general Sebastiani, para completar sus regimientos cuando llegara á Wittenberg. Entonces tendría el ejército veinte y cinco mil hombres de á caballo capaces de cargar en línea. Ocho ó diez dias convenia aguardar aun para pasar de un estado casi nulo en materia de caballería á un estado bastante imponente. Además, el general

Barrois llevó una segunda division de infanteria de la Jóven Guardia, y á las órdenes del general Delaborde se preparaba otra tercera en Franconia. Asi, durante algunos dias de descanso en Dresde, se completaban los trescientos mil hombres, que constituian el primer armamento de Napoleon y que bastarian quizá á dictar leyes á la Europa coa- ligada. En este reposo tan activo aguardaba al rey de Sajonia, conminado á presentarse en Dresde, y al conde de Bubna, anunciado de Viena con tanto aparato.

Con efecto, ni una hora habia perdido el rey de Sajonia para ceder á la intimacion de su aliado formidable. Segun dicho queda, salió de Praga pidiendo y prometiendo al Austria el secreto sobre todo lo acontecido. Rodeado de su familia y de su hermosa caballeria, reclamada tantas veces sin fruto, llegó el anciano monarca el 12 de mayo por el camino de Peterswalde á las puertas de Dresde. Napoleon, que habia resuelto representar una especie de comedia, pero grande segun le convenia, salió de la ciudad á la cabeza de su Guardia, para recibir al monarca sajón, á quien, al decir suyo, tenia á dicha restituir sus Estados reconquistados por las armas de Francia. Formada estaba la hueste francesa, el tiempo era magnifico, y todo se prestaba á una escena imponente. Ya junto al anciano monarca, apeóse Napoleon del caballo y le abrazó de una manera afectuosa, como á un principe que para unirle le hubiera arrancado de manos de ene- migos peligrosos, y no como á un principe arrepentido y vuelto á impulsos del miedo. No pudo menos de sentir viva emocion Federico Augusto, pues si temia á Napoleon, tambien le amaba, no

habiendo recibido de su mano mas que beneficios, muy quiméricos para su debilidad y anonadores, dado que consistieran en la pesada corona de Polonia, pero beneficios alcabo; y al volverle á hallar tan prepotente y tan amigo, dominóle un sentimiento de gratitud. Napoleon le recibió con tanto respeto como dignidad, delante de los vecinos de Dresde, que acudieron en masa para asistir á esta entrevista; y por lo demás tan niños son los pueblos, que, á la vista de espectáculo semejante, tambien se enternecieron los sajones, y se aplacaron por decirlo así, ante los dos monarcas reconciliados. Fuerza es añadir que los rusos se habian portado en Sajonia de modo de disminuir en gran manera el odio que inspiraban los franceses.

Napoleon llevó á Federico Augusto á su palacio afectando que se lo restituia, y el mismo dia comió á su mesa con suma pompa. Provisionalmente se habia alojado en el palacio del monarca, bien que con el proyecto anunciado públicamente de elegir una mansion mas militar, menos molesta, y tambien con el designio de dejar á su huésped la apariencia de un principe soberano del todo en su casa. Para Napoleon se buscaba una quinta á las puertas de Dresde, donde podria disfrutar de la plenitud de su tiempo y de la estacion hermosa, y donde se daria trazas de estar de campo, lo cual le agradaba sobremanera.

Tras de estas demostraciones vinieron las expansiones y las explicaciones entre Napoleon y el anciano monarca. ¿Por ventura hizo este principe á Napoleon las confesiones de que se le ha acusado posteriormente, para justificar el despojo de parte de sus Estados? Asi se ha pretendido sin duda, pe-

ro todo prueba lo contrario en los documentos existentes. Probable es que sin que fuera infiel este soberano, se descubrieran por sí mismas las miras del Austria en sus relaciones, y que si las reveló fué mal de su grado, pues eran harto claras de suyo, y poco culpables al cabo de todo, aunque entonces las tomara Napoleon en muy mala parte. Lo cierto es que las revelaciones que cambiaron completamente las disposiciones de Napoleon respecto del Austria, le llegaron antes del 12 de mayo, día de la entrada de Federico Augusto en Dresde, y que todo lo supo ora por Mr. de Narbonne, ora por los despachos interceptados, y nada por el rey de Sajonia, ausente de su capital todavía.

En esta entrevista Napoleon tranquilizó á Federico Augusto acerca de la resultas de la guerra, le hizo que participase de su confianza, y le infundió tanto sosiego como podía experimentar este príncipe entre el tumulto de las armas, que tan mal cuadraba á su genio. Completa habia vuelto á ser la union, y especialmente quiso Napoleon que lo pareciera, pues le convenia mostrarse en perfecta intimidad con sus aliados, propalándose que era tan temido como aborrecido por ellos, lo cual era verdad positiva con relacion á los pueblos alemanes, si bien no tanto respecto de sus soberanos.

La primera ventaja que sacó Napoleon de la presencia del rey en Dresde, fué la de poner la mano en sus tropas. Soberbia era la caballería sajona. Completándola con algunos reclutas, debía ascender á unos tres mil ginetes, ya seducidos por los hábiles halagos de Napoleon á semejanza de su monarca. Confiada fué al bizarro Latour-Maubourg el mismo día. Tocante á la infantería encerrada en

Torgau hallóse expuesta á una prueba harto peligrosa. Muy comprometido estaba por su conducta el general Thielmann, uno de los patriotas alemanes mas ardientes y mas sinceros. Habia ido á visitar en Dresde al emperador Alejandro, manifestóle su adhesion á la causa de los coaligados, si bien como súbdito sumiso no se atrevió á poner la plaza de Torgau en sus manos, teniendo órdenes de su monarca para no abrirla mas que á los austriacos. Vuelto á Torgau, desesperó ver caido de nuevo á su soberano despues de la jornada de Lutzen en poder de los franceses, y aun concibió muy vivos temores respecto de sí propio. Cediendo al doble estímulo del patriotismo y de las zozobras personales, probó entonces á quebrantar la fidelidad de sus tropas, y á inducir las á que se pasaran á los rusos, fundándose en que el rey no era libre, y no daba mas que órdenes arrancadas á la fuerza. Aun cuando sus acentos patrióticos resonaran en el corazon de sus oficiales, no pudo arrastrarlos, y todos en union de sus tropas siguieron fieles al monarca. Despues de esta infructuosa tentativa, fugóse al campo de Alejandro, abandonando su infantería, que desde este momento volvió sin dificultad al mando del general Reynier, hácia cuyo talento y carácter habia concebido una estimacion merecida.

Durante este tiempo, ateniéndose el mariscal Ney á sus instrucciones, cruzó por Leipsick y dirigióse á Torgau, donde habia recogido á los sajones. Algo á la izquierda, en Wittenberg, tenia este mariscal al duque de Bellune con sus batallones reorganizados, y á la derecha al general Lauriston, establecido en Meissen con su cuerpo de tropas.

Aun no habia llegado el general Sebastiani conduciendo la caballería remontada en Hannover y la division de Puthod, la del cuerpo de Lauriston dejada á la espalda. Sin embargo, con Reynier, Victor, Lauriston y Ney, tenia bastantes fuerzas para marchar sobre Berlin, y aguardaba la órden con impaciencia.

Antes de expedirsela Napoleon queria tener exactos informes sobre los designios de los coaligados. Ya habia dirigido mas allá del Elba al cuerpo del príncipe Eugenio, que desde la partida de éste pasó al mando del mariscal Macdonald, y encaminóle sobre Bischoffswerda, donde penetró este cuerpo anonadando á una retaguardia enemiga, y pasando por entre las llamas. A la sazón se acusaba á los rusos de querer obrar en Alemania de la propia manera que en Rusia, esto es, prendiendo fuego á los países de donde tenian que alejarse. Cierto es que la pequeña é infeliz ciudad de Bischoffswerda acababa de ser incendiada, quizá por las bombas, y sin culpa de nadie. Desde Bischoffswerda dirigióse el mariscal Macdonald á Bautzen. Allí las noticias eran mas exactas, y unidos los rusos á los prusianos aparecieron resueltos á dar una segunda batalla. Efectivamente su resolución concordaba con las apariencias. A pesar de las pérdidas que habian experimentado, á pesar del peligro de una derrota, ninguno de ellos dudaba de la necesidad de pelear de nuevo entre el Elba y el Oder. Retroceder mas, equivalia ó abandonar las tres cuartas partes de la monarquía prusiana, y sobre todo á Berlin, que no se pudo defender directamente por el envio de un cuerpo destacado, si bien la protegia hasta cierto punto una fuerte po-

sicion conservada en Lusacia: equivalia á confesar ante Alemania y ante Europa que se habian jactado despues de la jornada de Lutzen imprudentemente; que de tal modo fueron batidos en ella que no tenian medio de detenerse en parte alguna, ni detrás del Elba, ni aun detrás del Oder; equivalia á despedir á los patriotas alemanes, á quienes se habia citado para todos los campos de batalla de Sajonia; equivalia á despedir al Austria, á la cual no se retenia sino á fuerza de promesas, de encomios, de exageraciones, y sobre todo á fuerza de la vecindad, permaneciendo en cierto modo físicamente unidos á ella. De consiguiente habia que vencer ó morir, mas bien que dejarse arrancar de las montañas de Bohemia, á cuya falda se hizo alto al evacuar á Dresde, y que aprovechar para defenderse en este punto de una de las numerosas corrientes de agua que descienden del *Riesen-Gebirge* por medio de Lusacia, y dividen el espacio comprendido entre el Elba y el Oder. Especialmente en Bautzen, por donde pasa el Sprea, se hallaba una posicion fuerte, doble en cierto modo, porque presenta dos campos de batalla, uno delante y otro detrás del Sprea, posicion hecha ya célebre por Federico el Grande durante la guerra de siete años (1), y sobre la cual se podían recibir una y aun dos batallas defensivas, apoyando la izquierda en las montañas de Bohemia y la derecha en vastos pantanos. Tanto por su renombre, como por la ventaja del terreno, eligióse esta posicion de Bautzen para pelear allí con encarnizamiento. De

(1) Federico el Grande dió allí la batalla denominada de Hochkirch.

los noventa y dos mil hombres, que se pudieron juntar en las llanuras de Lutzen el 2 de mayo, se habían perdido cerca de veinte mil en el fuego, ó de resultas de las marchas, si bien fueron reemplazados por otros treinta mil, hallados unos en Silesia, por medio de las reservas que Prusia había aprestado en esta rica provincia, sacados otros del cuerpo que bloqueaba las plazas del Vistula. Este era el de Barclai de Tolly, fuerte de quince mil rusos, que se acababa de apoderar en Thorn de una guarnición bávara en su mayoría, desolada por enfermedades y alojada en obras apenas defensivas. Ninguna otra de las guarniciones del Oder y del Vistula había sucumbido, y á los coaligados pareció mucho más útil ganar una gran batalla que bloquear plazas, con escasa probabilidad de meterse dentro, y que, situadas en medio de poblaciones extremadamente hostiles, no podían ejercer ninguna acción más allá de sus muros. De consiguiente delante y detrás de Bautzen, á lo largo del Sprea y bajo la protección de vastos terraplenes y de numerosos reductos se juntaron cerca de cien mil prusianos y rusos, animadísimos y á quienes era árduo forzar en este asilo, donde estaban dispuestos á dar una batalla decisiva. Confióse á los generales prusianos Bulow y Borstell el cuidado de cubrir como pudieran á Berlin y el Brandeburgo, á los corredores de Czernicheff y de Tettenborn la tarea de mantenerse junto al bajo Elba, comiendo, bebiendo y quemando á expensas de los alemanes á quienes venían á libertar, y propusieron los coaligados resolver por sí propios la gran cuestión europea á los ojos del Austria y á la misma falda de sus montes. Á ésta se la dirigieron

las más pomposas descripciones de la posición tomada, de las fuerzas reunidas, y se le suplicó que no se dejara intimidar ni seducir por el tirano de Europa, que, según su dicho, se iba á ver reducido muy pronto al último trance.

Tales eran los pormenores, que se adquirieron de todas partes, por medio de nuestros espías y de los reconocimientos, llevados ahora á mayor distancia de resultas del aumento de nuestra caballería. No habiendo pasado más que una semana en Dresde, tiempo estrictamente indispensable para reinstalar al rey de Sajonia en sus Estados, para reunir alguna caballería, y poner en línea los cuerpos de tropas, abrazó Napoleon el partido de marchar de seguida hácia adelante, y de ir á disipar nuevamente los humos con que se embriagaba el orgullo de los coaligados. Ya el mariscal Macdonald se hallaba á la vista de Bautzen, é hizo que el mariscal Oudinot le apoyara á la derecha y á lo largo de las montañas con una división bávara y dos francesas, y el mariscal Marmont á la izquierda con sus tres divisiones, dos de ellas francesas y una alemana, y el general Bertrand todavía más á la izquierda con una división francesa, otra italiana y otra wurtemberguesa. Al propio tiempo mantuvo al mariscal Ney y al general Lauriston delante del Elba, en aptitud de trasladarse á la derecha hácia el grande ejército, ó á la izquierda sobre la capital de Prusia. Se hallaban el mariscal Ney en Luckau y el general Lauriston en Dobritsch, este último enlazando con el grande ejército al primero. Napoleon les previno el 4 de mayo, día en que le llegaron las noticias seguras esperadas, que sin pérdida de tiempo se encaminaran á Hoyerswerda, de

manera de desembocar sobre el flanco y sobre la espalda de la posicion de Bautzen, cuya conservacion ofreceria dificultad suma, cuando se hallasen en marcha sesenta mil hombres para rebasarla. Queriendo utilizar todas las fuerzas que no necesitaba indispensablemente en otra parte, dispuso Napoleon que el general Reynier siguiera a Ney y á Lauriston. Dejó al mariscal Victor, duque de Bellune, delante de Wittenberg, como una amenaza perenne contra Berlin, amenaza que se realizaria mas tarde segun los sucesos, y aprestóse personalmente á marchar tan luego como los movimientos prescritos se hallasen bastante adelantados hácia el objeto indicado para que su presencia fuese necesaria. Ya la misma Guardia habia sido dirigida hácia Bautzen, adonde se enderezaban á la sazón todas nuestras fuerzas, y adonde les iba á seguir la atencion de Europa. Teniendo ciento sesenta ó ciento setenta mil hombres que oponer á cien mil enemigos, por fuerte que fuera la posicion de estos, no se debia inquietar Napoleon sobre el resultado. Por todas las posiciones del mundo valia la maniobra encargada al mariscal Ney, y en su actual estado pudiera prescindir el ejército francés de su superioridad numérica para alcanzar el triunfo.

Napoleon iba á dejar á Dresde, cuando apareció al fin Mr. de Bubna el 16 de mayo por la noche, viniendo de Viena lo mas de prisa que pudo para ganar el tiempo que se le habia hecho perder en retocar sus instrucciones á tenor de las noticias llegadas de los dos cuarteles generales. Al punto le dió Napoleon audiencia, y aunque estaba determinado á disimular respecto del Austria, aunque

profesara mucha benevolencia personal á Mr. de Bubna, le hizo una acogida algo áspera por de pronto. Lejos de los hombres calculaba con frialdad y con la exactitud peculiar de su entendimiento: cuando los tenia delante, su naturaleza fogosa recibia de su presencia un estímulo casi irresistible. No supo contener la irritacion que le inspiraban los esfuerzos del Austria por dictarle la ley, á él yerno y aliado, y sobre todo la supuesta doblez de Mr. de Metternich, creyendo tener la prueba de ella. Arrebatóse contra este último, y respecto de su persona propasóse á amenazas, que, comunicadas por un testigo de mala voluntad, pudieran producir funestas resultas. Afortunadamente Mr. de Bubna tenia mucho talento, y por consecuencia mucha inclinacion hácia su interlocutor glorioso, mucho deseo de la paz, y no era hombre para abusar de ninguno de los arrebatos de que era testigo. No se alteró por tanto, y ante todo sacó de su cartera una carta del emperador Francisco á Napoleon, carta de un padre y de un hombre de bien y que contenia la verdad entera. Afectuosa al par que sincera manifestaba á Napoleon la gravedad decisiva de la situacion presente, el peligro de determinaciones irreflexivas, le ponía en claro el límite que separaba los deberes del padre de los del soberano, y con dignidad é instancia le suplicaba que por su interés y por el del mundo diera oídos á las aberturas que Mr. de Bubna estaba encargado de hacerle. Esta carta era adecuada á conmover una naturaleza tan viva como la de Napoleon, y produjo efectivamente una impresion favorable. Mas reservado el emperador Francisco que Mr. de Metternich, teniendo además que hablar y que obrar

menos, pudo conservar su posición mas holgadamente, vióse menos obligado á acariciar alternativamente á unos y á otros, no incurrió de consiguiente en los cargos de doblez, y á mayor abundamiento, cuando alegaba su doble calidad de padre y de soberano para explicar su doble conducta, le asistía la razón despues de todo, porque si habia concedido á Napoleon su hija á la cual amaba, y si tenia este vínculo en cuenta, no debia sin embargo, olvidar el interés de su monarquía, necesitada de reparar enormes daños, el interés de la Alemania sin la cual no podia existir el Austria, y si aspiraba á conciliar estos intereses diversos, lo hacia de cierto por cumplir á la vez todos sus deberes.

Aunque muy irritado, lo conocia así Napoleon en el fondo, y esta carta aplacóle sobremanera, aunque sin cambiar mucho sus resoluciones. Escuchó las proposiciones que Mr. de Bubna tenia que hacerle, no á título de condiciones, porque respecto de su persona se guardaban esmeradamente las formas todos, sino á título de conjeturas sobre lo que era posible obtener de las potencias beligerantes, á título de proposiciones que Austria estaba decidida á apoyar como razonables. Ya eran conocidas de Napoleon estas diversas proposiciones, y si no se hallaba convertido, al ménos se mostraba mas calmado en punto á su texto. Escuchólas atentamente, fingiendo oír su enunciación por vez primera, se mantuvo tranquilo mientras le fueron manifestadas; pero poco á poco dejó ver la verdadera razón de sus negativas, y esta razón era la de su orgullo, la de su orgullo que sufría al abandonar títulos tomados con grande aparato, ó territorios incorporados solemnemente al Imperio. Perdido es-

taba el gran ducado de Varsovia, como que habia perecido en Moscou. Bajo este aspecto ya la desazon estaba parada. Por otra parte la grandeza de la catastrofe tenia algo del destino de Napoleon digno. Sobre este punto su resolución ya se hallaba fija, y á mayor abundamiento no se trataba aqui de su Imperio, se trataba de una vasta combinación política, del restablecimiento de la Polonia, que á su decir habia intentado en interés de la misma Europa, al cual no tenia obligación de sacrificarse, no habiéndole querido ayudar la Providencia y los hombres. Acerca de otro punto, acaso mas grave, acerca de España, no se mostraba ya Napoleon tan absoluto, aun cuando eludiera las explicaciones, lo cual asombró hondamente á Mr. de Bubna. No manifestaba que relativamente á esta cuestión cederia, si bien daba á entender que estaba propenso á ceder algo, y en cuanto á lo presente, para inducir á negociar á Inglaterra, se mostraba determinado á admitir en la confederación á los insurgentes españoles. Aqui se revelaba, sin que pudiera penetrarlo Mr. de Bubna la nueva disposición de Napoleon de aparecer mas accesible para Rusia é Inglaterra que para las potencias alemanas. Mr. de Bubna, que no esperaba tanto respecto de la cuestión española, quedó sorprendido y embelesado; pero cabalmente los mismos puntos en que Austria tenia mayor empeño eran los que hacían experimentar á Napoleon las mas penosas emociones. Le era singularmente antipático galardonar á Prusia por su defección al reconstituirla. Sin embargo, como era á la par violento y propicio al perdón, aun cabia ablandarle sobre este punto. Pero renunciar al título de protector de la Con-

federacion del Rhin le parecia una humillacion que se queria imponerle. Igualmente dificil de tragar le parecia la humillacion de abandonar los departamentos anseáticos incorporados constitucionalmente al Imperio. Vanamente se esforzaba Mr. de Bubna en decir que el titulo de protector de la Confederacion del Rhin era ilusorio, sin utilidad alguna para Francia, pues Napoleon se valia de esta razon misma para responderle que, haciendo la cosa de ningun valor la inutilidad del titulo, resaltaba mas el deseo de humillarle. Por su parte el negociador austriaco afirmaba que ya seria concesion dificil la que arrancara á las potencias beligerantes la incorporacion de Holanda á Francia; pero que respecto de los territorios anseáticos jamás consentirian en cedernoslos Inglaterra á causa del mar, Prusia á causa de la vecindad, Rusia á causa del ducado de Oldenburgo. Napoleon tenia una razon acerca de esto, que no estribaba en el orgullo, sino en la politica, y ante la cual no estaba armado Mr. de Bubna de tan buenas respuestas, y se fundaba en que Francia necesitaba de tales territorios como un medio de cange, para hacer que Inglaterra le restituyera sus colonias; sobre cuya cuestion hasta Mr. de Metternich se habia colocado en mas de una conferencia bajo el propio punto de vista. A esto respondia Mr. de Bubna que no llevaba mas que instrucciones preliminares, que nada tenian de definitivo, y se podrian debatir mas tarde, y modificar á gusto de todos; que, estando presente Inglaterra se podrian poner en balanza Lubeck, Brema, Hamburgo, con la Guadalupe, la Isla de Francia, el Cabo, y no ceder las unas sino en trueque de las otras; y hacia vivas instancias

para que al menos se juntase un congreso en Praga, por ejemplo, adonde el emperador Francisco iria en persona, para estar cerca de las potencias beligerantes, y poder emplear mas eficazmente sus buenos oficios.

Esta entrevista duró muchas horas. Napoleon aparecia muy ablandado, sin dar á entender á pesar de todo que cederia, y se convino en que antes de partir para el ejército tornaria á ver el dia siguiente á Mr. de Bubna. Aunque estuviera determinado á no sufrir las condiciones á que se pretendia que asintiera, sobre todo á no sufrirlas de parte del Austria; aunque se creyera en aptitud de imponer otras condiciones á tal de contar dos ó tres meses para llevar á cabo sus últimos armamentos, le llamaba la atencion lo útil de un congreso, en primer lugar para acreditar disposiciones pacíficas á sus aliados alemanes, á Francia y á Europa, y en segundo para proporcionarse los dos ó tres meses de que necesitaba para completar sus fuerzas; y por último en tercero para aprovechar la ocasion de reanudar relaciones directas con Rusia y con Inglaterra, relaciones de que esperaba sacar partido para entenderse con estas, sin intervencion de las potencias alemanas y en su detrimento. Asi tomaba el desquite de la partida que le habia jugado el Austria. Esta corte se habia servido de Napoleon en cierto modo para llegar á ser mediadora, y siéndolo ya al presente se servia de la mediacion para dictarle la paz á su antojo. A astucia quiso oponer mayor astucia. Despues de haberse servido del Austria para abocarse en un congreso con las potencias al parecer mas hostiles, prescindiria de ella para los tratos, y los cele-

braría sin intervencion suya y hasta cierto punto en su contra. Tan de su gusto eran los triunfos diplomáticos como los triunfos militares, y tan orgulloso se mostraba de ganar à un juego como à otro: fuera de que si, tomando Austria sus observaciones en cuenta, segun lo prometia Mr. de Bubna, pesaba sobre las potencias coaligadas con fuerza bastante para arrancarles condiciones mas satisfactorias, entonces la paz aceptada y obtenida de manos de su suegro seria tan decente como de mano de otro cualquiera. Por estas razones abrazó Napoleon el partido de disimular con el Austria, de mostrarse tocado por sus razones, de acceder à un congreso en Praga ó en otra parte, y no solo à un congreso sino à un armisticio, que estipularan ante ambas huestes negociadores enviados à las avanzadas. Primero que se celebrara este armisticio aun pensaba ganar una batalla, lo cual mejoraria mucho su situacion en el futuro congreso, y en todo caso este armisticio le proporcionaria tiempo de terminar los vastos preparativos por cuyo medio creia poder dictar condiciones à Europa, lejos de recibir las suyas, y le facilitaria además la ocasion de abrir comunicaciones con el emperador Alejandro, desvelo que le preocupaba no poco.

Al dia siguiente 17 de mayo vió pues à Mr. de Bubna, y aparentando rendirse à una parte de sus razones, al par que porfiaba en afirmar que moriria con las armas en la mano y haria morir à otros mas bien que consentir en ciertas condiciones de las propuestas, declaró que estaba pronto à aceptar à la vez un congreso y un armisticio, y à admitir en este congreso à los representantes de los insurgentes españoles, lo cual fué siempre condicion

esencial y prévia de toda negociacion para Inglaterra. Sorprendido y pasmado Mr. de Bubna de haber obtenido tantas cosas, especialmente la última que era inesperada del todo, ofreció escribir al punto à Mr. de Stadion, que se habia trasladado al cuartel general ruso, para hacer alli lo que en el cuartel general francés hácia Mr. de Bubna, y participarle el asentimiento formal de Napoleon à la reunion de un congreso y a la celebracion de un armisticio. La carta de Mr. de Bubna à Mr. de Stadion, redactada en el instante y corregida por mano de Napoleon mismo, decia en sustancia que, no envanecido el emperador de los franceses de resultados del triunfo reciente de sus armas, impaciente por poner término à los males de Europa, consentia en la reunion inmediata de un congreso en Praga; y que, para hacer cesar cuanto antes la efusion de sangre, hasta estaba pronto à enviar à las avanzadas comisionados à fin de negociar un armisticio.—Cabalmente esta condicion postrera, que tan encantado se mostraba Mr. de Bubna de haber obtenido, era en la que Napoleon ponía mas ahinco, por las razones que acaban de ser expuestas. Mr. de Bubna dió curso à la carta por medio de un correo que debia llevarla, con toda diligencia al cuartel general ruso, para que fuera entregada à Mr. de Stadion sin pérdida de tiempo. Seguidamente solicitó volver à Viena para regocijar al emperador Francisco y à Mr. de Metternich con el anuncio de las excelentes disposiciones en que habia hallado à Napoleon, y sobre todo à fin de prepararles à modificar algunas de las condiciones propuestas. Napoleon aprobó hasta lo sumo este retorno de Mr. de Bubna à Viena, le dijo sincera-

mente que solo podian dar la paz estas modificaciones, y que la darian de seguro si eran bastantes. Al mismo tiempo confióle una carta para su suegro. En esta carta afectuosa y filial, tanto como fué paternal y amistosa la del emperador Francisco, dejó ver la llaga que le hacia sangre; dijo que estaba pronto á celebrar la paz, pero que, habiendo llegado á ser yerno del emperador Francisco, ponía su honor en sus manos; que lo estimaba mas que el poder y la vida; y que estaba resuelto á morir con las armas en la mano, y en union de cuantos hombres generosos habia en Francia, antes que ser la irritacion de sus enemigos, aceptando condiciones humillantes. De seguida despachó á Mr. de Bubna, no sin colmarle de muestras de su favor.

Asi se inició esta negociacion sincera en parte y en parte simulada relativamente á Napoleon, pero emprendida con completa buena fé y eminente zelo por el representante de Austria, quien se lisonjaba de haber reconciliado con su habilidad á las potencias mas formidables del universo, y prontas á venir otra vez á las manos. Inmediatamente despues de despedir á Mr. de Bubna, tambien hizo Napoleon sus preparativos de partida, si bien antes de dejar á Dresde quiso sacar de las negociaciones entabladas el principal resultado que esperaba de ellas, y consistia en abocarse directamente con Alejandro para librarse de la influencia del Austria. Bajo pretexto del armisticio, que se debia negociar sin demora á la vista de las dos huestes, si se lograba precaver una nueva y sangrienta batalla, ideó enviar á las avanzadas á monsieur de Caulaincourt, varon designado entre todos para avenencia semejante, pues habia gozado

no solo de la estimacion, sino del favor de Alejandro y de su familiaridad mas íntima y cotidiana. Hasta tal punto estaba designado Mr. de Caulaincourt que cabe decir que lo estaba de sobra, y que á su aspecto solo resaltaria la intencion de Napoleon de una manera sorprendente, se alarmaria Prusia, se pondria sobreaviso el Austria, y se precipitarian quizá las mas fatales resoluciones. Calculando poco Napoleon cuando le convenia, tanta era su prisa de intentar una avenencia con Rusia, que no hizo caso alguno de los inconvenientes que acababan de ser señalados, y que al salir de Dresde hizo marchar tambien á Mr. de Caulaincourt con una carta para Mr. de Nesselrode, fechada como la de Mr. de Bubna á Mr. de Stadion el dia 28 de mayo. Allí decia que, por consecuencia de lo conveuido con Mr. de Bubna, el emperador Napoleon se apresuraba á enviar un comisionado á las avanzadas para negociar un armisticio, que le parecia urgente en vista de lo próximos que estaban los ejércitos uno á otro, y que entre sus altos funcionarios habia elegido al personage que se reputaba por mas grato al emperador Alejandro.

Hecho esto, y habiéndose expedido al general Durosnel las órdenes precisas, para que las cabezas de puente del Elba estuviesen bien armadas, para que los hospitales se hallasen dispuestos á recibir muchos heridos, para que los víveres abundasen en caso de retirada, para que la poblacion se encontrase bien contenida durante las tremendas escenas con que debia contarse, para que el excelente y débil rey de Sajonia, al quedarse trémulo en su palacio, se mantuviera cotidianamente tranquilo contra los falsos rumores, salió Napoleon de

Dresde el 18 de mayo con direccion á Bautzen, confiado, sereno, henchido de esperanza, viviendo enmedio de los peligros y de la sangre, de los padecimientos ajenos y de los propios, al modo que otros viven enmedio de las distracciones y los placeres.

En su camino halló á la pobre ciudad de Bischoffswerda arruinada, todavía ardiendo y viuda de sus moradores, casi todos refugiados á los bosques. A la viva é impresionable naturaleza de Napoleon no pudo menos de conmover el desastre de esta pequeña ciudad, harto ajena á las disputas de los potentados que la habian tratado de tal modo. Se conmovió á la manera que os conmueve un animal á quien se ha herido sin quererlo, y que yace quejándose á vuestras plantas. Previno que se destinara una suma de su tesoro particular para contribuir á reconstruirla, disposicion muy formalmente dictada, sin que Napoleon tuviera la culpa de que no se ejecutara mas tarde. De seguida continuó su viage, y fué á pernoctar á medio camino de Dresde á Bautzen.

Desde muy temprano presentóse delante de Bautzen, adonde acababa de llegar su Guardia, al dia siguiente 19 de mayo, y adonde sus tropas le aguardaban con impaciencia y muy confiadas en un nuevo triunfo. Al punto montó á caballo, para practicar á tenor de su costumbre el reconocimiento de los lugares donde se aprestaba á dar batalla. Véase la posicion sobre la cual nos ibamos á encontrar una vez más con la Europa coaligada, á fin de restablecer el prestigio de nuestras armas.

Segun ya hemos dicho, esta posicion se hallaba junto á los mas altos montes de Bohemia, en el

*Riesen-Gebirge*, terreno neutral contra el que se podian apoyar seguros unos y otros, pues ninguno de los beligerantes debia de sentir la tentacion de enagenarse el Austria, violando su territorio. De esta suerte á nuestra derecha se veia alzarse estos montes cubiertos de negros abetos, despues salir de su flanco el Sprea, correr sobre un lecho hondamente encajonado, pasar en torno de la pequeña ciudad de Bautzen, que ceñia un viejo muro almenado, flanqueado de torres y armado de cañones; luego á la izquierda el mismo Sprea, que, tras de circular por entre alturas cubiertas de matorrales y mucho mas bajas que las montañas de la derecha, de pronto iba á extenderse en un lecho espacioso, enmedio de verdes praderas entremezcladas de estanques, y dilatandose hasta mas allá de donde alcanzaba la vista.

Tal era la primera linea, la del Sprea, ofreciendo gran dificultad señorearla. A la derecha, sobre los altos montes y su ladera, se divisaban talas de árboles y de arbustos, y detrás muchos cañones, bayonetas y uniformes de rusos. Hacia el centro, mas arriba y mas abajo de Bautzen descubriase asimismo gran número de tropas rusas; y á la izquierda, sobre las colinas llenas de maleza, por entre las cuales se abria paso el Sprea para derramarse en la llanura, se distinguian igualmente masas de infanteria y de caballeria, desplegadas en linea las unas, apostadas las otras detrás de obras de campaña, y denotando todas por su equipo que pertenecian al ejército prusiano.

Napoleon resolvió forzar al dia siguiente 20 de mayo esta linea del Sprea, defendida por tropas numerosas y bien apostadas. Esta debia ser la oca-

sion de una primera batalla. Luego se proponia dar otra para forzar la segunda linea que se divisaba detras de la primera, y parecia aun mas formidable. Determinó que al dia siguiente á la derecha pasara el mariscal Oudinot el Sprea hacia las montañas, ora por un vado, ora por un puente de caballetes, y procurara repeler sobre su segunda posicion al enemigo; que hacia el centro tomara el mariscal Macdonald el puente de piedra construido sobre el Sprea en frente de Bautzen, y procurara ganar esta ciudad por asalto; que algo mas abajo del centro cruzara el mariscal Marmont el Sprea sobre pontones, entre Bautzen y la aldea de Nimschutz, y se estableciera en una buena posicion que se halla al otro lado; que finalmente á la izquierda, operando el general Bertrand el paso por Nieder-Gurck, frente por frente de las últimas colinas, cuya falda riega el Sprea antes de esparcirse por las praderas, se esforzara en señorear estas colinas, ó al menos en establecerse cerca de ellas. Tal debia ser la tarea de la primera jornada. Durante este tiempo, dando cima el mariscal Ney á su movimiento sobre Hoyerswerda con una masa de cerca de sesenta mil hombres, llegaría junto al bajo Sprea, á Klix, cuatro leguas mas abajo de Bautzen. Forzando el paso en el mismo Klix á otro dia, podria atacar de flanco la segunda posicion que atacaria de frente en persona. No habia reductos ni teson que se pudieran mantener contra este conjunto de combinaciones.

En el curso de la tarde del 49 de mayo oyóse á lo lejos y hacia la izquierda un cañoneo bastante vivo, que sin inspirar zozobras respecto del mariscal Ney, muy capaz de bastarse con sus sesenta

mil hombres, dió margen á discurrir á pesar de todo que el enemigo tentaba un esfuerzo para impedir la union de las dos partes de nuestra hueste. Por la noche vinieron ayudantes de campo á comunicar lo acontecido.

Atribuyendo los coaligados á Napoleon faltas, que no solia cometer nunca, supusieron que el mariscal Ney solo avanzaba con su cuerpo de tropas, fuerte segun ellos de veinte y cinco mil hombres á lo sumo, despues de las pérdidas que en la batalla de Lutzen habia sufrido. Destacaron á Barclai de Tolly, que desde su llegada de Thorn formaba en cierto modo un cuerpo aislado sobre las alas de la principal hueste, y le agregaron el general de York con ocho mil hombres, ascendiendo así á veinte y tres ó veinte y cuatro mil combatientes la fuerza de este destacamento. Se calculaba que serian bastantes para causar al mariscal Ney gran daño, gracias á la sorpresa que experimentaria, á su ignorancia del terreno que cruzaba por vez primera, y que, sin destruirle, se le pondria al menos fuera de juego para el dia de la batalla decisiva. De consiguiente los generales Barclai de Tolly y de York se encaminaron de Klix á Hoyerswerda, por la derecha el uno y por la izquierda el otro.

A la misma hora la division italiana de Peyri, segunda del cuerpo de Bertrand, fué destacada en direccion de Hoyerswerda, para alargar la mano á Ney que se aproximaba. Napoleon habia expedido la orden esta, á fin de tener siempre en comunicacion sus cuerpos de tropas. Desgraciadamente el general Peyri no ejecutó con las precauciones oportunas esta comision delicada. No hizo exploracio-

nes ni sobre su derecha, por la cual se podía hallar en contacto con el ejército enemigo, ni hacia su frente, sobre el camino, donde debía encontrar á Ney. Así cayó de improviso en los alrededores de Koenigswarta, con los siete ó ocho mil jóvenes italianos de la division suya y en medio de los quince mil soldados aguerridos de Barclai de Tolly, fué asaltado, envuelto y defendióse bizarramente, pero hubiera sucumbido, si no le libertara, cargando impetuosamente á los rusos, el general Kellermann, hijo del viejo duque de Valmy, al llegar con la caballeria de Ney por el camino de Hoyerswerda. No obstante el general Peyri perdió cerca de dos mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros, y además tres cañones.

En el mismo instante el general prusiano de York, situado á la derecha de Barclai de Tolly, buscaba al cuerpo de Ney, y acababa de tropezar no con Ney mismo, sino con su lugarteniente Lauriston que avanzaba con veinte mil hombres. En los alrededores de la aldea de Weissig, tuvo lugar este fatal encuentro. Hallóse delante de la primera division de Lauriston, sostuvo en su contra un encarnizado combate, pero dejó allí mas de dos mil hombres, y vióse obligado á retirarse hacia el Sprea, donde se incorporó al cuerpo ruso de Barclai de Tolly la noche del 19 de mayo. A causa de nuestra superioridad numérica la pérdida era insignificante para nosotros: importancia tenia para los coaligados, pues debilitaba singularmente un cuerpo de que necesitaban mucho, á fin de defender las posiciones que se trataba de disputarnos.

Cada cual tornó á su puesto el 19 por la noche. Barclai de Tolly trasladóse á la extrema derecha de

los coaligados; el general York, reducido de ocho á seis mil hombres muy fatigados, se volvió al centro; Ney distaba solo algunas leguas de la aldea de Klix, por donde debía cruzar el Sprea; y la division de Peyri, allegando sus restos, juntóse en torno del general Bertrand lo mejor que pudo. Tales combates, que en otros tiempos se consideraran como batallas, no eran mas que las escaramuzas de estas luchas gigantescas.

Al dia siguiente 20 de mayo, midiendo Napoleon el tiempo que le hacia falta para forzar la primera línea, no quiso empezar la accion hasta el medio dia, á fin de que la noche fuera limite obligado entre la primera operacion y la segunda. Empleóse la mañana en preparar los puentes de caballetes y las barcas necesarias para los diversos pasos del Sprea.

Situado Napoleon personalmente á medio dia en frente de Bautzen dió la señal, y comenzó la accion por un fuégo general de nuestros tiradores, que se habian desparramado á lo largo del Sprea, para ahuyentar de sus márgenes á los tiradores del enemigo. A la derecha, ateniéndose el mariscal Oudinot á las órdenes recibidas, aproximóse al Sprea hacia la aldea de Sinkwitz con la division de Pactod. Bajando dos columnas de infanteria casi sin descubiertas al muy encajonado lecho del rio, lo vadeó la una y lo pasó encima de un puente de caballetes la otra, y ocultas ambas por el escarpe de la orilla derecha, desembarcaron allí antes de que el enemigo pudiera echar de ver su presencia. Pero llegadas al otro lado del Sprea, se hallaron por delante con las tropas rusas, que formaban el ala izquierda de los coaligados. Puesta á las

órdenes de Miloradowitch, se componia del antiguo cuerpo de este gefe, del de Wittgenstein, y de la division del principe Eugenio de Wurtemberg. Cargadas fueron las dos brigadas del general Pactod por muchas columnas de infanteria, pero se mantuvieron firmes, dieron tiempo á la division francesa de Lorencez, y á la segunda del mariscal Oudinot de irse á situar sobre su derecha, y acabaron por señorear el territorio que habian invadido. Detrás de ellas hizo pasar el mariscal Oudinot á la division bávara, y con estas tres divisiones avanzó hasta la falda de las montañas de nuestra derecha, sobre todo de la principal denominada el Tronberg, y acometió la empresa de trepar á su cumbre bajo el fuego del enemigo, con la izquierda hácia la aldea de Jessnitz, y con la derecha en la direccion de Klein-Kunitz.

Mientras se consumaban estos sucesos á nuestra derecha, hácia el centro el mariscal Macdonald acometia de frente la ciudad de Bautzen con sus tres divisiones, comenzando por el ataque del puente de piedra, que estaba fuertemente barreado, y guardado por infanteria. A fin de quebrantar el valor de los defensores de este puente, hizo bajar al lecho del Sprea á una columna, que se trasladó de una á otra orilla sobre algunos caballetes. Entonces el mariscal se arrojó sobre el puente de piedra, tomóle sin dificultad, y corrió sobre la ciudad misma, envolviéndola con dos de sus divisiones. Con la tercera, la del general Gerard, cuidó de alejar á la division del principe Eugenio de Wurtemberg, que deseaba ir en socorro de Bautzen, segun las apariencias. Al mismo tiempo, dispuso atacar las puertas de la ciudad á cañonazos,

á fin de echarlas á tierra, y penetrar en lo interior á bayoneta calada.

Algo mas abajo de Bautzen, frente por frente de Nimschutz, cruzó igualmente el mariscal Marmont el Sprea con sus tres divisiones, y trasladóse al terreno que le estaba asignado, entre el centro y la izquierda de la posicion general. Pero para establecerse en este punto, habia que tomar la aldea de Burk, defendida por el general prusiano Kleist, oficial tan hábil como vigoroso. Con las divisiones de Bonnet y de Compans embistió el mariscal Marmont la aldea de Burk, y ganóla no sin trabajo. Mas allá empezaba la segunda posicion de los coaligados. Un riachuelo fangoso, hondo, guardado de árboles, formaba su primera defensa. Tres aldeas, la de Nadelwitz á la derecha, la de Nieder-Kayne en el centro y la de Bazankwitz á la izquierda, ocupaban la márgen del riachuelo. El general Kleist se habia replegado sobre estas tres aldeas, llamando al general York en su ayuda. Además de estos dos cuerpos prusianos, tenia el mariscal Marmont á su izquierda sobre algunas colinas cubiertas de matorrales al mismo Blucher con veinte mil hombres, y detrás y hácia la derecha á la ciudad de Bautzen todavia no tomada. De consiguiente no pensaba en encantar la segunda posicion de los enemigos, y no deseaba mas que mantenerse en el terreno ya conquistado. Presentó buen continente, y admirablemente auxiliado por sus tropas, resistió á todos los ataques de los prusianos. De Bazankwitz salió el general Kleist para acometerle á la bayoneta, pero el general Bonnet aguantó la carga con los marinos, y le rechazó victoriosamente. En el mismo instante la caballeria de

Blucher cayó sobre esta bizarra tropa, que ya se las había con la infantería prusiana. Con imperturbable firmeza y formados en cuadros, la recibieron los regimientos 34.º de ligeros y 4.º de marinos. Mientras el mariscal Marmont se defendía de esta suerte, para no tener á la espalda la ciudad de Bautzen, ya acometida y aun no tomada, destacó sobre su derecha á la división de Compans, que, hallando una parte de los muros de Bautzen más accesible, escalólos, y facilitó á las tropas del mariscal Macdonald la entrada. A este tiempo el general Bertrand cruzaba más abajo del mariscal Marmont el Sprea por Nieder-Gurck, á la falda de las colinas donde Blucher estaba acampado. De pronto logró cruzar el Sprea, que por aquel punto se divide en muchos brazos pantanosos; pero cuando tuvo que trepar la elevada barga de la orilla derecha, y que desembocar en presencia de las tropas de Blucher, vióse en la necesidad de hacer alto, como que se hallaba delante de una posición fuerte por extremo y defendida por la parte más enérgica del ejército prusiano. Con todo, había ocupado personalmente una colina á la margen derecha del Sprea, y apostado allí un regimiento, el 23.º, que debía ser protegido por toda la artillería que teníamos á la margen izquierda. Entonces eran las seis de la tarde, y ya toda la primera línea del enemigo había caído en nuestras manos. A la derecha el mariscal Oudinot había cruzado el Sprea, y tomado la montaña denominada el Tronberg á los rusos: en el centro el mariscal Macdonald había ganado el puente de piedra de Bautzen, así como la ciudad misma, y después de cruzar el mariscal Marmont el Sprea, había hecho pié á ori-

llas del riachuelo, donde empezaba la segunda línea del enemigo; finalmente, á la izquierda el general Bertrand se había proporcionado más allá del Sprea un desemboque en frente de las colinas ocupadas por Blucher, y formando el punto más importante de la segunda posición. De consiguiente el resultado á que aspirábamos se había obtenido, y sin pérdidas de grande monta. Si contara menos con su segunda línea el contrario, nos pudiera disputar la primera todavía con mayores bríos. No obstante, defendiéndola bizarramente, y con gloria superamos su resistencia. Este primer acto se hallaba terminado á medida de nuestro deseo, y llegando el mariscal Ney á Klux á la misma hora, todo auguraba igual éxito para el día siguiente, aunque la jornada se anunciase como más árdua, cabalmente porque debía ser decisiva.

Napoleon entró en Bautzen á las ocho de la noche, tranquilizó á los habitantes espantados, y fué á acampar extramuros y en medio de su Guardia formada en muchos cuadros. Todo lo previno para el ataque del día siguiente 21.

Desde el terreno que se había conquistado al trasponer el Sprea se podía formar una idea más exacta de la segunda posición que debía ser embestida. El arroyo, que formaba su principal alineamiento, llamado el *Bloeser-Wasser* (1), del nombre de una de las aldeas por donde cruza, salía de las montañas de la derecha, y después de abrirse paso por entre sus repentinos rodeos, se-

(1) Sobre los mismos lugares que he visitado muy recientemente, no lleva otro nombre que el que se da á la mayor parte de los arroyos en todos los países, *arroyo del Molino*; pero en un plano alemán, muy detallado y muy

guía á lo largo de la meseta sobre la cual se encuentra Bautzen asentada; bañaba el pié de ella; entre alamos y sauces resbalaba por Nadelwitz, Nieder-Kayne, Bazankwitz, aldeas delante de las cuales se hallaba situado el mariscal Marmont el día 20; sobre nuestra izquierda y á la altura de la aldea de Kreckwitz torcía detrás de las colinas cubiertas de matorrales, en cuya cumbre habia tomado Blucher posicion; seguía su respaldo retrocediendo hasta Klein-Bautzen; de esta suerte pasaba por detrás de estas colinas al par que el Sprea pasaba por delante; dejábalas en una aldea llamada Preisitz; y finalmente, iba á desaguar en el Sprea por entre la vasta llanura mezclada de praderas y estanques de que ya hemos hablado.

Replegádose habia la izquierda de los rusos, compuesta de los antiguos cuerpos de Milorodowitch, de Wittgenstein y de la division del principe Eugenio de Wurtemberg, sobre una de las altas montañas donde nace el arroyo de Bloesaer-Wasser, entre Jenkwitz y Pilitz, y debia defenderla á todo trance contra nuestra derecha establecida en el Tronberg. Formado el centro por las guardias y las reservas rusas, y encargado de defender la parte intermedia de la posicion, se habia situado detrás del *Bloesaer-Wasser*, esto es, en Baschutz, sobre una eminencia que se hallaba en frente de Nadelwitz y de Nieder-Kayne, al amparo de muchos reductos y de muy fuerte artillería. De esta suerte el centro de los coaligados presentaba una

bien hecho, del cual existe un ejemplar en el depósito de la guerra, lleva el nombre de *Bloesaer-Wasser*, que uso aqui para designarlo mas fácilmente en el curso de mi relato.

anfiteatro erizado de cañones, y si para atacarle el centro francés, compuesto de Marmont, de la Guardia y de Macdonald, bajaba de la meseta de Bautzen y cruzaba el Bloesaer-Wasser por Nieder-Kayne ó por Bazankwitz, tenia que atravesar una pradera pantanosa bajo un fuego formidable de arriba á abajo, y que tomar luego al descubierto la altura de Baschutz guarnecida de reductos.

Hácia su derecha, esto es, hácia nuestra izquierda, en vez de establecerse los coaligados detrás del Bloesaer-Wasser, se apostaron delante. Atribuyendo con razon grande importancia á aquellas colinas cubiertas de maleza, por donde penetraba el Sprea para desembocar en la llanura, y detrás de las cuales corria el Bloesaer-Wasser, dejaron allí á Blucher para que las disputara con su denuedo de siempre, de modo que á la extremidad su linea, en vez de retrogradar á semejanza del Bloesaer-Wasser, presentaba una especie de promontorio avanzado. Blucher estaba allí con veinte mil hombres, aguardando á que el general Bertrand quisiera salir del apeadero que se habia asegurado el día antes al cruzar por Nieder-Gurck el Sprea. Sobre su izquierda, á lo largo del Bloesaer-Wasser esto es, en Kreckwitz, tenia Blucher los fatigadísimos restos de Kleist y de York, y luego al respaldo de las colinas la caballería prusiana y parte de la caballería rusa, para cubrirle las espaldas. Finalmente, en la llanura húmeda y verdeante, que se dilataba mas allá de aquellas colinas, y en cuyo seno confluyen el Bloesaer-Wasser y el Sprea, sobre una ligera cumbre, marcada por un molino de viento, se hallaba Barclai de Tolly con sus quince mil rusos. Allí estaba para resistir á las

tentativas del mariscal Ney, cuya importancia toda no podían avalorar aun los coaligados.

Por consiguiente, había que tomar un tremendo conjunto de posiciones, porque nuestra derecha, á las órdenes del mariscal Oudinot, tenía que sustentarse encima del Tronberg, conquistado por ella, y pasar mas allá si era posible; nuestro centro, á las órdenes de Macdonald y de Marmont apoyado por la Guardia, debía descender á orillas del Bloesaer-Wasser, cruzarlo, atravesar al otro lado la pradera bajo el fuego de los reductos rusos de Baschutz, y apoderarse de ellos; finalmente nuestra izquierda, á las órdenes del general Bertrand, tenía á su cargo trepar á las colinas defendidas por Blucher y arrebatárselas. Bien se pudiera sucumbir en esta triple tarea, ante obstáculos de terreno tan numerosos, y detrás de los cuales estaban alineados cerca de cien mil prusianos y rusos arres-tados, si contra ellos no se tenía otro recurso que el de un ataque de frente. Pero Ney, llegado aquella misma noche á Klix con sesenta mil hombres, debía cruzar por allí el Sprea, atravesar la vasta llanura mezclada de praderas y de estanques, que se hallaba á nuestra extrema izquierda y á la extrema derecha de los coaligados, forzar todos los obstáculos que tropezara en el camino, desfilarse detrás de las colinas ocupadas por Blucher, y encaminarse hácia el campanario de Hochkirch, que se descubría en el mismo fondo del campo de batalla, campanario cubierto de un cobre verdusco y reluciente. Desde todas partes se descubría este campanario, y señaládoselo había Napoleon al mariscal Ney como objeto de bulto de sus esfuerzos. Orden tenía el mariscal de ponerse en movimiento desde

por la mañana, de cruzar el Sprea por Klix á toda costa, de desembocar seguidamente á espaldas del enemigo, y de hacer resonar lo mas pronto posible sus cañones hácia Preisitz y Klein-Bautzen, sobre el camino de Hochkirch. Este momento aguardaba Napoleon para hacer atacar á Blucher, de frente por Bertrand, de flanco por Marmont, para cruzar acto continuo el arroyo de Bloesaer-Wasser, é ir á asaltar los reductos del centro defendidos por la guardia rusa. Posible era que, si Ney aparecía en Klein-Bautzen á tiempo, no solo fuese Blucher batido, sino tambien copado del todo. Al menos era seguro que su retirada debía determinar la retirada de todo el ejército enemigo.

Tales eran las sábias disposiciones de Napoleon para la jornada del 24., disposiciones que ordenadas desde lejos, sobre todo con respecto á Ney que caminaba á larga distancia, dejaban á la inteligencia de sus lugartenientes un poco mas que de costumbre. Cada cual pernoctó en el vivaque sobre el terreno que habia conquistado, con un tiempo excelente, y con plena confianza en el resultado de la próxima jornada. Napoleon pernoctó en medio de los cuadros de su Guardia sobre la meseta de Bautzen, descubriendo desde el punto en que se hallaba todas las posiciones del enemigo, mas no el terreno que debía recorrer el mariscal Ney y que le ocultaban las colinas ocupadas por el ejército prusiano. A la sazón se preguntaba si esta nueva batalla no seria prevenida por la respuesta á su carta del 18, donde se adhería al principio de un armisticio propuesto por el Austria, y anunciaba el envio de Mr. de Caulaincourt para negociarlo. Pero esta respuesta no le habia

llegado el 20 por la noche, ora porque no se quisiera recibir á Mr. de Caulaincourt y permitirle que se aproximara al emperador Alejandro, ora porque se prefiriera probar de nuevo la suerte de las armas. De estas dos suposiciones convenia mejor á Napoleon la segunda, porque estaba seguro de que la nueva batalla excitaria á juiciosas reflexiones á los mas recalcitrantes entre sus enemigos. Fuera lo que fuere, entregóse á su descanso de costumbre la vispera de las grandes batallas.

Frente por frente, y en una posicion que correspondia con bastante exactitud á la suya, en la casa de postas de Neu-Burschwitz, agitados los soberanos aliados, como lo están siempre las personas inexpertas ante las situaciones graves, se hallaban empeñados en una deliberacion triste y laboriosa que duró toda la noche. Firmemente resueltos estaban á arrostrar los azares de una nueva batalla. A sus manos habia llegado la carta relativa al armisticio y á la mision de Mr. de Caulaincourt, y sin demora quedaron acordes sobre este punto. Calculando que, si admitian á Mr. de Caulaincourt cerca de ellos, al instante concebiria el Austria las mas vehementes sospechas, y no dejaria de ver en esta admision la posibilidad de un ajuste directo entre Francia y Rusia, determinaron espresar cortesmente á Mr. de Caulaincourt que se dirigiera á Mr. de Stadion, como al representante de la potencia mediadora y encargada de todos los parlamentos, aun de los relativos al armisticio, y diferir además la tal respuesta hasta despues del resultado de la batalla, á causa de que el partido de los patriotas alemanes, influyente de un modo directo sobre el ejército prusiano, é indi-

recto sobre el ejército ruso, pusiera el grito en el cielo, si se aceptara un armisticio antes de que lo exigiera la necesidad mas imperiosa. Resueltos los soberanos aliados á la batalla, se pusieron á discutir acerca de sus eventualidades. Poco se liasonjeaba el rey de Prusia, al par que el emperador de Rusia se las prometia muy felices, lleno como estaba de un insigne ardor belicoso que no le consentia descanso. Por decirlo así, se habia apoderado del mando supremo, y para ejercerlo mas á sus anchas, se lo confirió nominalmente al conde de Wittgenstein, quien tenia por inspirador al general Diebitch. A Barclai de Tolly debió pertenecer el mando efectivo, á causa de sus antecedentes y de su categoria; pero para desembarazarse de su inflexibilidad, señalósele una especie de papel aislado hácia la extrema derecha de los enemigos sobre los terrenos inundados entre el Bloesær-Wasser y el Sprea, en la posicion llamada del Molino de viento. Cabalmente sobre la posicion de Barclay de Tolly versó el debate entre el emperador Alejandro y los numerosos oficiales rusos y prusianos, que le llevaban sus dictámenes unos tras otros, y se los hacian adoptar sucesivamente. Sobremanera se habia reforzado la izquierda á las órdenes de Miloradowitch: cubierto estaba el centro por los formidables reductos de Baschutz y defendido por la guardia imperial rusa: al decir de Blucher, la derecha era invencible sobre las colinas, y los prusianos juraban que, por virtud de su denuedo, vendrian á figurar como las Termópilas de Alemania. ¿Pero podria Barclai de Tolly resistir á Ney, que al parecer se dirigia en su contra? Tal era la cuestion verdadera. Alejandro, cuyo

golpe de vista no se hallaba aun muy ejercitado, persuadióse de que le quería arrancar Napoleon el apoyo de las montañas, y así no quería debilitar este lado en provecho de otro alguno. Sobre el peligro, que amenazaba á Barclai de Tolly, insistió Mr. de Muffling, oficial de estado mayor distinguido, tras de reconocer cuidadosamente el terreno, y acabó por lograr que le oyera Alejandro, propicio siempre á escuchar á cuantos le daban consejos, tanto por benevolencia de carácter como por el honrado deseo de comprenderlo todo. Pero ante la respuesta del conde de Wittgenstein de que Barclai de Tolly tenia quince mil hombres, mostróse tranquilo Alejandro, y su estado mayor de igual manera, exceptuando á Mr. de Muffling tan solo. Como empezara á despuntar el dia, ya hubo necesidad de poner término al debate, para acudir cada uno á su puesto.

Efectivamente, para que ocupasen el que les correspondia segun lo mandado, llamaba Napoleon á todos, encontrándose muy temprano en el suyo. Desde la posición donde estaban los soberanos, se le veia sobre la meseta de Bautzen á caballo, dictando órdenes y completamente á alcance del cañon enemigo. Un excelente anteojo de larga vista llevaba el embajador británico lord Cathcart en esta jornada, y con su auxilio no perdía á Napoleon ningun movimiento; así todos los gefes se lo tomaban prestado para ver á tan formidable enemigo, y anhelaran adivinar lo que pasaba dentro de su mente, al modo que se enteraban de cuanto acontecia en rededor de su persona. Objeto de extremada curiosidad era un uniforme amarillo y con galones que se descubria á su lado. Se pre-

guntaban si seria Murat el que vestia aquel uniforme, gastando siempre extraños trages, y si quizá suministraria esto la prueba de que la caballería francesa, ya organizada, habia llegado finalmente al campo de batalla. Muy luego se supo que aquel uniforme amarillo era de un postillon sajón, de quien Napoleon se servia para que le indicara el sitio donde caian las aldeas, cuyos nombres se hallaban inscritos en su mapa.

Ya un espantoso cañoneo llenaba con sus estampidos la vasta extension del campo de batalla. A nuestra derecha estaba el mariscal Oudinot sobre las alturas de Tronberg, conquistadas el dia antes, y se las disputaba á los rusos de Miloradovitch, que no omitian esfuerzos por recuperarlas. Inmóviles Macdonald y Marmont hacia el centro, teniendo entre uno y otro los cuadros de la Guardia y detrás la caballería de Latour-Maubourg, se hallaban pendientes de las órdenes de Napoleon, quien por su parte aguardaba el éxito de la maniobra confiada al mariscal Ney. Llevando el general Bertrand á cabo hacia la izquierda el paso del Sprea, comenzado el dia antes, al frente de sus tres divisiones trepaba el escarpe de la orilla derecha, bajo el amparo de la artillería de la orilla izquierda. Pero dos leguas mas abajo, esto es en Klux, se consumaba el suceso decisivo de la jornada. Con efecto el mariscal Ney acababa de pasar el Sprea por dicho punto y de arrollar á las avanzadas de Barclai de Tolly.

Al otro lado del Sprea tenia á su derecha el respaldo de las colinas ocupadas por Blucher, y los estanques extendidos á lo largo de su falda, delante el molino de viento donde Barclai de Tolly se

encontraba establecido, y á la izquierda las márgenes pantanosas del Bloesaer-Wasser. En derecha y resueltamente marchó sobre el molino de viento. Por la derecha y hácia Pliskowitz destacó á una de las tres divisiones del cuerpo de Lauriston, la mandada por el general Maison, para que probara á trepar á las colinas cubiertas de cañones y de uniformes prusianos. Por la izquierda dirigió las otras dos divisiones del general Lauriston á las órdenes del mismo caudillo, para cruzar el Bloesaer-Wasser mas abajo de Klein, y rebasar de esta suerte la posición del enemigo.

En movimiento desde la madrugada, cruzó el Sprea muy temprano, y al instante acometió la posición ocupada por Barclai de Tolly. Este le disparó gran número de balas, como que tenia mas cañones que soldados. Efectivamente, compelido á guardar una línea muy extensa desde la falda de las colinas, de que Blucher ocupaba la cumbre, hasta las praderas por donde cruzaba el Bloesaer-Wasser, solo poseia cinco ó seis mil hombres en el molino de viento. Pero el mariscal Ney no era hombre á quien detuviesen las balas. Avanzando prosiguió hasta el molino de viento, y á pesar de la acreditada energía de Barclai de Tolly, logró que perdiera terreno. A la sazón Barclai tenia al lado á Mr. de Muffling, que tantos esfuerzos habia hecho para atraer á esta parte de la posición la atención de Alejandro, y tras de hacerle presenciar su resistencia y sus peligros, despachóle cerca de Blucher en requerimiento de socorros. Temeroso de ser repelido desordenadamente, si perseveraba delante del Bloesaer-Wasser, lo tornó á cruzar por Gleine, y fué á establecerse sobre el declive de las alturas

que llenaban el fondo del campo de batalla, para disputar á los franceses los caminos de Wurschen y de Hochkirch, que debia seguir todo el ejército coaligado en la retirada. Allí encontró las tropas de Lauriston que llegaron á provocarle, si bien la ventaja del terreno le permitia defenderse en su contra.

Despues de tomar Ney el molino de viento, subió algo á la derecha, para coger de revés las colinas, sobre las cuales habia descubierto la masa de las tropas prusianas, y hallóse delante de la aldea de Preitz, situada junto al Bloesaer-Wasser, cabalmente donde este arroyo, despues de girar á espaldas de la posición de Blucher, seguia recto á desembocar en la llanura. A la division de Souham hizo que ganara la aldea, y ya allí comenzó á experimentar algunas dudas acerca de lo que le faltaba poner por obra. Bien divisaba en el fondo el campanario de Hochkirch, objeto señalado á sus esfuerzos; pero teniendo delante espesas masas de caballería, á las cuales solo podia oponer alguna caballería ligera, teniendo á la izquierda á Barclai de Tolly en una posición ventajosa, á la derecha las colinas defendidas por Blucher, separándole de Napoleon una distancia de tres leguas y las cumbres cubiertas de maleza, este héroe que segun ya hemos dicho, experimentaba á veces vacilaciones de entendimiento, al par que de corazón nunca, se detuvo para oír el cañon del resto de la hueste y no empeñarse demasiado pronto.

Entretanto llegaba el socorro destinado á Barclai de Tolly, socorro que Mr. de Muffling habia obtenido á duras penas de la incredulidad de Blucher y de Gneisenau. De cierto cuando Mr. de Muffling

se presentó junto á ellos, se hallaban ocupados en distribuir proclamas patrióticas á las tropas prusianas, en hablarles de estas Termópilas germanas, donde habia que exhalar el último suspiro, y rehusaban creer que se les amenazara con ser cogidos por la vuelta. No obstante, á instancias de Mr. de Muffling, dispuso Blucher que algunos batallones del cuerpo de Kleix y dos de la Guardia real dejaran sus espaldas, y fuesen á recuperar á Preititz.

Efectivamente estos batallones desandaron camino, embistieron á Preititz, donde la division de Souham no estaba alerta, y le quitaron esta aldea asi como el puente del Bloesaer-Wasser. Sorprendido Ney de este repentino ataque, volvió con su segunda division á la carga, atropelló á su turno á los batallones prusianos y entró en Preititz de nuevo. Reconquistada esta aldea, se necesitaba seguir el avance, allegar á Lanciston por la izquierda, atraer detrás á Reynier para rebasar la posición de Blucher, recibir en cuadro, al modo que se habia hecho tantas veces, á la caballería prusiana, trepar despues las pendientes que defendia Barclai de Tolly, é ir á cortar los caminos de Wurschen y de Hochkirch que servian de retirada al ala derecha de los coaligados. Allí se hubieran cogido veinte y cinco mil prusianos y doscientas bocas de fuego, y la coalicion quedara disuelta. El general Jomini, jefe de estado mayor del cuerpo de Ney, dirigió vivas instancias al mariscal ilustre para que obrara en este sentido; pero éste aguardaba á que las detonaciones de artillería, que solo acababan de resonar sobre su derecha, se oyeran mas próximas y mas pronunciadas, y á encon-

trarse menos aislado, sobre tan vasto y complicado campo de batalla, del cual no tenia conocimiento alguno.

Con todo habia llevado á cabo lo bastante para hacer insostenible la posición del enemigo. Impaciente Napoleon por comenzar el ataque, si bien no cediendo nunca á sus impaciencias sobre el campo de batalla, no ordenó el fuego por su parte hasta que el suceso se halló suficientemente maduro. En efecto, protegido el general Bertrand por la artillería de la margen izquierda del Sprea, trepó los escarpes de la margen derecha, y llegó á desembocar en frente de Blucher. Arrimado éste á las colinas llenas de maleza de que hemos hablado, tenía su derecha en estas colinas, su izquierda en el Bloesaer-Wasser y en la aldea de Kreckwitz, su infantería en sus dos alas, su caballería en el centro, y una larga línea de artillería sobre su frente. Delante habia llegado á desplegarse el general Bertrand con la division de Morand á la izquierda, la division wurtemberguesa á la derecha y la division italiana de reserva. Entre la posición del general Bertrand y la ciudad de Bautzen, se encontraban Marmont, la Guardia y Macdonald, deseando con ardimiento el instante de entrar en lucha.

No bien retumbó el cañon de Ney á espaldas de Blucher, apresuróse Napoleon á dar la señal. Teniendo Marmont además de su artillería toda la de la Guardia, rompió un fuego espantoso sobre los reductos del centro que se hallaban delante, y luego dirigió parte de este fuego algo mas oblicuamente sobre Kreckwitz y el flanco de Blucher, cuya posición vino á ser de esta suerte muy ardua.

Despues de algunos instantes de tal cañoneo,

se ponía Bertrand en movimiento para acometer la línea de Blucher, cuando vió echársele encima al galope la caballería prusiana. Pero la división de Morand, recibíola formada en cuadros á pie firme, rechazóla á fusilazos, y de seguida encaminóse contra Blucher en columnas de ataque. Entretanto la división wurtemberguesa avanzaba sobre Kreckwitz, situada en el recodo del Bloesaer-Wasser sobre las colinas llenas de matorrales. De tal manera quebrantó la artillería de Marmont las tropas que guardaban á Kreckwitz, que lanzándose allí un batallón wurtembergués con arrojo se apoderó de este punto. Viendo Blucher amenazado su frente, atrajo á sí su segunda división, la de Ziethen, y la dirigió en línea para que se opusiera á Bertrand. Esta división halló á Morand muy firme en su puesto, y no le hizo retroceder un paso, pero ganó terreno sobre la división wurtemberguesa, y pasando mas allá de Kreckwitz, copó al batallón que habia señoreado esta aldea. Entonces Marmont redobló su fuego oblicuo sobre Kreckwitz, interin pasando Morand de la defensiva al ataque hizo que se replegara la división de Ziethen, y empujóla sobre las colinas que servían á Blucher de apoyo. Se necesitara en este momento que Blucher pudiera atraer á sí toda la Guardia real prusiana, el cuerpo de Kleist y parte de las fuerzas rusas. Pero á todas sus instancias de socorro se respondió que estas fuerzas se hallaban ocupadas en disputar á Preititz sobre sus espaldas; que hasta lo habian perdido, y que si no se retiraba pronto, lejos de obstinarse en defender la posición que llamaba entonces mismo las Termópilas de Alemania, iba á ser copado por el mariscal Ney con todo su cuerpo

de tropas. Ante la evidencia de este peligro, que no le hizo comprender Mr. de Muffling sino á costa de gran trabajo, se decidió con el corazón desesperado á declararse en retirada, teniendo gran deseo de quejarse de Barclai de Tolly, que, al decir suyo, no habia protegido sus espaldas, pero no atreviéndose á hacerlo y desquitándose con mil inyectivas contra el estado mayor ruso, que inútilmente habia acumulado sobre las montañas unas fuerzas que se necesitaran mucho sobre la derecha de los aliados. De consiguiente retiróse Blucher, y pasó á la vista de Preititz y muy cerca de Ney que lo habia señoreado. Por una fortuna inaudita en su abono, mientras bajaba de aquellas colinas, desde las cuales habia prometido resistir á todos los esfuerzos de los franceses, y bajaba por Klein-Bautzen de ellas, creyendo mas prudente Ney hacerlas evacuar antes de trasladarse á Hochkirch, las trepaba por Preititz, de suerte que Ney las subía por un lado, mientras Blucher las bajaba por otro. Así este caudillo prusiano pudo operar su retirada sin encuentro funesto, cruzó las líneas de la caballería rusa y prusiana, que habia permanecido en batalla detrás de él para recibirle, y cuyo despliegue impuso á Ney en gran manera.

Mas no por esto se ballaba menos asegurada la victoria. Bertrand siguió á Blucher en retirada; viendo Marmont con su cuerpo de tropas y Mortier con la Joven Guardia el movimiento retrógrado del enemigo, bajaron á orillas del Bloesaer-Wasser, lo cruzaron y atravesaron la pradera inundada que se extendía al pié de los reductos de Baschutz. Escalólos sin gran daño la Joven Guardia, porque el movimiento de retirada impreso á la derecha de los

coaligados se habia comunicado á toda su hueste. Este movimiento general fué muy oportuno para libertar á Oudinot, que, asaltado á nuestra derecha junto al Tronberg por todas las fuerzas de Miloradowitch, vióse constreñido á replegarse y á tomar posicion á la espalda, con la izquierda en Rabitz, la derecha en Grubitz, donde encontró por apoyo al intrépido Gerard, jefe de la derecha de Macdonald. Al rumor de la victoria alcanzada sobre toda aquella inmensa linea, volvió Oudinot á tomar la ofensiva contra los rusos en retirada, y empujólos vivamente. En una extension de tres leguas diéronse á perseguir á los coaligados, pero no siendo el terreno á propósito para la caballería y no contando suficiente fuerza de esta arma, no se pudo recoger en punto de prisioneros y de cañones mas que los heridos y las piezas desmontadas, cuyo número no dejaba de ser considerable de todos modos, y bastaba para dar gran lustre á esta victoria. De cierto, si el mariscal Ney fuera á la sazón tan temerario como intrépido, y fuerza es reconocer que á la distancia en que de Napoleon se hallaba su posicion le debia inspirar zozobra, si le animara la feliz osadía de los tiempos pasados, se cogieran en esta jornada mas trofeos que en Austerlitz, en Jena, ó en Friedland, pues se copara toda la derecha del ejército enemigo, y especialmente á Blucher, nuestro mas ardiente adversario. De todas maneras la victoria figuraba como una de las mas insignes; hacia caer una posicion formidable, defendida por cerca de cien mil hombres, y última ilusion de los coaligados, al menos para esta parte de la campaña. Ya no se podian lisonjear de cerrarnos el camino del Oder; no podian sobre todo, á no

mediar un armisticio inmediato, permanecer arriados al territorio de Austria, y por su territorio á su politica.

Tocante á las pérdidas, á pesar de lo que posteriormente hayan dicho los escritores alemanes, eran menores de nuestro lado que del de los coaligados. Estos en las dos jornadas confesaron una pérdida de cerca de quince mil hombres entre muertos y heridos, y fué de mucha mayor monta. Con relacion á estados muy exactos, la nuestra no se podia calcular en mas de trece mil hombres entre muertos y heridos, aun siendo nosotros los acometedores, y por tanto mas laboriosa nuestra tarea. Esta diferencia se explica por la situacion de los combatientes. En la mañana del 21 ocupaba el mariscal Oudinot una posicion dominante que se habian visto obligados los rusos á quitarle. Hacia el centro los mariscales Macdonald y Marmont solo habian tenido que disparar cañonazos en esta jornada, sin exposicion al cañoneo del enemigo. En la lucha del general Bertrand contra Blucher era igualmente árdua la situacion para ambos adversarios, y el general Blucher sufrió de parte del mariscal Marmont un horrible cañoneo de flanco. Finalmente, del lado del mariscal Ney tuvo lugar en la aldea de Preititz la accion mas viva, cuya aldea se perdió y volvió á ganar en condiciones igualmente mortíferas para uno y otro. A los falsos rumores esparcidos por los coaligados, segun su costumbre, relativamente á las pérdidas experimentadas por nosotros, dió margen la circunstancia de que, al abandonar el campo de batalla, nos dejaron sus heridos, y de que conmovidos los alemanes por la desgracia de tantas víctimas ale-

manas la mayor parte, se pusieron á recogerlos sobre el mismo campo, y á trasladarlos á todos en carritos de aldeanos ó en simples carretones, ya á las ciudades mas cercanas, ya á la misma capital de Sajonia. Ahora bien, entre estas numerosas victimas habia tantos heridos de los coaligados como de los nuestros. Solo tuvimos que sentir mas pérdidas que los coaligados bajo el aspecto de los extraviados. Este nombre se da á los que no se hallan entre los heridos ni entre los muertos, y que las mas de las veces son desertores. Dos ó tres mil hubo de ellos en la division italiana de Peyri y en las tres divisiones alemanas que servian en los cuerpos de Oudinot, de Ney y de Bertrand; teniendo los tales desertores á su alcance las montañas de Bohemia, fueron á librarse alli de los peligros de una guerra, que hacian muy contra su gusto.

A mayor abundamiento, aqui como en Lutzen, se iba á juzgar de la victoria por sus results, ya que no por sus trofeos. Desde el dia siguiente 22 de mayo, quiso Napoleon perséguir al enemigo, acosándolo con la espalda, repelerle mas allá del Oder y entrar al mismo tiempo en la ciudad de Breslau, donde se habia celebrado la alianza de Rusia y de Prusia, y en la ciudad de Berlin, verdadera capital de lo que se llamaba patria germánica, donde fermentaban las pasiones mas violentas. Mientras personalmente iba á marchar detrás de los soberanos batidos, se creyó bastante fuerte para separarse de uno de sus cuerpos de tropas, el del mariscal Oudinot, que habia sufrido en la jornada del 20 y del 21 mas que los otros, y necesitaba tres ó cuatro dias para rehacerse, y estaba muy

de sobra aguerrido y muy vigorosamente guiado para aventurarle sobre la capital de Prusia. Napoleon agregó ocho batallones que guarnecian á Magdeburgo y debian ser reemplazados por la division de Teste, perteneciente al cuerpo de Marmont y dejada en Hesse; le añadió unos mil caballos dejados en Dresde, todo lo cual iba á elevar este cuerpo á veinte y tres ó veinte y cuatro mil hombres, fuerza bastante para batir á Bulow, encargado de cubrir á Berlin. Vivamente debia acometer el mariscal Oudinot al general Bulow, rechazarle sobre el Oder y avanzar de seguida sobre la capital de Prusia, mientras con el grande ejército empujara Napoleon á los coaligados sobre Breslau.

Despues de un descanso de algunas horas, expidió Napoleon sus órdenes el 22 de mayo por la mañana, y luego siguió el avance, haciendo que le precedieran los generales Reynier y Lauriston, que casi no habian peleado el dia antes, y el mariscal Ney que marchaba cerca de ellos. Seguia con la Guardia, y tenia detrás á Marmont, Bertrand y Macdonald. Despues de las pérdidas de las dos jornadas, despues de la separacion del mariscal Oudinot, le quedaba á Napoleon una fuerza total de ciento treinta y cinco mil hombres por lo menos, y que debia elevar á ciento cincuenta mil la próxima llegada del duque de Bellune con sus batallones reorganizados. Mas número era este que el que se necesitaba contra un enemigo que no contaba mas de ochenta mil combatientes. De consiguiente partió el dia 22 por la mañana, y quiso asistir á la persecucion en persona, con el fin de ensayar su caballeria recientísimamente reorganizada. Por el

camino de Bautzen á Górlitz se retiraron los aliados. Todo el día se anduvo con un tiempo magnífico, si bien extremadamente caloroso, por entre un país lleno de accidentes, como se debía esperar de ir á lo largo de la falda de las más altas montañas de Bohemia. Haciendo Napoleón la guerra de avanzadas como á los veinte años, dirigía en persona las maniobras de detalle con una precisión y una exactitud de golpe de vista que admiraba á cuantos iban á su lado, y aun á los testigos harto poco benévolos, como los de los oficiales de estado mayor extranjeros obligados á seguirle en calidad de aliados (1). Ya cerca de Reichenbach, descubrió en el fondo de una hondonada bastante abierta una línea de alturas, sobre la cual operó la infantería enemiga su retirada, dejando atrás una cortina de caballería, á fin de que la protegiese. A la cabeza de los lanceros polacos y de los lanceros rojos de la Guardia, cayó el intrépido Lefebvre Desnoettes sobre la caballería enemiga con su energía y su destreza habituales. Rechazóla vivamente, si bien pronto se atrajo en contra una masa muy superior á la suya. Napoleón, que tenía los doce mil ginetes de Latour-Maubourg á la mano, lanzólos sobre el enemigo, y la llanura de Reichenbach quedó por nosotros, cubierta de un número bastante crecido de prusianos y rusos. Por desgracia perdimos un excelente oficial de caballería, el general Bruyère, veterano de Italia, á quien una bala de ca-

(1) Entre otros el mayor sajón Ondeleben, que agregado á Napoleón como oficial de estado mayor, ha dado cuenta de las circunstancias más minuciosas de la campaña de Sajonia.

ñon rompió el muslo. No obstante la ventaja de este encuentro, pudo Napoleón echar de ver que aun estando mezclada su caballería con los antiguos ginetes vueltos de Rusia, su reorganización tenía muy fresca data para que valiera tanto como otras veces. Con efecto, la mayor parte de los caballos estaban heridos ó cansados. También pudo adquirir el convencimiento de que era más árduo decantar en una retirada á enemigos animados de sentimientos enérgicos que á enemigos desmoralizados y batiéndose sin pasión, como los que perseguía después de Austerlitz ó después de Jena. Con todo, acosó á los coaligados muy bastante desde por la mañana, pues á la caída de la tarde se habían ya andado lo menos ocho leguas. Después del combate de caballería dado en la llanura, ocupó el general Reynier las cumbres de Reichenbach con la infantería sajona, y aun se podía ir á dormir á Górlitz aquella misma noche. Pero en este punto se necesitara sostener un combate de retaguardia, y juzgando Napoleón que ya se había hecho bastante, resolvió que terminasen allí los trabajos de este día, y sobre el terreno que ocupaba entonces dispuso que se levantara su tienda. Cuando se apeaba del caballo, oyóse de pronto prorrumpir en este grito.—¡Kirgener ha muerto!—Y Napoleón dijo al oír tales palabras.—Hoy nos trata mal la fortuna.—Pero al primer grito sucedió muy luego este otro.—¡Duroc ha muerto!—No es posible, repuso Napoleón, ahora acabo de hablarle.—No solo era posible, sino exacto. Dando una bala de cañón en un árbol cerca de donde Napoleón se encontraba, de rechazo mató sucesivamente al general Kirgener, insigüe oficial de ingenie-

ros, y á Duroc, gran mariscal de palacio. Acometido Duroc de una tristeza singular pocos minutos antes, tristeza de hombre honrado que le abrumaba á menudo, bien que mas marcadamente este dia, dijo á Mr. de Caulaincourt.—Amigo mio, observais al emperador... Victorias acaba de alcanzar tras de sufrir reveses, y esta seria la coyuntura de aprovecharse de las lecciones de la desgracia.... Pero, ya lo veis, no ha variado.... nunca se sacia de combates.... Esto no parará en bien, de seguro.—Apenas Mr. de Caulaincourt expresó á Duroc con un signo aprobativo de cabeza la comunidad de sentimientos, halló éste el fin desgraciado que preveia. Su herida era de las mas dolorosas: le habia destrozado la bala de cañon las entrañas, y se le aplicaron lienzos empapados en opio, á fin de hacer sus postreros instantes menos crueles, no abrigándose ninguna esperanza de salvarle.—Napoleon corrió á su lado de seguida, le estrechó las manos, le llamó amigo, le habló de otra vida, donde hallarian término á sus trabajos, y pronunció estas palabras con cierta especie de remordimiento, que no confesaba su lengua, si bien lo sentia en lo intimo del alma.—Enternecido Duroc le agradeció tales demostraciones, le fió la suerte de su única hija, deseóle que viviera, y triunfara de los enemigos de Francia, y descansara en el seno de una paz indispensable.—Yo, añadió, como hombre de bien he vivido, como soldado muero, y de nada me acuso.... nuevamente os recomiendo á mi hija.—Continuando Napoleon en pié junto á su cama y estrechándole las manos, y como sumido en hondas reflexiones, le dijo el paciente.—Marchaos, señor, marchaos, este espectá-

culo es para vos demasiado triste.—Napoleon despidióse diciendo.—Adios, amigo mio, nos volveremos á ver... quizá muy pronto.

Se ha dado por supuesto que al decir Duroc *nada me acuso*, aludía á algunas injustas reconvencciones de Napoleon, que en sus genialidades, no perdonaba ni á los hombres á quienes tenia en mas estima. Por lo demás, hacia plena justicia á su gran mariscal de palacio. Duroc, nacido en Auvernia, de una familia de militares nobles y de escasa fortuna, habia sido educado en las escuelas de la artillería antigua, y tenia las costumbres severas y el espíritu reposado de los de esta arma. Melancólico por naturaleza, sensato, discreto, poco ambicioso, desconfiando de las deslumbradoras prosperidades del Imperio, casi deploraba estar atado á un carro que corria por entre precipicios; pero no pudo menos de seguirle, atraido por el genio de Napoleon, halagado con su confianza y colmado de sus beneficios. Un varon cuerdo, no siempre sabe rechazar la fortuna, aun cuando desconfie de ella. Gran mariscal de palacio, correspondiéndole hasta cierto punto la inspeccion de todas las cosas y de todos los hombres, jamás Duroc dejó de enterar á Napoleon de lo que convenia que supiera, sin denigrar, ni calumniar á nadie á pesar de todo, pues su deseo se cifraba en ser útil, y no en satisfacer sus antipatías ó predilecciones. Éste era el segundo amigo seguro y adicto de veras, que perdía Napoleon en el espacio de veinte dias. Así Napoleon se hallaba muy conmovido por la pérdida esta. Al salir de la choza, donde se condujo á Duroc moribundo, se fué á sentar sobre las fajinas, bastante cerca de las avanzadas. Allí estaba pensativo, ex-

tendidas las manos sobre las rodillas, húmedos los ojos, sin oír casi los disparos de fusil de los tiradores, y sin sentir las caricias de un perro perteneciente á uno de los regimientos de la Guardia, que corría á menudo junto á su caballo el galope, y que á la sazón se le habia puesto delante para lamerle las manos. Habiendo llegado un caballerizo á arraucarle de su abstramiento, levantóse de pronto, y ocultó sus lágrimas para que no se le sorprendiera en aquel estado de emoción. Tal es la naturaleza humana, mudable, siendo muy árido contemplarla bajo sus distintos aspectos, y no pudiéndola juzgar con seguridad mas que Dios tan solo. Este hombre, enternecido por la suerte de un herido, habia hecho mutilar á mas de ochenta mil hombres en treinta dias, á mas de dos millones en diez y ocho años, y aun iba á hacer que destrazasen las balas á algunos centenares de miles.

Al punto dispuso Napoleon la celebracion de una ceremonia pública, donde solemnemente se pronunciaran los elogios fúnebres de los mariscales Bessiéres y Duroc por Mrs. Villemain y Victorin-Fabre.—No quiero eclesiásticos, escribió el mismo dia al archicanciller Cambacéres, sin duda bajo la influencia de sus últimas disputas con el clero.—Transfirió á la hija de Duroc el ducado del Friuli, así como cuantas donaciones tenia hechas al padre, y designó á Mr. el conde de Molé por tutor suyo.

Pero tal es la guerra. Tras la conmocion de un instante y á impulsos del torrente de los sucesos, se corre de los funerales de la vispera á los del dia siguiente, excusándose con el olvido de sí mismo, del olvido respectode los otros. Al otro dia 23 de mayo

tuvieron lugar la entrada en Gorlitz y el paso del Neiss; y cruzados fueron el Queiss el 24 y el Bober el 23. Se habian separado los coaligados en dos columnas, una á nuestra derecha compuesta de las tropas de Miloradowitch y de la guardia rusa, otra á nuestra izquierda, compuesta de los prusianos y de Barclai de Tolly, distribucion correspondiente á la que presentaban sobre el campo de batalla de Bautzen. Napoleon persiguió á ambas. Una columna, formada de los cuerpos de Bertrand y de Marmont, marchó sobre la derecha por Gorlitz, Laubau, Goldberg, Schweidnitz, siguiendo la falda de las montañas. Otra, compuesta de los cuerpos de Reynier, de Lauriston, de Ney, de la Guardia y del cuartel imperial, marchó por Gorlitz, Bunzlau, Haynau, Liegnitz, Breslau, hácia el centro. Sobre nuestra izquierda, precedido el duque de Bellune por la caballería del general Sébastiani, encaminóse hácia el Oder para levantar el bloqueo de Glogau. Nos hallábamos en plena Silesia, en ricas campiñas, sobre el territorio del rey de Prusia, sin otra razon de andar con miramientos que la de economizar los recursos del país para nosotros. Napoleon ordenó la mas severa disciplina, ante todo por prevision, y además por hacer con los rusos un contraste adecuado á influir sobre los alemanes.

En Haynau, la division de Maison, la mejor del cuerpo de Lauriston, padeció una sorpresa fatal y mortífera en demasia. Sintiéndose vivamente perseguidos los coaligados, y deseosos de que los apretásemos menos, idearon una asechanza en nuestra contra que nos costase cara, y combináronla con mucho arte. En la llanura de Haynau,

donde habia espacio para una caballería numerosa, y donde se penetraba despues de cruzar una aldea, se escondieron á la vista hácia un lado cinco ó seis regimientos de caballería, y por el camino directo presentósenos una especie de retaguardia retirándose negligentemente. Como concibiera el general Maison algunos temores, adelantábase con cautela; pero estimulado el mariscal Ney por las reconvenções de Napoleon, quien se lamentaba de continuo de no hacer prisioneros, empujó al general Maison hácia adelante, y poniéndose á su lado, quiso desembocar vivamente en la llanura. No bien habian cruzado el desfiladero de la aldea, sobre la derecha vieron incendiado un molino, y á esta señal, convenida por los contrarios, cayó una caballería innumerable sobre nuestra infantería, sin dar tiempo á que se formara en cuadros. Grande fué la derrota, á pesar de todos los esfuerzos del mariscal Ney y del general Maison. Se perdieron tres ó cuatro piezas de artillería y unos mil hombres entre acuchillados y dispersos. Muy difícilmente logró el mariscal Ney salir del trance, y despues de esfuerzos inauditos consiguió el general Maison juntar su division de nuevo, si bien con el alma devorada de pesadumbre, y costándole sobrevivir á un accidente del todo inmerecido por su parte. Esta aventura, feliz para los prusianos, pagaronla con la muerte del coronel de Dollfs, su mejor oficial de caballería despues de Blucher, y jefe entre ellos de la reserva de esta arma.

Al día siguiente el general Sebastiani, que marchaba al frente del cuerpo del duque de Bellune hácia Glogau, vengó en las inmediaciones de Sprottau el descalabro del general Maison, cogien-

do un inmenso parque de artillería y quinientos prisioneros. Tales son las alternativas de la guerra; pero escaramuzas de esta clase eran á la sazón de consecuencia escasa. Llegóse el 27 sobre el Katzbach á Liegnitz, y ya junto el Oder nuestro cuerpo de la izquierda levantó el bloqueo de Glogau. Embestida nuestra guarnición ya hacia medio año, echóse llena de júbilo en brazos de sus libertadores. Habiendo llegado el general Lauriston junto al Oder por su parte, detuvo sesenta bateles cargados de viveres, que debian servir para asediar á la plaza, y que se le enviaron para abastecerla. Para entrar en Breslau solamente necesitaba hacer el mariscal Ney una marcha.

Sin duda moverá á sorpresa que no se tratara de armisticio despues de la carta del general de Bubna á Mr. de Stadion, y de la de Mr. de Caulaincourt á Mr. de Nesselrode, anunciando la una el armisticio, y ofreciendo la otra los medios de negociarlo sin tardanza. Pero, segun ya hemos dicho, no se quiso admitir á Mr. de Caulaincourt por no inspirar recelos á los aliados con quienes ya se contaba, como los prusianos, ni á aquellos, á quienes se esperaba, como los austriacos. De consiguiente respondióse que, estando aceptada la mediación de Austria, Mr. de Caulaincourt se debia dirigir á Mr. de Stadion, representante de la potencia mediadora. Esta carta, firmada por Mr. de Nesselrode, y acompañada no obstante de las demostraciones más lisonjeras para Mr. de Caulaincourt, fué incluida dentro de otra carta de Mr. de Stadion para el príncipe Berthier, y enviada á este. Allí se decia que, á tenor de lo que se le habia comunicado, Mr. de Stadion estaba pronto á abocarse con

Mr. de Caulaincourt y con los comisionados tanto prusianos como rusos, para proceder sin levantar mano á la celebracion de un armisticio.

Esta doble respuesta, diferida hasta el dia siguiente de la batalla, fué enviada el 22 de mayo y entregadas en las avanzadas francesas. Habiéndola recibido Napoleon y viendo la acogida que se hacia á sus aberturas, no creyó que se debía dar prisa con gentes que se mostraban tan altaneras, y respondió que, cuando los comisionados se presentasen en las avanzadas, se les admitiria. Seguidamente continuó su marcha, y segun acaba de verse, habia llegado á Liegnitz, á una ó dos jornadas de Breslau.

En este momento reinaba una viva agitacion entre los coaligados. A pesar de su loco orgullo, procedente de que ahora nos resistian algo mejor que antes, empezaban á sentir las consecuencias de dos grandes derrotas. Miembros del *Tugend-bund* casi todos los oficiales prusianos, tenian un ardimiento de sectarios, aunque de la causa mas noble, como que era la de su patria; pero las tropas, donde entraban por muy grande proporcion los reclutas, se resentian de las batallas perdidas y de las retiradas veloces. Mucho mas quebrantados estaban los rusos que los prusianos. De patriótica que habia sido para ellos la guerra, transformóse en política desde que emanciparon la Polonia, y soportaban impacientemente sus penalidades. Además, no habiendo podido negar el emperador Alejandro por mas largo tiempo el mando á Barclai de Tolly, único hombre capaz de ejercerlo, bien que fuera impopular entre los soldados, este caudillo, con la exactitud habitual de su entendimiento, aspiró á

poner algun orden en sus tropas, y no pudo conseguirlo en medio de la confusion de una retirada. Pensaba y decia con su característica aspereza, que el ejército ruso se iba á disolver si no se le llevaba á Polonia, para rehacerse detrás del Vístula durante dos meses, y no solamente lo decia, sino que deseaba obrar en este sentido. Asi necesitóse de la voluntad formalmente expresa de Alejandro, para hacerle abandonar el camino de Breslau, el que conducia en derechura á Polonia, y obligarle á tomar el de Schweidnitz. Allí se esperaba hacer alto, en el famoso campo de Bunzelwitz, tan largo tiempo ocupado por Federico el Grande, y á inmediacion de Austria, inmediacion muy recomendada por los diplomáticos de la coalicion de continuo. Barclai de Tolly prestó obediencia, si bien declarando que esta conducta seria política acaso, pero muy poco militar, y haciendo temer una oposicion tenaz á órdenes de la misma clase, aunque el emperador las expidiese.

Los alemanes y el mismo Alejandro, infatuado siempre con su papel de libertador de Europa, enviaron al lado de Barclai de Tolly á Mr. de Muffling, que tenia algunos títulos á sus ojos, por haber defendido su conducta en la jornada de 21 de mayo, y puesto de relieve sus peligros y sus servicios. Mr. de Muffling trató de hacerle desistir de sus resoluciones, pero nada ganó sobre su carácter inflexible, y para tratar de convencerle, llevóle al campo de Bunzelwitz, á fin de patentizarle sus ventajas. Pero hallóse la plaza de Schweidnitz, que era el apoyo de este campo, destruida por los franceses en 1807, y no restaurada aun en 1813 por los prusianos, y además insignificante la posicion de

Bunzelwitz comparativamente á los recursos de que disponian los ejércitos modernos. Con fundamento sostuvo Barclai de Tolly que los coaligados no se mantendrian mas que algunas horas en posicion semejante, y que de un nuevo choque en contra de Napoleon saldrian casi aniquilados. Asi esta visita no tuvo otra consecuencia que la de confirmar al general ruso en la resolucion de dejar á los prusianos en Silesia, y de ir á rehacer su ejército á Polonia, salvo siempre el tornar al Oder dentro de dos meses. Pero entretanto la coalicion podia ser disuelta.

Al cabo de todas estas conferencias, reconocióse que no quedaba otro recurso que el de dar vado á la idea de un armisticio, ya insinuada por la diplomacia de las potencias beligerantes. Congregados en Schweidnitz, en la morada de los dos soberanos aliados, se convino en la necesidad de una suspension de armas, como medio único de librarse de las dificultades de la situacion presente. Por desgracia de los coaligados, los agitadores de los prusianos no querian esto de ningun modo. El general Gneisenau, miembro del *Tugend-bund*, hombre de corazon y de talento, pero fogoso é irreflexivo, lleno de las pasiones de sus compatriotas, sucesor del general Scharnhorst en el empleo de gefe de estado mayor del general Blucher, sin rebozo usaba contra el proyecto de un armisticio el lenguaje mas violento, y que podia ser peligroso con cabezas tan ardientes como las de los oficiales prusianos. No obstante era imperiosa la necesidad de suspender las hostilidades, y se convino en enviar comisionados al cuartel general francés, á fin de negociar un armisticio. Al propio tiempo aspi-

róse á influir sobre los espíritus mas exaltados, prometiéndoles no deponer las armas sino para volverlas á empuñar muy en breve, no soltándolas entonces hasta despues de destruir al comun enemigo. No se redujo todo al envio de comisionados al cuartel general, sino que se hizo partir á Mr. de Nesselrode para Viena. Allí debía exponer los peligros que corrian las potencias beligerantes, la imposibilidad en que se hallaban de mantenerse mas largo tiempo junto á Bohemia, y la verosimilitud, si el gabinete de Viena no abrazaba inmediatamente su partido, de una retirada forzada á Polonia, que arrastraria consigo la disolucion de la coalicion infaliblemente, y la pérdida para Austria de la ocasion única de salvar á Europa y salvarse á sí misma. Armado iba de un estímulo poderoso, y consistia en la amenaza de un ajuste directo de Rusia con Francia, ajuste directo rechazado noblemente por Alejandro, si bien dependia de su voluntad negociarlo en pocas horas, pues no tenia que hacer mas que dejar que Mr. de Caulaincourt penetrara hasta su presencia. Por lo demas la sola aparicion de este personage en las avanzadas ya habia influido sobre el gabinete austriaco, y monsieur de Nesselrode al llegar á Viena debía encontrar producido del todo el efecto que aguardaba de este argumento. Para apoyar á Mr. de Nesselrode escribió Mr. de Stadion por su parte, y los prusianos por la suya, y todos se sirvieron de Mr. de Caulaincourt como de un espantajo, que debía impulsar al gabinete de Viena á decidirse acto continuo.

Mr. de Nesselrode partió pues para la capital de Austria, mientras se dirigian á las avanzadas

francesas el general Kleist en nombre de los prusianos, y el general conde Schouvaloff en nombre de los rusos. Allí se presentaron el 29 de mayo á las diez de la mañana, recibéndolos el príncipe Berthier, quien dió parte al emperador sin tardanza.

Este se hallaba comprometido por las respuestas dadas, y no podia rehusar venir á las negociaciones, aun cuando tuviese interés en batir por vez postrera á los coaligados, y en repelerlos en desorden sobre el Vistula, lejos del Austria, que de cierto no figuraria como aliada suya, si se les repeliere á tal distancia. Sin embargo, el estado de su caballería, el deseo de terminar la segunda série de sus armamentos, á fin de habérselas hasta con el Austria, y de no celebrar mas paz que la que fuera de su gusto, la esperanza de estar listo dentro de dos meses, y de volver entonces á sus operaciones victoriosas, despues de librarse de los calores del verano, le disponian bastante á una suspension de armas. Por consiguiente asintió al principio del armisticio, porque estaba comprometido en cierto modo, porque tuviera una significacion harto poco pacífica la negativa, y sobre todo porque se lisonjeaba de tener espacio para tornar á ser dueño de las condiciones de la paz de resultados de sus armamentos. Pero entendia guardar por los ajustes temporales, que iban á ser convenidos, la Silesia hasta Breslau, y la baja Alemania hasta el Elba, incluyendo á Lubeck y á Hamburgo, fuesen ó no fuesen reconquistadas estas ciudades por las tropas francesas. Además queria que la interrupcion de las operaciones militares durara dos meses por lo menos, y que en el curso de la interrupcion esta no consumieran sus viveres las plazas del Oder y del

Vistula, sino que fuesen reavitualladas á costa de dinero. Mr. de Caulaincourt, el espantajo del Austria, fué enviado á Gebersdorff el 30 de mayo entre las dos huestes, á fin de tratar sobre las bases que acaban de ser indicadas.

Halló á los comisionados prusiano y ruso muy animados, aparentando estarlo mas que lo estaban realmente, orgullosos de su situacion en demasia, muy corteses á pesar de todo respecto del antiguo embajador de Francia en Rusia. También pudo ver Mr. de Caulaincourt que el sentimiento de una causa justa servia de grande auxilio en las derrotas, y que Napoleon tendria que sostener una lucha violenta, si porfiaba en no ceder cosa alguna á Europa. Casi fijos se manifestaron los comisionados sobre los tres puntos siguientes. No querian abandonar durante el armisticio á Breslau, transformada en segunda capital de los prusianos: tampoco nos querian conceder la ocupacion de Hamburgo, como equivalente á prejuzgar de antemano y favorablemente la cuestion de la incorporacion definitiva de las ciudades anseáticas á Francia; y por último no pensaban dar mas duracion que la de un mes al armisticio. Sobre estos tres puntos tuvo Mr. de Caulaincourt una conferencia que duró diez horas, sin que al parecer ganara cosa alguna en tan largo debate. Comunicóselo al emperador que se hallaba en Neumarkt, á las puertas de Breslau, y tuvo la cordura, muy rara para su génio, de no entrar en esta ciudad, á fin de no privarse de la posibilidad de cederla, si habia que hacer este sacrificio. Contentóse con enviar allí un destacamento de las tropas del mariscal Ney.

Le irritaron singularmente el tono y las exi-

gencias de los comisionados aliados (1), é hizo que se les respondiera que no necesitaba el armisticio, al par que á ellos les era indispensable; que si se queria dar el carácter de una capitulacion á esta suspension de armas, iba á avanzar y á repelerlos mas allá del Vistula; que serian batidos por tercera vez y por cuarta, y siempre que se expusieran á hallar un ejército francés por delante; que, si con tal convencimiento se avenia á hacer alto, era por dar á Europa las esperanzas de paz que necesitaba, y porque no se le acusara de ser causa de que se desvaneciesen tales esperanzas; que lo menos queria la mitad de la Silesia; que no abandonaria á Hamburgo; y que, si renunciaba á Breslau, seria por pura complacencia, puesto que poseia esta plaza. Sin embargo, evitó explicarse de una manera absoluta sobre este punto, dejando entrever que Breslau seria el equivalente de Hamburgo. Pero mostróse perentorio acerca de la duracion del armisticio, diciendo que estipular un mes para tratar materias árduas, equivalia á trazár en torno el círculo de Popilio, que estaba acostumbrado á encerrar allí á los demás y nunca á encerrarse á si propio; y que, deseando formalmente un congreso, pedia el tiempo de celebrarlo y de conseguir que llevara á un desenlace. Por desgracia no lo queria ingénuamente, y aspiraba á proporcionarse tiempo de armarse y no de seguir negociaciones.

Tornáronse á ver los comisionados y se pusie-

(1) Poseemos en los archivos toda la correspondencia de Napoleon con Mr. de Caulaincourt durante la negociacion de este armisticio, y á tenor de la misma correspondencia voy hablando.

ron á discutir sobre estos diversos temas en la aldea de Pleitwitz, despues de tomar la precaucion de estipular una suspension de armas provisional mientras durasen estas conferencias. De continuo los comisionados aliados se atenian á sus pretensiones, sin mostrarse invencibles á pesar de todo, pues tenian imperiosa necesidad del armisticio. Por su parte Napoleon acababa de saber una noticia que le disponia á ser algo mas deferente. Monsieur de Basano, recién llegado de Paris á Dresde, se habia trasladado á Liegnitz para tornar á ejercer sus funciones diplomáticas cerca del cuartel general, y hallóse allí con Mr. de Bubna de vuelta de Viena, y trayendo minuciosas explicaciones sobre todos los puntos que Napoleon habia tratado con él en Dresde el 17 y el 18 de mayo próximo pasado.

Vuelto á Viena pintó á Napoleon todavía mas benigno que lo estuvo, aunque Napoleon fingió manifestarse mas deferente que pensaba serlo. Sobre todo hizo valer su disposicion á recibir á los insurgentes españoles en un congreso, como una concesion inesperada, y esmeróse mucho en guardar silencio sobre sus arrebatos contra Mr. de Metternich. De estos arrebatos solo habló á Mr. de Narbonne. Esta habilisima relacion satisfizo sobremanera al emperador Francisco y á Mr. de Metternich, deseando salir ambos de aquella situacion sin la guerra. Además se manifestaron contentos de las cartas de Napoleon, y tomaron algo en cuenta la repugnancia significada respecto de algunas de las condiciones propuestas. Sobre la disolucion del gran ducado de Varsovia, sobre su desmembracion en provecho de Rusia, de Prusia, del Austria, sobre el abandono de la Iliria á esta,

consideraron á Napoleon como rendido, aunque no se lo hubiese dicho formalmente á Mr. de Bubna. Pero, ya que este le halló mas tenaz sobre la renuncia al protectorado de la Confederacion del Rhin y sobre la restitution de las ciudades anseáticas, se decidieron el emperador Francisco y Mr. de Metternich á admitir sobre estos dos puntos algunas modificaciones, e idearon las siguientes, que eran adecuadas á salvar lo que Napoleon llamaba su honor. No serian devueltas las provincias anseáticas para reconstituir las ciudades libres de Lubeck, Brema y Hamburgo hasta la paz con Inglaterra. Además la cuestion de la Confederacion del Rhin se aplazaria igualmente hasta la paz general, que comprendiera todas las potencias del universo, inclusa la América. Si á la sazón no se trataba mas que con Prusia, Rusia y Austria, se aplazarian estas dos cuestiones: si, por el contrario, se trataba con todo el mundo, bien podria Napoleon hacer á la paz universal, que abrazaba la paz marítima y le debia proporcionar tanta ventaja y tanto lustre, el sacrificio de los dos puntos disputados.

De consiguiente volvióse á despachar á Mr. de Bubna al cuartel general sin demora con estas dos modificaciones, que eran efectivamente muy importantes, y el emperador Francisco dirigió á Napoleon una nueva carta, en que, respondiendo á la súplica que éste le hacia de que cuidara de su honor, le dirigia estas palabras.—Desde el dia que os di mi hija, vuestro honor es el mio. Confíad en mí, pues nada pediré de cuyas resultas padezca vuestra gloria.—A todas estas manifestaciones debia añadir Mr. de Bubna la declaracion formal de que Austria aun no estaba comprometida con nadie,

y que si Napoleon aceptaba las condiciones de paz modificadas de esta manera, se hallaba pronto á unirle por nuevos artículos adicionados al tratado de alianza del 14 de marzo de 1812.

Tales eran las disposiciones de la corte de Viena, cuando Mr. de Bubna se volvió á poner en camino, y eran sinceras, porque á la sazón aun no habia oido hablar el Austria de ajuste directo entre Francia y Rusia, y de consiguiente no tenia disgusto ni razon particular que le moviera á darse prisa, y ofrecia estas condiciones porque estaba segura de conseguir que las aceptaran Rusia y Prusia, á la sola amenaza de unirse á Napoleon con sus fuerzas. Con diligencia suma llegó Mr. de Bubna el 30 de mayo á Leignitz poco despues que Mr. de Basano, y le expuso á la larga las proposiciones que debia hacer de orden de su corte. A pesar de la frialdad de Mr. de Basano las expuso de buena fé y con el calor de un hombre que deseaba salir airoso, en primer lugar por su patria, y en segundo por su propia gloria. Al punto Mr. de Basano comunicó á Napoleon esta conferencia por escrito, sin decir una sola palabra en pro ni en contra de las proposiciones, cuyo rehuso es la mayor desdicha que jamás ha acontecido á Francia.

De cierto debiera parecer excelente á Napoleon semejante nueva, pues de su voluntad dependia terminar su larga lucha con Europa, y terminarla obteniendo un magnifico imperio, obteniendo la paz marítima sobre todo, que con el efecto que debia producir cubriera muy sobradamente el sacrificio de la Confederacion del Rhin y de Hamburgo. Por desgracia esta comunicacion le irritó en vez de satisfacerle. Aqui vió la resolucion del

Austria de intervenir inmediatamente, lo cual era verdad, y de no dejar que las hostilidades se prolongaran sin su arbitraje. Ahora bien, convenia que consintiera en condiciones que no queria á ninguna costa, ó que corriera el riesgo de tener en el mismo instante encima al Austria, y antes de dos meses no se podia hallar en aptitud de hacer cara á este nuevo contrario. Este fué, pues, el espolazo que le determinó á ceder sobre algunos puntos cuestionados de la suspension de armas. En lugar de ser deferente con Austria, que le pedia sacrificios definitivos, lo fué con Rusia y Prusia, que no exigian mas que sacrificios provisionales. A Mr. de Basano escribió en cifra.—Ganad tiempo, no os expliqueis con Mr. de Bubna, llevadle en vuestra compañía á Dresde, y retardar el momento de vernos obligados á admitir ó á rehusar las proposiciones austriacas.—Voy á concluir la suspension de armas, y asi habré ganado todo el tiempo que necesito. Si á pesar de todo se porfia en exigir para la celebracion de este armisticio condiciones que no sean de mi agrado, os suministraré temas para prolongar las conversaciones con monsieur de Bubna, y para proporcionarme los pocos dias que me hacen falta á fin de ahuyentar á los coaligados del territorio de Austria.—

A la sazón, por su desgracia y por la nuestra, acababa de recibir la noticia de que el mariscal Davout se hallaba á las puertas de Hamburgo, donde de cierto habria entrado el 1.º de junio. Corria el dia 3, y por tanto ideó resolver la dificultad de Hamburgo, diciendo en el armisticio que relativamente á las provincias anseáticas se aceptaria lo que la suerte de las armas hubiere decidido el 8

de junio á media noche. Respecto de Breslau se avino á que entre los dos ejércitos se dejase un terreno neutral de unas diez leguas, incluyendo la misma plaza, y en cuanto á la duracion del armisticio que se extenderia hasta el 20 de julio con seis dias de plazo entre su denuncia y la vuelta á las hostilidades, lo cual conduciria hasta el 26 de julio y llegaria á muy cerca de dos meses. Envió estas condiciones con la intimacion de romper en el mismo instante sino eran aceptadas.

Habiéndolas presentado Mr. de Caulaincourt el 4 de junio, los comisionados que tenian orden de ceder si Breslau no quedaba en manos de Napoleon, cedieron efectivamente, y quedó firmado el 4 de junio este armisticio, que constituyó una de sus mayores desgracias. Se convino en que por linea de demarcacion entre los dos ejércitos se adoptaria el Katzbach, á fin de que como neutral quedara Breslau fuera; en que despues del Katzbach se tomara el Oder, lo cual nos aseguraria la baja Silesia para estacionar y vivir en su territorio; despues del Oder la antigua frontera, que siempre habia separado á Sajonia de Prusia, lo cual dejaba en nuestro poder todos los Estados de Sajonia; finalmente, la linea del Elba desde Wittenberg hasta el mar, salvo lo que de las ciudades anseáticas se determinase. Además, estipulóse que las plazas del Vístula y del Oder serian sucesivamente abastecidas por dinero. Se supo el mismo dia que Hamburgo y las ciudades anseáticas habian vuelto á entrar en manos del mariscal Davout, lo cual nos aseguraba la ocupacion de ellas durante la suspension de armas.

Tal fué este deplorable armisticio, que sin du-

da convenia aceptar si se deseaba la paz, y que se debía rechazar absolutamente si no se deseaba, pues en este caso mas valia consumir al punto la ruina de los coaligados, y que por el contrario aceptó Napoleon cabalmente por ser adverso á dicha paz, y porque anhelaba proporcionarse dos meses para llevar á cabo sus armamentos y estar en aptitud de rechazar las condiciones del Austria (1). Esta falta, que se derivaba de todas las otras y las resumia por completo, formaba parte de la serie fatal de resoluciones locamente ambiciosas, que debian precipitar el fin de su reinado. No obstante, exceptuando á los prusianos, produjo una falsa y universal alegria en toda Europa, porque tenia suma apariencia de paz. Al hacer Napoleon que entrara su ejército en cantones, decretó la construccion de un monumento encima de los Alpes y con la inscripcion siguiente.—**NAPOLEON AL PUEBLO FRANCÉS, EN MEMORIA DE SUS GENEROSOS ES-**

(1) No nos hallamos limitados á conjeturas relativamente á las causas de este famoso armisticio, tan justamente censurado como una gran falta política y militar, como que dió tiempo de salvarse á los coaligados reducidos al último apuro. Hasta ahora se habían atribuido á Napoleon las razones mas ridiculas y nada conformes á su carácter ni á su genio. Pero, afortunadamente para la historia, escribió al príncipe Eugenio, á Mr. de Basenó, y al ministro de la Guerra, las razones que le decidieron á este paso, y se ve que, forzado á explicarse con Austria dentro de breves dias, y expuesto por tanto á tener muy pronto encima esta potencia, firmó el armisticio para ganar dos meses, tiempo necesario á la segunda serie de sus armamentos. En este caso se puede decir que la falta del armisticio no fué otra que la misma de no querer consentir en las condiciones del Austria.

**PUEZOS CONTRA LA COALICION DE 1813.**—Sin duda esta idea participaba de toda la grandeza de su genio; pero asi para el pueblo francés como para su persona valiera mas enviar á Paris un tratado de paz estipulando el abandono de la Confederacion del Rhin, de Hamburgo, de Iliria, de España, con esta frase.—**SACRIFICIOS DE NAPOLEON AL PUEBLO FRANCÉS.**—De esta suerte continuara Napoleon siendo personage, no mas poético, sino mas verdaderamente grande, y este noble pueblo no perdiera el fruto de su sangre mas pura vertida durante veinte años.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE

DIRECCIÓN GENERAL DE BIENESTAR

## INDICE.

PAGS.

### LIBRO CUARENTA Y SEIS.

WASHINGTON Y SALAMANCA.

Acontecimientos que sobrevienen en Europa durante la expedición de Rusia.—Difícil situación de Inglaterra, y apuros crecientes del comercio y de las clases jornaleras; deseo general de la paz.—Asesinato de Mr. Perceval, principal miembro del gabinete británico.—A no ser por la guerra de Rusia, esta muerte, aunque puramente accidental, hubiera podido ocasionar un cambio político.—A todos los males, que resultan para Inglaterra del bloqueo continental, se agrega el peligro de una guerra inminente con la Union americana.—Es-

tado en que habian venido á parar las cuestiones de derecho marítimo entre Europa y América.—Renuncia por parte de los americanos al sistema del embargo en favor de las potencias que les restituyesen los legítimos derechos de la neutralidad.—Aprovechando esta coyuntura, promete Napoleon revocar los decretos de Berlin y de Milan, con tal de que América obtenga la retirada de *las órdenes del Consejo* ó haga respetar su pabellon en el caso contrario.—Acepta América esta proposicion con ahinco.—Negociacion que dura mas de un año para obtener de Inglaterra la revocacion de *las órdenes del Consejo*.—Pertinacia de Inglaterra en su sistema y negativa á las proposiciones americanas, fundada en que la revocacion de los decretos de Berlin y de Milan no es sincera.—Pueriles disputas de la diplomacia británica sobre este punto.—No limitándose ya Napoleon á la simple promesa de revocar los citados decretos, dicta la providencia de 28 de abril de 1811 por la cual respecto de América quedan lisa y llanamente revocados.—Poniendo todavía en cuestion la Inglaterra un hecho ya evidente, están á punto de declararle la guerra los americanos.—Últimas vacilaciones por su parte, debidas á la mala inteligencia de los procedores de Napoleon, y á las disposiciones de los diversos partidos en América.—Estado de estos partidos.—Federalistas y republica-

nos.—El presidente Maddison.—Resuelta la guerra de pronto para el año de 1811, es diferida para el de 1812.—Al cabo deciden al gobierno de la Union las duplicadas violencias de Inglaterra, y especialmente la presion ejercida sobre los marineros americanos.—El presidente Maddison propone una serie de medidas militares.—Viva agitacion en el congreso, y declaracion de guerra á Inglaterra.—Importancia de este acontecimiento y consecuencias que pudiera tener sin la guerra de Rusia y sin los sucesos de España.—Estado de la guerra en la Península.—Disgusto creciente de Napoleon hacia esta guerra.—Situacion en que habia dejado las cosas al partir para Rusia, y resolucion que habia tomado de conferir al rey José el mando en jefe.—Cómo fué recibido este mando en los diversos ejércitos que ocupaban la Península.—Estado de los ejércitos del Norte, de Portugal, del centro, de Andalucía y de Aragon.—Resistencia á la autoridad de José en todos los estados mayores, excepto en el del ejército de Portugal, que tenia necesidad de él.—Proyectos de lord Wellington evidentemente dirigidos contra el ejército de Portugal.—Ilustrado José por el mariscal Jourdan, su mayor general, distingue perfectamente el peligro que le amenaza, y lo revela á los dos ejércitos del Norte y de Andalucía, únicos que se hallan en aptitud de socorrer al ejército de Portugal

con eficacia.—Negativa de los generales Dorsenne y Caffarelli, que son sucesivamente llamados á mandar el ejército del Norte.—Negativa del mariscal Soult, gefe en Andalucía, y sus largos altercados con el rey José.—Situacion grave y difícil del ejército de Portugal, puesto bajo la autoridad del mariscal Marmont.—Operaciones preliminares de lord Wellington en la primavera de 1812.—Queriendo impedir á los ejércitos de Andalucía y de Portugal que se presten mútuo auxilio, ejecuta una sorpresa contra las obras del puente de Almaraz sobre el Tajo.—Toma y destruccion de estas obras por el general Hill en los dias 18 y 19 de mayo.—Despues de este golpe atrevido, pasó lord Wellington el Agueda en los primeros dias de junio.—Su marcha hácia Salamanca.—Retirada del mariscal Marmont sobre el Tormes.—Ataque y toma de los fuertes de Salamanca.—Retirada del mariscal Marmont detrás del Duero.—Situacion y fuerza de los dos ejércitos en frente uno de otro.—Despues de incorporarse el mariscal Marmont la division de las Asturias, y de reunir cerca de cuarenta mil hombres, no aguardando ya socorro del ejército del Norte, ni del ejército de Andalucía, ni aun del ejército del centro, se determina á repasar el Duero, con el fin de forzar á retroceder á los ingleses.—Con sus manobras espera alejarlos, sin verse obligado á darles batalla.—Paso del Duero, marcha

feliz sobre el Tormes, y retirada de los ingleses bajo Salamanca en la posicion de los Arapiles.—Todavía el mariscal Marmont prueba á maniobrar en torno de la posicion esta, para obligar á lord Wellington á que entre en Portugal de nuevo.—Enmedio de estos movimientos aventurados se encuentran ambas huestes y vienen á las manos.—Batalla de Salamanca, dada y perdida el 22 de julio.—Es herido el mariscal Marmont gravemente y reemplazado por el general Clausel en el mando.—Funestas consecuencias de esta batalla.—Mientras se estaba dando, el rey José, que no habia podido decidir á ninguno de los ejércitos á socorrer al de Portugal, habia abrazado el partido de hacerlo en persona, aunque sin avisárselo á tiempo.—Inútil marcha de José sobre Salamanca al frente de una fuerza de trece ó catorce mil hombres.—Pasa algunos dias al otro lado del Guadarrama, con el fin de atajar los progresos de lord Wellington, y de libertar al ejército de Portugal vivamente perseguido.—Merced á su presencia y al vigor del general Clausel, se salvan las reliquias del ejército de Portugal, recogiendo en los contornos de Valladolid.—Estado moral y material de este ejército, siempre desgraciado á pesar de su bizarría.—Profunda pena de José amenazado de tener pronto en su capital á los ingleses.—No quedándole otro recurso, providencia por consejo del mariscal Jourdan la eva-

cuacion de Andalucía.—Sus órdenes imperativas al mariscal Soult.—Despues de perseguir lord Wellington algunos dias al ejército de Portugal, no resistiendo al deseo de hacer una entrada triunfal en Madrid, abandona la persecucion aquella y penetra en la capital el 12 de agosto.—Obligado José á evacuarla, se retira hácia la Mancha, y desesperado de que se le una á tiempo el ejército de Andalucía, se refugia en Valencia.—Horribles padecimientos del ejército del centro y de las familias fugitivas que lleva consigo.—Por fortuna, al lado del mariscal Suchet halla buena acogida y abundancia de todo.—Avisado el mariscal Soult por José de su retirada sobre Valencia, se determina al cabo á evacuar la Andalucía, y toma el camino de Murcia para dirigirse á Valencia.—Despachos que remite á Napoleon, con el fin de explicar su conducta.—Casualidad que hace caer en manos de José los tales despachos.—Irritacion de este monarca.—Su entrevista con el mariscal Soult en Fuente la Higuera el 3 de octubre.—Conferencia con los tres mariscales Jourdan, Soult y Suchet sobre el plan de campaña que debia ser adoptado, para reconquistar á Madrid y repeler hácia Portugal á los ingleses.—Dictámenes de los tres mariscales.—Prudencia del plan propuesto por el mariscal Jourdan, el cual es adoptado.—Sobre Madrid marchan juntos los dos ejércitos del centro y de Andalucía

á fines de octubre.—Tiempo perdido por lord Wellington en Madrid; su aparicion tardía delante de Burgos.—Excelente resistencia de la tropa que la guarnece.—Reforzado el ejército de Portugal, obliga á lord Wellington á levantar el sitio de Burgos.—Por consecuencia de la alarma á que le mueve la concentracion de fuerzas que le amenaza, se retira lord Wellington de nuevo bajo los muros de Salamanca y toma posicion en aquel punto.—Entretanto llega José á con los dos ejércitos del centro y de Andalucía sobre el Tajo, arroja al general Hill por delante, le expulsa de Madrid, torna á entrar en esta capital el 2 de noviembre, y sin demora parte de ella, para lanzarse en persecucion de los ingleses.—Su llegada mas allá del Guadarrama el 6 de noviembre.—Se le incorpora el ejército de Portugal, que se habia detenido en las márgenes del Duero.—Reunion de mas de ochenta mil franceses, los mejores soldados de Europa, delante de lord Wellington en Salamanca.—Feliz ocasion de vengar nuestros descalabros.—Plan de ataque propuesto por el mariscal Jourdan, aprobado por todos los generales y rechazado por el mariscal Soult.—Temiendo José que se ejecute mal, desaprobándolo el caudillo de la principal hueste, renuncia á que se lleve á cabo, y deja al mariscal Soult la eleccion y la responsabilidad de la conducta que debe ser observada.—Pasa el mariscal Soult el Tormes por un punto dis-

tinto del que el mariscal Jourdan señalaba, y ve á los ingleses irseles de las manos.—No teniendo lord Wellington mas que cuarenta mil ingleses y veinte mil españoles y portugueses á lo sumo, consigue retirarse sano y salvo á Portugal, no obstante de haberle envuelto mas de ochenta mil franceses.—Justo descontento de los tres ejércitos franceses contra sus caudillos y su entrada en cantones.—Vuelta de José á Madrid.—Fatales consecuencias de esta campaña que, agregadas al desastre de Moscou, agravan la situacion de Francia.—Alborozo en Europa, especialmente en Alemania, y levantamiento inaudito de los ánimos ante las desgracias imprevistas de Napoleon.

## LIBRO CUARENTA Y SIETE.

## LAS COHORTES.

Rápido viage de Napoleon.—No se da á conocer mas que en Varsovia y en Dresde, y solo por los ministros de Francia.—Llegada súbita á París el 18 de diciembre á media noche.—Recepcion de los ministros y de los grandes dignatarios del Imperio al dia siguiente.—Napoleon toma la aptitud de un soberano ofendido, que tiene que hacer cargos en lugar de merecerlos, y afecta atribuir á la conspiracion del ge-

neral Malet una grande importancia.—Solemne recepcion del Senado y del Consejo de Estado.—Violenta invectiva contra la ideología.—A fin de atraer la atencion pública sobre el asunto de Malet y de apartarla de los sucesos de Rusia, es sometido al Consejo de Estado Mr. Frochot, prefecto del Sena, acusado de haber carecido de presencia de ánimo el dia de la conjura.—Sale condenado este magistrado, y queda privado de sus funciones.—Bajo la impresion del peligro que corrió su dinastía, si llegaba á ser muerto, piensa Napoleon en instituir de antemano la regencia de María Luisa.—Al archicanciller Cambacères se le encarga preparar un senatus-consulta sobre esta materia.—Cuidados mas importantes que absorben á Napoleon.—Actividad y genio administrativo que acredita para reorganizar sus fuerzas militares.—Sus proyectos para levantar nuevas tropas y reorganizar los cuerpos casi enteramente destruidos en Rusia.—De las márgenes del Vístula recibe noticias que le desengañan sobre la situacion del grande ejército y le prueban que desde su partida el mal ha superado á todas las previsiones.—Alegria de los prusianos al adquirir cabal conocimiento de nuestros desastres.—A su alegria sucede una violencia de pasion inaudita contra nosotros.—Llegada del emperador Alejandro á Wilna, y su proyecto de presentarse como libertador de Alemania.—Activos manejos

de los refugiados alemanes reunidos en torno de su persona.—Esfuerzos tentados cerca del general de York, caudillo del ejército auxiliar prusiano.—En retirada este cuerpo de Riga á Tilsit, abandona al mariscal Macdonald y se entrega á los rusos.—Peligros del mariscal Macdonald al quedar con algunos miles de polacos en medio de los ejércitos enemigos.—Sobre Tilsit y Labiau logra retirarse sano y salvo.—Evacua el cuartel general francés á Koenigsberg, y se repliega del Niemen al Vístula.—Macdonald y Ney, uno con la division polaca de Grandjean, otro con la division de Heudelet, cubren como pueden esta evacuacion precipitada.—Oficiales, generales y cuadros varios corriendo sobre Danzick y Thorn.—No quedan en el cuartel general mas de nueve ó diez mil hombres de todas naciones y de todas armas para resistir á la persecucion de los rusos.—Desmoralizado Murat se retira á Posen, y acaba por abandonar al ejército, dejando el mando al príncipe Eugenio.—Efecto que la defeccion del general de York produce en toda Alemania.—Movimiento extraordinario de la opinion, apoyado por las sociedades secretas y voto unánime de juntarse á Rusia contra Francia.—Inmensa popularidad del emperador Alejandro.—Primeras impresiones del rey de Prusia, y su diligencia en desaprobare la conducta del general de York.—Su embarazo entre los compromisos contraidos respecto de

Francia y la coaccion que sobre su ánimo ejerce la opinion pública de Alemania.—Se retira á Silesia y toma una especie de posicion intermedia, desde la cual propone á Napoleon ciertas condiciones.—Rechazo producido por el movimiento de los ánimos en Viena.—Situacion del emperador Francisco que ha casado con Napoleon á su hija, y de Mr. de Metternich que ha aconsejado este matrimonio.—Su recelo de ser engañados al adoptar demasiado tarde la política de alianza con Francia.—Deseo de modificar esta política y de mediar entre Francia y Rusia, á fin de venir á la paz y de aprovechar las circunstancias para establecer de una manera sólida la independenciam de Alemania.—Prudentes consejos del emperador Francisco, y de Mr. de Metternich á Napoleon, y oferta de la mediacion austriaca.—Como recibe Napoleon estas noticias que llegan á París una tras otra.—Nuevo desarrollo que da á sus planes con la reconstitucion de las fuerzas de Francia.—Empleo de las cohortes.—Alistamiento de quinientos mil hombres.—Napoleon convoca un consejo de negocios extrangeros, para someterle estas providencias y consultarle sobre la actitud que se debe tomar respecto de Europa.—Sin rechazar la paz, Napoleon quiere hablar y dejar que se hable de ella, aun cuando no concluir la hasta despues de alcanzar victorias que le restituyan la situacion que ha perdido.—Diversidad de opi-

niones que se suscitan en torno suyo.—Se declara la mayoría á favor de grandes armamentos y al mismo tiempo de inmediatas negociaciones por mediacion de Austria.—Napoleon, á quien conviene negociar mientras se apresta á combatir, acepta la mediacion de Austria, bien que indicando bases de pacificacion nada adecuadas á captarse la voluntad de esta potencia.—Respuesta poco alentadora dirigida á Prusia.—Inmensa actividad administrativa desplegada durante estas negociaciones.—Estado de la opinion pública en Francia.—Se deploran las faltas de Napoleon, pero prevalece el dictámen de hacer un vigoroso y último esfuerzo para repeler al enemigo y celebrar la paz de seguida.—A los alistamientos prescriptos, se agregan donativos voluntarios.—Uso que hace Napoleon de los quinientos mil hombres puestos bajo su mano.—Reorganizacion de los cuerpos del antiguo ejército á las órdenes de los mariscales Davout y Victor.—Creacion, por medio de las cohortes y de los regimientos provisionales, de cuatro cuerpos nuevos, uno sobre el Elba á las órdenes del general Lauriston, dos junto al Rin á las de los mariscales Ney y Marmont, y otro en Italia á las del general Bertrand.—Reorganizacion de la artillería y de la caballería.—Medios rentísticos ideados para atender á tan vastos armamentos.—Mientras Napoleon se ocupa en estos preparativos, quiere hacer algo por

atraerse los ánimos, y piensa terminar sus disputas con el papa.—Traslacion del Sumo Pontifice desde Sabona á Fontainebleau.—Napoleon envia allí á los cardenales de Bayane y Maury, arzobispo el uno de Tours y obispo el otro de Nantes, para inducir á una transaccion á Pio VII.—De acuerdo ya Napoleon sobre la institucion canónica con el papa, se muestra éste propicio á aceptar un establecimiento en Avinion, con tal de que no se le obligue á residir en Paris.—Cuando están próximos á entenderse, trasládase Napoleon á Fontainebleau, y con el ascendiente de su presencia y de sus entrevistas, decide al papa á firmar el concordato de Fontainebleau, que consagra el abandono de la potestad temporal por la Santa Sede.—Fiestas en Fontainebleau.—Gracias prodigadas al clero.—Llamamiento de los cardenales desterrados.—Vueltos los cardenales al lado del papa, le excitan á dolerse de lo que ha hecho, y le disponen á no ejecutar el concordato de Fontainebleau.—Napoleon fingió no echar de ver estas intrigas.—Satisfecho de lo que ha alcanzado convoca al Cuerpo legislativo y le anuncia sus resoluciones.—Curso de los sucesos en Alemania.—Entusiasmo creciente de los alemanes.—Dominado por sus súbditos el rey de Prusia, se muestra muy irritado de las negativas de Napoleon, y se aleja cada vez mas de nuestra alianza.—Aunque divididos los rusos acerca de la conveniencia mi-

litar de una marcha hácia adelante, se deciden á ella por el deseo de atraerse al rey de Prusia.—Se adelantan sobre el Oder, y obligan al príncipe Eugenio á evacuar sucesivamente á Posen y á Berlín.—Nuevo movimiento retrógrado de los ejércitos franceses y su establecimiento definitivo sobre el Elba.—Separado el rey de Prusia de los franceses y rodeado de los rusos, se entrega á estos y rompe su alianza con Francia.—Tratado de Kalisch.—Llegada de Alejandro á Breslau, y su entrevista con Federico Guillermo.—Efecto producido en Alemania por la defeccion del rey de Prusia.—Insurreccion de Hamburgo.—Semi-defeccion de la córte de Sajonia y su retirada á Ratisbona.—Influencia de estas noticias en Viena.—Muy conmovido el pueblo austriaco empieza tambien á pedir la guerra contra Francia.—Firme la córte de Austria en su resolucion de restablecer su situacion y la de Alemania sin exponerse á la guerra, se esfuerza por resistir al empuje de los ánimos y por impulsar á una transaccion á Francia.—Consejos de monsieur de Metternich.—Poco turbado Napoleon por tales sucesos, se aprovecha de la coyuntura para pedir mas soldados.—Su manera de contestar á las miras de Austria.—No haciendo caso alguno de los deseos de esta potencia, le propone destruir á la Prusia, y apoderarse de sus despojos.—Eleccion de Mr. de Narbonne para reemplazar á Mr. Otto en Viena, y ha-

cer tomar allí gusto á la política de Napoleon.—Antes de moverse éste de París, se decide á confiar la regencia á María Luisa, y á delegarla el gobierno interior de Francia.—Sus entrevistas con el archicanciller sobre este asunto, y sus ideas acerca de su familia y del porvenir de su hijo.—Solemne ceremonia en que confiere á María Luisa el título de regente.—Antes de su salida tiene tiempo de ver al príncipe de Schwarzenberg, á cuyas comunicaciones apenas presta oídos.—Plena confianza de que se siente animado.—Pena de la emperatriz.—Partida para el ejército. . 155

## LIBRO CUARENTA Y OCHO.

## LUTZEN Y BAUTZEN.

Continuacion de la mision del príncipe de Schwarzenberg.—Este abandona á París despues de procurar decir á la emperatriz y á Mr. de Basano lo que no habia osado exponer á Napoleon.—Lo acontecido en Viena desde la defeccion de Prusia.—Mas que nunca persevera la córte de Austria en el proyecto de mediacion armada, y quiere imponer á las potencias beligerantes una paz favorable á Alemania del todo.—Esfuercos de esta córte por ganar adictos á su política.—Lo hecho cerca del rey de

Sajonia, retirado á Ratisbona, para obtener la disposicion de las tropas sajonas y de las plazas fuertes del Elba, y la renuncia al gran ducado de Varsovia.—Habiendo obtenido Austria de Federico Augusto la facultad de disponer de sus fuerzas militares, se aprovecha de ella para desembarazarse de la presencia del cuerpo polaco en Cracovia.—No queriendo volver á entrar en lucha con los rusos, celebra un convenio secreto con ellos, por el cual debe retirar sin combatir el cuerpo auxiliar y de traer al príncipe Poniatowski á los Estados austriacos.—Negociaciones de Austria con Baviera.—Llegada de Mr. de Narbonne á Viena por entonces.—Afectuosa acogida que le hacen el emperador Francisco y Mr. de Metternich.—Este aspira á persuadirle de la necesidad de que la paz se llevé á cabo, y le da á entender que solo á este precio se podrá lograr el apoyo formal del Austria.—Le insinúa de nuevo cuales podrán ser las condiciones de la paz propuesta.—Habiendo recibido monsieur de Narbonne de París sus últimas instrucciones, trasmite á la córte de Viena las importantes comunicaciones de que está encargado.—Segun ellas, el Austria debe intimar á Rusia, Prusia é Inglaterra que depongan las armas, ofrecerles despues la paz bajo las condiciones indicadas por Napoleon, y, si se negasen á admitirla, entrar con cien mil hombres en Silesia, á fin de operar por sí propia la con-

quista de aquel territorio.—Manera con que Mr. de Metternich oye estas proposiciones.—Parece como si las aceptase, declara que Austria tomará el papel activo que se le aconseja, ofrecerá la paz á las potencias beligerantes, bien que bajo condiciones fijadas por ella, y pesará con todo su peso sobre la potencia que se negare á suscribirla.—Notando muy luego Mr. de Narbonne un subentendido, se quiere explicar con Mr. de Metternich, y le pregunta si en el caso de rehusar Francia las condiciones austriacas, volverla el Austria las armas en su contra.—Mr. de Metternich, procura eludir al principio la cuestion, si bien luego expresa de plano que se ohrará contra todo el que se negare á una paz equitativa, mostrando por lo demás toda parcialidad respecto de Francia.—Evidencia de la falta cometida al empujar al Austria de su situacion de aliada al papel de mediadora.—De repente se sabe que el cuerpo de ejército del príncipe de Schwarzenberg torna á entrar en Bohemia, en vez de prepararse á volver á las hostilidades; que el cuerpo polaco debe cruzar sin armas el territorio austriaco; que el rey de Sajonia se traslada de Ratisbona á Praga, para arrojarse definitivamente en los brazos del Austria.—Nuevas reclamaciones de Mr. de Narbonne.—Insiste en que, á tenor del tratado de alianza, permanezca el cuerpo austriaco á las órdenes de Francia, y pregunta formalmente,

si aun existe dicho tratado.—Mr. de Metternich se niega á responder á esta pregunta.—Para insistir mas todavía, aguarda Mr. de Narbonne nuevas órdenes de su córte.—Sorpresa é irritacion de Napoleon, llegado á Maguncia, al saber la retirada del cuerpo austriaco y sobre todo el proyecto de desarmar el cuerpo polaco.—Ordena al príncipe Poniatowski que á ningún precio deponga las armas, é intima á Mr. de Narbonne que sin provocar un estallido, haga que se explique la córte de Austria, y procure penetrar el secreto del rey de Sajonia.—A mayor abundamiento se promete Napoleon poner fin muy luego á estas complicaciones con su próxima entrada en campaña.—Sus disposiciones militares en Maguncia.—Aun habiendo aprestado los elementos de un ejército activo de trescientos mil hombres, y de doscientos mil de reserva, no puede juntar mas que ciento noventa ó doscientos mil al principio de las hostilidades.—Su plan de campaña.—Situacion de los coaligados.—Fuerzas de que disponen para las primeras operaciones.—No queriendo el Austria unirse á ellos hasta apurar todos los recursos de venir á negociaciones, se hallan reducidos á ciento ó ciento diez mil hombres para un dia de batalla.—Composicion de su estado mayor.—Muerte del príncipe Kutusoff el 28 de abril en Burezlau.—Marcha de los coaligados sobre el Elster y de Napoleon sobre el Saale.—Hábiles

combinaciones de Napoleon para juntarse al príncipe Eugenio.—Llegada de Ney á Naumburgo, del príncipe Eugenio á Merseburgo.—Hermoso combate de Ney en Weissenfels el 28 de abril, é incorporacion de los dos ejércitos franceses.—Bizarro porte de nuestros reclutas ante las masas de la caballeria rusa y prusiana.—Llegada de Napoleon á Weissenfels y marcha sobre Lutzen el 1.º de mayo.—Muerte de Bessieres, duque de Istria.—Proyectos de Napoleon ante el enemigo.—Medita marchar sobre Leipsick, pasar el Elster por este punto, y echarse de seguida sobre el flanco de los coaligados.—Posicion señalada al mariscal Ney, cerca de la aldea de Kaja, para cubrir al ejército durante el movimiento sobre Leipsick.—Mientras Napoleon discurre coger la vuelta á los coaligados, estos piensan ejecutar en contra suya la misma maniobra, y se aprestan á atacar á Kaja.—Plan de batalla propuesto por el general Diebitch y adoptado por los soberanos aliados.—Es acometido el cuerpo de Ney de repente.—Maravillosa presteza de Napoleon en cambiar sus disposiciones, y concentrar sobre Lutzen sus fuerzas.—Memorable batalla de Lutzen.—Importancia y consecuencias de esta batalla.—Napoleon persigue á los aliados hácia Dresde, y envía á Ney sobre Berlin.—Marcha sobre el Elba.—Entrada en Dresde.—Paso del Elba.—Ya dueño Napoleon de la capital de Sajonia, intima

á Federico Augusto que se presente, bajo pena de ser destituido.—Lo acontecido en Viena, mientras Napoleon daba la batalla de Lutzen.—A tenor de la órden recibida, insiste Mr. de Narbonne en que Austria se explique relativamente al cuerpo auxiliar y al cuerpo polaco, y entrega á Mr. de Metternich una nota categórica sobre este punto.—Ruegos de Mr. de Metternich para apartar á Mr. de Narbonne de tal paso.—Habiendo persistido este, responde el gabinete de Viena que el tratado de alianza de 14 de marzo de 1812, no es aplicable á las circunstancias actuales.—Se reciben en Viena las noticias del teatro de la guerra.—Aunque los coaligados blasonan de vencedores, muy luego acreditan los resultados que son vencidos.—Satisfaccion aparente de Mr. de Metternich.—Diligencia de la córte de Viena en apoderarse á la sazón de su papel de mediadora, y envio de Mr. de Bubna á Dresde con el encargo de comunicar las condiciones que se creia poder lograr que fuesen aceptadas por las potencias beligerantes, ó al menos bajo las cuales estaria pronta Austria á unirse á Francia.—Al saber Napoleon lo ejecutado por Mr. de Narbonne, se duele de que se haya empujado al Austria tan vivamente, pero al adquirir cabal conocimiento de las condiciones de esta potencia, se irrita hasta el último grado.—Adopta la resolucion de abocarse directamente con Rusia é Inglaterra, de anular así el papel de Austria,

despues de quererlo hacer demasiado considerable, y de llevar á cabo en su contra aprestos militares que la reduzcan á sufrir la ley, en lugar de imponerla.—Entretanto, manda á Mr. de Narbonne abstenerse de toda insistencia y encerrarse en la reserva mas absoluta.—Napoleon envia al principe Eugenio á Milan, para organizar allí el ejército de Italia, y prepara nuevos armamentos bajo la suposicion de una guerra con la Europa toda.—Recibimiento del rey de Sajonia en Dresde.—Napoleon se dispone á salir de esta capital, con el fin de empujar á los coaligados del Elba al Oder, dándoles una segunda batalla.—Siendo harto conocido su plan de hacer alto en Bautzen y de pelear allí á todo trance, en vez de enviar Napoleon al mariscal Ney á Berlin, le encamina sobre Bautzen.—Llegada de Mr. de Bubna á Dresde en el momento en que Napoleon iba á partir de este punto.—Habilidad de Mr. de Bubna en sufrir la primera irritacion de Napoleon y en suavizarla.—Explicacion que da sobre las condiciones de Austria.—Modificaciones con las cuales Napoleon las aceptaria acaso.—Napoleon finge que se ablanda, con el objeto de ganar tiempo, y de llevar todos sus armamentos á remate.—Consiente en la apertura de un congreso, adonde hasta los españoles sean llamados, y en la celebracion de un armisticio, del cual se propone sacar provecho para abocarse directamente con Rusia.—Partida de Mr. de

Bubna con la respuesta de Napoleon para su suegro.—Conforme á lo acordado, no bien partido Mr. de Bubna, envia Napoleon á Mr. de Caulaincourt al cuartel general ruso, bajo pretexto de negociar un armisticio.—Salida de Napoleon para Bautzen.—Distribucion de sus cuerpos de ejército, y marcha del mariscal Ney á espaldas de Bautzen con sesenta mil hombres.—Descripcion de la posicion de este punto, adecuado para dar dos batallas.—Batalla del 20 de mayo.—Segunda batalla del 21, en la cual son tomadas las formidables posiciones de los prusianos y de los rusos, despues de defendidas con singular denuedo.—Al dia siguiente 22, empuja Napoleon á los aliados hácia el Oder con la punta de la espada.—Combate de Reichenbach, y muerte de Daroc.—Llegada á orillas del Oder y ocupacion de Breslau.—Apuros de los soberanos aliados, y necesidad que tienen de celebrar un armisticio.—Despues de negarse á recibir á monsieur de Caulaincourt, por miedo de inspirar desconfianza al Austria, envian comisionados á los puestos avanzados para negociar una suspension de armas.—Estos comisionados se abocan con Mr. de Caulaincourt.—Sus pretensiones.—Negativa perentoria de Napoleon.—Mr. de Bubna se dirige á Viena durante los últimos sucesos.—Alli engendra cierta especie de alegría con la esperanza de vencer la resistencia de Napoleon á las condiciones de

paz propuestas, mediante algunas modificaciones en las cuales se consiente, y torna al cuartel general francés.—Sintiéndose Napoleon estrechado muy de cerca por Austria, alega sus ocupaciones militares, para no recibir de seguida á Mr. de Bubna, y le insinua que se entienda con Mr. de Basano.—Alcauzándosele á pesar de todo que habrá de pronunciarse dentro de poco, y que tendrá á los austriacos encima si rehusa sus condiciones, consiente en un armisticio, que salva á los aliados de su total ruina, y firma esta funesta suspension de armas, no con el desigño de venir á negociaciones, sino con el de ganar dos meses para concluir sus armamentos.—Condiciones de este armisticio, y fin de la primera campaña de Sajonia, llamada campaña de la primavera. . . . .

